GRANADA 1936

MANUEL AYLLÓN

La novela refleja el mosaico de las sociedades granadina y madrileña donde vivió Federico García Lorca; en sus páginas personajes de toda condición: prostitutas, aristócratas, sindicalistas, modistas, zapateras, pistoleros, periodistas, maestros, militares de uno y otro bando, guardias civiles, catedráticos, guardias de asalto, obreros, terratenientes, políticos…

A partir de una exhaustiva y documentadísima investigación, revela secretos a voces que hasta ahora nadie se había atrevido a contar. Una visión diferente que explica algunos de los misterios que rodean su muerte.

Asuntos de familia, odios inconfesos, malentendidos y envidias sirven a Manuel Ayllón para narrar algunos de los interrogantes que todavía rodean la muerte del poeta. *Granada 1936* es una novela coral que recrea los terribles acontecimientos ocurridos en la ciudad al producirse la sublevación militar.

Manuel Ayllón logra que la ficción verosímil, pero también inquietante, proyecte la más heterodoxa de las biografías del poeta y sirva también para rendir el debido homenaje a las miles de personas que compartieron su mismo trágico destino en aquellos meses de 1936. *Granada 1936* es la elegía que hasta ahora no supimos, o pudimos, recitar.

Manuel Ayllón Campillo

Granada 1936

Los cuerpos rotos

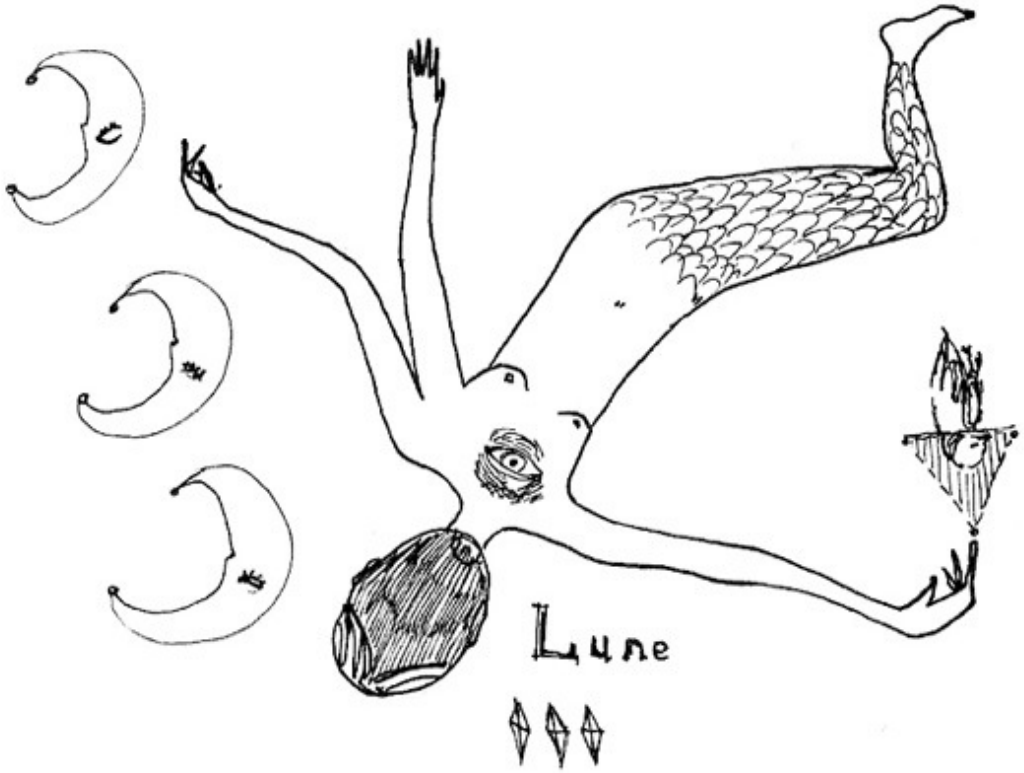
Manuel Ayllón Campillo, 2015

Por la naturaleza de la red, puede que algunos de los vínculos a páginas web en el libro ya no sean accesibles.

Índice de contenido

- Granada 1936. Los cuerpos rotos
  - I Días de pasión
  - II Noches de calvario
  - III Madrugadas de muerte
- Epílogo
- Relación de Personajes
- Sobre el autor

A mis raíces en Granada


Lune

Cuando se hundieron las formas puras
bajo el cricri de las margaritas,
comprendí que me habían asesinado.
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias,
abrieron los toneles y los armarios,
destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.
Ya no me encontraron.
¿No me encontraron?
No. No me encontraron.
Pero se supo que la sexta luna huyó torrente arriba,
y que el mar recordó ¡de pronto!
los nombres de todos sus ahogados.

Federico Garcia Lorca
Fabula y rueda de los tres amigos
Poemas de la soledad.
Poeta en Nueva York. 1930

I
DÍAS DE PASIÓN

Cuando las estrellas clavan rejones al agua gris…

1

24 de junio de 1936 (mediodía).
Domicilio de los padres de Federico García Lorca. Madrid.

Un pellizco en el estómago le tenía descompuesto. Desde que se había despertado, una punzada inmisericorde le acompañaba a todas horas. Le sucedía siempre que presentaba en público alguna de sus obras, y en esta ocasión no iba a ser diferente.

Aquella mañana demasiado cálida del verano madrileño, en la casa de sus padres, sabía que el malestar no tendría fin hasta que leyera por la tarde el manuscrito recién concluso de su *Bernarda*. Declamar una obra por primera vez, aunque fuera entre amigos, le trastornaba más que los nervios que siempre se apoderaban de él en los estrenos de teatro. Al fin y al cabo, pensaba, cuando sus palabras se hacían voz ante los otros era como si llegaran a la vida, como si la palabra escrita no fuera verdad completa y solo el eco de la voz insuflara a la obra el alma inmortal con la que viviría en adelante. Para Federico, esa primera lectura era como un parto en el que traspasado el dolor se rompía el cordón umbilical con «las palabras de la tinta» y nacían, decía él, «las palabras del viento», que ya correrían solas por el mundo sin necesidad de su concurso.

El drama que había terminado días antes era muy importante para él. Pretendía que ese texto nonato fuera su pasaporte para llegar a la fama más excelsa, la fama que anhelaba entre sus compañeros de oficio. Federico ya tenía público, la crítica le trataba bastante bien, pero no le bastaba con eso, necesitaba el respeto y la admiración de sus camaradas de letras. Hasta que llegara ese momento no consideraría que su carrera literaria había alcanzado el mérito que

ambicionaba secretamente desde que empezó a clavar palabras en el papel al poco de aprender a escribirlas.

Quería que sus colegas le aplaudieran como lo hacía la gente del pueblo llano cuando representaba en las plazas mayores las piezas de Cervantes, Calderón o Lope, enfundado en el mono azul de los oficiantes. A eso iba con Eduardo Ugarte, su medio hermano, con los Higueras, con su propia hermana Isabel y con los demás amigos de entonces, «los barracos»; como le había encargado que hiciera Fernando de los Ríos, un buen amigo de su padre que se ocupó del Ministerio de Instrucción Pública cuando se proclamó la Segunda República, en la primavera de 1931. Entonces, apenas le conocía nadie fuera del círculo de los poetas, recién llegado como estaba de un viaje a La Habana y Nueva York que le tuvo fuera de España desde 1929. Era más famoso en Cuba que en su país, donde realmente ansiaba el éxito, si bien *La zapatera prodigiosa* le dio a su vuelta de América una popularidad de la que ya había catado en el año 28 con su *Romancero gitano*.

Cerró tras él la puerta del cuarto de baño. «Vaya trago se me viene esta tarde», pensó mientras echaba el pestillo, apresurado, y se disponía a evacuar sus angustias.

Sentado en el inodoro no se le iba su *Bernarda* de la cabeza. Sabía que era una buena obra, que estaba bien escrita y que los personajes tenían sustancia, pero temía que los demás no descubrieran en su drama lo mismo que él pretendía de sus escenas: denunciar la mediocridad y el terrible, maligno y perverso atraso de los pueblos de España. Federico veía en ello la causa última y profunda de una injusticia de siglos, cuya superación se estaba gestando solo desde que la Segunda República abrió las puertas de España a la libertad política como medio para acabar con una sociedad opresiva en la que el peso de la tradición laminaba las conciencias. Él, un granadino cosmopolita y de buena familia que había representado el teatro de los grandes clásicos ante «el pueblo más pueblo», usaba ahora a sus espectadores como protagonistas.

En aquellos viajes teatrales por España con sus amigos de «La Barraca» había conocido cómo se vivía en una tierra que esos días ardía en el desconcierto de una furia justiciera que unos, los más, reclamaban pronto y otros, los menos, temían desde que el Frente Popular había ganado ese febrero del 36 unas elecciones en las que la República había «vuelto por su camino», como decía su amigo Rafael Alberti. Los recuerdos adolescentes de su vega granadina se mezclaban con lo que había visto por los pueblos de España y lo que le había contado su público «*de pana y estío*», y esas páginas de su *Bernarda* eran un resumen terrible y magnífico de sueños, miedos, odios e injusticias que oprimían a cuantos rondaban por su argumento, especialmente a «*sus mujeres*», y con las que quería «poner las cosas en su sitio».

Federico estaba convencido de que podía salir bien del envite porque guardaba su mejor carta: sabía que era un seductor y que era capaz de conquistar a quien fuese preciso, fuese hombre o mujer. Administraba como nadie una mezcla peculiar de ingenio y burla simpática que le hacía caer bien a todo el mundo destilando ocurrencias y chascarrillos en los que combinaba con habilidad la perspicacia campesina de su infancia con las citas cultas e inevitables de su oficio de escritor. Y si faltaba algo para entusiasmar al público casi siempre solía encontrar cerca un piano en el que rematar la faena. Toda valía para caer en gracia y que nadie apreciara el caracol de su acusada timidez. La timidez era su punto más débil, la hendidura por la que podían entrar desde la salamandra de los celos hasta el fuego de la envidia. Y esa contradicción se asentaba sobre una paradoja: él, que había escrito para «*el pueblo más pueblo*», para un público «*con camisa de esparto frente a Hamlet, frente a las obras de Esquilo, frente a todo lo grande», él*, que se declaraba ajeno a la burguesía frívola y materialista de Madrid, iba a leer esa tarde su Bernarda Alba ante el conde de Yebes, el hijo del conde de Romanones, y sus amigos, lo más rancio de aquello que decía detestar.

Era la tercera vez en dos horas que acudía a vaciar sus intestinos. Se admiraba de que todavía pudiera quedar algo en ellos. Apenas había desayunado y no pensaba almorzar. Tenía que estar despejado para la hora del éxtasis, aunque mucho temía que una gula incontrolada desde que era niño le haría picar cualquier cosa en la cocina de su casa. Sonrió. Por el ventanuco del retrete entró el sol del mediodía, y ese sol ardiente de Castilla dibujó en uno de los esquinazos un amago de rosa desteñida de sombras móviles, de borrones.

Federico vivía esos días de junio en la casa que sus padres tenían en la madrileña calle de Alcalá, en el número 96, entre las calles Narváez y Felipe II, y que quedaba a dos pasos de la antigua plaza de toros de Madrid. Precisamente la afición taurina de su padre fue lo que llevó a la familia a domiciliarse cerca del coso, si bien al poco de llegar fue derruido y cambió su emplazamiento a la plaza de las Ventas. Pese a que temporalmente residía con sus padres, Federico tenía alquilado desde hacía cuatro años un *pied à terre* en un edificio de la calle Ayala, que era propiedad del conde de Casas Rojas, su estudio, como él decía, y donde tenía por vecinos al guitarrista Regino Sainz de la Maza, a la actriz Encarnación López Júlvez, *la Argentinita*, y sobre todo al escultor Emilio Aladrén, ocho años más joven que él, y de quien estaba enamorado; «mi enamorado más íntimo» desde que en 1927 se lo levantara a la pintora Maruja Mallo, que no se lo perdonaría jamás.

Y como el que a hierro mata a hierro muere, la relación entre el escultor y el poeta terminó apenas un año después, cuando una millonaria americana, Eleanor Dove, le alzó el novio a Federico y se lo quedó para ella sola con gran alegría de los amigos del granadino, que veían en el escultor una pésima influencia para el poeta, y para alivio de sus padres, que según escribiría años después Vicente Aleixandre aprovecharían el desamor para enviar a Federico a Nueva York y poner así tierra de por medio. A ello ayudó el informe que le dio a su padre un amigo de la familia que era oficial de la Guardia

Civil y que de vez en cuando le visitaba en Madrid. «Pues se puede imaginar usted, don Federico —le explicó el benemérito capitán cuando reportó en Granada de su última visita—. Allí está tan contento, entretenido en su pisito, gastándose su dinero de usted y… tomando por el culo».

Pepín Bello, que lo tenía atragantado, decía de Aladrén comparándolo con Alberti, quien tampoco era santo de su devoción: «Alberti llega a producir en mí un malestar más grande que la idea de un Dios, que la materia fecal que fluye en el vientre de las mujeres bonitas, que la *Sociedad de Cursos y Conferencias*, que la jota aragonesa, que los conciertos de la sinfónica, y que… Aladrén».

—Federico, ¿te encuentras bien? —preguntó su hermana Isabel, al otro lado de la puerta del lavabo.

Isabel García Lorca, dos años menor que el poeta, había ido aquella mañana a casa de sus padres. Estaba instalada en la «*Residencia de Señoritas*» de la calle Fortuny, un centro para muchachas que cursaban estudios universitarios y que dirigía María de Maeztu por encargo de la *Junta de Ampliación de Estudios*, siguiendo el modelo de la masculina «*Residencia de Estudiantes*», donde Federico vivió desde 1919, cuando llegó de Granada licenciado en Derecho, hasta 1927, en que estrenó *Mariana Pineda*.

—Sí, sí… —contestó Federico, recomponiendo el ánimo—. Es solo un malestar que me tiene un poco trastocado los intestinos y el ánimo teatral.

—Lo de siempre —sentenció ella que sabía de sobra las pejiguerías de su hermano—. ¿Te apaño algo ligerito para almorzar?

—¡Noooo…! Ya ves como estoy —casi gritó su hermano—. No me apetece nada,… y no me hagas pensar en comida.

—Pues entonces te preparo una tisana de eneldo —insistió la hermana, que tenía devoción por Federico. En cuanto supo que había vuelto de Barcelona se las ingeniaba para salir de «La *Residencia*» a cada rato y parar en casa de sus padres para estar con él y escuchar de su boca las aventuras de «La Barraca», «esos

locos y maravillosos funambuleros» a los que ella acompañaba con frecuencia.

—Haz lo que quieras —farfulló Federico.

—¿Qué?

—¡Que hagas lo que quieras!,… pero que mamá no se entere.

Federico oyó el taconeo de su hermana en el pasillo. Se dirigía hacia la cocina, que estaba al fondo de la casa, y aprovechó para abrir la ventana y salir del excusado recomponiendo como buenamente pudo la figura a base de ceñirse la bata de algodón con la que se cubría el pijama y cruzar el pasillo a toda prisa para meterse en el dormitorio y vestirse.

Antes de desnudarse buscó un traje en el armario. Quería impresionar a su público y para ello escogió uno cruzado azul oscuro, de hilo y seda, que había encargado a medida durante su estancia en La Habana y que reservaba para las grandes ocasiones. «Por lo caro que me costó, bien me vale para este apuro», se dijo mientras lo sacaba de la percha y lo extendía sobre la cama. Era un traje sin chaleco, con los bolsillos de la chaqueta a la moda americana, y los pantalones estrechos, sin pretinas ni pliegues, de talle bajo y rematados sin vueltas.

Cuando se abrochó los botones de la cintura ya se peleó con una incipiente gordura que le crecía alrededor del ombligo y que a veces era motivo de burla de su amigo Rafael. Tomó una camisa blanca de algodón, sin varillas en el cuello, que llevaba bordadas sus iniciales en la pechera, y eligió una corbata de seda, corta, de rayas blancas y azules y más angostas que las que usaban los que no estaban atentos a los gustos de la moda fuera de España.

Cuando estuvo vestido se miró en el espejo de luna del armario y observó, horrorizado, que el traje le tiraba de las sisas, que los botones de la chaqueta estaban a punto de saltar y que cinco kilos más le habían perjudicado el figurín. «Tiene razón ese cabronazo de Rafael, me estoy poniendo como un trullo», rezongó para sus adentros.

Pero en cualquier caso quería usar ese traje porque era de seda y muy caro y porque se veía que era americano, que para eso «La Habana era como Nueva York con palmeras». Sobre todo, no pensaba cambiárselo porque él, a pesar de las estrecheces, se veía elegante con ese terno y además creía que le daba suerte. Lo había llevado en La Habana el día que dictó su conferencia sobre «La Arquitectura del Cante Jondo», el 6 de abril de 1930 en el Teatro Principal de la Comedia. Aquel día, en el que una lluvia torrencial arrasó la ciudad, llenó hasta el abarrote el aforo del teatro y tal fue el éxito de sus palabras que a las pocas semanas era conocido en toda Cuba. No pensaba quitárselo, así que se soltó los botones de la chaqueta y decidió llevarlo abierto.

Vio en el espejo que la cosa había mejorado y dudó unos instantes sobre la conveniencia de ponerse o no pañuelo en el bolsillo pechero de la chaqueta. Se probó varios: unos a juego con la corbata, otros totalmente distintos para provocar contraste; como siempre, en busca de una extravagancia que le era consustancial. Solía usar esa prenda porque estaba cerca del corazón y él era muy supersticioso para esas cosas. Además, le gustaba recurrir con frecuencia al pañuelo porque era una forma sutil de esconder un mensaje: su color, la manera de doblarlo, cómo se disimulaba en el bolsillo o cuántos picos enseñaba eran toda una conversación para quien supiera entenderla. Federico, que se tenía por elegante y se esforzaba en ello, había hecho doctrina de una frase de Balzac, «la elegancia es la ciencia de no hacer nada igual que los demás, pareciendo que se hace todo de la misma manera que ellos».

Un nuevo retortijón se cruzó entre sus dudas. Resolvió prescindir del pañuelo. Temía de tal forma que le criticaran por su obra que no quería dar la más mínima oportunidad a que lo hicieran también por su forma de vestir. Sabía de sobra que más de uno iría a matar el rato y no para escucharle. Por eso presumía, y temía, que todos iban a estar pendientes de sus gestos, de su forma de moverse y, por supuesto, de cualquier detalle de su vestuario.

«¡Fuera pañuelo!», concluyó tirando uno blanco sobre la cama. El traje iba a ser su última piel, pues la primera, no lo podía evitar ni lo deseaba, sería la última camisa blanca que le había regalado su madre hacía dos semanas. Quería sentirse a gusto y con esa camisa creía notar las caricias de Vicenta protegiéndole. Aquella tarde sería lo único que rozara su piel. No quería nada más. Sería su escudo. Se miró de nuevo al espejo y sonrió. Ya estaba preparado, como un torero, para un paseíllo que intuía triunfal.

Isabel le anunció que le traía la tisana. Federico abrió la puerta del dormitorio y la invitó a que dejara el servicio en la misma mesa donde tenía los primeros folios de una obra de teatro que pensaba intitular *La destrucción de Sodoma* y con la que remataría la trilogía que inició con *Bodas de sangre* y continuó con *Yerma*; las obras que le dieron fama en Argentina. Alargó la mano, apuró la tisana y volvió a contemplarse en el espejo: se veía como un nuevo Ignacio Sánchez Mejías dispuesto a lidiar los morlacos de una tarde literaria que él esperaba de gloria.

—¿No te pones alfiler en la corbata? —le preguntó Isabel señalando la pechera.

—No sé qué tal quedará —dijo poco convencido—, voy a probar con uno.

Del cajón de la mesilla sacó la caja de nácar en la que guardaba su colección de pasadores. Allí estaba el que le había regalado Rafael Rodríguez Rapún. Lo sacó para ponérselo, pero al intentar prenderlo a través de la corbata, por su precipitación, casi saltó el pespunte del tercer ojal de la camisa y a punto estuvo de clavarse la aguja en el pecho. Ese incidente volvió a hacer que la intranquilidad le revolviera el estómago. El simbolismo le resultaba evidente: el pinchazo venía de Rafael, de la mano imaginaria de su amado amigo. Temió en ese instante que se molestara con él, que se encelara, que se sintiera relegado por la popularidad de su compañero en una tarde que él esperaba de triunfo. En el fondo necesitaba a su joven amigo más de lo que le había dicho nunca y le

temblaban las carnes al pensar que un disgusto pudiera llevar a que Rafael le faltara cuando más lo deseaba. Federico tenía preparada para después de la lectura una cena íntima en la que celebrar con unos pocos amigos lo que esperaba que fuera un éxito, no concebía otra manera de serenarse después de las angustias que estaba sufriendo. «Después de que pase el trago de la lectura vendrá la noche y con ella la alegría con los míos —se dijo para sus adentros —. Y ¿qué alegría puedo tener si Rafael no me sonríe cuando el sol nos despierte juntos por la mañana?». No podría hablar de éxito si Rafael no era su premio de alborada, así que decidió ponerse el pasador para no tentar a la suerte.

—¿Estás todavía nervioso, Federico? —preguntó su hermana ayudándole con el pisacorbatas.

Federico demoró su respuesta, como si estuviera ausente, y de sopetón, como si quisiera soltar toda su angustia de golpe, le espetó:

—Isabel, ¿tú crees que he sido demasiado cruel con las mujeres de *Bernarda*?

Federico siempre le había dicho que *La casa de Bernarda Alba* era un drama de las mujeres de todos los pueblos de España, pero el aroma amargo de la vega granadina rezumaba por sus páginas: odios enquistados, revanchas pendientes y sobre todo ignorancia a mares. Y eso lo sabía él, su hermana, algunos pocos de sus íntimos y en pocas horas lo sabría el «todo Madrid».

—Si tú lo has querido así, así debe ser —sentenció Isabel, eludiendo la respuesta.

—Pero ¿crees que es prudente lo que he escrito?

—Desde luego que no lo es, Federico, y bien lo sabes —dijo ella mirándole fijamente a los ojos—. Pero tú eres como eres y es muy difícil que cambies… y tampoco tienes por qué hacerlo.

—¿Es peligroso? —Federico era muy asustadizo.

—Ese es tu arte, y el arte tiene siempre sus peligros, tú eres consciente. Acuérdate de la que se lio con el *Romance de la Guardia*

Civil y al final no pasó nada.

—¡Que me tuve que ir de España! —contestó él exagerando el gesto—. ¿Te parece poco?

—Sí, Federico, pero no pasó nada. No seas teatrero. Además, te fuiste porque se te antojó, porque querías conocer América. Que nadie te empujó a irte ni te perseguían.

—Me tranquilizas, hermanita —agradeció el poeta abrazándose a ella—. Ahora mismo tengo un nudo en el cuerpo que si por mí fuera me iría corriendo a Atocha para montarme en un tren que me llevara a Granada, que es lo que estoy deseando. Eso y que te vengas conmigo.

—Sabes que no es posible, Federico —razonó Isabel—. Hoy enseñarás a esos señoritos lo que llevas tanto tiempo preparando, y les vas a demostrar que eres un autor maravilloso. Estás obligado con ellos, contigo, y sobre todo conmigo, que soy tu principal lectora.

—¡Y la mejor de las hermanas! —dijo el poeta mientras la abrazaba otra vez levantándola en volandas y dando vueltas con ella por la pequeña habitación de soltero.

—Estate quieto, loco, que nos vamos a caer.

Federico cesó en las volantinas y dejó a Isabel en el suelo.

—Es normal que estés aterrado, Federico —insistió ella mientras se alisaba la blusa—. Hoy es como si fueras una mujer y tuvieras que parir, como si fueses una madre que hasta que no vea al hijo de sus entrañas en brazos no creerá que esté sano y entero. Hoy traes al mundo a tu *Bernarda*, la que ha nacido de donde todos venimos: de la Vega de Granada y de las costumbres con que nos criaron.

—Eso es verdad, hermanita —reconoció el poeta.

—Pues eso es lo que te honra, aunque ahora te asustes.

Federico admiraba la sabiduría práctica de su hermana pequeña, que siempre tenía el comentario justo que le serenaba.

—¡Anda tranquilízate, poeta eximio! —remachó burlona Isabel.

—Si tú lo dices lo intentaré. Sabes que siempre te hago caso —contestó zalamero.

—Será porque siempre tengo razón —dijo ella con un mohín de picardía.

—O será porque te quiero tanto que siempre veo por tus ojos.

—No me engatuses, Federico, que eres un liante. Anda, arréglate el nudo de la corbata, que hoy estás muy guapo y no quiero que lo estropees.

El leve portazo que dio Isabel al salir puso fin a la conversación. Permaneció unos instantes parada en el umbral de la antesala contigua mientras unas lágrimas asomaban a sus ojos. Veía a su hermano tan inocente y moviéndose en un mundo tan distinto al de su infancia, que no sería de extrañar que corriera peligro en esos tiempos tan revueltos. Se colocó el pelo con la coquetería de las señoritas bien y siguió caminando hacia su cuarto, donde tenía unos folios que su hermano le había dejado en la mesilla de noche la tarde anterior para que conociera a aquel poeta chileno, un tal Neruda, que a decir de Federico encandilaba a todos.

2

24 de junio de 1936 (por la tarde).
Domicilio de los condes de Yebes. Madrid.

—¿Y es tan guapo como dicen? —preguntó Ángeles.

—Psss…… no está mal —contestó Tota De la Gándara, con aires de entendida.

—Chica, parece que no te gusta. Todo el mundo dice que es muy guapo.

—Sí, sí me gusta. Es guapo, pero… —*Tota* se hacía la misteriosa con su amiga.

—Pero,… ¿qué? Anda, dímelo… —Ángeles Moreno, una soltera que había pasado de los treinta y que trabajaba de enfermera en el dispensario del Hospital de la Cruz Roja de Cuatro Caminos, estaba en ascuas.

—Tiene algo raro, no sé… —pareció regalarle *Tota* haciéndose la interesante.

—Yo le conozco por las fotos del periódico y una vez le vi en el teatro… pero estaba lejos y no nos presentaron —mintió la pobre Ángeles, que desde luego no había coincidido con él en ningún sitio y no sabía cómo sacar de su amiga lo que parecía que la otra se guardaba entre los pliegues del abanico.

—¿Y qué te pareció? —Ahora era *Tota* la que quería poner en compromiso a Ángeles, que era muy tímida y, desde luego, poco sabía de varones pese a tenerlos delante, acostados y en pijama todos los días.

—Guapo, aunque un poco cabezón. ¿Te refieres a eso?

—No hija… es otra cosa —contestó despectiva Tota.

La señorita De la Gándara era una «chica bien», soltera y con recursos, que heredaría más de veinte mil hectáreas de olivar cuando su padre el barón pasara a mejor vida, y tres casas en el barrio de Los Jerónimos que le quedarían por su madre, la hija pequeña de los marqueses de Alabarí.

—Anda, por favor —la pobre Ángeles no sabía cómo ponerse para que la orgullosa amiga le desvelara el secreto que la tenía en vilo.

Ángeles Moreno era una muchacha del barrio de Malasaña, de la calle San Andrés, que era amiga de la condesa de Yebes desde que la aristócrata, hija de los condes de la Viñaza, estuvo como enfermera voluntaria en el hospital donde trabajaba Ángeles. Ocuparse unas semanas como voluntarias en algún hospital para los pobres estaba de moda entre las jóvenes del barrio de Salamanca, que era donde vivía Carmen Muñoz Rocatallad antes de casarse con el conde de Yebes.

—Besa raro —concedió al final llevando la mirada al techo para enredarla con una lámpara veneciana que, a esas horas, las seis de la tarde, servía para poco más que para que las moscas madrileñas pasaran la canícula manchega en la siesta.

—¿Que besa raro…? —La pobre Ángeles se llevó la mano a la boca para disimular su turbación, en un gesto que a todas luces creía formaba parte de las buenas maneras.

—¿Tú le has besado?

—Sí, niña, sí —dijo, suficiente, la casadera *Tota*.

—¿Cuándo? Dime… cuéntamelo todo, por favor —eso es lo que le gustaba a Ángeles de esos saraos: saber cosas de sus amigos, y más si eran asuntos de amores y secretitos galantes.

Tota De la Gándara desplegó el abanico, se refrescó un poco por la zona del cuello y después de cubrirse la oreja izquierda con el abanico abierto, cosa que quería decir que iba a revelar un secreto gesto que Ángeles no comprendió, dijo:

—Fue en casa de Eusebio Oliver —desveló en un susurro que más que confidencial pretendía ser misterioso.

—¿El doctor Oliver, el médico, el que vive en la calle Lagasca? —Ángeles Moreno era como una enciclopedia. Sabía vida, milagros, direcciones y empleos del todo Madrid. Sus amigas enfermeras decían en broma que si no estabas en el vademécum de Ángeles no eras nadie.

—Sí, hija… el de la calle Lagasca —concedió *Tota* con fastidio. Le exasperaba esa afición al callejero de su amiga.

—¿Y eso fue el martes pasado? —preguntó nerviosa la enfermera.

—Sí, el martes pasado, ¿por qué?

—Porque me lo perdí —respondió apesadumbrada la señorita Moreno.

—¿Que te lo perdiste? —preguntó *Tota* desconcertada.

—Sí, estaba de guardia en el Dispensario y no pude ir.

—¿Estabas invitada? —«esta jodida se cuela en todos los sitios», pensó *Tota*.

—Bueno… sí —titubeó la enfermera.

—¿Te invitó Eusebio? —ahora era *Tota* la que apretaba.

—No, me invitó Carmen, pero no pude ir con ella —la condesa de Yebes solía hacerse acompañar por su amiga la enfermera si su marido no podía asistir, y eso pasaba con frecuencia porque el conde pasaba más tiempo cazando en sus fincas que por Madrid con su mujer.

—Pues te lo perdiste —sentenció.

—¿Y allí fue donde os besasteis?

—Sí, hija —condescendió *Tota*, que ya estaba empezando a incomodarse.

—¿Y cómo fue?

—Sabes que Eusebio —dijo eludiendo la respuesta y recalcando el nombre de pila del anfitrión para marcar distancia con su amiga— es muy aficionado a las tertulias y que le gusta rodearse de artistas, pero sobre todo de gente de letras.

—Sí, claro —volvió a mentir Ángeles, que del doctor solo sabía la dirección y la especialidad, que lo era del estómago.

—Pues el caso es que hubo una tertulia en su casa, con la fresca, y allí que fuimos todos. —*Tota* gozaba haciendo sufrir a su amiga.

—¿Leía alguien esa noche?

—No, Ángeles. Era una tertulia y allí hablamos todos de nuestras cosas, que pareces tonta —la joven heredera insistía en marcar distancias.

—¿Y qué hizo él?

—Lo de siempre: contar chascarrillos, cantar algo y tocar el piano, que lo hace estupendamente. Se convirtió enseguida en el centro de la reunión, tenías que haber visto cómo tocaba el piano con un amigo suyo que le acompañaba. Formaban un dúo fantástico que entre risas y bromas se atrevían con todo. Lo mismo se tiraban a un fandango que a una habanera.

—¿Tocaban *á quatre mains*? —dijo Ángeles forzando el acento para que sonara lo más parisino posible.

—Ay, hija. ¡Pero qué cursi eres! —despotricó *Tota*—. Pues claro que no. Tocaba él y cantaba con su amigo, que ese sí que es guapo.

—¿Y te besó?

—Sí, claro. —*Tota* estaba encantada haciendo que la pudorosa enfermera se exasperara.

—¿Y cómo fue? —la curiosidad y una excitación morbosa se escapaban por los ojos de su amiga.

—Me sacó a bailar mientras su amigo palmeaba una sevillana y al terminar la primera me besó.

—¿Bailasteis varias?

—No, hija, no. Que una sevillana lleva cuatro coplas y en cada copla cuatro pasos. La primera se refiere a la primera parte, la primera copla.

—Claro, no me acordaba —siguió mintiendo Ángeles, que para lo del baile era muy sosa.

—Pues eso… —y continuó sin contestar a lo del beso: «que me lo pregunte otra vez», pensó *Tota*, «se lo voy a hacer sudar».

—¿Y cómo besa?, dímelo de una vez. —Ángeles tenía los ojos nublados como si fuera a llorar.

—Raro…, besa raro —y la señorita De la Gándara se quedó callada, mirando a su amiga, que estaba a punto de explotar por la emoción.

—¿Raro?

—Sí, hija —respondió lo más suficiente que pudo; le gustaba presumir ante su amiga de experiencia con los hombres—. Como si no sintiera nada, y hasta me atrevería a decir que lo hace con un punto de repugnancia. Pero de lo que estoy segura es que no besa como un hombre.

—¿Qué cuchicheáis las dos? —quien terció en la conversación acabando con la confidencia era María de Gamboa y Moreno, la marquesa de Santo Floro por su matrimonio con Agustín Figueroa Alonso-Martínez, el hermano del anfitrión, tercer marqués del título y séptimo hijo del conde de Romanones. Precisamente se debía a Agustín, que era periodista y dramaturgo, la iniciativa de usar el domicilio de su hermano para la lectura de la obra de Federico, con el que compartía aficiones y amistad literaria.

—Nada, tonterías nuestras… —respondió Ángeles Moreno.

—¡No me lo creo! —interrumpió pícara la marquesa cuando Ángeles quiso explicarse—. Seguro que estáis hablando de hombres, que para eso sois las dos únicas solteras de la reunión.

—Hablar de hombres no es solo cosa de solteras —dijo *Tota* sacando pecho, mientras miraba descarada hacia Bebé Vicuña, la guapísima esposa de Carlos Morla Lynch, encargado de negocios de Chile en Madrid, que acompañaba a su marido en aquella reunión.

De todos era sabido que *Bebé*, una mujer espectacular y muy rica por familia, hacía la vista gorda a las aficiones masculinas de su marido, que además de ser una excelente persona era su primo, y que compensaba con creces y por su cuenta lo que el casamiento no le daba.

La pareja aludida departía en ese momento con otro matrimonio invitado, el doctor Gregorio Marañón y su mujer, Dolores Moya. Los Morla eran también unos excelentes anfitriones y tenían a los Marañón por fijos en las tertulias literarias que los chilenos organizaban en su piso del barrio de Salamanca, donde los habituales eran escritores de la fama de Luis Cernuda —«muy amigo de mi marido» reseñaba siempre *Bebé*, que se había bautizado como María Manuela—, para celebrar lo que todos sabían en el ambiente de los escritores y autores como Alberti, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén o José Bergamín. También acudía con frecuencia Antonio Marichalar, al que también esperaban esa tarde en casa de los Yebes.

—Hablando de hombres —insistió la marquesa de Santo Floro, que prefirió no entrar al trapo—, ¿habéis visto la preciosidad que está abajo en el portal?

—No he visto nada —dijo *Tota* De la Gándara poniéndose muy digna.

—¡Yo sí! —contestó alborozada Ángeles, que pese a su timidez estaba muy bien de la vista—. ¿Quién es, marquesa?

La señorita Moreno gustaba de usar el tratamiento nobiliario con quienes ella, luego en el hospital, llamaba «sus amigas». Su padre, que llevaba en la UGT desde que cumplió los quince años, no podía dejar de llamarla al orden cuando escuchaba la crónica de sus andanzas. «Cuídate de esa gente, Angelita, que no son de los tuyos y nada bueno se te va a pegar de ellos».

—No le conozco —respondió la de Santo Floro, a la que los demás llamaban Maruja—, pero parece que está esperando a alguien.

—¿Vendrá aquí? —se preguntaba ilusionada la enfermera.

—No sé, voy a consultarle a mi cuñada. Ella sabrá.

Y allí las dejó con el misterio.

Una doncella impecable a la que llevaban con cofia y guantes blancos de algodón se acercó a las damitas ofreciéndoles limonada que servía en unos vasos altos mediados de hielo picado.

En el salón de la casa ya esperaban, aparte de las dos solteras como decía la de Santo Floro que no las quitaba ojo, el matrimonio Marañón, los Morla y Carmen Muñoz Rocatallad, que ejercía de anfitriona trajinando de un lado a otro y disponiendo con un doméstico el apaño de la mesa donde se habría de instalar Federico García Lorca para leer su última obra.

—¿Está de su gusto, señora condesa? —quiso saber el mayordomo, mientras alisaba un soberbio mantón de Manila sobre una mesita donde se había dispuesto una jarra de plata para el servicio del agua. El vuelo del mantón cubría las patas de la mesa asemejando un atril colorido para la celebración que todos esperaban.

—Está bien así, Braulio, pero trae un cenicero, que el poeta es un fumador empedernido y creo que no para de hacerlo ni mientras lee. Y abre el balcón… que corra el aire…

Los balcones de la casa de los condes de Yebes daban a una terraza en logia sobre la calle de José Abascal. Al edificio, el número 53 de la calle, lo conocían los vecinos por «la casa de los garajitos», porque en su planta baja había tres portones a cada lado que daban acceso a sendas cocheras al servicio de tan exclusivas viviendas. La casa, recién estrenada, apenas llevaba un año abierta y la había proyectado el anfitrión, que además de ser conde y dedicarse fundamentalmente a la caza tenía el título de arquitecto y se había ocupado de construirla. El salón, en dos ambientes, ventilaba al mediodía a través de la logia y se comunicaba mediante una gran puerta doble con un comedor que daba a la fachada de la casa. La condesa de Yebes había decidido que la mesita de lectura estuviese en el comedor y que las puertas con el salón, donde había aparejado los sillones como butacas de un teatro, enmarcaran el cuadro para que el poeta se sintiera como en un escenario.

—Carmen… —dijo la Santo Floro cuando se acercó a la de Yebes.

—Dime, Maruja.

—¿Sabes quién es el que está esperando abajo, en el portal?

—No tengo ni idea, cuñada. Solo faltan el poeta y Marichalar y, como siempre, nuestros maridos. Y no creo que ni Federico ni Antonio estén esperando a nadie.

Antonio Marichalar Rodríguez Monreal de Codes y San Clemente, marqués de Montesa, era un escritor que colaboraba con artículos en «El Sol» y en la «Revista de Occidente» y que acababa de publicar *Mentira desnuda*, una colección de ensayos sobre ambientes literarios de Europa y América. Aristócrata y republicano, estudioso de las vanguardias y escritor clasicista, Marichalar era soltero. Y si bien le habían invitado a él solo, las dos cuñadas daban por seguro que aparecería con alguna dama inesperada, pues mucha era su afición a los amores fugaces y mucho también su éxito entre las damiselas madrileñas. Católico recatado y vividor cosmopolita, se sentía más cómodo con Antonio Machado y Gregorio Marañón que con los diputados de las derechas que eran amigos de su familia. El que esa tarde acudiera allí se debía a su relación con Agustín Figueroa, Carlos Morla y, cómo no, con el propio Federico García Lorca.

Marichalar, Agustín Figueroa y Lorca eran amigos de letras y enredaban juntos desde hacía años en episodios literarios y celebrando las efemérides románticas por Madrid vestidos de época, como si fueran coetáneos de Mariano José de Larra.

—Verás como Antonio llega tarde —dijo Maruja—. Pasará a recoger a alguien, si no es que se viene andando desde la Puerta de Alcalá.

Un ruido de botas en el vestíbulo y cierto estrépito anunciaban que alguien entraba en la casa con prisa y sin cuidar demasiado las formas.

—Tu marido… —anunció Maruja.

—Y el tuyo —respondió Carmen sin contener la risa.

Eduardo y Agustín Figueroa acababan de llegar. Venían de cazar corzos en celo de «La Ventosilla», una finca que tenían en Argés, un pueblo de Toledo.

—Braulio, he dejado en el coche las armas y los trofeos —dijo el de Yebes al mayordomo, que había ido a recibirle en cuanto oyó la puerta—. Luego bajas a por ellos. Ahora voy a cambiarme, prepárame un traje gris.

—A buenas horas, pareja —las dos cuñadas saludaban así a los hermanos.

—¿Por qué no te has cambiado? —recriminó la de Santo Floro a su marido con evidente disgusto.

—No nos ha dado tiempo a pasar por casa, Maruja. Perdona —se justificó Agustín de Figueroa.

—No te preocupes, cuñada —terció la de Yebes—. Eduardo le dejará un traje de los suyos. Tienen la misma talla.

—Anda, desastre, vete a cambiar al cuarto de los niños —concluyó Maruja con una sonrisa que parecía perdonarle la falta—. Y no os presentéis en el salón hasta que estéis de recibo, ¿vale?

El siguiente golpe de timbre obligó a la doncella a dejar la bandeja sobre un aparador para acudir a la puerta. Era Antonio Marichalar que, como había profetizado Maruja Santo Floro, llegaba en compañía de una morena soberbia.

—Siempre tarde, Antonio —culpó la anfitriona besando al escritor y mirando de arriba abajo a la escultural acompañante de su amigo.

—No tanto, Carmen, que he visto llegar a tu marido hace un momento —se excusó él correspondiendo al beso y sabiendo que Carmen nunca le tenía en cuenta sus retrasos—. Casi nos atropella cuando íbamos a cruzar Zurbano, venía como alma que lleva el diablo. Mira, Carmen,… te presento a Martirio de la Pasión —añadió Marichalar tomando por la cintura a la morena—. Me he permitido invitarla. Es una buena amiga.

Las dos mujeres se saludaron besándose en la mejilla con esa frialdad con la que las hembras miden sus ferocidades.

—Es actriz y desde que supo que hoy leía aquí Federico no ha parado en pedirme que la trajera.

—¿Es usted actriz de teatro? —preguntó la de Yebes.

—No, Carmen —aclaró el escritor con una sonrisa que lo decía todo—. Martirio es vicetiple en *Las Tocas*, la revista que dan en el Pavón. Ella hace el «fox» de *La bayadera de Jamalpur*.

—… ¿de Jamalpur? —preguntó con sorna la anfitriona.

—Sí señora, de Jamalpur. Nos queda un «fox» precioso —quiso explicar—. Yo, precisamente, salgo…

—Es una obra de Muñoz Román, González del Castillo y Alonso —interrumpió Marichalar, que no quería que Martirio contase cómo salía en el dichoso «fox»—. Es la historia de una sociedad de viudas que se dedican a raptar a todos los hombres que van a casarse con una soltera.

—Muy interesante… —dijo la Yebes, que empezaba a divertirse con la situación.

—Lo es —otorgó Marichalar con un evidente doble sentido.

—Lleva usted un vestido muy bonito —la de Yebes quería sacar algo de la boca de la espectacular morena.

—¿Le gusta, señora? —dijo ella con esa voz grave que tienen las vicetiples—. Me lo ha regalado Antonio.

—Es de «Asunción Bastida», ¿verdad? —preguntó Carmen a Marichalar.

—Sí, es de allí —concedió el marqués.

—Te habrá salido barato, ¿verdad? —repreguntó Carmen con la peor intención que pudo.

—¡Qué va, señora, que le ha salido por un pico! —protestó ingenua la escultural vicetiple. Mientras hacía la réplica, Martirio, que era granadina, echó hacia atrás su caballera negra en un gesto que pretendió lo más teatral que pudo y que únicamente consiguió esparcir por toda la sala el olor a jazmín con que se perfumaba los cabellos.

—Lo lamento entonces, Antonio. Hay «modelos» más elegantes —dijo la condesa, y recalcó el doble sentido de la palabra— que salen más baratos.

—Seguramente… —concedió el escritor, que estaba empezando a cansarse de las maldades de la anfitriona—, pero no todo está en el corte, querida, también está el uso… Y hay ciertas telas que son la gloria por el juego que dan.

Y dicho eso inclinó la cabeza ante Carmen Yebes, tomó a su acompañante del brazo y se fue con ella hacia el salón para saludar al resto de los invitados.

En ese momento Federico García Lorca llegaba al portal de la finca.

—¡Federico, estoy cansado de esperarte como un pasmarote! —le increpó Rafael Rodríguez Rapún, que llevaba más de media hora dando vueltas por la acera—. Podrías haberme dejado venir contigo y no citarme aquí, que soy el hazmerreír de todos los que entran.

—No exageres Rafael, y además no alces la voz que nos van a oír —quiso justificarse el poeta.

—Pues me da igual —insistió su amigo—. Mira cómo está la carpeta con tus papeles: manchada de sudor. Y yo estoy igual que la carpeta.

—Ya te compensaré por todo —templó Federico prometiendo lo que no sabía—. Espera a que termine y ya verás.

—No creas que se me va a pasar el enfado así de fácil.

—Rafael, no más reproches, por favor… Vamos para arriba.

Federico cogió del brazo a su amigo y entró con él en el zaguán de la casa. Se encaminaron hacia el ascensor y Federico, en un descuido de Rafael, le besó en el cuello.

Cuando los dos hermanos Figueroa ya adecentados entraban en el salón, sonó otra vez el timbre de la puerta.

—Llega el que faltaba, el más importante. Será Federico —dijo Bebé Vicuña que acababa de besarse con el anfitrión. Carmen Yebes no perdía ojo, porque se fiaba muy poco de *Bebé* y menos aún de su marido.

—Ya viene, ya viene… —dijo Ángeles Moreno a *Tota* De la Gándara, que no había saludado todavía a Marichalar.

Todos estaban esperando a Federico y rompieron a aplaudir cuando el poeta entró en el salón de la casa de la mano de Carmen Yebes, que había salido al vestíbulo a recibirle.

García Lorca venía acompañado por un joven que se peinaba hacia atrás, con gomina, y que vestía un *blazer* azul con pantalones blancos. Aparentaba pasar poco de los veinte años y se le veía azorado y con cara de disgusto. Federico iba tomado de su brazo. Cuando el poeta vio que le aplaudían, se despegó de su acompañante e hizo una burlona reverencia al público.

—Ese es, *Tota*. Ese es el que estaba abajo —susurró la señorita Moreno.

—Amigos, un autor se debe a su público —dijo el poeta— y yo estoy encantado de entrar en este maravilloso encierro donde quedo preso de vuestra hospitalidad.

Todos volvieron a aplaudirle y la anfitriona le tomó del brazo desplazando a Rafael, que quedó abandonado en el quicio de la puerta. Resultaba evidente que estaba molesto.

—Si gustan ustedes de mi trabajo… —y enseñó el manuscrito que pensaba leer y que llevaba bajo el brazo—. ¿Rescataré mi libertad para que esta noche pueda volar otra vez sobre los tejados de Madrid?

—Seguramente te liberaremos, Federico —le contestó el anfitrión acercándose a él—. No nos gusta quedarnos con poetas presos después de la cena.

El de Yebes saludó con un fuerte apretón de manos al poeta, le rescató de su mujer y le hizo entrar al salón.

—Estoy encantado de estar hoy con vosotros —dijo Federico, que fingía como mejor podía y jugaba a tapar con desenvoltura los nervios que llevaba anudados en el estómago.

—Federico…, esta es tu casa, como siempre, y más con los elogios que hace de ti mi hermano, que no para de celebrarte —añadió el conde para recibir a su invitado—. ¿Conoces a mi cuñada?

—¿Cómo no voy a conocer a la bellísima María? —respondió el poeta besándole la mano.

—Puedes llamarme Maruja, como cuando vienes a cenar a nuestra casa —concedió cariñosa la de Santo Floro. Su marido estaba a su lado y la tomaba del talle.

—Te viene el nombre que ni pintado —dijo el poeta mirándola a los ojos, y como si se acabasen de conocer—. Maruja, el hipocorístico de María, la llena de gracia. Toda mujer que lleva ese nombre es seductora, creativa y busca sus ideales. Y es cariñosa y da todo a la persona que ama. Tiene suerte Agustín de disfrutarte.

Ese comentario de Federico no era puntada sin hilo, porque en una sociedad tan cerrada como la madrileña corrían rumores sobre Agustín Figueroa y no eran pocos los chascarrillos sobre lo apropiado de su título.

Pero antes de que el conde siguiera con las presentaciones fue Federico el que se dirigió a todos ellos:

—Amigos, quiero presentaros a una persona muy importante para mí, sin la cual apenas sabría salir de casa, y que por eso me he permitido traerle conmigo en esta terrible tarde sahariana: es mi secretario, Rafael Rodríguez Rapún. Si no fuera por él, «La Barraca» no iría a ninguna parte.

Y Federico se acercó a recoger a su amigo, que en ese momento recibía de manos de la doncella la correspondiente limonada helada.

—¡Viva «La Barraca»! —gritó *Bebé* Vicuña, que siempre que podía acudía a sus representaciones.

—¡Viva! —rompieron todos a aplaudir.

Federico y Rafael correspondieron a los aplausos con un gesto de cabeza. Federico tomó del brazo a Rafael y este le devolvió el detalle con una sonrisa. Parecía que se le había pasado el enfado.

—Con que su secretario… —le dijo *Tota* a Ángeles Moreno en voz baja—. Si ya te he dicho que es raro.

—Pero es muy guapo —convino la enfermera, que no le quitaba ojo desde que había entrado en el salón.

—Me gusta más el otro, Ángeles.

—Es muy niño…

Como fuera que Lorca ya conocía a los Morla desde hacía tiempo y que en su casa hubiera coincido bastantes veces con Marañón y su mujer, se las ingenió para acercarse cuanto antes a Marichalar. Rafael Rodríguez Rapún, mientras, se quedó charlando con Maruja Gamboa.

—Estaba deseando verte, Antonio —dijo el poeta en cuanto saludó al marqués de Montesa. Te he leído antes de ayer en «El Sol» y tu artículo me ha parecido magnífico.

—¿Te ha gustado realmente, Federico? —preguntó Marichalar tomándole del brazo.

—Es soberbio. Está en la línea de tu *Mentira desnuda*.

—Por ahí van los tiros… —concedió el de Montesa.

—Pero he de reconocer que me cuesta seguirte cuando escribes de literatura. Yo soy un cazurro para la teoría… Lo que has escrito sobre Faulkner me sobrepasa.

—Es normal, Federico —le respondió el ensayista—. A los artistas no os gusta leer sobre arte, que para eso lo hacéis; preferís leer historias, de ahí sacáis luego vuestros dramas. Los que estáis tocados por el dedo de Dios hacéis arte, los que no tuvimos esa suerte solo podemos explicaros.

—¡Qué más quisiera yo que ser un artista! —mintió García Lorca con aplomo—. Solo soy un pobre narrador de lo que veo cuando vuelo en las noches por encima de los tejados.

Federico se quedó mirando a la guapa acompañante de Marichalar.

—¿Y esta belleza, Antonio? —dijo para cambiar de tercio—. ¿De dónde han salido unos ojos tan oscuros como la noche de mi tierra? Preséntamela, por favor.

—Soy Martirio de la Pasión, actriz —se anticipó el monumento, que estaba deseando decir algo. Su inconfundible acento granadino la delató.

—¡Qué vas a ser una actriz! Tú eres como la virgen de las Angustias, que tienes sus mismos ojos de agua y de noche. Y con ese nombre que llevas eres la penitencia de un pecado prometido, el sueño deseado de quien quiere morir de amor, aunque después tenga que arder en el infierno. ¿Tú eres de Granada, verdad?

—Sí, del mismo «Graná» —aclaró ella a la manera de los que habían nacido en esa tierra—, de la calle de la Alhóndiga.

—Pues quédate con nosotros, paisana —invitó Lorca besándola en la mejilla—, que otra Martirio de nuestra tierra saldrá esta noche de mis páginas. Si te gusta el papel le diré a la Xirgu que cuente contigo. ¡Qué mejor que una Martirio para darle vida a otra! —rio el poeta.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció Marichalar sacando una pitillera de oro blanco.

—No, gracias —rechazó el poeta al ver que el aristócrata fumaba emboquillados egipcios—. Ya sabes que yo tiro de americano, siempre compro Lucky.

Mientras Federico hablaba con Antonio, después de encender sus respectivos cigarrillos, y con Martirio, que estaba encantada de estar allí, las dos solteras seguían cuchicheando en una esquina del salón.

—Fíjate como atrae el imán a la punta del metal. —*Tota* se refería a las miradas fugaces que se cruzaban Federico y Rafael.

—Ya lo veo, ya. No tienen ningún recato —respondió la enfermera, totalmente decepcionada—. Han perdido la vergüenza. Desde que llegó la República parece que todos los maricones se han echado a la calle.

—Tampoco es para tanto, Ángeles. Siempre ha habido homosexuales, y más entre los artistas. Eso no es por la República, no exageres.

—Te digo que tanto vicio ha venido con Azaña y los comunistas —Ángeles era cada vez más vehemente—. Y te digo también que todo esto va a terminar… y muy pronto. Vamos a acabar de un plumazo con tanto libertinaje.

—Mujer no hay que tomárselo tan a pecho. Entre los artistas ya se sabe, las que no son putas son maricones. Son cosas del arte.

—Pues por eso precisamente, porque no se puede consentir tanto vicio. Solo les ha faltado besarse en público —decía Ángeles mientras contorsionaba el cuello para no perder de vista al poeta y a su amigo.

Mientras Ascensión Moreno seguía despellejando a Lorca, a Rapún, a Azaña, a los comunistas y al sursuncorda si se terciara, los invitados fueron tomando asiento.

El poeta departía en esos momentos con Rafael Rapún y con Carlos Morla cerca de la terraza. Formaban un trío que pese a estar en el salón, como todos los demás, viajaban a solas navegando cada uno en los ojos del otro, como si con ellos no fuera aquella ceremonia y aprovecharan esos instantes para decirse cosas sin palabras, para darse una seguridad que todos querían quitarles y para gozar de unos instantes de paz en unos días que temían perderla para siempre.

Carlos Morla conocía a Lorca desde hacía años, le había tenido en su casa muchas veces y él mismo le había presentado a Rafael. De hecho, profesaba un gran afecto por el poeta y mantenían una complicidad terrible, aunque nunca llegaran a más de la amistad, porque a Lorca le gustaban los muchachos y no los hombres como Morla. El diplomático, por otra parte, tenía fama de una sensibilidad extraordinaria: era un excelente escritor que reservaba sus páginas para unas memorias que aún no tenía completadas y que las iba llenando de anécdotas, viajes, sensaciones y, como le explicaba a su mujer, de trozos de alma. *Bebé*, en todo ese escenario, era un apoyo constante a su marido y Carlos se sabía querido por su prima en un matrimonio que iba mucho más allá de lo carnal.

Cuando los tres se separaron comenzó la ceremonia de la lectura. Eduardo Figueroa desgranó la fama y los méritos de Federico, comenzando, cómo no, por recordar a todos la reciente aparición del artista en el recital poético que había tenido lugar en el Paseo de

Recoletos de Madrid con motivo de la Feria del Libro y en la que Lorca participó, entre otros, junto a Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Vicente Aleixandre, Pablo Neruda y Arturo Serrano Plaja.

—Después de *Yerma* y *Bodas de sangre* —preguntó el anfitrión—, ¿podemos decir que *La casa de Bernarda Alba* cierra esa trilogía trágica tuya sobre la tierra?

—¡Qué más quisiera yo, Eduardo! —le contestó el poeta mientras encendía uno de sus sempiternos cigarrillos, que compraba en Madrid de contrabando—. Aún me falta la tercera parte.

—Entonces… ¿*La casa de Bernarda Alba*?

—*La Casa* es un drama, no una tragedia. El texto que cerrará la trilogía acaba de empezar a gestarse, aún es pronto para hablar de él.

—¿No nos puedes apuntar algo?

—Solo el título… y aún eso no es definitivo. Se llamará *La destrucción de Sodoma*, aunque también me ronda por la cabeza llamarlo *Las hijas de Lot*.

—Entonces, ¿qué es *La casa de Bernarda Alba*?

—*La Casa* no es solo una obra de teatro, un drama, un reportaje cinematográfico. Son secuencias y secuencias que yo he tomado de la realidad sobre la fatalidad de las mujeres en los pueblos de España. No he escrito nada, me he limitado a transcribir lo que registraba con el objetivo de mis ojos. Es puro cine.

—¿Solo lo que has visto o también aquello de lo que te acuerdas? —preguntó con afilada intención Marichalar, que sabía por las confidencias de Martirio algunas cosas que se decían por Granada sobre las malas relaciones de Lorca con algunos de sus familiares, y más concretamente con los llamados Roldán, emparentados con la familia del poeta y propietarios de muchas tierras colindantes a las suyas en la vega de Granada.

—Los recuerdos están siempre en el fondo de la cámara oscura —dijo Lorca incorporando al mundo de la naturalidad la respuesta que

esperaba Marichalar—. La memoria no es más que un gran archivo de imágenes y palabras, amigo Antonio.

Era evidente que el poeta no quería entrar al trapo y el anfitrión salió al quite:

—Entonces, Federico… ¿Comienzas con la lectura?

—Vamos a ello amigos —y García Lorca tomó otro emboquillado a la vez que extendía los folios sobre la mesa.

Lorca encendió el cigarrillo y antes de comenzar a dar vida a sus palabras escritas se quedó mirando fijamente a Rafael. Tras ese instante de silencio, acometió el acto primero que transcurría, usando sus palabras, en una «habitación blanquísima del interior de la casa de Bernarda. Muros gruesos. Puertas en arco con cortinas de yute rematadas con madroños y volantes. Sillas de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar las campanas. Y entra una criada».

—«Ya tengo el doble de esas campanas metido entre las sienes» —siguió el poeta impostando la voz para fingir la de la doméstica.

En ese instante, casi las seis de la tarde del 24 de junio de 1936, en una casa del barrio de Chamberí de Madrid, asomaba la cabeza una criatura de palabras que iba a nacer en el peor momento para el destino de su padre.

Durante casi una hora que Federico interrumpía a cada poco —«¡Esto no es teatro, no es poesía, es pura acción!»— fue desgranando entre vasos de agua y cigarrillos una historia terrible, onírica, una historia de miedos y de deseos escondidos en la que las almas de sus protagonistas rehuyen enfrentarse a su destino y prefieren pasear entre la traición, el odio y la avaricia.

En esa tarde reseca de un Madrid que estaba a punto de que le estallaran las costuras, Bernarda Alba y sus cinco hijas, junto con «La Poncia» y con otra criada barruntaban la presencia de La Muerte mientras todas ellas giraban en torno a un hombre que nunca

mencionaría palabra y sería el objeto de deseo de las muchachas, desatando con su ausencia las envidias, el apetito sexual y, al final, el suicidio de Adela, la única de las hijas que se atrevería a enfrentarse con su destino.

De todos los invitados solo Martirio de la Pasión, la morena granadina, era capaz de descifrar los códigos: la supuesta Bernarda Alba era en realidad Francisca Alba, tía del poeta; y que el pueblo en el que se narraban los hechos no era otro que Asquerosa, en la vega de Granada; y que el hombre que nunca salía en escena, *Pepe* «el Romano», era José Benavides Peña, un conocido activista del partido de Gil Robles que estaba emparentado con la familia del padre de García Lorca. Los demás asistentes, exceptuando lo poco que alcanzaba a entender Marichalar por las revelaciones de Martirio, apenas calibraron en el texto más que otra pieza de costumbres a las que era tan aficionado el artista granadino.

Eran las siete de la tarde cuando Federico pronunció las últimas palabras del texto:

—«Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! ¡A callar he dicho! Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!».

Los aplausos de los invitados rompieron en ese momento el cordón umbilical entre el poeta y su obra. En ese instante mágico acababa de nacer *La casa de Bernarda Alba*.

Federico se levantó de la silla y saludó con la cabeza. Todo había terminado y ahora lo único que le importaba era escapar de allí y besar a Rafael, sentirle, gozarle, aunque solo fuera por un instante antes de ir a la cena que sus verdaderos amigos le habían preparado. «Rafael, Rafael, amor mío, perdóname», pensó mientras escuchaba los aplausos. Lo que atenazaba su corazón en ese momento era cómo compensar a su amigo, que estaba desairado por sentir que Federico le hacía de menos.

Sin darse cuenta, al ir a por otro cigarrillo Federico golpeó la jarra de agua, que se volcó sobre la mesa derramando su líquido en el manuscrito antes de estrellarse contra el suelo haciéndose añicos. El agua empezó a desdibujar las palabras azules de la primera cuartilla, como si ya leídas las palabras escritas tuvieran que eliminarse, como esa placenta que ya es innecesaria después del alumbramiento.

Lo que nunca imaginó García Lorca, pese a los avisos que le dio la angustia en las horas anteriores a ese parto, era que el niño que acababa de nacer acabaría matando al padre que lo engendró. El cristal roto era el fúnebre presagio.

3

24 de junio de 1936 (por la noche).
Casa Mingo. Madrid.

—*Pepe*, ¿aún no ha llegado Federico?

Adolfo Salazar, un músico y escritor madrileño amigo de Lorca, acababa de llegar al merendero donde le había citado *Pepe* Caballero para cenar con Federico, Rafael Rodríguez Rapún y Eduardo Ugarte. Iban a celebrar la lectura de *La casa de Bernarda Alba* y la reciente publicación de El *siglo romántico*, de Adolfo, que traía un ejemplar dedicado para Lorca.

—¡Qué va! —contestó el pintor—. Ya sabes que cuando tiene una lectura o un estreno no es él, y más si está con Rafael. El cuerpo se le descoloca, y la cabeza… ni te cuento. Dice que le baila en las entrañas un enjambre de avispas y pierde el oremus. Además, nunca lleva reloj cuando va a leer, dice que da mala suerte.

—La verdad es que llevas razón —otorgó Salazar—. Les esperaremos con paciencia.

—Y con cerveza… —rezongó José Caballero haciendo un gesto al camarero que atendía en la terraza.

Habían quedado para cenar en «Casa Mingo», sobre la ribera del Manzanares, y al lado de la ermita de San Antonio. Un lugar excelente para encarar la tórrida noche madrileña.

—¿Qué va a ser, señores? —preguntó el camarero.

—Traiga una cerveza a mi amigo y repóngame esta, por favor —dijo el pintor señalando su jarra vacía.

Eran casi las nueve, aún no se había puesto el sol y un tinte dorado encendía en fuego las copas de los plátanos que jalonaban el Paseo de la Florida. El público que llenaba la terraza en busca del

fresco era bien distinto al que había escuchado a Lorca en lo más caro del nuevo Chamberí. «Casa Mingo» bullía en risas de familias de obreros que iban a cenar un pollo asado para todos y una botella de sidra para el padre, al lado de chicos y chicas que tonteaban a la espera de un trozo de empanada mientras ellas se ponían en la blusa los alfileres que pronto les traerían un novio.

La tradición venía de la fiesta que las modistillas celebraban el 13 de junio, el día de San Antonio. Las mozas casaderas echaban trece alfileres —tantos como arras entrega el novio a la novia el día de la boda— en la pila bautismal que está fuera de la ermita, sumergían la palma de la mano en el agua, presionaban el fondo y la sacaban con suavidad para ver cuántos alfileres se habían quedado pegados. Ese sería el número de pretendientes que vendrían a la damita durante el año, en la esperanza de que uno de ellos fuera su marido.

—¿Algo para comer? —ofreció el camarero cuando llevó las cervezas.

—No, todavía no —contestó Caballero—. Esperamos a unos amigos para cenar.

—Como manden —dijo el mozo retirándose para atender una mesa en la que una mujer rodeada de chavales se entonaba por peteneras.

La música de la mujer y el poniente del sol llevaron a Salazar a recordar sus andanzas cubanas con Federico.

Donde realmente habían intimado Lorca y Adolfo Salazar, si bien se conocían desde su época de estudiantes en Madrid, había sido en Cuba, durante los tres meses que el poeta estuvo en la isla. Federico acudió invitado por la Institución Hispanoamericana de Cultura y Adolfo ya trabajaba en La Habana como crítico musical para el diario «El Sol».

Fue Adolfo Salazar quien metió a Federico entre maracas y bongos y quien le llevó por las noches a cantar con «los morenos», como decía Lorca, en las fritas de Marianao, aquel pueblito costero cerca de La Habana.

Cuando el granadino estaba achispado con el ron de caña, rompía su timidez y con su sonrisa característica les pedía que volviesen a entonar este o aquel ritmo hasta que conseguía marcar el son, unas veces con la voz, otras con las claves. No se atrevía con los bongos, a los que llamaba «los cascabeles del alma». Salazar se reía ante aquella expresión tan llena de poesía, pero nunca logró que Lorca le explicara exactamente qué relación tenía un bongo con un cascabel. «Eso es cosa del alma entreverada del poeta», le respondía Federico una y otra vez.

Aquellas noches de las fritas de pescados tropicales en las playas, con los bailes y el frescor de la brisa marina, y con media Habana deslizándose con los ritmos del Trópico entre el amor y el deseo, Federico se bebía la vida a bocanadas. García Lorca decía entonces que tenía a los *Orishas* de su lado. Y mirando a través de su vaso, cegado de delicias, decía: «Esto es ver la vida de color de ron».

Una de aquellas noches de alcohol y risas coincidió con la escritora cubana Lydia Cabrera. Cuando Salazar le explicó que la mujer sabía de magias y santerías, Federico no paró hasta conseguir que le invitara a una ceremonia de iniciación *ñáñiga*, una sociedad secreta formada por esclavos negros que provenían de la costa nigeriana. Así lo hizo Lydia, pero el susto que se llevó Federico cuando en pleno desarrollo del ritual apareció el *íreme*, el diablo, hizo que el granadino se colgara del cuello de la cubana literalmente muerto de miedo. Creía que el diablo venía a por él. Adolfo Salazar no paraba de reír por el espectáculo de su amigo gritando y acurrucado detrás de la escritora maga.

—¿En qué piensas, Adolfo? —preguntó Caballero—. Te veo en tus cosas.

—Nada malo, *Pepe…* —le tranquilizó el músico—. Recordaba cuando estuve en Cuba y coincidí con Federico.

—Valiente pendón. Son casi las diez y no aparece… Se habrá perdido.

—En Cuba decía con frecuencia que si se perdía le buscaran en Andalucía o en Cuba. Era feliz entre los contorneos de las mulatas y rodeado de muchachitos a los que leía sus poemas neoyorquinos. Allí se sentía el rey del mambo.

—Pues no pienso ir a buscarle tan lejos —sentenció el pintor, que ya hacía gestos reclamando otra vez al camarero.

José Caballero era de Huelva y se había incorporado a «La Barraca» en 1934 dibujando carteles para la compañía y diseñando escenarios para sus *tournées*. El pintor realizó la escenografía de *Bodas de sangre* y montó los decorados de *La historia de un soldado*, de Igor Stravinski, en la «*Residencia de Estudiantes*». Desde entonces era íntimo de Federico y del grupo de «La Residencia» que mantenían vivo *Pepín* Bello y Luis Buñuel, pese al enfrentamiento con Salvador Dalí.

—¿Somos los primeros? —dijo Eduardo Ugarte, que se acercaba a la mesa haciendo gestos con las manos.

—Tú no, Eduardo. Eres casi de los últimos —le aclaró Caballero malhumorado y señalándose el reloj.

—Hasta que no llegue Federico no corre el tiempo —se justificó Ugarte, que venía eufórico.

—Eso te salva —sentenció Salazar—. Anda, siéntate y pide algo.

Eduardo Ugarte, un vasco de Fuenterrabía, era escritor y escenógrafo, y se definía a sí mismo como «tocador de ukelele». Estaba casado con la hija de Carlos Arniches y había codirigido «La Barraca» con Federico García Lorca desde su fundación. Tanta era la compenetración entre ambos que a Eduardo se le conocía como «Ugartequé», porque en los ensayos y en los montajes Federico lo llamaba constantemente: «¡Ugarte!»; y él respondía: «¿Qué?».

—Pedidme una cerveza así de grande.

—Te noto muy contento para lo que acostumbras —le dijo Caballero, dada la fama de seco que tenía Ugarte.

—Lo estoy. Desde el día cinco, lo estoy.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Salazar, que no se imaginaba por donde podía salir el vasco.

—Porque en Francia se va a formar también un Gabinete del Frente Popular. Lo va a presidir León Blum.

—¡Toma ya! —terció Caballero—. ¿Y eso te pone tan contento?

—Claro que sí, camarada. El triunfo en España del Frente Popular empieza a tener consecuencias en Europa. Solo falta que dentro de dos días se apruebe en las Cortes el Estatuto Gallego y seré un hombre feliz.

—Camarero, traiga otras tres cervezas, que esto se anima —dijo Caballero.

Ugarte se sentó con sus amigos y encendió un cigarrillo que le ofreció Salazar.

—Mira, Eduardo —le dijo Salazar clavándole los ojos—, todos nosotros somos partidarios de que la República llegue lejos en nuestra historia. Todos hemos luchado por lo que significa el 14 de abril y todos estamos comprometidos con una España más justa y más libre.

—De eso no queda duda —reconoció Ugarte—. ¿Pero a qué viene el comentario, Adolfo?

—Viene a que, si te he de ser sincero, yo no tengo tan claro que esos objetivos terminen por cuajar. A día de hoy, la Segunda República está en grave peligro.

Caballero y Ugarte se miraron sorprendidos. Los dos sabían del compromiso de su amigo para que España cambiase de una vez por todas y lo hiciese para bien, como le gustaba decir al músico. Y esa afirmación, sin duda, se debía a alguna información reservada que obraba en su poder.

—Explícate, Adolfo —le instó Ugarte—. ¿Sabes algo?

—Nada que tú no sepas también. El Frente Popular es algo muy frágil, son demasiados partidos y demasiados intereses contradictorios los que han formado la coalición.

—La alianza de la clase obrera y la burguesía liberal es un factor de progreso…

—Déjate de doctrinas, Eduardo, que soy de los tuyos, pero sé pensar solo —le respondió Salazar sin ninguna acritud.

—Disculpa. Te escucho.

—Sé que os puede sorprender mi postura, pero sus políticas, a pesar de comprometerse en un programa común, son demasiado dispares para que esa unión cuaje en un Gobierno eficaz.

—Eres un pesimista, Adolfo.

—No. Me conocéis y sabéis que no lo soy. Una cosa es presentarse juntos para echar a la derecha del Gobierno y otra cosa es saberlo administrar después. Hay muchas tensiones dentro del Frente Popular y la derecha no va a perdonar su derrota en las elecciones.

—Eso es verdad —concedió Caballero.

—Ellos tienen el Gobierno de España por patrimonio personal y esta es la primera vez desde 1931 que sus partidos están excluidos totalmente del gabinete —insistió Salazar—. Están dispuestos a todo, incluso a salirse del corral.

—Yo creo que no se puede ignorar la fuerza del Frente Popular —respondió Eduardo Ugarte a la vez que colocaba sus gafas de pasta hasta dejarlas bien ajustadas en el inicio del puente de su nariz. Este gesto inconsciente definía uno de sus tics característicos cuando desarrollaba una idea que pensaba llevar hasta sus últimas consecuencias.

—No lo pongo en duda, Eduardo —le interrumpió el músico—. Al fin y al cabo, el Frente Popular representa a la mayoría de los españoles, y no solo eso, sino que son los que están más cargados de razones —otorgó Salazar, que era republicano y de izquierdas hasta la médula.

—Todo esto que está ocurriendo —continuó Ugarte— es un proyecto político que trasciende a los propios acuerdos parlamentarios del Frente Popular. Los intereses revolucionarios de la

izquierda, y más claramente de los partidos obreros, no tienen otra salida que una acción revolucionaria.

Salazar y Caballero miraron fijamente a Ugarte. Sabían de la filiación comunista de su amigo, pero nunca le habían oído expresar tan a las claras su proyecto político.

—Queridos amigos, no hay otra salida para que la izquierda cierre filas, si queréis que se haga fuerte, que el procurar apoyos internacionales. La revolución es la única opción de la clase obrera.

—Si vas por ahí te diré que los partidos de derecha no pararán hasta que acaben con el sistema parlamentario —interrumpió Caballero, que hasta ese momento estaba prácticamente callado—, porque nunca van a aceptar una revolución.

—Ni los socialistas tampoco —terció Salazar—. Ellos están por sostener una República democrática y burguesa.

—Algunos, *Pepe*, algunos. Los amigos de Largo Caballero están con nosotros —quiso matizar Ugarte.

—Pero no los de Prieto ni los de Besteiro —le aclaró Salazar, que sentía admiración por Julián Besteiro y se contaba entre los suyos.

La llegada del camarero con las tres cervezas puso fin a una conversación que ninguno de los tres quería que pasara a mayores. Y eso era prueba evidente, pensó Salazar, de la debilidad política del Frente Popular.

—Aquí están las cañas, señores. ¿Van a ordenar algo ya?

El mozo sirvió las cervezas y sacó la libreta para apuntar la comanda.

—No, todavía no. Seguimos esperando —contestó Caballero.

—Pues que no se les calienten —dijo el camarero molesto por el poco gasto de los tertulianos.

Los tres amigos se quedaron en silencio y Caballero aprovechó para ofrecerle un cigarrillo a Salazar. Ugarte no fumaba.

—Mucho tarda Federico, ¿no os parece? —distrajo Caballero mientras acercaba su encendedor al cigarrillo del músico.

—Déjale,… es un desastre para las citas —dijo Adolfo, que prefería la charla con Eduardo a estar pendiente de García Lorca—. Seguro que está de pendoneo por ahí con Rafael.

—Esos dos no tienen arreglo —dijo Ugarte—. ¿Pedimos algo para picar? Si no el camarero nos va a echar de aquí.

—¡Espera! —interrumpió *Pepe* Caballero señalando hacia el paseo —. ¿Habéis visto qué pedazo de monumento?

El pintor se había extasiado con una mujer morena que caminaba hacía ellos cogida del brazo de un señorito a todas luces mayor que ella. Acababan de bajarse de un taxi y se dirigían hacia el merendero.

La mujer tenía la melena rizada y llevaba un vestido estampado de gasa con falda de mucho vuelo, que la ceñía de manera espectacular el talle y subrayaba unas caderas firmes; el escote en uve dejaba ver un pecho prominente y un sensual canalillo. Semejante preciosidad calzaba unos zapatos altos, de tacón tipo carrete, con florón de seda en el empeine. Por toda joya llevaba unos grandes aros de oro como pendientes que brillaban sobre su piel aceitunada. Resultaba evidente que la mujer era andaluza.

—¡Es una diosa, una hurí de las *Mil y una noches*! —admiró eufórico Caballero, que era devoto de todo lo femenino.

El caballero que la acompañaba pasaba de los cuarenta; delgado y muy elegante, lucía importantes entradas y usaba unas gafas grandes y redondas de pasta negra, muy de moda entre intelectuales y artistas. Era sin duda un hombre culto con dinero y posición.

—A este pollo le daba yo dos tiros —dijo Ugarte, cabreado por lo que consideraba una desfachatez de señorito ocioso.

El tertuliano sabía quién era el individuo, y aunque se conocían perfectamente ninguno hizo por reconocerse… y menos por saludarse.

—Pero eso es por la envidia, Eduardo, no por la política —le corrigió Caballero, que en cosa de faldas no distinguía colores, y

también conocía al interfecto recién llegado al merendero.

—Creo que tiene razón *Pepe* —sentenció Salazar, que era de los que las mataban callando y que no había quitado ojo al monumento desde que lo vio bajar del taxi. La pareja se sentó en un velador cercano al de ellos y el camarero acudió veloz a limpiar el mármol de la mesa. «Una pareja así le da prestigio al local y seguro que consumen como es debido, y no como estos tres, que no pasan de las cañas», se dijo el chaval que atendía las mesas.

—¿Van a tomar algo los señores?

—Traiga de momento una botella de Taittinger de 1915. Que esté muy frío, por favor.

—¿Mande…? —el pobre camarero no sabía de lo que le estaba hablando el atildado caballero, que llevaba cuello duro de celuloide con la que estaba cayendo.

—*Champagne*, mozo. *Champagne* —aclaró el cliente.

—No tenemos de eso señor. ¿Quiere sidra? La tenemos muy buena.

—A mí me gusta la sidra, Antonio —terció la guapísima.

—Psss… no es lo mismo, cielo —dijo él sin descomponerse—. Y cava… ¿tienen algún cava catalán?

—Espere un momento señor, que voy a preguntar al dueño —dijo el mozo cada vez más apurado—. Creo que de eso sí que hay.

Y entró en el bar a preguntar por la extraña comanda.

Los vecinos no se habían perdido una coma de la conversación.

—Y decís vosotros… —explotó Ugarte—. Dos tiros son pocos… Pero ¿qué se habrá creído el pollopera este?

—¡Cállate, que te va oír! —Salazar no quería broncas.

—¡Me importa un carajo! —concluyó Ugarte, que estaba más cabreado que una mona.

El caballero tomó de la mano a su acompañante y sin darse por escuchado, que sabía que lo era, se dirigió a la bella.

—Es un *champagne* excelente. Lo produce la familia de un amigo mío que es alcalde de París.

El caballero mentía como un bellaco. Pierre Taittinger no era alcalde de París, sino consejero municipal, algo parecido a los concejales españoles.

—Y además de gilipollas es un fascista —Ugarte estaba a punto de saltar—. Me parece que le voy a dar dos hostias.

—Eso es envidia —persistió Caballero—. Lo que te pasa es que no tienes su porte… ni su dinero.

—Es un fascista… aunque le dé por los libros. ¡Mira que ser amigo de Taittinger!

—No te pongas así, que el *champagne* que hacen es excelente —bromeó Caballero—. Es lo único bueno de esa familia.

—¿Un cigarrillo? —ofreció el señor de las gafas a su amiga mostrándole una pitillera de oro.

—Gracias, Antonio —dijo ella tomando uno—. ¿Son egipcios? Son los que más me gustan.

Una corista respetable creía que era de buen tono para su oficio fumar cigarrillos y pintarse las uñas de rojo intenso.

—Sí, Martirio —dijo él mientras le encendía uno con un mechero también de oro—. Son Matossian, los más suaves. Me los manda de El Cairo el hermano de Federico, que es nuestro cónsul allí.

—¿El escritor tiene un hermano diplomático? —preguntó la vicetiple.

—Sí, se llama Francisco.

—A ese no le conozco… y es raro que se me escape alguien de Granada.

Antonio Marichalar se sorprendió, pero no le dio tiempo a preguntar porque llegó el mozo de mesas.

—Tenemos esto, señor. ¿Le sirve?

El camarero le ofrecía una botella de Codorniú de 1934. Al menos estaba fría.

—Psss… está bien —Marichalar no parecía muy convencido, pero hizo un gesto invitando al mozo a que la sirviese.

—No me extraña que le guste, señor. El dueño guarda seis botellas para cuando vienen a comer aquí los jefes de la estación del Príncipe Pío.

—¿Quieren los señores algo para comer? —ofreció solícito el camarero mientras hacía el descorche.

—Sí, mozo, traiga un pollo trinchado y un poco de empanada troceada, por favor.

El camarero se fue a por la comanda, los expectantes invitados de Lorca se dieron a la cerveza y Martirio y su acompañante se dedicaron al cava. Todo parecía ir bien, pero Ugarte no le quitaba ojo a la pareja. Marichalar, sin embargo, no se daba por concernido ante la presencia de los tres mirones.

—Por ti, cielo —brindó el marqués de Montesa.

—Por ti, cariño —contestó la morenaza.

—¿Te ha gustado la obra? —preguntó Marichalar apagando el cigarrillo y cumpliendo así con la creencia de que el cava no debe mezclarse con el humo del tabaco.

—La función ha sido muy bonita —para la vicetiple todas las representaciones eran «funciones», que para eso se dedicaba a la revista—, pero yo ya me la sabía.

—¿Cómo que te la sabías? —preguntó extrañado el escritor—. ¿La habías oído ya?

—No, claro que no. Pero esa historia ya la conocía hace años.

—¿Qué quieres decir?

Pese a que había escuchado referencias al respecto por boca de la propia Martirio, Antonio Marichalar estaba cada vez más intrigado y ansioso por hilvanar los retales que conocía de la historia.

—Que eso que ha contado ese señor lo sabemos mucha gente de Granada.

—Explícame, por favor.

—Sí, Antonio, si es una historia muy vieja… —dijo ella como si fuera la cosa más natural del mundo.

—A ver, cielo. Lúcete. Soy todo oídos…

—Mira, aunque vengo de Granada y he vivido desde muy chica en la calle de la Alhóndiga, nací en la casa de mi familia en Asquerosa…

—¿En dónde? —interrumpió Marichalar que iba de sorpresa en sorpresa. El nombre del pueblo le resultaba fascinante.

—En Asquerosa, un pueblecito de la vega de Granada. Al poco de nacer nos fuimos a la capital porque a mi padre, que era cojo y se apañaba muy mal para las cosas del campo, le salió un trabajo de portero en casa de unos señores que eran dueños de una finca en esa calle. En el sueldo de mi padre venía usar un cuarto de la planta baja del edificio y allí vivíamos los cuatro, porque yo tengo un hermano que es fontanero y está en Córdoba ahora, porque se casó con una de Peñarroya.

—Sigue, Martirio, que me interesa la historia —Marichalar se iba prendando de lo que contaba la muchacha con tanta ingenuidad: «escucha, Antonio, que tiene buena pinta el relato», le susurraba el escritor que se escondía bajo su traje.

—El caso es que me llevaron al colegio de María del Santísimo Rosario, en el barrio de San Cecilio, que era gratis para niñas pobres y lo había fundado el Padre Manjón, que en gloria de Dios esté —dijo persignándose muy pía—. Y como yo no paraba de cantar y bailar, a mi madre se le ocurrió un buen día llevarme a la zambra de «Paca la del Esparto» para que me enseñara flamenco, que según ella se me daba muy bien. Allí estuve dos años y aprendí los tres bailes básicos de la zambra, que son la albolá, la cachucha y la mosca, y también me enseñaron el petaco, el merengado y el tango gitano, que se bailaban en el Sacromonte cuando había fiestas.

La morena hizo una pausa evocadora y continuó:

—¿Pero sabes qué pasó?

—Pues no… —Marichalar estaba fascinado.

—Resultó que era demasiado alta y decían que no valía para bailaora, que era muy desgarbada —dijo poniendo carita de pena—. Y además que como era rubia…

—¿Qué tú eres rubia?

—¿No te habías dado cuenta? —dijo ella poniendo cara de doncella inocente—. Pues se me nota mucho, aunque lo lleve arregladito.

—Vale, vale… Sigue —el marqués se había cortado más que la muchacha—. ¿Entonces tampoco te llamarás Martirio de la Pasión?

—¡Claro que no! Pero… ¿a que es bonito?

—Pues sí —otorgó el desconcertado Antonio.

—En verdad me llamo Angustias Fernández Requejo. Pero mi nombre artístico es más mono, ¿a que sí? —dijo ella toda orgullosa —. Me lo puso mi primer representante…

—Sigue, sigue, no entres en detalles —«que es peor», concluyó el marqués para sus adentros.

—A lo que iba… —repescó la artista—. El caso es que dejé el flamenco, salí el colegio y como ya era mocita y parecía que tenía más años que los que había cumplido… y gracia no me faltaba… me metí de corista y me puse de función en una revista que daban en el Cervantes, el que está en la calle Ganivet. Se llamaba *Lo que enseñan las señoras…* y era muy bonita.

—Me imagino… —concedió Marichalar, que no tenía ningún interés en que Martirio le explicara el argumento—. ¿Y de eso conoces a Federico?

—¡Qué va! Si yo no he visto nunca a ese señor.

—¿Entonces…?

—Yo no te he dicho que le conozca, lo que te he dicho es que ya me sabía la historia que nos ha contado.

—¿La de Bernarda Alba?

—No se llamaba Bernarda, que se llamaba *Paquita* —aclaró la bella— y era de mi pueblo, de Asquerosa.

A partir de ahí la frustrada bailaora entró en un mar de datos y de parentescos que, la verdad sea dicha, Marichalar no alcanzó a comprender del todo, pero que sí le valieron para hacerse una idea somera de lo que había bajo el texto de Federico García Lorca: un ajuste de cuentas familiar adobado en venganzas prometidas y

sazonado con ese surrealismo hiperbólico al que tan aficionado era el granadino.

Mientras Martirio daba cuenta del pollo —«que lo como con la mano porque hay permiso especial de la etiqueta», aseveraba la muchacha refiriéndose a un cartel que había en la entrada— y Marichalar se daba al cava y a la empanada, las cosas iban quedando más o menos claras.

Todo venía de antiguo. Cuatro familias se repartían las tierras de la Vega: los Roldán, los Alba, los Benavides y los García. Estos últimos eran la familia del padre de Federico García Lorca. Los García, además, tenían propiedades en Fuente Vaqueros, en la linde de Granada, pero todos venían de Asquerosa, pese a que Federico hubiera nacido en Fuente Vaqueros.

Lo que Martirio no supo explicarle es que todo el lío había comenzado en 1813 cuando Fernando VII regaló al primer duque de Wellington, por su ayuda en la guerra contra José I Bonaparte, una finca que la corona tenía en Granada ocupando prácticamente toda la Vega y que era conocida como el *Soto de Roma*. Esa finca se la había quitado Fernando VII a Godoy, que a su vez la había recibido de Carlos IV. El duque inglés, que nunca conoció la finca, mandó a un administrador, el teniente general y senador vitalicio José O'Lawlor y O'Brenan, que la arrendó entre aparceros para garantizarle a su jefe el cobro de unas rentas y él, de paso, garantizarse las suyas.

El administrador que sucedió a O'Lawlor, un tal Roberto Grindlay, y los que les sucedieron después también mejoraron su nivel de vida y el de sus familias gracias a la explotación del Soto. Así, entre sisas, impuestos y alcabalas que se perdían por el camino, al tercer duque de Wellington apenas le llegaban las rentas de la finca y decidió vender el Soto a los aparceros principales para poder llevarse algo de dinero a Londres. El caso es que a principio de 1900 la parte principal del *Soto* pasó a manos de los Roldán, los Alba y los García; tres familias que se odiaban, se aceptaban, se casaban entre ellos,

se engañaban y se metían en la política local para darse codazos los unos a los otros.

La cosa se complicó del todo cuando después de la pérdida de Cuba y Filipinas faltó el azúcar en España y se hizo necesario comprarla fuera de las excolonias a precios desorbitados. En ese momento despegó la vega de Granada y el *Soto* pasó a ser algo valioso. Los avispados labriegos dedicaron los campos a la remolacha y empezaron a ganar dinero. Conforme se iban haciendo más ricos iban comprando más tierras, y los García y los Roldán Benavides salieron de Asquerosa para instalarse en Granada. En 1909 Federico García Rodríguez, el padre de Federico García Lorca, y Alejandro Roldán Benavides eran dos hombres importantes en la ciudad de la Alhambra.

Pero lo que rompió el inestable equilibrio entre las dos familias fue el asunto de la azucarera. Ambos clanes decidieron dar un paso adelante en su ascenso al olimpo económico y construyeron su respectivo ingenio azucarero para apurar más el margen del negocio.

La azucarera de Zujaira se quiso construir en terrenos de los hermanos García Rodríguez. Entre los accionistas de la «Sociedad azucarera San Pascual» estaban, cómo no, los Roldán Benavides, quienes se opusieron a la compra de los terrenos argumentando que era más lógico comprar terrenos de su propiedad para la construir la fábrica, y no los de los García Rodríguez que ni siquiera eran accionistas. El caso es que la propuesta no prosperó y los García Rodríguez abrieron su propio ingenio azucarero aumentando el conflicto entre ellos.

A esas alturas todos tenían dinero suficiente para ser «alguien» en Granada, pero «los de siempre» veían a los azucareros como catetos con dinero y no les permitían formar parte del escogido mundo de la ciudad. Así que el padre de Federico decidió resolver la situación a golpe de bolsillo. Invirtió en la sociedad que compró la plaza de toros de Granada y se aseguró ser vocal en el consejo de administración y un buen sitio en el tendido, cuestión clave para

acceder a la cerrada burguesía granadina. A dos de sus hermanos, mientras, les hizo concejales de Fuentevaqueros, y uno fue el alcalde. Para rematar la maniobra, en 1916 se hizo concejal del Ayuntamiento por el Partido Liberal, lo que le permitió trabar amistad con Fernando de los Ríos, un catedrático recién llegado que ocupaba escaño por el PSOE y al que prestó algún dinero. Lo había conseguido: ya eran «alguien».

Los Roldán, por su parte, trataron de hacerse hueco a su modo. Alejandro Roldán Benavides se presentó para concejal del Ayuntamiento de Granada en 1917 por el partido rival del de Federico García, los romanonistas, llevando de apoderado y representante a su íntimo Juan Luis Trescastro. El día de las elecciones, los amigos de Roldán y Trescastro recurrieron a la violencia y quisieron forzar las urnas con personas armadas para coaccionar a los electores e impedir que apoyaran la candidatura contraria a la suya, por lo que la Junta Electoral le inhabilitó como candidato. El frustrado aspirante hizo culpable del asunto a Federico García y a todos «los liberales del demonio».

Mientras, en esa política de alianzas familiares que era un continuo tejer y destejer de fincas y matrimonios cruzados, los García Rodríguez amistaron más con los Rodríguez Alba, ella *Paquita* Alba y él Alejandro Rodríguez, su segundo marido. Y dado que ya eran amigos y contraparientes, Federico García le prestó 15 000 pesetas a Francisca Alba para que el matrimonio saliera de un apuro de tierras.

Los Roldán, a su vez, enrocaron sus relaciones con Juan Luis Trescastro, un peligroso activista de derechas que se había asentado en Santa Fe, después de casarse en 1909 con Amanda Rosales, una heredera rica cuatro años mayor que él.

—Entonces, ¿Bernarda Alba es Francisca Alba? —preguntó Marichalar cuando la bella había dado cuenta del pollo.

—Claro… —contestó la vicetiple pasándose la servilleta por la comisura de los labios y yendo a por su tercera copa de cava.

—Y… ¿lo de sus hijas es verdad?

—No del todo, luego te lo cuento… —Martirio de la Pasión era en ese momento una edición corregida y aumentada de la Sherezade de las *Mil y una noches*—. Pero yo sé quien es *Pepe* «el Romano».

La verdad es que la mujer manejaba perfectamente los tiempos de su relato y tenía enganchado a Marichalar.

—¿Quién es?

—*Pepe* Benavides.

—¿Y ese quién es? —la memoria de Marichalar no daba para tanto.

Martirio le explicó que José Benavides Peña, que era conocido realmente como *Pepe* «el Romano» por haber nacido en Romilla, era sobrino de Josefa Benavides Peña, que era la mujer de Manuel Roldán, y por tanto primo de Alejandro Roldán Benavides y tío de Horacio Roldán.

—Y ese señor —preguntó el marqués de Montesa—, ¿se casó realmente con alguna hija de Francisca Alba?

—Sí, claro —precisó ella—. Primero se casó con Amelia y luego, cuando se murió la pobre, se casó con Consuelo, que era la hermana pequeña.

Después, Martirio desbarró un rato explicando que los Roldán Benavides y los Rodríguez Alba estaban emparentados desde que se asentaron en Asquerosa a mitad del XIX. Pero la cosa no acababa ahí:

—¿Y sabes que el hijo de Paquita Alba, que se llamaba Alejandro Rodríguez Alba, se casó con una hermana de Horacio Roldán?

—Pues no. —«¿Cómo me lo voy a imaginar?», pensó el paciente escuchador que ya se estaba empezando a liar con ese peculiar «Gotha» de Asquerosa y sus alrededores.

—Pues eso… que Alejandro Rodríguez y Horacio Roldán son cuñados. Y todos se llevan de mierda con la familia de ese señor tan educado que nos ha leído su función.

La verdad es que Martirio se hacía entender perfectamente.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Porque lo sé —dijo ofendida, como si su acompañante dudara de lo que decía—. Y porque me lo contó *Merceditas*.

—¿*Merceditas*?

—Sí, *Merceditas* Delgado García —dijo ella como quien desvela un secreto—, que nos contaba a las amigas lo que oía a través del pozo del patio de su casa.

—¿Escuchaba voces de un pozo?

—No, Antonio, que no estaba loca. Lo que pasaba es que el pozo de su casa estaba, tapia de por medio, al lado del patio de sus vecinos, que eran precisamente los Alba.

Lo que ninguno de los dos sabía era que Mercedes Delgado era prima de Federico García Lorca.

—Y «la *Poncia*» esa también es del pueblo, pero no trabajaba para *Paquita* Alba. Eso se lo ha inventado tu amigo.

Martirio calló un momento para apurar su copa.

—¿Y sabes por qué Adela lleva un traje verde en la función? —dijo en cuanto la dejó seca.

—Tú dirás… —invitó Marichalar.

—Porque así se vestía una tal Clotilde García, que también era del pueblo, y que se lo ponía solo por las noches, para que nadie la viera.

—Y eso, ¿porqué? —preguntó intrigado.

—Porque de día iba de luto riguroso —reveló ella.

Tampoco sabía la pareja que la tal Clotilde, que de apellidos llevaba los de García Picossi, era prima, cómo no, del dramaturgo.

—Es fascinante… —confesó Marichalar—. Federico ha puesto a las familias enemigas de la suya delante de las candilejas. ¡Es una venganza!

Marichalar calibró enseguida el asunto. Si bien la Bernarda real no era viuda de su primero porque el segundo hubiera matado en Cuba a quien le antecedió en el lecho, no era menos cierto que se había casado dos veces. Que en la obra de Federico sucediera que *Pepe*

«el Romano» pretendiera a Angustias, la hija mayor y heredera de los dos maridos de su madre, pero estuviese enamorado de Adela, la menor, y fuera amado a su vez por Martirio no coincidía con lo sucedido en realidad, pero se daba un aire y, sobre todo, cualquiera de los referidos en la historia podía considerarse aludido. Para colmo, Amelia «la sin miel» hacía doblete entre la realidad y la ficción, y si bien la que se suicida en el drama es Adela, la que de verdad murió, aunque fuera de parto, es Amelia, cuyo nombre utiliza Federico para otra de las hermanas, precisamente la que queda como resignada, tímida y medrosa. «Demasiadas coincidencias para una casualidad», pensó el marqués de Montesa.

—¿El qué es una venganza? —preguntó Martirio.

—Nada, querida, nada —y el aristócrata sirvió más cava en la copa de la bella.

Mientras Antonio de Marichalar digería lo que había sabido por su amiga y se aprestaba a apuntar algunas notas en un cuadernillo que siempre llevaba encima, ella centró su atención en la empanada de bonito de la que el escritor apenas había probado unos bocados.

En la otra mesa, los tertulianos seguían esperando a Lorca y se habían vuelto a enfangar en la política de esos días.

—Mira, Eduardo. Sabes que no soy comunista, pero a veces creo que tenéis razón —proponía José Caballero—. Hay que dar un paso más. La derecha española es muy peligrosa.

—Y tanto —quiso sumar Salazar, que no era un extremista precisamente—. ¿Os habéis fijado que la derecha ha gobernado este país desde que el mundo es mundo? Porque lo de Sagasta tenía de izquierdas lo que yo tengo de benedictino… Y para cinco putos meses que llevan fuera de los ministerios están intentando poner la nación patas arriba.

Y razón tenía el músico, porque desde el 14 de abril de 1931 la derecha política, aunque fuera republicana, no había soltado plaza en los sucesivos gabinetes. Ya en el Gobierno provisional se

sentaban Alejandro Lerroux, Casares Quiroga, Miguel Maura o Diego Martínez Barrio.

—Empezaron poniendo al frente del negocio a Alcalá-Zamora —recordó Ugarte—, un tipo listo que aplaudió la dictadura de Primo de Rivera después de haber sido ministro alfonsino.

—Y durante el bienio reformista —apuntó Caballero refiriéndose al periodo entre 1931 y 1933— Alcalá-Zamora siguió de Presidente para marcar a los del PSOE y a los azañistas.

—Fue la mejor época —concedió Salazar.

—Pero no duró nada —esta vez era Ugarte el que recorría el penúltimo de la brevísima historia republicana—, desde el 33 se han vuelto a quedar con la finca. Tenían la República como si fuera un cortijo, hasta el extremo de que entre Gil Robles y Lerroux casi hacen bueno a Primo de Rivera.

—Y ahora están cabreados todos porque el Frente Popular no les deja hueco —sentenció Caballero.

—¡Que se jodan! —remató Ugarte—. Es nuestro momento…, el de los obreros y los intelectuales. Hay que proteger la democracia y estar alertas.

—Con vigilar a Goded, Fanjul, Varela y demás espadones no tenemos bastante, Eduardo —Caballero quería llegar un poco más allá—. Las derechas tienen 200 actas en un Parlamento de 473 diputados y no podemos gobernar como si no existiesen.

—¿Por qué lo dices? —se revolvió Ugarte.

—Porque yo creo que quemando conventos, parando la producción, reventando bombas por doquier y muriendo todos los días gente inocente, no vamos a buen sitio. Hay que construir algo nuevo, no destruirlo todo. En el fondo le estamos dando argumentos a esa gentuza.

—No hay que tener tantos escrúpulos, *Pepe*. A veces, y creo que esta es una de ellas, para conseguir el poder hay que violar algunas leyes y dejar la conciencia en casa.

—Eso es lo que han pensado siempre las derechas —protestó el pintor.

—Entonces, respóndeme si lo sabes —apostó Ugarte—. ¿Cómo se hace frente a los carlistas, a los requetés, a los falangistas y a tantos otros que tú conoces? ¿Sentándose a hablar con ellos, cuando lo primero que ponen encima de la mesa es la pistola?

—No se decírtelo, Eduardo, pero ese no es el camino. Y de eso estoy seguro.

—Hace apenas ocho días, *Pepe*, el día 16 para ser exactos, Dolores Ibarruri tendió la mano en el Parlamento a Gil Robles, y el canalla la rechazó. Dolores le hizo ver con claridad cómo el sindicalismo católico que paga jornales de peseta y media no puede mantenerse ni un día más.

Adolfo Salazar ya no participaba en la conversación. Nada de lo que oía le resultaba nuevo y sabía que al final no llegarían a ningún sitio. Reformistas y revolucionarios no tenían cabida en la misma izquierda política, y él era un reformista. El malestar por ese enfrentamiento entre amigos nunca lo había sentido con Lorca. «Con Federico —pensó— es imposible discutir. Llega tarde, es informal, pero se dejaría cortar un brazo para no molestar a nadie».

—Pues sí, *Pepe*, Dolores tiene muy claro lo que quiere y a dónde vamos las izquierdas —continuó Eduardo—. Con personas como ella España será distinta. No se pueden «ahogar con el terror y con la sangre de la represión los anhelos de justicia que viven latentes en el pueblo» —dijo citándola.

—Dejad de discutir que ya vienen —les amonestó Salazar señalando hacia el paseo por donde se acercaban Federico García Lorca y Rafael Rodríguez Rapún.

Adolfo Salazar se levantó de su asiento y se fundió en un abrazo con Federico, que acaba de llegar a la mesa. Rafael se quedó a dos pasos. Caballero y Ugarte también se levantaron.

—¡Por fin con nosotros, excelso poeta! —exclamó el músico.

García Lorca iba a saludar a sus otros amigos cuando de repente vio a Marichalar en otra mesa y observó cómo el marqués le hacía un gesto de cortesía con la cabeza a la vez que se ponía de pie.

—¡Esperad un momento, chicos, que ahora vengo! —se excusó el poeta. Y les dejó con la palabra en la boca.

Eduardo Ugarte se quedó de una pieza cuando vio a dónde iba Federico.

—¡Tiene cojones! —le dijo indignado a Rafael Rodríguez. ¿Y, encima, le va a saludar?

—Son amigos, no te pongas así —contestó el secretario de Lorca, que ya se había sentado con ellos.

—¿Qué tal le ha ido, Rafael? —preguntó Salazar señalando hacía Lorca y refiriéndose a la lectura en casa de los condes de Yebes.

—Soberbio, como siempre —contestó Rafael, al que los amigos llamaban «treserres»—. Ha escrito una obra maravillosa.

—Como todas las suyas —sentenció Ugarte. El donostiarra sentía una admiración ciega hacia el granadino.

En ese momento el aristócrata y su acompañante reían lo que sin duda era una gracia del poeta. Al poco Federico besó la mano de Martirio, se palmeó la espalda con Marichalar y volvió sonriente hacia la mesa de sus amigos.

—Es Antonio, ¿no le habíais visto? —les preguntó mientras se sentaba entre Ugarte y Rapún—. Ya es casualidad volvérmelo a encontrar aquí.

—Ya, ya. Así me sonaba su cara —disimuló Salazar, que sabía perfectamente quién era desde que lo vio llegar a la terraza, pero que no quería echar más leña al fuego que había encendido Ugarte.

—¿Ha estado en tu lectura? —preguntó *Pepe* Caballero, que ya lo sabía porque se lo acababa de decir Rafael Rodríguez Rapún.

—Sí, claro. Antonio, que es marqués de Montesa, es amigo del conde de Yebes.

A Ugarte se le endureció el gesto. «Valiente gentuza», pensó recordando con envidia el asalto de La Bastilla.

—Ahora, seguramente, estará comentando mi obra con la mujer que lo acompaña.

—Es una manera estúpida de perder el tiempo —refunfuñó Caballero, que seguía prendado con la morena.

—Y que lo digas, toda ella es un poema —sentenció Salazar—. Como para darle la brasa con nuestras cosas.

La rutilante pareja dejaba un billete en el velador y salía de la terraza para volver a subirse al taxi que les había esperado durante toda la cena. Marichalar llevaba de la cintura a Martirio provocando la envidia de los hombres que aún deshuesaban los pollos.

—¡Será cabrón! —maldijo Caballero babeando envidia—. ¡Vaya noche que va a pasar ese!

—Bueno, amigos míos; no nos distraigamos con tonterías y celebremos el éxito de Federico —quiso concluir Rapún.

—Entonces vamos a pedir algo de comer, que si no nos echa de aquí a gorrazos —dijo Caballero refiriéndose al camarero, que al ver la mesa llena por fin acudía veloz con el lápiz en la mano.

—¡Mozo! —gritó Federico en cuanto tuvo al mesero delante—. ¡Traiga cántaros de ambrosía, lenguas de ruiseñor y pechos de paloma confitados en miel de romero para empezar, y después dígale al dueño que nos traiga polvo de estrellas para endulzar una jarra de moca oscuro y oloroso en que mojar unos pastelillos de dátil y azafrán!

—¿Y no se apañarían los señores con tres pollos trinchados, dos raciones de empanada, unos choricitos a la sidra y más cerveza? —ofreció el mozo, que no había entendido nada de lo que había dicho Lorca pero que después de lo del champán no estaba dispuesto a volver donde su jefe pidiendo otra extravagancia.

—¡Perfecto! —remató el poeta—. Me ha entendido usted perfectamente.

Y todos rompieron a reír.

Una noche de recuerdos y confidencias empezaba para los cinco amigos.

4

25 de junio (mediodía).
«Residencia de Estudiantes». Madrid.

—Residencia de Estudiantes, ¿dígame?

—¿Me podría poner con don José Bello, por favor?

—Espere un momento, señor. Voy a mandar a buscarle.

Durante unos momentos el crepitar de la línea fue cuanto sonido salió por el auricular del aparato de baquelita.

—Le paso, señor.

Otro chasquido en la línea estuvo a punto de cortar la comunicación.

—¡Pepín!

—¿Quién es?

—Soy Antonio Marichalar, ¿me escuchas bien?

Un chisporroteo constante dificultaba la audición.

—Ahora sí, Antonio. Me alegro de oírte. ¿Querías algo?

—Nada urgente, Pepín. Te llamo para despedirme, porque mañana salgo para San Juan de Luz.

—¿Te quedas ya todo el verano?

—Sí, no vuelvo a Madrid hasta septiembre. Está haciendo mucho calor aquí y no me gusta cómo se están poniendo las cosas. Dos buenas razones para irme.

—Sí, la verdad es que esto se está poniendo feo. Por cierto.

Ninguno de los dos quería hablar a las claras, nadie se fiaba de los teléfonos.

Que las conversaciones telefónicas se intervenían con más frecuencia de lo deseable era sabido por todos los usuarios. La propia tecnología del servicio, y la organización administrativa que

controlaba a la Compañía Telefónica desde el Ministerio de Comunicaciones llevaba a ello indefectiblemente. En cada provincia había un delegado de la Telefónica que reportaba al gobernador civil y que, indudablemente, respondía ante el Gobierno.

Azaña, al igual que antes Primo de Rivera, se había dado cuenta del enorme potencial que suponía la vigilancia telefónica para controlar a sus enemigos políticos… Cualquiera estaba al corriente de que el Gobierno de turno espiaba siempre las comunicaciones, pero lo que casi nadie sabía es que la ITT escuchaba al Gobierno que hubiese, fuera del signo que fuese. Y menos aún podían saber que la central de ese fisgoneo estaba en la embajada de los Estados Unidos en Madrid, y que eso era así desde 1924.

—Dime…

—¿Que tal estuvo ayer Federico?

—Soberbio, como siempre. Leyó un drama excelente.

—Ya se lo dije yo. Él no estaba muy convencido.

—¿Por qué?

—Pensaba dejar dormir en un cajón el borrador que me dejó hace tres meses y dedicarse mejor a la última parte de su trilogía. Quería escribir «La destrucción de Sodoma», dice que así remata «Yerma» y «Bodas de sangre».

—¿Lo está haciendo?

—No. No le he dejado yo.

—¿Por qué?

—Porque se distrae. Tuve que recurrir a la Xirgu para que le convenciera y terminara «La casa de Bernarda Alba». Si no es por ella se queda sin hacer. Le puso una conferencia y le dijo que si se la llevaba a México se la estrenaba en octubre.

—¿Federico se va a México? No me dijo nada ayer.

—Sí, Antonio. Tiene billete para salir de Cádiz a mediados de agosto. Se irá pronto a Granada, para celebrar su santo como siempre. Y luego ¡hala!, otra vez las Américas.

—Pues despídeme de él cuando le veas, porque yo tampoco le dije nada ayer.

—No te preocupes, pasa por aquí un par de veces por semana. Se lo diré.

—Gracias, Pepín.

—No hay de qué. Oye una cosa Antonio.

—Dime…

—¿Leyó ayer en «Bernarda» algo sobre unos muertos vivientes?

—¿Qué dices?

—Sí, aunque suene raro te lo pregunto con motivo. En la versión que os leyó ¿había muertos vivientes que rondaban la casa de Bernarda Alba?

—Claro que no. ¿Eso a qué viene?

—No, no es por nada, Antonio. Bromas de Federico. Me dijo que la había reescrito y que al final los muertos que andaban de noche por el campo les devoraban a todos y que así liquidaba el argumento.

—No, no…

—Uff… menos mal.

—Bueno, Pepín, lo dicho. Que pases un buen verano y nos vemos en septiembre.

—Así lo hacemos, Antonio. Recuerda que me debes un almuerzo en «Lhardy».

—Te lo debo con mucho gusto. Un abrazo, Pepín.

—Otro fuerte, Antonio.

5

26 de junio de 1936 (por la mañana).
Calle Mesones. Granada.

Aquella mañana los pinceles de Agustina solo aceptaban el rojo para acariciar el lienzo en el que llevaba trabajando una semana. No entendía por qué, pero el cuadro se le había sublevado y lo que iba a ser un paisaje urbano de tejados ocres y terrazas sombrías que se escondían del sol, se había convertido en un óleo encendido con manchas escarlata sobre un fondo negro de retazos desflecados. Grandes gotas de sangre con un alma de luz brillante e incierta habían ido ocupando la tela. Era la primera vez que su mano no podía luchar contra su delirio; una pasión encarnada y recurrente que teñía sus sueños en las calurosas noches de aquel mes de junio de 1936.

Se separó de la pintura para tomar distancia y tratar de comprenderla, o tal vez comprenderse a sí misma. Sabía que el cuadro no había nacido de su voluntad si no de su instinto, y eso la angustiaba.

El color rojo mezclado con el negro le sugería algo siniestro y terrible que no acertaba a expresar. «¿Qué queréis decirme?», preguntaba en silencio a las máculas misteriosas. Y de repente, la sombra de un pájaro que cruzó su ventana se proyectó negra y veloz sobre su obra y Agustina se sobrecogió.

—Agustina, muévete hija, que te pasas el día en las musarañas y te olvidas de que el pan no viene a casa andando —oyó decir a su madre al otro lado de la puerta.

Con un movimiento rápido y tembloroso, la pintora tomó uno de los paños que tenía a su alcance y cubrió el cuadro. Cuando se

encerraba en su cuarto para pintar Agustina se transformaba en Amelia, el personaje literario que pintaba cuadros y escribía obritas de teatro en las cuartillas de Lorca.

Agustina Mercedes González López, su otro yo, era una mujer soltera, de 44 años, que vivía con su madre en el número 6 de la calle Mesones de Granada, al lado de la plaza de Cauchiles, en un piso que tenían encima de la zapatería que regentaban en el bajo de la finca. Por eso toda Granada la conocía como Agustina «La Zapatera».

En el padrón municipal aparecía como nacida el 4 de abril de 1891 y registrada con su madre en dicho domicilio, pero en unos censos figuraba como Agustina y en otros como Amelia; y en lo referente a su estado civil, unas veces ponía casada y otras soltera. Incluso en alguna ocasión llegó a inscribirse como viuda. Según le diera.

Desde pequeña le habían interesado los libros, las novelas eran su campo de juego, por eso siempre creyó en magias y extravagancias. De mocita devoró los escritos de Madame Blavatscky y de Roso de Luna, lo que la convirtió en una especialista en asuntos esotéricos y en astrología. Tanto, que decía de sí misma que en su próxima reencarnación sería un astrónomo. Mientras vivió su padre la familia tuvo una situación económica desahogada, aunque modesta, pero cuando su madre enviudó las cosas se torcieron para todos y la joven se tuvo que poner a trabajar en la zapatería. Agustina era una mujer corpulenta y estrafalaria en el vestir, con atuendos insólitos y varoniles; sus largos abrigos con cuellos de pelo, sus boinas y sombreros de plumas dieron pie a las burlas de muchos cuando se presentaba así vestida en los cafés —solía frecuentar el «Café Suizo»— y en las tertulias reservadas a los hombres, fumando cigarrillos negros, no como las señoritas bien que fumaban solo en casa y cigarrillos egipcios con boquilla.

Había dedicado su vida a defender la igualdad entre hombres y mujeres, la libertad para todos y a luchar contra la injusticia y el caciquismo procurando resguardar a los más desfavorecidos. Tanto,

que toda Granada se hizo lenguas de ella cuando en la manifestación contra el caciquismo del 7 de febrero de 1919, colgó en el balcón de su casa una bandera roja y arengó a los manifestantes. Una conducta como esa, y más en una mujer como ella, hizo que sus vecinos la tuvieran por loca. Pero ella era una mujer libre e independiente que se ganaba la vida ayudando en el negocio familiar; una mujer que, a pesar de sus limitados estudios, se convirtió en una pensadora, en una intelectual que escribía y exhibía sus ideas sin pudor y con cierto aire extravagante.

En 1928 ya había publicado varias obras que exponía para vender en el escaparate de su zapatería. Sus *Opúsculos filosóficos sobre las leyes secretas* tuvieron cierto éxito y en su *Reglamento Ideario del Entero Humanista Internacional* defendió un mundo sin fronteras con una única moneda y exigía la construcción de un «Palacio de Todos» en que alojar a los desheredados del mundo bajo una bandera blanca que solo tuviera dos palabras: Alimento y Paz.

Por si eso no fuera bastante también fue la primera delegada en Granada de las sufragistas inglesas e incluso llegó a meterse en política. Fundó un partido absolutamente distinto a todos los demás: El Entero Humanista. Se presentó a diputada a Cortes Constituyentes, y escribió en su Manifiesto: «*¡Humanistas, socialistas, sindicalistas, comunistas, libertarios!, ¡Votad a Agustina González López, que se presenta a Diputada para las Cortes Constituyentes por las cuarenta y nueve provincias de España y por sus pueblos!*».

Solo sacó quince votos, nueve en la capital y seis repartidos entre Cozvijar y Colomera, pero su candidatura iba avalada por Rafael García-Duarte, catedrático en la universidad de Granada y diputado socialista, y por el doctor Alejandro Otero, que también era catedrático, director del Hospital Clínico de Granada y secretario general del PSOE en la provincia. Unos avalistas de lujo para una utopía también de lujo.

El vínculo de los conocidos socialistas con una simple zapatera era, sin duda, algo que no estaba expreso: la masonería. Los dos catedráticos eran «hermanos» de la Orden y ella una simpatizante muy significada y más empapada por sus lecturas en las ciencias del Arte Real que muchos hombres que habían pasado por la cámara de reflexión.

—Hija, sal de una vez —volvió a reclamar su madre—, que se te va a enfriar la malta.

—Si, madre, sí… Ya voy.

Con calma se puso la blusa de colores, se ajustó la falda, se miró en el espejo para prenderse el alfiler que sujetaba su sombrero y se dispuso a salir a la cocina. Su madre estaba al fondo de la casa arreglando sus cosas y ella se quedó mirando la taza que la esperaba encima de la mesa con un líquido parduzco casi frío. Agustina hizo que la infusión tomara el camino del desagüe y se marchó a la calle a remediar la situación de su ayuno con un café con leche y unos tejeringos en la tasca del tío Fernando, en la calle paralela a la suya. Le gustaba desayunar allí porque enseguida hilvanaba conversación con un público mañanero habituado a escuchar sus peculiares argumentos a favor del amor entre personas del mismo sexo.

Después se iría a abrir la tienda y pasaría el día cuidando de su negocio.

Aquella tarde de martes, como venía siendo costumbre, se reuniría en el obrador de su establecimiento con sus fieles seguidoras. Lo que ella llamaba «el núcleo duro del partido», y sus casi únicas votantes. Sentadas en círculo y rodeadas de cajas de zapatos y bolsas llenas de telas y piezas de cuero sueltas entre agujas y leznas, estaban Manuela y Paquita, a su derecha, y Dolores y Candela, que eran costureras, a su izquierda. Entre todas conseguían no dejar la lengua quieta y más si Agustina, que siempre se leía «El Defensor de Granada» a la hora de comer, les repasaba las noticias del día. En esa ocasión también les comentaba un

ejemplar de «El Sol» que tenía fecha atrasada y que se había dejado en la zapatería una clienta que se lo había traído de Madrid.

La fiesta en el Liceo Andaluz y la exaltación literaria a Córdoba le habían entretenido más de lo esperado, no por la amplitud de las noticias, sino porque sus amigas no dejaban de pasarse el periódico de unas a otras para ver las fotos.

—La conferencia la ha dado José Gardoqui… —dijo Agustina sin poder seguir hablando, porque Candela la quitó el periódico de las manos.

A su amiga Candela lo que le interesaba eran los vestidos, los sombreros, los lazos y todo aquello que se llevara en Madrid, por eso no faltaba nunca a esas tertulias cuando había un ejemplar de «ABC» o de «Blanco y Negro». Ambos eran su más cercana fuente de inspiración y lo que la permitía evadirse de los adocenados vestidos que le pedían sus clientas, que a su pensar eran unas catetas.

—Pues a mí lo que me vuelve loca son los estampados, —dijo Paquita, ojeando a su lado las fotografías.

—Siempre has tenido buen gusto, niña —añadió Candela, que se tenía por experta en eso—. Además, tú todavía tienes edad para ponértelos.

La modistilla dijo eso mirando a Manuela, que ya no volvería a cumplir los treinta.

—¿Qué quieres decir, Candela? —se mosqueó la aludida.

—Nada, Manuela. ¡Qué susceptible estás hoy!

—No empecéis a discutir —terció Agustina—, que siempre estáis igual. Mirad estas fotos de un bautizo…

—Déjame ver, —dijo Candela forcejeando con Manuela por el periódico.

—Hay que reconocer que son estilosas, —comentó Manuela—. Saben lucir la ropa.

—Desde luego sois unas irresponsables. Solo os fijáis en los trapos —cortó Agustina—. ¿No os dais cuenta que están celebrando un

nacimiento?

—Sí, ¿y qué? —desafió Candela.

En las páginas de huecograbado se exhibía una importante familia de Granada celebrando el alumbramiento de su primer hijo con una fiesta por todo lo alto. Al niño lo había bautizado el Arzobispo de la capital, don Agustín Parrado, y allí estaba el «todo Graná».

—¿No veis que este niño ha nacido con todas las cosas de su vida resueltas? —dijo Agustina poniéndose cada vez más seria—. A este niño no le faltarán familia ni casa y tendrá juguetes y colegios y criadas que le atiendan.

—Suerte que tiene la criaturita, ¿no?

—¡Que burra eres! —le reprendió Agustina—. ¿No te das cuenta de que ese niño es un privilegiado y que la mayoría de los niños no tendrá eso que a este le parecerá normal? Seguís sin fijaros en las necesidades de los pobres, que son los más, y no reparáis en la injusticia que permite todo eso.

—Mujer, no te lo tomes por la tremenda, que siempre estás igual. Además, ¿qué hay de malo en querer estar guapa? —se defendió Manuela—. Tú también luces tus vestidos a tu manera; y por cierto… bien que te gusta destacar con ellos.

Manuela había disparado con bala porque era sabida la afición de «La Zapatera» a pasearse por los cafés de Granada disfrazada con una capa de húsar y botas altas. Agustina se calló, «no merece la pena entrar al trapo por una tontería», pensó, y se concentró, o pareció que lo hacía, en las fotos del periódico que había vuelto a sus manos.

La jarra de agua con hielo y limón corrió entre las amigas y todas se sirvieron un vaso, que aun con la fresca de la tarde el calor todavía apretaba.

—Bueno, compañeras… —dijo Agustina cuando todas terminaron su limonada—. Vamos a lo que estamos y nos dejamos de cotilleos, ¿vale? ¡Que ya hemos perdido una hora!

«La Zapatera» pretendía adoctrinarlas en el feminismo militante, y más desde que el voto mujeril en España, a decir de muchos republicanos de izquierdas, había contribuido a que las derechas ganaran las elecciones del año 33.

En 1924, Primo de Rivera autorizó el voto femenino para las elecciones municipales, aunque solo podían votar las mujeres independientes, mayores de 23 años; quedaban excluidas las casadas y las prostitutas. Pero no fue hasta 1931 cuando se aprobó el sufragio universal femenino, no sin ciertas reticencias por parte de los hombres. De ahí que Agustina se esforzara en concienciar a sus amigas de la importancia de votar por ellas mismas y no lo que les dijeran sus maridos, sus patronos o los curas.

—«Hasta ahora la mujer había sido lo que el hombre quería que fuese. Hoy es, ha de ser, cada día más, lo que ella quiera ser. ¿Qué importa que al principio su paso sea vacilante, su personalidad confusa, la vida libremente vivida por ella con frecuencia errónea, sus mismas ideas sobre sí misma equivocadas? Hasta ahora, sus andaderas, andaderas forzadas, contra las cuales se rebela como podía, habían sido el hombre…».

Así empezó aquella, con la declamación de un texto de la anarquista Federica Montseny que tenía por título *La mujer, problema del hombre* y que Agustina se veía en la obligación de extenderlo entre sus amigas porque decía que «la anarquía es un sublime estado para el alma de las mujeres libres».

—«… ¿Hay más humana y más legítima venganza para una mujer joven y bella, casada con un viejo decrépito, sujeta a él, esclava de él por una ley y una moral inhumanas, que el adulterio, la más sabrosa venganza?» —siguió leyendo Agustina. Sus cuatro alumnas rompieron a aplaudir emocionadas.

—¡Eso, eso! —dijo Manuela, que era la más lanzada—. Unos buenos cuernos son nuestra mejor arma.

—¡Claro que sí, compañera! —gritó Candela, que evidentemente estaba por la labor de la infidelidad punitiva.

—Callaos todas y escuchad lo que sigue… —impuso Agustina, que no estaba por abrir un debate ante esos argumentos.

—Joder, Agustina… —bromeó Dolores, que era quien mejor se entendía con «La Zapatera»—. ¡Ahora que explicabas algo interesante…!

—Sí, Agustina —remató Paquita—. Hay que hacerles lo que ellos nos hacen a nosotras.

—¿Y vosotras queréis que las mujeres seamos libres así… poniendo cuernos? —interrumpió «La Zapatera»—. No es esto lo que dice la compañera Federica, lo que pasa es que no me habéis dejado terminar…

—Si está clarísimo, Agustina —remachó Candela, haciendo un gesto con los dedos índices sobre la frente.

—Mal vamos si el único agarradero que tenéis para disfrutar la vida es acostaros con esos hombres que no son más que un atajo de malas bestias que solo piensan en haceros hijos a todas horas —dijo la esforzada catequista cerrando el libro de sus doctrinas. Y dio por perdida la lección de la tarde al ver como se le había revuelto el patio.

—Mujer no te pongas así —quiso templar Manuela—, que a nadie le amarga un buen achuchón.

Todas volvieron a reír con ganas y empezaron a levantarse dejando las sillas junto a la pared, para que la rebotica recobrara su aspecto.

—Pero… lo de la amnistía para los sindicalistas detenidos… ¿No queréis que lo veamos? —casi imploró «La Zapatera» al ver que las mujeres se le despedían a la francesa.

—¡Anda ya, Agustina! —la cortó Candela—. Mejor lo dejamos para otro día, que se nos está haciendo tarde y tenemos que irnos, que nuestros maridos estarán a punto de llegar.

—Yo tengo que preparar la cena a Juan, que me llega de la obra con más hambre que un lobo —dijo Dolores, que era la mayor de

todas, con 34 años, y ya tenía cuatro hijos con su marido, un encofrador de Órgiva de apellido Palao al que conocía desde niño.

—No hay quien haga carrera de ellas… A estas no las educa ni la Montseny —musitó Agustina cuando salían por la puerta.

Desanimada, colgó el cartel de «CERRADO», apagó las luces y subió a su cuarto. Allí, tapado en el caballete, la esperaba el cuadro que por la mañana casi consiguió derrotarla. Decidida, se acercó a él y lo descubrió, se retiró unos pasos y lo miró de nuevo.

Fue entonces, en el silencio de una observación que atendía más a su propia alma que a los colores de la obra, cuando por fin comprendió lo que por la mañana no entendía. La extraña sensación de sus entrañas le estaba conduciendo por el camino de la respuesta.

Su respiración comenzó a entrecortarse y notó que le aumentaba el pulso, incluso creyó que le venía la fiebre. «¡Sé lo que es! ¡Por fin sé lo que es! —se dijo en silencio—. Ha sido la luna quien me lo ha dicho». Y en ese momento una luna creciente y reventona apuntaba por la esquina de la ventana.

Apresurada, abrió un cajón de la gaveta y rebuscó una carpetilla forrada en papel de estraza que ella misma había llenado de estrellas y planetas con lápices de colores. Su pulso aumentaba y algunas gotas de sudor comenzaron a perlarle la frente. Encontró lo que buscaba: unas viejas cartas de papel ya amarillento dobladas con mucho cuidado. Las tomó en sus manos, se las acercó al pecho y se dejó caer en la cama, impregnada por una agradable sensación.

Un súbito recuerdo le arreboló la piel y sin pensarlo más se arrebujó como una niña chica llevándose la mano derecha a la ingle. ¿De dónde le venía ese placer que la recorría como la caricia infinita de un amante que se hubiera escapado del papel para esconderse en las sábanas de su cama?

Una ola de calor ascendía por su cuerpo. Sin saber con certeza a dónde atender cruzó las piernas y apretó su mano entre ellas, apreciando no solo que esa sensación no aflojaba, si no que cada

vez la embriagaba con más fuerza. Sus manos, prisioneras, hurgaban en busca de la llave que la liberara de aquella prisión sin carcelero, mientras su respiración entrecortada corría hacia el final de sus instintos.

—¡Es él, es un aviso! —jadeó Agustina.

Poco a poco recuperó el aliento y dejó que el compás de los latidos de su corazón la serenaran. Cuando abrió los ojos, se desnudó y se acercó a cerrar un poco las contraventanas para que la luna no la viera enamorada.

La blancura luminosa de las sábanas envolvía sus deseos. Deslizó un pie y sus dedos desnudos rozaron la tela fresca, jugó a mover el tobillo para que el talón avanzara sobre la pista de algodón y arqueó las rodillas hasta doblarlas sobre su vientre con un suave placer. Concentró su atención en la parte que rodeaba el ombligo y se lo acarició. Giró levemente hacia el lado izquierdo, se ofreció a la luna y apoyó la cadera para resaltar aún más su vientre, mientras la mano buscaba el centro de sus placeres.

Volvió a moverse y sin dejar de acariciarse se colocó boca arriba; notó que una nueva turgencia emanaba de su sexo y abrió las piernas para dejar que sus dedos entraran en el bosque rizado de sus ardores. «*Amelia, Amelia…*», creyó oír. Una sacudida de placer le recorrió la columna vertebral. Su vientre, sus pechos, toda su piel desnuda tenía vida propia y despertaba. Primero un seno y luego el otro, se regalaba mimos concéntricos que seguían un orden instintivo y cadencioso, y después, con la mano que hasta ese momento sostenía las cartas, inició un movimiento pausado sobre los labios carnosos de su sexo. Con cuidado, sin prisa, su mano derecha bajó para acompañar a la izquierda y entrambas abrieron la flor que los muslos escondían.

El placer era cada vez más intenso y Agustina retenía el movimiento de sus dedos para retrasar el momento cumbre. Comenzó entonces una danza brevísima y sincopada; una fuga infinita y turbadora de placer. El tiempo se detuvo y el silencio dejo

de oírse. Durante un hálito de vida no fue Agustina sino Amelia, hasta que los espasmos de su aventura la hicieron arquearse y supo que ya no podía más. La evanescencia del momento llegó y ella se abandonó a él. Cuando regresó a la realidad de su habitación se dio cuenta de que las cartas se habían caído al suelo y de que la luna alumbraba sus palabras:

Mi alma se está curando de la más horrible
enfermedad… el dolor de amar, ser amado
y no poder unirse mi corazón con su corazón
por las espantosas conveniencias sociales…
¿Por qué no me puedes pertenecer? ¿Por qué
tu cuerpo no puede dormir junto al mío, si lo
quisieras así? ¿Por qué tú me amas con locura
y nos podemos amar? La sociedad es cruel,
absurda y sanguinaria. ¡Maldita sea! Caiga
sobre ella, que no nos deja amarnos libremente, nuestra maldición.
¿Qué importa que haya diferencia de clases si
nosotros somos una sola alma? ¿Qué importa
que tu familia sea infame y esté prostituida tu
madre si tú eres pura y eucarística…? Mi
pecho quiere estallar y muchas veces llamo
a la muerte… pero no puede ser… La
sociedad nos separa y nos mata.

La carta iba fechada en abril de 1917.

6

26 de junio de 1936 (por la tarde).
Calle de San Antón. Granada.

—*Paco*, ¿tú crees que este es de fiar?

—Psss… Son todos iguales, son políticos. Habrá que catarle, como a los melones…

—Es que el otro era un blando, jugaba a todas las barajas —insistió Joaquín Cabezas.

—Una vela a Dios y otra al Diablo, ya sabes —concedió Francisco Galadí—. Los republicanos de derechas son como los pimientos: colorados por fuera y blancos por dentro.

De quien hablaban los dos amigos era de César Torres Martínez, un gallego de treinta años que acababa de ser nombrado gobernador civil de Granada y había ocupado su despacho esa misma mañana. Era uno de los gobernadores más jóvenes de España, miembro de Izquierda Republicana y protegido de Santiago Casares Quiroga, que era también gallego, republicano hasta la médula, presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Guerra y promotor del referéndum sobre el Estatuto de Autonomía de Galicia, que apenas tardaría una semana en resultar aprobado.

Dos días antes, César Torres había recibido una llamada en su despacho del Gobierno Civil de Jaén, donde llevaba destinado desde abril, en la que Ossorio Tafall, el subsecretario de Casares, le ordenaba trasladarse a Granada como gobernador porque acababan de destituir a Ernesto Vega, buen amigo de Federico García Lorca. «Oye, César —le había dicho Ossorio—. Por orden de Casares Quiroga te mandamos a Granada. Vega se va y hay un follón tremendo que tienes que resolver allí».

Dicho y hecho. Al día siguiente, el nuevo gobernador se encaraba con la situación granadina.

El follón al que hacía referencia el subsecretario tenía que ver con la complejísima y explosiva realidad política de la ciudad de la Alhambra desde que la Comisión de Validez de Actas Parlamentarias, que presidía Indalecio Prieto, resolvió el 31 de marzo anular las elecciones de Granada, celebradas el 16 de febrero. En ellas, la coalición de derechas había obtenido diez escaños y el Frente Popular solo tres. Esas elecciones generales, las terceras que se celebraban bajo la Segunda República, habían dado la victoria al Frente Popular y la Presidencia del Gobierno a don Manuel Azaña.

La razón que había llevado a anular las elecciones en Granada fue la denuncia que hicieron los candidatos del Frente Popular, encabezados por Fernando de los Ríos, por la cantidad de atropellos que los caciques derechistas habían cometido en la provincia, en especial en pueblos como Güevéjar, Motril, los de la comarca de las Alpujarras o en la misma capital, donde un individuo de derechas al que se conocía por *El Sabañón* había roto la urna a bastonazos.

Desde entonces el baile de gobernadores civiles de Granada había corrido parejo al nivel de conflictos en la provincia, que fue *in crescendo*.

El gobernador que había pilotado las elecciones de febrero, Torres Romero, dimitió en cuanto cambió el Gobierno y fue nombrado para el cargo Aurelio Matilla García del Campo, un abogado y periodista que era teniente coronel de Ingenieros y miembro del partido de Martínez Barrios, la Unión Republicana. El mismo día que tomaba posesión del cargo dimitía el Consejo Municipal y se hacía cargo de la gobernación de la capital un consistorio formado por los mismos concejales electos que habían sido destituidos por un decreto del gobierno derechista en octubre de 1934.

Constantino Ruiz Carnero, el director de «El Defensor de Granada», miembro de Izquierda Republicana e íntimo amigo de García Lorca, ocupó interinamente la alcaldía. Si ya la derecha

granadina había llevado mal que se anularan las elecciones legislativas, peor llevó que se repusiera en sus puestos a los concejales electos que ellos habían forzado a destituir. Pero la gota que colmó el vaso fue encontrar a Ruiz Carnero al frente del municipio, aunque fuese de forma circunstancial. El periodista, de valentísima pluma y afiladas palabras, era una de las personas más odiadas por la derecha granadina.

Como fuera que los partidos del Frente Popular volvían a ponerse en campaña, convocaron a sus seguidores a un mitin para el domingo día 8 de marzo en el estadio de Los Cármenes, y allí acudieron más de cincuenta mil personas a escuchar a Fernando de los Ríos, para después terminar en una manifestación que recorrió el centro de Granada y acabó en el Gobierno Civil.

Al día siguiente, unos pistoleros de derechas dispararon contra unos obreros y sus familias, que estaban reunidos en la Plaza del Campillo, e hirieron a varias mujeres y niños. Los sindicatos UGT y CNT, en respuesta, convocaron una huelga general en Granada esa misma noche, a la que se sumaron el Partido Comunista y el Partido Sindicalista. Fue una huelga ensangrentada. Un grupo de pistoleros derechistas asesinaron por la mañana a dos obreros, Domingo Fernández y José Pérez Peregrina. La respuesta de los huelguistas provocó los más graves incidentes que habían ocurrido nunca en la capital del reino nazarí y terminaron ardiendo la sede de Falange, el teatro Isabel la Católica, varios cafés, entre ellos el «Colón» —que era lugar preferido de los señoritos—, la sede del periódico católico «El Ideal», los locales de Acción Popular, los de Acción Obrerista —que era el sindicato católico de la CEDA—, varias tiendas propiedad de significados derechistas y, sobre todo, el símbolo por excelencia de la burguesía granadina: el «Tenis Club».

Por si fuera poco, también ardió el convento de San Gregorio el Bajo y la iglesia de El Salvador, en el Albaicín.

Esa noche de fuego y furia los militares de la guarnición hicieron el primer movimiento de una danza que ya no tendría fin: el

comandante militar, el general Eliseo Álvarez Arenas, se personó en el despacho del gobernador civil y le dijo visiblemente alterado: «O pones orden inmediatamente o pongo las tropas a la calle y me encargo yo,… ¿te enteras?».

Aurelio Matilla sacó al soldado de su oficina con buenas palabras, pero no se plegó a la imposición de sus compañeros de uniforme. Y según salía por la puerta el airado general, el gobernador enviaba un cable al Ministerio de Gobernación relatando el incidente. Consecuencia: muy pocos días después el general Álvarez Arenas era destituido. Otra gota más en el rebosante vaso de las derechas granadinas.

Pero las cosas no se templaron, ni Matilla salió bien parado de los incidentes. El mismo tren que condujo a Granada al nuevo comandante militar, el general Llanos Medina, que era más radical aún que el destituido, se llevó al gobernador civil Matilla, que fue sustituido por Ernesto Vega de la Iglesia, un afiliado a Izquierda Republicana. Recién instalado Vega de la Iglesia en su despacho del Gobierno Civil, la derecha granadina movió ficha y presentó candidatura, como Frente Nacional, para las nuevas elecciones, las que habían de repetirse. La lista electoral era toda una declaración de guerra: al frente ponían al general José Enrique Varela, un militar carlista que había cumplido condena en el 32 por sublevarse contra la República junto al general Sanjurjo y al que Gil Robles había ascendido a general después de indultarle en el 35; tras su candidatura, iban cinco cedistas, entre los que estaban Francisco Herrera Oria —director del incendiado «El Ideal» y hermano de Ángel Herrera, a su vez director de «El Debate» e ideólogo máximo de la CEDA en España—, y Ramón Ruiz Alonso, un tipógrafo de «El Ideal» y sindicalista de derechas que llevaba pocos años en Granada y que había perdido su acta por la plaza en febrero. En las Cortes le conocían por «el obrero amaestrado».

Para rematar la faena incluían a cuatro falangistas que estaban en la cárcel y que si obtenían el acta de diputado saldrían libres: eran

Julio Ruiz de Alda, piloto y fundador de Falange, de la que era presidente de su Junta Política y que estaba recluido en la Modelo de Madrid; Manuel Valdés Larrañaga, marqués de Avella, un arquitecto bilbaíno que era hermano del famoso futbolista *Pichichi*, primer jefe nacional del Sindicato Español Universitario falangista y que también estaba encarcelado en la Modelo de Madrid; Augusto Barrado Herrero, un médico falangista que era consejero nacional del partido; y Raimundo Fernández Cuesta, un abogado del cuerpo jurídico de la Armada y que era secretario general de Falange y fundador del partido del que había sido miembro de la Junta de Mando por su amistad desde la infancia con José Antonio Primo de Rivera, cuyo padre, el general dictador, había sido para más detalles paciente del padre de Raimundo, que era médico.

En Granada la derecha se presentaba unida y desaparecían las diferencias, al menos aparentemente, entre carlistas, cedistas y falangistas. Para estos últimos era fundamental recuperar los escaños y así poner en la calle a sus principales dirigentes, encarcelados por el Gobierno. Desde marzo las espadas estaban en el aire y nadie se fiaba de nadie. Precisamente Eugenio Vega, que no era tan blando como decían Francisco Galadí y Joaquín Cabezas, y era un sincero demócrata republicano, había dispuesto un dispositivo policial que siguiera a los militares de la guarnición, porque después de lo de su antecesor Matilla con el arriscado general Álvarez Arenas no se fiaba de los uniformados, y menos desde que los pastoreaba Llanos Medina.

Pero ese dispositivo policial no era el único que funcionaba en la ciudad. En esas semanas todos espiaban a todos y nadie se fiaba de nadie. Por eso los sindicatos, en especial la CNT, también habían establecido servicios de vigilancia de los que presumían implicados en intentonas golpistas y a cuyo frente estaban los dos amigos que esa tarde se habían citado en la calle San Antón: Francisco Galadí Melgar y Joaquín Arcollas Cabezas.

El 3 de mayo se celebraron las nuevas elecciones y los trece escaños de la provincia, diez para la mayoría y tres para la minoría, recayeron en su totalidad para los candidatos del Frente Popular, algo insólito y solo justificado por la bajísima participación de los seguidores del Frente Nacional. De esa forma Fernando de los Ríos y sus doce compañeros de lista —ocho más del PSOE, dos de Izquierda Republicana, uno de Unión Republicana y otro del Partido Comunista—, volvían a Madrid como diputados por Granada.

A esas alturas de los acontecimientos la derecha había abandonado la vía parlamentaria, de ahí la fortísima abstención granadina, porque la coalición CEDA-Falange había retirado su lista y centraba exclusivamente sus esfuerzos en recuperar el poder por vía de un golpe de Estado para el que ya se estaban organizando.

La policía y los sindicatos vigilaban cada vez más de cerca lo que la derecha granadina estaba cocinando desde la llegada de Llanos Medina a la Comandancia Militar. El gobernador civil, que cada vez tenía peores relaciones con el general jefe, remitía a Gobernación frecuentes informes de las reuniones en los cuarteles que, desgraciadamente, nunca se tomaron en serio por Madrid hasta que las cosas empezaron a írseles de las manos. Desde que se proclamó la Segunda República, los antiguos gobiernos militares habían pasado a ser meras comandancias para que la primacía civil se manifestase en que sobre un mismo territorio solo había un gobernador, el civil. A los gobernadores civiles les correspondía, en cierta medida, el control político de los comandantes militares, pese a que estos dependiesen funcionalmente solo del Ministerio de Guerra.

Prueba de ese control era el telegrama que el gobernador civil Eugenio Vega envió al ministro de la Guerra el mismo día en que fue sustituido:

«Recibido hoy telegrama Gobernación sobre actuación militares permítome confirmarle mis manifestaciones que personalmente hice a V.E. día 22 abril

en su despacho sobre la Guarnición de esta cuando le entregué la lista militares que a mi juicio debían de ser depuestos. Desde hace algunos meses se celebran todos los sábados unas llamadas Juntas de Jefes presididas por el General en las cuales nada se habla de asuntos propiamente militares sino únicamente políticos comentándose desfavorablemente actuación Gobierno demostrándose una verdadera enemiga Régimen por los reunidos, encontrándose preparados para cualquier eventualidad para lo que toman sus medidas. El General Llanos Medina no se recata de su significación ni los coroneles con mando ni el Jefe de Aviación. Conozco este y otros detalles por el Capitán de Intendencia Bonifacio Jiménez Carrillo que acude a dichas reuniones. Confío en que normalmente esta Guarnición no será capaz de realizar ningún acto de fuerza por sí sola, pero caso algún otro movimiento militar en otras provincias podría dársenos grave disgusto. Como telegrama hoy Gobernación parece significar prepararse o intentase algún movimiento esta índole entiendo precísase tomar medidas impidan evitar esta Guarnición pueda realizar hechos señalados y caso ocurra hay que estar preparados para cortarlo sino para impedirlo. Además, por esta parte es muy difícil establecer vigilancia estos elementos que sospechan y actúan hábilmente preparados. Como medida inmediata entiendo y propongo se envié urgencia una Inspección debiendo de ser depuestos y perder mando las personas que indico a continuación pues las que quedan aunque no todas de confianza ya no son de tanto peligro y además tenemos aunque no muchos, algunos amigos: General Brigada Manuel Llanos Medina, Coronel Infantería Basilio León Mestre, Capitanes Germán González Gonzálvez, José Aguilera Basekurt, Segundo Funes Funes, y Teniente Eduardo López Puertas, al Jefe de Aviación Capitán Jefe del Aeródromo Manuel Pérez y Martínez de la Victoria, y de Artillería el Coronel que recientemente ha tomado el mando Antonio Muñoz Jiménez. Comandantes de Artillería Eduardo Rodríguez Bouzo y Rafael Calderón Durán y Capitanes Rafael Ruiz de Algar Borrego, Juan García Moreno y Eugenio Carrillo Duran.

V. E. resuelva lo que le parezca más acertado y espero sus instrucciones. Salúdale*».*

Esa tarde Galadí y Cabezas fumaban un cigarro en la esquina de una bocacalle de la de San Antón dejando pasar el tiempo y sin quitar ojo a su alrededor. Parecían una pareja más de los muchos

obreros desocupados que paseaban por las calles de Granada para matar el tiempo.

Francisco Galadí Melgar y Joaquín Arcollas Cabezas eran conocidos como «el Galadí» y «el Cabezas», y siempre estaban juntos. Los dos eran sindicalistas de la CNT, «hombres de acción» como gustaban llamarse, y que además de pensamiento compartían una afición singular que los hermanaba más aún: los dos eran banderilleros muy conocidos.

Galadí era, sin duda, uno de los dirigentes sindicales más reputados de Granada y Cabezas, que usaba su segundo apellido antes que el primero, era sin dudarlo su hombre de confianza. Esa tarde iban consumiendo cigarrillo tras cigarrillo a la espera de perpetrar la «acción directa» que había concretado con sus compañeros el día antes.

—A ver si empezamos la faena —Joaquín Cabezas empezaba a ponerse nervioso en la espera que se le hacía eterna.

—Espera y disimula, coño —rezongó Galadí—. Ya falta poco para que le echen de toriles.

No dejaba de ser curioso que dos hombres de izquierdas estuvieran metidos hasta los ojos en un ambiente tan conservador y reaccionario como era el de los toros, lleno de señoritos, ganaderos y empresarios, pero para la misión que se traían entre manos no era mal oficio el aprendido en los ruedos. *Paco* y Joaquín tenían que sortear un morlaco de primera y clavarle un buen par de banderillas en lo alto del morrillo. Querían una faena perfecta y para ello el elemento sorpresa era fundamental, y así no habría quiebros: querían entrar al toro de frente, como los buenos, impidiendo que el astado se les moviera.

La tarde anterior, Galadí y Cabezas quedaron en un bar del barrio del Realejo con algunos de sus compañeros del sindicato para dejar las cosas claras. Sabían que esta misión les enfrentaría al «feselista» Noguera y al sindicalista Alcántara, que eran partidarios de la vía política y no de la acción directa como propinan siempre los más

jóvenes del sindicato que se habían encuadrado también en la FAI y veían en Cabezas a su jefe natural. De la reunión salieron decididos a llevar a cabo su plan al día siguiente; lo harían solos, pero querían que lo supieran sus compañeros, aunque no habían dado muchos detalles para no arriesgar la seguridad del intento.

La pareja de banderilleros anarquistas no estaba dispuesta a transigir ni un día más con las componendas políticas de los sindicalistas moderados. No en vano, más de veinte mil afiliados en la provincia de Granada respaldaban su postura y tenían muy claro cuál era el camino a seguir, y para eso no necesitaban más reuniones ni permisos de nadie. Para luchar contra el ascenso del fascismo y conseguir la libertad de los presos sociales y políticos, así como la garantía de que se respetarían las libertades públicas, estaban dispuestos a todo. Además, aunque el gobernador civil había detenido a más de trescientos derechistas tras los incidentes de marzo, era cierto también que la policía se despachaba de igual modo contra las organizaciones obreras de la CNT y en especial contra los afiliados a la FAI, los más decididos a plantar cara a la violencia falangista. De hecho, los arrestos de obreros comunistas y anarquistas eran cada día más frecuentes y ya se hablaba del cierre de los centros sociales donde se reunían.

—¿Cómo sigue tu mujer? —preguntó Cabezas para distraerse.

—¿Cómo quieres que siga? —respondió Galadí—. Pues enfadada conmigo, y con más miedo en sus entretelas que un subalterno cuando se le queda el toro delante.

—Y que lo digas…

—No para de martirizarme… —continuó Galadí—. Que si «piensa en nuestros tres hijos», que si «no tenemos para comer», que qué va a ser de ella si me pasa algo, que si me vigilan… vamos que está acojonada.

—Y en parte lleva razón —quiso templar Joaquín—. Ya sabes cómo son las mujeres.

La mujer de Francisco Cabezas no temía la cárcel en vano, porque a su marido ya se lo habían llevado a la de Granada en agosto del 32 pidiéndole tres años de prisión y tres mil pesetas de multa al acusarle de colocar bombas con otros dos compañeros durante una huelga. Salió absuelto del juicio, pero ya supo lo que era dormir entre rejas.

—Ya, pero las cosas no son así —quiso explicarse Galadí—. Es verdad que corremos peligro, pero es por nuestras ideas y son esos ideales los que permitirán que nuestros hijos tengan unas oportunidades que ahora ni se imaginan.

—Eso es verdad… —concedió Cabezas, que siempre daba la razón a su amigo.

—Y también es verdad que esta situación en la que vivimos, de escasez de pan y libertad, es insufrible para todos.

—¡Qué razón llevas, Paco! Yo a la mía le digo que no se meta en estas cosas, que me deje hacer, que es por su bien.

—¿Y te hace caso?

—¡Qué va! —dijo riendo Cabezas—. Por un oído le entra y por el otro le sale.

—No tienen arreglo, Joaquín. Son diferentes… y hay que quererlas como son, si no estás muerto.

Cabezas sacó la petaca, ofreció a Galadí, y los dos se pusieron a liar un cigarro para pasar la espera.

—¡Joder este cabrón, que no sale! —dijo Cabezas en cuanto encendió el cigarrillo.

—Aguarda… no te pongas nervioso.

Cabezas acarició la culata de una «Astra» del 9 que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Eso le calmaba.

—¿Te acuerdas cuando le di dos hostias? —dijo Galadí apuntando una historia ya vieja entre ellos y que les servía de burla hacia el esperado. Con eso confiaba en calmar la impaciencia de su amigo.

El banderillero se refería a algo que había pasado hacía veinte días. Como fuera que Galadí vivía con su familia en el barrio del

Realejo, pero el taller de hojalatero, el otro oficio que tenía para llevar el pan a casa, estaba en el barrio de San Matías, sucedía que en el camino se solía cruzar con frecuencia con un individuo que trabajaba en la Comandancia Militar y al que le tenía puesto el ojo porque le sabía enredado con los falangistas. Era un comandante de Intervención, seco y avinagrado, que llevaba en Granada desde que se proclamó la Segunda República, aunque era de Logroño. Galadí sabía quién era ese comandante, y el militar sabía también quien era ese hojalatero.

El caso es que un día se miraron peor de lo que tenían por costumbre y cuando Galadí le llamó fascista, los dos se liaron a las manos y si no los separan los vecinos de un portal cercano algo peor hubiera ocurrido. De todas maneras, unas cuantas bofetadas volaron de una cara a otra. Eso no fue lo peor, sino que ambos se prometieron «volver a verse». Cuando les separaban, Galadí le dijo: «tú sabes que sin escolta y pistola no eres nadie, con los puños es como te quiero ver yo». El militar no dijo nada, se limitó a recoger su sombrero de la acera y siguió su camino pese a las voces del banderillero retándole a saldar sus cuentas allí mismo. En la cara desencajada del comandante se dibujó ese día la venganza.

Después de repasar otra vez la aventura, fue Galadí quien tiró el cigarro al suelo y echó mano a su faltriquera para sentir el tacto de una «Astra» como la de su compañero.

—Te digo yo, que me conozco bien el paño, que este está preparando algo —dijo Galadí—, pero no se espera la sorpresa que se va a llevar en un rato.

—¡Estos cabrones se merecen la muerte! —condenó Cabezas.

—Llevas toda la razón Joaquín —le respondió Galadí—, pero ahora no se trata de eso. Si nuestras informaciones son ciertas sabemos que está metido en algo serio. No conseguimos saber exactamente el qué, pero no para de verse con falangistas y recibe correo de Marruecos.

Galadí tenía esa información porque un soldado que estaba haciendo la mili en Capitanía era de la CNT y trabajaba en el despacho del comandante. De lo que se enteraba, pasaba cuenta al sindicato.

—¿Le damos *matarile*? —sugirió Cabezas, más por complacer a su amigo que por convicción.

—No, Joaquín, no insistas —le reprendió Galadí—. Además, se lo llevará antes por delante su estómago. Es un amargado y hasta sus hombres de confianza le tienen miedo. Hoy lo que queremos de él es información, nada más.

—Y darle un susto —insistió Cabezas.

—Eso de paso —concedió Galadí—, que no le vendrá mal.

Ya estaba empezando a caer la noche y se encendieron las primeras luces en las ventanas de Capitanía. José Valdés Guzmán, comandante de Intervención y comisario de guerra de la plaza granadina estaba ultimando los detalles para conseguir lo que tanto había anhelado desde que el Frente Popular había ganado las elecciones de febrero. Las noticias que le llegaban de Marruecos eran muy esperanzadoras y todo parecía precipitarse para fechas próximas.

José Valdés Guzmán, el militar al que Galadí cruzó la cara en medio de Granada, el comandante que juró vengarse del banderillero, había nacido en Logroño en 1891 y era hijo de un oficial de la Guardia Civil. Había estudiado en los institutos Cisneros y San Isidro de Madrid y cuando destinaron a su padre a Barcelona se matriculó allí para hacerse ingeniero industrial, pero lo dejó pronto y se preparó para ingresar en la carrera militar. Como al padre le enviaron a Canarias, José Valdés también cambió de residencia. Y como vio que su familia no podía pagarle los estudios militares decidió incorporarse como voluntario en el Regimiento de Infantería de «Las Palmas n.º 66», donde llegó a cabo en tres meses. Pero en cuanto cumplió dos años de servicio —lo imprescindible para ingresar en la Guardia Civil con derecho

preferente por ser hijo del cuerpo y poseer título de bachiller—, solicitó el paso a la Benemérita e ingresó en la Comandancia de Toledo, donde sirvió hasta su traslado a la Academia de Infantería.

Cuando salió de oficial le destinaron al Regimiento «Menorca» y enseguida, por propia petición, se le adscribió al Regimiento San Fernando, donde quedó encuadrado en el grupo de Regulares indígenas «Tetuán n.º 1» y en la brigada disciplinaria de Melilla. En abril de 1923 se presentó a las oposiciones del Cuerpo de Interventores militares, donde obtuvo plaza, y una vez terminadas las prácticas volvió a África, donde se quedó hasta 1929, en que volvió a Sevilla licenciado por enfermedad para que le operaran de una úlcera de estómago. Cuando le dieron el alta médica fue destinado a Madrid y en abril de 1931, con el triunfo de la Segunda República, se le envió a Granada con carácter forzoso con el cargo de Comisario de Guerra Interventor.

Desde entonces había permanecido en la guarnición, sobreviviendo en el mismo destino pese a los muchos cambios habidos en la Comandancia Militar. En junio de 1936 ya era comandante: el comandante Valdés. Tenía siete cruces rojas sencillas, la medalla de sufrimientos por la Patria con aspa de herida, la medalla de Marruecos y la Cruz de San Hermenegildo.

Mientras estuvo en Granada se afilió a Falange y fue nombrado jefe de milicias de la organización en la ciudad, aunque estaba más cerca de Acción Popular que de la propia Falange. Desde su despacho en la Comandancia Militar hacía todo lo posible para conducir el malestar y el resentimiento de las derechas granadinas al molino de una sublevación militar y para eso creía conveniente estar cerca los falangistas.

—López, mande esta orden a Motril —dijo el comandante Valdés —. Necesito saber con cuántos efectivos cuenta la comandancia, incluyendo a los que estén dados de baja.

El cabo López saltó de la silla como movido por un resorte. Llevaba más de un año al servicio de Valdés y no se había

acostumbrado al tono malhumorado de su voz ni a sus miradas de rapiña. Tal vez fuera por su úlcera, pero de ningún modo le gustaría estar en la parte contraria cuando Valdés interviniera en lo que todos los que le servían sabían que iba a ocurrir.

—A sus órdenes, mi comandante.

Al cerrar la puerta del despacho, el cabo se quedó helado con la última visión que tuvo de la estancia. La figura escuálida de Valdés, con su cara de lechuza, sentado detrás de su mesa, le miraba con ojos penetrantes, como si el militar ya supiera que era él quien pasaba información a sus compañeros anarquistas.

A unos cientos de metros del despacho del comandante Valdés los dos banderilleros respiraron aliviados cuando Agustín, un albañil que era miembro de la FAI, llegó en un coche negro y aparcó cerca de la esquina.

—¡Por fin! —dijo Cabezas aliviado.

El conductor se bajó y fingió revisar la presión de los neumáticos. Había dejado el coche en marcha y solo sujeto por el freno de mano.

—No te pongas nervioso —le dijo Galadí mirando su reloj—. Aún faltan más de diez minutos para que el cabrón ese llegue a la esquina.

Galadí había medido varias veces el tiempo que tardaría Valdés desde su oficina en la Comandancia Militar, en el antiguo convento de La Merced, hasta su casa de la calle San Antón; incluso había mandado a Agustín que lo siguiera en alguna ocasión para confirmar los pasos.

El anarquista que había procurado el coche «decomisado» —eufemismo de robado—, era un antiguo escolta de Buenaventura Durruti que había vuelto a su tierra cuando el Gobierno del Frente Popular dictó la amnistía para los presos políticos y pudo salir de la cárcel. Desde entonces trabajaba en las obras del «Hospitalico» y colaboraba con la facción más radical de la FAI granadina.

El conductor siguió a lo suyo y los dos amigos se aprestaron a preparar sus pistolas. Unas miradas cruzadas entre los tres decían

que todo estaba preparado.

—Atento, Joaquín —avisó Cabezas—, va a llegar de un momento a otro.

Un gesto del banderillero hizo que el albañil volviera al volante de su auto.

—En cuanto doble la esquina nos vamos hacia él y le metemos en el coche, ¿de acuerdo? —Galadí ya estaba dispuesto. Un rictus contrayendo los labios era cuanta señal se apreciaba de la tensión que le embargaba.

—Cuando digas, Paco.

Cabezas admiraba la tranquilidad de su amigo. Galadí estaba curtido en estas faenas y su oficio ante el toro había sido una buena escuela para templar los nervios. Lo único que turbaba a Galadí en ese momento era la posibilidad de que algo saliera mal, algo imprevisto que ellos no hubieran calibrado. No ignoraba la trascendencia de su acción y de las consecuencias que tendría un fallo en el operativo. Galadí estaba convencido de que Valdés era el jefe de la conspiración granadina y sabía que ese comandante era el más importante de los conjurados. Su información era vital.

Una silueta escuálida dobló la esquina en aquel instante. Aunque no se le distinguía la cara, el uniforme era como una diana para los conjurados, y los andares eran los inconfundibles del comandante Valdés.

Un trallazo recorrió la espina dorsal de los conjurados. Había llegado el momento.

Cuando el militar se embocaba hacia el portal de su casa una mirada cruzada entre Agustín Riquelme y Francisco Galadí dio comienzo a la acción. En unos segundos el conductor dio un volantazo y cambió el coche de acera frenando inmediatamente al lado del militar, que apenas percibió la maniobra. Agustín montó la rueda delantera en la acera para cerrar el paso a Valdés. Al oficial solo le quedaba recular hacia el callejón y no podía hacerlo porque

detrás del coche le esperaban los banderilleros encañonándole con sus armas.

Agustín, sin bajarse del asiento, abrió la puerta trasera derecha del vehículo y los banderilleros empujaron hacia allá a Valdés a punta de pistola.

Nadie dijo nada. Valdés, al verse atrapado, no movió un músculo, solo obedeció el gesto de Galadí que le indicaba con la mano izquierda que subiera al vehículo.

—¡Ya te tenemos, canalla! —le espetó Galadí cuando cerró la puerta tras él. En el asiento trasero Valdés iba entre los dos banderilleros y sentía sendos cañones apretados en los costados. El comandante seguía sin decir nada.

—¡Arranca de una vez, coño! —conminó Cabezas.

Agustín Riquelme apretó el acelerador hasta el fondo y el coche saltó como un caballo por la calle de San Antón. Nadie se había percatado del secuestro.

7

26 de junio de 1936 (última hora de la tarde).
Ministerio de la Gobernación. Madrid.

De la mano del gobernador civil depuesto salía el informe que se presentó en Madrid a las pocas horas de su destitución. El texto, un relato de la infernal situación que se vivía en Granada, decía literalmente así:

«Granada está dividida política y socialmente en dos grandes grupos, uno de derechas y otro de izquierdas*.*

El primero desde el triunfo del Frente Popular puede decirse que no tiene actuación pública, pues únicamente los elementos fascistas se disponen a actuar y fue bastante que desde el Gobierno Civil se iniciara una actitud decidida para que estos fueran acallados y al menos aparentemente desarticulados sus movimientos y organizaciones.

El segundo grupo o sea el de izquierdas está controlado y podríamos decir absorbidos por los elementos socialistas, cuyos dirigentes son personas de gran prestigio y ponderación, condiciones estas que también reúnen los dirigentes de los partidos republicanos de izquierda, pero que faltos de masa no pueden desenvolverse sino de acuerdo con los socialistas; de los grupos que pudiéramos calificar de extrema izquierda son el comunista y sindicalista, los cuales carecen de masa y desarrollo eficaz y también se inspiran en la tónica que a la política provincial dan los elementos socialistas. La Confederación Nacional del Trabajo posee en la capital un gran número de afiliados, pero mal dirigidos y sin personas expertas en sus filas apenas si tienen actuación, pues los elementos integrantes del Partido Sindicalista eran los que daban vigor a esta organización y contra los cuales están por entero los confederados.

Esto es lo que a las claras se ve en cuanto a política y movimiento sindical o societario, pero adviértase que en las sombras los elementos fascistas tratan de organizarse y tomar impulso, alentados y acaso inspirados y

dirigidos por un buen número de militares retirados allí residentes y algunos de los que están en activo.

Es bien conocida la actitud de aquella Guarnición Militar desde el próximo pasado marzo con motivo de unos sucesos que allí tuvieron lugar en el desarrollo de los cuales el General que mandaba aquella Guarnición llegó a hacer coacción sobre el Gobernador Civil para que aclarara el Estado de Guerra con cuyo motivo tuvieron lugar incidentes violentos con los elementos militares. Relevado por ello aquel General algunos otros Jefes Militares y de la Guardia Civil fue enviado el actual General Dn. Manuel Llanos Medina, quien al presentarse a la Guarnición dijo "iba a continuar la labor de su antecesor ya que mejorarla no podría y con la cual estaba por completo identificado". Estas palabras y actitudes posteriores aumentaron los alientos de los Jefes y Oficiales de más marcada tendencia antirrepublicana, llegando momentos en que su actuación contraria a la Política del Gobierno y a la República misma, han tenido repercusión y manifestación en hechos externos.

Después de los sucesos de marzo desde el Gobierno Civil se ha ejercido una constante vigilancia sobre los elementos militares a quienes se creen peligrosos para el régimen pudiendo recogerse informes y datos que comprobaban este peligro. Así se sabe que desde hace unos meses se celebra todos los sábados una llamada Junta de Jefes presidida por el General, en las cuales nada se hable de asuntos propiamente militares, sino únicamente políticos, comentándose desfavorablemente la actuación del Gobierno y demostrando una verdadera actitud contraria al régimen por los reunidos que están identificados, dicen, para cualquier eventualidad y tienen tomadas sus medidas. —El General Llanos Medina no se recata de su significación ni los Coroneles con mando y el Jefe de Aviación.

Durante todo el día 12 del mes en curso se notó entre los militares una gran actividad como precursora de acontecimientos. En la madrugada del 13 y como de Madrid circulaban órdenes de que se mantuviera estrecha vigilancia en los Cuarteles por el Gobernador Civil fueron tomadas las medidas pertinentes entre ellas la intervención de los teléfonos y pudo advertirse que el Jefe del Aeródromo daba órdenes desde su domicilio a estas fuerzas para que tuvieran preparados si les necesitaba para salir a reprimir una grave alteración de Orden Público; con tal motivo este Jefe Capitán de Aviación Manuel Pérez y Martínez de la Victoria fue detenido y enviado a Madrid a la disposición del Director General de Seguridad. —Esta misma noche estuvieron acuarteladas las fuerzas del Regimiento de Artillería.

Sigue notándose actividad entre los elementos militares, la cual repercute notablemente en los elementos de extrema derecha de la población civil. No es presumible que esta Guarnición Militar por sí sola pueda tomar determinaciones transcendentales algunas pero puede tenerse por seguro que de continuar mandada por los elementos actuales y en el caso de un movimiento ordenado y combinado, esta respondería a su consigna apoyada y secundada por los elementos principalmente fascistas que aún cuando públicamente no actúan existen y vería llegado su momento.

Pueden citarse como elementos más destacados el General de Brigada Dn. Manuel Llanos Medina, quien parece ser fue dado de baja en el Ejercito en el primer bienio de la República por su significación y conducta; el Coronel de Infantería, Dn. Basilio León Mestre; Capitanes Germán González Gonzálvez, José Aguilera Basekurt, Segundo Funes Funes y Teniente Eduardo López Puertas; el Jefe de Aviación Capitán Dn. Manuel Pérez Martínez de la Victoria y de Artillería el Coronel que recientemente ha tomado mando Dn. Antonio Muñoz Jiménez, Comandantes Eduardo Rodríguez Bouzo y Rafael Calderón Durán y Capitanes Rafael Ruiz de Algar Borrego, Juan García Moreno y Eugenio Carrillo Durán.

Una prueba del estado de rebeldía en que se encuentran los militares de esta plaza es que el Gobernador Civil que ordenó la detención del Jefe del Aeródromo fue agredido posteriormente por un hermano de este, militar retirado; que circulaban en Granada rumores de un atentado contra dicha Autoridad y por dichos elementos; que parece ser ha hecho circular una hoja, al menos por las fuerzas de aviación de toda España, refiriendo lo ocurrido con el Jefe de aquel Aeródromo y destacando la conducta del Gobernador Civil contra lo que ellos creen sus fueros y por último que al volver a Granada el Capitán dicho Sr. Martínez de la Victoria, por varios compañeros suyos se le dio una comida que pretendían celebrarla en lugar público, de lo que desistieron, dándosela en su propia casa y en cuyo comedor parce se expuso el retrato del hermano que había atentado contra el Gobernador Civil y alegorías contra la República. Madrid 26 de junio de 1936».

> *Informe entregado al Jefe de la oficina de Información y Enlace de la Dirección de Seguridad, por el Agente Fidalgo, afecto a esta dependencia y que había sido en Granada secretario colaborador del Gobernador Eduardo Vega Manteca.*

El eficaz gobernador había dejado escrito en el despacho del ministro el nomenclátor del próximo golpe militar en Granada. Solo se le había escapado nombrar al más peligroso de todos… el comandante José Valdés Guzmán.

De este informe nunca tuvo copia César Torres Martínez, el nuevo gobernador civil, que hubo de enfrentarse de nuevo a la tarea de desenmarañar la trama golpista.

8

26 de junio de 1936 (por la noche)
En la carretera de Granada a Armilla. Granada.

El coche enfiló la calle de San Antón camino de Puerta Real y como los anarquistas quisieran evitar el concurrido sitio el conductor giró a la derecha entrando por la calle del Pino para salir a la Acera de la Virgen y cruzar el Genil para escaparse por el Paseo de los Basilios y tomar allí la carretera hacía Armilla.

Ese trayecto había corrido sin incidencia y nadie sospechó que aquel coche tan lujoso, un Ford Sedan negro de 1931, y menos a esas horas, escondiese el secuestro de uno de los principales instigadores, como temían sus captores, de una asonada militar.

Al cabo de veinte minutos de marcha, en que todos permanecieron en silencio, el automóvil salió del camino empedrado que llevaba hacia la base área militar de Granada y se metió por una pista de tierra que se perdía hacía una alquería abandonada. Desde ese instante, el conductor apagó los faros del coche y se guiaron exclusivamente por la luz de la luna que alumbraba perfectamente las acequias al borde del camino.

No habrían recorrido más de quinientos metros desde la desviación cuando el Ford paró bruscamente al lado de la puerta de un pajar. Agustín maniobró para meter el coche dentro y eludir así la mirada de quien pudiera pasar por allí, algo improbable pero que de suceder hubiera puesto en peligro el operativo. Cuando el coche se escondió en el destartalado galpón el conductor paró el motor:

—No nos ha seguido nadie, Galadí —dijo Agustín bajándose del coche.

—¡Más le vale a este! —dijo el banderillero clavando el cañón de la «*Astra*» en el costado del comandante Valdés.

Galadí y Cabezas sacaron al militar del coche a empellones y sin dejar de apuntarle. Una silla de enea estaba preparada en el centro de la nave que aún conservaba algunos hatos de paja y algún que otro apero de labranza abandonado por el suelo.

Los banderilleros ataron a Valdés al asiento de enea con una cuerda que Agustín sacó del maletero del coche.

—Atadle más fuerte, compañeros —les instó el conductor mientras repasaba los nudos.

El comandante Valdés no había perdido la compostura ni había dicho una palabra desde que le habían parado en la calle. El militar solo miraba, y muy atentamente, cuanto pasaba a su alrededor.

—Este no se escapa de aquí —aseguró Cabezas, que terminaba de atarle las piernas a las patas delanteras de la silla.

—Bueno, compañeros. ¿Queréis algo más? —ofreció Agustín Riquelme.

—Por nosotros puedes irte… Ya sabemos cómo volver —le contestó Galadí señalando dos bicicletas que estaban apoyadas en el muro del fondo del galpón.

Mientras Riquelme se instalaba otra vez al volante del Ford, los banderilleros arrastraron la silla con Valdés para trabarla a un pilar de madera que sujetaba el centro de la techumbre del chamizo.

—Sí, vete pronto —añadió Cabezas mientras sujetaba con otra cuerda el respaldo al poste— y devuelve el coche cuanto antes.

Agustín había requisado el coche de un taller de Granada al que su dueño lo había llevado esa mañana para que le revisaran el aceite y le ajustaran los frenos. Riquelme conocía a un aprendiz del taller, que también era anarquista, que le había dado la información necesaria para que su compañero dispusiera del coche y todo pareciera un robo y él no quedara implicado. De hecho, Agustín Riquelme pensaba dejar abandonado el coche en la calle Ancha de

Capuchinos, cerca de la plaza de toros y del campo del Triunfo, al otro lado de donde habían ocurrido los hechos.

Paco Galadí se acercó a la ventanilla del Ford cuando Riquelme estaba a punto de salir para Granada. Tenía que decirle algo que no quería que oyera Valdés, que se quedó al cuidado de Cabezas.

—Dime… —ofreció Riquelme—. ¿Necesitas algo?

—Mañana a las diez en «*El Rancho Grande*» —ordenó el banderillero refiriéndose a un café que había en la plaza del Humilladero y que era lugar de reunión de los anarquistas granadinos—. Si no estoy es que ha pasado algo. Si es así… ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, claro —mintió el conductor que, la verdad, no sabía a lo que se refería su jefe—. Por cierto, ¿qué habéis pensado hacerle?

—Acojonarle hasta que confiese qué es lo que están preparando.

—Prefiero no verlo —contestó Riquelme, que tenía el estómago muy blando para esas cosas.

Valdés, aunque no pudiera oírlos, no quitaba ojo a los dos anarquistas en la portezuela del coche.

—¡Tú no mires, coño! —le dijo Cabezas dándole un cachete en el cuello para que bajara la cabeza.

—Vete ya, Agustín —le ordenó Galadí, y el pobre Riquelme salió del cobertizo como alma que lleva el diablo. La polvareda que levantó el coche dentro del garaje envolvió al banderillero en una nube que solo se iluminaba por los rayos de luna que entraban por los huecos de la techumbre.

Cabezas y Valdés vieron que se acercaba a ellos prendiendo un chisquero que había sacado del bolsillo del pantalón.

—Habrá que encender algo para verte la cara, so cabrón —dijo Galadí mirando al comandante lo peor que podía.

Cabezas acercó una lámpara de queroseno que había al lado de las bicicletas y la puso en una mesa cerca del retenido. Galadí inflamó la mecha y Cabezas dejó encima de la mesa su pistola, una «*Astra 300*» del 9 corto a la que conocían por «el purito», y una

navaja cabritera que siempre llevaba encima. Quería impresionar a Valdés.

—Tienes que quitarle el seguro, gilipollas. Así no dispara —le espetó militar como si tratara con un recluta.

Una bofetada cruzó la cara del comandante.

—¡Por chulo! —le dijo Galadí dispuesto a cruzarle la cara otra vez.

La segunda bofetada vino delante de la tercera y la cosa terminó con un puñetazo debajo del pecho que verdaderamente resintió al militar. Valdés padecía de un cáncer de estómago, pero los banderilleros no lo sabían; únicamente habían oído que andaba mal del estómago, que tenía una úlcera.

—Ten cuidado —le dijo Cabezas a su compañero haciendo un aparte para que Valdés no los oyese—, no nos lo vayamos a cargar.

—¿Es que te vas a ablandar ahora? —le increpó a su compañero. Galadí estaba dispuesto a seguir hasta el final; quería la confesión del militar y si era necesario llevaría la situación al límite—. ¡Joder con el señorito!

—No es eso, y tú lo sabes —se quiso justificar Cabezas—, pero mírale la cara, si es un muerto andando.

La verdad es que Valdés se había resentido con el puñetazo, tenía la expresión desencajada.

—Será una úlcera, pero este hombre tiene la muerte sentada en el brazo de la silla —insitió Cabezas—. No se nos vaya a ir la mano y armemos una gorda. El comité del sindicato se nos echaría encima.

—¡Qué comité, ni qué hostias! —respondió airado Galadí—. Aquí somos nosotros los que mandamos y vamos a hacer lo que tenemos que hacer.

—Bueno, bueno, no te pongas así —se excusó su compañero—. Sabes que a mí no me tiembla el pulso cuando hay que ponerse a la faena, pero…

—Vale, Joaquín… —Galadí no le dejó acabar, y como si fuera a encarar un toro, se dio la vuelta hacía Valdés con las manos en alto

amenazándole con toda clase de improperios y señalándole una hoz que había al lado de la mesa.

—¡Te voy a desgañotar como no hables, hijo de puta! —y le señalaba la hoz mientras se pasaba el dedo índice por el cuello.

Valdés no pensaba contar nada y menos decirles lo que les interesaba. Los anarquistas se hubieran quedado de piedra si el comandante les hubiera confesado que él era nada menos que el jefe de milicias de Falange en la ciudad de Granada.

La cosa había empezado pocos meses atrás, después de los incidentes de marzo en que los sindicalistas quemaron la sede de Falange y el gobernador encarceló a la mayoría de sus dirigentes. Falange había quedado descabezada en Granada, como había sucedido en toda España cuando el Gobierno de Azaña ordenó la detención de sus dirigentes nacionales por tenencia ilícita de armas. En ese estado de debilidad orgánica el jefe local del partido delegó en José Díaz Pla, Santiago Cardell, Cecilio Cirre, José Sánchez y José Rosales, Pepiniqui para sus amigos, para que fueran a Madrid a entrevistarse con José Antonio Primo de Rivera, que ya estaba preso en la Modelo, para «recibir instrucciones del Jefe Nacional».

Quien les hizo de chófer en el viaje, incluso puso para ello su propio coche, fue Ramón Ruiz Alonso, un diputado de la CEDA por Granada que era muy amigo del comandante Valdés y que se había quedado en el paro desde el mes de febrero, tras el triunfo electoral del Frente Popular. Desde entonces se andaba buscando la vida por los cenáculos derechistas de Granada. En esa ocasión hacía de taxista de los falangistas por ver si conseguía que el partido de José Antonio le admitiera como liberado, pagándole las mismas mil pesetas al mes que cobraba como diputado. A sus compañeros de viaje no paraba de pedirles que cuando vieran al «Jefe», como decía el parado cedista para congraciarse con sus nuevos amigos, le recordaran «lo de los doscientos duros, que es muy importante».

El viaje transcurrió sin incidentes, salvo el dolor de cabeza que les levantó a los falangistas el insistente Ruiz Alonso con lo suyo.

Cuando por fin estuvieron en Madrid, José Antonio solo pudo recibir a Díaz Pla, y gracias a que mintió argumentando que era su letrado, y a Pepiniqui Rosales, que se coló como pasante del anterior. Su jefe les mandó que visitaran a un tal Andrés de la Cuerda, que era quien llevaba el partido, dado que sus principales dirigentes estaban todos encarcelados. De la Cuerda, que era el pasante de José Antonio en su despacho de abogado, les recibió en casa de su jefe y les dijo que no se preocuparan: «Os mandaré un enlace a Granada».

Consultado el «Jefe» sobre la oportunidad o no de fichar para el partido al insistente y pertinaz cedista, José Antonio lo resolvió de raíz en un momento. «Ese pollo es un limón al que se le ha exprimido todo el zumo, lo único que queda es la cáscara reseca. Decidle que no al obrero amaestrado». Y así se lo explicaron al postulante cuando todos volvían a Granada.

A Ruiz Alonso le conocían en las Cortes republicanas por «el obrero amaestrado», un mote que precisamente le había puesto José Antonio Primo de Rivera. No era un tipo que supiera desenvolverse con finura en el ambiente parlamentado. El desencantado Ruiz Alonso, que ya se veía con el dinero en el bolsillo y una posición con la que moverse por la provincia, cogió un cabreo sordo y se pasó el viaje refunfuñando y culpando a José Rosales de que no se había esforzado bastante en vender el producto. Tan hartos tenía a los falangistas, y en especial a Pepiniqui, que en cuanto pararon el coche en Jaén para repostar y tomar un café y descubrieron en el bar a otros amigos que volvían con dos coches a Granada decidieron vengarse de la perseverancia cansina del turbio personajillo gastándole una broma ciertamente pesada.

Se le ocurrió, cómo no, a Pepiniqui que estaba dispuesto a cruzarle la cara si seguía martirizándole el oído con «lo suyo». «Mira, Ramón —le dijo Rosales señalándole un colmado que había enfrente del bar—. Acércate a esa tienda, que tienen un aceite buenísimo, y cómprate un cántaro grande, de los más grandes, y se lo llevas a tu mujer de nuestra parte. Luego te lo pago». Mientras Ruiz Alonso se

iba tan contento a por el aceite, Pepiniqui le arrancó al motor de su coche el cable del delco y a continuación los falangistas se escaparon a Granada en los vehículos de los amigos que se habían encontrado. Cuando el cedista volvió con la encomienda allí no estaba nadie y, para colmo, el automóvil no arrancó hasta la mañana siguiente, cuando consiguió un cable nuevo.

A los pocos días del viaje relámpago a Madrid, llegaba a Granada el arquitecto falangista José Luis de Arrese bajo la tapadera de inspeccionar unas edificaciones en Guadix, pero con la misión de reconstruir el partido en la ciudad. Se reunió con el grupo que quedaba en el domicilio de Ramón Fernández Alonso, en la calle San Antón, y de la reunión salieron Antonio Robles, como jefe provincial; Díaz Pla, jefe local; Julio Alguacil, secretario local; el comandante Pedro Segura, jefe provincial de milicias y el comandante José Valdés, jefe local de milicias; Pepiniqui Rosales, Cecilio Cierre y Enrique Iturriaga serían los jefes de sector. Arrese les dejó claro que «no enredaran» hasta recibir órdenes de Madrid y les pidió que buscaran dinero para sufragar un próximo alzamiento militar que ellos apoyarían. En su segunda visita, a principios de junio, Arrese confirmó a Valdés en su cargo y designó tres jefes de distrito bajo la autoridad del comandante. De Ramón Ruiz Alonso no se volvió a saber nada en los mentideros falangistas desde el accidentado viaje de vuelta. Las reuniones del jefe de la milicia falangista granadina con sus ayudantes se fueron haciendo cada vez más habituales conforme se acercaba la sublevación, pero el comandante nunca se arriesgó más de lo necesario y cambiaba continuamente los lugares de las citas para despistar a la policía, que les marcaban abiertamente siguiendo las órdenes del gobernador. Solo Galadí había sospechado algo de la conexión del militar con los activistas de Falange.

—Sabemos que estás preparando algo… —le decía Galadí mientras jugaba con la navaja cabritera de Cabezas—. ¡Cuenta…!

El silencio es todo lo que sacó del comandante.

Un par de guantazos hicieron que Valdés se tambaleara en la silla a la que estaba atado, pero ni así consiguió arrancarle ni un quejido.

—Acércame la hoz, Joaquín —emplazó Galadí a su amigo—, que este no se asusta con cualquier cosa y hay que apretarle los tornillos. ¡Di algo! ¿Qué coño estáis preparando? ¿Con quién cojones estás?

José Valdés los miraba con una expresión inescrutable. «La verdad es que este cabrón los tiene cuadrados» se dijo Cabezas mientras cumplía el encargo de su amigo. El comandante seguía en la silla como si el asunto no fuera con él, frío como un témpano. En su gesto no se apreciaba miedo, ni emoción, ni siquiera rabia. Y eso es lo que no habían calibrado los anarquistas: Valdés estaba acostumbrado a resistir, por algo tenía siete cruces rojas y una medalla al Sufrimiento.

Valdés Guzmán sabía de sobra que sus captores no iban a pasar de amedrentarle, ya que si hubieran querido quitarle de en medio lo habrían hecho por el camino. También por eso estaba tranquilo y dispuesto a aguantar lo que viniese.

—¡Te he dicho que cantes, pajarito! —insistió el banderillero.

—Sí, claro —pareció conceder el militar—. Os digo que me lieis un cigarro y que me lo encendáis.

—¿Pero quién te has creído que eres para darnos órdenes, hijo de puta? —le respondió desconcertado Joaquín Cabezas—. Nosotros no somos tus asistentes… ¡gilipollas! —y otra bofetada, la primera que salía de la mano de Cabezas, cruzó la cara del comisario de guerra y la nariz le empezó a sangrar.

—No te vamos a dejar que sigas persiguiendo a los nuestros. ¿Te has enterado bien? —dijo Galadí en lo que pasaba el filo de la hoz por detrás pescuezo.

El contacto metálico en su cuello hizo recordar a Valdés la vez en Marruecos en la que un moro de una *harka* hostil empuñó contra su pecho una bayoneta, y el sabor del peligro le dio fuerza para

aguantar el envite. Se sabía un experto en el control de las emociones.

—Te voy a rajar de arriba abajo como a un cerdo —escupió Galadí, y le desabotonó la guerrera con un desgarrón.

—Paco, ven a la puerta —dijo Cabezas, que de vez en cuando se asomaba al sembrado por si venía alguien.

Los banderilleros vieron unas luces que se acercaban hasta ellos. Era un coche, no había duda, y en unos minutos habría llegado al pajar.

—¡Joder, nos han localizado! —dijo Galadí sin descomponerse—. ¿Cómo sabrán que estamos aquí?

—¿Qué hacemos? —preguntó Cabezas dispuesto a cumplir lo que le ordenara su amigo.

—Por esta vez te has librado, pero la próxima no te escapas —amenazó Galadí a Valdés sin contestar a su compañero. Dos puñetazos en las costillas fueron el sello de tan dañina carta.

—Más pronto que tarde seréis carne del paredón. Os juro que os mandaré fusilar —les dijo Valdés por toda despedida según erguía la cabeza—. Y no es ninguna amenaza, pedazos de mierda.

—¿Pero será posible? —dijo Galadí amartillando su pistola—. A este me lo cargo aquí mismo.

—Déjalo, Paco —dijo Cabezas—. Mejor dale esto…

Cabezas sacó un frasco del bolsillo de su pantalón y se lo ofreció a su compañero.

—¿Qué es eso?

—Ricino, compañero —contestó su amigo—. Le va a sentar bien al estómago. Ellos lo usan mucho.

El uso del ricino con los enemigos políticos venía de los *fasci di combattimento* italianos. Una técnica intimidatoria usada por los amigos de Gabrielle D'Annunzio, que en España aplicaba Falange.

—Como no te lo bebas te corto una oreja —le conminó Galadí abriendo la cabritera de Cabezas y poniéndole el frasco en la boca.

Valdés valoró que si no le habían matado ya no lo harían ahora, y menos si venía alguien, pero también sabía, con la misma certeza, que si no les hacía caso le iban a arrancar la oreja. Y se tragó el humillante líquido sin mover un músculo de la cara.

«Este frasco lo vais a pagar con sangre», se dijo mientras trasegaba la purga intestinal a que le castigaban los anarquistas.

Un instante después los dos amigos corrían en sus bicicletas en dirección contraria a las luces que cada vez estaban más cerca. La oscuridad les permitió escapar a través de los marjales. Cabezas, que se había dejado su pistola encima de la mesa, no se daría cuenta del olvido hasta la mañana siguiente.

Huidos en la noche, Cabezas y Galadí tardarían varias semanas todavía en darse cuenta de que si unos minutos antes hubieran descerrajado el cráneo del comandante José Valdés Guzmán la ciudad de Granada no hubiera corrido tan sangrienta suerte.

Y ellos tampoco.

9

27 de junio de 1936 (por la mañana).
Barrio del Realejo. Granada.

—¡Galadí!

Alguien gritó a sus espaldas. El banderillero acababa de salir de su casa camino de la cita que tenía con Cabezas y Riquelme, y no las tenía todas consigo después del frustrado interrogatorio de la noche anterior. Según oyó su nombre echó mano a la faltriquera y empuñó la culata de su pistola, que ya iba amartillada desde que salió del piso donde vivía. Siguió caminando como si no fuera a él a quien llamaban.

—¡Paco!… ¿No me oyes? —y que ahora le llamaban por su nombre.

El banderillero se tensó y su mano derecha empuñó con más fuerza el «*Astra*». Estaba dispuesto a todo. Si venían a por él pensaba venderse caro.

Una mano puesta en su hombro le hizo darse la vuelta.

—¡Hostias, *Pepe*! ¡Qué susto me has dado, joder! —dijo Galadí al ver una cara conocida—. ¿Pero qué haces tú en Granada?

—Anda, compañero… ven para acá —dijo cogiendo del brazo al banderillero y metiéndolo en un portal—. ¿Qué pasa que te veo tan asustado?

—Nada, *Pepe*, ya sabes cómo están las cosas, hay que andarse con ojo.

—No, si ya sé… —dijo el otro que, aunque llevaba poco tiempo por Granada, sabía de sobra que rara era la semana desde los incidentes de marzo en la que no caían asesinados en la ciudad un obrero o un falangista.

Los dos amigos entraron en el portal, pero antes el banderillero comprobó que no hubiera nadie apostado en la calle vigilándole.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí, *Pepe*? ¿No estabas en Madrid?

—Estuve allí desde que salí de la cárcel por lo de Asturias.

—¡Qué sorpresa…! —alcanzó a decir *Paco* Galadí.

José Palao era uno de los presos políticos que habían salido del penal gracias a la amnistía dictada por el Gobierno del Frente Popular. Un hombre enjuto, de entradas prominentes y mirada sombría, que cumplía condena por su implicación en los sucesos de Asturias de 1934.

—Me enteré de tu detención por el sindicato. A muchos compañeros los cazaron allí —recordó Galadí—. Pero no sabía que estuvieras por Granada.

Efectivamente, muchos habían caído en los sucesos de Asturias. Y así había sido porque después de que la CNT y la UGT se aliaran en 1934 formando la Unidad de Hermanos Proletarios, con los caballeristas del PSOE, el Partido Comunista, la FAI y el Bloque Obrero y Campesino y, todos juntos, proclamaran la República Socialista Asturiana, el Gobierno de Lerroux, a propuesta de Gil Robles, reclamó que las tropas ocuparan una provincia que se les había ido de las manos y donde la autoridad de la administración había desaparecido por completo. Como el Gobierno no se fiaba del general Masquelet, que era el jefe del Estado Mayor, llamaron al general Goded y al general Franco para que se ocuparan de reprimir la sublevación. El general Eduardo López Ochoa, al frente de las tropas gubernamentales, acudió a rescatar Oviedo con la ayuda de la aviación y los legionarios del coronel Juan Yagüe. Oviedo quedó sometido enseguida y Gijón poco después. Más de mil personas murieron en los combates. Los tribunales militares dictaron veintiuna penas de muerte, de las que solo se ejecutaron dos, y más de quince mil trabajadores ingresaron en presidio. Uno de ellos había

sido José Palao, que se encontró de bruces envuelto en los sucesos sin saber a ciencia cierta qué estaba haciendo.

—Sí, éramos unos cuantos en el penal de San Cristóbal —le confirmó José Palao, quien obviamente se había equivocado a la hora de elegir bando.

—¿Has desayunado, *Pepe*? —preguntó el banderillero ya más calmado, al ver que Palao era de confianza y que había «cumplido por la idea», que era como llamaban los anarquistas a estar presos por su militancia.

—No, todavía no —mintió Palao.

—Yo tampoco —engañó también el banderillero, que por un café estaba dispuesto a cualquier cosa—. Te invito a un café con churros para celebrar la vuelta.

—¿Vamos al «Alameda»? —propuso Palao, que tenía debilidad por ese café.

—No jodas, *Pepe*. ¡Qué fino te has vuelto! —le reprendió Galadí—. Ese es un sitio de señoritos.

Razón tenía el banderillero, porque el «*Café Alameda*» era sitio de tertulias de los niños bien de Granada. En ese café paraban por las noches los hermanos García Lorca, Paco y Federico, con su amigo el periodista Constantino Ruiz Carnero, y poetas como José Fernández Montesinos, Miguel Pizarro, José Navarro Pardo o Manuel Ángeles Ortiz, un pintor que era fijo de lo que llamaban «la tertulia del rinconcillo».

—¿Tú crees que con estas pintas nos van a dejar entrar? Mejor vamos a un sitio de los nuestros —remachó Galadí señalándose las zapatillas de esparto.

Además de esas razones, y que ya de por sí al local le tenía «gato», Galadí no quería exhibirse por ningún sitio donde pudieran engancharle por lo de la noche anterior. El banderillero estaba seguro de que Valdés callaría el incidente, porque si lo denunciaba a la policía iba a ser peor para él, porque desde el Gobierno Civil le iban marcando los pasos. Pero Galadí no las tenía todas consigo en

lo que hacía a los pistoleros que trabajaban para la derecha granadina.

De modo que los dos amigos se encaminaron a una tasca del Realejo, en la calle Pavaneras, que también hacía unos churros muy aceptables.

—¿Y qué te trae de vuelta por aquí? —le preguntó el banderillero cuando les sirvieron el café y las masas fritas.

José Palao sorbió la taza sin despegar la vista del rostro de Galadí, como si en sus pupilas buscara los vericuetos secretos para sobrevivir en esa Granada convulsa que había encontrado a su regreso. Y comenzó un discurso forjado a lo que creía su conveniencia.

—Paco, he vuelto a mi tierra porque gente como yo, como otros compañeros del sindicato, estamos dispuestos a todo para que nuestra revolución no se detenga y que las personas honradas no vuelvan a pisar la cárcel nunca.

—Eso está bien, *Pepe* —aplaudió Galadí recordando su propia aventura en Armilla la noche anterior.

—Muchos no estamos dispuestos a aceptar que nos avasallen más esos fascistas de mierda; los que juegan a las cartas en sus casinos mientras buscan pareja a sus hijas para que las fincas les crezcan sin dar un palo al agua —casi declamó el amnistiado—. He vuelto para cumplir aquí con esos ideales nuestros, que buena falta hace… y más ahora con la que está cayendo —añadió José Palao—. Para eso me ha mandado aquí la Federación, pero la agrupación local no sabe nada —dijo refiriéndose a la FAI en tono muy bajito, como si revelara un secreto.

La Federación Anarquista Ibérica había nacido en Valencia en 1927. Se mantenía secreta incluso cerca de los miembros de la CNT, su sindicato afín, y se organizaba a través de grupos autónomos. Nadie sabía con exactitud cuántos afiliados tenía, ni ellos mismos. En ese año unos hablaban de cinco mil, y otros de treinta mil. Y por su

naturaleza clandestina y la autonomía de sus grupos nadie tenía información veraz de qué se traía entre manos.

—Entonces, ¿eres un liberado? —preguntó el banderillero. Galadí hacía referencia a si su amigo cobraba un sueldo de la FAI por su trabajo como activista.

—Sí, Paco, pero eso aquí en Granada no lo sabe ni Dios —mintió José Palao, que no cobraba un duro de nadie y las cosas del dinero se le pintaban muy negras desde que había vuelto a su tierra.

José Palao era el mayor de seis hermanos. Había nacido en Órgiva y trabajó en las minas de su pueblo desde los 14 años. Después de unos años en África donde se convirtió en soldado profesional, volvió a Órgiva y se colocó otra vez en las minas de la sierra de Lújar. Pero solo estuvo dos años porque tuvo que salir por pies por un problema de faldas que nunca se llegó a aclarar. Entonces se incorporó como mozo en la cuadrilla del torero José Luis Álvarez Pelayo y en ese período conoció a Galadí, que ya oficiaba de aprendiz de banderillero en las plazas de la provincia.

Fue su hermano Juan quien le ofreció la posibilidad de poner tierra de por medio con Granada de manera definitiva. Juan era cuatro años menor que José, aunque había sentado la cabeza mucho antes. En aquella época también trabajaba en las minas de la sierra, pero había decidido mudarse porque el trabajo en Órgiva pintaba mal y quería sacar a su familia adelante lo mejor posible. A diferencia de su hermano, Juan gozaba de cierta admiración por parte de sus vecinos por ser un hombre trabajador, noble, reflexivo, amigo de sus amigos y que siempre terciaba para poner concordia en aquellas situaciones que parecían sin solución.

El caso es que José se pegó a su hermano, a su cuñada y a su sobrino, y se fue con ellos a vivir a la provincia de Córdoba, donde Juan había encontrado trabajo para los dos en las minas de Peñarroya, que ya era una ciudad de treinta mil habitantes. La ciudad cordobesa tenía industrias con fundición de plomo, central térmica, taller de desplatación, elaboración de productos químicos, y

seguían llegando inmigrantes para ocuparse en todo ello. La potencia económica de la plaza y la formación de un proletariado industrial y minero permitió que la UGT y la CNT arraigasen con fuerza entre los trabajadores. Los hermanos Palao no fueron menos: Juan se afilió a la UGT y José a la CNT.

En Córdoba estuvieron hasta 1930, cuando la crisis económica azotó Peñarroya y los Palo volvieron a mudarse. Esta vez, Juan se volvió con su familia a Granada y José sacó un billete de tren a Madrid, donde estuvo dando tumbos de oficio en oficio hasta que decidió tomar rumbo a Asturias, apenas proclamada la Segunda República. En febrero del 32 ya vivía en Mieres, en marzo del 33 había ingresado en la clandestina Federación Anarquista Ibérica y en el 34 estaba en la cárcel después de los disturbios. Sin comerlo ni pretenderlo, se había hecho con un historial digno de la admiración de cualquier revolucionario.

Cuando salió del penal se fue a Madrid y de allí a Granada para buscarse la vida. Y todavía no había conseguido que las cosas le fueran bien en su tierra, por eso había recurrido a Galadí.

—¡Qué gusto da estar en la calle, compañero! —celebró José Palao apurando el café.

—Esto solo lo hay en esta tierra, Paco —añadió, mirando con lascivia a unas muchachas que pasaban por delante del bar—. ¡Lo que me he perdido en la cárcel!

José pensaba explotar su posición de víctima y toda excusa era buena.

—Y si se puede saber ¿qué piensas hacer? —preguntó Galadí entrando por donde quería el supuestamente liberado sindicalista.

—Mira, *Paco* —contestó José como quien hace una confidencia—. He venido con mi compañera y mis dos hijas para ayudar a la causa… y cumplir mi misión.

—¿Te has casado? —preguntó Galadí más sorprendido que otra cosa.

A José Palao no le pegaba nada la vida en pareja, eso de recogerse como decía su madre.

—Pues sí, todo llega —mintió José con absoluto descaro.

Y mentía porque seguía soltero, cosa que no hubiera sido importante entre ellos, pues los anarquistas no daban ninguna importancia a eso de los papeles en las relaciones de pareja, porque eran partidarios de lo que llamaban uniones libres. Lo que no pensaba decirle a su amigo es que esas dos hijas que estaban con él no eran suyas, sino de la que él hacía pasar por su compañera.

La historia empezaba en Pamplona, cuando estuvo preso. José Palao fue juzgado, entre otros compañeros mineros, con Pelayo García, un hombre casado y con dos hijas, al que su mujer siguió hasta Pamplona para estar cerca de él. Allí se colocó de cocinera en una fonda y con lo que ganaba consiguió un cuartucho en el que vivir con sus hijas y cuidó de su marido visitándole en el penal cuando le dejaban verlo reja de por medio.

Pelayo García hablaba continuamente a José de su compañera, de la que estaba profundamente enamorado. Y como era muy buena gente pronto repartió su comida con José y ofreció al granadino que su Engracia le remendara también la ropa, incluso le pidió a su compañera que cuando viniese a verle le trajera picadura de liar para que fumara su compañero de celda. El caso es que García, que siempre que salía al patio del penal aprovechaba para hacer calistenia, como él llamaba a la gimnasia, acabó cogiendo una pulmonía y en dos meses, dado el maltrato al que sometían a los presos, lo sacaron para siempre de San Cristóbal, pero para enterrarlo en San José, que era el cementerio municipal de Pamplona.

A los pocos días, José recibió una carta de Engracia Tuero, en la que con muy buena letra le decía: «No se ha de preocupar usted, compañero, porque mis hijas y yo seguiremos en Pamplona, porque no nos queda familia en Asturias, y cuidaremos de que no le falte de nada dentro de nuestras escasas posibilidades». En el sobre,

además de la misiva había también una foto de ella con sus hijas, Libertad y Acracia. Hasta que llegó la amnistía a José no le faltó nunca tabaco picado, ni tartera los domingos, ni un remiendo que le fuera preciso. Cuando salió de la cárcel, pese a lo golfo que era, José Palao supo que tenía una obligación con aquella mujer y le propuso que fueran a vivir juntos y hacerse cargo de las hijas de Pelayo. Y así, sin declaraciones ni contratos, como dos buenos camaradas unidos por el recuerdo del amigo muerto, José y Engracia se presentaron en Granada con las niñas, con sus hijas.

—¿Y de qué vivís? —curioseó Galadí.

—Ya te he dicho… —respondió misterioso José—. Tengo una misión, aunque por ella me pagan lo que pueden y cuando pueden.

No le iba a decir directamente que vivía de milagro, de lo que buena o malamente levantaba por ahí todos los días. Lo mismo una chapuza, que un recado, que un sablazo… o un descuido.

—¿O sea, que de verdad eres un liberado? —insistió el banderillero, esta vez sin disimular la admiración. Para Galadí, como para cualquier anarquista que se preciara, eso era una categoría excelsa en el mundo libertario.

—Eso es, compañero, y por eso mismo he de ser más responsable que antes.

—¿Te acuerdas de cuando venías con nosotros a las tientas? —Galadí le recordaba aquellos años jóvenes de vino y farra en que José Palao salía con los toreros.

—Sí, claro. ¡Cómo no me voy a acordar! —y en eso José no mentía —. Pero aquello acabó. Ahora soy un hombre de la causa y un padre responsable.

En eso sí que mentía como un bellaco.

—¡Por la revolución! —dijo a continuación, pero no muy alto, no le fuera a oír alguien.

—¡Por ella! —le contestó el banderillero sin tanto tapujo.

—Otros dos cafés, pero cortados —pidió José sin dar tiempo a su amigo a opinar sobre el encargo.

El mozo se fue al puchero para preparar dos vasos chicos con unas gotas de leche.

—Dime una cosa, *Paco* —le preguntó Palao—. ¿Por qué te has asustado cuando me has visto?

—No me he asustado, José —ahora quien mentía era el banderillero—. Lo que pasa es que estoy preocupado desde anoche y a lo mejor se me nota nervioso.

—Será eso —concedió José, que no se lo creía. Pero ¿qué te pasa?

—Nada, José, cosas de la causa.

Era evidente que a Francisco Galadí le costaba hablar del incidente de la noche anterior.

—¿Corres algún peligro?

—No es eso, compañero.

—¿Entonces?

José Palao no pensaba soltar a la presa y apretaría a Galadí hasta que el otro le contara el asunto.

—Anoche tuve en mis manos al mayor de los fascistas de Granada y no pudimos rematar la tarea porque en el último momento creímos que nos habían descubierto.

—¿Ibais a eliminarle?

—No, en principio íbamos a sacarle información —mintió Galadí.

—¿Y de quién se trataba, si es que puede saberse?

Galadí se quedó callado mirando a su amigo. Aunque le conocía de años y compartía con él la militancia en la CNT había algo en José que le ponía en alerta. No terminaba de fiarse. En realidad, en los muchos años que hacía desde que se conocían, nunca había llegado a fiarse plenamente de él.

—Si no me lo puedes decir no lo hagas, no te sientas obligado —Palao decidió tenderle una trampa—. Una misión es una misión, y el secreto es garantía de vida muchas veces. No te he contado que allí en Asturias, cuando la revolución, sucedió que una vez tuve yo que…

—Mira, José —Galadí se arrepintió de sus dudas en cuanto vio que su amigo entraba en confidencias que podían ser similares a la que

él guardaba—. Tú eres hombre de confianza y además estás aquí para ayudarnos. Te lo diré.

—No tienes porqué, *Paco* —era la última vuelta de la llave que le iba a abrir la confianza del banderillero.

—Era el comandante José Valdés —dijo como quien se quita un peso de encima.

—¡Hostias, Galadí! —el nombre realmente había sorprendido a Palao, que pese a que solo llevaba dos meses en la plaza ya sabía de sobra quién era quién en la ciudad del Darro—. Habéis apuntado alto, ¿eh?

—No te vayas a creer que con eso hemos salido del agujero. No le sacamos casi nada de información, tuvimos que irnos cuando estaba a punto de cantar de plano.

Galadí no pensaba decirle que el comandante había aguantado el tipo como un valiente y que ellos se fueron con las manos vacías.

—Ahora usaremos otras técnicas, *Paco* —le dijo Palao queriendo llevar la conversación a otro sitio.

—¿A qué te refieres, José?

—Vamos a conseguir armas y las cosas serán de otra manera. Yo me encargaré de que los compañeros estén mejor defendidos.

Había algo que no encajaba. El banderillero era un hombre de instinto y no le cuadraban las cosas. No podía ser que José Palao llegara a Granada para organizarles a ellos que se habían dejado el pellejo durante años. O mucho había cambiado, o José Palao le engañaba.

—¿Y cómo lo vas a conseguir, si es que puede saberse? —ahora era Galadí quien quería información.

—Mi experiencia en Asturias me ha enseñado mucho, pero no es sitio de contarte nada —eludió Palao, que poco más podía decir.

En ese momento Galadí se arrepintió de la confidencia que le había hecho acerca del asunto Valdés. Definitivamente, algo le olía mal en Palao.

—Lo comprendo —mintió el banderillero—. ¿Necesitas algo de mí de momento?

—Nada por ahora —no le iba a decir que lo que necesita eran treinta duros; hubiera sido inoportuno—, pero te tendré al corriente.

—Cuenta conmigo para lo que sea —brindó Galadí, que no pensaba soltar el hilo con el que había enlazado otra vez con su amigo de correrías juveniles. «Mejor le vigilamos, por lo que pueda ser», pensó al hacer el ofrecimiento.

Galadí dejó dos pesetas encima del mármol del mostrador para pagar los churros y los cuatro cafés. Le esperaban Riquelme y Cabezas, y no se encontraba cómodo con su antiguo amigo.

—Por cierto, *Pepe*. ¿Cómo sabías donde vivo?

—Por el sindicato. Me lo dijo Maroto.

Eso era verdad, porque lo primero que hizo José Palao en cuanto llegó a Granada fue presentarse con sus credenciales y su historial de preso político en la sede de la CNT, un edificio que tenía el Sindicato en la plaza del Humilladero cuya trasera daba a la acera del Darro, cerca de donde salían los tranvías a Padul, y preguntar por el banderillero, que era toda una institución entre la militancia obrera.

—Claro… —concedió Galadí, que ya se había mosqueado.

—Nos vemos, *Paco* —se despidió Palao.

—Lo dicho —remató el banderillero.

—¡Salud y Confederación! —Palao quería guardar el ritual hasta el final.

—¡Salud! —le respondió Galadí dándole ya la espalda.

Los dos amigos marcharon cada uno por su lado.

Francisco Galadí no podía ni imaginar en ese momento la dimensión que acabaría teniendo en su vida el encuentro de esa mañana con el camarada José Palao.

10

28 de junio de 1936 (por la mañana).
Barrio de Chamberí. Madrid.

La mañana se había levantado sobre los tejados de Chamberí y el sol madrileño empezaba a abrasar las tejas enrojecidas que tapaban las vidas del millón de madrileños que se escondían bajo ellas.

Federico y Rafael estaban juntos, acostados y desnudos, en medio de una habitación caldeada por los restos de una noche de pasión y de alcohol, que encontró su final en aquella cama grande con cabecero de hierro. Hacía ya cuatro días que Federico García Lorca, después de cenar en «*Casa Mingo*» con sus amigos, había calmado a Rafael del cabreo que se le apoderó cuando se sintió ninguneado por el poeta en casa de los condes de Yebes. Desde entonces, los amantes, ya recompuestos, estaban viviendo unos días de paz en los que Federico aprovechaba para escribir las primeras cuartillas de su *Destrucción de Sodoma*.

Federico estaba feliz con Rafael, el compañero sentimental que más le había durado. Los dos hombres habían pasado la madrugada haciendo el amor y solo se fueron al sueño cuando el sol empezó a borrar la noche de los cielos de Castilla. Se durmieron al alba, mientras Federico se acurrucaba de costado sobre la espalda de su amigo. Federico estaba cada vez más enamorado de Rafael, a pesar de que nunca pensó que una relación que no prometía ningún futuro cuando se conocieron pudiera haberle enganchado tanto.

Esa madrugada no se imaginaba de otra manera a como estaba: agazapado como un niño que sentía la espalda del hombre al que amaba como una tabla fuerte a la que agarrase en el naufragio de su timidez y sus afectos rotos tantas veces.

Todo había sucedido gracias a la casualidad y, sobre todo, a la persistencia del poeta. García Lorca había conocido a Rodríguez Rapún cuando Rafael era un simple estudiante en Madrid para ingeniero de minas. Lorca lo encontró entre el público durante una representación de *El amor brujo* en la «*Residencia de Estudiantes*». El poeta reparó en la excelente constitución atlética del muchacho y en su carácter alegre y vehemente. En el primer intercambio de palabras ya notó que el alevín de ingeniero era un apasionado socialista.

Tras varias citas, Lorca consiguió que su nuevo amigo se uniera a «La Barraca» para interpretar algún que otro papelito. El poeta tiró de él enseguida, porque se prendó de su nuevo fichaje como si fuese un colegial. Y como vio que el muchacho no daba para mucho encima de las tablas y declamaba fatal le convirtió enseguida en secretario de la compañía y en suyo personal después.

Rodríguez Rapún se hizo pronto amigo de Modesto Higueras, que enseguida se dio cuenta de dónde se metía Rafael, porque «a Rafael le gustaban las mujeres más que chuparse los dedos —decía Higueras cuando después explicaba el nacimiento de ese noviazgo que parecía imposible—, pero estaba atrapado en esa red, no atrapado, inmerso en Federico… Después se quería escapar, pero no podía… fue tremendo». La persistencia de Federico consiguió de Rafael lo que la naturaleza no parecía dispuesta a propiciar.

Cuanto más hacía Rafael por salirse de la madeja más enredaba Federico los hilos de la urdimbre. Y al final, el nonato ingeniero se entregó al poeta. Lo que quedó claro para todos sus compañeros cuando vieron que Federico y Rafael se alojaban en la misma habitación cuando salían de gira; pero la cosa fue más clamorosa la vez que Pirandello invitó a Federico a que viajase a Italia para asistir a un festival de teatro ofreciéndole que «podía acudir acompañado de su esposa». El granadino preguntó que si en lugar de llevar a su esposa podía hacerse acompañar por su secretario. Desde ese momento, y aunque el viaje nunca se celebró, la noticia de Federico

y su secretario salió del ámbito doméstico de «La Barraca» para conocimiento casi universal. Desde aquel día los dos amigos iban juntos a cualquier parte, fuera a una juerga o a una recepción, porque no se separaban ni de día ni de noche.

—¿En qué piensas, Federico? —preguntó Rafael, levantándose de la cama.

Desde hacía unos minutos el poeta estaba en silencio, sonriendo, con la mirada suspendida en el techo como si buscara algo entre las escayolas que adornaban la habitación.

—¿Pues en qué voy a pensar, amor mío? —le respondió el poeta incorporándose un poco, lo suficiente para alcanzar su paquete de Lucky Strike de encima de la mesilla. Federico estaba más contento que unas castañuelas—. ¡En ti!

—Me estás mintiendo… —le espetó Rapún con voz sombría.

—¿Y eso a qué viene, pichón mío? —Federico estaba acostumbrado a esos súbitos cambios de humor de su compañero y no le dio la mayor importancia—. Sabes que nunca dejo de pensar en ti.

—Mira, Federico… —le apuntó Rafael perfilándose en un contraluz que dibujaba la silueta de su espalda con el brillo del sol de la mañana. Su cuerpo atlético refulgía delante del mirador madrileño que protegía la habitación de las vistas a la calle Sagasta, donde Rodríguez Rapún tenía alquilado el apartamento—. Cuando te quedas satisfecho de mí vuelves a tus ensoñaciones y a tus fantasías… y yo dejo de estar en ti. Lo sé, lo noto, lo siento… y así no podemos seguir.

Rafael tenía razón. Él no había deseado querer a Federico, pero ahora, tres años después de que se dieran la mano por primera vez y dos años después de su primera noche juntos, sucedía que necesitaba sentirse amado por el poeta.

—Pero,… ¿qué dices? —Federico seguía sin tomarse en serio a su amigo. «Verás cómo se despacha ahora con el numerito de los celos», pensó el granadino mientras encendía el cigarro.

—Que tú me necesitas, Federico… pero que no me quieres —le contestó dándose la vuelta y mirándole a los ojos.

Y en eso también llevaba razón Rafael. La relación del poeta y el estudiante era un ejemplo perfecto de vampirismo, donde el conde Drácula era el granadino. Federico sacaba de Rafael la alegría y el placer que un joven fuerte, ingenuo, desenvuelto y apasionado podía ofrecer a alguien como Federico, alguien que había dormido en tantas camas que ya no recordaba cuales, y que frisaba los cuarenta años.

—Claro que te quiero, Treserres —Federico recurría a llamarle así cuando quería sacar una sonrisa de sus labios.

—No Federico, tú solo te quieres a ti mismo… y a tu teatro —concedió un abatido Rafael—. Tú simplemente deseas vivir solo en tu mundo de ilusiones y lo que pase todos los días a tu alrededor te da lo mismo… y ahí es donde estoy yo, alrededor.

Federico García Lorca se sentó en la cama adoptando la posición de un yogui. Puso el cenicero a su lado y se dio cuenta que el despertar iba a ser más tempestuoso de lo que se esperaba. El poeta sabía que cuando Rafael se ponía de esa manera no había quien le parara, así que se dispuso a escuchar todos los improperios y reproches que su amigo quisiera despotricar. No era la primera vez… ni será la última, pensó Federico.

—Antes de que dispares —y era cuanto estaba dispuesto a decir en su defensa— quiero que sepas que si no viviera en mis fantasías no escribiría ni un renglón, Rafael. Y tú lo sabes.

—¡Tiene cojones! —saltó Rapún, que se iba exaltando por momentos—. Eso está bien para el poeta famoso, pero es una excusa, y muy mala, para un egoísta como tú. ¡Tu poesía, tu teatro…!, si ni siquiera sabes vivir de tu literatura. Si no fuera por tu padre no tendrías ni para comprar tabaco.

Federico acusó la puñalada e hizo ademán de contestarle, pero se dio cuenta de que eso empeoraría las cosas, así que se recostó sobre un almohadón que dobló debajo de su espalda. Notaba cómo

la mirada de Rafael le atenazaba como un pulpo cuando asfixia a su presa y sentía que no tenía salida. Lo que decía su amigo era verdad. García Lorca había empezado hacía poco a ganar dinero con sus obras, pero tenía un agujero en la mano. Todo lo que cobraba le duraba poco y se le iba por los dedos porque no había capricho al que se resistiese. No le preocupaba lo que pudiera durarle el dinero. Si le faltaba algo se lo pedía a su padre… y a seguir.

—Puede que lleves razón, Rafael —apuntó queriendo templar gaitas—. Pero tú eres el primero que no se niega a nada cuando yo pago.

—¡Para eso soy tu mantenido! —gritó indignado Rafael—. ¿No soy tu novio? ¿No me tienes aquí en la cama? ¿No te doy lo que quieres? Entonces, ¿de qué te quejas?

—Si yo no me quejo, Rafael —se excusó el granadino, que no quería que las cosas pasaran a mayores. Federico creía querer sinceramente a Rafael y le dolía verle así.

—Mira, Federico… —le dijo su amigo algo más calmado. Te estás haciendo mayor y yo creo que ya no te intereso. A ti te gustan los muchachos y yo debo agradecerte una cosa…

—¿El qué? —un punto de esperanza iluminó sus ojos al escuchar de los labios de su amado la palabra agradecimiento.

—Que a tu lado he dejado de serlo.

Eso terminó por derrotar a Federico.

—¡Pues que sepas —y esta vez era el poeta quien gritaba— que me voy a marchar a Buenos Aires para que no te canses más de mí!

Rafael se desarmó. No lo esperaba. Hacía varios días que llevaban hablando de alejarse de Madrid, de irse los dos de vacaciones. De salir de una ciudad que ya resultaba agobiante… y no solo por la temperatura. Habían hablado de refugiarse en algún sitio sereno, algún lugar que no estuviera infectado por la violencia que se iba apropiando de las calles. Federico le había prometido a Rafael «dormir solo nosotros tres, tú, yo y un cielo lleno de estrellas y de

ángeles». Escuchar eso que había gritado el granadino era una puñalada más en la de por sí herida sensibilidad de su amante.

—¡Huye otra vez, Federico! —le correspondió Rafael en el desplante—. Haz lo que haces siempre.

—Si huyo, amor mío —dijo el poeta buscando la reconciliación—, es por escapar al desamor.

—Ya…

—No huyo —justificó Federico levantándose de la cama y acercándose a su amigo—. Me marcho a buscar quien me comprenda.

—Ya…

—Además —quiso insistir—, tengo obligaciones allí.

—Tu teatro, ¿verdad? —Rapún estaba harto de escuchar a Federico usar el teatro como el último burladero en que esconderse cuando se sentía acosado por sus exigencias.

—No, no es mi teatro, Rafael. Es otra cosa —dijo Federico sin desvelar el misterio.

—¿Por qué te vas? —la ira de Rafael menguaba conforme apreciaba en sus ingles el aviso deseoso de su amigo—. ¿No te vas a quedar conmigo después de tu santo?

Lorca le había propuesto a Rafael que se fugaran juntos unas semanas, pero no se había atrevido a decirle que se marcharía a América a finales de agosto. Había prometido a Margarita Xirgu que se encontrarían en México y que le entregaría el manuscrito de *La casa de Bernanda Alba* para que lo estrenara. Pero esa no era la verdadera razón de su viaje. Federico iba a cruzar el Atlántico por un motivo mucho más íntimo, algo que no deseaba y que no podía explicar al dueño de sus amores.

—No puedo, Rafael. No puedo —insistía Federico.

—¿Entonces… me dejas? —Rodríguez Rapún no comprendía tanto misterio. Lorca le había enganchado como nadie y no quería perderle. Ninguna mujer de las varias que había amado había conseguido adueñarse de él como lo había hecho el granadino.

Y de repente Federico se acordó de su estancia en Barcelona, cuando Margarita Xirgu interpretaba sus piezas y él iba y venía a Madrid para resolver asuntos de «La Barraca». Recordó cuánto echó de menos a Rafael, tanto que para él escribió sus *Sonetos del amor oscuro*. Y se acordó también de cuando fueron a Valencia para estrenar *Yerma* y Rafael, que había prometido a Federico que se encontrarían allí, no apareció. La angustia de Lorca solo le permitía pensar en lo peor «Rafael me ha dejado». Y aquella noche, desesperado escribió:

Este pichón del Turia que te mando,
de dulces ojos y de blanca pluma,
sobre laurel de Grecia vierte y suma
llama lenta de amor do estoy parando.
Su cándida virtud, su cuello blando,
en limo doble de caliente espuma,
con un temblor de escarcha, perla y bruma
la ausencia de tu boca está marcando.
Pasa la mano sobre su blancura
y verás qué nevada melodía
esparce en copos sobre tu hermosura.
Así mi corazón de noche y día,
preso en la cárcel del amor oscura,
llora sin verte su melancolía.

Palabras que brotaron de sus labios cuando empezó a abrazar a su amigo. Al recordarlas se dio cuenta de que le quería, que no estaba dispuesto a perderle.

—Calla y escúchame, Rafael. Escúchame como solo tú sabes hacerlo, pichón mío.

Federico abrazó a su amante y con beso húmedo le dijo todo lo que se había callado. «Te quiero, pero tengo que irme. Espero que alguna vez lo entiendas y que me perdones».

Pero Federico era como era, y mientras la lengua de Rafael acariciaba a la de Federico y las virilidades respectivas se enredaban en una esgrima de deseos, sucedía que Federico ya se había ido a

otra parte y que en vez de sentir la respiración de su amado lo que oía eran las voces de Jorge Luis, de Silvina, de Adolfo. Federico ya no estaba en ese piso de Chamberí, el poeta estaba en el «*Café Tortoni*» de Buenos Aires.

—¿Por qué vas de andaluz todo el rato, Federico? —le decía Jorge Luis Borges en aquel local de la Avenida de Mayo.

—No lo sé hacer lo de otra manera, Jorge Luis.

—Pero hay veces que hay que olvidarse de lo que se es para ser lo que no se es, y tú raras veces lo consigues —sentenció el porteño, que no tenía ningún aprecio por el granadino—. Siempre llevas a tus espaldas un fardo del que no te desprendes y eso, Federico, no es bueno para tu oficio. Pareces un andaluz profesional.

—No deja de ser tu opinión, Borges —se defendía Lorca pasando al apellido—. Yo la respeto, pero el parecer de la gente de *acá* es otro.

La verdadera opinión de Borges era más cruel: cuando en 1940 publicasen *Poeta en Nueva York*, como obra póstuma del granadino, la llamaría despectivamente Tilingo en Nueva York. Y por si no quedaba bastante claro lo que opinaba de su contertulio solía remachar cuando no le oía el español: «El mejor Lorca es el que cuenta poemas de andaluces y gitanos. Fuera de eso solo escribe cosas horribles».

Toda una declaración de cariño, sin duda, pero es que Borges era así.

—Federico lleva razón —intervino Silvina Ocampo a favor del granadino—. En el teatro la gente no para de aplaudir sus obras y esos, al final, son los verdaderos jueces del artista.

La verdad es que el triunfo de Lorca en Argentina había sido meteórico. Desembarcó en Buenos Aires el 13 de octubre de 1933 con el propósito de representar *Bodas de sangre* en el *Teatro Maipú*, pero a los doce días la obra se pasaba al teatro *Avenida*, el mejor de la capital, dado el éxito de público que tuvo el estreno en el *Maipú*. Le fue tan bien que la compañía de Lola Membrives le dedicó una

temporada entera, y puso también *Mariana Pineda* y *La zapatera prodigiosa*. El poeta, en consonancia, se alojó en el *Hotel Castelar*, que era más caro que el que inicialmente había previsto, en la habitación 704.

Enseguida se metió de hoz y coz en las tertulias bonaerenses con ayuda de Pablo Neruda, que era el cónsul de Chile en Buenos Aires. Entabló amistad con Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, que eran pareja, pero aún no se habían casado. Tan contento estaba el granadino que escribió a su padre: «Buenos Aires es una ciudad maravillosa; es como me gustaría que fuera España: cosmopolita, llena de amigos, desprejuiciada, tumultuosa, desbordante de vida y de cultura. Mientras que en Madrid silban y patalean cuando no entienden una obra, en Buenos Aires te agradecen la dificultad, les gusta exigirse, son un público maravilloso. De Londres, de París y de Nueva York me fui casi disfrutando la partida, pero sufriré mucho al dejar Buenos Aires».

Y realmente el poeta fue muy feliz durante aquellos meses y gozó como un crío en el polígono de afectos que montó con sus nuevos amigos. La cosa era chusca: Silvina sentía devoción por Borges, al que tenía por maestro; Borges presentó a la muchacha a un escritor amigo suyo: Adolfo Bioy Casares; Adolfo y Silvina se enamoraron y se hicieron novios; Lorca se llevaba bien con Adolfo Bioy, y Silvina protegía a Federico de las agresiones de Borges, que no le soportaba. Como esas cosas son mutuas, Lorca tampoco aguantaba a Borges. Y Silvina, con tanta componenda para que no saltaran chispas, hacía de hada madrina de Federico, cosa que a Bioy Casares no le hacía ninguna gracia.

El caso es que Federico, que era un zalamero y sabía hacerse la víctima como nadie, fue enredando a Silvina poco a poco, como había hecho en Madrid con Rafael. El granadino, que era un artista en eso de manejar sentimientos ajenos, puso una venda en los ojos de Silvina y ella no percibió en su amigo lo que para los demás era evidente. El caso es que la joven escritora pasó de la amabilidad al

afecto, del afecto a la sobreprotección y de ahí se quiso tirar a un río en el que Lorca no sabía nadar, ni quería, pero al granadino, con ese punto cruel que le convertía en un canalla simpático, le encantaba la situación.

Él la dejaba hacer porque se sentía seguro con ella y porque todas las puertas del Buenos Aires intelectual se le abrían a su lado, que no en vano Silvina era la hermana de Victoria Ocampo, la directora de *Sur*, una revista donde colaboraban Bioy Casares, José Bianco, Waldo Frank, Alfonso Reyes Ochoa, Thomas Mann, Thomas Stearns Eliot, André Malraux, Henry Miller, Octavio Paz y, cómo no, el impenitente Jorge Luis Borges. Lorca, con todo ello, era feliz a su manera; se sentía mimado, protegido, y con eso le bastaba.

—Federico te voy a presentar al director de *Radio Stentor* —le propuso un día su protectora— para que digas unas palabras a los argentinos que tanto te quieren.

Federico pensó que era cosa de magia. Para el granadino era un sueño que su voz se oyera en América, porque él no estaba en Argentina, estaba en «América». Cada vez que cruzaba el Atlántico estaba en «América», no en Cuba, ni en Estados Unidos, ni en México ni en Argentina, si no en «América», solo en «América», como contaba cuando volvía a Granada.

García Lorca acudió complacido al estudio: «Queridos radioyentes de la República Argentina… solo para dirigiros la palabra con amor he venido desde mi casa de Granada…», dijo. Y consiguió que sus palabras se grabaran en un disco de pizarra, del que le regalaron una copia, para que se reprodujeran tantas veces como él quisiera.

Lorca estaba encantado: daba conferencias, concedía entrevistas, ganaba dinero. Por fin el granadino conseguía rentabilizar su trabajo. Su acuerdo con Lola Membrives era que él cobraba el diez por ciento del beneficio de cada representación y eso, unido a lo que le pagaban por las conferencias, era mucho dinero. «La Membrives está loca conmigo. ¡Claro! Yo soy una lotería que le ha tocado en suerte», decía el poeta después de cobrar la caja.

—Vine para unas semanas y llevo seis meses, y de aquí no me iría nunca —le dijo un día a Silvina paseando por Corrientes—. Si no fuera porque…

—¿Te espera una mujer en España? —interrumpió Silvina Ocampo, que sentía por el poeta más que afecto y estaba buscando su oportunidad.

Federico miró fijamente a la muchacha. Su marcha de Buenos Aires estaba cercana, sabía de los amores idealizados de Silvina y quería apear a la moza de sus sueños cuanto antes.

—No, Silvina. No me espera ninguna mujer… No es eso.

—¿Entonces? —la argentina creyó que había llegado su momento.

—No es una mujer quien me ata a mi tierra, Silvina.

—¿Qué te ata, pues, Federico? —insistió ella.

—Es un hombre, Silvina —contestó él pensando en Rafael y tomándola de la mano—. Me une a ella el amor a un hombre al que quiero más que a mi vida.

Los desconcertados ojos de Silvina revelaron a la vez sorpresa y desencanto y separó su mano de la del poeta como si le hubiera transmitido una descarga eléctrica. La argentina siempre había sospechado de la ambigüedad sexual de Federico, pero los rumores que corrían sobre sus amistades eran tan contradictorios como sus actitudes… y ella aún conservaba la esperanza.

—Sí, Silvina, sí —le dijo Federico con todo el cariño que pudo meter en esas palabras—. Mi gusto está puesto en los hombres. Con ellos siento lo que ninguna mujer me podrá dar.

—Entiendo… —concedió Silvina, aturdida ante aquella declaración tan sincera y apabullante de Federico. No sabía si echarse a llorar y salir corriendo, o fingir que no pasaba nada.

—No importa, Federico. Yo te seguiré queriendo igual, como a mi mejor amigo español —mintió Silvina optando por la segunda—. Al fin y al cabo, el sexo no es más que una manera de vivir el amor, pero hay tantas otras… ¿No te parece?

—Si tú lo dices será verdad para mí, Silvina…

Y Lorca rompió con aquellas palabras el sueño de la muchacha y clavó en el suelo de su alma una estaca más en donde atarse al amor por Rafael.

El recuerdo de esos días se escondió deprisa en la memoria del poeta para volver a sentir los labios de su amigo en aquella habitación de la calle Sagasta y que Rafael no se diese cuenta de su viaje.

Los dos hombres deshicieron su abrazo y una sonrisa en Rafael reconfortó al escritor. Ya ha pasado la tormenta, se dijo el granadino más tranquilo.

—Perdóname, Federico, por favor. Ya me conoces y sabes que cuando me enfado no sé parar… pero has de reconocer que tengo motivos.

—No empieces otra vez, Rafael. Por favor.

Federico se dispuso a vestirse, pero antes encendió otro cigarrillo.

—No fumes más, que te va a hacer daño al pulmón —le recrimino Rodríguez Rapún, que no era fumador.

—Más *puñalás* dan los celos —le respondió el poeta con una carcajada. Y aspiró una bocanada haciendo un gesto exagerado para burlarse de su amigo.

—Eres de lo que no hay, Federico. ¿Te gustaría que fuéramos a la verbena a divertirnos?

García Lorca ya estaba de buen humor y la sola idea de ir a la verbena a divertirse con Rafael le parecía fantástica.

—Vamos por la tarde, Rafael. Ahora tengo cosas que hacer. ¿Te parece que quedemos a las cinco aquí y vamos dando un paseo?

Rafael frunció el entrecejo cuando vio que su amigo se le escapaba nuevamente.

—¿Te vas otra vez? —el nubarrón de los celos volvía por la frente del estudiante—. ¿Qué tienes que hacer?

—He prometido leer *La casa de Bernarda* y he quedado a las once —contestó mirando el reloj de pulsera, un *Patek Philippe* de oro que

le había regalado su padre cuando terminó la carrera de Derecho. No voy a llegar.

La verdad era que Federico García Lorca no paraba de leer su Bernarda a quien se le pusiera delante. Después de la primera lectura en la casa de los Yebes, Federico se la había prometido a Hans Gebser, un escritor alemán de paso por la capital, a Fernando de los Ríos y a Encarnación López Júlvez, la Argentinita, que estaba a punto de llegar a Madrid.

—¿A quién se la vas a leer?

—A Hans le contestó Federico sin darle importancia.

—¿Al pesado ese? Para Rafael sucedía que Hans Gebser era un tipo insoportable. Le había caído mal desde el momento que Lorca les presentó.

—Sí, Rafael. No es tan pesado, lo que pasa es que le tienes manía. He quedado con él en la Cervecería Alemana, en la Plaza de Santa Ana.

—Precisamente en «La Alemana» remachó burlón el estudiante. ¿Te acompaño?

—Bueno —concedió el poeta, que no quería más guerras con Rafael.

Los dos amigos ya estaban preparados para salir a la calle.

Un beso volvió a fundir los labios de ambos antes de cerrar la puerta del apartamento.

—Prométeme que no te irás a Argentina, —le rogó Rafael cuando ya estaban bajando la escalera.

—Si tú no me dejas, sabes que no me iré —mintió el poeta dándole una palmada en el hombro antes de salir del portal. Aprovechó la penumbra fresca del zaguán para decírselo. Federico no quería que el sol escuchara su mentira.

11

2 de julio de 1936.
Calle Elvira. Granada.

—Este tajo está gafado, Juan. Te lo digo yo…

—No digas tonterías, Braulio. Ha sido un accidente… y no veas más misterios.

—Y el mes pasado otros dos. ¿Eso es normal?

—Las obras son así…

—Aquí muere mucha gente, Juan… —sentenció el obrero—. Demasiada.

Los dos encofradores bajaban por la escalera del nuevo Hospital Clínico de Granada. No hacía ni media hora que un ferrallista que estaba cosiendo la armadura de un pilar se había precipitado desde una cuarta planta, se había desnucado con el golpe y había muerto en el acto. El capataz había mandado parar la obra de inmediato y los trabajadores empezaban a desalojar.

El cuerpo del muerto, cubierto por una manta, aún esperaba la llegada del juez que ordenara su levantamiento. Solo un aprendiz de su cuadrilla y su propio perro lloraban su presencia difunta. Una pareja de los de la Guardia de Asalto hacía su particular velatorio al lado del muchacho para evitar que los demás obreros se apuntaran al improvisado acompañamiento y la cosa terminara en un incidente; los sindicatos estaban muy activos y un accidente laboral bien podía encender la mecha de otra huelga, la segunda en lo que iba de mes en aquella obra.

Pese a la presencia policial los compañeros del muerto pasaban en fila delante del cadáver y se quitaban la gorra en señal de respeto. Algunos se persignaban al hacerlo y otros levantaban el puño en un

silencio que impresionaba más que las palabras de ira que se iban cociendo en sus cabezas.

Los dos encofradores fueron de los últimos en pasar por delante del cuerpo y justo cuando salían de la obra llegaba un coche con el juez de guardia y el forense seguido del furgón que se llevaría los restos.

—Juan esta obra va a acabar con nosotros, te lo digo yo —insistió Braulio Saldaña cuando dejaron a su espalda la empalizada que impedía el acceso a la obra.

—Mira que eres supersticioso, Braulio —le corrigió Juan Palao, el maestro encofrador, que ya se iba para su casa. Aprovechando que, por desgracia, habían salido del tajo antes de lo previsto quería llegar pronto para estar más tiempo con su familia antes de ir a una reunión del sindicato a las ocho de la tarde.

Juan Palao y Braulio Saldaña trabajaban en la misma cuadrilla desde el año 31, cuando empezaron las obras del nuevo hospital, y desde entonces no les había faltado faena. Juan era maestro encofrador y Braulio un oficial de carpintero; los dos estaban sindicados en la Unión General de Trabajadores y algo de razón tenía Braulio cuando señalaba a las obras del hospital como desgraciadas. Todo en ese ingenio se retrasaba o salía mal.

Juan Palao se había curtido en las obras como dirigente obrero de su gremio. El maestro encofrador era uno de los responsables de su sindicato en Granada y tuvo que ponerse al frente de las huelgas contra la constructora del Hospital cuando sus dueños se negaron a contratar más trabajadores o cuando la empresa se empeñó en traer las maderas desde Madrid, y a los carpinteros de paso, argumentando que les salía más barato de ese modo. Palao, que también era militante del PSOE, estaba encuadrado en la fracción prietista, la más moderada, y siempre procuraba en la Casa del Pueblo —de la que fue directivo hasta mayo de 1936— la avenencia de sus compañeros para acabar los conflictos en una negociación que no fuera violenta.

—Hasta mañana, Juan —se despidió Braulio.

—Hasta mañana, compañero —le contestó su jefe—. Por cierto ¿vendrás luego a la reunión? —preguntó Juan sabiendo de antemano la respuesta.

—No, Juan —dijo el oficial—. Tengo a la parienta de parto y va a romper aguas en cualquier momento. Quiero estar en casa.

—No te preocupes, yo te disculpo con los compañeros —le ofreció Juan Palao—. Avísame cuando Clara dé a luz.

—Gracias, Juan —le contestó Braulio cruzando la calle y yéndose ya en dirección contraria—. Si se pone de parto mando al mayor para que te avise.

Cada uno de ellos marchó para su casa. Juan lo hizo en bicicleta y Braulio se fue andando. Eran las cuatro de la tarde. Quince minutos después el maestro encofrador llegaba a su domicilio.

—Pásame la pelota, *Manu* —escuchó Palao que decía un crío cuando se apeó de su transporte.

—Quítamela tú si puedes… —le contestó otro muchacho que era moreno y fuerte, que debía tener catorce años.

El zagal, primogénito de Juan Palao, vestía con un pantalón corto azul, una camisa blanca y unas alpargatas del mismo color anudadas a los tobillos y regateaba con otros dos para ver quién se quedaba con el esférico entretenimiento.

La familia Palao ocupaba un piso alquilado de tres habitaciones y comedor que estaba en la cuarta planta de la finca que tenía el portal al fondo de un callejón perpendicular a la calle Elvira. Por esa vivienda pagaba doscientas pesetas al mes, más de la tercera parte de lo que ganaba, y con lo que quedaba tenía que mantener a su mujer y a sus cuatro hijos: a Manuel, el mayor, y a las tres niñas, Balbina, Lourdes y Pepita. Y como andaban escasos para todo, Dolores, que era muy apañada con la aguja y las tijeras, cosía en casas particulares por las mañanas, siendo casi fija desde 1933 en la de un capitán de Infantería que se llamaba José Nestares, donde iba

los martes y los jueves, porque la mujer del capitán era del mismo pueblo que Dolores, de Órgiva.

Ese empleo le había durado hasta marzo, fecha en que al militar le trasladaron fuera de Granada, y desde entonces sustituyó esa casa por otras. Con esos trabajillos la familia conseguía cincuenta duros más y así llegaban a fin de mes. Y aunque a Juan no le gustaba que Dolores fuera a coser por las casas, no le quedaba más remedio que aceptarlo.

—No vayas a llegar tarde a la cena —le dijo Juan a su hijo cuando se lo encontró correteando en el callejón.

—No padre, un par de goles más y subo —le contestó Manolo driblando a sus amigos de juego. El muchacho no le dijo a su padre que su tío José estaba en casa, que había llegado hacía un poco. Sabía que, con la visita, sus padres estarían ocupados y él podría subir más tarde.

Juan Palao se quedó un momento en el quicio del portal mirando a su hijo jugar con el balón. «¿Qué futuro le espera a este muchacho?», se dijo cuando vio que el mayor de los suyos daba una patada a lo que les servía a los críos de pelota, que no era otra cosa que un lío de papeles y trapos atados con maña y que más que una esfera parecía una figura aún por nombrar en la ciencia de la geometría.

Los crujidos de los peldaños de madera de la escalera anunciaban, como si se tratase de las precisas teclas de un gran órgano, los estados de ánimo de los inquilinos. Sonaban distinto para cada vecino… y para cada tramo. En el primero de ellos, el más usado, se marcaba la senda de las pisadas en un surco que carcomía la tabla por el centro y en él los chasquidos eran profundos y empastados, como el quejido sordo de un animal grande que apenas se incomoda cuando otros más pequeños le andan por el lomo si se tumba en el suelo. La melodía dejaba los graves y subía hacia los agudos conforme pasó del segundo al tercero y ya en el tramo que le

llevaba al cuarto, el suyo y penúltimo, sus pasos obraban como un punteo más claro.

Juan Palao llegó al descansillo de su casa y tiró de la llave que llevaba en la faltriquera atada con una cuerda a una de las presillas de la cintura de su pantalón, así no la perdía.

—No es lo que tú dices, José —oyó que decía su mujer cuando abrió la puerta.

—¡Dolores…! —llamó Juan en cuanto entró en casa.

Mientras colgaba el chaleco y la gorra en el perchero, vio que su mujer se acercaba por el pasillo.

—¿Ya estás aquí? —preguntó sorprendida por la hora.

—Sí, Dolores —le dijo Juan antes de besarla en los labios—, hoy ha muerto un compañero en un accidente en la obra y la han cerrado hasta mañana.

—¿Otro? —ella también creía, como Braulio, que esa obra estaba gafada—. ¿Le conocía?

—No, era un aprendiz de Motril que llevaba solo un mes en el tajo.

—Ya, lo siento… —lamentó ella persignándose.

—¿Quién ha venido? Oí como si hablaras con alguien.

—Sí, Juan. Está aquí tu hermano *Pepe* —dijo ella sin apenas disimular la poca gracia que le hacían las visitas de su cuñado.

—¿*Pepe* aquí? ¿Y a estas horas?

Desde que José Palao había vuelto a Granada hacía dos meses, los dos hermanos tenían un trato muy superficial. Las cosas no eran ya como en los tiempos de Peñarroya. Y mejor que no fueran como entonces, porque de la época cordobesa en que vivieron en la misma casa había quedado una relación entre Dolores y su cuñado que era de todo menos buena y a la que lógicamente Juan no se podía mostrar ajeno.

—Sí, Juan. Se ha presentado sin avisar.

—¿Y qué quiere? —Juan sabía que las visitas de su hermano sucedían cuando estaba en apuros, que era casi siempre.

—Que le prestemos veinte duros… —le contestó su mujer haciendo un gesto de impotencia.

Juan cambió el ceño; el disgusto se le puso en el entrecejo.

—Ahora no podemos, Dolores. Ya ves como andamos… ¿Dónde está?

—En el comedor.

—¿Y las niñas?

—Bien, marido. Están durmiendo la siesta en su cuarto.

El matrimonio se fue hacia el comedor.

—Mujer, al entrar te he oído decir que no estabas de acuerdo con *Pepe* —le dijo Juan en el pasillo—. ¿De qué se trata?

—Que te lo explique él mismo… —contestó Dolores abriendo la puerta del salón.

—¡Hola, *Pepe*! —saludó Juan en cuanto vio a su hermano sentado en una silla, mirando por la ventana.

En la mesa, que tenía un mantel blanco de hule, había un cenicero de cristal donde José Palao apoyó un cigarro encendido y un vaso de vino que le había ofrecido su cuñada cuando llegó.

—¡Hola, Juan! —y los dos hermanos se abrazaron y se dieron un beso.

La verdad es que los hermanos se parecían poco, ni en el carácter ni en el aspecto. José era más flaco y más alto que su hermano. Lo que Juan tenía de reservado, José lo gastaba en locuaz. Juan transmitía por todos sus poros que era un hombre cabal que inspiraba confianza y José, sin embargo, tenía un punto canalla que llevaba a desconfiar de él a poco que se le conociera, pese a lo bien que manejaba las distancias cortas y a que en las primeras impresiones conseguía caer bien.

Pese a tantas diferencias, los hermanos se querían sinceramente y tenían asumido ese papel invertido de hermano mayor y hermano pequeño, cosa que José administraba siempre en su beneficio.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Juan sentándose a liar un pitillo.

—Nada especial —disimuló José Palao—. Solo he pasado a veros.

Eso, evidentemente, era mentira porque Juan no estaba nunca a esas horas en su casa en un día laborable, y José lo sabía. Pero el menor ya sabía de sobra cómo se las gastaba el mayor para resultar simpático y no le dio más importancia.

—Te lo agradezco, *Pepe*.

Y José Palao, como siempre, inició su perorata de sacamuelas para dar la vuelta por anécdotas y recuerdos e ir creando el clima propicio de confianza en el que pudiera, llegado el momento, despacharse en lo que verdaderamente pretendía.

Dolores asistía a la conversación sin decir palabra; estaba sentada al lado de la ventana subiendo el bajo de una falda que tenía que entregar esa misma tarde en una casa de la Gran Vía y de cuando en cuando lanzaba disimuladas miradas marimandonas a su esposo. En el fondo le hacía gracia su cuñado, un sinvergüenza simpático, como le decía siempre a su marido cuando hablaban de él a solas.

—… y Engracia ha encontrado un trabajo en la cocina de La Figuería —anunció *Pepe* en referencia a su compañera.

—¿El bar que está en Plaza Nueva? —preguntó Juan, que no era de muy de bares.

—Sí, ese —le confirmó su hermano, que desde que había vuelto a Granada se había hecho parroquiano de unos cuantos—. Sabes que Engracia tiene mucha mano con los pucheros…

—Sí, la verdad es que tu mujer —dijo Dolores con retintín—, guisa como los ángeles. Preparó aquí unas manitas de cerdo, ¿te acuerdas, Juan?, que estaban para chuparse los dedos.

—Pues hace unas empanadas de bonito que están de morirse… —añadió José.

—Para eso es asturiana… —sentenció Dolores, que para la cocina no era precisamente de habilidades exquisitas.

—Pues trabaja allí desde principio de mes —explicó el marido de la mañosa fogonera— y le pagarán trescientas pesetas, más las propinas.

—No está mal —concedió Dolores.

—Por cierto, Juan. ¿Me podrías adelantar cuarenta duros hasta que cobre Engracia?

«Ya ha disparado», pensó Dolores metiendo la vista en la costura. «Ha tardado, pero ya ha clavado el estoque. Es incorregible».

Juan, que lo estaba esperando de un momento a otro, se lo quedó mirando.

—Ya hemos hablado varias veces de esto, José —le dijo apagando la colilla en el cenicero—. Ahora no es como antes, no estamos en Peñarroya. Hoy no te podemos ayudar, lo siento. Ya ves lo ajustados que vivimos.

—Y tanto. Hoy, precisamente, tengo que entregar esta ropa terminada para que me paguen los diez duros que me deben en esa casa desde el mes pasado —explicó Dolores para apoyar a su marido —. Tengo que comprar tela mañana para hacer ropa a las niñas, que las llevo hechas unas gitanillas.

José Palao, que se esperaba la respuesta, encendió un cigarro con parsimonia, como queriendo alargar el momento antes de dar explicaciones. La verdad es que se le estaban acabando los ahorros de Engracia y las mil pesetas que pidió en Madrid a unos amigos cuando bajaban para Granada, y que no pensaba devolver.

—Sabéis que he traído conmigo a mi mujer y a las dos hijas, y por ellas es por lo que te estoy pidiendo un dinero que te voy a devolver en cuanto cobre, Juan —terminó por arrancarse—. Si por mi fuera no estaría aquí sentado pidiendo nada, hermano, pero ellas se lo merecen todo. Por eso he venido.

—Y yo te comprendo, *Pepe* —le dijo Juan—, pero de sobra sabes que no tengo con qué ayudarte… Lo siento.

Un silencio espeso se hizo en la habitación. Un mutismo que ambos hermanos conocían muy bien, porque era el silencio en el que estuvo envuelta la convivencia en los últimos meses de Córdoba. Un silencio de dejémoslo, de ya está bien, de que no sigas hermano, que además mi mujer está delante.

Juan se dispuso a liarse otro pitillo de picadura. Dolores seguía cosiendo, como si nada, aunque observando de reojo cada movimiento de su esposo.

—¿Sigues yendo por la Casa del Pueblo, Juan? —preguntó *Pepe* de repente.

—¿A qué viene eso ahora? —era la pregunta que menos se esperaba Juan.

—No…, que se me había ocurrido que como siempre has tenido amigos allí tal vez alguno te pudiera prestar algo.

—Mira, *Pepe* —le dijo su hermano cada vez más serio—. Yo soy del sindicato, y la Casa del Pueblo es mi segundo hogar, siempre lo has sabido.

—Sí, claro. Estás en la dirección ¿no?

—No, ya no, dimití en mayo. Pero eso no hace al asunto. Y ya que lo sacas te diré una cosa…

—Dime, Juan… —a José no le gustaba el tono que estaba usando su hermano, no presagiaba nada bueno.

—Yo soy una persona respetada allí, y no soy un sablista. Nunca utilizaré mis relaciones en el sindicato para mi beneficio personal… y menos para el tuyo. ¿Entiendes? El sindicato está para otra cosa.

—Perdona, Juan. No quería…

—Mira, *Pepe*, quiero que sepas que mientras viva y tenga salud no le faltará de comer a tus hijas en esta casa, pero tú te tienes que buscar la vida. Llevas casi tres meses en Granada y todavía no has encontrado un trabajo.

José bajó la cabeza. No le podía sostener la mirada a su hermano.

—Juan lleva razón, José —quiso apoyar Dolores—. Aquí no faltará comida para tus hijas, pero tú tienes que trabajar como hacemos todos. No te vale de nada seguir por los bares contando que si Asturias por aquí, que si Pamplona por allá, que si has estado preso, que si el Gobierno tiene la culpa de todo… Con eso no vas a llevar el pan a casa.

José Palao no dijo nada, porque nada podía decir. Su familia le conocía perfectamente y sabía qué paño se cortaba. No era cuestión de alargar más tiempo ese mal trago. Además, y aunque alardeaba de ello, ni a su hermano ni a su cuñada les había dicho que se vendía por ahí como un anarquista liberado.

—Bueno, pues me marcho —dijo levantándose—. Volveré a veros con Engracia y las niñas, pero os avisaré antes. No quiero molestar.

—No seas necio, hermano —le dijo Juan dándole una palmada en el hombro—. Tú no molestas nunca, y menos tus hijas.

—Y dile a Engracia —le dijo Dolores que seguía cosiendo— que no se preocupe, que donde comen mis hijos siempre comerán los suyos.

—Gracias, cuñada —dijo José, que no estaba nada agradecido—. Lo dicho, familia… Me retiro.

Y José Palao se fue hacia el pasillo.

Su hermano Juan le acompañó en silencio, pasándole el brazo por el hombro.

—*Pepe*, ¿quieres que hable por ti en las obras del hospital? —le dijo al llegar al vestíbulo—. Siempre te podré encontrar algo que te deje algún dinero. Es lo más que te puedo ofrecer.

—Déjalo, Juan, déjalo. Ya me las apañaré.

—Espera un momento —Juan se acercó a la percha y echó mano de una chaqueta de pana que colgaba allí desde el invierno. Buscó en el bolsillo interior.

—Toma, para las niñas —y le ofreció dos billetes doblados de cinco pesetas que sacó de la desgastada chaqueta—. Aquí siempre guardo algo para los aprietos.

—Gracias, Juan.

Un beso y un abrazo sellaron la fraternidad de los dos hombres. Mientras cerraba la puerta, Juan oyó el grito de su esposa:

—¡Manueeeellll…! —Dolores llamaba a su hijo por la ventana—. ¡Sube ahora mismo, que es hora de merendar!

Cuando Juan Palao volvió a la salita su mujer estaba recogiendo la costura. No hubo entre ellos ni la más mínima mención a la visita de *Pepe*.

—Tengo que dar de merendar a las niñas… —le dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a la Casa del Pueblo…

—Tú sabrás… —un mohín de desaprobación se dibujó en la cara de Dolores.

Desde que Juan Palao había dimitido como directivo apenas pisaba la sede socialista. A Dolores no le gustaba la militancia sindical de su marido y estaba satisfecha con la dimisión, que había devuelto la paz temporalmente a las relaciones familiares de Juan y Dolores.

El maestro encofrador no pensaba decirle a su mujer lo que tenía pendiente esa tarde, así que decidió utilizar una media verdad para no entrar en detalles.

—Solo voy a entregar unas actas a la nueva dirección y a firmar unos papeles del sindicato. Después iré a ver a Fermín, que tiene a su mujer mala, y parece que es algo serio.

—Ya sabes lo que pienso —refunfuñó la madre de sus hijos—, pero no tienes que darme explicaciones.

Y Dolores se fue al cuarto de las niñas para despertarlas, mientras Juan permanecía en el comedor esperando para verlas.

—¡Papi, papi, me tienes que arreglar mi carrito de pasear a Merceditas!, —dijo Lourdes, la tercera, en cuanto vio a su padre en casa. La niña iba abrazada a su muñeca de trapo—. ¡Prométemelo!

Juan la cogió en brazos, levantándola del suelo, y la besó con ternura. Sus cuatro hijos eran la sal de su vida. Sin ellos nada tendría sentido, ni siquiera su lucha por un mundo mejor y más justo. Cuando los abrazaba sentía en lo más profundo que España tenía que cambiar radicalmente para que ellos tuvieran las oportunidades que a él se le habían negado. Por ello trabajaba, por ello militaba en el sindicato, por ello se desvelaba cada día y por ello

estaba a punto de dar un paso que podía cambiar su vida y la de sus hijos.

—Te lo prometo, hija.

La figura amorosa de su marido y de su hija abrazados entre risas y besos desarmó a Dolores, que estaba preparada para soltarle a Juan unos cuantos improperios, sabiendo que no le replicaría. La quería demasiado y su carácter era el de un buen hombre. Por eso Dolores se había casado con él, porque Juan era un hombre esencialmente bueno. La costurera sabía de sobra que la bondad es moneda escasa y que, como decía su suegra doña Lola, «ni con candil, hija, ni con candil, se encuentra ya un hombre como tu Juan».

—Anda marido, espabila —le dijo ella—. Tienes la muda y la camisa en el armario, lo acabo de planchar.

El padre dejó a la niña en el suelo, pero Lourdes empezó a llorar en cuanto se soltó de él. Juan estuvo tentado de volverla a aupar y serenar su carita, pero se le hacía tarde.

—Si me dejas vestirme —la ofreció para que dejara de llorar—, te traeré un caramelo cuando vuelva.

—¿Y si estoy dormida?

—Pues te lo dejaré en la mesa de la cocina, en tu platito, para que te lo encuentres por la mañana.

—No, papi —dijo ella muy seriecita—. Me lo tienes que guardar tú y dármelo cuando te vayas al trabajo, porque me lo pueden quitar mis hermanas.

Juan sabía que lo que decía su hija era verdad. Un caramelo en su casa era como un trozo de queso en una guarida de los ratones, no duraba ni un segundo sin dueño. En su casa no se pasaba hambre, pero un dulce era un lujo de los que escaseaban.

—Así lo haré, Lourdes. No te preocupes —le dijo a su hija prometiéndose a sí mismo traer una bolsa de caramelos para todas.

Y Juan Palao se fue a su cuarto donde su mujer le había preparado una palangana para lavarse y la ropa doblada sobre la

cama.

Cuando el encofrador salía de su casa se cruzó con su hijo por la escalera.

—Date prisa, *Manu* —le dijo dándole una palmada en la espalda—. Te está esperando tu madre… y pórtate bien.

Quince minutos después, Juan Palao se bajaba de su bicicleta y la ataba a una farola. Un hombre de unos sesenta años, vestido de oscuro y con pinta de oficinista le esperaba en el sitio acordado. Se le veía nervioso, con la mirada huidiza.

—¿Habíamos quedado a las siete, verdad? —preguntó Juan cuando le dio la mano—. ¿No habré llegado tarde?

—No, claro que no, Juan.

Andrés García, que era el hombre que esperaba a Palao, le hizo un gesto para que le siguiera y ambos se alejaron deprisa en dirección a la Avenida de la República. Caminaron en silencio y al cabo de unos cientos de metros entraron en un café que tenía mucho público. Allí eran dos más de los muchos que pasaban la tarde ociosa de una Granada abrasada por el calor de un verano inmisericorde.

—Ahora ya podemos hablar con tranquilidad —dijo el hombre del traje oscuro cuando se sentaron en un velador—. Me sentía vigilado donde habíamos quedado. El hombre que fumaba en la otra esquina de la calle mientras te estaba esperando no se movía de allí y no paraba de mirarme, y yo no podía irme hasta que llegaras.

—Lo comprendo, Andrés.

El hombre del traje oscuro se colocó mirando hacia la puerta para controlar a cuantos entrasen en el ruidoso cafetín.

—No te ha seguido nadie, ¿verdad?

—No, Andrés —le contestó Juan, que estaba más acostumbrado a moverse en la clandestinidad que su anfitrión.

Pidieron una limonada y cuando se retiró el mozo fue Andrés García quien abrió la conversación.

—Bueno, Juan. Ha llegado el momento.

Juan Palao se emocionó al oír aquellas palabras. Nadie sabía del paso que iba a dar, ni tan siquiera su mujer, y ese hombre acababa de confirmarle que al fin había terminado la espera.

—¿Cuándo?

—Espera, Juan. Todavía es pronto de decírtelo —Andrés García se puso circunspecto—. Antes tienes que saber algunas cosas más.

—Tú dirás…

—Nos hemos reunido en cámara de maestros y los tres aplomadores han emitido su informe. Todos están conformes con tu ingreso, la logia votó después, y todas las bolas han sido blancas. ¡Enhorabuena!

—Gracias —contestó Palao, emocionado. Esa noticia ponía fin a un año de llamar a las puertas del Gran Oriente Español para que se le permitiera el acceso.

—Te lo vuelvo a preguntar —García procuró la mayor severidad posible para formular la cuestión—. ¿Estás seguro del paso que vas a dar?

—Una vez más te digo que lo estoy, con toda la honestidad y la humildad de las que soy capaz.

—De esas virtudes tuyas no nos cabe duda, Juan. Hemos hecho nuestras averiguaciones entre tus compañeros y en la Casa del Pueblo y todos los informes son excelentes. Eres un hombre libre y de buenas costumbres, nos consta. Pero no es eso lo que te estoy preguntando. Te repetiré la pregunta. ¿Quieres ingresar con nosotros, quieres ser masón?

—Lo deseo profundamente.

—¿Sabes que vienes a servir y no a que te sirvan?

—Sí.

—Debes de saber también que, si albergas deseos de medrar, de conseguir riquezas o posición social a nuestro lado, cometes una gran equivocación.

—Lo sé, Andrés, y créeme que todas estas preguntas las he respondido antes, y que lo he hecho desde mi conciencia, que es la

Justicia a la que siempre me he sometido.

En ese momento llegó el camarero con las dos limonadas heladas que puso sobre la mesa. Justo cuando los dos hombres iban a reanudar la conversación, Andrés le hizo un gesto a Juan con la mano para que callase. Andrés García acababa de ver entrar en el bar a alguien que debía ser conocido suyo. El recién llegado se acercó al velador y saludó al hombre del traje oscuro; la forma de hacerlo y la singular manera de disponer los dedos de la mano en el saludo no pasaron desapercibidas a Juan Palao, que no dijo nada ni se movió de su silla.

—Te presento a un buen amigo —dijo Andrés García, cuidando en todo momento de no pronunciar su nombre.

—Encantado —contestó Juan Palao tendiéndole la mano.

—Lo mismo te digo, Juan —a Palao le sorprendió que el nuevo supiera su nombre si Andrés García no se lo había dicho al presentarle.

—¿Me perdonas un momento, Juan? —Andrés García se levantó de su sitio.

—Claro que sí. Despachad vuestras cosas —contestó el encofrador, que se había dado cuenta que el otro debía de ser masón también. Su cara le sonaba, pero no caía en quién era exactamente.

—Acompáñame, Constantino —oyó Palao que le decía Andrés al recién llegado cuando se separaban de su mesa.

La entrevista de ambos fue muy breve, lo que tardaron en que el tal Constantino, un hombre muy elegante que llevaba gafas de pasta, le pasara un sobre a Andrés García que él, sin mirarlo, guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

En el rato que Juan Palao se quedó solo en la mesa respiró satisfecho: «Por fin…». En ese bar terminaba el camino que le había llevado hasta las puertas de la masonería española. Una organización debilísima en Granada, pero que no lo era tanto en el resto del país. Andrés García, el masón que le llevaba por el camino de su solicitud, era miembro de una de las tres logias que ya

funcionaban en Granada, la logia «Alhambra», a la que también pertenecía el catedrático y dirigente socialista Fernando de los Ríos. Otra de las logias granadinas era la «Alonso Quijano», que presidía Miguel Álvarez de Salamanca. Y la tercera estaba bajo el mallete de Ernesto Villar y Villar, un ingeniero de Obras Públicas.

Entre todas las logias, talleres los llamaban sus miembros, no habría en Granada en esos meses del 36 más de cincuenta masones y de ellos solo quince eran maestros. Los masones granadinos, salvo el catedrático Fernando de los Ríos, el doctor Alejandro Otero y el periodista Constantino Ruiz Carnero, eran gente poco conocida, nada influyente y en modo alguno politizados. Se reunían en un local alquilado en los bajos de un hotel en la orilla izquierda del río Darro, entre el Camino del Avellano y el puente de las Chirimías, sobre el Paseo de los Tristes, al que llamaban «Hotel Reuma» por la humedad que había entre sus paredes.

—Juan, vamos a tener que despedirnos —le dijo Andrés García volviendo a su sitio. El otro visitante salía por la puerta del bar en ese momento—. Cuando tenga que volver a verte yo sabré como hacerlo, no te preocupes.

—Descuida, Andrés.

—Es mejor para los dos que no sepas nada de nosotros hasta que ingreses —insistió en explicarse.

—¿Cuándo será?

—Las logias cierran sus trabajos con el solsticio de verano, cuando se celebra San Juan, uno de nuestros patrones —le informó el hombre del traje oscuro—, y no abren sus trabajos otra vez hasta el equinoccio de otoño, el veintiuno de septiembre. Tú ingresarás entonces en la logia «Alhambra».

—¿Tengo que prepararme de alguna manera especial? —preguntó un azorado Palao, al que eso de los solsticios no le sonaba de nada.

—No, Juan. Solo tienes que esperar y ser tú mismo, y con eso basta y sobra.

Aquellas últimas palabras sonaron en sus oídos como si fueran de su madre. Doña Dolores siempre le había dicho eso cuando le crio en Órgiva: «Hijo mío, sé tú mismo siempre. No te dejes llevar por nadie y piensa, en todo momento, que tu conciencia está detrás de ti, mirando lo que haces».

Esa había sido la única herencia que le dejaron sus padres.

12

4 de julio de 1936 (por la tarde).
Calle de Alcalá. Madrid.

En la casa madrileña de los Lorca todo eran idas y venidas. Maletas por cualquier sitio y nerviosismo en todos los que trajinaban las tripas de los armarios para que los padres del poeta no se olvidaran de nada. El piso parecía un pandemónium de voces y carreras. Los padres de Federico salían ese sábado para Granada, como tenían por costumbre todos los años por esas fechas, para pasar el verano en su casa de la Huerta de San Vicente. Viajarían en el tren esa tarde, casi de noche, y estarían en Granada la mañana del domingo. La celebración del santo de «los federicos», como les llamaba doña Vicenta Lorca, era la ceremonia ritual que abría el descanso estival de la familia, y como eso pasaba el 18 de julio de todos los años, y en su casa de «la Huerta» se juntaban todos los parientes y amigos que esperaban en Granada el acontecimiento, doña Vicenta quería llegar unos días antes para aprestar la casa y disponerlo todo.

«Unos días no son dos semanas» rezongaba don Federico, que no quería perderse las corridas de esos días en la Monumental y había procurado en vano que su mujer retrasara la salida un poco más porque el domingo iba a torear *Chicuelo*, uno de sus ídolos en el coso. Faltar a esa corrida tenía a don Federico García de muy mal humor y su mujer sabía que tendría que andarse con cuidado hasta que se subieran al tren en Atocha, no fuera a ser que se le cruzasen los cables y decidiera quedarse en la capital. Igual que Vicenta Lorca pondría patas arriba la casa de Granada, desde que llegaran y hasta que ella creyera que las cosas de allí ya estaban a su gusto, así estaba desde el jueves la casa de Madrid. No había quien parara en

ella con los preparativos de la mudanza estival. Y Federico, que no soportaba el desorden en casa, no hacía nada más que quejarse: «Aquí no hay quien escriba hasta que se vayan todos». De hecho, apenas estaba en casa y por poco se había instalado en la de Rafael.

Isabel sabía que su hermano había vuelto apuntando ya el alba. Le había oído entrar y sus pasos tambaleantes no dejaban duda de que su estado era lamentable, por lo que presumía que no echaría el pie al suelo hasta el mediodía, justo para almorzar. Cuando vio que ya era más de la una decidió despertarlo. Llamó a la habitación del poeta y entró sin esperar palabra de Federico, en el momento en que las dos criadas de la casa arrastraban un baúl por el pasillo haciendo un ruido de mil demonios.

Encontró a un hombre de casi 40 años, despeinado y macilento, con la barba cerrada y sin afeitar, con ojeras profundas y mirada triste, que la esperaba sentado en la cama y a punto de levantarse.

—Me marcho, Isabel —dijo en cuanto vio a su hermana—. No aguanto más estos ruidos. Aquí no hay quien duerma.

—Federico, no te puedes ir ahora. Papá está a punto de llegar a casa y ha dicho que quiere hablar contigo.

Su padre llevaba fatal el desorden del niño, pero doña Vicenta siempre le defendía: «Si es que se pasa las noches escribiendo». «¿Escribiendo? —le replicaba don Federico—. ¡Pareces tonta Vicenta…!». Y la verdad es que la madre, que tenía debilidad por el poeta, sabía lo que había detrás de la vida de su hijo. Y su padre también… pero prefería no darse por enterado.

Mientras Isabel García Lorca le apuntaba esa cita que su hermano no esperaba, se acercó a él y le besó en la frente.

—No estoy de humor para sermones de papá. Hoy no es mi día para las bienaventuranzas…

—Pues tú verás lo que haces —le amonestó Isabel—, pero no deberías complicar las cosas más de lo que ya están.

Federico volvió a tumbarse en la cama con la intención de meter la cabeza debajo de la almohada para tratar de desaparecer. Estaba

incómodo, revuelto y ahora recordaba que se había enfadado con Rafael. Habían ido al cine a ver *Morena Clara*, después cenaron en Lhardy y acabaron en Chicote, la catedral de la noche madrileña. A las cinco y media, Federico apenas se tenía en pie y Rafael le había metido en un taxi, y entonces vio por la ventanilla trasera como su amor, mucho más sobrio que él, tomaba por la cintura a una de las *demimondaines* que les habían gorroneado cócteles y se encaminaban los dos muy amartelados hacia la esquina de Hortaleza, sin duda camino de la calle Sagasta, y se le encendió la sangre. Ahora, más sereno, seguía igual de cabreado. Así que con la cabeza escondida debajo del almohadón tomó una decisión. «Me voy a México… y que le den por el culo. Hoy llamo a la Xirgu y se lo digo». El billete, que ya lo había comprado en secreto dos semanas antes, estaba guardado en un sobre cerrado en el cajón de la mesilla.

Unos suaves golpes en su puerta le obligaron a sacar la cabeza de su escondite.

—¿Y ahora qué pasa? —farfulló con la voz pastosa de quien sale de un sueño etílico.

—No te enfades, hijo mío —dijo doña Vicenta Lorca entrando en la habitación—. Te traigo un vaso de leche, que hoy no has aparecido por la cocina a desayunar y estoy segura de que no has tomado nada.

Doña Vicenta estaba preocupara por su hijo. Últimamente lo veía desconcertado, irascible, escondido entre unas cuartillas que usaba más como parapeto que como territorio de pluma.

La madre hizo un gesto a Isabel para que saliera de la habitación. Federico ni se percató, pero una sonrisa apuntó en sus labios. Su expresión adusta cambió instantáneamente. Su madre obraba en él como un bálsamo milagroso. Si había algún ser en el mundo al que no podía negarle nada y que cualquier cosa que dijera nunca replicaría, ese ser era su madre.

—Toma, bébetela. Te he puesto un poco de azúcar, como a ti te gusta.

Federico se incorporó de la cama y sujetó el vaso que le ofrecía su madre.

—Mamá, ¿por qué os tenéis que ir hoy precisamente? Faltan casi quince días para mi santo.

—Hijo mío son cosas de tu padre, quería irse pronto este año —mintió la madre— y yo le dije que fuera esta tarde, porque así mañana escucho misa en las Angustias.

—¿Pero por qué quiere irse tan pronto? El año pasado lo hicisteis el día 10.

—Cosas de él, ya sabes hijo…

—¿Isabel va con vosotros?

—No, la niña dice que tiene que quedarse unos días más, hasta finales de julio. Vivirá entre «La *Residencia*» y la casa de Laura. Tu padre ya ha hablado con don Fernando.

Vicenta Lorca se refería a Laura de los Ríos, que también estudiaba en la «*Residencia de Señoritas*» y era hija de Fernando de los Ríos. Las dos muchachas eran amigas desde niñas, desde cuando llegó su padre como catedrático a Granada y trabó amistad con don Federico García Rodríguez.

—Entonces, ¿a qué vienen las prisas?

—Yo no le pido explicaciones a tu padre, Federico. Si él dice que nos vamos… ¡pues nos vamos!

Su madre decía la verdad… a medias, como otras veces. Doña Vicenta, aunque era una mujer fuerte y de mucho carácter, se plegaba al dictado de los varones de su casa con absoluta docilidad, y él bien se beneficiaba de ello. Pese a esa dulzura para con sus hombres, doña Vicenta tenía las cosas muy claras, como que ahora quería irse a Granada con toda la familia. Recordó cuando en febrero se celebraron las elecciones que habían dado el poder al Frente Popular. Su madre le instaba a votar, y a favor de la candidatura del Frente, porque «si no ganamos —decía doña Vicenta encuadrándose

detrás de los de Azaña— ya podemos ir despidiéndonos de España… ¡Nos echarán de aquí, si es que no nos matan antes!».

Federico se bebió su vaso de leche y se tomó con desgana una pasta hojaldrada. Después se levantó de la cama e hizo el gesto de ir hacia el baño para ducharse. Si su padre quería hablar con él, sería mejor estar limpio y vestido de calle que en pijama. Además, les daría la sorpresa de acompañarlos a la estación. «Seguro que con eso —se dijo mientras besaba a su madre— a mi padre se le pasa», porque sabía que cuando don Federico quería hablar con él, cosa que pasaba pocas veces, siempre era para abroncarle.

—Te he puesto dos juegos de toallas limpias, hijo mío —le dijo doña Vicenta cuando le vio que iba a entrar en el baño—. Sabe Dios cuando volverás a tenerlas así, tan blancas y perfumadas como yo las dejo.

—Mamá, no exageres —le contestó desde la puerta—, que nos vemos enseguida y tampoco os vais al fin del mundo…

El agua fría de la ducha le caía por la nuca mientras Federico se restregaba el jabón de olor por un sexo que aún no respondía a ningún estímulo, pese a que él tuviera por costumbre masturbarse mientras se duchaba. El agua fría le estaba sentando el cuerpo en caja y una sonrisa le apareció en los labios cuando notó que, poco a poco, su menguada virilidad despertaba gracias a los frotes jabonosos de una mano hábil en el oficio de Onán. Cuando Federico concluyó su esfuerzo satisfactorio y el sumidero de la ducha se llevó entre las aguas la semilla de su estirpe, el poeta puso las manos sobre la pared de azulejos para reposar del esfuerzo y dejar que el agua le resbalara desde la nuca hasta los tobillos.

Respiró hondo y salió de la ducha sin atreverse a mirar al espejo.

—Federico, date prisa —le dijo Isabel desde el otro lado de la puerta—. Ya ha llegado papá y ha preguntado por ti. Vístete y ve al salón, que te espera.

—Voy, voy…

Y Federico se fue a su cuarto a cambiarse mientras el padre despachaba en el salón el «ABC» y «El Sol» de esa mañana de sábado.

—¿Das tu permiso, padre?

El sol no se atrevía a entrar en aquella estancia y a Federico se le antojó la atmósfera de un confesionario cuando llegó a la puerta, que estaba entreabierta.

—Pasa, Federico —dijo el padre cerrando el «ABC» en que parecía enfrascado.

Y Federico García Lorca se dispuso a entrar en confesión ante don Federico García Rodríguez, el dueño de su apellido. No le quedaba más remedio. «Que la Virgen de las Angustias me ampare en este trance», se dijo mientras cruzaba el umbral de la puerta.

El dueño de la hacienda de los García era un hombre fuerte, de espaldas anchas, que vestía un traje de chaqueta cruzada, como casi todos los suyos. Prácticamente calvo y siendo blanco el poco pelo que le quedaba, tenía una nariz contundente y ancha que se le construía sobre unos labios finos que dibujaban una boca grande sobre un mentón tan rotundo como su frente. Don Federico levantó la vista y se quedó mirando a su hijo.

Federico respetaba a su padre más que quererle. Tenía muy pulsada la relación con él y sabía que era una estupidez escupir en la mano de la que salía el dinero para sus caprichos. Por eso, cuando apreció en su progenitor el gesto que se le dibujaba en las comisuras se dispuso a aguantar con humildad el chaparrón. Don Federico era el jefe del clan, y en la jerarquía de la manada él ocupaba el puesto de un cachorro inquieto y preparado, pero sin ninguna oportunidad de hacerle frente.

—Federico —dijo el padre guardándose las gafas en el bolsillo de la chaqueta—, ¿qué has pensado hacer este verano?

El hijo respiró más tranquilo. Por lo menos su padre no abría fuego con su juerga de la noche pasada.

—Pues la verdad es que no lo tengo del todo claro, padre, pero creo que seguiré en Madrid.

No era cierto, pero no iba a confesar a su padre, así de entrada, su secreto mejor guardado. La decisión de irse a América era suya y solo suya, y esperaría hasta el final para contarlo. Quienes lo sabían no eran del círculo de su familia y estaba seguro de que su hermana y su madre, si lo supieran, callarían como muertas. Ya estaba bien de tener que escuchar a todos y hacer lo que ellos dijeran, se decía continuamente en esas semanas de preparativos.

—Esa no es buena opción, hijo mío.

—De momento no tengo otra mejor.

Su padre alargó la mano hacia la mesita que cuadraba los sillones en los que estaban sentados y le entregó un periódico. No estaba convencido de que le hiciera efecto, pero él pensaba que era su obligación hacérselo ver.

—Toma, lee.

El diario era «El Ideal», el periódico de la derecha granadina. No sabía cómo lo había conseguido su padre, pero allí lo tenía. «No llegamos tarde… Todavía es tiempo de unirnos a quienes luchan por salvar los principios tradicionales de España…», terminaba por decir la columna que su padre le había señalado.

—Una bravata más de las de estos días, padre, que aparecen por todos lados.

El hijo no quería enfangarse en opiniones y quiso dejar zanjado el asunto con esa respuesta.

—¿Y esto?

Lo que le pasó ahora era el ejemplar de «El Sol» que tenía abierto sobre el sillón y marcado en una página. Era un manifiesto del Comité de Amigos de Portugal en que se denunciaban los métodos brutales de represión de la dictadura fascista de Oliveira Salazar. Entre otras, aparecía la firma del poeta.

—Me pidieron que lo firmara —quiso justificarse Federico, que no se había resistido lo más mínimo a la petición.

—¿Tus amigos comunistas?

Don Federico García era un convencido republicano y un sincero partidario de don Manuel Azaña, pero el reciente acuerdo de su líder con los caballeristas para formar el Frente Popular no le había hecho ninguna gracia. Federico García Rodríguez era anticomunista, que no en vano era un importante propietario granadino, y no le gustaban algunos amigos de su hijo, en especial Neruda y Alberti.

—No, padre. Mis amigos escritores —respondió Federico con cierto orgullo.

—Mira, hijo. Este Gobierno está equivocándose en su política y está dando pie a que los fascistas se organicen contra la República —don Federico García había hablado de ello muchas veces con su amigo Fernando de los Ríos y ninguno de los dos aplaudía el Gobierno de Azaña que apoyaban los comunistas y los socialistas radicales. El mismo Fernando de los Ríos, que ya había dimitido de la ejecutiva socialista el año anterior por su enfrentamiento con Largo Caballero, se había quitado voluntariamente de la primera línea del partido después de sacar su acta por Granada.

—Eso son rumores… —dijo Federico mordiéndose la lengua para no explicarse. No quería hacer enfadar a su padre.

—No te engañes, hijo mío. Esta gentuza está preparando algo, seguramente una sublevación militar, como hacen siempre.

—Aunque así fuera no podemos hacer gran cosa, ¿no te parece, padre?

—Nosotros desde luego que no, porque nos volvemos a Granada, como siempre —eso no era cierto, sino más bien lo contrario. La familia pensaba aposentarse en Madrid de forma definitiva y dejar en Granada a un administrador que llevara sus intereses—. Creo que allí estaremos todos —y remachó esa palabra— más seguros.

—Creo que es una buena decisión —dijo Lorca sin ningún convencimiento.

—¿Tú te quieres quedar? ¿No te vienes con nosotros? Aquí te conoce demasiada gente —«y no para bien», pensó don Federico, al

que tenían preocupado los manifiestos que firmaba su hijo tan alegremente.

Lo que no se podía imaginar don Federico, porque si lo hubiera sabido se le habrían puesto como escarpias los pocos pelos que le quedaban, era que su hijo había estado ante un tribunal el día anterior, el viernes 3 de julio. Acudió al juzgado de Buenavista, en el barrio de Salamanca, para firmar unas diligencias por una denuncia interpuesta contra él por un vecino de Tarragona que se había sentido ofendido por su *Romance de la Guardia Civil*. A decir del denunciante, en esos versos «se injuriaba gravemente a la Benemérita». El fiscal le tomó declaración y resolvió archivar el caso, aunque Federico necesitó dos tilas para que se le pasara el temblor de piernas. Pero, aunque al granadino solo le había llegado formalmente la acusación del tarraconense sabía que otros que no habían formulado su protesta ante los tribunales no estaban dispuestos a dejarle pasar esos versos. En especial un teniente coronel de la Benemérita, un tal Nicolás Velasco Simarro, que había hecho saber a todo el mundo que se daba por gravemente aludido en la crónica que García Lorca había hecho de unos sucesos que sucedieron en una plaza bajo su mando.

—Ahora no puedo, padre. La lectura de *Bernarda Alba* me tendrá atado todavía unos días en Madrid.

—Pues tienes que tomar una decisión, hijo. ¿Por qué no te vienes con nosotros y te quitas de en medio? Esta ciudad se va a volver peligrosa.

—¿A qué te refieres, padre?

—He sabido que las tropas de África están preparando unas maniobras junto a Melilla. La concentración de tropas para esas maniobras es inusual y no anuncian otra cosa que lo que ya refleja «El Ideal».

—Eso te lo ha dicho el tío Frasquito, ¡seguro! —dijo riendo Federico.

El poeta se refería a Francisco García Rodríguez, el hermano de su padre, al que todos conocían por Frasquito y que era muy peliculero.

El tío Francisco tenía una hija, la prima Carmen, que estaba casada con Vicente López Jiménez, un letrado granadino muy de derechas, que frecuentaba la tertulia del «Bar Jandilla», a la que también asistía el comandante Valdés, otros militares y un tal Germán Fernández Ramos. Y como el vino desata las lenguas y los militares beben mucho, aunque Valdés no pasara de las infusiones de manzanilla, los aguerridos tertulianos despachaban con el Gobierno y contaban, seguramente con más imaginación que información, los movimientos conspiratorios de sus amigos uniformados que servían en las plazas africanas. De aquellas calenturas de vinos y aguardientes le venía a *Frasquito* el rumor, que luego aderezaba y convertía en noticia de buena fuente para contárselo a su hermano.

—Pues sí, el mismo —le respondió el padre, molesto por el acierto.

Don Federico, como para justificarse, se embaló en un relato catastrofista de todo cuanto podía pasar: que si los militares, que si los curas, que si los anarquistas, que si tanta huelga, que si los pistoleros de Falange… en fin, que no dejaba títere con cabeza. En el fondo don Federico era un hombre de derechas, aunque fuera republicano, un cacique bueno, como había querido traslucir su hijo en *La casa de Bernarda Alba* contraponiéndolo a Bernarda, la cacica mala. No en vano entre los Roldán, los Alba y la familia de su padre se repartían las tierras de Asquerosa, donde don Federico conservaba aún, pese a haber vendido bastantes para emprender otros negocios, más de quince casas y casi tantos campos. Don Federico era un hombre importante en Granada y su dinero y su amistad con Fernando de los Ríos le había alejado de los catetos y, de paso, de los caciques de Acción Popular que campaban a sus anchas por los pueblos de la Vega.

—Federico —le llamó la atención su padre—. Te estoy hablando.

—Aquí estoy, padre. Y yo te estoy escuchando —protestó el despistado.

—¡Pues no lo parece, joder! —y don Federico siguió con su discurso.

Y ciertamente el dueño del apellido llevaba toda la razón, porque su hijo, en cuanto vio a su padre desplegar el catálogo completo de calamidades, se fue a la luna de sus secretos y allí se quedó paseándose entre versos y recuerdos. Sabía que su padre llevaba razón, pero eso, en el fondo, le incomodaba, porque no quería que la llevara.

—Por cierto, no me has contestado a mi pregunta de antes —insistió don Federico cuando concluyó su perorata política con un… «y hace falta reconstruir el verdadero orden republicano, como cuando don Fernando era ministro»—. ¿Vas a reunirte con nosotros en Granada o no?

Federico se sentía aprisionado. En aquel salón en penumbra, con el trajín en la casa de fondo, se sintió de repente como en una cárcel y vio en su padre al dueño de las llaves de la celda. Decidió rendirse.

—Sí, padre —concedió el poeta—. Me iré a Granda con vosotros, pero ahora no.

—¿Entonces cuándo, hijo? ¿Cuándo quieres que vayamos a recogerte a la estación?

Como las gotas de agua que pacientemente van desgastando la piedra hasta perforarla, así su padre le taladraba sin descanso para conseguir que diera una respuesta que ni él mismo conocía.

—Para el día de nuestro santo —dijo jubiloso el hijo, como si hubiera tenido una revelación—. Para san Federico estaré con vosotros y lo celebraremos juntos.

—Eso espero —remató severo don Federico contento por el compromiso de su hijo.

—Verás como para entonces han desaparecido todas tus alarmas y pasamos un verano estupendo.

—Prométemelo… —dijo su padre levantándose y acercándose a su hijo con los brazos abiertos.

—Te lo prometo —contestó Federico, que se escuchó a sí mismo como si fuera otra persona quién pronunciara sus palabras.

Padre e hijo se abrazaron en la penumbra del salón. «Si no fuera por mí, ¿qué sería de este hijo?», pensó su padre mientras le anudaba entre sus brazos. Porque don Federico sabía que el mayor de sus varones difícilmente podría sobrevivir en el mundo, por más que le acompañara el éxito, sin la ayuda de la familia. «Solo escapándome de aquí podré ver la luz en mi alma», maduraba el hijo mientras le correspondía.

—¿Te quedas a comer con nosotros? —le ofreció el patriarca.

—Sí, padre. Es lo que más me apetece —mintió el poeta—. Además, he olido al pasar por la cocina que mamá ha preparado croquetas de segundo.

—Sí… y de gambas. Como a ti te gustan —le apuntó un don Federico ya más amistoso.

El almuerzo trascurrió sin incidentes, porque la presencia de doña Vicenta e Isabel en la misma mesa era más eficaz que el tratado de Versalles para decaer en las hostilidades familiares. Con ellas Federico se sabía querido, protegido… y seguro.

Cuando la criada sirvió el café a los hombres fue el padre quien volvió a la conversación de antes.

—No te preocupes por el dinero, Federico. Te dejaré un sobre donde siempre —se refería a la costumbre de guardar un sobre con dinero dentro del piano vertical de la madre—. Así tendrás para el billete a Granada y para tus gastos de estos días…

La mención al dinero terminó por humillar del todo al poeta. Estuvo a punto de saltar diciendo que no le hacía falta su dinero, pero optó por templar gaitas, por no darse por aludido. Decidió disfrazar su cobardía y ofrecer su cuello desnudo al jefe de la manada.

—Muchas gracias, padres míos —dijo Federico besando a su madre.

—También dispondré que te preparen el piso de la Acera del Casino —concluyó su padre—, así lo usas para tus escapadas a Granada. Ya sabes que tu madre y yo no nos moveremos mucho de la Huerta.

—Más gracias todavía —fingió un Federico aparentemente alborozado que sentía el corazón atravesado de puñales, como una virgen dolorosa. Volvió a besar a su madre.

—Bueno, familia —dijo Federico García Lorca levantándose de la mesa—. Con vuestro permiso voy a echarme un rato la siesta y así estaré fresco para acompañaros luego a coger el tren.

Federico se fue por el pasillo hacía su habitación. Iba llorando en silencio. En su mente le martilleaban unos versos que había dedicado días antes a su amigo Miguel Pérez Ferrero: *Ignorante del agua voy buscando una muerte de luz que me consuma*.

—Si Federico es un chico muy bueno —dijo la madre a su esposo en cuando el hijo abandonó el comedor—. Lo que pasa es que no le entiendes.

Don Federico García Rodríguez se calló, la miró a los ojos, y encendió un puro por toda respuesta.

13

5 de julio de 1936 (por la mañana).
De la estación a la Huerta de San Vicente. Granada.

—¿Has hablado con la niña? —dijo don Federico encendiendo su primer puro del día. El tren pasaba ya por el amanecer de Calicasas y estarían en Granada en poco más de media hora.

—Sí, ayer. Antes de salir de Madrid —le contestó su esposa.

—¿Están bien? —el patriarca se refería a su hija y a su yerno.

—Sí, claro —contestó doña Vicenta—. Aunque Concha se queja de que no ve casi a Manolo.

—No me extraña, con la que está cayendo… —concedió García Rodríguez—. ¿Y los niños?

—Todos bien —respondió ella—. Únicamente Vicenta, la mayor, que está un poco descompuesta.

—Eso es la edad —sentenció don Federico—. Acuérdate de su madre…

El matrimonio se refería a su hija Concha, la mayor de don Federico y doña Vicenta, que vivía en Granada y se había casado en 1930 con Manuel Fernández-Montesinos Lustau, un prestigioso médico granadino que era hijo de un alto empleado de la Banca Rodríguez Acosta. La pareja tenía tres hijos, Vicenta, Manuel y Concha, y el padre simultaneaba la medicina con su vocación política en el PSOE, siempre en la facción más moderada, por cuyas listas había sido elegido concejal del Ayuntamiento granadino en las elecciones de 1931.

Esa vocación le había dado más de un disgusto. Durante los sucesos de octubre del 34, el Gobierno de la conjunción radical-cedista destituyó a la Corporación municipal granadina y Manuel

Fernández-Montesinos perdió su acta de concejal. La recuperaría en febrero del 36, cuando el nuevo Gobierno del Frente Popular repuso a la Corporación depuesta. Después, el 1 de junio, es decir, hacía poco más de un mes, el médico granadino había sido elegido vicepresidente de la Diputación Provincial de Granada junto con Virgilio Castilla como Presidente. Y dos días después tuvo que sentarse provisionalmente en el sillón de la alcaldía de Granada, cuando dimitió Luis Fajardo Fernández, el alcalde de Izquierda Republicana, por discrepancias con su propio partido. Manuel Fernández-Montesinos acabaría ocupando por derecho ese sillón el 5 de junio, después de ser elegido por el pleno de la Corporación. Desde entonces apenas atendía su consulta y dedicaba todo su tiempo a la alcaldía. Ese último mes, de hecho, le estaba resultando el más agotador y tenso de su vida.

—¿Has avisado a *Paquito*? —preguntó Vicenta Lorca cuando el perfil de la ciudad se ofrecía dentro de la ventanilla del coche cama.

—Sí, le llamé a su taller antes de salir —le contestó su marido apagando el cigarro en el cenicero del vagón—. Nos estará esperando.

Francisco Murillo Gámiz, conocido por *el Niño de Loja* en toda Granada, era el taxista que daba servicio siempre a la familia García Lorca cuando estaban en la ciudad andaluza, y esa mañana estaba esperándoles desde las nueve y media.

A Francisco Murillo no le gustaba ir a la estación, pese al plus que se llevaba por el servicio, y menos a buscar viajeros. Decía que allí había mucho ladrón y que las peleas entre taxistas eran frecuentes, y que por eso no quería ir allí a coger a cualquiera. Solo quería pasajeros de confianza. Y en todo caso aceptaba recogerlos si se pactaba antes el servicio.

Pero en el caso de los García la cosa era bien distinta. El atento Murillo estaba dispuesto a cualquier trabajo por don Federico y su familia porque «siempre estaría en deuda —repetía a quien le quisiera oír— con don Federico y los suyos». Todo había empezado

en 1925, cuando don Federico se compró un coche, un Fiat 1500 de siete plazas, y puso al volante a Paquito «el de Loja». El conductor lo guardaba todas las noches en un garaje que tenía la familia en la Huerta de San Vicente y por las mañanas lo sacaba de allí, compraba seis «*farias*» y un paquete de tabaco para su jefe, y se presentaba a recogerle a las diez en punto en su casa de la Acera del Casino.

A finales de 1927 don Federico decidió mudarse a Madrid y llevarse a toda la familia, y vendió el coche, no sin antes ofrecérselo a Murillo para que se estableciera como taxista. Pero *Paquito* no lo quiso porque era muy grande y gastaba mucho, así que don Federico lo vendió por tres mil pesetas y le sugirió a *Paquito* que buscara otro que fuera de su agrado para el servicio del taxi y que él le ayudaría con la compra. Y así lo hizo, cuando Francisco encontró el coche, don Federico ejerció de avalista. Y de ese favor de entonces venían los agradecimientos tan sentidos.

—¡En diez minutos, Granada! ¡Fin de trayecto! —escucharon los dos viajeros al otro lado de la puerta de su cabina.

El matrimonio García Lorca se apresuró a recoger las pertenencias que habían usado durante la noche en cuanto oyeron al revisor anunciar la llegada a destino.

—No te dejes nada, Vicenta —gruñó don Federico.

El tren ya enfilaba por los andenes de la estación y la nube de vapor del expreso pareciera amortiguar el chirrido de los frenos arañando las ruedas de acero del convoy. La vigorosa máquina rebufaba su esfuerzo por detenerse y los vagones crujían ante la llegada a destino. El jefe de andén saludó con su pañuelo a los maquinistas, que le respondieron con sus viseras desde la ventanilla derecha de la locomotora. El reloj de la estación marcaba las nueve y veinticinco de la mañana. Solo quince minutos de retraso sobre el horario previsto.

Francisco Murillo, que había oído el pitido del tren al entrar en andenes, salió de su Studebaker que estaba aparcado en la

explanada de delante de la fachada principal de la estación y cerró cuidadosamente las puertas de su coche. Allí todos le conocían y no había tenido nunca ningún percance, pero no estaban los tiempos para andarse con tonterías con su único medio de trabajo. El caso es que comprobando de reojo que todo quedaba bien asegurado se encaminó al andén para ayudar a los García Lorca con las maletas.

Del tercer vagón, que era el coche cama, se bajó una ventana y una mano saludó a Francisco Murillo.

—¡Don Federico! —gritó el taxista.

Paquito «el de Loja» se acercó corriendo para ayudar al matrimonio a poner pie en el andén. Le satisfacía especialmente a doña Vicenta, que a sus sesenta y seis años les tenía respeto a las escalerillas y agradecía que le ayudaran a bajarlas.

—Mozo —gritó Francisco a un muchacho de unos catorce años—. Coge la carretilla y carga el equipaje de los señores —y le dio el billete que le permitiría al muchacho sacar del vagón de carga los dos baúles del matrimonio.

—¿Cómo va todo por aquí, *Paquito*? —preguntó don Federico después de darle la mano y, de paso, señalarle las dos maletas que él había bajado del vagón.

—¡Qué prisas tienes por enterarte de todo, Federico! —le riñó ella sonriendo amablemente al conductor—. Ahora nos contará *Paquito* camino de casa. Si aún nos queda un buen trecho.

—¿Qué tal están tu mujer y tus hijos, *Paquito*? —continuó Vicenta Lorca, que siempre había tenido mucho cariño al conductor.

—Bien, doña Vicenta —contestó él—. Como siempre. Ella me riñe porque estoy poco en casa y ellos no paran de pedirme dinero.

—Eso me suena de algo… —sentenció Federico García Rodríguez encendiendo otro cigarrillo.

Los tres, seguidos del mozo, que a duras penas podía arrastrar el carrito con los baúles, se encaminaron hacia el flamante Studebaker.

—¿No vienen los señoritos? —preguntó el conductor refiriéndose a Federico hijo y a Isabel.

—No, *Paquito* —contestó la madre—. Federico tiene trabajo en Madrid e Isabel se quedará en el colegio hasta el mes que viene.

—¡Qué pena! —el taxista sentía un aprecio especial por el poeta—. Con la de veces que he venido yo a buscar al señorito Federico.

Y así era desde que le conocía, porque el hijo de don Federico siempre tenía a *Paquito* al corriente de sus andanzas, que lo mismo iba a buscarle a la estación cuando venía de viaje que le servía de conductor, y casi siempre de cómplice, para sus correrías.

—El señorito Federico vendrá la semana que viene, *Paquito* —le aclaró doña Vicenta.

—Vendré a recogerle, señora —se ofreció Murillo.

—Y yo que se lo agradezco, *Paquito* —le respondió la madre.

—Usted no tiene que agradecerme *ná* a mí, que bastante más les debo yo a *ustedes vosotros* —insistió en recordar, en canónico flamenco, el rutilante taxista—, que si no hubiera sido por don Federico yo no tendría el negocio tan bonito que tengo ahora.

—Calle, calle, buen hombre… —a doña Vicenta le ruborizaba tanto agradecimiento.

El matrimonio se acomodó en el Studebaker, Francisco Murillo le dio una peseta al mozo cuando puso los baúles en el maletero, y todos partieron para la Huerta de San Vicente.

—¿Algo por aquí que merezca saberse? —le preguntó don Federico cuando ya salían del aparcamiento de la estación. La pregunta era puramente retórica, porque gracias a su hija Concha la familia estaba al corriente de los entresijos de la situación granadina y más desde que el yerno de don Federico, Manuel Fernández-Montesinos, era el alcalde de la ciudad.

—¿Qué quiere que le diga, don Federico? Usted viene de Madrid y sabrá mejor que yo lo que está pasando, porque aquí no hay día que no nos enteremos de una desgracia nueva.

—En Madrid las cosas se están poniendo feas… —fue todo cuanto le dijo Federico García Rodríguez, que no estaba por la labor de explicarse con su empleado.

—Pues aquí igual. Desde marzo todo ha ido de mal en peor —sentenció *Paquito* «el de Loja», arrancando el coche nuevamente—. Entre los falangistas y los de la FAI nos van a dejar el Darro lleno de muertos.

Apenas habían recorrido quinientos metros cuando se encontraron un grupo de gente que cortaba la calle. Unos jóvenes vendían ejemplares de «Patria» —un periódico quincenal que editaban los falangistas granadinos— y del «Arriba» —su órgano nacional de expresión, que les venía hecho de Madrid—. Y en la acera de enfrente otros muchachos, de juventudes socialistas, hacían lo mismo con ejemplares de «El Socialista».

—¡Rojos! ¡Comunistas! ¡Ateos de mierda! —gritaban los falangistas, algunos vestidos con la camisa azul de su partido, a los chicos de las juventudes socialistas.

—¡Fascistas! ¡Señoritos! —les contestaban los seguidores de Pablo Iglesias.

Si no hubiese sido por la indumentaria no se les habría distinguido; todos era jóvenes, entusiastas, y se les veía sinceramente convencidos de lo que decían.

—Sube la ventanilla, *Paquito* —ordenó don Federico.

—Y así todos los días… —dijo el taxista obedeciendo a su jefe. Francisco Murillo estaba harto de ver escenas como aquella, a cualquier hora—. En una ocasión me cogió una zambra de estas y me volaron una luna del coche, la grande precisamente.

Paquito «el de Loja» sacó la mano por la ventanilla, como pidiendo paso, y atravesó despacio esa peculiar trinchera urbana.

—Vámonos, que todavía no pasa nada —dijo en cuanto salió de la ratonera.

—¿Todavía?

—Sí, señor —le aclaró el conductor, que tenía oficio en estos asuntos—. Como no intervenga pronto la Guardia de Asalto estos niñatos acabaran liándose a puñetazos.

Un silencio se hizo en el coche cuando el Studebaker volvía por sus fueros hacia la Huerta de San Vicente.

—Y de los puños se pasa a las pistolas… solo es cuestión de tiempo —sentenció don Federico, parafraseando a José Antonio Primo de Rivera en su discurso del Teatro de la Comedia en Madrid cuando propuso utilizar «la dialéctica de los puños y las pistolas» para instaurar el Estado autoritario que deseaban sus partidarios. La frase había hecho fortuna.

Al oírlo, doña Vicenta volvió la cabeza hacia su marido. Su mirada expresaba muchas cosas, aunque el miedo era lo que predominaba. Doña Vicenta quiso decir algo, pero un gesto de su marido la obligó al silencio. Federico García Rodríguez no quería que en el coche se supiese nada de lo que se les pudiera pasar por la cabeza.

En silencio y sin más incidentes llegaron a la Huerta. Allí les estaban esperando los caseros.

—Buenos días, señores. Bienvenidos a la Huerta —les saludó Gabriel Perea Ruiz, el casero de la finca. Al lado de Gabriel estaban sus dos hermanas, Ana y Carmen, y la madre de los tres, Isabel Ruiz Ibáñez, que era viuda. Toda la familia se encargaba de la casa y se habían vestido de domingo, que por otra parte lo era, para recibir a los señores.

Federico García dio la mano a su casero mientras Vicenta Lorca besaba a sus empleadas. Las hermanas de Gabriel habían sido alumnas de doña Vicenta cuando ejerció de maestra, porque la madre del poeta, siempre su primera lectora, era del cuerpo de Maestros Nacionales y una pasable pianista.

—¿Bajo el equipaje, don Federico? —ofreció *Paquito* «el de Loja».

—Sí, por favor —contestó doña Vicenta adelantándose a su marido —. Y date prisa…

—¿Y esas prisas ahora? —preguntó el dueño de la propiedad sonriéndose.

—*Paquito* nos tiene que llevar a Las Angustias, marido —recordó ella—. Vamos a la misa de una.

—Pero si solo son las doce… —dijo él mirando el reloj.

—Mejor esperar que llegar tarde, Federico —sentenció la piadosa viajera.

El conductor y el casero cargaron con los bultos mientras el matrimonio, seguido por la madre y las hermanas de Gabriel Perea, entraba en la casa, un edificio de dos plantas, enjalbegado de blanco, que tenía tres balcones en la fachada principal y un zócalo pintado en gris oscuro que recorría toda la planta baja. La puerta principal, de dos hojas de madera pintadas de verde, estaba entreabierta para proteger el zaguán de los calores que ya arreciaban a esas horas.

No habían pasado quince minutos cuando doña Vicenta y su marido estaban de nuevo en el jardín, preparados para la misa de domingo. Los dos se habían cambiado la ropa de viaje por otras recién planchadas. Doña Vicenta Lorca se había puesto perfume de jazmín y a su marido le había dado tiempo a afeitarse y vestirse un traje con chaleco, pese al calor que hacía.

Veinte minutos después les dejaba el coche en la puerta de la basílica de Nuestra Señora de las Angustias. Faltaba aún más de un cuarto de hora para que sonara la una en las campanas de la iglesia. Los padres de Federico García Lorca se bajaron del taxi y se dispusieron a dar una vuelta por la Carrera hasta que fuera la hora de entrar al templo. Cuando se encaminaban hacía Puerta Real una voz a sus espaldas llamó al padre por su nombre.

—¡Federico!

Era Miguel Rosales Vallecillo, que iba acompañado de su mujer, Esperanza Camacho. El matrimonio Rosales era muy amigo de los García Lorca y los maridos compartían gusto por una común tertulia desde hacía muchos años. Miguel Rosales era el dueño de los almacenes «La Esperanza», en la plaza de Bib-Rambla. El establecimiento se llamaba así por su mujer, que era persona brava y de mucho carácter.

—¡Miguel! —correspondió García Rodríguez cuando se dio la vuelta.

Los dos matrimonios se acercaron para saludarse.

—¿Vais a misa? —preguntó doña Vicenta.

—Sí, ¿y vosotros? —contestó y repreguntó doña Esperanza.

—También —esta vez fue Federico García quien respondió a la pregunta.

—Nos traen como ellas quieren, ¿verdad? —Miguel Rosales no era precisamente un fiel devoto, como tampoco lo era Federico García.

—¡Qué se le va a hacer, Miguel! Ellas mandan —lamentó burlón el padre del poeta.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —preguntó Esperanza Camacho, que procuraba estar al corriente de todo lo que pasaba en la plaza —. No os hacía en Granada.

—Acabamos de llegar de Madrid hace una hora. Ya nos quedamos todo el verano —contestó su amiga aclarándoselo.

—¿Y los chicos?

—Isabel y Federico están en Madrid, pero vendrán pronto —le informó Vicenta Lorca—, y *Paco* está destinado ahora en El Cairo, dice que vendrá en octubre.

Francisco García Lorca, *Paco*, era diplomático de carrera y servía como encargado de negocios en la capital egipcia tras un destino en Túnez.

—¿Y los vuestros?

—Aquí, molestando —dijo burlón Miguel Rosales.

—¿Luis también ha venido? —preguntó Vicenta Lorca.

—No. Está en Madrid preparando su doctorado en Filología —le contestó Esperanza Camacho muy orgullosa—, pero está al caer. Solo falta Luis para que estemos todos.

—Claro… a ver si viene pronto —deseó Vicenta.

—A lo mejor viene con Federico —improvisó Esperanza—. Como se quieren tanto…

—¡Ojalá vengan juntos! —y un suspiro salió del pecho de Vicenta.

Luis Rosales, el pequeño de los hermanos, era estudiante de Derecho y Filosofía, y vivía en Madrid haciendo la carrera. Tenía 25 años y era amigo de Federico García Lorca, al que admiraba profundamente, porque el pequeño de los Rosales también quería ser escritor y Federico, por amigo y por paisano, le ayudaba en ello.

Luis ya había hecho sus pinitos en Granada, y después en Madrid, colaborando en la revista *Los Cuatro Vientos*, donde le habían recomendado Pedro Salinas y Jorge Guillén. Allí coincidió con Antonio Marichalar y con otros escritores más avezados que él, y después pasó a escribir en *Cruz y Raya*, la revista de José Bergamín, un católico de izquierdas que tenía amigos en todas partes.

Lorca y Rosales compartían mesa en las tertulias de La Ballena Alegre, en los bajos del «Café Lyon» de la madrileña calle de Alcalá, donde paraban poetas y escritores de izquierdas y de derechas, reñidos amigablemente en lo que García Lorca llamaba «la fraternal y cainita república de las letras». Los dos continuaban en Madrid la amistad que sus padres habían forjado en Granada.

Los Rosales tenían siete hijos: cinco varones —Miguel, Antonio, José, Gerardo y Luis— y dos muchachas —Esperanza, que vivía con sus padres, y María, que había profesado de monja jesuitina y estaba en Roma—. Miguel, que se dedicaba al comercio y era un tipo teatrero y divertido, ya se había casado con Gracia Hidalgo y vivía en el número 2 de la calle de Lucena y no había entrado todavía en Falange; Antonio, que era albino, era un falangista convencido y de los más exaltados y ayudaba también en el negocio familiar; José, Pepiniqui para todos sus amigos, era el más popular de los hermanos y quien más exhibía su condición de falangista; Luis vivía en Madrid y no había ingresado en Falange; y Gerardo, que era muy parecido a Luis por sus gustos artísticos y literarios, vivía en casa de sus padres y tampoco llevaba la camisa azul en esos días de julio.

Por lo tanto, hasta que llegara Luis Rosales, toda la familia estaba junta en su domicilio de la calle Angulo, menos la monja y el

hermano casado. Con la familia Rosales Camacho vivía la tía Luisa, una hermana de Esperanza Camacho. La casa era de tres plantas y la tía Luisa ocupaba la tercera, con entrada independiente, y el resto de la familia las dos primeras, en torno a un patio con fuente que se cubría en verano con un toldo blanco.

El padre de los Rosales, don Miguel, era un hombre piadoso, pero no exaltado, y se entendía a la perfección con Federico García Rodríguez, con el que había compartido tertulia en el Casino. Y pese a que uno votaba a la CEDA y el otro al Frente Popular entre los dos había un profundo cariño que les venía de compartir un carácter tolerante.

Esperanza, la madre, más devota que el marido, era una mujer de mucho carácter y aunque no había ingresado en la Sección Femenina del partido de José Antonio aplaudía sin reservas la militancia de sus hijos en Falange y se prestaba a ayudarles en lo que fuera necesario, desde bordarles las camisas con los emblemas de la organización hasta esconder en su domicilio las armas o la propaganda que sus hijos tuvieran que custodiar. A don Miguel esas cosas no le hacían ninguna gracia, y lo de las pistolas menos, pero no estaba dispuesto a contrariar a su mujer.

De hecho, la casa de los Rosales era la sede encubierta de la Falange granadina desde que, tras los incidentes de marzo, ardió en llamas el local que tenían sus afiliados en el número 3 de la Cuesta del Progreso. Falange Española tenía en ese momento setecientos afiliados en la provincia de Granada, de los que casi quinientos vivían en la capital, y de esos solo trescientos eran activos, lo que ellos llamaban «Primera Línea» y el comandante Valdés entendía por sus milicias.

«Todavía somos cuatro gatos», decía doña Esperanza Camacho cuando Pepiniqui le contaba eufórico a su madre las nuevas incorporaciones al menguado partido y cómo llevaba la venta de sellos, que era la campaña que hacía Falange para sacar fondos para lo que iba a venir, como les había ordenado José Luis de Arrese.

Los sellos los había dibujado José Maldonado y se vendían a 26 pesetas el pliego. De ofrecerlos se encargaban las chicas de la Sección Femenina que iban por los cafés, protegidas por escuadras de jóvenes armados, enseñando su mercancía. La gente los compraba y se iban enseguida del local para no tener problemas con los acompañantes de las alegres voluntarias, entre otras Esperancita Rosales. A pesar del esfuerzo no se acercaron ni con mucho a las 100 000 pesetas que les había puesto por objetivo el delegado de su jefe nacional.

—¿Tus hijos están bien? —preguntó Vicenta Lorca, que sabía de las actividades de los cachorros de doña Esperanza.

—Están estupendos, querida —le contestó ufana la madre—. Son chicos que tienen lo que hay que tener y están dispuestos a todo por España.

Y más desde que los falangistas habían unido sus fuerzas de choque con los pocos requetés granadinos y habían formado unos grupos de milicias, que llamaban el Haz de Juventudes.

—Claro, claro… —concedió Vicenta Lorca con muy poco entusiasmo. Eran amigas, pero a la maestra esas opiniones le ponían de los nervios.

En ese momento las campanas de la basílica llamaron a misa de una.

—Vamos para dentro —indicó don Federico García—, y así cogemos sitio.

Los dos matrimonios entraron en la nave oscura de la iglesia. La penumbra desaparecía conforme los cuatro se iban acercando al fondo de la basílica por el pasillo central. Cuando Vicenta Lorca se inclinó ante el altar mayor, antes de entrar en uno de los pasillos para tomar asiento en un banco corrido, sus ojos se quedaron clavados en los de la imagen tallada de la Virgen de las Angustias.

Allí se encontró que los ojos semicerrados de la imagen se abrían para ella en ese preciso momento y vio también con terror que la figura que la Virgen sostenía sobre sus piernas no era la de Cristo

crucificado sino la de su hijo Federico, que miraba a su madre con toda la angustia que desprende una mirada moribunda.

Un escalofrío terrible recorrió la espalda de doña Vicenta Lorca mientras se arrodillaba otra vez con la cabeza entre las manos.

14

9 de julio de 1936 (por la tarde).
Parque del Buen Retiro. Madrid.

Eran ya más de las ocho de la tarde cuando *Pepín* Bello y Federico García Lorca entraban en el parque del Retiro por la puerta que daba a la calle Alfonso XII, que era conocida desde 1931 como la de Niceto Alcalá-Zamora, el primer Presidente de la Segunda República. Federico iba cogido del brazo de *Pepín*, y muy sofocado.

—Vaya cuesta… —se quejaba el poeta por el esfuerzo de subir desde el paseo de Recoletos por la calle de Antonio Maura, que aún se llamaba así porque nadie del Ayuntamiento había reparado, seguramente, en lo monárquico que era el político conservador. Tampoco había caído nadie en que esa puerta, que daba acceso al parterre y estaba enfrente del Casón del Buen Retiro, era la de Mariana de Neoburgo, porque la segunda esposa de Carlos II hizo labrar su nombre en el frontispicio de la que había construido Melchor de Bueras para Felipe IV, el coronado suegro de la rotulada. Pero como eso no se lo sabía nadie no fue necesario cambiar nada y el bello diseño barroco seguía conociéndose como La puerta del Casón.

Este nuevo bautismo de las vías públicas ocurría desde que se proclamó la República y comenzó un importante baile de nombres de las calles madrileñas. Desde que el Himno de Riego había sustituido en España a la Marcha Granadera, el Palacio Real era el Palacio de la República, la Plaza de Isabel II era la del Capitán Galán, la avenida de la Reina Victoria lo era de Pablo Iglesias y la calle Mayor se debía desde entonces a Mateo Morral, el anarquista

que casi se llevó por delante al recién casado Alfonso XIII. Y así muchas más.

Los dos amigos, que habían sudado en la soleada cuesta más de lo que hubieran querido, iban a la casa que el matrimonio Morla tenía en el barrio de Salamanca y como venían desde la Puerta del Sol fue a Federico a quien se le ocurrió ir andando por la Carrera de San Jerónimo, cruzar Recoletos y atravesar el Retiro para llegar a la casa del diplomático chileno. «Así hacemos tiempo y nos dan las nueve, que no es de buena educación llegar demasiado pronto», le explicó a *Pepín* Bello cuando salieron, cerca de las siete y media, de la tertulia del «Café Pombo».

Esa tarde había estado tomando un sorbete de arroz, la especialidad de la casa, con *Pepín* y otros amigos de «La *Residencia*» para despedirse por el verano. Federico estaba de pésimo humor, se le veía bajo de moral y, para colmo, el ambiente de la reunión había sido de todo menos festivo. Todos barruntaban que la situación política iba a reventar pronto. «Madrid es un polvorín», decía *Pepín* Bello agitando el «ABC» de esa mañana.

—Menos mal que aquí se está más fresco —agradeció Bello cuando el parterre se les puso delante. El Retiro ofrecía, con solo cruzar la verja, casi cinco grados menos que la calle que unía Atocha con la Plaza de la Independencia, donde vivía Antonio Marichalar, que ya se había ido de vacaciones a Francia.

—No sabes cómo lo noto… —correspondió Lorca, que pese a ser andaluz llevaba fatal la canícula madrileña.

—¿Qué tal está Luis? —preguntó Federico en cuanto recuperó el resuello.

—Está estupendamente, Federico. Ya sabes cómo es —le contestó su amigo refiriéndose a Buñuel—. Luis es una fuerza desatada de la naturaleza. Un ciclón con objetivo fotográfico, un cíclope que todo lo retrata.

Pepín era hiperbólico por sustancia, pero refiriéndose a Buñuel, aragonés como él, no hacía corto. Los dos aragoneses, más Federico

y Salvador Dalí —«los cuatro magníficos»—, eran el grupo de amigos más compacto de «La *Residencia*»; y aunque Dalí hubiera tarifado ya varias veces con García Lorca, pese a que habían sido más que amigos cuando escribieron juntos *El cuaderno de los putrefactos*, *Pepín* empastaba la relación y todo se recomponía otra vez… casi siempre. «Somos dos espíritus gemelos. Aquí está la prueba: siete años sin vernos y hemos coincidido en todo como si hubiéramos estado hablando diariamente…», había escrito Federico cuando se encontró en 1934 con Dalí en Barcelona, después de todos esos años sin dirigirse la palabra.

Con Luis Buñuel la cosa había sido distinta, con el cineasta no hubo pasión sino amistad y, además, el orgulloso aragonés sabía poner la distancia necesaria para no caer en los enredos de Federico. «Jamás he conseguido que Luis vaya al museo del Prado», se lamentaba Bello refiriéndose a cómo Buñuel campaba a su aire y no bebía de las opiniones de dos tipos tan difíciles y geniales como el ampurdanés y el granadino. Buñuel, a su modo, era un Goya moderno, un autodidacta genial y terrible.

—¿Qué está haciendo?

—Está terminando una película.

—¿Cuál? —Federico no estaba al corriente de las cosas de Buñuel.

—*¿Quién me quiere a mí?* —le contestó *Pepín*—. La dirige con Sáenz de Heredia.

—¿El primo de José Antonio? —preguntó Lorca sorprendido y saliendo de su melancolía.

—Sí, claro. Los dos están juntos en Filmófono.

Filmófono era una sociedad para producir películas y distribuirlas que había montado Buñuel con Ricardo María de Urgoiti, un ingeniero de caminos que había estudiado en Estados Unidos y que había sido campeón de España de esquí. El joven vasco colgó los proyectos de obras y creó, con solo 25 años, la emisora Unión Radio. Después, cuando conoció a Buñuel, montó con él la productora de cine. Les iba estupendamente.

—Y Ugarte,… ¿qué dice?

—¡Qué va a decir, está encantado! —le contestó Bello—. ¿No ves que ha escrito el guion?

Que Buñuel, que era un hombre de izquierdas hasta la médula de sus huesos, pero sin partido, estuviera trabajando a pachas con el primo del jefe de Falange y que, para colmo, el guion viniera de la mano de un comunista ortodoxo le acababa de dejar descolocado.

José Bello se dio cuenta de ello y decidió dar una vuelta más a la tuerca del desconcierto:

—¿Pues sabes quién ha compuesto la música? —la verdad es que Bello se guardaba un as en la manga con esa información.

—Pues no, *Pepín*… —respondió molesto Federico, que no le gustaba que le llevaran de sorpresa en susto.

—¡Juan Tellería! —le contestó radiante.

—¿Y ese quién es? —Federico se iba mosqueando con su amigo—. ¿Debo conocerle?

—Debieras… —sentenció—. Es un músico vasco que trabaja en la Banda Municipal de Madrid y que por las tardes toca el piano en las sesiones de películas mudas del Palacio de la Prensa.

—¿Y por eso tengo que conocerle?

—No, por eso no —reconoció Bello, que se guardaba la traca final.

—¿Entonces, por qué?

—Porque es un falangista de los de tu amigo José Antonio —dijo Bello con toda su mala leche—. Es el que les ha escrito la música del *Cara al sol*.

—¡Hostias! —ahora sí que estaba sorprendido. Su amigo Buñuel, que era más anarquista que Durruti, trabajaba con un compañero que era primo de José Antonio, sobre el guion de un comunista y la música de un falangista vasco.

—Y eso no es todo… —y Bello se puso misterioso.

—¿Hay más?

—Pues sí… —*Pepín* disfrutaba como un crío haciendo sufrir a Federico, que era como otro niño cuando le hacían rabiar—. La

música del *Cara al Sol* no es original… pero no sé si lo sabe tu amigo.

—¿No? —García Lorca iba de sorpresa en sorpresa.

—Pues no. Es un trozo de una composición anterior de Tellería. Es un aire vasco que se llama *Amanecer en Cegama*, porque el músico falangista es de Cegama.

—¡No jodas!

—Pues sí, Federico —concluyó ufano *Pepín* Bello.

—Definitivamente nunca habrá guerra civil en la república de las artes —sentenció entre risas Federico García Lorca, que con el chocarrero asunto había recuperado el buen humor—. ¡Ojalá todos los españoles fueran artistas!

La historia de la composición del *Cara al sol* era ciertamente chusca. La gestación del himno se inició el 17 de noviembre de 1935. Aquel día 1200 falangistas uniformados habían asistido a un mitin de José Antonio en el Cine Madrid. *Pepín* le fue contando a Federico que los máximos dirigentes de la Falange, con José Antonio Primo de Rivera a la cabeza, consideraron imprescindible que su agrupación tuviese un himno para concluir los actos a los que cada vez acudían mayor número de simpatizantes.

—Todos los partidos de izquierda tenían su himno, los monárquicos el suyo, los requetés lo mismo, los anarquistas igual, y los de José Antonio seguían mudos —explicaba *Pepín* a su amigo—. Tu amigo se empeñó en que las cosas no podían quedar así y ordenó a los suyos que preparasen un himno, como tiene todo el mundo.

—Culo veo, culo quiero… —sentenció Lorca, divertido por la historia.

—Natural… —concluyó *Pepín* para retomar su relato.

José Bello continuó contando que, tras varias reuniones, José Antonio convocó el 3 de diciembre en el bar de estilo vasco «La Cueva de Orkompon», en la madrileña calle de Miguel Moya, a destacados falangistas entre los que se encontraban Dionisio

Ridruejo, José María Alfaro, Rafael Sánchez Mazas, María Jesús «Marichu» de la Mora, Jacinto Miquelarena, Agustín de Foxá y Pedro Mourlane. Estuvo también presente Juan Tellería Arrizabalaga.

—¡Estaban todos!

—Es que la cena la pagaba el partido —bromeó Bello.

Pepín explicó que José Antonio quería un himno alegre: «Exento de odio, pero a la vez de guerra y amor. Haremos una estrofa a la novia, después una alusión a la guardia eterna en las estrellas, y luego otra a la victoria y la paz». Su intención era salir del local con el himno escrito, y para ello pidió a Luis Aguilar y Agustín Aznar que se colocaran en la puerta de la entrada y no dejaran salir a nadie.

Juan Tellería ofreció su composición *Amanecer en Cegama* a la que solo faltaba poner la letra. Era una breve composición de ambiente popular, alegre y marcial escrita para ser interpretada en el órgano de la iglesia. No hubo discusión. Se aceptó por unanimidad la propuesta y entre copa y copa se armó el texto.

Aunque José Antonio llevó la voz cantante, la participación de José María Alfaro y Agustín de Foxá fue determinante. Los tres redactaron la primera estrofa: «*Cara al sol con la camisa nueva / que tú bordaste en rojo ayer, / me hallará la muerte si me lleva / y no te vuelvo a ver*».

Agustín de Foxá, un hombre respetado por todos los falangistas allí presentes por su trabajo como periodista, escritor y diplomático, retocó los versos de la segunda estrofa, escritos por el poeta y político Dionisio Ridruejo con la ayuda de Primo de Rivera: «*Formaré junto a mis compañeros / que hacen guardia sobre los luceros, / impasible el ademán, / y están presentes en nuestro afán*».

Ridruejo fue también el autor de los versos de la tercera estrofa en la que intervino el embajador y ensayista José María Alfaro. Foxá, sin embargo, siempre decía que aquellos versos los había escrito José Antonio: «*Si te dicen que caí, / me fui, al puesto que tengo allí*».

Ridruejo, tras varios borradores, escribió los versos de la cuarta estrofa: «*Volverán banderas victoriosas / al paso alegre de la paz*». Y José Antonio puso letra a los dos siguientes: «*y traerán prendidas cinco rosas: / las flechas de mi haz*». Obra de José María Alfaro fueron los primeros versos de la última de las estrofas: «*Volverá a reír la primavera*». Mientras que a Pedro Mourlane, el crítico literario del diario «El Sol», le correspondieron los siguientes versos: «*que por cielo, tierra y mar se espera*». Y a Alfaro se deben los dos últimos del himno, que rezan así: «*Arriba escuadras a vencer / que en España empieza a amanecer*».

Tras cuatro horas de trabajo el himno quedó concluido. Los presentes alzaron sus copas y brindaron al sol. Nacía así también el nombre del himno: *Cara al sol*, en alusión al nuevo régimen que sucedería, deseaban ellos, a la oscuridad que decían que se cernía en España desde los tiempos de la Segunda República.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? —preguntó Lorca entretenido por el relato—. Es una historia surrealista. Solo faltabas tú.

—¡Quita! …¿Tú me ves a mí con botas, correaje y pistola? —protestó Bello—. A mí me lo ha contado tu amigo Foxá, que tiene la boca muy grande.

Y en esas confidencias llegaron a la casa de los Morla. Eran las nueve y cuarto.

15

9 de julio de 1936 (tarde-noche).
Ministerio de la Guerra. Madrid.

—Mire esto, Miguel —le intentó explicar Casares Quiroga mostrándole al militar una carta desde el otro lado del escritorio—. Este Franco es incorregible.

Miguel Campins, cuadrado ante su ministro, escuchaba impertérrito al jefe de la ORGA, despacharse sobre su jefe y amigo, el también general Francisco Franco Bahamonde. Campins había sido requerido en el Ministerio por el propio Casares Quiroga para entregarle el mando de la Tercera Brigada de Infantería. Acababa de ser nombrado comandante militar de Granada.

—Miguel, tenga cuidado con su amigo —le instó Casares—, que no está el horno para bollos.

La carta que agitaba el ministro la había escrito Franco un par de meses atrás y en ella se oponía tajantemente a que el Gobierno rehabilitase a los oficiales ya juzgados y sentenciados a muerte por su participación, en el año 34, en la defensa del *Estat Català* que proclamó unilateralmente la independencia de la *Generalitat* coincidiendo con el levantamiento asturiano que él mismo había reprimido. Se refería a los oficiales que estaban al mando de los cuatrocientos *Mossos d'Esquadra* y de los tres mil doscientos guardias de asalto que se enfrentaron a las tropas del Ejército que reprimieron la sublevación de Lluis Companys y sus amigos. El capitán de Caballería Federico Escofet Alsina era el más significado de ellos.

—Este hombre hace una defensa cerril de la disciplina —Casares se iba acalorando—. No le importan otras cosas que su autoridad y

la cadena de mando. Es una máquina; no tiene ninguna sensibilidad.

—Ya era así desde los tiempos de África, señor ministro. Y no va a cambiar.

—¡Pues por eso mismo! —insistió Casares Quiroga, que raramente perdía los nervios, pero mencionar a Franco le trastornaba como si le estuviesen sacando una muela—. El Gobierno no puede permitir estas opiniones entre mis subordinados. ¿Lo entiende, Miguel?

—Le entiendo perfectamente, señor ministro —Campins mantenía la posición de firme, como indicaba el protocolo militar—. Pero ha de convenir conmigo que el Gobierno está haciendo demasiadas concesiones políticas en los cambios de mando de los generales.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque sé que Franco no está nada contento con su mando en las Islas Canarias.

—¡No te jode! Nosotros también lo sabemos… y por eso le hemos alejado de la Península. Así estamos todos más seguros.

Motivos tenían, porque un día antes de salir a su forzoso destino insular, Franco se había reunido en Madrid, en casa de un amigo de Gil Robles, con los generales Mola, Fanjul, Varela, Kindelán, Saliquet, Villegas y Orgaz, y también con el coronel Galarza, que era el jefe de la clandestina y derechista Unión Militar Española. Acordaron que el exilado general Sanjurjo encabezara una sublevación contra el Gobierno, aunque Franco no dejó claro si participaría o no.

Por descontado, el Gobierno estaba al corriente de la reunión porque varios de los asistentes llevaban tiempo bajo vigilancia. Como consecuencia, días más tarde, el ministro destituía a Rodríguez del Barrio y detenía a Varela y Orgaz. Fanjul y Galarza consiguieron escapar.

—¿Y por qué no se ha controlado mejor al general Yagüe en la Península y se le ha permitido volver a Marruecos?

—Rechazó nuestros dos ofrecimientos —explicó Casares Quiroga —. O tomar mando en la Península, el que él prefiriese, o marcharse de agregado militar al extranjero.

—Pues señor ministro —dijo Campins muy circunspecto—, o mucho me equivoco o esa no ha sido una decisión acertada.

A Campins nadie le había llamado para unirse a la conspiración, que era *vox populi* en los cuarteles, y él seguía atento, exclusivamente, a los movimientos de Franco. Por eso se permitía opinar, porque Franco no le había emplazado, al menos directamente.

—Eso es exactamente lo que pedía Franco en esta carta —y el ministro volvía a agitar la misiva de marras—. Quería que le diéramos un mando peninsular destacado.

—Es normal, señor ministro. Al fin y al cabo, ha sido hasta hace nada el Jefe del Estado Mayor.

—Pues por eso, precisamente, hay que tenerle lejos. Mi paisano se cree que el Ejército es suyo.

—En eso lleva razón usted, señor ministro —concedió Campins, que conocía a Franco como si le hubiera parido.

—Bueno, Miguel, que se me hace tarde —cortó el ministro—. Le he llamado porque quiero que salga usted inmediatamente para hacerse cargo del mando militar en Granada.

—¿Inmediatamente?

—Sí, Campins. In-me-dia-ta-men-te —remachó Casares—. Esta misma noche.

—Como usted disponga, señor ministro —aceptó Campins.

—He destituido al general Llanos, como sabe, y he pensado en usted como persona de mi confianza para sustituirle. Aquí tiene sus órdenes.

Santiago Casares Quiroga le pasó un sobre lacrado que llevaba el membrete del Ministerio.

—¡Muchas gracias, señor ministro! ¡A sus órdenes, señor ministro! —contestó Campins cuadrándose nuevamente ante su superior. Por fin había conseguido un destino… y se lo debía al Gobierno del Frente Popular.

—Por cierto, Campins —le dijo al general cuando el militar salía de su despacho—. Hable con mi ayudante. Él le pondrá al corriente de todo… y recuerde que el tren sale a las diez en punto de la noche. Dese prisa porque solo tiene una hora. Abajo le espera un coche oficial; mi ayudante ya le ha sacado los billetes para Granada. ¡Suerte!

Buena falta le iba a hacer, porque lo que se estaba cociendo en los cuarteles de Granada era el mismo guiso que bullía por todos los acantonamientos militares desde el mes de febrero, y eso era demasiado para un hombre tan prudente como Campins.

El encerriscamiento de los militares contra la Segunda República venía desde el mismo momento en que se proclamó. Azaña pretendía un ejército profesional y despolitizado, que estuviese bien organizado y se modernizase en sus técnicas, y para ello dictó un decreto que ofrecía a los generales y oficiales que no quisieran seguir pasar prácticamente al retiro cobrando la totalidad de su sueldo, un puente de plata a cuantos se le podían convertir en un problema para conseguirlo. Treinta días después de la oferta solo quedaban 8000 oficiales en el Ejército. Pero no todos los disidentes firmaron el papel. Muchos de ellos se emboscaron en la nueva situación, juraron lo que hiciera falta —empezando por Franco—, y desde ese mismo día en que la tricolor ondeó en los cuarteles se propusieron arriarla para siempre y de una vez por todas.

Cuando Miguel Campins Aura recogió su equipaje en el hotel y se fue para la estación de tren no sabía que en cuestión de horas tendría que enfrentarse a todo eso, una olla indigesta de rencores antiguos que estaba a punto de reventar en toda España.

16

9 de julio de 1936 (por la noche).
En casa de los Morla. Madrid.

Cuando Federico y *Pepín* salieron del ascensor y llegaron al piso del diplomático chileno, al poeta se le había esfumado de nuevo la alegría y había vuelto a la pesadumbre que le encogía el alma desde hacía unos días. Tres cosas le atormentaban y las tres le obraban como puñales en las entrañas: la ausencia de su madre, el enfado con Rafael y las malas noticias que le llegaban todos los días de lo que pasaba a su alrededor.

La ausencia de su madre, su confidente y único amor seguro, era como un puñal clavado en el corazón del poeta. Un dolor que apareció en cuanto la vio subir al coche-cama en la estación de Atocha. Un beso desde la ventanilla era lo que le quedaba de aquella tarde. Y a eso se aferraba.

El enfado con Rafael, su amigo y amante, el hombre fuerte y sano que le daba la risa y le quitaba el miedo, le mordía el corazón desde la madrugada en que le vio marchar abrazado a una mujer joven y atractiva hacia la misma cama que habían compartido tantas veces. Por otro lado, estaban las noticias que le contaban o leía en los periódicos. Todas eran terribles para una persona tan pusilánime como él. Huelgas, asesinatos, disturbios, proclamas, y toda especie de rumores obraban como estiletes en su cerebro. Cada noticia era un escalofrío, cada llamada un sobresalto, cada salida de su casa se convertía en una aventura desquiciante. «¿Has visto?, casi me mata. Si paso un poco antes no lo cuento, estaría muerto», le decía a su amigo José Caballero enseñándole la huella de un disparo en el marco de una puerta de su casa. Un tiro perdido de una algarada

delante del portal de la finca había entrado por un balcón de su casa incrustándose la bala al lado de su dormitorio. Desde entonces Federico no quería salir de casa, no contestaba al teléfono y solo hablaba con Carlos Morla y con *Pepín* Bello.

Para colmo, los periódicos habían dado la noticia de un atentado perpetrado contra el secretario de la Legación de España en El Cairo, su hermano *Paco*. Eso tenía a Federico en vilo, porque no se había podido confirmar la noticia en el Ministerio de Estado, ni siquiera cuando Fernando de los Ríos se interesó por el incidente. Todo eran rumores y no se tenía nada por seguro. Esa incertidumbre, para García Lorca, era como clavos que se le incrustaban en la frente.

—¿Te pasa algo, Federico? —le preguntó su amigo, que se daba perfecta cuenta de que el poeta estaba descompuesto.

—No, *Pepín* —mintió Lorca—. Es el calor, sabes que lo llevo fatal.

Una doncella abrió al momento. La empleada conocía al poeta y pasó a los amigos directamente hacia la salita. Les estaban esperando.

En el salón estaban tomando un refresco Carlos y Bebé Morla en compañía del otro matrimonio que también estaba invitado a cenar: Fernando de los Ríos y su mujer, Gloria Giner. Los Morla, que sabían del profundo malestar de Federico, habían llamado a los de los Ríos porque sabían que Lorca se encontraba a gusto con ellos y se trataba de que el poeta estuviera lo más aliviado posible.

Después de saludarse todos y de que *Pepín* se instalase en la reunión con su saco de anécdotas, Federico hizo un aparte con Carlos Morla mientras *Bebé* se iba hacia la cocina para disponer los últimos detalles de la cena.

—Vaya cara que traes, Federico —le dijo el diplomático—. Parece que te has cruzado con una aparición.

—Echo de menos a mi madre, Carlos —le confesó a su amigo, pero sin sacarle todo lo que escondía dentro—. Ya hace días que se ha ido y nunca la he echado tanto en falta.

—Tienes en Madrid a tu hermana —le ofreció Morla—. También te quiere mucho, y tú siempre estás bien cuando la tienes cerca.

—No es lo mismo, Carlos. Además, tengo un presentimiento extraño, no sé…

—Mira, Federico. A mí no me engañas —Carlos Morla conocía perfectamente las entretelas de García Lorca—, ese no es el verdadero motivo de lo que te tiene así. ¿Es Rafael?

El diplomático chileno era de los pocos que podían comprender ese sentimiento de Federico.

—También es eso, Carlos, pero no es lo más importante —confesó el escritor—. Yo quiero mucho a Rafael, pero sé que no puedo tenerlo.

—Matiza eso, Federico —le apuntó Morla, que no compartía su gusto por los jovencitos—. No puedes tenerlo como tú quieres hacerlo. Eres muy posesivo y Rafael es un crío, tiene toda la vida por delante. No le hagas daño.

—Tienes razón, amigo —reconoció Federico—. Rafael no es el problema, es una parte de él, pero solo una parte… y va a durar poco.

Carlos Morla comprendió la respuesta perfectamente. Sabía de su viaje a América y lo que eso significaba para Federico… y para Rafael.

—¿Entonces, qué te pasa?

—Es algo más profundo —confesó el poeta—, pero ni yo mismo sé explicarlo.

—Inténtalo… —le ofreció.

—Tengo miedo, Carlos. Tengo mucho miedo…

—¿A qué, Federico? —el diplomático puso su mano sobre el hombro derecho del poeta.

—¡No lo sé, Carlos, no lo sé! —gritó sordamente, y unas lágrimas de dolor resbalaron por sus mejillas. Sus palabras no sonaron más altas que las anteriores, pero sí totalmente desgarradas.

—Serénate, Federico. Pronto estarás en Granada.

—Sí —reconoció el aludido—, allí estaré mejor. Esto es solo una mala racha; llevo muy mal el calor y puede que esté perdiendo los nervios.

En ese momento volvió *Bebé* al salón. Iba recomponiéndose un moño bajo que se había hecho con esa coquetería que solo una mujer bella y elegante tiene para su adorno.

—Federico, ¿quieres una limonada? —ofreció *Bebé*, que sabía del gusto de Federico por las bebidas frías. Había notado la mala cara del amigo de su marido.

—No, *Bebé*, gracias. No tengo bien el estómago.

—Eso te lo arreglo yo con un beso —y la guapísima chilena buscó la mejilla de su amigo y Federico se inclinó para corresponderla.

—Hoy estás más guapa que nunca —piropeó Federico, más tranquilo después de sentir sus labios en la mejilla de *Bebé*. Con ese levísimo contacto, tan lejano de lo carnal pero absolutamente íntimo, Federico se había reencontrado con su mejor yo. Al menos por un rato.

—Eso son los ojos con los que me miras —bromeó *Bebé* instalando en su boca una sonrisa que hubiera desarmado al jenízaro más desalmado.

Lorca no mentía cuando aplaudía a la mujer de su amigo. La belleza rotunda de su cuerpo esbelto, la finura de su piel, el toque justo de pintalabios en su boca amable jugando con la tenue sombra dibujada sobre unos ojos azules inexplicables y, sobre todo, un embrujador perfume que la chilena se hacía fabricar con una fórmula exclusiva que nunca quería explicar de dónde le venía, sellaban su presencia como si *Bebé* fuera una mujer salida de la paleta de Francisco de Goya. La chilena tenía esa irrepetible mezcla de picardía goyesca y altivez aristocrática que solo se encontraba en los lienzos del de Fuendetodos.

—Por cierto, *Bebé*… —le apuntó el poeta cuando la anfitriona se iba al grupo del matrimonio de los Ríos y de su marido, que ya se había unido a las peroratas de *Pepín*.

—Dime, Federico.

—Estoy esperando una llamada que ojalá llegué. He dejado dicho a la doméstica que si envían un telegrama a mi nombre lo abra inmediatamente y me lo lea por teléfono. Le he dado vuestro número.

—Has hecho bien —le dijo ella preocupada—. ¿Es grave?

—Sí, pero no quiero molestar a nadie. ¿Me guardas el secreto, guapísima?

—Claro que sí, Federico. No te preocupes.

Bebé pensó que el asunto tendría que ver con Rafael Rodríguez Rapún, porque los amores y desamores de la pareja eran famosos en el círculo de amigos en que ellos paseaban sus cariños… y sus broncas.

En eso sonó el timbre de la puerta.

—¡Por fin! —dijo *Bebé* corriendo hacia el vestíbulo, mientras Federico se unía al grupo de *Pepín*.

Al rato volvió la anfitriona, sola, y cerró tras ella la puerta del salón.

—Federico, tienes una visita… —dijo a su amigo con tono entre divertido y misterioso.

—¿Quién es? —el malhumorado poeta estaba desconcertado y no tenía el cuerpo para bromas.

—¡Sorpresa! —exclamó *Bebé* abriendo la puerta y echándose a un lado.

Isabel García Lorca entró en el salón de los Morla. Todos rompieron a aplaudir y ella se ruborizó como una colegiala. Detrás de ella iba Laura de los Ríos Giner, su amiga de la infancia y cómplice ahora en la sorpresa.

—¡Las más bellas de entre las bellas! —gritó *Pepín*—. Con permiso de la anfitriona, claro… que no compite en el torneo porque ella es una diosa.

—¿Pero no estabas con Laura en su casa? —le preguntó Federico.

—Y allí estaba, no te asustes —aclaró Gloria Giner—, pero en cuanto supo que veníamos a cenar contigo dijo que quería darte una sorpresa.

Isabel había notado muy raro a su hermano cuando habló con él por teléfono a media mañana. Federico era siempre una explosión de ocurrencias y cariños y esa mañana, para inquietud de Isabel, su hermano había sido un saco de silencios y poco más que monosílabos. Eso la preocupó mucho y por eso le pidió a Laura de los Ríos que a su vez le pidiese a su madre que preparara la sorpresa cuando supo que el matrimonio cenaría con su hermano en casa de los chilenos.

Federico se fue corriendo hacia su hermana, la abrazó, la levantó en volandas y amagó con ella un vals de su pluma que iba tarareando mientras.

En Viena hay diez muchachas,
un hombro donde solloza la muerte
y un bosque de palomas disecadas.
Hay un fragmento de la mañana
en el museo de la escarcha.
Hay un salón con mil ventanas.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals con la boca cerrada.
Este vals, este vals, este vals, este vals,
de sí, de muerte y de coñac
que moja su cola en el mar.
Te quiero, te quiero, te quiero,
con la butaca y el libro muerto,
por el melancólico pasillo,
en el oscuro desván del lirio,
en nuestra cama de la luna
y en la danza que sueña la tortuga.
¡Ay, ay, ay, ay!
Toma este vals de quebrada cintura.

Todos sonreían al ver que Federico había recobrado el buen humor. Isabel obraba sobre él como un bálsamo de Fierabrás. Laura de los Ríos palmeaba la danza y el recitado como la que más.

—¡Señores, a cenar! —y *Bebé* aplaudió hacia sus invitados señalándoles el comedor donde ya estaba todo dispuesto.

Por cierto, Federico —le dijo *Bebé* mientras le tomaba del brazo para llevarle al comedor—, que sepas que ha faltado una parte de la sorpresa que te teníamos preparada…

—Dime, guapísima —Federico estaba radiante ahora—. Me encantan las sorpresas… aunque no vengan.

—Habíamos invitado también a Rafael —se refería a Rafael Martínez Nadal, un niño bien, abogado culto y fino boxeador aficionado, por el que Lorca sentía verdadera pasión—, pero no ha podido venir. Me ha pedido que le disculpes.

—¡Pues no le disculpo! —bromeó Federico—. ¿Cómo voy a disculpar a mi fauno favorito?

Referirse a Rafael como su fauno favorito era una metáfora que solo entendían el poeta y el matrimonio Morla, especialmente *Bebé*, que era quien le había puesto el remoquete al poco de conocerle.

Cuando todos se sentaron, la criada comenzó a servir una ensalada de tomate y zanahoria que Bebé mandaba aderezar con albahaca y hierbabuena maceradas en aceite de oliva.

—La sal al gusto señores… —indicó la anfitriona, y todos sazonaron sus platos mientras les servían un excelente *Bordeaux* que Carlos y Bebé guardaban para las grandes ocasiones. Entendían que, esa noche, Federico se lo merecía.

Antes de retirar los platos del primero la criada se acercó a Bebé y le susurró algo al oído.

—Federico —anunció *Bebé* con cara de complicidad—, tienes una llamada de teléfono en el recibidor.

—Disculpadme, por favor —y el poeta salió del comedor como alma que lleva el diablo. Todos se miraron extrañados, pero nadie dijo nada.

Al cabo de un minuto que se hizo eterno, y en el que la criada aprovechó para levantar el servicio, Federico regresó corriendo y dando palmas de contento:

—¡¡*Paquito* está bien!! —gritó emocionado—. Me ha puesto un telegrama él mismo desde El Cairo. Lo acaban de entregar en casa y me lo ha leído Clemencia —que era la domestica de los García Lorca que se había quedado en el piso de Alcalá para cuidar del niño, como le llamaba doña Vicenta—. ¡Todo ha sido una confusión!

Y de nuevo rompieron en un aplauso, como cuando el vals, y los comensales brindaron por Francisco García Lorca, el revivido diplomático.

Ahora le tocaba el turno a unos filetes de lenguado a los que acompañaban una salsa mayonesa aderezada con perejil y unas pequeñas patatas hervidas.

El segundo plato cayó entre comentarios y anécdotas del servicio exterior, que para eso Carlos y *Bebé* tenían un anecdotario más extenso que el que *Pepín* pudiera rescatar de sus archivos. Y todo fue bien hasta los postres, porque después del sorbete de limón y mientras *Bebé* acompañaba a la doncella en el servicio del café tomó la palabra Fernando de los Ríos, que había estado muy silencioso durante toda la cena.

—Querida María Manuela —dijo el cortés catedrático y ministro, que por respetuoso nunca acudía al hipocorístico que nombraba a la bellísima chilena—. Me vas a permitir que os dé una noticia…

—Querido Fernando, en esta casa no tienes que pedir permiso para nada.

—Bien… —dijo acariciándose una barba que cuidaba muchísimo y que le hacía parecer un apóstol cristiano, aunque muchos derechistas le insultaban llamándole judío, que lo era ciertamente.

Fernando de los Ríos Urruti, malagueño, catedrático de las Universidades de Granada y de Madrid, masón del Gran Oriente, diputado socialista y tres veces ministro, estaba casado con su prima Gloria, la hija de Hermenegildo Giner de los Ríos que era hermano

de Francisco, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, y tenía una amistad antigua con el padre de Federico García Lorca desde que el joven catedrático llegó a Granada en 1911.

Fernando de los Ríos, «don Fernando», como le conocían todos, era un representante perfecto de una aristocracia intelectual comprometida con la República, las ciencias y la causa obrera, de ahí que se afiliara al PSOE y no a alguno de los muchos pequeños partidos republicanos de corte burgués. Dentro de las filas de los seguidores de Pablo Iglesias, al que trató íntimamente, siempre ocupó posiciones moderadas y a él se debía el informe que, tras su visita a la Unión Soviética, en 1919, impidió la incorporación del PSOE a la Tercera Internacional, la organización política construida por los partidos comunistas. A su pluma se debía también *El sentido humanista del socialismo*, un catecismo de lo que a su juicio debía ser la socialdemocracia moderna.

—Tengo que deciros, queridos amigos, que Gloria y yo saldremos de Madrid la semana que viene. Nos vamos a Ginebra.

—¿De vacaciones? —preguntó *Pepín* Bello.

—No, José —le contestó de los Ríos, que tampoco pensaba acudir al empleo del cariñoso diminutivo—. Nos espera allí Pablo de Azcárate, que es el Secretario General adjunto de la Sociedad de las Naciones.

—¿Te envía el Gobierno? —le preguntó Carlos Morla.

—No, amigo Morla. Es un viaje particular, no voy comisionado por nadie.

—A Fernando le preocupa la situación que se vive en España —comenzó a explicar Gloria Giner.

Gloria era una mujer de mucho fuste, de gran formación intelectual y estaba tan comprometida como su marido en la causa republicana.

—Creemos que estamos atravesando momentos cruciales —continuó ella—, de un gran peligro para la democracia, y Fernando entiende que sería bueno saber de primera mano de qué apoyos

internacionales dispondría el Gobierno de España en caso de que lleguemos a lo peor.

—¿A lo peor? —preguntó Federico—. ¿Qué quieres decir?

—El Frente Popular se disgrega por momentos y el fascismo toma cuerpo en España —sentenció el catedrático socialista—. No hay que engañarse, no es un secreto para nadie. La situación política actual es extremadamente grave, señores.

Una nube negra paseó por la frente del poeta. Las sonrisas de la cena se fueron tan deprisa como llegaron cuando vio a su hermana.

—¿Un coñac?

Bebé, en su papel de perfecta anfitriona, había cambiado de tercio y ahora se llevaba a sus invitados al salón, que tenía los balcones abiertos sobre el parque de El Retiro para que entrara el fresco de la noche. Café, infusiones, licores y cigarrillos esperaban a sus invitados.

Fernando de los Ríos y su mujer se sentaron cerca del balcón, *Bebé* lo hizo al lado de Federico, Morla buscó hueco al lado a Isabel y *Pepín* formó pareja con Laurita.

—Hemos formado el cuadrado perfecto —aplaudió Bello, que se fijaba mucho en las formas—. Todas parejas exactas y cada lado mirando a un punto cardinal correcto. ¿No te parece soberbio, Federico?

Pero el poeta no dijo nada. Se hallaba cariacontecido, como ausente, como si su espíritu se hubiera ido con la luna y hubiera dejado allí abandonado su cuerpo material para flotar en los bosquejos sombríos de su *Diván del Tamarit*: «*Quiero dormir un rato, un rato, un minuto, un siglo*».

En ese estado de abandono, de descoyuntada laxitud, un recuerdo se le abrió paso en la memoria profunda: el perfume de *Bebé*. El perfume que le había llamado la atención era una fragancia derivada de la esencia de la granada. Federico conocía ese perfume, «Acqua di Colonia Melograno», porque también lo usaba la Xirgu y más desde que supo que se fabricaba a partir de la esencia de la fruta

que tenía por nombre la ciudad de su autor preferido. Que *Bebé* lo hubiese elegido esa noche era todo un detalle hacia su invitado, y Federico lo agradeció en silencio con una sonrisa.

Fue otra vez el político quien abrió la conversación. Se había dado cuenta del ensimismamiento de su protegido y quería sacarle de esas ensoñaciones, tan frecuentes en él cuando le comía el miedo.

—Federico, he oído de tu lectura de *La casa de Bernarda Alba*. Me ha dicho Marichalar que fue soberbia, que los Yebes se quedaron encantados. ¿Estás contento con la obra?

Federico miró al catedrático —«*Quiero dormir el sueño de aquel niño que quería cortarse el corazón en alta mar*»—. Por el gesto se apreciaba que el poeta no estaba para valoraciones literarias.

—¡Federico! —le dijo su hermana, que quería bajarle del guindo al que se había ido.

—De momento todo va bien, está gustando —contestó apagado—. Quiero que Margarita me la lleve a un escenario cuanto antes.

—Eso hemos oído —apostilló Laurita Giner—. Tu hermana me ha contado que te vas a México a estrenarla, ¿es verdad?

—Seguramente… —contestó un Federico, que había perdido el brillo de los ojos.

—Aquí no hay condiciones para representar esa obra ahora —terció Carlos Morla—. En México te irá mejor, Federico. Son otros aires.

—Seguramente… —repitió el poeta como si rezara una letanía.

Federico García Lorca se quedó mirando al cielo a través de los balcones abiertos, con una expresión lunática que *Pepín* e Isabel conocían perfectamente y que no presagiaba nada bueno —«*Hay una raíz amarga y un mundo de mil terrazas*»—. Al poeta se le cayó al suelo la ceniza de su cigarrillo americano sin apreciar que estaba a punto de quemarse.

—¿Otro café, Federico? —le ofreció la anfitriona, que oficiaba esa noche como su ángel de la guarda.

—No, *Bebé*, dame un trago de coñac, por favor.

—Ahora mismo, poeta —y *Bebé*, paseando su perfume de granada, le preparó una copa con «Remy Martin» y le acercó otra a su marido.

—Fernando, dime una cosa… —y Lorca se dirigió a su maestro en cuanto tomó la copa de balón.

—Tú dirás…

—Lo que has dicho antes me ha alarmado mucho.

—No es para menos, Federico, no es para menos.

Federico, vuelto a la realidad y cada vez más nervioso, encendió otro pitillo sin darse cuenta de que el anterior todavía humeaba en el cenicero.

—Explíquenos, don Fernando, por favor —solicitó Bello, que no tenía confianza para tutear al político—. Usted tiene una información excelente.

—Mire, amigo Bello. Se ha cometido un error poniendo al general Franco como comandante general de las Islas Canarias después de destituirle de la jefatura del Estado Mayor del Ejército. Lo ha tomado como una degradación, que ciertamente lo es, y lo lleva fatal. Nuestros servicios secretos nos dicen que no para de repetir a sus íntimos que ese destino es un destierro, que lo es, y que piensa ponerle solución pronto.

Para *Pepín* eso no era noticia porque hacía un par de días estaba en el «*Café Oriental*», con José Bergamín y Pedro Salinas, y había salido a colación el tema de los militares, pero ninguno de los tres había dado la más mínima importancia al nombramiento de Franco.

—El Gobierno también ha movido a otros militares —quiso explicar Bello, porque se lo había oído a Bergamín—. A Mola lo han mandado a Pamplona y a Goded a las Baleares, y lo han aceptado. Están acostumbrados a recibir órdenes.

—Franco es distinto, José. Franco es más peligroso que todos ellos juntos —sentenció de los Ríos—. No es tan inteligente como Mola, ni tan bragado como Goded, pero desde que cató en Asturias lo que se puede hacer con las tropas en la calle se ha convertido en el mayor

peligro contra la República. Lleva metido en la médula un anticomunismo feroz y es un reaccionario perfecto, ni siquiera es un fascista como José Antonio Primo de Rivera. Franco es un conservador clerical, autoritario y muy peligroso, porque toda su ideología se basa en el «*anti*»: es antimarxista, antiberal, anticomunista, antimasón.

García Lorca seguía sin entender muy bien lo que el político quería transmitir. Intentó decir algo mientras chupaba su cigarrillo, pero no sabía qué.

—Federico, ¿te ocurre algo? —le pregunto Carlos Morla—. Tienes mala cara…

—No es nada —mintió el poeta—. Pienso en mis padres… y los echo de menos.

Carlos Morla prefirió no ahondar en la cuestión. Sabía que le estaba mintiendo, pero su oficio diplomático le hizo guardar silencio.

—Entonces… —rompió por fin Federico, que se dio cuenta de que todos esperaban que se uniera a la conversación—. ¿Franco es el problema para la República?

—Sí, Federico, sí —resolvió de los Ríos, que sabía mejor que muchos de lo que estaba hablando—. Franco es el peor de los espadones. Azaña me contó que Franco le dijo, cuando recibió la orden de salir de la jefatura del Estado Mayor del Ejército, que estaba convencido de que la sustitución de oficiales eficientes por otros republicanos no presagiaba nada bueno, y que solo se entendía si el Gobierno quería abrir las puertas a la anarquía.

—¿Y qué contestó don Manuel? —preguntó Federico, que estaba empezando a tomar conciencia de una situación que no había sabido valorar, al menos hasta esa noche.

—Nada, no le dijo nada. El Presidente sonrió como hace él, y el general salió del despacho. Pero poco conozco a Manuel —continuó Fernando de los Ríos—, si no supiera que cuando me contó esto lo hizo porque el asunto le había dejado preocupado. Sé que desde ese día ordenó que se le vigilase discretamente. Franco no va a aceptar

nunca al Gobierno que salió de las elecciones de febrero, al Gobierno que le destituyó.

Fernando de los Ríos dejó su coñac sobre la mesa e hizo ademán de levantarse.

—¿Se va, don Fernando? —inquirió inquieto Federico—. ¿Ya se marcha?

—Tan solo voy a hacer una llamada telefónica y vuelvo en un instante —contestó.

—¿Me permites, Carlos? —preguntó al anfitrión—. Tengo que confirmar que nos han enviado a casa nuestros pasajes para Ginebra.

—Por favor, Fernando.

Y el ex ministro marchó al teléfono precedido por la doncella.

—La verdad es que Franco ha perdido el *oremus* —sentenció Bello cuando vio que de los Ríos había salido de la sala—. Desde que le echaron del Estado Mayor no sabe qué hacer. Hasta ha intentado hacerse diputado…

Y *Pepín* pasó a relatar la historia como si se tratase del guion de una película, que para eso tenía mucho arte. Además, imitaba perfectamente la vocecilla del general Franco.

La cosa había comenzado cuando al general le destinaron forzoso a Canarias porque el Gobierno quería quitarlo de en medio. Franco, que no estaba dispuesto a dejarse meter en el corral, urdió una estrategia para volver a Madrid de alguna manera y como en Cuenca, al igual que pasó en Granada, habían de repetirse las elecciones de febrero y celebrarse otra vez en mayo, pensó que postularse como candidato le daría tres ventajas: la primera, que podría regresar a la Península sin pedir permiso al Gobierno; la segunda, que dispondría de inmunidad parlamentaria, cosa que le venía estupendamente para la tercera y última, instalarse en Madrid para arreglar el golpe militar que habían empezado a urdir algunos de sus compañeros, empezando por los africanistas.

La CEDA le ofreció encabezar la lista de Acción Nacional en la provincia alcarreña y Franco aceptó encantado, pero todo el asunto se le torció cuando los falangistas se opusieron de raíz a semejante extravagancia. José Antonio Primo de Rivera le bajó de la lista.

La cuestión era que el general africanista y el fundador de Falange no se tenían ningún aprecio, porque José Antonio se sentía defraudado por Franco. Para José Antonio Primo de Rivera muchos militares que le debían la carrera a su padre, el dictador Miguel Primo de Rivera, le dejaron colgado cuando Alfonso XIII prescindió sin pudor de quien le había lavado la finca y le había hecho el trabajo sucio. «Borbonear» llamaban a una actitud tan desagradecida, aunque esa conducta fuese característica desde hacía siglos en la rama española de la dinastía francesa, «una recua de golfos, egoístas e irresponsables», aclaraba enfático *Pepín* Bello.

Desde entonces, José Antonio se dedicó a lavar el recuerdo de su padre a través de la política, algo para lo que no estaba muy dotado, recurriendo a unos pocos amigos, a muchos parientes y algunos obreros que sacó de la rancia Castilla rural cuando fusionó su partidito con las escasas huestes de dos protofascistas como Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo. Con todo ello montó la *Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista*. José Antonio, que no era muy listo, pero que no tenía pelos en la lengua decía que los militares «son unos gallinas y Franco el más gallina de todos». Y por eso creó un partido en el que apenas había militares; un partido republicano hasta los tuétanos y que decía que estaba por lo social, lo corporativo y lo sindical. Todo eso ponía los pelos de punta a las derechas de toda la vida y más desde que Marciano Durruti, el hermano del conocidísimo anarquista, se sacara el mismo carnet que tenían los joseantonianos. Para las derechas de siempre pasaba que los falangistas eran los *fai-langistas*, y para los comunistas sucedía que los anarquistas de la FAI eran todos unos *fai-cistas*.

Cuando en marzo del 36 el Gobierno metió en la cárcel a toda la dirección de Falange, «el partidito», insistía Bello, quedó descabezado y los que quedaban fuera se agarraron a la segunda vuelta de Granada y Cuenca como a un clavo ardiendo, porque la Ley Electoral republicana sacaba de presidio a aquellos candidatos que resultaran electos. Y a ello se echaron de hoz y coz los dirigentes falangistas, pero también lo hicieron así, y ese fue el problema, los caciques agrarios a los que dirigían Gil Robles y el devotísimo periodista y abogado del Estado Ángel Herrera Oria, que usaba su periódico católico, «El Debate», para meter más estopa en el incendio.

El caso es que Gil Robles quería juntar en Cuenca a Franco y a José Antonio, cedistas y falangistas, como habían concertado para Granada, pero ahí los falangistas pusieron pie en pared y José Antonio dijo desde la cárcel de Alicante que su gente no iba con los militares «ni a coger duros del suelo». Sonaron todas las alarmas en la extravagante coalición y Gil Robles tiró de los buenos oficios de otro abogado del Estado, «que como sabéis valen para todo», salpimentaba *Pepín*, y encargaron a Ramón Serrano Suñer, que era cuñado de Franco y amigote de José Antonio, que mediara con el fundador de Falange para que el huidizo africanista sacara su deseado escaño por Cuenca gracias al voto de los falangistas, los agrarios y demás tropa anticomunista.

No hubo manera. José Antonio dijo que él no iba en la misma lista que «ese» y la cosa terminó fatal: Franco se quitó de en medio dimitiendo, la candidatura anticomunista perdió las elecciones y José Antonio siguió en la cárcel de Alicante. Franco apuntó la historia… y prometió acordarse de ella para siempre. Desde aquel día, Franco no contaría más con los falangistas para nada. Tampoco los falangistas, en justa correspondencia, volverían a tirar de los militares.

«Y así están las cosas. Todos quieren tumbar al Gobierno», concluyó Bello.

Fernando de los Ríos, que había vuelto al salón cuando el relato iba por la mitad, no pudo menos que aplaudir.

—¡Perfecto, amigo José! —dijo el profesor tomando otra vez la copa de coñac—. Ha diseccionado usted perfectamente la situación. Hoy no son problema los pistoleros falangistas, no son más que unos agitadores y el Gobierno puede con ellos. El problema son los militares. Ni siguiera Gil Robles tiene redaños para dar la cara.

—¿Entonces? —preguntó Lorca desconcertado.

—Los militares nos darán un disgusto y los de la CEDA aplaudirán y se pondrán detrás de los uniformes; incluso sacarán a los curas a la calle para bendecirlo todo —profetizó de los Ríos—. Y si no, tiempo al tiempo.

—¿Qué debo de hacer? —Lorca no sabía cómo ponerse. Estaba muy asustado.

—De momento serenarte, Federico —le dijo su hermana, que se había acercado a él y le acariciaba la cabeza.

—Y después salir de Madrid cuanto antes —remató Gloria Giner—. Esta ciudad dejará muy pronto de ser segura para ti y para muchos más como nosotros.

—¿Tan deprisa van las cosas?

—Sabemos que Franco ha solicitado permiso al ministro para viajar a Escocia. Dice que es para mejorar su estilo en el juego de golf —le informó de los Ríos—. Evidentemente, Federico, eso no es verdad. Es una tapadera, sin duda, pero no sabemos lo que se trae entre manos.

—¿Se lo han dado?

—¡Claro que no, bueno es Casares Quiroga! —se escandalizó el ex ministro—. Date cuenta de que los dos son gallegos.

Ambos se miraron a los ojos. En los de Fernando había un brillo especial y Federico se dio cuenta que no había lugar para dudas. Su maestro y protector siempre había sido un hombre cabal y en estos momentos le estaba aconsejando desde el corazón.

—Federico, hazme caso. Márchate de Madrid lo antes posible. No seas loco ni te hagas el valiente, no es momento para ello.

García Lorca se quedó callado, con la mirada perdida, como rumiando el consejo. De pronto, como si le hubiera dado un calambre, miró a su hermana.

—¿Qué debo de hacer, Isabel?

—Don Fernando te ha dicho lo mismo que mamá el otro día —contestó su hermana recordándole la conversación con doña Vicenta —. Vete a Granada cuanto antes.

—¿Tú lo ves igual, Carlos?

—Sí, Federico. Si bien es cierto que aquí no tendrías por qué temer nada contra ti, estarás más seguro en tu tierra. Allí eres todo un prócer de las letras —bromeó el diplomático, que se daba perfecta cuenta de la angustia de su amigo.

—Si… si… si yo no he hecho mal a nadie —pareció justificarse—. ¿Quién me va a hacer daño a mí?

—Tú no eres de ningún partido, Federico. Tú eres un poeta — quiso ayudar *Pepín* Bello, que sufría al ver a su amigo tan asustado.

—Eso no es verdad, *Pepín* —corrigió un Federico al que apenas le salían las palabras—. ¡Yo soy del partido de los pobres… pero de los pobres buenos!

Era la primera vez que esa coletilla remataba la frase que Federico tanto había usado para definirse en política. A todos les extrañó oírla. Federico siempre se había declarado del partido de los pobres. Hoy había nacido para el poeta el concepto de «los pobres buenos»… los otros eran «los pobres malos».

«Algo se le ha roto dentro», concluyó para sí *Bebé* Vicuña, que se había dado cuenta de lo que significaba esa frase en boca del íntimo amigo de su marido.

17

10 de julio de 1936 (por la mañana).
De la estación de ferrocarril a la Comandancia Militar. Granada.

La peripecia que acercaba a Granada a Miguel Campins había comenzado en Madrid el 7 de julio, cuando le avisaron de su nuevo destino. Al día siguiente Campins se fue a Zaragoza a despedirse de su superior allí, el general Cabanellas, que era masón, y de paso solicitar que le extendieran un pasaporte militar. Lo que no sabía el bueno de Campins era que sus compañeros de Zaragoza, empezando por el mismísimo Cabanellas y siguiendo por su ayudante el coronel Montaner, estaban implicados en la conspiración hasta las pestañas y no le dijeron nada. Los dos sabían perfectamente que Campins era fiel a la República y no le querían entre los suyos.

Pero lo peor es que ni Casares Quiroga ni el subsecretario, Cruz Boullosa, ni el ayudante del ministro pusieron a Campins en antecedentes el día 9, cuando visitó al ministro, de las verdaderas razones que habían llevado a la destitución del general Llanos en Granada. El nuevo Comandante Militar se incorporaba a su destino con una venda en los ojos. Su hoja de servicio para ese año, hasta ese momento, decía lo siguiente:

> *De guarnición en Zaragoza mandando el Regimiento Infantería n.º5. De acuerdo con lo que previene la O.C. de 7 de Febrero se le acredita a este Coronel como doble el tiempo comprendido entre el 6 de Octubre de 1924 al 12 de Abril de 1925. Por Decreto de 7 de Mayo es promovido al empleo de General de Brigada con la antigüedad de 9 de Marzo último, haciendo entrega del mando del Regimiento el día 11 del citado Mayo. Por Decreto de 23 de Mayo queda disponible forzoso en Zaragoza. Por Decreto de 7 de Julio*

se le nombra General Jefe de la 3.ª Brigada de Infantería haciéndose cargo de su cometido y el de Comandante Militar de Granada el día 10 de dicho mes.

Faltaba poco para llegar a la estación de Granada y Campins ya se estaba atando el fajín rojo de su recién adquirida condición de general y recogiendo el poco equipaje que había dispuesto. El ministro no le había autorizado a desplazarse con su familia, que seguía en Zaragoza, y él había cargado solo con dos maletas, las que tenía preparadas en su casa cuando fue al Ministerio oliéndose que algo urgente pasaba al requerirle con tanta prisa y a esas horas.

El reloj de la estación marcaba las nueve y media de la mañana cuando el tren de Madrid paraba en el andén, llegaba al punto de su hora.

Miguel Campins y Aura descendió del tren. En el andén le esperaban el coronel Basilio León Maestre, que era el jefe del Regimiento de Infantería y el coronel más antiguo de la plaza, el comandante Miralles, que estaba destinado como jefe de Estado Mayor de la Tercera Brigada, y el comandante Francisco Rosaleny, que era el ayudante del general Llanos. El Comandante Militar, aunque lo sabía porque le habían avisado *sottovoce* sus compañeros de conspiración, no había recibido la comunicación formal de su cese. Seguía siendo, al menos en el papel, el jefe de la Brigada y el Comandante Militar de la plaza.

Ante el comité de recepción Campins se estiró la guerrera, se caló la gorra y se acercó a ellos. Mientras descendía por la escalerilla se repitió lo que había cavilado muchas veces durante la noche: su misión era garantizar la seguridad y el orden en la provincia, y lo haría con indudable lealtad al gobierno legítimo de la República.

—¡A sus órdenes, mi general! —se le cuadró el coronel León.

Campins respondió al saludo llevándose la mano derecha a la visera mientras miraba fijamente a su nuevo subordinado. Después le dio la mano.

A su lado estaba el comandante Miralles, que le observaba con la misma fijeza que el general había puesto con el coronel.

—¡A sus órdenes, mi general! —repitió el comandante. Miralles no pudo evitar que su cara desafiara la mirada de su nuevo jefe. Campins se dio perfecta cuenta del gesto del oficial, y no le gustó. Pese a todo cumplió con el ritual, que terminó en los saludos de rigor al comandante Rosaleny.

—¡Descansen, señores! —ordenó el general cuando concluyeron los protocolos castrenses—. Sepan que estoy encantado de estar con ustedes en Granada.

—Gracias, mi general —le respondió León—. Es un placer para nosotros recibirle.

—Déjate de protocolos, Basilio —le instó Campins—, que hemos hecho mucha mili juntos.

Y así era, porque León y Campins habían servido juntos en África y se conocían desde hacía más de 15 años. No eran amigos, pero se caían bien. Además, los dos tenían devoción por Francisco Franco.

Un joven teniente salió de detrás de los oficiales superiores, se cuadró ante su nuevo general y se acercó hacia el vagón a recoger el poco equipaje de Miguel Campins. Dos sargentos le ayudaron en la tarea.

El general y los tres jefes salieron de la estación. Tres coches negros de la Comandancia Militar estaban esperándoles con los conductores fuera de los vehículos y tres soldados de reemplazo muy jóvenes sujetaban los tiradores de las puertas traseras abiertas.

Campins y León tomaron el primero, Miralles y Rosaleny ocuparon el segundo y el teniente, los dos sargentos y las maletas llenaron el tercero. Todos salieron inmediatamente hacia la Comandancia Militar, en la calle San Matías. Allí les esperaba el general Llanos Medina, que recibiría esa misma mañana por telégrafo la orden de su cese.

—¿Un pitillo, Basilio? —le ofreció Campins a su nuevo compañero cuando se sentaron en el coche y el conductor enfiló hacía Capitanía. El general usaba una pitillera de plata que le había

regalado su mujer cuando le ascendieron. En la tapa llevaba labrada la tan deseada estrella de cuatro puntas sobre la espada de oficial cruzada con el bastón de mando del empleo de general, todo ello sobre las letras «MCA», sus iniciales.

—Gracias, Miguel —y el coronel tomó uno de los rubios americanos que fumaba el general.

—¿Lucky Strike? —preguntó el coronel al reconocer la boquilla del filtro—. ¿El de la cajetilla verde?

—Sí, claro. ¿Te gustan?

—Desde luego… son muy suaves. Pero aquí en Granada no los tienen en los estancos porque solo se despachan de contrabando. Manda a tu asistente para que te los compre en el quiosco de Plaza nueva, allí los venden de matute.

Basilio León sacó un encendedor del bolsillo de la guerrera y los dos hombres encendieron sus cigarrillos.

—Me alegro de que seas tú mi nuevo jefe —le dijo el coronel, que realmente tenía afecto personal a su nuevo general.

—Más vale lo malo conocido… —bromeó Campins.

El coronel León estaba metido hasta las trancas en la conspiración, como Llanos Medina y casi todos los oficiales de la guarnición, por eso su proximidad personal al nuevo jefe militar era una ventaja para los conspiradores. «Vete a recibirle y le catas como si fuera un melón; hay que saber si está dulce», le había ordenado Llanos.

Aunque Campins era un «africano» y había servido como ayudante de Franco en Zaragoza, llegaba a Granada con la vitola de republicano, pues no en vano la estrella se la había dado el Gobierno del Frente Popular, al que había manifestado su lealtad. Los conspiradores querían saber si el nuevo jefe era de fiar, eso quería decir en el lenguaje cuartelero lo de «estar dulce», o no, en cuyo caso tendrían que apartarlo cuanto antes. La cabeza de la conspiración en Granada la formaban, detrás de Llanos Medina que ya se había juramentado con Queipo de Llano; el coronel Antonio

Muñoz Jiménez, jefe del Regimiento de Artillería; el coronel Basilio León Maestre, jefe del Regimiento de Infantería; el capitán de Infantería José María Nestares Cuéllar y, sobre todo, el comandante José Valdés Guzmán.

La guarnición en pleno estaba alborotada y raro era el día en que no se registraba un incidente entre algún oficial soliviantado y las autoridades civiles de la provincia. Los cuarteles estaban menguados de efectivos por los permisos de verano, pero los oficiales no cesaban de celebrar reuniones conspiratorias de las que el nuevo gobernador civil estaba perfectamente informado. Los que sostenían el esqueleto de la sublevación eran el comandante Valdés y el capitán Nestares, los dos eran falangistas y los dos conocían a la perfección los entresijos de la política granadina.

Valdés, además, dedicaba todo su tiempo a organizar lo que llamaba «el alzamiento», pero como le había pasado a Llanos Medina, la policía secreta le había localizado, aunque no había calibrado bien la importancia de su verdadera implicación. Por eso, la «Gaceta del Ejército» había publicado poco antes, el día 4 de julio, que el comandante pasaba a tener destino en Madrid; «El Ideal» reprodujo la noticia el día 7 de julio. Lo que el periódico granadino no contaba era que el mismo día que Valdés se vio retratado en la «Gaceta del Ejército» llamó a su amigo el capitán médico Eduardo López Font para que le extendiera un certificado que acreditara una súbita enfermedad debida al empeoramiento de sus ya sabidos problemas con el estómago.

El comandante se presentó ante sus superiores con el certificado y solicitó baja por enfermedad. Llanos Medina aceptó la tramitación y la orden de traslado a Madrid quedó suspendida de manera inmediata. El jueves 9 de julio, el comandante Valdés recibió el permiso para retirarse a «descansar y recuperarse» en una finca en Padul, un pueblo a treinta kilómetros de la capital. La baja le proporcionaba tres ventajas y una posición segura por si fallaban las cosas. La primera, despistar los seguimientos policiales que le

localizaban en su despacho militar. La segunda, mayor libertad de movimiento para servir a los intereses de los conjurados. Y la tercera y su coartada, si el golpe fracasaba podría justificar que no estaba en los cuarteles si no en una finca alejada de Granada. En cuanto a Nestares, había sido destituido como jefe de las Fuerzas de Seguridad y Asalto de Granada y enviado a Alcoy a raíz de los sucesos del 10 de marzo en los que se mantuvo al margen de la represión a sus compañeros falangistas. Pero el capitán se las había ingeniado para que sus vacaciones de verano empezaran el 15 de julio para llegar a Granada el día 16, donde le esperarían sus conmilitones.

Mientras Campins fumaba un cigarro con su amigo faltaban solo seis días para que Nestares volviese a Granada y solo uno más para que las tropas africanas de los amigos de Franco se sublevasen en Ceuta y Melilla. Al día siguiente lo harían en toda España. Los conspiradores ya habían puesto fecha a golpe de estado, y Valdés y Nestares eran piezas fundamentales en el engranaje granadino.

—¿Sabes por qué han cesado a Llanos? —preguntó el coronel León, que así empezaba la cata de su compañero.

—No, Basilio. Ni el ministro ni el subsecretario me han dado explicación —y en eso Campins no mentía.

—¿Cuándo te traes a la familia?

—Posiblemente no los traiga hasta septiembre. Dolores tiene que levantar la casa de Zaragoza y son malas fechas.

—Todo lo que necesites lo tienes en mi casa, Miguel —le ofreció León sinceramente.

—No te preocupes, me apañaré en la residencia de la Comandancia Militar.

—Vale… no está mal —consintió León—, pero comerás en casa, si no mi mujer no me lo perdonaría. Además, en la Comandancia se come fatal.

—¡Aceptado!

Cuando el coche estaba cerca de San Matías fue Miguel Campins quien tomó la iniciativa.

—¿Dónde está Llanos, ahora?

—En su despacho, esperando el telegrama… —le respondió el coronel, al que la situación no le hacía ni pizca de gracia.

—¿No le han comunicado el cese? —Campins estaba sorprendido. Las prisas con que le habían convocado a Madrid y obligado a incorporarse a Granada no eran normales en el servicio, pero que él estuviera en el destino para relevar a un compañero que aún no había sido cesado oficialmente se salía absolutamente de las severas reglas del protocolo militar. «Esto huele muy raro», se dijo en silencio el recién llegado.

—Pues no… se lo han dicho por teléfono, nada más.

—Vamos para allí inmediatamente —indicó Campins a su subordinado.

—Como mandes —obedeció el coronel—. ¡Conductor, a la Comandancia Militar a toda leche!

El soldado pegó la suela de la bota al acelerador y el coche se encabritó camino de la oficina militar. Diez minutos después se formaba la guardia en el zaguán de la Comandancia Militar de Granada y Campins recibía sus primeros honores como general con mando en plaza. El general Llanos Medina, que acababa de recibir el temido telegrama, había ordenado al comandante del cuartel que se hiciese así en cuanto llegase su sustituto.

La entrevista entre los dos generales fue cortés y sin tensiones, y los dos juntos cumplimentaron los trámites rituales del reemplazo en el mando. Tras la comunicación oficial del relevo al Ministerio de la Guerra y al general de la División, José Fernández de Villa-Abrille y Calivara, que estaba instalado en la Capitanía de Sevilla, los dos militares pasaron a una salita anexa a la residencia del comandante militar cesante. Los acompañaban el coronel León y el comandante Rosaleny, el ayudante de Llanos.

—¿Tú sabes por qué me han cesado, Miguel? —preguntó Llanos Medina directamente en cuanto se retiró el ordenanza que había servido los cafés. El dimisionario había evitado escrupulosamente la palabra destituido desde que había llegado Campins.

—Sinceramente no lo sé —reconoció Campins con toda franqueza.

—Habrá sido por lo del capitán Pérez —se explicó Llanos él solo—. ¡Seguro!

El general cesado se refería al capitán Joaquín Pérez y Martínez de Victoria, al que había detenido la Guardia de Asalto cuando estaba reunido clandestinamente con sus compañeros falangistas. El general tuvo que autorizar que se llevaran a Madrid a su oficial para que le interrogaran en la Dirección General de Seguridad, donde le dejaron libre para que volviera a Granada. Pero el hermano del interfecto, un tal Manuel, que era teniente de Artillería, sacó pecho por el mayor y tuvo una agarrada con Torres, el nuevo gobernador civil, y también terminó detenido en comisaría. Y por si había poco para el lío, los oficiales de Artillería se fueron a quejar al comandante militar de que los de Asalto les vigilaban el cuartel y «eso a nosotros no nos los hace el maricón ese, mi general», argumentaban los encendidos artilleros refiriéndose al gobernador civil. Llanos Medina, que no quería más líos que los justos y no quería poner en peligro la conspiración, se fue con la copla al jefe de la División, que se personó en Granada y dio parte al Gobierno en Madrid de la tensión que había en la plaza.

Todo eso se lo explicó Llanos Medina a Campins delante de León y Rosaleny, que asentían con la cabeza y apostillaban algo de vez en cuando, y al recién llegado le pareció plausible el esclarecimiento. «Chiquilladas de oficiales jóvenes», pensó Campins totalmente convencido.

Pero ni Llanos Medina ni sus oficiales le habían contado al nuevo general la verdadera razón del cese. A Llanos Medina no le habían destituido porque algunos de sus oficiales se hubiesen salido del tiesto, ni porque el gobernador civil explicase a su ministro cada

semana que la guarnición granadina estaba cada día infectada por los falangistas. Al comandante militar de Granada le habían destituido cuando los servicios secretos pusieron en la mesa del ministro Casares que Llanos Medina se había instalado en el epicentro de la conspiración contra la República. Las pruebas contra el conspirador eran los testimonios de las entrevistas del implicado con Gonzalo Queipo de Llano, que estaba en el objetivo de la policía secreta.

El general de Granada se había entrevistado por primera vez con Queipo de Llano a mediados de junio y le había prometido su participación en la rebelión contra el Gobierno. La segunda vez lo había hecho cuando Queipo de Llano se paseó en inspección a sus carabineros, a principios de julio, por el territorio de la Segunda División, y en esa entrevista Queipo puso a Llanos Medina al corriente de las últimas instrucciones del mando golpista.

No había pasado una hora desde que los dos generales se habían sentado a tomar café cuando ambos dieron por concluida la protocolaria entrevista, que había discurrido fundamentalmente por el repaso de comunes recuerdos en el servicio africano.

—Ahora te vienes a comer a casa, Miguel —le insistió León al nuevo comandante militar cuando Llanos Medina se fue a su pabellón acompañado por Rosaleny. Era la una de la tarde.

—De acuerdo, Basilio —concedió Campins, que quería aprovechar el almuerzo para que su amigo le pusiera al corriente de los asuntos de Capitanía—. Así saludo a tu mujer.

—Estará encantada de verte.

Quien no estaba encantado era el general Llanos Medina.

—Tened cuidado con este cabrón —le decía a su ayudante mientras iba camino de su pabellón—. Además de republicano convencido, Campins es masón, y de los peores. ¡No sé que habrá visto Franco en él!

—No se preocupe, mi general —quiso garantizar Rosaleny—. Todo está controlado.

18

11 de julio de 1936 (por la mañana).
Bar La Pajarera, Granada.

—¿Qué tal está *Paquito* Herrera, Julio?

—Está muy nervioso, dice que le siguen unos pistoleros de la FAI, que no se los quita de encima.

—Hay que tranquilizarle… —propuso Juan Luis Trescastro.

El nombre de Trescastro fue uno de los que salió a relucir en el relato sobre la verdadera historia de *La casa de Bernarda Alba* que la bella vicetiple, Martirio de la Pasión, le hizo al marqués de Montesa, Antonio Marichalar, la noche que cenaban en Madrid en «Casa Mingo». El abogado, íntimo de los Roldán y asesor de sus asuntos turbios en Asquerosa, arrastraba tras de sí la fama de un peligroso activista de derechas.

—Difícil tranquilizarle —contestó Julio Moreno—. Ya sabes que *Paco* Herrera no es muy bragado y ve peligros por todas partes.

—¿Me lo vas a decir a mí? Mira que le tengo dicho que cambie el rosario por la pistola —y Trescastro se echaba mano al sobaco de su chaqueta donde se marcaba a las claras la culata del revólver que llevaba encima—. Cualquier día le fríen a tiros, y con las estampitas que lleva ya me dirás cómo va a defenderse…

Se referían a Francisco Herrera Oria, el devoto editor de «El Ideal de Granada».

—Por cierto, Julio. ¿Qué sabemos del nuevo general? —preguntó Trescastro—. ¿Es de los nuestros?

—Todavía es pronto para saberlo, Juan Luis.

Julio Moreno Dávila era periodista en «El Ideal de Granada» y uno de los fijos en todas las combinaciones que formulara Acción Popular

para elegir representantes provinciales. Él fue quien organizó una reunión clandestina a las afueras de Granada, en la Venta de Eritaña, para que el general Varela, que había eludido la vigilancia policial, se entrevistara con los cedistas más significados de la ciudad: Ramón Ruiz Alonso, Luis García-Alix y, cómo no, con el comandante Valdés, que estaba en todos los guisos. De esa reunión salió nominada «la santísima trinidad». La formaban el editor Francisco Herrera Oria, el periodista Julio Moreno Dávila y el linotipista Ramón Ruiz Alonso, y eran la cuota católica en las candidaturas que fracasaron en mayo.

—A mí no me da buena espina —opinó Trescastro—. ¿Sabes lo que hizo ayer después de comer con Basilio?

—Pues no —le contestó Moreno.

—¡Se fue a visitar al cabrón del gobernador civil! —bramó el abogado de Acción Popular—. Fue a ponerse a las órdenes de ese gallego de mierda que nos tiene fritos.

—Esa visita es de protocolo, Juan Luis. No seas bárbaro.

Lo que realmente hizo Campins después de comer fue saludar a los jefes de Cuerpo y dependencias de la guarnición y girar la visita de inspección reglamentaria a los cuarteles de los regimientos de Infantería y Artillería. Allí conoció al otro coronel de la plaza, Antonio Muñoz Jiménez, que lo era del de Artillería, y se dio cuenta de inmediato que ese hombre no era fiar. La química entre los dos militares fue manifiestamente mala desde el principio.

Fue después cuando el general Campins visitó en sus despachos a César Torres Martínez y a Manuel Fernández-Montesinos. Que el comandante militar realizase visitas de protocolo al gobernador civil y al alcalde de la ciudad era una señal inequívoca de su voluntad de no buscar enfrentamientos y de que no estaba en ninguna conspiración contra el Gobierno. A los dos les propuso colaborar lealmente para mantener el orden en la plaza y tenerse informados de cuanto pudiera acontecer en los días siguientes; un compromiso que fue mutuo. Especialmente cordial fue la entrevista con su colega

de lo civil, César Torres. «Téngame usted al corriente, mi general, y cuente con mi colaboración para cualquier cosa que necesite», le dijo al despedirse.

—Ya, ya… será de protocolo —insistió Trescastro—, pero no me fío ni un pelo. Me han dicho que es masón.

En eso también erraba el abogado. Campins no solo no era masón, sino que, como católico muy practicante, tenía notables prejuicios contra la Orden.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo no voy a estarlo? —mintió Trescastro—. Tengo mis fuentes…

Juan Luis Trescastro Medina, aparte de un fabulador y un borracho, era un abogado y terrateniente de Santa Fe que llevaba mucho tiempo en la política local. Se había casado con una rica propietaria de Santa Fe, Amanda Rosales, y se convirtió en concejal del pueblo para más tarde dar el salto a la política provincial. Dejó de ser diputado provincial en el año 22, pero siguió en política con los Roldán, con los que le unía amistad personal, intereses económicos y militancia en el Partido Conservador. Él fue quien echó a don Federico García Rodríguez del consejo de administración de la plaza de toros de Granada, favor por el que el cacique Alejandro Roldán le estaría siempre agradecido.

Con llegada de la Segunda República en el 31, Juan Luis Trescastro se volcó decididamente en todo proyecto político que comportara «sacar a esos rojos de España, y mejor a hostias», como decía en los muchos bares de los que era habitual. De esa época le venía su amistad con el «obrero amaestrado», el salmantino Ramón Ruiz Alonso.

—Más vale que se decida pronto… —deseó Moreno Dávila—, y que esté de nuestro lado.

—¡Por la cuenta que le tiene! —remató Trescastro pidiendo otro coñac al camarero.

Mientras los dos significados derechistas seguían despotricando a la luz de todo el mundo, José Palao caminaba con rapidez por la calle que le llevaba al bar «Pasaje», más conocido por «La Pajarera».

Palao había quedado con Trescastro, al que conocía de cuando el abogado era empresario taurino y con el que, de joven y pese a la diferencia de edad, había compartido farras y copas antes de marcharse a Asturias.

El nombre de Trescastro figuraba en la lista de contactos en Granada que había escrito cuando salió del penal, junto al de su hermano, el banderillero Galadí y otros a los que recurriría para reinstalarse en la ciudad. Al minero le bullía la cabeza y más después de la primera conversación que había tenido con el exaltado y rico Trescastro, que había tenido lugar, como con Galadí, fingiéndose el encontradizo en el portal de su casa.

Por la mente del minero le pasaba de todo mientras se dirigía a «La Pajarera», porque una idea se le iba cuando otra se le venía, y él, cada vez más desazonado, se preguntaba en ese momento si hacía bien en acudir a la cita que le propuso su antiguo conocido después de invitarle a un café y escucharle sus historias.

A pesar de una incipiente desazón interior ante la cita, allí estaba, frente al ventanal de «La Pajarera». No se había dado cuenta de que una sombra escurridiza le seguía a poca distancia sin perder de vista sus pasos. Si se paraba a encender un cigarrillo, su desconocido vigilante lo hacía igual o se quedaba mirando un escaparate. Si dudaba y parecía que sus pasos no tenían dirección, sucedía que detrás de él también había dudas. Miró al fondo del local y vio la inconfundible silueta del corpulento Trescastro.

—Con Llanos Medina no había ningún problema —decía Trescastro justo cuando Palao entraba en el bar—, pero el coronel Muñoz no se fía de él, me lo dijo anoche.

—Espérate, Juan Luis. Es cuestión de un par de días —quiso concluir Julio Moreno—. Las cosas están ya muy atadas y a Campins

no le va a quedar más remedio que encabezar la manifestación, aunque no le guste la música.

—Más vale que sea así. Porque si no… ¡me lo cargo! —sentenció ya casi ebrio el abogado.

—Y yo pienso lo mismo.

Ambos se volvieron sorprendidos hacia la voz que había opinado. A José Palao se le hizo un nudo en la garganta cuando recapacitó fugazmente sobre las palabras que acababa de soltar. Había cruzado una línea de que unos minutos antes no estaba seguro de traspasar.

—¡Hombre… ya has llegado! —celebró Juan Luis Trescastro—. No te hemos visto entrar.

El abogado no se habría dado cuenta de la entrada de José Palao, pero quien seguía al minero anotaba perfectamente con quiénes se entrevistaba su objetivo.

—Si llevo aquí rato —mintió Palao—, pero no quería interrumpiros.

Julio Moreno Dávila miraba a José Palao fijamente, tratando de averiguar de qué madera estaba hecho aquel personaje con fama de contradictorio.

—¿Este es del que me hablaste la semana pasada? —preguntó Moreno al cabo de unos instantes que a Palao se le hicieron eternos.

—El mismo. José Palao —y extendió la mano izquierda hacia el minero— y Julio Moreno —y con el gesto les invitó a un seco apretón de manos.

—¿Y por qué quieres unirte a nosotros? —le escopetó a bocajarro el periodista.

—Ya le expliqué a Juan Luis lo que puedo hacer por vosotros —respondió José Palao.

—Lo sé, me lo ha dicho —explicó Moreno muy adusto—, pero quiero oírlo de tu boca.

—Por mis amistades sé perfectamente quiénes os atacan, y por eso sé siempre lo que tienen preparado contra vosotros —dijo Palao tragando saliva. El minero era consciente de dónde se estaba metiendo, pero no se imaginaba que esa decisión le hubiese

agarrado la boca del estómago y se la estuviese retorciendo con tanta dureza—. ¿Os interesa tener a un infiltrado de confianza que os vaya avisando, o no?

Trescastro le había explicado a Moreno que José Palao era de la FAI, que había salido hacía poco de la cárcel, que estaba sin un duro y que era carne de pasarse de bando a poco que se le empujara. «Puede ser un buen fichaje» —concluyó el abogado para convencer a su amigo—. «Antes habrá que catarle», susurró también Moreno.

—¿Quién nos asegura que eres de fiar? —preguntó el periodista.

—Soy hombre de palabra —terció Palao pestañeando.

Hubo un instante de silencio que aprovecharon los ruidos del bar para entrometerse en la conversación.

—Si es así, tráenos los nombres y las acciones concretas de la próxima huelga de ferrocarriles —dijo Moreno—, y los domicilios de al menos tres indeseables a los que hacer «una visita».

—Dentro de unos días los tendréis —contestó José Palao tragando saliva y aceptando el envite.

—No, José, no te equivoques. Aquí mandamos nosotros —le dijo Julio Moreno—. Los queremos mañana por la noche, a más tardar. Si tu lealtad está con nosotros, lo está desde ahora mismo. Y nosotros no esperamos.

José Palao sintió en sus sienes el latido de un corazón desbocado por la angustia.

—Así lo haré —se rindió el minero—, pero no quiero veros en lugares como este. Desde ahora nuestra relación debe ser más discreta. Es lógico, ¿no?

—Como quieras, *Pepe* —le dijo Trescastro—. A nosotros no nos importa. ¿Verdad, Julio?

—No, en principio no —concedió Julio Moreno—. Pero quiero que sepas, José, que te vigilamos y que lo vamos a seguir haciendo. Aquí no valen jueguecitos a dos bandos. Nos da igual matar a uno que a trescientos. Si lo que traes vale la pena, se te pagará como es debido.

—Mañana comprobaréis que soy hombre de una sola lealtad —mintió Palao acongojado.

—Así lo espero…

—Puedes irte ya, *Pepe*.

Julio Moreno se le quedó mirando, le hizo un gesto con la cabeza y volvió a su encendida charla con Trescastro dando por terminada la entrevista.

—Don Juan Luis, le llaman al teléfono —fue lo que escuchó el minero que le decía el camarero a Trescastro señalándole el teléfono del establecimiento. Al salir vio cómo el abogado se iba hacia el fondo del bar.

Palao salió a la calle conturbado por lo que acababa de hacer, pero el deseo de las cuatrocientas pesetas al mes que le habían prometido por sus delaciones y el saber que le esperaba un rato en brazos de Remedios, una guapísima gitana que acababa de conocer, le alivió los arañazos del estómago.

Encaminó sus pasos hacia el Sacromonte y después de cruzar la Puerta de Elvira y enfilar la cuesta de Alhacaba, se dio de bruces con la torre requemada de la iglesia de San Salvador, una de las que sus compañeros de la FAI habían incendiado en los sucesos de marzo. Los restos de la atalaya le recordaron la de la iglesia de su Órgiva natal. También aquella torre había sido testigo de sus aventuras por la vega que bañaba el Guadalfeo cuando baja la Alpujarra tras las faldas de sus cambiantes novias de entonces. Los recuerdos le iluminaron el rostro: «Entonces no había mujer que se me resistiese», pensó mientras corría a la casa de Remedios.

Se paró para cobrar resuello, le faltaba el aire. La pendiente le había dejado extenuado y antes de subir hacia la Cuesta del Chapiz, que es donde estaba empadronada Remedios, se metió en un bar para recuperar el aliento.

—Un café y una copa de aguardiente —pidió mientras se sentaba en una mesita cerca de la puerta y se secaba el sudor con un pañuelo grande que llevaba en el bolsillo. Al sacarlo se encontró con

los dos duros que le había dado su hermano el día que fue a verle para pedirle dinero. «Ya tengo para el día», se dijo guardándolos otra vez.

Cuando el camarero le trajo la encomienda se bebió de un trago la copa de licor mientras le ponían delante la taza de café con leche.

—¡Tráeme otra! —pidió señalando la copa vacía—, que estoy en ayunas.

Y con el aguardiente entre pecho y espalda, dejó dos reales y en la mesa y se fue a casa de su amiga.

Remedios le abrió la puerta al cabo de un rato de golpear varias veces. La gitana vestía un camisón blanco de algodón, iba descalza y tenía un brillo líquido en sus enormes ojazos negros. Llevaba las manos mojadas y el pelo, encrespado y brillante, le bajaba suelto por la espalda hasta casi la cintura. El escote de la única prenda que vestía la muchacha dejaba mostraba unos pechos generosos cuya aureola morena se insinuaba en las transparencias del algodón fino que la cubría a medias.

—Pasa, *Pepe*. Te estaba esperando —mintió la mujer, ofreciéndole los labios para que se los besara.

Y eso hizo el perturbado minero, que estaba deseando pasearse cuanto antes por el cuerpo de la muchacha. Al cabo de unos minutos, porque Remedios sabía perfectamente lo que quería su amigo, la gitana comenzó a acariciar a su amante, que ya se encontraba tumbado de espaldas en la cama. José se dejaba hacer y, poco a poco, iba perdiendo la conciencia exacta de lo que le pasaba por la cabeza.

—Te tengo que contar una historia de mi pueblo —dijo él por sorprenderla.

—Cállate ahora, *Pepe* —le cortó Remedios, que no dejaba de aproximar su rostro al sexo erguido del minero mientras lo hacía bailar entre sus manos. José Palao esperaba, tenso, a que ese dulce suplicio pasara a mayores, cosa que encontró final en cuanto la

punta de su virilidad expuesta se escondió en la boca carnosa de la gitana.

Sin dejar de arquear sus caderas para apurar las caricias que le ofrecían la lengua y los labios de la mujer, ya no pensaba en otra cosa que en procurar que esos momentos fueran eternos. Remedios, que sabía perfectamente cómo administrarse con los hombres, sorbía y oprimía el que en ese momento era el principal argumento de su inquilino y no recataba caricias, y a ellas añadía pequeños roces de sus dientes, lo que hacía las delicias del sudoroso granadino. Ensimismado en su propio mundo, José Palao no veía que la otra mano de la gitana acariciaba su propio sexo, en una búsqueda segura de un placer cierto, porque dudaba obtenerlo de su cliente.

—No seas tan brusco, *Pepe* —dijo ella levantando la cabeza—. Si sigues con esos movimientos no vas a aguantar mucho —que era precisamente lo que ella quería.

Él no contestó, le sujetó la nuca con firmeza y a pesar de los suspiros de Remedios, que pasaba apuros para respirar, consumó el acto en un paroxismo de resuellos y cerrando las piernas sobre la cabeza de la mujer, dejando que su simiente saliera veloz mientras él se desmadejaba en un suspiro profundo.

La gitana se escabulló de la postura a la que la sometía el minero y antes de que José pudiera hacer nada por evitarlo comenzó a apretar sus dídimos con su mano derecha, mientras que el pulgar de la mano izquierda presionaba su escroto.

—¡Goza sufriendo, cabrón, o aprieto más! —fue todo cuanto le dijo al verle exhausto.

José Palao, al cabo, estiró las piernas y ella dejó que sus órganos, ya laxos, terminaran por aliviarse del todo. Remedios, entonces, reptó sobre su vientre y se sentó a horcajadas sobre él.

—Cuéntame ahora esa historia de tu pueblo —le dijo mientras le dominaba desde arriba.

Él hizo un movimiento para girarla y dominar la situación y Remedios, que no estaba dispuesta a ello, le cosquilleó los pies y José no tuvo más remedio que quedarse en la postura sometida mientras acariciaba, por todo recurso, los pezones de su dueña, que aprovechaba la postura para restregar su sexo sobre el vientre del postrado visitante.

—Ya no me acuerdo —se excusó el desfallecido minero, que ya no estaba para charlas.

—¿No te acuerdas? —dijo ella burlona.

—En la postura en que me tienes —quiso bromear el minero— se me han ido los recuerdos.

—Eres como todos. En cuanto os quedáis a gusto solo pensáis en iros cuanto antes —dijo ella mientras aumentaba la presión sobre su circunstancial amante.

—No seas así, Remedios. Cuando sea rico te tendré como a una reina.

La gitana movió sus piernas y las llevó con parsimonia a un lado para descabalgar a José, pero el minero no le quiso permitir el abandono y su brazo se dirigió con rapidez hacia el sexo de ella, cosa que Remedios, ya satisfecha por sí misma, rechazó de plano.

—Pero… ¿qué estás contando, chiquillo? —preguntó mosqueada y zafándose de su amante ocasional—. ¿Que algún día serás rico y me comprarás un «carmen» para mí solita?

—¡Eso por lo menos, gitana mía! —ofreció él, que quería continuar en la coyunda con la guapísima.

—¡Sal de tus sueños! —le dijo ella levantándose de la cama.

La gitana se puso otra vez el camisón y se le quedó mirando desde los pies de la cama.

—Mira, José. No estoy aquí para que nadie me salve. Ni te lo he pedido a ti ni se lo pediré a nadie. ¿Lo entiendes?

—Pero… —José Palao no entendía la reacción de Remedios.

—*Pepe*, no te confundas —le dijo ella, cada vez más seria—. Gozamos, nos divertimos, bebemos, y ahí acaba todo. No eres el

único que me desea, pero yo no soy de nadie. Mi tesoro es ese… que solo me debo a mí misma. Soy como la Carrera del Darro, por ella pasa todo el mundo, pero nadie se la puede comprar.

—No sabes lo que estás desperdiciando, Remedios. Tengo un negocio entre manos con el que podré ganar mucho dinero.

—¿Qué negocio es ese, rufián?

—No te puedo contar nada porque es cosa muy reservada —José Palao pensaba sacar mucho dinero de su alianza secreta con la cuadrilla de Trescastro cuando las cosas se aclararan.

—No te veo yo en cosas de dinero que no te traigan problemas, José —dijo ella, que no daba un duro por el caletre de su circunstancial amante.

—Es una cosa muy segura, gitana mía, pero necesito que me ayudes un poco para conseguirlo.

—¿Qué quieres? —pregunto ella recelosa.

—Una tontería… que me prestes quinientas pesetas para entrar en el negocio —mintió José que esperaba engatusarla con la historia de su inminente fortuna, sacar el polvo gratis y, encima, coger algo de dinero.

—Se te termina el tiempo, *Pepe* —dijo ella, que lo veía venir, señalándose un inexistente reloj de muñeca—. Paga y vete a tu casa.

—Pero no me eches, mujer. Todavía es pronto.

—No para mí —sentenció la gitana señalando la puerta y cada vez más cabreada—. Vete de una puñetera vez, que aún me queda trabajo.

Los dos duros quedaron en la mesilla y José Palao se vio en la calle. Aún no era mediodía.

—¡Te vas a joder, so puta! —gritó a la puerta de la casa dándose la vuelta—. No pienso volver a verte. ¡Tú te lo pierdes!

José Palao se miró en los bolsillos y vio que solo le quedaban cuatro pesetas. «Tendré que cumplir con Trescastro» —se dijo mirando las monedas.

En ese momento le cagó encima una paloma que había levantado el vuelo desde el tejado de la casa de Remedios Cortés, «La Pocha».

19

11 de julio de 1936 (por la mañana).
Carretera de Madrid a Granada, Madridejos.

—Y no quiero yo para España un sistema como el italiano —declaró el orador refiriéndose al fascismo mussoliniano—, que es, por esencia, perjudicial a los intereses de los obreros porque en él sucede que el Estado tiene la última palabra…

—¡Pues eso ocurre aquí en la Casa del Pueblo, no hace falta irse a Italia! —interrumpió sin permiso el vozarrón del diputado de la derecha.

Todos los bancos de su cuerda rompieron a aplaudir mientras el Presidente de la Cortes llamaba al orden a los levantiscos.

—Su señoría tiene el monopolio de los disparates. Además, yo quisiera —prosiguió el interrumpido— que de esta cámara fuera desapareciendo una costumbre…

—¡¿Cuál?! —volvió a interrumpir el del vozarrón.

—Señor diputado, no está usted en el uso de la palabra. Haga el favor de callarse —le reconvino Santiago Alba Bonifaz, el Presidente de las Cortes—. Don Julián, siga usted en su turno, por favor.

—Gracias, señor Presidente —le contestó el parlamentario socialista—. Soy diputado desde 1918 y cada vez que me levanto en esta cámara tiemblo más y encuentro que hay señores diputados recién llegados —y miró fijamente al del vozarrón mientras hacía una pausa— que demuestran no traer nada en la cabeza ni en el corazón, y que tienen un atrevimiento realmente intolerable.

Los bancos de la izquierda rompieron en un fuerte aplauso y los de la derecha comenzaron un pataleo que no pudo parar el fino Santiago Alba, un conservador abogado zamorano que era un

verdadero demócrata y que se había exilado en Francia durante la dictadura de Primo de Rivera.

—Ya ha vuelto a joderla ese zarrapastroso —comentó a su compañero de escaño el contraalmirante retirado Ramón de Carranza, marqués de Villa Pesadilla, que era representante por Cádiz en las listas de Renovación Española, el partido monárquico, y asistía avergonzado al impropio espectáculo.

—Y que lo digas, Ramón. El «obrero amaestrado» no da para más —le contestó el falangista José Antonio Primo de Rivera, que era diputado independiente por la misma provincia.

Ese día Ramón Ruiz Alonso, el de la voz tonante, había alcanzado «la gloria» en su carrera política. Era el 15 de marzo de 1934 y había protagonizado un enfrentamiento con don Julián Besteiro, el primer presidente de la Cortes republicanas, lo que le convirtió en un tipo popular entre los diputados derechistas.

La mañana del 11 de julio de 1936, Ruiz Alonso recordaba los días de gloria mientras conducía camino a Granada su Buick de segunda mano. El linotipista y exdiputado no cesaba de visitar a Gil Robles, su sempiterno padrino. Su olfato para buscarse la vida en política le llevaba ahora por otros derroteros: estaba dispuesto a meterse hasta el corvejón en el pantanoso mundo golpista que se iba animando por momentos. «Lo que me han quitado las urnas lo he de recuperar por la fuerza», se dijo cuando notó que se le empezaban a acabar los ahorros. No eran lo mismo las mil pesetas al mes que le daban por ir al Congreso que las cincuenta a la semana que le podían pagar como linotipista de «El Ideal».

Cuando pasaba por Tembleque paró a echar gasolina al coche y aprovechó para desayunar en un mesón que había a la orilla de la gasolinera.

—Llénname el depósito, que ahora vuelvo —le dijo al encargado del surtidor mientras se adentraba en el local.

—Ponme un café, una copa de cazalla y un bocadillo de queso… pero que esté muy curado, ¿eh? —ordenó cuando estuvo en la

barra.

—Marchando, señor —obedeció el camarero.

Mientras Ruiz Alonso se pasaba la cazalla de un trago, unos niños se acercaban a ver el aparatoso automóvil.

—¡Niños, no toquéis el coche! —salió a decir en cuanto vio por la ventana que las criaturas se acercaban al vehículo.

«Y pensar que he tenido que hacer de chófer de esos niñatos», se decía recordando su viaje a Madrid con Cirre y los Rosales para ver si los falangistas le fichaban con un buen sueldo. José Antonio Primo de Rivera no tragó, y esa jugada, para su desgracia económica, le había salido mal. Desde entonces «los azules», como les decía despectivamente a los falangistas, estaban en la misma lista en la que el tipógrafo guardaba a los socialistas y a la demás «canalla republicana».

Todo lo bueno de su vida venía de la mano de Gil Robles, antiguo compañero de estudios de su padre en el colegio de los salesianos en Salamanca. A él le debía su puesto de linotipista en «El Debate», lo que más tarde, gracias a su oratoria y su atrevimiento, le valió su traslado como tipógrafo al «Ideal» de Granada, aunque en realidad Gil Robles le envió allí como «comisario político» y para que le cubriera las espaldas a Francisco Herrera Oria, más listo que él, pero más pusilánime. Corría el verano de 1932, Ruiz Alonso ya era un conspicuo derechista y en cuanto llegó a Granada se metió de lleno en el sindicalismo católico de la ciudad y empezó su indiscutible carrera. Allí se instaló con su mujer y su hija, y allí nacieron tres hijos más e hizo nuevas amistades entre lo más selecto del derechismo granadino, en especial con Juan Luis Trescastro, que fue el que le abrió las puertas en la ciudad y, sobre todo, se le puso al lado para ayudarle en lo que hiciese falta. Los lazos de su relación se estrecharon hasta tal punto que cuando nació su hija menor Trescastro se convirtió en su padrino de bautismo. En aquellos momentos de gloria andaba cuando se terminó el bocadillo, pagó dos reales y se fue al coche, al que le estaban limpiando la luna

delantera. Le dio dos duros al gasolinero, se montó en el Buick y volvió a enfilar hacia Granada.

Ruiz Alonso apenas había dormido la noche anterior. Gil Robles le había llevado a una reunión en la que supo que los militares ya estaban organizados para dar el golpe y que Acción Popular los apoyaría. El caso es que llegó a las tantas de la madrugada a la pensión y apenas tres horas después ya estaba sentado al volante, porque quería llegar a Granada antes de que anocheciera. Llevaba veinte minutos en la carretera, con el estómago lleno, cuando se le cerraron los ojos y dejó de controlar los cuarenta y cinco caballos de potencia que su coche guardaba dentro de un motor de 3,7 litros. Cuando se espabiló vio que se le echaba encima un camión e intentó hacerse con el volante, pero el vehículo hizo una maniobra extraña y le golpeó. Frenó como pudo y la máquina de Detroit empezó a derrapar saliéndose de la carretera. Una nube de polvo oscureció la visión y su coche acabó por volcar. El capó no dejaba de humear, el motor escupía chorros de aceite, su puerta estaba encastrada contra el marco y todo el interior estaba lleno de minúsculos cristales astillados. Estaba totalmente magullado, sangraba por la frente y su brazo izquierdo mostraba una clara dislocación. «Dios mío, Dios mío…» era cuanto podía articular. Faltaba un kilómetro para llegar a Madridejos y más de trescientos para llegar a Granada.

Enfrente del desastre estaba parado el camión El oportuno frenazo del conductor del vehículo de carga había evitado el accidente, aunque un golpe fuerte contra el volante le había dañado severamente las costillas.

Cuando Pablo, el ayudante del conductor, de apenas veinte años, dejó a su jefe recostado sobre una rueda se acercó al coche siniestrado para ver qué había pasado.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó ingenuamente el joven.

—Dios mío, Dios mío… —continuaba repitiendo el devotísimo accidentado.

—¿Que si está usted bien, hombre de Dios? —insistió Pablo que al ver que le contestaba, aunque fuera en jaculatorias, se quedó más tranquilo.

—Dios mío, Dios mío… —insistía el cedista.

Pablo no esperó a más invocaciones y echó mano del conductor por los hombros y, como el chaval era fuerte, le sacó del coche por la ventanilla y se lo llevó de allí arrastrándole por el suelo.

—Dios mío, Dios mío… —siguió recitando Ruiz Alonso, cuando le sentó en el suelo.

—¿Pero está usted bien, o no? —preguntó el esforzado socorrista, que estaba a empezando a hartarse de la letanía.

—Pues… no lo sé… la verdad… —apuntó Ruiz Alonso.

—Si contesta, es que está usted mejor de lo que parece —concluyó Pablo, que de tonto tenía poco.

—¿De dónde has salido, chaval? —preguntó el cesante abriendo los ojos entre los chorretones de sangre que le manaban de una brecha sobre la ceja izquierda.

—¡Casi nos mata usted! —recriminó el muchacho—. Mire a mi jefe —dijo señalando al conductor del camión.

—Dios mío… —volvió a exclamar Ruiz Alonso sin mirar al otro accidentado.

—Íbamos a la labor cuando usted casi se nos echa encima —continuó el joven.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó un pastor que tenía el rebaño cerca y se acercó al estropicio.

—Se agradece… —contestó Pablo.

—Pues aquí me tienen, para lo que sea menester.

—Écheme usted una mano para llevar a este buen hombre al camión —pidió el socorrista lleno de buenas intenciones.

—Me temo que este hombre no está nada bien —sentenció el pastor mientras cargaba a sus espaldas a Ramón Ruiz.

—Vamos a tenderle en la parte trasera —propuso Pablo García.

—Mejor será no moverle demasiado —recomendó el pastor, que se apañaba muy bien para los huesos rotos—. Y tú… conduce como si no tuvieras prisa, criatura.

—Sí, mejor voy despacio, porque casi no sé llevar este trasto —dijo señalando el camión.

Valentín, el conductor del camión, mientras tanto, había subido a la cabina por su propio pie y había ocupado el asiento derecho.

—Yo te digo como se hace, Pablo. No te asustes, que es muy fácil.

—¿Quiere acompañarnos usted? —ofreció Pablo al pastor.

—Salvo que le sea preciso, no puedo dejar aquí el rebaño —rechazó Justo Hormigos, que esa era la gracia del ovejero, mientras miraba golosamente los restos del Buick—. Yo tengo cosas que hacer aquí.

—¿Está usted bien? —volvió a preguntar Pablo a su pasajero herido.

—No, no estoy bien.

—¿Cómo se llama?

—Soy Ramón Ruiz Alonso. Iba de camino a Granada.

—Pues hoy no llega usted —sentenció el inexperto conductor antes de arrancar el camión en dirección a Madridejos.

Cuando el Ford arrancó Ruiz Alonso empezó a sentirse peor, tenía náuseas y sentía la fiebre subir.

Quince minutos después entraban en el pueblo manchego camino de la casa del médico.

En cuanto se detuvieron ante la puerta del doctor, Pablo ayudó a Valentín a bajar de la cabina y tres obreros que estaban en la calle se acercaron a echarles una mano.

—Son solo mil pesetas… —decía un conmocionado Ruiz Alonso cuando fueron a bajarle. Estaba febril y se veía que deliraba—, por solo mil pesetas…

—Este hombre está peor de lo que parece. Llamad al médico —pidió Pablo García a sus improvisados ayudantes.

Uno entró a ello y los otros dos ayudaron al recién bautizado conductor a bajar al accidentado. Valentín entró en casa del médico renqueando por sí mismo.

—Este hombre está conmocionado y tiene muchas contusiones, pero no parece que se haya roto nada —diagnosticó, después de reconocerle un buen rato, Joaquín Usera, que era el médico del pueblo y, de paso, el jefe local de Izquierda Republicana, el partido de don Manuel Azaña.

—Mil pesetas… —seguía reclamando Ruiz Alonso en sus desvaríos.

—Se le pasará, no parece grave —concluyó el galeno—. Es cuestión de dejarle reposar.

—Menos mal… —respiró el muchacho—. Parecía que se nos iba a quedar en el camión.

—Por cierto… ¿quién es el herido? —preguntó el médico al muchacho después de limpiar la frente del herido.

—Dice que se llama Ruiz Alonso.

—¿Ramón Ruiz Alonso?

—No me acuerdo…

Joaquín Usera rebuscó en la chaqueta del herido su documentación. Al cabo de unos instantes comprobó la identidad de su paciente. En efecto, era el que había presumido.

Dejó al herido al cuidado de la enfermera que le ayudaba en la consulta y se fue hacia su despacho.

—*Con el señor Bermúdez, por favor* —pidió el médico desde su teléfono particular.

Usera acababa de llamar al jefe local de la CEDA, un propietario agrario con el que el médico tenía una relación cordial pese a las discrepancias en política.

—*Dime, Joaquín* —contestó el hacendado.

—*Mira, Antonio. Tengo en la consulta a uno de los tuyos, que ha tenido un accidente de coche en la nacional*.

—*¿Quién es?*

—*Uno de vuestros diputados… un tal Ruiz Alonso*.

—¡No jodas! Es nuestro diputado por Granada. ¿Está grave?

—No, tranquilo. Un corte en la frente que ya le he cosido, una contusión severa en el brazo izquierdo, sin rotura, y una conmoción, pero nada grave…

—Menos mal… Gracias por avisarme, Joaquín.

—Para eso estamos, Antonio.

—Voy para allá ahora mismo.

—Te espero…

Unos minutos después Antonio Bermúdez entraba en la consulta de su amigo.

Ruiz Alonso había recobrado parcialmente la conciencia y volvió a presentarse otra vez, ahora a su compañero de opiniones. Antonio Bermúdez se hizo cargo de la situación.

—¿Me lo puedo llevar a casa?

—Mejor déjale aquí —le propuso el médico—. Le tendré en observación hasta la hora de comer. Después te llamo, si todo va bien, y pasas a por él.

—Así lo haré, Joaquín. Y muchas gracias, sinceramente.

—No tienes por qué darlas, Antonio. Es mi profesión.

—De todas maneras, Joaquín, gracias otra vez. Tal y como están los tiempos te has portado como un caballero.

Los dos amigos se dieron la mano antes de despedirse.

—Muchas gracias, doctor —es cuanto atinó a decir Ruiz Alonso antes de quedarse dormido nuevamente en la camilla.

En apenas una hora, el cedista de Madridejos había pasado la noticia a Granada, a la sede del partido. Allí buscaron inmediatamente a Trescastro, que lo encontraron en un bar, y el abogado granadino organizó, después de hablar con Bermúdez, que un coche saliera a buscar a su amigo Ruiz Alonso tan pronto como el doctor Usera autorizara el viaje.

Ruiz Alonso llegaba a Granada en el coche de sus amigos políticos la madrugada del día 12 de julio. Allí le esperaba su médico, el doctor Guirao.

20

11 de julio de 1936 (tarde-noche).
Domicilio de Pablo Neruda, «Casa de las Flores». Madrid.

—Señoras…

—… y señores. Existe en la fiesta de los toros una suerte llamada «toreo del alimón», en que dos toreros hurtan su cuerpo al toro cogidos de la misma capa.

—Federico y yo —continuó Pablo Neruda—, amarrados por un alambre eléctrico, vamos a parear y a responder esta recepción muy decisiva.

—Es costumbre en estas reuniones que los poetas muestren su palabra viva, plata o madera —replicó el granadino—, y saluden con su voz propia a sus compañeros y amigos.

—Pero nosotros vamos a establecer entre vosotros un muerto, un comensal viudo, oscuro en las tinieblas de una muerte más grande que otras muertes, viudo de la vida, de quien fuera en su hora marido deslumbrante, nos vamos a esconder bajo su sombra ardiendo, vamos a repetir su nombre hasta que su poder salte del olvido.

—Nosotros, después de enviar nuestro abrazo con ternura de pingüino al delicado poeta Amado Villar, vamos a lanzar un gran nombre sobre el mantel, en la seguridad de que se han de romper las copas, han de saltar los tenedores, buscando el ojo que ellos ansían, y un golpe de mar ha de manchar los manteles. Nosotros vamos a nombrar al poeta de América y de España: Rubén…

—Darío. Porque, señoras… —quiso explicarse Neruda.

—y señores… —continuó García Lorca.

—¿Dónde está, en Buenos Aires, la plaza de Rubén Darío?

—¿Dónde está la estatua de Rubén Darío?

—Él amaba los parques. ¿Dónde está el parque Rubén Darío?

—¿Dónde está la tienda de rosas de Rubén Darío?

—¿Dónde está el manzano y las manzanas de Rubén Darío?

—¿Dónde está la mano cortada de Rubén Darío?

—¿Dónde está el aceite, la resina, el cisne de Rubén Darío?

Llegado a ese punto ninguno de los dos poetas pudo contener más la risa y todos los presentes rompieron a aplaudir.

Pablo Neruda y Federico García Lorca estaban rememorando esa noche para sus amigos el comienzo del discurso que dieron cuando se les ofreció un banquete en el Hotel Plaza de Buenos Aires, el «Pen Club» de la ciudad porteña en 1933. Pablo Neruda estaba allí como cónsul de Chile y Federico acababa de llegar en agosto para estrenar *Bodas de sangre* con la compañía de Lola Membrives. Los dos escritores se habían conocido gracias a Pablo Rojas Paz, que les presentó en su casa en octubre de aquel año.

—Y les dimos un discurso los dos a la vez —explicó el chileno a sus invitados de esa noche madrileña—. «Al alimón», me explicó Federico que se decía, y yo no sabía entonces lo que eso significaba.

—Porque no eres de aquí, Pablo —justificó el granadino.

—Yo tampoco soy de aquí, Federico —terció la anfitriona—. ¿Me lo explicas a mí?

—Queridísima Delia, ¡¿cómo no he de hacerlo para ti, si eres mucho más bella que el feo de Pablo?! —declamó el granadino, que había llegado a la cena optimista y de buen humor, algo extraño en él en la última semana—. Dos toreros pueden torear al mismo tiempo el mismo toro y con un único capote.

—Eso ya lo has dicho al principio —protestó la chilena—. ¿Pero, qué tiene de extraordinaria esa suerte?

—Que esa es una de las pruebas más peligrosas del arte taurino. Por eso se ve muy pocas veces —continuó Federico—. No más de dos o tres en un siglo y solo pueden hacerlo dos toreros que sean hermanos o que, por lo menos, tengan sangre común. Esto es lo

que se llama torear al alimón. Y eso es lo que hicimos Pablo y yo en aquel discurso.

—Hermano mío… —y Pablo Neruda abrazó a Federico García delante de los invitados.

Esa noche de sábado se celebraba en su domicilio madrileño el trigésimo segundo cumpleaños del poeta chileno. Pablo Neruda había llegado a España en 1934, destinado como cónsul en Madrid. Venía con su mujer, María Hagenaar, y con su hija, Malva Marina, y solo su amigo granadino les estaba esperando con un ramo de flores, que levantaba emocionado desde el andén de la estación de Atocha. «Me esperaba él solo, en la estación de invierno. Pero ese hombre era España, y se llamaba Federico».

Algo de premonitorio habían tenido esas flores, porque al poco de llegar a Madrid Neruda le encargó a su también amigo Rafael Alberti que le buscara casa donde instalarse, y lo que hizo el gaditano fue arrendarle un gran piso en la «Casa de las Flores», un soberbio edificio recién construido que debía su nombre a que en las profundas terrazas que daban a la calle de la Princesa, había unas grandes jardineras corridas que estaban cuajadas de flores, especialmente de geranios.

Pablo Neruda y María Hagenaar, *Maruca*, se instalaron allí con su hija después de hacer obras en la casa para aumentar el tamaño del salón y así poder recibir más cómodamente a sus numerosas visitas.

Hoy los amigos de Neruda ocupaban ese salón recrecido, pero ya no estaba allí María Hagenaar, porque el matrimonio se había separado al poco de llegar y ella se había ido a Barcelona con la niña. Quien hacía de anfitriona esa noche era Delia del Carril, la nueva pareja del chileno.

Esa noche, atendidos por Delia y para festejar el cumpleaños de Neruda, estaban en la «Casa de las Flores» los dos poetas amigos más cercanos del matrimonio: Federico García Lorca y Rafael Alberti, que iba con María Teresa León, y estaban también invitados Fulgencio Díaz Pastor, que era diputado de Unión Republicana por

Cáceres y Secretario General de su partido, y Bobby Deglané, un locutor chileno que había llegado a España para trabajar en la radio como animador de combates de lucha libre, de *catch*, como decía él. A Bobby le traía Neruda y a Fulgencio le llevaba Alberti, que estaba a ver si le convencía de que se pasara al Partido Comunista.

Alberti le había propuesto a Neruda que Federico y él se encargarían de preparar un gazpacho, que para eso eran andaluces, y que Delia se ocupara solamente de echar unos solomillos a la parrilla.

—¿Cómo va ese gazpacho, Federico? —preguntó Neruda.

—No nos ponemos de acuerdo —bromeaba Federico—. Los de Granada le echamos más vinagre y menos pan duro que los de Cádiz.

—¿Por qué no ha venido Carlos? —se interesó Neruda refiriéndose a Carlos Morla, el otro diplomático chileno acreditado en la capital. Neruda había invitado a su compañero de oficio, más por compromiso que por otra cosa, y sabía perfectamente de la excelente relación que se traía con el granadino—. Me ha sorprendido.

—No podía —mintió Federico, que se daba cuenta de que Neruda le estaba sonsacando—. Bebé tenía cerrado un compromiso desde hacía dos semanas en casa de otros amigos y, además, se van mañana a Alicante.

—Gran mujer Bebé, ¿verdad? —dijo el chileno, que se perdía tras las faldas.

—Pues sí, Pablo. Aunque yo la veo de otra manera a como lo haces tú —le contestó Lorca con una punta de ironía en las palabras.

La verdad es que Morla y su mujer podían haber acudido perfectamente a la cena porque no había tal compromiso, pero —y eso solamente lo sabía Federico— Morla no soportaba a su colega. «Pablo es de un egoísmo y de un ensimismamiento abrumador —le había dicho al granadino en confidencia—. Y sí, reconozco que es un gran poeta, pero su persona no es poética».

Tampoco *Bebé* soportaba a María Teresa León. Inteligentes, extraordinariamente capaces las dos, y con un gran gusto por los hombres, aunque por razones muy distintas, lo cierto es que las dos mujeres no se aguantaban. *Bebé* era la discreción hecha carne en sus amoríos, porque nunca le faltó al respeto a su marido con ningún escándalo, y María Teresa, sin embargo, gustaba de enseñar la colección de sus trofeos, para sufrimiento del gaditano. La común militancia apasionada en el Partido Comunista era, en realidad, lo que mantenía unido al matrimonio del andaluz con la riojana, por encima de las tormentas de los amores garduños.

—¡Venid, daos prisa! —gritó Federico desde el salón, donde estaba ayudando a las mujeres a preparar la mesa.

El granadino llamaba a todos con la oreja pegada al aparato de radio que tenían al lado de la estantería:

«*Esta tarde un grupo de falangistas armados* —declaraba el locutor de la "Unión Radio" madrileña—, *han asaltado los estudios de Radio Valencia en la calle de Juan de Austria*».

El locutor daba cuenta de que hora y media antes, sobre las ocho de la tarde, un comando falangista al mando de Manuel Ortuño, el jefe local de milicias del partido de José Antonio en la ciudad del Turia, había entrado en la emisora, encerrando a sus empleados y colgando de las ondas su proclama:

> *«¡Aquí Unión Radio Valencia!*
>
> *En estos momentos Falange Española ocupa militarmente la emisora de Unión Radio de Valencia y Teléfonos. Mañana estarán intervenidas todas las emisoras y todas las centrales de comunicación de España.*
>
> *¡Arriba el corazón!*
>
> *Dentro de unos días saldrá a la calle la revolución nacionalsindicalista. Aprovechemos este servicio para saludar a todos nuestros correligionarios.*
>
> *¡Arriba España!».*

Esa había sido literalmente la declaración del jefe del comando.

«*Los asaltantes abandonaron las instalaciones* —continuaba el periodista radiofónico— *cubiertos por dos escuadras de apoyo minutos antes de que llegaran los efectivos de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto*».

—¡Joder,… cómo se están poniendo las cosas! —dijo el diputado republicano, que estaba al lado de Bobby Deglané.

«*Una hora después* —seguía el locutor— *una improvisada manifestación ha asaltado e incendiado los locales de la Derecha Regional Valenciana. También han penetrado los manifestantes en la sede de la patronal y en el* Diario de Valencia*. Seguiremos informando*».

—Y peor que se van a poner —sentenció Alberti, que no se había descompuesto ni un ápice.

Lorca, en cambio, había perdido en un instante la jovialidad que llevaba encima esa tarde. Un rictus de preocupación se le ciñó en la frente.

—¡Quita esa puta radio! —gritó el granadino echándose manos a la cabeza.

«*Noticia de alcance* —volvió a declamar el periodista antes de que la mano de Delia apagara el aparato—. *Nos llega a nuestra redacción comunicación telefónica de nuestro corresponsal en Roma que anuncia que las tropas italianas de Benito Mussolini han invadido esta mañana, de madrugada, el territorio de Abisinia, a la misma hora que el ejército alemán entraba en Renania*».

—¡Quítalo, por favor! —volvió a gritar García Lorca, dejándose caer desmadejado en un sillón.

Delia desconectó inmediatamente el receptor. Un espeso silencio se hizo en la habitación.

—El fascismo avanza en Europa, amigos —sentenció Alberti.

—Aquí también… —ayudó su mujer, que estaba al corriente de todos los episodios de esos días.

La verdad es que la situación política del continente se estaba convirtiendo en explosiva por momentos, y Madrid no se quedaba al

margen.

El día 9 de julio la policía había detenido en la calle de Alcalá a cinco sindicalistas de la CNT que iban armados y formaban un piquete incitando a la huelga de la construcción, que en Madrid seguía convocada por los dos sindicatos de izquierdas; a la vez explotaban cuatro artefactos en una obra de la calle Bravo Murillo.

Al día siguiente, el 10, la policía registraba la sede de Renovación Española y arrestaba a varios de los afiliados que se encontraban allí en ese momento. Eso sucedía horas después de que Rafael Pelayo, de 16 años, fuera detenido por el asesinato del falangista José Sánchez Gallego.

Como cosa extravagante se sabía que ese mismo día el alcalde de Vimanzo, en La Coruña, había tenido encerrados en una cuadra de su pueblo a ocho clérigos que habían ido a un funeral; les había acusado de reunión clandestina cuando comían en la casa del párroco.

Para colmo, esa misma mañana, el Director General de Seguridad, Antonio Mallols[5], había informado a «Unión Radio» que se estaban deteniendo falangistas en toda España y que se había registrado la sede central del partido de José Antonio en el número 1 de la madrileña calle del Marqués de Riscal, llevándose detenidos a varios afiliados «por uso ilícito de armas cortas».

—¡Vaya tangana que se tienen acá! —Bobby Deglané estaba sorprendido por lo escuchado en la radio.

—El peligro ahora mismo son los falangistas —quiso explicarse Alberti, que estaba más a gusto entre los manifiestos que entre los versos—. Ellos son el fascismo.

—No Rafael, los falangistas no son el problema, ellos son solo la mano de obra de lo que está detrás —quiso explicar Fulgencio Díaz —. Los de José Antonio no son nada en este momento: están descabezados y no les queda otro camino que recomponerse y tragar…

—Tragar… ¿el qué? —terció la León.

—Lo que les echen, María Teresa. Lo que les echen.

—¿Por qué dices eso? —la mujer de Alberti no podía aceptar del demócrata republicano argumentos que no vinieran suscritos por el «Pravda».

—Porque en España no hay fascistas… al menos todavía. Lo que hay son señoritos, y lo de José Antonio no pasa de ser la rabieta de un niño descastado, que está cabreado por lo que el Rey le hizo a su señor padre y si pudiera, que no puede, le gustaría ser como Mussolini. José Antonio es republicano, no lo olvides, y las derechas de aquí son monárquicas hasta los huesos.

—¿De quién tienen que tragar, entonces?

—De los militares, amigos —aclaró el extremeño—. Ellos son los que van a reventar esto, son los únicos que pueden hacerlo. Aquí no ha salido ningún Mussolini… ni saldrá. Figuraros al gordo de Gil Robles disfrazado de uniforme por mucho que le llamen «Jefe» los de sus juventudes; sería ridículo. ¿Os imagináis a los caciques pidiendo un estado sindical? ¿Veis a los de la CEDA nacionalizando la banca o quitando a los curas de en medio? Eso es el verdadero fascismo, Rafael, y las derechas españolas no están por la labor, son demasiado antiguas todavía. Los militares darán un golpe cuando estén de acuerdo entre ellos, y las derechas irán detrás.

—Eso que dices atufa a reaccionario… —objetó María Teresa León que no se salía del catecismo estalinista.

—Es que soy un socialdemócrata, amiga mía —le contestó burlón el cacereño—. Para vosotros los comunistas, un vil reaccionario menchevique. Se dice así,… ¿verdad?

Alberti y su mujer no quisieron entrar al trapo.

—Es que los comunistas sois tremendos —dijo Federico sacando de entre las manos la cabeza. Tenía los ojos a punto de reventar en lágrimas—. ¡Solo os interesa vuestra jodida revolución!

—Es la revolución de la clase obrera, no la nuestra —justificó la León, tan pedagógica como siempre—. Nosotros somos solo su vanguardia.

—¿La revolución de los pobres? —preguntó Federico.

—Sí, Federico… la de los pobres —le concedió Alberti.

—¿De todos los pobres? —insistió el granadino.

—Claro, Federico… de todos los pobres —«Este hombre es tonto», pensó la León, que entendía que el gaditano contestaba a su amigo como quien responde a un niño enrabietado.

—Entonces no es mi revolución, camaradas. Yo soy del partido de los pobres buenos, solo de los pobres buenos. ¡Y estoy harto de tanta palabrería!

La verdad es que el conturbado granadino tenía motivos para estar harto. Los comunistas le apretaban cada vez más para que diera el paso definitivo y tomara el carné rojo, pero Federico no se dejaba. Alberti, Neruda y Ugarte eran los más persistentes.

Aunque García Lorca había aceptado inscribirse en la Asociación de amigos de la Unión Soviética y contribuía de buen grado a favor del «Socorro Rojo», sus divergencias con los estalinistas eran cada vez más pronunciadas. La gota que colmó el vaso fue cuando se negó a acudir, el 30 de junio, al homenaje a Máximo Gorki que había montado en Madrid la «Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura». Lorca había aceptado firmar el telegrama de pésame al Gobierno soviético, pero se negó a acudir al Teatro Español, donde Dolores Ibarruri iba a dirigir la palabra a los firmantes. «Yo soy un antifascista convencido —dijo Lorca a Alberti para justificar su ausencia—, pero no soy comunista. No quiero levantar el puño».

—¡Yo no quiero estar en vuestra guerra ni en ninguna guerra!

—Eso no vas a poder evitarlo —profetizó Delia, que también era comunista.

—¿Por qué, Delia? ¿Por qué? —Federico se sentía rodeado.

—Porque las guerras, si son revolucionarias, traen la libertad a los pueblos —sentenció la argentina sin descomponerse un pelo.

—Mira, Delia —dijo Lorca, que no estaba dispuesto a que le adoctrinaran allí mismo, y menos sin cenar—, las guerras lo que traen siempre, te lo juro por mi madre, es la muerte. Solo la

muerte… y no de los generales, sino de la gente común, de los pobres.

—¿De «tus» pobres? —terció burlona la escritora consorte, que se veía obligada a meter baza.

—Sí, María Teresa —replicó—. De «mis» pobres… ¡y de los tuyos!

Otra vez el silencio se hizo en la habitación. Solo el olor de los geranios aliviaba un ambiente tan cargado. La soterrada rencilla empezaba a enrarecer el ambiente de la reunión.

—¿Dejamos estas pendejadas y nos vamos al gazpacho? —propuso Deglané, que era muy de derechas y no estaba por el debate.

—Sea… —concedió Lorca—, aunque ni en eso nos hemos puesto de acuerdo Rafael y yo. Y os voy a explicar por qué: hay dos andalucías… —y el poeta se fue hacia el comedor revelándoles a todos su peculiar teoría sobre «los gazpachos, una forma sublime del arte popular andalusí».

El gazpacho, que resultó excelente, les encantó a los chilenos por desconocido y dio paso a una conversación más frívola y relajada, y como a excepción del diputado y el locutor los demás eran de las letras, la cosa derivó a las peculiares guerras intestinas de la república literaria, donde no se vierte sangre, pero sí se despellejan envidias. Y en eso Lorca era un artista, con lo que censurando a los colegas recuperó en parte el buen humor con el que había llegado a la «Casa de las Flores».

Pese a que los chascarrillos entre escritores disipasen la tensión de antes de la cena, a Lorca no se le iba el runrún de la cabeza. «¿Qué debo hacer? —se preguntaba para sus adentros—. ¿Quedarme en Madrid, o marcharme a Granada?». Y en eso Federico se comportaba como las viudas, que piden consejo a todos y a nadie hacen caso.

A su amigo Buñuel ya le había preguntado si debía quedarse en Madrid hasta que saliera para México o irse antes a su tierra. «No vayas a Granada. Se huele un golpe de Estado y si esos cabrones se

echan a la calle estarás más protegido en Madrid», le señaló a las llanas el bravo y genial aragonés.

Y lo mismo le había dicho el escritor falangista Agustín de Foxá, con el que se llevaba muy bien. «Si estás empeñado en marcharte no te vayas a Granada, Federico». «¿Y a dónde voy?», le preguntaba Lorca. «A Biarritz, Federico, a Biarritz, que allí no va a pasar nada».

La verdad es que esos días, con la excusa de las vacaciones de verano, la costa vascofrancesa se estaba llenando de españoles con recursos que no querían estar localizables cuando explotase lo que ellos mismos habían cebado desde que las derechas perdieron el gobierno. El financiero contrabandista Juan March, el más activo de ellos, había sentado allí sus reales y a golpe de talonario iba allegando las voluntades militares necesarias, la de Franco especialmente, para que repusieran «las cosas en su sitio».

«¿Y yo, qué pinto en Biarritz? —le decía a Foxá el dubitativo granadino—. Por lo menos en Granada escribo, que es lo mío». «Además soy amigo de tu jefe, que lo sabe todo el mundo. Si ganáis vosotros a mí no me pasará nada, ¿verdad?». «Mira, Federico, vete a Biarritz que estarás más seguro. Si te quedas en Madrid tu amistad con José Antonio te puede dar problemas», le insistió Foxá antes de despedirse de él y recomendarle que si se iba a Biarritz llamara a Antonio Marichalar, que ya estaba allí de veraneo.

Después de acabar con los solomillos y de que la cordialidad se sentara de nuevo en el salón de los Neruda, Federico volvió a lo suyo:

—¿Creéis verdaderamente que los militares van a lanzarse a la calle?

—Sí, Federico —sentenció Fulgencio Díaz Pastor, que había repetido un rato antes, como si los hubiera copiado, los argumentos que desgranó Fernando de los Ríos en casa de los Morla—. La situación es insostenible, los falangistas siguen provocando y los sindicatos tampoco se cortan. Esto es una espiral, y el Gobierno no

controla la situación. Esto va a terminar fatal y es solo cuestión de días.

—Falta dirección política —le apostilló Neruda, a lo que Alberti asintió con la cabeza.

—Si el Partido Comunista…

—No empieces otra vez, Rafael —le cortó el extremeño—. Tu partido es también parte del problema. Para vuestro jefe ruso no sois más que unos peones en su juego.

—Pero el fascismo… —quiso protestar Alberti.

—¿Qué fascismo? —el extremeño, que era un tipo juicioso, no se dejaba acoquinar por el fervoroso gaditano—. ¿No es fascista fusilar a los compañeros disidentes?

El bravo extremeño se refería a cómo Stalin, ese mismo año, hizo detener, procesar y ejecutar a dieciséis miembros importantes de la dirección del partido comunista.

—No empecéis otra vez —quiso templar Deglané, que huía de la política como un gato del agua fría.

—No merece la pena —ayudó Delia del Carril[1], que tampoco quería más broncas de las necesarias.

—¿Entonces,… yo qué hago? —les preguntó Lorca—, ¿me quedo aquí o me voy a Granada?

—Quédate en Madrid. Aquí estás más protegido; tienes muchos amigos y, además, los militares lo tienen en la capital más difícil que en Granada —profetizó el diputado.

—Sí, Federico —apostilló Neruda—. Quédate aquí. En ningún lugar, estarás más seguro que en Madrid. Nosotros estamos organizando las milicias del partido para defender la República.

—Además, no te podrías ir, aunque quisieras —quiso profetizar Deglané.

—¿Por qué no, Bobby? —esa intervención había sorprendido al granadino, que no esperaba del locutor ninguna opinión política.

—Porque no te lo permitirían ni «El Troglodita Enmascarado» ni «El Estrangulador Abisinio» ni, menos aún, «El Orangután Siniestro»,

que es el peor de todos.

—¿Y esos, quienes son? —preguntó Lorca mientras todos rompían a reír por la ocurrencia del chileno.

—¡Son los mejores luchadores que hay en España! —explicó el locutor, rompiéndose en carcajadas—. Habrá un combate de *catch as catch can* en el Circo Price el próximo día 18 y yo la retransmito para la radio. Estáis todos invitados.

—¡Iremos todos a reñir con «El Troglodita Enmascarado»! —mintió el poeta encajando la broma. Pero en su fuero interno ya había decidido irse a Granada.

21

12 de julio de 1936 (tarde-noche).
Plaza de Toros de las Ventas, domicilio del teniente Castillo en Augusto Figueroa y Cuartel de Pontejos.
Madrid.

—Tienes que tener cuidado, camarada.

—¿Por qué?

—Porque sabemos que van a por ti.

—Eso también lo sé yo, Leonor. No soy el único… y no es la primera vez.

—Ya, ya lo sé, José. Pero es que tengo que avisarte de que tienen algo preparado contra ti… esta noche.

Leonor Menéndez, una joven militante de las Juventudes Socialistas Unificadas, había seguido al guardia de Asalto José Castillo hasta la plaza de toros de Las Ventas para darle el aviso de lo que se cocía contra él.

—Siempre tienen algo preparado contra mí —quiso desdramatizar el joven oficial—. Me viene en el sueldo… y más desde que sustituí a Faraudo.

José del Castillo Sáenz de Tejada era teniente de la Guardia de Asalto a las órdenes del capitán Antonio Moreno, en la Segunda Compañía del grupo de quinientos guardias que se acuartelaba en Pontejos, al lado de la Puerta del Sol, al mando del comandante Ricardo Burillo. Además, el teniente Castillo compaginaba ese empleo con el de instructor de las milicias de las JSU desde que pistoleros falangistas habían asesinado el 7 de mayo al capitán de la Guardia de Asalto Carlos Faraudo, que fue su antecesor en el cargo por expresa voluntad de Francisco Largo Caballero. Castillo instruía a

los jóvenes socialistas en los asuntos militares, y sus reclutas, creyéndose en la obligación, le prestaban servicio de escolta y de contravigilancia. Por eso se había presentado Leonor Menéndez en la plaza de las Ventas.

—Pero esta vez parece que van en serio.

—¿No fueron en serio las otras veces, Leonor?

José Castillo se refería a que la policía había requisado una lista negra en el registro de un local falangista donde detrás de Faraudo, que la encabezaba, venía su nombre delante del de Hidalgo de Cisneros, un piloto aristócrata que era comunista, y de los del teniente de Asalto Máximo Moreno y del capitán de Artillería Urbano Orad de la Torre. En total, catorce nombres de militares republicanos y antifascistas, todos miembros de la UMRA, que las milicias falangistas habían marcado como objetivos.

Los falangistas ya habían intentado asesinarle en dos ocasiones La primera fue en la calle León Bonat, cuando Castillo estaba en casa de su hermano Francisco. Le esperaban a la salida del domicilio unos individuos que merodeaban de un lado al otro de la calle, pero que fueron interceptados y salieron por pies gracias a los muchachos de las JSU que vigilaban la visita de su instructor. La segunda vez, pocos días después, los dos hermanos Castillo habían ido a tomar café al bar «La Montaña», en la Puerta del Sol Mientras los hermanos estaban en el bar, dos individuos entraron y tomaron asiento a cada lado. Al poco uno perdió los nervios y salió por pies gritando: «No puedo hacerlo, no puedo»; y el otro se fue detrás al instante. Esta vez también fueron los chavales de las JSU quienes bloquearon el fallido atentado reteniendo a los fuguistas, que acabaron confesando sus intenciones.

—Desde luego que sí, pero se rajaron, camarada. Y nosotros te estamos cubriendo las espaldas —respondió orgullosa la muchacha, que no tendría más de veinte años y de la que nadie hubiera sospechado que llevaba en el bolsito una pistola del calibre 9.

Leonor era una chica de clase media que estudiaba magisterio, una de las pocas mujeres que se habían encuadrado en las milicias armadas de las JSU y que estaba decidida a todo «para luchar contra el fascismo». Lo que no sabían ninguno de los dos es que había habido un tercer intento de asesinato. Alcázar de Velasco, un pistolero falangista y presunto escritor, había recibido la orden de montar un operativo para acabar con la vida de José Castillo. El atentado había estaba previsto para la mañana del 9 de julio, y ese día Alcázar de Velasco y tres compañeros suyos, entre los que estaba Dionisio Ridruejo, esperaban en una taberna de la calle Barbieri a que pasara su objetivo. Lo tenían todo preparado, incluso habían amartillado ya sus pistolas «Astra», cuando llegó un tal Aldasoro que traía una contraorden de ultimísimo momento: «Dice la jefatura que hay que detener la ejecución del cabrón ese». Alcázar de Velasco se quedó con las ganas, Ridruejo respiró aliviado y Castillo tuvo tres días más de vida.

—Los falangistas no están en condiciones de intentarlo otra vez —dijo Castillo para quitar hierro al asunto.

—Esta vez no son los falangistas —dijo Leonor.

—¿Entonces? —eso sí que había sorprendido a Castillo.

—No sé más, camarada. Esto es todo lo que me han explicado, que no son falangistas los que andan a por ti. Tagüeña me ha ordenado que te avisara cuanto antes. No me ha dicho nada más.

Manuel Tagüeña era licenciado en Físicas, comunista y de origen aragonés, que dirigía las milicias de las JSU porque había sido oficial de complemento en las Milicias Universitarias en su época de estudiante. Era un buen amigo del difunto Faraudo y también lo era de Castillo.

—Está bien, Leonor —zanjó Castillo—. Me doy por avisado. Muchas gracias.

—De nada, camarada —correspondió la muchacha saliendo del burladero en donde habían despachado el asunto.

Castillo llevaba un traje cruzado *beige*, con corbata azul de seda, y ella lucía un conjunto exclusivo de los de «Asunción Bastida». Para cualquiera que hubiera reparado en ellos parecían una pareja de jóvenes burgueses, porque tanto él como ella vestían de domingo, a la manera que lo hacen los jóvenes de esa clase.

Cuando la muchacha salía de allí cruzó una mirada de inteligencia con tres jóvenes que estaban en el patio de caballos, donde les había colado un compañero de las JSU que trabajaba en «La Monumental». Ninguno quitaba ojo al militar de paisano, que se quedó solo en el burladero interior.

En ese momento el diestro entraba a matar al primer morlaco de la tarde, un bicho de más de seiscientos kilos, a pocos metros del refugio de Castillo. Eran casi las cinco y media de la tarde. La plaza estaba rebosante de público y la tarde era esplendida, y más en los tendidos de sombra, que era la zona en que se había instalado el de Asalto, al que le bastaba enseñar su documentación para entrar gratis en el espectáculo.

Un súbito dolor fortísimo cruzó el pecho del oficial justo en el momento en que el estoque del torero buscaba el corazón cansado de la res. Mientras el animal se desplomaba, a José Castillo le vino un desvanecimiento que se le instaló en el ánimo con un sudor frío que le perló la frente en un instante. El oficial no pudo menos que contraerse sobre el burladero.

—¿Estás bien, José?

Quien se interesaba así por Castillo era Alfredo León Lupión, otro oficial de los de Asalto del cuartel de Pontejos que estaba de servicio esa tarde en el coso. El uniformado, que recorría el pasillo de los burladeros, se acercó a su compañero de paisano cuando vio el repentino encogimiento de su amigo.

—Sí, Alfredo. No es nada —contestó Castillo recomponiendo la figura. El dolor había desaparecido, pero un extraño malestar en el alma, ese desasosiego sudoroso que le había quitado el color de la

cara y el ánimo de espíritu, se le había quedado en el cuerpo. Y se le notaba.

—¿Cómo que no es nada, *Pepe*? —insistió el uniformado de Asalto —, si estás blanco como el papel.

—Te digo que no es nada. Será algo que me ha sentado mal de la comida —mintió Castillo, que intuía que lo que le había lacerado antes no era nada de su cuerpo, sino algo más profundo, algo que barruntaba y no sabía definir.

—Pues tienes muy mala cara —remachó Alfredo León.

En ese momento una nube oscura, de esas que anuncian tormenta, se interpuso entre el astro del cielo y el pequeño sol de albero en que el toro muerto dejaba un rastro de sangre mientras los caballos arrastraban su cadáver. Esa pérdida de luz momentánea fue la señal que le faltaba a Castillo para perturbarle del todo.

—Bueno, me voy —dijo Castillo saliendo de su refugio de madera pintada—. Esta noche entro de servicio y quiero aprovechar antes para dar un paseo con mi mujer.

—Como quieras, José. ¿Necesitas algo?

—No, nada, Alfredo. Muchas gracias.

—Guardias, acompañen al teniente a la salida —ordenó León Lupión. Mientras José Castillo tomaba un taxi camino de su casa, Federico García Lorca se levantaba de la siesta en la calle Alcalá. Eran las seis en punto de la tarde.

Había quedado en leer esa noche su *Casa de Bernarda Alba* en el domicilio del doctor Eusebio Oliver, el médico de su padre, y después en cenar con el matrimonio y los demás invitados a la lectura. Esa noche tenía que pasar su prueba de fuego, porque en esta ocasión no se trataba de aristócratas ociosos y señoritas casaderas los que iban a escucharle, sino sus compañeros de oficio, escritores como él.

El juicio de sus colegas era el examen pendiente, porque si bien tenía éxito con el público, y las grandes actrices se disputaban su teatro, a él le faltaba un reconocimiento, el de los que formaban opinión en la muy cruel república de las letras. Jorge Guillén,

Dámaso Alonso, Pedro Salinas y Guillermo de Torre —el crítico literario— iban a ser sus jueces esa noche. Solo faltaría Gerardo Diego.

En el momento en que Federico García Lorca iba al baño a afeitarse, el teniente José Castillo pagaba el taxi que le había llevado a su domicilio Allí le esperaba su mujer, Consuelo Morales, embarazada de su primer hijo.

—¿No te ha gustado la corrida? —preguntó ella después de besarle y comprobar que era muy pronto todavía para que hubiera terminado el festejo.

—No, no eso. Es que quería volver pronto para que saliéramos a dar un paseo.

Otro beso en los labios fue el premio de Consuelo a esa atención de su marido.

—¿Estás bien, José? —preguntó ella cuando notó que los labios de su marido estaban fríos y que el militar apenas le había correspondido como normalmente hacía.

—Sí, Consuelo. Debe ser el calor —mintió el oficial, que no pensaba explicarle a su mujer algo que ni él mismo sabía poner en claro, pero que le tenía el ánimo en turbio.

Si Consuelo hubiese podido preguntar al teniente Alfredo León en vez de a su propio marido hubiera salido de dudas. León Lupión, que había servido en Marruecos y había luchado en el frente contra las *harkas*, sabía que lo que había encontrado en la cara de su amigo lo había visto antes en África. Y no una, sino muchas veces. Alfredo León sabía que cuando un hombre va a morir algo le avisa para que el candidato al sudario sepa que la última hora le persigue.

—Espera un momento, que me termino de arreglar y salimos a pasear —dijo Consuelo escapándose hacía el dormitorio.

José Castillo se quedó en el salón, encendió un cigarro y sin saber porqué repasó su vida. Había nacido en el año 1900 en Alcalá la Real, un pueblo de Jaén, y era hijo de Valeriano del Castillo, un abogado liberal, y de Cariño Sáenz de Tejada, una aristócrata vasca.

Tenía siete hermanos más, tres varones —Valeriano, Pedro y Francisco— y cuatro hembras —Atocha, Griselda, Dolores y Laura—. Estudió en su pueblo y más tarde en el colegio del Sagrado Corazón de Granada, donde coincidió con Federico García Lorca, aunque era tres años mayor que él. Como sus hermanos Valeriano y Francisco se hizo militar y fue destinado a África, donde pasó tres años y fraguó amistad con Fernando Condés, a quien debía su afiliación socialista y la incursión en el mundo de las logias. Le enviaron a Asturias para reprimir las revueltas de 1934, pero cuando le ordenaron disparar contra los obreros, plantó cara a su superior y se negó. Lo que le costó un consejo de guerra y la condena a un año de prisión en la cárcel militar de Alcalá de Henares. Cumplida la pena, las cosas no volvieron a ser como antes y por eso solicitó su traslado en la Guardia de Asalto, donde ingresó el 12 de marzo de 1936.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de lo deprisa que habían ido las cosas desde que salió de la cárcel y cambió el caqui de los de Infantería por el negro de los de Asalto.

—¿Nos vamos, José? —preguntó Consuelo volviendo al salón. Ya estaba arreglada e iba verdaderamente hermosa, con un traje de seda y gasa adornado con un pequeño broche de flores en el hombro derecho.

—¿Dónde quieres ir, mamá? —José llamaba así cariñosamente a su mujer desde estaba embarazada.

—Me apetece una horchata en «El Comercial». Es un antojo —dijo ella sonriendo y poniéndose la mano derecha sobre el vientre.

—Pues que no pase sed el crío —bromeó el teniente acariciando también el vientre de su esposa.

Cuando doblaban la esquina de Augusto Figueroa con la calle Fuencarral para enfilar hacia la glorieta de Bilbao, Federico García Lorca salía del portal de su casa en la calle de Alcalá para dirigirse al domicilio del matrimonio Oliver. Eran las siete menos cuarto de la tarde, y al poeta le esperaban a las siete.

La lectura de aquella noche iba a ser una despedida. Quería irse de Madrid cuanto antes, quería regresar a la huerta de sus padres, volver a sentirse arropado por la fragancia nocturna de las damas de noche que le embriagaban el sueño cuando dejaba el balcón abierto a las noches de julio y a la luna de sus versos —«*Flor de jazmín y toro degollado. Pavimento infinito. Mapa. Sala. Arpa. Alba. La niña finge un toro de jazmines y el toro es un sangriento crepúsculo que brama*».

Esa noche madrileña de julio demediado iba a ser su último paseo en el ruedo de la sangre y las luces canallas. Esa noche iba a ser su vuelta triunfal al coso con los versos en la mano. A continuación, se iría a América, después de hablar con su madre: la única que iba a entenderle, la única que lloraría por él cuando el barco se lo llevara de Cádiz, la única que justificaría ante los demás lo que su padre, sin duda, nunca iba a comprender.

Cuando García Lorca llegó a casa de Eusebio Oliver ya estaban todos esperándole. En el Madrid literario se sabía de la última obra de Lorca y había verdadera curiosidad entre sus amigos por oírla de sus labios.

—¿Con esto cierras la trilogía? —le preguntó La Torre después de los saludos de rigor y mientras el médico y su mujer llevaban refrescos para todos.

Las nubes se habían ido hacía un rato y ahora la canícula se extendía sobre los térreos tejados madrileños con la fuerza de un verano que estaba resultando inmisericorde.

—No, Guillermo —respondió Federico—. *La Casa* no es una tragedia, es solo un drama porque ninguno de los protagonistas se opone al destino.

—¿Entonces, tu trilogía trágica…? —preguntó el crítico literario.

—Estoy en ello —le contestó el poeta, que no quería dar muchas pistas—. Con *La Destrucción de Sodoma* cierro lo que inicié con *Yerma* y *Bodas de sangre*.

—¿La vas a llamar *La destrucción de Sodoma*?

—Pues sí —fue todo cuanto explicó Federico, que también sopesa nominar como *Las hijas de Lot* ese trabajo.

La Torre quería sacar algo más en claro, y el autor no pensaba soltar prenda. El de Granada ya tenía las primeras cuartillas de la obra, pero pensaba darle un empujón durante su inminente viaje a México.

—No le entretengas, Guillermo —terció Jorge Guillén—, que estamos impacientes.

Lorca agradeció el quite de su compañero. No tenía el cuerpo para jotas. Y si leer *La Casa* ya se le hacía cuesta arriba en esos momentos, meterse a filosofar sobre sus tragedias andaluzas no era lo que más le apetecía.

—Eso está bien, Jorge —remató Oliver—. Estamos todos ardiendo en curiosidad.

—¿Queréis que empiece ya? —ofreció García Lorca sentándose en un velador que le habían dispuesto para la lectura.

—Desde luego, si estás preparado… —solicitó el anfitrión.

—Quiero pedirte un favor antes, Eusebio.

—Tú dirás.

—Echa las cortinas y procura que no entre luz en el salón, te lo ruego. Prefiero leer a oscuras, solo necesito una lamparilla aquí —dijo señalando el velador.

«Ya empezamos con sus extravagancias», pensó Dámaso Alonso, que no congeniaba demasiado con su colega granadino.

—¿Y sabéis por qué? —se encaró Federico con sus lectores.

—Pues no… —le contestó Pedro Salinas.

—Porque en *La casa de Bernarda Alba* todo ocurre de noche, cuando los muertos se levantan…

—¿Te vale esta? —le preguntó Oliver, que le acercaba una lámpara que había cogido de la mesilla de su dormitorio.

—Me vale, Eusebio. Muchas Gracias.

Un minuto después, en un salón a oscuras, apenas alumbrado por las brasas de los cigarrillos y el pequeño haz de la lamparilla,

Federico García Lorca volvía a encarase con el drama nacido días antes en casa de los Yebes.

A las ocho y media, mientras Federico seguía paseando la mirada sobre la voz de sus personajes, el matrimonio Castillo volvía a su casa de Augusto Figueroa.

—Te voy a preparar tu cena, José —dijo Consuelo cuando entraron en el piso, que en realidad era la casa de sus padres.

—¿Tú no cenas conmigo?

—No, cariño. Yo lo haré con mis padres cuando vuelvan. Cuando te vayas al cuartel, bajo contigo y voy buscarlos a casa de tus tíos.

A las nueve de la noche, cuando empezaba a oscurecer, José Castillo ya había cenado una *vichyssoise* y una tortilla francesa adornada con ensalada de tomate. Y terminó la copa de Rioja antes de tomarse un café solo y muy cargado, que Consuelo le ofreció después del postre.

—Voy a cambiarme, mamá —dijo Castillo yendo hacia el dormitorio.

Al tiempo que Castillo sacaba del armario su uniforme negro de verano, Federico García Lorca leía las últimas frases de *La casa de Bernarda Alba*:

—«*Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio!*» —declamó Lorca mirando a su público por encima de la lamparilla—. «*¡A callar he dicho! Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho!*».

—«*¡Silencio!*» —concluyó Federico.

Y como si esa última palabra fuera una orden que todos los asistentes debieran obedecer, se hizo un sólido silencio mientras Lorca volteaba la última cuartilla de su texto. Lorca los miraba y todos le correspondían guardando un silencio escrupuloso que se prolongó durante unos instantes que al poeta se le hicieron eternidad. «A estos cabrones no les ha gustado», se dijo dolido.

Cuando el granadino pensaba levantarse de la mesita y dar por concluido el episodio, un aplauso discreto, protocolario, brotó en las manos de los asistentes.

—¡Pensé que no lo ibais a hacer nunca, *jodíos*! —confesó Lorca aliviado. Su miedo le hacía tener por devoción lo que solo era cortesía. «Lo he conseguido», pensó. «Les ha gustado», quiso engañarse.

—Esto no es de él —musitó entre dientes Dámaso Alonso.

—Le pega, pero… no sé —apostillo Guillén que estaba al lado.

El escogido auditorio se levantó tras sostener el aplauso y uno a uno se fueron acercando para felicitarle, como era de rigor. Eran las nueve y cuarto de la noche.

En ese instante, en otra calle de la ciudad, el teniente Castillo y su mujer salían del brazo del portal de su casa.

—¿De verdad no quieres que te acompañe un poco, José?

—No, querida. Vete a recoger a tus padres —ofreció Castillo—. Yo me iré dando un paseo, que aún tengo tiempo de sobra.

Los esposos se besaron con ternura y separaron sus caminos.

En casa de los Oliver, mientras, un reloj de pared marcaba en ese instante las nueve y media de la noche.

—¿Qué vas a hacer este verano, Federico? —preguntó Dámaso Alonso cuando empezó por fin la cena.

—Me voy escopetado a Granada, Dámaso. No me quiero quedar más en Madrid. Esto se está poniendo cada vez más peligroso.

Apreciaron que Lorca estaba nervioso, como ido a veces. Apenas probaba bocado y solo trasegaba copas de vino tinto. Su conversación no tenía orden ni concierto, y a cada poco repetía: «Esto no tiene arreglo, esto no tiene arreglo». Apenas hilvanaba bien las respuestas a las preguntas que le hacían sobre su obra, que pese a los sinceros aplausos que había cosechado, parecía que había dejado de interesarle. En esos desvaríos andaba, que tenían a Oliver mosqueado —porque «este muchacho está mal de los nervios»,

pensaba el galeno observándole—, cuando Lorca mencionó la cena de la noche anterior en la casa de Neruda.

—¿Qué tal está Pablo? —le preguntó Dámaso, al hilo de ese nuevo derrotero que tomaba el parlamento del errante dramaturgo.

—Fatal, Dámaso, fatal —sentenció el granadino—, es una pena. ¡Pobre Pablo!

—¿Por qué?

—Porque se dedica más a la política que a la literatura, como Rafael —dijo Lorca refiriéndose a Alberti—. Se han hecho comunistas… y ya no harán nada a derechas. No valen ya para escribir.

—Desde luego que no harán nada «a derechas» —concedió Pedro Salinas con su irónico sentido del humor—, pero de ahí a decir que por eso están muertos como escritores, Federico, hay un paso…

—Más grande que el de Calais —bromeó Oliver, que no estaba de acuerdo tampoco con el granadino.

—¿Sabéis lo que os digo? —irrumpió Lorca, que estaba perdiendo los nervios por momentos.

—Dilo… —le respondió La Torre, que no le tenía especial afecto.

—¡Pues que yo nunca seré político! —sentenció el poeta, que llevaba demasiado vino encima—. Yo soy revolucionario, porque todo verdadero poeta es un revolucionario… ¡Pero político no seré nunca! ¡Nunca!

Justo cuando Lorca decía esas cosas, el teniente Castillo llegaba a la esquina de Fuencarral, a la altura del oratorio de Santa María del Arco. Se cruzó con dos chavales que venían desde Atocha y con un hombre alto que bajaba del tranvía, y le llamó la atención un anciano que rezaba frente a la reja del lugar sagrado.

—¡¡Ese es, ese es!! …¡¡Tírale!! —oyó gritar.

La inconfundible figura del teniente enfundado en su uniforme negro de la Guardia de Asalto dejaba claro a quien se referían las órdenes.

—¡Qué no escape con vida! —añadió otra voz.

Castillo supo que iban a por él y sacó su arma para defenderse. Disparó cuatro veces, pero una ráfaga de balas ensordeció la noche y cayó abatido.

—¡Este no se vuelve a levantar! —sentenció uno de los atacantes.

Castillo, desde el suelo, vio cómo los pistoleros huían y en ese instante entendió que estaba tocado de muerte. «No me imaginaba que esto fuera así», susurró con un cierto alivio. Esa era la explicación de la punzada en la plaza de toros: el aviso de su propia muerte.

Consuelo Morales oyó el tiroteo. El corazón de dio un vuelco y supo, como solo ella podía saber, que aquellos disparos habían sido contra su marido cuando estaba cruzando la calle Hortaleza. Le dio un vuelco el corazón y supo, como solo podía entender ella, que esos disparos habían sido contra su marido. Consuelo dio un grito y corrió hacia el lugar en el que se habían producido las detonaciones.

—Lléveme con mi mujer, que hace poco que se ha separado de mí… —suplicaba Castillo.

—A usted donde hay que llevarle es a la Casa de Socorro, teniente —contestó el improvisado enfermero. La pistola del teniente Castillo quedó en el suelo. También sus gafas.

Alguien paró un coche y entre todos metieron dentro el cuerpo desmadejado del oficial. El teniente Castillo sangraba abundantemente y se desvaneció en cuanto le tumbaron. La cara imaginada de Consuelo fue la última imagen que revivió antes de perder la consciencia y la paz llegó a su rostro en forma de sonrisa.

Consuelo llegó al lugar de los disparos agitada por la carrera. Allí estaban las manchas de sangre y las gafas de su marido.

—¡¡¡José!!! —grito ella al coche que se alejaba.

El teniente José Castillo falleció en el trayecto. Eran las diez menos cuarto de la noche.

22

13 de julio de 1936 (por la mañana).
Ateneo de Granada. Granada.

—Esto es terrible, Miguel.

—Sí que lo es, Federico. Estoy desolado…

—Es más para acojonarse —matizó Federico García Rodríguez.

—Sí, también es verdad… —concedió Miguel Rosales.

«El Ideal» y «El Defensor» anunciaban en una edición especial una noticia de última hora: el asesinato en Madrid de José Calvo Sotelo, el líder de Renovación Española, uno de los referentes de la derecha política. Poco más abajo, en otro titular, «El Defensor de Granada» relataba también el asesinato cometido horas antes contra la persona del teniente de la Guardia de Asalto José Castillo. Toda Granada era a esas horas un hervidero de rumores, a cual más espeluznante.

Federico García estaba asustado pensando en el peligro que podían correr sus hijos en Madrid. Esa misma mañana, en cuanto escuchó la noticia por la radio, había hablado por teléfono con su hijo ordenándole que fuese a Granada cuanto antes. «Sal de ahí, Federico, Madrid se va a convertir en una ratonera. Hazlo por tu madre», le había dicho.

—¿Quién puede tener interés en matar a Calvo Sotelo, si no es nadie? —se preguntaba Federico García—. Si hubiera sido a Gil Robles… todavía. Esto ha sido una provocación.

El pragmatismo del padre del poeta, que estaba al corriente de los entresijos de la política nacional, le permitía calibrar perfectamente que Calvo Sotelo, que solo mandaba en un pequeño partido sin peso

parlamentario, era un dirigente más extravagante y marginal que el poderoso jefe de la CEDA.

—Eso ha sido el Gobierno, Federico. No te quepa duda…

—¡¿Cómo va a ser el Gobierno, Miguel?! —se escandalizó don Federico—. ¿Es que aquí se ha vuelto loco todo el mundo?

Pese a no coincidir en política, los dos hombres se tenían un sincero afecto. Que estuvieran allí los dos, tomando un café como siempre, en el espacio que debía fomentar el entendimiento entre los diferentes —que para eso tenían el Ateneo—, era buena muestra de que había otra España posible a la que esa mañana venía retratada en los periódicos.

—Los falangistas matan a Castillo y el Gobierno liquida a Calvo Sotelo —sentenció Rosales, al que la historia no le hacía ninguna gracia, y más desde que en su casa se preparaban casi todos los yugos y flechas que después se repartían por la provincia. La concatenación criminal que aventuraba Rosales tenía su lógica.

—Eso no es así, Miguel —quiso rebatirle, sin mucha convicción, el padre del poeta—. Han sido incontrolados de los dos bandos.

—Eso es lo que diría nuestro gobernador civil si las cosas hubiesen sido aquí. El Gobierno intentará echar balones fuera. No te quepa duda…

El caso es que, pese a las distintas valoraciones que pudieran hacer los dos amigos, ambos tenían parte de razón, aunque ellos no supieran todavía como habían devenido los acontecimientos.

Todo había ocurrido muy deprisa.

Cuando el coche que trasladaba a José Castillo llegó al Equipo Quirúrgico, el médico de guardia solo pudo certificar la defunción del teniente. Consuelo llegó poco después, pero ni siquiera consiguió ver el cadáver de su marido. La noticia de la agresión había corrido como la pólvora y en Pontejos ya sabían del atentado, antes de que desde la Dirección General de Seguridad llamaran para confirmarlo. El teniente Barbeta, compañero de Castillo, fue quien recibió la información y la orden de que se desplazaran inmediatamente al

Equipo Quirúrgico. Allí estaba el cadáver, por fin al cuidado de su viuda, y también el capitán Eduardo Cuevas y el teniente León Lupión, que ya había presentido el trágico final de su amigo esa tarde en Las Ventas. A medida que avanzaban los minutos acudían al centro médico distintas autoridades y algunos periodistas. Alonso Mallol, director general de Seguridad, fue el primero en llegar, seguido del teniente coronel Sánchez Plaza, que era el máximo mando de los de Asalto. El director de Seguridad sufrió los muchos desplantes de los oficiales de Asalto, en especial del teniente Barbeta, que indignado lanzó su gorra a los pies del político.

—¡Capitanes, cuádrense! —ordenó el teniente coronel para evitar que las cosas pasaran a mayores y que Mallol sufriese algún percance. Todos obedecieron al instante.

—¡Fontán! —se dirigió el superior al más bravo de los capitanes.

—¡A sus órdenes, mi teniente coronel!

—Vaya a la funeraria a por un ataúd para el teniente. Y llévese con usted a Abellán.

—¡A sus órdenes! —contestaron los dos oficiales.

—Burillo, acompañe a la viuda… —volvió a ordenar el teniente coronel— y que no le moleste nadie. Haga guardia en la puerta… y que le acompañe un retén. A los demás los quiero en Pontejos inmediatamente. ¡Todos fuera!

Consuelo Morales sostenía la mano muerta de su marido sin decir palabra. Solo un hipo muy hondo desvelaba el terrible dolor de la viuda. A las once y cuarto una ambulancia se había llevado el cadáver de Castillo a la Dirección General de Seguridad y los padres de Consuelo habían recogido del Equipo Quirúrgico a su hija para llevársela a casa. A las once y media, el cuerpo del teniente asesinado había sido instalado en el féretro que había llegado a Pontejos. Le vistieron otra vez la guerrera manchada de sangre e instalaron el túmulo fúnebre en el salón rojo de la Dirección General de Seguridad. Todo estaba dispuesto para velarle en una noche que resultaría inolvidable y trágica. La sociedad española estaba dividida

en dos bloques, los afines al Frente Popular y los simpatizantes del Frente Nacional Contrarrevolucionario.

En la primera coalición estaban socialistas, comunistas, los republicanos de Azaña y los de Martínez Barrios, los sindicalistas de Ángel Pestaña, los trotskistas de Joaquín Maurín, los catalanistas de Lluis Companys, los nacionalistas vascos. Los anarquistas de la FAI y los sindicalistas de la CNT también habían pedido el voto para esa lista.

El Frente Nacional reunía a la CEDA de Gil Robles, la Renovación Española de Calvo Sotelo, los carlistas, diversos partidos republicanos de derechas como los de Lerroux, Miguel Maura, Portela Valladares o Melquíades Álvarez, los catalanistas de Francesc Cambó y los falangistas de Primo de Rivera.

Pero no solo la sociedad civil estaba dividida, sino también el ejército. «Unión Militar Española», la organización clandestina más importante, contaba en sus filas con los generales Goded y Fanjul, y era la que organizaba el levantamiento contra el Gobierno con el control de las tropas africanas y la mayoría de guarniciones peninsulares. Por su parte, «Unión Militar Republicana Antifascista» se nutría de oficiales socialistas o masones como el general Núñez de Prado o el coronel José Asensio. Los miembros de la Guardia de Asalto cumplían su papel de fuerza de seguridad republicana y alguno de ellos, como Castillo, instruía a las milicias de los partidos de izquierda que empezaban a consolidar sus organizaciones armadas para defenderse de los pistoleros falangistas y carlistas.

Asesinar al teniente Castillo después de haber matado al capitán Faraudo, era una clara provocación a los partidarios del Frente Popular y muchos de sus compañeros empezaron a reclamar la detención de los culpables e incluso a clamar venganza. Allí mismo, en la capilla ardiente, se había designado a una delegación para hablar con el ministro y pedirle una respuesta; entre los comisionados estaba Alfredo León Lupión. El ministro Juan Moles consintió a la petición de los guardias para detener ellos mismos a

los criminales, pero exigió que los acompañara la policía. A medianoche, los de asalto, tenían más de veinte órdenes escritas para practicar detenciones y registros. En ese momento llegó José Condés, capitán de la Guardia Civil y tal vez el mejor amigo del difunto, que se acercó al cuerpo de Castillo y rompió a llorar. Tras recuperar la entereza, instó a muchos de los presentes a rodear el féretro y entrelazar las manos, que cruzaban sobre el pecho formando la «mística cadena de unión», un signo funeral masónico. Tres fuertes apretones de manos fue la señal para romper la cadena, mientras Condés pronunciaba la fórmula litúrgica del ritual:

—La cadena se ha roto. Falta el hermano Castillo. Ya ha pasado al Oriente Eterno. Guardemos su memoria.

Condés abandonó la sala con los ojos encendidos por la rabia.

—¿No tienes nada para mí, Cuevas? Quiero ayudar —pidió Condés que, aunque iba de paisano, siempre estaba de servicio por su condición de oficial de la Guardia Civil.

—¡Cómo no! —le concedió Cuevas.

—Entonces dame unos guardias y dime a quién quieres que te traiga.

Cuevas le dio una relación con varios nombres que le resultaban desconocidos. Y en pocos minutos, Condés y su séquito se subían a una furgoneta de la Guardia de Asalto.

—Tira a la calle Velázquez —ordenó el capitán al conductor mientras se guardaba la lista sin mirarla en el bolsillo de la chaqueta.

El coche se dirigió a la Puerta del Sol para tomar la Carrera de San Jerónimo, calle de Sevilla, luego Alcalá y por fin entró en Velázquez.

—Párate en el número 34 —le dijo al conductor.

Estaban ante el portal de José María Gil Robles. Luis Cuenca, uno de los acompañantes de Condés que era miembro de las Juventudes Socialistas y de la escolta armada de Indalecio Prieto, «La Motorizada», había amartillado su pistola, descendido del furgón y obligado al portero de la finca a que abriera la cancela.

—No está, mi capitán —le dijo el pistolero cuando el portero le explicó que Gil Robles no se encontraba en Madrid. Y era cierto, porque el jefe de la CEDA, que estaba perfectamente informado de lo que se traían los militares entre manos, se había ido a Biarritz, con Juan March y tantos otros, para quitarse de en medio por lo que pudiera ocurrir.

—Mi capitán… —reclamó Luis Cuenca a Condés.

—Dime… —le contestó el militar, que estaba cada vez más decidido a vengar a su amigo muerto y al que la ausencia del jefe derechista le acababa de quebrar la oportunidad del resarcimiento.

—¿Vamos a por Calvo Sotelo?, está aquí al lado, en el 89.

Una mirada sin palabras del oficial fue toda la respuesta.

Minutos después la furgoneta aparcaba junto al domicilio del jefe monárquico para detenerle. Gracias al carné de la Guardia Civil que llevaba Condés, los dos vigilantes del portal les permitieron la entrada. Condés, Cuenca y dos guardias más subieron al piso del diputado, que en un principio se negó a abrir.

—Venimos a hacer un registro —explicó el guardia civil identificándose cuando Calvo Sotelo por fin abrió.

Tres cuartos de hora después, Calvo Sotelo, que se había tenido que vestir porque estaba en pijama y no había podido hablar por teléfono con la Dirección de Seguridad porque la línea estaba cortada, salía detenido de su casa. Llevaba un maletín con efectos personales.

—A Pontejos, deprisa —ordenó Condés, de vuelta en la furgoneta. Era la número 17 de las asignadas a la Dirección General de Seguridad.

El capitán de la Guardia Civil se sentó delante, junto al guardia conductor. A Calvo Sotelo le instalaron en un banco detrás, el cuarto, vigilado por cuatro miembros de «La Motorizada» que acompañaban a Condés. Detrás, cerraban el séquito tres guardias de Asalto uniformados.

A la altura de Velázquez con Ayala, sonaron dos disparos imprevistos. Luis Cuenca había asesinado al jefe de Renovación Española.

Dejaron el cuerpo en el depósito del cementerio de la Almudena. Iba sin documentación. Aquel crimen inesperado acabó de encender la cortísima mecha de la bomba que ya tenían preparada los militares facciosos desde el mes de febrero. La mano criminal de Luis Cuenca les había dado la excusa imprescindible para justificar lo injustificable.

—Esto va a reventar de un momento a otro, Miguel —sentenció Federico García Rodríguez.

—Me temo que sí —corroboró Miguel Rosales, que gracias a sus hijos sabía más de lo que estaba dispuesto a decir.

—Tengo miedo por Federico —al padre del poeta se le hizo un nudo en la garganta—. Isabel sabrá defenderse si ocurre algo, pero Federico…

—No te preocupes tanto, tu hijo es más espabilado de lo que parece. Sabrá apañarse si pasa algo.

—No sé…

—De todas maneras, ¿por qué no viene a Granada? —preguntó Miguel Rosales—. Aquí siempre estará más seguro.

—Esta mañana he hablado con él y me ha prometido que coge el tren esta noche.

—¿Ves? Ya está arreglado.

Los dos amigos se quedaron en silencio. Federico García aprovechó para encender uno de sus habituales cigarros y Miguel Rosales apuró el café con leche que se le estaba enfriando.

—Dime una cosa, Miguel. ¿Aquí en Granada van a sublevarse también los militares?

El padre de los Rosales se quedó mirando al del poeta.

—Sí, Federico[3] —reconoció apesadumbrado—. Por lo que sé, aquí también van a levantarse. Llevan semanas preparándolo.

—¿Por eso ha destituido el Gobierno al general Llanos?

—No lo sé con exactitud, Federico, pero imagino que sí. Algo he oído en casa.

Miguel Rosales no estaba a la última de lo que se traían sus hijos entre manos, pero le bastaba escuchar a su mujer para saber de sobra por dónde iban los tiros. Doña Esperanza Camacho era como un termómetro doméstico capaz de medir la fiebre de los levantiscos. A eso ayudaba el trajín que los de la camisa azul se traían en su casa.

—¿Estás seguro?

—Y tanto, Federico —cabeceó el padre de los falangistas—. Y tanto…

Lo que no quiso contarle Miguel a su amigo es que hacía tres días, buscando un género que tenía que llevar a la tienda, había encontrado, debajo del tiro de una escalera, un hatillo que ocultaba media docena de pistolas con sus cargadores y cinco granadas de mano.

La tez morena de Federico García empalideció de repente, como si hubiera escuchado el secreto que guardaba su amigo. Miguel Rosales se dio perfecta cuenta de su turbación.

—No te preocupes, Federico —quiso tranquilizarle—. Tú y los tuyos nunca tendréis problemas en Granada.

—¿Por qué, Miguel?

—Porque tú tienes amigos en todas partes —constató Rosales—. Tu yerno es el alcalde y es del PSOE; tu abogado —se refería a Pérez Serrabona—, es una persona importante entre los de la CEDA, y… si hiciera falta, siempre están mis hijos.

—Ese es el problema, Miguel —confesó García Rodríguez—, que aquí nos conoce mucha gente.

—¿Y eso es malo?

—Sí, Miguel. Eso es lo peor.

—¿Por qué?

—Tú sabes que yo he logrado todo lo que tengo a base de mi esfuerzo —contestó el hacendado—, y que en los negocios se hacen

amigos… y enemigos. Y yo he hecho negocios… y tengo que atenerme a las consecuencias. Además, te diré otra cosa…

—Te escucho…

—La política es como una pistola —sentenció—, pero los negocios y las influencias son el gatillo que la dispara, ¿comprendes?

—Comprendo, pero…

—Escucha, por favor —le interrumpió el padre del poeta—. Granada es una ciudad muy mala, hasta mi hijo la llama «la tierra del *chavico*». Yo mismo decidí irme de aquí para quitar hierro a las cosas y pasar desapercibido en Madrid. La envidia y el odio se escurren en estas calles como el agua de la sierra se reparte por los cauces de la vega… y yo vengo de la vega, y sé de sobra que la tierra ata y mata a la vez.

—Disculpa, Federico —el escrupuloso Rosales no quería ofender lo más mínimo a su amigo—. Eso son tonterías de las que escribe tu hijo, y lo digo con todo el cariño que sabes que le tengo a Federiquito.

—No, Miguel, no son tonterías de mi hijo —confesó su padre—. Aunque yo no entienda muchas cosas que hace y dice, y pese a que a veces me queme la sangre, tengo que reconocer que cuando coge la pluma nos retrata a todos como si estuviéramos desnudos. Él sabe perfectamente lo canalla que es esta tierra y yo he procurado sacarle de aquí cuanto antes para que no se infectara.

—Tampoco es para tanto… —quiso desdramatizar Rosales.

—¿Que no es para tanto? —Federico García se iba encendiendo por momentos—. ¿Tú has leído a mi hijo cuando habla del duende de esta tierra?

—Pues no —reconoció su amigo.

—Pues escucha… —Federico dio una profunda calada a su cigarro antes de proseguir—. El duende, dice él, no está en la garganta; el duende sube por dentro desde la planta de los pies. El duende de esta tierra, dice mi hijo, no es cosa de ángeles sino de diablos. Ese demonio terrible que vive escondido debajo de la sierra y que se te

mete en el alma cuando te mojas los pies o andas descalzo cerca de un río. Y ese duende no lo quiero para mis hijos.

—¿Por eso te los llevaste de aquí?

—Sí, Miguel —reconoció Federico García—. Por eso *Paco* está en la embajada de El Cairo, Isabel se va a ir pronto a Estados Unidos y Federico pasa más tiempo fuera de España que dentro. Solo nos queda aquí Concha… y se ha casado con un político. ¡Tócate los cojones!

—¿Otro café, señores? —ofreció el camarero cuando vio las tazas vacías.

La interrupción del mozo serenó por un momento al padre del poeta. Los dos amigos se quedaron en silencio mientras reponían el servicio de la mesa.

—Miguel, el asesinato de Calvo Sotelo es una provocación innecesaria de la izquierda —dijo García cuando ya se había retirado el camarero—. Y es innecesaria porque se va a volver contra ellos. Los comunistas y sus amigos piensan que así asustan y dividen a la derecha, y no se dan cuenta de que la derecha siempre se presentará unida, tienen un excelente mortero para agarrarse unos a otros.

—¿Cuál?

—Los curas, Miguel. Los curas se encargan de ponerlos de acuerdo tras los obispos y sus palios. Los púlpitos han hecho más daño desde que se fue el Rey que los discursos de «La Pasionaria». Son tal para cual, contra el paraíso de los unos está enfrente el de los otros… y siempre ganará el de los papas, que como está más lejos…

—Eso es una barbaridad —recriminó Rosales, que era un católico devoto.

—Eso no será verdad para ti, Miguel, que eres buena gente y un cristiano sincero, de los buenos, de los que hay pocos… pero ¿no crees que Gil Robles y su cuadrilla de beatas no piensan de otra

manera muy distinta a la tuya? ¿Crees que ellos comulgan lo mismo que tú?

—Deja eso, Federico. No me gusta hablar de estas cosas —ahora era Miguel Rosales quien se estaba poniendo nervioso, porque reconocía mucha verdad en lo que decía su amigo.

—Disculpa, Miguel. No quiero incomodarte y menos aún ofenderte —añadió don Federico—. Pero quiero que sepas cómo pienso sinceramente: en realidad hay dos Españas, Miguel, y no son precisamente las que explicaban el otro día en las Cortes Calvo Sotelo y Dolores Ibárruri.

Federico García Rodríguez se refería a la tormentosa sesión parlamentaria del 16 de junio en que el diputado monárquico y la jefa comunista se enzarzaron con notable violencia verbal. En su discurso, Calvo Sotelo había hecho una clarísima apología del golpe militar y «La Pasionaria» había contestado diciendo: «este hombre ha hablado por última vez», como desgraciadamente había ocurrido.

—¿Ah,… no?

—No, Miguel. Hay una España que formamos gente como tú y como yo, que votamos cosas distintas pero que nos respetamos, unos de derechas y otros de izquierdas, pero todos dispuestos a defender la democracia y la libertad, y otra España, desgraciadamente la de los más, en la que se está dispuesto a morir y a matar por imponer las ideas propias…

—En eso estoy de acuerdo contigo, Federico —le interrumpió Rosales.

—Y lo que se avecina, Miguel, es terrible: una guerra civil dentro de esa segunda España —concluyó Federico García—. Los de la primera estamos condenados a la derrota más sombría, gane quien gane.

El silencio de Miguel Rosales era una tácita aceptación de la tesis de su amigo.

—Si se sublevan los militares, Miguel —continuó don Federico—, dará comienzo esa guerra, la peor de cuantas hayamos vivido hasta

ahora. En Granada hay muchas ganas de tirar de gatillo y resolver por venganza agravios antiguos… y otros no tan antiguos.

—No sucederá eso, Federico. ¡Dios no lo quiera!

—No metas a Dios en esto, Miguel —le regañó cariñosamente su amigo—. La guerra, cuando venga, será la mejor disculpa para camuflar las peores miserias humanas. Y ahí empezaran mis problemas…

23

13 de julio de 1936 (por la mañana).
Domicilio de García Lorca, calle de Alcalá. Madrid.

—*Dígame…*

—*Buenos días, doña Lola. Soy Federico. ¿Está Rafael?*

—*¿Qué tal estás, Federico? ¿Estás bien?* —preguntó la madre de Martínez Nadal, que sentía mucho afecto por el poeta—. *Hace mucho que no te vemos por esta casa*.

—*Es que estoy muy liado, señora* —se justificó el poeta para encubrir que le costaba mucho salir de su casa.

—*¿Quieres hablar con Rafael?*

—*Sí, por favor* —pidió Federico—. *¿Se puede poner?*

—*Claro que sí, criatura. No son horas de que este gandul siga en la cama, y más como están las cosas. Espera un momento que le levanto*.

Eran las diez y media de la mañana y Rafael había llegado a su domicilio cerca de las cuatro, porque fue el último que salió de casa de *Bebé* y Carlos Morla, que era donde había cenado la noche anterior. El matrimonio había preguntado a Rafael por su amigo: «¿Sabes dónde está Federico, porque no contesta al teléfono? El otro día cenó aquí y le vimos muy preocupado. Desde entonces no hemos sabido nada de él». Rafael Martínez Nadal se había enterado allí de los dos terribles asesinatos. Supo del de Calvo Sotelo cuando se marchaba, porque cuando localizaron el cadáver en la Almudena, el subsecretario Mallo llamó a Morla para ponerle al corriente.

—*Dime, comadre…* —la voz de su amigo no indicaba precisamente un despertar amable. Recurrir al apelativo de comadre era una

broma íntima entre ellos. Rafael y Federico se tenían mutuamente por comadres, algo muy andaluz.

—*¿Te has enterado?* —preguntó el poeta refiriéndose a los dos asesinatos.

—*Perfectamente, Federico* —le contestó Rafael—. *Lo sé desde anoche, que estaba cenando en casa de Carlos. Es algo espantoso*…

—Yo *estaba en casa de Oliver, fui a leer y no me enteré de nada* —le interrumpió el granadino, que estaba desquiciado—. *Lo he oído esta mañana en la radio*.

—*¿Necesitas algo?* —le ofreció su amigo que notaba en la voz de Federico el desquicie que le atormentaba.

—*Sí, necesito verte, Rafael. Me voy de Madrid esta misma noche y me gustaría que me ayudaras en algunas cosas*.

—*Cuenta con ello, maestro. ¿Y Rafael…?* —preguntó Martínez Nadal refiriéndose a «Treserres». Su amigo estaba al corriente del idilio del granadino con Rodríguez Rapún y también lo estaba del desencuentro que tuvieron la noche de Chicote. Se lo había contado el propio Federico al día siguiente, cuando le vio recién llegado de Londres.

—*¡No me hables, que me tiene hasta los cojones!* —gritó Federico —. *Sé que me quiere, pero no soporto sus celos ni lo posesivo que es. Además, me la pegó con una golfa, acuérdate…*

—*Tú tampoco eres un santo…* —bromeó Martínez Nadal—, *pero no sabes vivir sin él*.

—*Bueno, vamos a dejarlo…* —zanjó Federico.

—*Vale. ¿A qué hora paso a recogerte?*

—*Vente hacia las dos y comemos por aquí. ¿Te parece?*

—*Ni hablar, Federico* —protestó Nadal—. *Comemos en casa de mis padres… que no está el horno para bollos y sale más barato, ¿de acuerdo?*

—*De acuerdo…* —concedió el poeta—. *Te espero a las dos menos cuarto*.

—Allí estaré, maestro. Y hazme el favor de no preocuparte por nada.

—Un beso, comadre.

—Otro, Federico.

Rafael Martínez Nadal era un joven abogado de 32 años con apetencias literarias que vivía en Londres desde el mes de octubre de 1934. Pero a pesar de la distancia geográfica, el teléfono y las cartas habían mantenido viva una relación que comenzó años atrás, cuando Federico, recién llegado a la «Residencia de Estudiantes», visitó por indicación de Manuel de Falla a la familia García Ascot, cuyo hijo Blandino era amigo de Rafael.

Desde aquel día, Federico y Rafael se convirtieron en inseparables. «*El pavo real del cielo, abre su cola de oro. / El pavo real del cielo, cierra su cola de plata*», recitó el poeta en aquella visita, algo que Martínez Nadal nunca olvidaría y que a menudo le recordaba al granadino.

Fueron años de auténtica camaradería en los que Federico introdujo a Rafael en el *Sancta Sanctorum* de sus amistades de la «*Residencia de Estudiantes*» o en casa de los Morla, con los que Rafael entabló una excelente relación.

De esa época dorada era un viaje que Federico, Carlos y Rafael hicieron a la ciudad encantada de Cuenca y donde Carlos Morla dijo de él: «Tiene Rafael Martínez Nadal, que es uno de los grandes amigos de Federico, una boca elástica que estira en forma de arco, una nariz para abajo, de fauno, dos puntos, que son los ojos, que centellean como diamantes a través de sus gafas de estudiante, un pelo crespo —lana de oveja rubia— una contextura atlética y manos blancas de príncipe, muy grandes, expresivas y sanas». Cuando Carlos Morla le contó a su mujer aquel viaje, ella sentenció: «Este es, entonces, vuestro fauno favorito, ¿verdad, maridito mío?».

Federico había ido más lejos en la conclusión:

¿Te gustó la ciudad que gota a gota

labró el agua en el centro de los pinos?
¿Viste sueños y rostros y caminos
y muros de dolor que el aire azota?

¿Viste la grieta azul de luna rota
que el Júcar moja de cristal y trinos?
¿Han besado tus dedos los espinos
que coronan de amor piedra remota?

¿Te acordaste de mí cuando subías
al silencio que sufre la serpiente
prisionera de grillos y de umbrías?

¿No viste por el aire transparente
una dalia de penas y alegría
que te mandó mi corazón caliente?

Ese era el séptimo de los once *Sonetos del Amor Oscuro* que habían salido de la pluma del granadino.

Nueve años de relación estrecha que le permitieron a Lorca usar a su amigo como confidente fiel de sus desencuentros con Dalí o de sus arrebatos con Emilio Aladren, sin dejar de escribir por y para él, a pesar de la distancia:

Tu voz regó la luna de mi pecho
en la dulce cabina de madera.
Por el sur de mis pies fue primavera
y al norte de mi frente flor de helecho.

Pino de luz por el espacio estrecho
cantó sin alborada y sementera
y mi llanto prendió por vez primera
coronas de esperanza por el techo.

Dulce y lejana voz por mí vertida.
Dulce y lejana voz por mí gustada.
Lejana y dulce voz amortecida.

Lejana como oscura corza herida.
Dulce como un sollozo en la nevada.
¡Lejana y dulce en tuétano metida!

Ese era el sexto de los once *Sonetos del Amor Oscuro*. Todo un lamento frente al amor distante.

Cuando colgó el teléfono volvió a su dormitorio, se vistió y sacó de los cajones del escritorio sus papeles: trabajos inconclusos, borradores de nuevos proyectos, manuscritos para edición y muchas cartas personales que había ido amontonando desde que volvió de Argentina. Federico no quería dejar nada en Madrid y se puso a distribuirlo todo en cuatro montones distintos.

En el primero había ordenado los textos que conformarían su *Poeta en Nueva York*. En una carpeta azul metió el plan del libro, los poemas que ya tenía mecanografiados y otros escritos de su puño y letra, indicaciones de dónde estaban algunos que quería incluir y muchos dibujos, fotografías y postales de su viaje a Nueva York. Decidió dedicar el trabajo a *Bebé* y Carlos Morla, cerró la carpeta y escribió «*Poeta en Nueva York*, F. G. L.» y debajo garabateó «Cruz y Raya». En el segundo montón estaba el manuscrito de *El público*, un texto teatral que había escrito más o menos a la vez que su *Poeta en Nueva York* y en donde encaraba con desparpajo el tema del amor homosexual. Aquel texto apenas lo conocía ninguno de sus amigos y pensaba publicarlo cuando volviera a Madrid… si volvía. Añadió cartas personales, varios dibujos, algún que otro poema suelto y, desde luego, toda la correspondencia cruzada con Rafael Martínez Nadal. Cerró la carpeta y anotó: «Para Rafael, mi fauno favorito».

El tercer montón era todo lo que pensaba llevarse a Granada: las primeras páginas de *La destrucción de Sodoma* y su recién leída *La casa de Bernarda Alba*, que se encarpetaron bajo el epígrafe «Para el viaje». En el cuarto y último montón solo había una resma de papeles cosidos, sin título. Federico metió las cuartillas en un gran

sobre de papel y escribió «Para *Pepín* Bello», y debajo añadió «e. e. p. m.». Dibujó una F grande de su inicial y el ingenuo apunte de uno de sus viejos *putrefactos*. Una vez clasificado el material fue al salón para llamar por teléfono.

—*Residencia, dígame*…

—*¿Está Pepín, por favor?*

—*¿De parte de quién…?*

—*Dígale que soy Federico García Lorca*.

—*Un momento, que voy a buscarle*…

Eran las once de la mañana y Federico sabía que habría de esperar un buen rato hasta que su amigo se pusiera al teléfono; tenía a gala no levantarse antes de las dos de la tarde, porque nunca se acostaba antes de las seis, pero contra todo pronóstico en unos instantes contestó.

—*Dime, Federico*…

—*¿Qué haces levantado a estas horas?*

—*Es que no me he acostado todavía* —se justificó Bello—. *Estaba cruzando el vestíbulo para ir a mi habitación a dormir cuando has llamado por teléfono. Resulta que…*

—*Quiero verte ahora, Pepín* —le interrumpió Federico, que sabía de la locuacidad de su amigo y no estaba para explicaciones.

—*No puedo con mi cuerpo, Federico* —dijo Bello para huir de la cita que se le venía encima—. *¿No puede ser esta tarde?*

—*No, Pepín. Me voy luego para Granada y tardaré mucho en volver por aquí, ya sabes que luego salgo para América desde Cádiz y no pasaré por Madrid*.

—*¿Qué necesitas?* —Pepín estaba a punto de dar su brazo a torcer.

—*Que recojas unos papeles*.

—*¿Y no me los puedes dejar en tu casa y voy mañana a por ellos?*

—*¡Concedido!* —bromeó Lorca—. *Creí que te iba a pillar acostado y ya lo tenía preparado así*.

—*Gracias. ¿Qué hago entonces?*

—Pásate por mi casa cuando quieras y la criada te dará un sobre que dejo para ti. Está cerrado.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Nada, Pepín. Solo quiero que lo guardes hasta que venga y, si acaso, lo vayas pasando a máquina.

—¿De qué se trata?

—De nuestro secreto, Pepín. Te dejo el otro texto de La casa de Bernarda *el que tú sabes*.

Y era verdad que solo *Pepín* Bello conocía ese otro texto misterioso. De hecho, era en buena parte su autor, fruto de innumerables noches de alcohol y misterios con Federico. Aquel borrador quedó años guardado entre los papeles del poeta y le había servido al granadino para realizar dos versiones de la obra: la primera era la que dejaba a *Pepín* y la segunda, reducida y censurada, era la que ya había leído en Madrid y pensaba llevarse a México.

—¡Hostias!

—Te gusta, ¿verdad?

—Más que a un tonto una tiza. Creí que la habías tirado —mintió el aragonés, que sabía que Lorca nunca se iba a desprender de ella.

—¡Eso nunca, barón de Samedi! —bromeó Lorca recurriendo a cómo llamaba a *Pepín* cuando trazaron juntos el borrador del texto secreto.

—Entonces, no te preocupes. Cuando vuelvas estará mecanografiada. ¿Quieres que te la corrija?

—Le preguntó Marlowe a Shakespeare —apostilló Lorca—. *¡Haz lo que quieras con ella, gran monstruo de los infiernos, pero encomiéndate antes a la Virgen del Pilar, no te vaya a pasar algo!*

Unos minutos de charla con *Pepín* habían devuelto el buen humor al granadino.

—Así lo haré, Federico. Escribiré con el escapulario puesto.

—Más te vale.

—¿Algo más, Federico? —Pepín quería irse a la cama.

—*Nada, Pepín, que te acuestes*.

—*Un abrazo… y mándame postales, que sabes que me gustan*.

—*Un beso… y hasta pronto*.

Ese «hasta pronto» se convertiría en un «hasta nunca». Quedaban cinco días solamente para que los militares y sus amigos se echaran a la calle cambiando el destino de España… y con él el de tantas personas que perderían la vida o la esperanza.

A las once y media en punto, Federico García Lorca salía de su domicilio con la primera carpeta bajo el brazo y mucho miedo en el cuerpo camino de la redacción de la revista literaria «Cruz y Raya», en el número 5 de la calle Bartolomé Mitre.

Paró un taxi y cruzó Madrid en un santiamén, porque pese a lo luminoso de la mañana y el fuerte calor atravesó una ciudad dormida y asustada, como si fuera de noche. Apenas alguien paseaba las calles y los pocos grupos que se veían en las aceras comentando lo que había pasado la noche anterior desaparecían en cuanto se les acercaban las patrullas de la Guardia de Asalto que se habían desplegado por la capital para garantizar el orden. Los obreros de la construcción habían vuelto a las obras y las direcciones sindicales daban la huelga por terminada. «Parece que se han escapado "los putrefactos" y están sueltos», dijo para sus adentros el poeta al ver las calles vacías y a la poca gente en silencio.

Cuando Lorca subió a la redacción y preguntó por José Bergamín, el director, la secretaria le dijo que no estaba y que no vendría hasta por la tarde. «¿Tienes una cuartilla, Pilar?», preguntó el poeta con familiaridad, ya que Pilar era la esposa de Blandino García Ascot, el amigo de Rafael Martínez Nadal. «*Querido Pepe: He estado a verte y creo que volveré mañana. Abrazos de Federico*», escribió. «Toma, Pilar. Le das esta nota a José cuando venga, y le entregas también esta carpeta. Él sabe lo que es», y Federico dejó al cuidado de Pilar esa cuartilla rubricada con su F larga de los dibujos y el manuscrito de su *Poeta en Nueva York*. La carpeta saldría de España meses después, cuando Pilar Sáenz de García Ascot se exilió. Se la entregó

a su jefe en París, donde Bergamín residía en diciembre de 1936, como agregado cultural de la embajada de la República Española.

24

13 de julio de 1936 (por la tarde).
Casa de Rafael Martínez Nadal, calle Ayala. Madrid.

Eran las doce y media y Federico tenía que volver a casa si quería llegar puntual a su cita con Rafael Martínez Nadal, pero antes debía hacer algo más: pedir dinero. En el sobre que le habían dejado sus padres no quedaban más de diez pesetas y necesitaba doscientas para comprar el billete de tren, pagar la cena y el almuerzo y comprar un cartón de Lucky Strike.

Cuando Federico necesitaba dinero en Madrid recurría a Antonio Rodríguez Espinosa, su maestro de la infancia en Fuente Vaqueros que llevaba un tiempo viviendo en la capital. Federico contó otra vez las diez pesetas, se las guardó en la faltriquera y se fue andando a casa de don Antonio. A la una en punto llamaba al timbre de la puerta.

—¿Está don Antonio? —le preguntó a la muchacha que le abrió.

—Sí, señor —le dijo ella, que le conocía perfectamente.

—Pues dígale que está aquí don Homobono Picadillo —a Federico le gustaba bromear con nombres inventados, y más con don Antonio. La muchacha, que ya estaba acostumbrada a esos lances del visitante, se fue hacia el fondo de la casa con el recado, como si nada.

—¿Qué le ocurre al sinvergüenza de don Homobono? —oyó Federico que le decía una voz desde el pasillo.

—Nada más que darle a usted un sablazo de 200 pesetas, porque esta misma noche, a las diez y media, me voy a Granada.

—Ya me ha avisado su señor padre, don Homobono. Le estaba esperando a usted con la bolsa dispuesta. Pero pase, señor Picadillo

—le ofreció burlón su maestro fingiendo una reverencia de usurero judío—, a este modesto garito de las finanzas.

Y el maestro tomó del hombro al crecido discípulo y le pasó al salón.

—¿Te vas a Granada, Federico? —le preguntó dejando el juego.

—Sí, don Antonio. Hay visos de tormenta y me voy a mi casa, donde no me alcancen los rayos.

—Haces bien, hijo. Aquí va a pasar algo muy grave, la radio acaba de dar que el Gobierno ha cerrado los locales de la CNT y que han detenido a 135 falangistas. Vete cuanto antes.

A la una y cuarto Lorca tenía ya doscientas nueve pesetas y un real en el bolsillo.

Media hora más tarde, cuando llegaba a su casa, se cruzó con Rafael Martínez, que iba a recogerle.

—¿Subimos, Rafael?

—¡Imposible, Federico! —le dijo su amigo con una sonrisa característica que dejaba embobado al granadino—. Mi madre nos está esperando con la mesa puesta y como subamos te vas a enrollar y nos darán las tres… y a mí me echan de casa. Luego venimos…

—Es que tengo que darte unas cosas —protestó Federico.

—Luego me las das, no te enredes —y Rafael cogió a Federico del hombro y le empujó por la acera hacia la casa de sus padres, que estaba a dos pasos. A las dos en punto entraban por la puerta del domicilio familiar en la calle Ayala. La casa olía a fritura de pescado recién hecha a la andaluza, especialidad que le encantaba al granadino.

Durante la comida evitaron hablar de lo sucedido la noche anterior. Parecía que no mencionando lo terrible la cosa no hubiera sucedido. Castillo y Calvo Sotelo estuvieron escondidos en las cabezas de los comensales todo el almuerzo, ora en la de unos, ora en la de otros.

Cuando llegaron los postres, unos piononos de Santa Fe que eran típicos de Granada, fue la madre de Rafael quien le planteó a Federico algo sobre su viaje a Granada.

—¿Realmente te vas hoy, Federico?

—Sí, doña Lola, lo tengo decidido… y ya he avisado a mis padres.

—¿Estás seguro de que es lo mejor que puedes hacer? —terció el padre de Rafael, que era médico.

—Yo creo que sí… —titubeó Lorca.

—Pues yo creo que no, Federico —esta vez fue Rafael quien tomó el turno a su padre—. Estás más seguro en Madrid. Da por cierto que de un momento a otro aquí va a pasar algo. Yo vivo en Londres y tengo un olfato especial para ver las cosas de España cuando vuelvo. En un año este país se ha dado la vuelta.

—La derecha no va a perdonar lo de febrero —insistió el padre, que también era un fervoroso republicano.

Todos le insistían en que se quedara. «Aquí está el Gobierno y los facciosos no ganarán Madrid nunca», profetizó el padre de Rafael. «Aquí tienes muchos amigos», decía su madre. «Nadie te hará daño en Madrid. Eres un hombre sin partido, un demócrata», apostillaba Rafael.

—Pues me voy esta noche, familia. Ya tengo el billete —mintió a medias el poeta, que no quería hablar más del asunto.

—¿Te quieres echar la siesta y descansar un poco? —ofreció doña Lola Nadal—. Te veo sudando…

—No, gracias, señora. Es el calor —mintió Lorca otra vez—. Además, tengo que ir a casa a preparar la maleta.

—¿Te acompaño? —ofreció su amigo.

—Claro que sí, Rafael. Tengo unas cosas para ti…

Se levantaron de la mesa, Federico se despidió de los señores Martínez Nadal agradeciéndoles el almuerzo granadino y diez minutos después estaba con Rafael en la calle. Eran las cuatro y media, y Madrid parecía un horno.

—¡Vámonos a Puerta de Hierro a tomar un coñac, Rafael! Allí se estará más fresco —propuso Federico en cuanto el aire recalentado le golpeó la cara al salir de la penumbra del portal.

El taxi no tardó en dejarles en la terraza que tanto le gustaba al poeta. Desde ese lugar la vista era soberbia: la cornisa de Madrid al fondo y el manto verde de la Casa de Campo a sus pies.

—¿Tú crees que la situación es tan grave como dicen todos? —le preguntó el poeta en cuanto el camarero se retiró después de servir un coñac para el granadino, un Fundador, y un *gin-tonic* para su amigo, que para eso vivía en Londres.

—Mira… Antes podía tener mis dudas, pero ya no las tengo —sentenció Nadal—. Si hay algo que aprecia un recién llegado es, precisamente, lo que no veis los que estáis dentro del lío.

—¿Qué has visto?

—Muy mala leche, Federico. Está el ambiente muy enrarecido y sobre todo… veo que la venganza está detrás de cada esquina.

El poeta se quedó mirando a los ojos de su amigo. Sabía de sobra que Rafael tenía un carácter vehemente y que en política jugaba a la izquierda de la izquierda, porque andaba con sus devociones puestas en las JSU, pero se fiaba plenamente de su juicio.

Aquellas palabras se le clavaron en el corazón como si fueran puñales. Rafael se dio cuenta. Los dos se quedaron en silencio mirando hacia Madrid.

—¿Qué te pasa, Federico? Te has quedado mudo.

—Desde que estamos aquí no he dejado de oler la muerte —sentenció muy fúnebre el poeta.

—¿La muerte?… Aquí a lo que huele es a retama y a tomillo.

—No, Rafael. Aquí apesta a muerte —insistió Lorca—. ¿Ves esos campos?

—Sí, claro… —la vegetación se ofrecía espléndida a los ojos de los que estaban sentados en el mirador.

—Pues se van a llenar de muertos, Rafael. Lo estoy viendo ahora mismo.

Y razón tenía García Lorca, porque ese lugar precisamente, en unos meses, sería el teatro de un durísimo enfrentamiento entre los dos ejércitos que nacerían tras el inminente golpe de estado.

Rafael se quedó mirando la cara de su amigo. Tenía la mirada perdida, como si solo el granadino alcanzara a registrar la visión de un futuro que estaba anunciando, y sus ojos se le estaban humedeciendo rápidamente.

—No hay que exagerar, Federico. Eso es que te ha sentado mal el coñac —bromeó Rafael, que quería aliviar la evidente angustia de Federico.

—Vámonos de este cementerio, Rafael. ¡Vámonos cuanto antes! —dijo el poeta mientras apagaba con fuerza su cigarrillo en el cenicero—. ¡Está decidido! …¡Me voy hoy mismo a Granada!

A partir de ese instante las cosas fueron muy deprisa. Federico explicó a Rafael el proyecto para *La destrucción de Sodoma* en el taxi que los llevaba de vuelta a casa. Rafael ayudó a su amigo a preparar dos maletas con ropa. El granadino cogió pocas cosas de su armario: apenas dos trajes, media docena de camisas, varias mudas y calcetines altos de hilo, unos pocos pañuelos, tres pantalones de *sport*, dos jerseys de algodón, dos polos, y tres pares de zapatos.

—Tengo más ropa en «La Huerta» —quiso justificar Federico—. Con ella haré las maletas para América. Esto es solo para salir del paso.

García Lorca no hizo concesiones a su fondo de armario, casi todo se quedó colgado en las perchas, como si no quisiera ningún recuerdo de lo que abandonaba tan conturbado. Como si todo le sobrase.

—Toma, Rafael. Esto es para ti —le dijo Federico ofreciéndole la tercera carpeta, la del fauno—. Guárdame estos papeles. Cuando regrese… —«Si regreso», se dijo en secreto—, te los pediré.

Rafael se quedó mirando el paquete. Sonrió al ver la dedicatoria. Solo él sabía que hacía referencia al viaje a la ciudad encantada.

—¿Y si no regresas y te quedas en América para siempre? —Rafael sabía del viaje a México y después a Argentina—. Ya sabes que la vida te da sorpresas.

—Si no regreso, destrúyelos —dijo con un tono sombrío.

—¿Cómo voy a destruirlos?

—Pues haz con ellos lo que quieras —rectificó inmediatamente—. ¡Te los regalo!

Antes de cerrar la segunda maleta Federico metió en ella la cuarta carpeta, su billete de barco a México y el retrato de su madre, un retrato que le había hecho Alfonso en su estudio de fotografía de la calle Fuencarral y que estaba enmarcado en plata vieja argentina. La besó antes de cerrar la maleta.

Al pasar por el salón Rafael se quedó mirando el piano.

—¿No te lo llevas, también, Federico?

—¿Cómo me lo voy a llevar? ¿Estás tonto?

—¿Te acuerdas del *déjeme uzté, señor múzico…*?

Los dos amigos rompieron a reír a carcajadas.

La anécdota venía de una noche en casa de los Morla en la que entre otros estaban invitados Igor Stravinsky y Arthur Rubinstein. Federico tenía vergüenza de que Morla le pidiera tocar ante Rubinstein y se pasó toda la noche en silencio y ensimismado en sus cosas, evitando cualquier contacto. Tras la cena, los invitados pasaron al salón y los dos músicos amenizaron la velada con sus interpretaciones. A las dos de la madrugada, después de una botella de Rioja y muchos *whiskies*, Federico se levantó y se acercó al piano, puso la mano sobre el hombro de Rubinstein y le dijo exagerando su acento granadino: «*Déjeme uzté, señor múzico, que pa ritmo quiero yo que uzté ezcuche ezto…*» y se sentó en la banqueta. Morla le miraba escandalizado, Nadal divertido, Stravinsky circunspecto, Rubinstein no sabía cómo reaccionar, y fue *Bebé* quien resolvió el papelón: «*Play for me, Federico*», dijo la espléndida chilena con la más seductora de sus voces.

Lorca se tiró al teclado interpretando aires populares andaluces, uno tras otro, incansable, como si acabase de despertar de un letargo muy prolongado. Y cuando sus dedos atacaban un velocísimo *Ya se murió el burro que acarreaba La Vinagre*, Rubinstein tomó del brazo a Rafael Martínez Nadal y le dijo: «*Voila,…iça c'est le genie!*». Los dos amigos lo habían recordado decenas de veces desde entonces.

Cargados con las maletas, pararon un taxi para ir a la «Residencia de señoritas». Federico iba a despedirse de su hermana y de Laura de los Ríos. Se bajó del taxi y le pidió a su amigo que le esperara allí mismo.

—Isabel, vengo a despedirme —dijo después de abrazarla—. Me marcho de Madrid esta noche… y tú deberías de hacer lo mismo.

—¿A qué esas prisas, hermano? ¿Por qué no te esperas unos días y nos vamos juntos?

—Porque esta ciudad está llena de cadáveres.

—Ya estás exagerando… —le reprochó Isabel con todo cariño—. No empieces con tus cosas… Los muertos esos que tú dices están en La Almudena.

—Que no, Isabel. ¡Que están por las calles! —le espetó, sin atreverse a contarle que hacía un rato había imaginado la Casa de Campo llena de cadáveres.

—¡Anda, no digas tonterías! —le riñó Isabel—. Pero ¿qué te pasa? Dime la verdad…

—Los asesinatos de anoche han colmado mi paciencia —confesó Federico.

—Tu paciencia… y tus miedos —apostilló su hermana.

—Para qué negarlo —reconoció—. También mis miedos.

—Entonces me parece bien, hermanito. Si así te quedas más tranquilo…

—Sí, Isabel, me quedó más tranquilo, no lo dudes.

Los dos hermanos se miraron a los ojos, callados, diciéndoselo todo. Con esa mirada profunda, cargada de comprensión y de

cariño, Isabel confortó a su hermano con más provecho que cualquier argumento que nadie pudiera darle.

—Yo haré lo mismo uno de estos días —le anunció Isabel tomándole las dos manos—, pero aún me quedan cosas por arreglar, díselo a los papás.

—¿Llegaras para mi santo? —Federico quería tenerla en «La Huerta» cuanto antes.

—Lo intentaré, pero no te lo prometo.

—Te quiero, hermanita —le dijo Federico despidiéndose.

—Y yo a ti, poeta eximio —bromeó ella.

Un beso selló la despedida.

A las siete el taxi les dejó en la Gran Vía y Federico aprovechó para comprar su cartón de Lucky y unos libros que quería llevarse a Granada. Después, mientras Martínez Nadal se quedaba con las maletas esperándole, García Lorca entraba en las oficinas de la agencia de viajes de «Thomas Cook» y pagaba el billete en coche cama a Granada. Le cobraron noventa y seis pesetas. A las ocho en punto otro taxi les dejaba en la estación de Mediodía. Las primeras sombras de la tarde vencida empezaban a sujetar con sus dedos negros una ciudad que ya no dormía y en la que con toda seguridad volverían a ocurrir sucesos truculentos de los que el poeta quería escapar cuanto antes.

El tren estaba situado en el tercer andén de la estación y ya estaba dispuesto para que los viajeros se instalaran, y eso hizo Federico, aunque faltase más de una hora para la partida.

—Ayúdame a meter las cosas dentro.

—Vete subiendo —le ofreció Rafael—, que yo cargo con las maletas. Sujétame tú la carpeta.

Federico, que ya estaba sentado y que sudaba como si hubiese sido él quien hubiera apechado con el esfuerzo, hizo gesto de encender un cigarrillo, pero desistió al instante.

—Vamos a salir fuera —le dijo levantándose de repente—. Quiero fumarme el último cigarrillo en este puto suelo de mierda.

—Exageras, Federico —le reconvino Nadal—. Los viajes te alteran, lo sé, pero no tienes que tomártelo todo tan a la tremenda. Esta ciudad te ha tratado siempre bien.

—Correcto empleo del verbo en tiempo pasado —dijo como si estuviera dando clase de gramática—, porque si fuera en presente no podría decir lo mismo.

A lo que se refería Federico, y no se lo había confesado a nadie, es a lo que sintió después de leer en casa del doctor Oliver. El silencio tras la última escena había sido peor que una puñalada de colegas metida en el costillar. Se había dado cuenta de que, para ellos, «esos capitalinos putrefactos» que preferían los versos de Miguel Hernández, «ese desarrapado con pana y espardeñas», a los suyos, su obra era cosa menor, «andaluzadas», como decía Borges, al que nunca perdonó el desprecio con que le había tratado en Argentina.

Federico tiró el cigarrillo a las vías, como si quisiera renegar con ese gesto de aquellos recuerdos.

—Súbete al vagón conmigo, Rafael. No quiero que el diablo canalla de esta tierra me entre por las suelas de los zapatos.

—Estás exagerando, Federico.

—Me voy a encerrar en el compartimento y no voy a salir más. No quiero ver a nadie ni que nadie me vea.

Y eso hizo Nadal por no disgustar a su amigo, que cada vez se iba poniendo más nervioso.

En el pasillo se cruzaron con un individuo que se quedó mirando a Federico y hasta pareció que hacía un conato por saludarle. García Lorca, que se dio cuenta, le rehuyó la mirada y empujó a Nadal hacia su compartimento.

—Acabo de ver a la muerte en este tren —dijo el poeta cerrando inmediatamente la puerta de la cabina.

—¿Otra vez estás con eso, Federico?

—Ese tío es de lo peor de Granada. Es un político de derechas… y, además, es gafe.

—¿Gafe? —la verdad es que a Rafael le desconcertaba su amigo con frecuencia.

—Sí, Rafael. Ese pollo da muy mal fario. Con él va siempre la desgracia.

—No digas tonterías —le recriminó Nadal—. ¿Quién es?

—Pues yo no voy a pronunciar su nombre ¡No me jodas! —protestó el granadino levantando el pulgar y el meñique de las dos manos para conjurar la suerte—. ¡Mal empieza el viaje! ¡Mal agüero me traen los hados!

Rafael se dio cuenta del extremo nerviosismo y la zozobra que inundaban a su amigo. Federico sacaba el paquete de cigarrillos, lo volvía a meter en su bolsillo, comprobaba las maletas, abría el embozo de su cama, echaba las cortinillas, las volvía a entreabrir…

—Bájate del vagón, te lo suplico, y márchate —le dijo con un hilo de voz a Nadal—. No esperes a que salga el tren, por favor. No quiero que te manches…

—Pero qué tonterías dices, Federico —apuntó Martínez Nadal abrazándole. La cabeza del granadino buscó el hombro de su amigo. Rafael notó que Federico temblaba de miedo.

Los dos permanecieron así hasta que Nadal notó que el poeta se iba serenando. Cuando le vio más tranquilo le besó en la mejilla. Fue un beso suave, casi una caricia.

—¿Estás mejor?

—Sí, fauno mío. Muchas gracias —le dijo con los ojos a punto de romper en llanto.

A Rafael se le hizo un nudo en el estómago al oírlo. La ciudad encantada le volvió a la cabeza.

Cuando Rafael Martínez Nadal salió de la estación no sabía que nunca volvería a ver a Federico. Solo le quedarían de él la carpeta que llevaba bajo el brazo, la caricia de ese beso, el olor al perfume que llevaba y el recuerdo de las muchas tardes de risas y versos que pasaron juntos.

25

13 de julio de 1936 (por la noche).
En el tren de Madrid a Granada.

Federico corrió las cortinas de su compartimento en cuanto se quedó solo. Después se aflojó la corbata, se quitó la chaqueta y encendió un cigarrillo, pero con el nerviosismo se quemó al hacerlo.

—¡Joder!, lo que me faltaba. Ahora me abraso el dedo —gritó el poeta dejando caer el mechero—. Este viaje va a ser desastroso.

García Lorca era muy supersticioso y daba mucha importancia a esos pequeños incidentes, pero, pese a la quemadura, lo que le preocupaba era que la fortuna le hubiera llevado a coincidir con el diputado que había visto en el vagón. Bastaba que deseara esconderse de todos para que fuera el destino quien le desvelara y, encima, ante tan siniestro personaje.

El poeta se instalaba en el peligroso escenario de las obsesiones sin apenas ser consciente. Sus sienes reproducían el pálpito desbocado de su corazón y las manos le sudaban; era un episodio claro de angustia. Entró en la cabina de aseo y se miró al espejo sin querer verse, porque le daba miedo lo que pudiera encontrar en el reflejo. Al contemplarse la cara desencajada creyó intuir una sombra tras él, como si alguien oculto compartiese ese pequeño habitáculo. Federico, preso de un terror insuperable, quiso acabar con esa visión imaginada golpeándola con los puños cerrados contra el cristal y rompiéndolo en mil astillas. Al hacerlo se produjo un pequeño corte en la mano izquierda y el estrépito de los cristales al caer sobre el lavabo de acero se oyó fuera del pequeño receptáculo.

Unos toques secos en la puerta del compartimento pusieron todo su sistema nervioso al borde del colapso.

—¿Quién,… quién es?, —tartamudeó Lorca con una voz que llegaba poco más allá del cuello desabrochado de su camisa.

—El mozo del vagón, señor. ¿Necesita usted algo?

—No, nada. Muchas gracias.

—Es que he oído un ruido… como si se le hubiera roto algo, señor.

—No pasa nada, mozo.

—¿Seguro, señor?

—¡Sí! —gritó el poeta—. Seguro.

—Es que he oído ruido de cristales rotos. ¿Está bien su ventanilla?

La insistencia del muchacho y el goteo de sangre por el canto de la mano izquierda, la que se había quemado antes con el mechero, le llevaron a abrir la puerta.

—¿Se ha hecho daño, señor? —preguntó el joven ferroviario al ver el estropicio y darse cuenta de cómo Lorca intentaba cortar la sangría envolviéndose la mano en un pañuelo que había sacado del bolsillo del pantalón.

—No es nada, mozo.

—¿Quiere que le cambie de compartimento? —ofreció el empleado —. Esta noche llevamos muchos vacíos.

—No, gracias, prefiero este. —Lorca no le iba a decir al joven que no se iría a ningún otro que tuviese espejo—. Ya estoy instalado.

En ese momento, las diez y media en punto, el tren inició camino hacia Granada. El ligero tirón de la arrancada hizo que Federico se agarrara al marco de la puerta.

—Está abierto ya el vagón restaurante, señor —indicó el mozo—. Si quiere puede ir a cenar y yo, mientras, le arreglo esto y le abro la cama, ¿le parece?

García Lorca no tenía ningún apetito, sentía nauseas incluso, pero la oferta del uniformado funcionario le pareció una solución de compromiso, aunque se arriesgara a cruzarse con el funesto paisano. Persistir en quedarse en el compartimento, con el destrozo que había allí, hubiera despertado sospechas.

—De acuerdo —dijo poniéndose la chaqueta—. Vendré enseguida.

—No se preocupe, señor. En cinco minutos estará todo listo. ¿Quiere que le traiga un espejo de mano?

—¡¡No!! —gruñó el poeta. Y salió de la cabina como alma que lleva el diablo.

Diez minutos después, que es lo que tardó en tomarse un *whisky* y pedir otro para llevárselo a la cama, Federico estaba de vuelta en su cámara. El mozo ya había terminado la tarea y todo estaba en orden y dispuesto… menos el espejo. La litera estaba abierta, esperándole y la luz de la cabecera aparecía encendida. Federico dejó el licor en la mesilla y se cambió para acostarse. Ya en pijama encendió otro cigarrillo. La combinación de alcohol y nicotina le entonó el cuerpo y cuando se acabaron los dos estimulantes, apagó la bombilla y se dispuso a dormir. Se sentía mejor y el traqueteo le iba aletargando poco a poco.

El sueño le sorprendió recordando el atardecer que tantas veces había admirado desde el mirador de San Nicolás. «La puesta de sol más bella del mundo», gustaba decir a todos los amigos de fuera que llevaba a ver La Alhambra desde tan privilegiado lugar. En las sombras que el sol rasante dibujaba, detrás de sus párpados cerrados, sobre los muros rojos del monumento nazarí creyó verla cara de su madre. Eso le tranquilizó del todo y abrazado a la almohada, como si fuera el cuerpo prestado de un compañero inexistente, se fue a viajar a los prados de Morfeo mientras la locomotora le encaraba, inflexible y exacta, hacia su destino.

No sabía qué hora era cuando le despertó el chirrido de los frenos y el ruido estridente y punzante del hierro contra el hierro. El poeta, sobresaltado, abrió las cortinillas y miró por la ventanilla, pero no veía nada. El tren se había detenido en medio del campo, en un sitio de nadie, envuelto en la negrura de la noche. Mecánicamente se levantó, somnoliento, y se dirigió al lavabo para aliviar la vejiga. En eso estaba cuando el tren volvió a arrancar con un empujón que le hizo derramar casi toda la orina en la pernera del pantalón del pijama. A Federico no le dio tiempo a evitarlo, pero cuando ya había

vuelto a controlar la situación y el surtidor mingitorio apuntaba nuevamente a donde debía, fue otro frenazo del tren, que volvió a pararse, el que casi le obliga a repetir la desafortunada hazaña.

Recuperó la consciencia plena, y con ello la sensación de ridículo cuando se vio a sí mismo con los pantalones del pijama por los tobillos y las piernas mojadas. «Esto va de mal en peor. Vaya nochecita…». Federico estaba a punto de echarse a llorar. Se quitó los pantalones, los colgó en una percha para que se orearan y se acomodó en la litera recordando el sueño que tenía antes del frenazo. Estaba en una Granada desconocida, llena de niños que jugaban en las calles y hablaban árabe, sin coches ni farolas, con hombres que llevaban turbante y mujeres que cubrían su cabeza con un velo. Una Granada sin iglesias ni casas altas, con macetas en las puertas y flores en las ventanas. En ese escenario idealizado los soldados montaban en caballos andaluces y llevaban espadas cortas y curvadas atadas con cintas de cuero a la cintura. El ruido de unos cañonazos lejanos y el paso a galope de una gran tropa habían sido las últimas imágenes. Al poco de reconciliarse con el traqueteo ferroviario, Morfeo regresó al vagón de lujo y se llevó al poeta de la mano. Cuando Federico García Lorca llegó a los campos donde pacen los sueños de los hombres no paró de buscar hasta encontrar el suyo. Esa fantasía le gustaba y agradeció al dueño del aprisco que se la hubiese guardado durante la ausencia.

Aún faltaban tres horas para llegar a la estación de Granada.

26

14 de julio de 1936 (por la mañana).
De la estación de ferrocarril a la sede de «El Defensor de Granada».
Granada.

Paquito «el de Loja» estaba en la estación desde las nueve y cuarto. Don Federico le había llamado la tarde anterior para avisarle de que su hijo llegaría en el tren de la mañana. «Pasa a buscarle y le traes a la Huerta, *Paquito*», le había pedido.

García Lorca se había despertado en un estado de ánimo mucho más reconfortado que el que tenía cuando concilió el sueño. Desde que abrió los ojos cuando el tren pasaba por Iznalloz estuvo remoloneando en la litera. Tras pelearse con su pereza se aseó y se visitó, estaba preparado para entrar en Granada. A las nueve y media en punto el convoy descansaba sobre el andén número uno de la estación de la Avenida de los Andaluces.

—¡Federico! —escuchó a sus espaldas. El grito de su nombre le erizó el cabello. «Me cago en la leche —se lamentó—. Me ha localizado el cabrón ese».

García Lorca cargó sus dos maletas y apretó el paso. A poco más de diez metros vio a *Paquito*, que arrancó hacia él para ayudarle en cuanto le reconoció entre los que descendían del coche cama.

—¡Federico! —alertó la misma voz.

—¡Señorito! —esta vez era *Paquito* quien se hacía ver desde el arranque de la marquesina con las manos levantadas.

Una mano en su hombro derecho le anticipó la tercera apelación a su nombre de pila.

—¡Federico, que soy Luis! —oír el nombre del santo rey de Francia le supuso un alivio, porque no era ese el de pila del temido, y se

atrevió a darse la vuelta mientras dejaba las dos maletas en el suelo.

—Te he visto al bajar del coche cama… —le dijo Luis Rosales, que era el dueño de la voz que le había asustado—, pero como eres rico no te fijas en los pobres que venimos en segunda…

—Luisito… —decía Lorca realmente satisfecho de ver a su amigo.

—Maestro… —le correspondía el Rosales pequeño.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo.

—Señorito Federico —saludó el conductor cuando llegó junto a los hombres—,… y señorito Luis. Seáis ustedes vosotros bienvenidos.

—Sigues hablando fatal, *Paquito* —le recriminó cariñosamente Federico—. No se dice ustedes vosotros, o se dice ustedes o se dice vosotros.

—Aquí lo *dezimos azín, zeñorito* —se justificó el taxista—, y ya soy muy mayor para aprender letras… eso, ustedes vosotros que escribís libros.

Los dos amigos se echaron a reír ante la contumacia gramatical del mecánico.

—Vamos, Luis. Te acerco a casa —ofreció García Lorca.

—Te lo agradezco, Federico, porque vengo molido. Tú no te acuerdas ya lo que es viajar en segunda…

—Pues no, la verdad.

El mecánico cargó con las dos maletas de Federico y Luis Rosales lo hizo con la propia. Al rato estaban en el Buick grande que *Paquito* había sacado esa mañana del garaje.

—¿Llevamos primero al señorito Luis? —ofreció el conductor.

—No, *Paquito*. Llévame a la redacción de «El Defensor» y mientras despacho allí unas cosas acercas a Luis a su casa y luego vienes a recogerme. ¿Vale, Luis?

—Mejor, Federico. Así nos da tiempo a charlar un poco.

Durante el trayecto, Federico puso en antecedentes a Luis de sus lecturas en Madrid de *La casa de Bernarda Alba*. Lorca le celebró los aplausos que había recibido en casa del conde de Yebes, pero omitió

cómo le fue cuando leyó donde Oliver. De la situación política no cruzaron palabra.

—Voy a leer un día de estos *La Casa* en Granada, ¿vendrás?

—Si me invitas…

—¡Eso está hecho, Luis!

El coche acababa de llegar a la redacción de «El Defensor».

—Te espero en casa para mi santo, como todos los años —le invitó García Lorca mientras se bajaba del coche—. ¡Que no se te olvide!

—Allí estaré, Federico.

El poeta cruzó el patio interior del edificio y subió al despacho del director, en la planta alta, donde estaban la redacción, los teletipos y el teléfono.

—¿Da usted su permiso, señor director? —bromeó el poeta llamando a la puerta abierta del despacho de su amigo—. Soy Randolph Hearst y vengo a hacerle una oferta…

—¡Federico! —Constantino Ruiz Carnero dejó encima de su mesa unas cuartillas que estaba corrigiendo y se levantó para saludar a su amigo. Los dos hombres se abrazaron con cariño.

El director de «El Defensor», el periódico progresista de Granada que había fundado en 1880 Luis Seco de Lucena, un periodista que también había colaborado en el establecimiento del Ateneo y de la Asociación de la Prensa local, era un jienense de cuarenta y ocho años que llevaba doce dirigiendo el diario. Ruiz Carnero era un hombre calvo, un poco obeso y de menor estatura que su amigo, que corregía su severa miopía con unas gafas de pasta de montura negra y redonda, como las que gastaba don Manuel Azaña, su jefe político, porque el periodista militaba en las filas de Izquierda Republicana y se desempeñaba como concejal del Ayuntamiento de Granada en la conjunción republicano-socialista que presidía en el consistorio el cuñado de su amigo Federico.

—¿Cómo están las cosas por aquí? —escopetó García Lorca en cuanto tomaron asiento. La situación de Granada era lo que más le

interesaba saber, y Constantino era una fuente de información segura.

—Parece que están controladas…

—¿No hay peligro de golpe?

—Los militares se van a echar a la calle de un momento a otro en toda España, pero aquí no creo que les salga bien.

—¿Por qué? —Federico estaba escuchando precisamente lo que quería oír.

—Porque el gobernador civil y la policía tienen controlados a los falangistas, y porque Casares Quiroga acaba de mandar a un nuevo comandante militar que es leal a la República. Quitar a Llanos ha sido un acierto, porque estaba revolviendo mucho los cuarteles. Aquí no les va a salir bien la jugada. Además, hay una guarnición muy pequeña porque estos días tienen muchos permisos y porque, y eso es lo fundamental, los de Asalto juegan limpio con el gobernador civil.

El poeta sacó un cigarrillo y lo encendió llevándose el humo al fondo de los pulmones. Esa calada, mezcla de alivio y de placer adicto, le puso el cuerpo en caja. «He hecho bien en venirme» pensó mientras expulsaba el humo por la nariz.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el periodista cuando vio la mano de su amigo envuelta en un pañuelo.

—Nada, Constantino, una tontería. Me corté ayer con un espejo que se rompió en el vagón.

García Lorca se deshizo el provisional vendaje y al ver que el corte ya no sangraba devolvió el pañuelo al bolsillo.

—¿Ves? —y le ensañaba la mano a su amigo—. Ya está curada.

—Me alegro…

En ese momento tres pitidos de la bocina del coche de *Paquito* reclamaban al poeta en la calle.

—¡Hostias, si ya son las doce! —dijo Lorca mirando su reloj—. Me tengo que ir, Constantino, que me estarán esperando en la Huerta.

—Seguimos otro día, no te preocupes. ¿Hasta cuándo estarás por aquí?

—Hasta que mi padre de eche de «La Huerta» o yo me case con la Virgen de las Angustias y me vaya al cielo con ella —bromeó el poeta saliendo del despacho como una exhalación.

Mientras Federico bajaba las escaleras Ruiz Carnero escribía una nota para la edición del día siguiente, la del miércoles. «Se encuentra en Granada, desde ayer, el poeta granadino don Federico García Lorca. El ilustre autor de *Bodas de sangre* se propone pasar una breve temporada con sus familiares».

El funeral del teniente Castillo había empezado a las once de la mañana en el cementerio civil de Madrid. Su cuerpo iba a ser enterrado cerca de la tumba de Pablo Iglesias y de las de los presidentes de la Primera República Francisco Pi i Margall y Nicolás Salmerón. El acto estuvo presidido por el subsecretario de Gobernación, el director de Seguridad, el alcalde de Madrid y los diputados socialistas Indalecio Prieto y Ramón Lamoneda. El teniente coronel Julio Mangada, amigo del asesinado, y el diputado comunista Jesús Hernández hicieron los discursos fúnebres. «¡Ya no más! ¡Ya no podemos aguantar más asesinatos de nuestra gente!» decía Hernández mientras el cuerpo de Castillo descendía a la fosa y los milicianos uniformados de las JSU levantaban el puño a la vez que los militares saludaban a la manera reglamentaria.

Cuando los asistentes al sepelio, que eran varios miles, volvían andando hacia el centro de Madrid se cruzaron en la Avenida de Daroca con los partidarios de Calvo Sotelo que se dirigían hacia el cementerio de la Almudena donde esa tarde, a las cinco, sería enterrado el jefe monárquico. Ni siquiera mil metros separaban los dos cementerios. Unos frente a otros, defendiendo cada grupo a su héroe abatido, dieron inicio a unos disturbios que se prolongaron hasta la tarde y que ocasionaron varios muertos y muchos heridos. Indalecio Prieto, testigo de los incidentes, redactó el siguiente artículo para «El Liberal»:

«Son tan profundas nuestras diferencias que ya no pueden estar juntos ni los vivos ni los muertos. Parece como si los españoles, aún después de muertos, siguen aborreciéndose. Los cadáveres de don José del Castillo y don José Calvo Sotelo no podían ser expuestos en el mismo depósito. De haberles juntado se habrían acometido ferozmente ante ellos sus respectivos partidarios, y al depósito le hubiera faltado espacio para la exposición de nuevas víctimas.

El cadáver del señor Calvo Sotelo quedó en el depósito general, y el del señor Castillo se llevo al depósito del que fue Cementerio Civil.

El cadáver del señor Castillo estaba custodiado por guardias de Asalto.

El del señor Calvo Sotelo, por guardias civiles.

Al primero le rindió homenaje una gran masa proletaria.

Al segundo le escoltó hasta la fosa una legión de señoritos.

¿Se quiere una expresión que pinte con mayor patetismo el actual estado de España? Difícilmente podría hallarse otra más gráfica».

Así estaban las cosas en Madrid cuando Federico García Lorca llegó a la Huerta de San Vicente. Eran las doce y media de la mañana.

Unas horas antes el general Mola había recibido un telegrama del general Franco desde Canarias: «La patria ya cuenta con otro mártir. No se puede esperar más. ¡Es la señal!». Después le decía que podía contar con él para la sublevación. Lo que no le explicaba es que Juan March, que estaba seguro en Biarritz, ya le había puesto un millón de pesetas a su disposición en un banco de Londres por si la intentona salía mal.

—¡Hijo mío! —Vicenta Lorca estaba tocando el piano cuando oyó el motor del Buick entrando en el jardín. Se levanto al instante y salió de la casa.

Federico se bajó del vehículo y corrió hacia su madre, que iba a su encuentro con los brazos abiertos. Don Federico salía al poco acompañado de Concha, que estaba esos días instalada en «La Huerta» con sus tres hijos.

—Por fin has llegado, hijo mío —dijo su madre tomándole de la mano.

—Estaba deseando —confesó Federico.

—Ya era hora… —refunfuñó su padre—. ¿Has visto la que se ha liado?

—Sí, padre, pero no va a pasar nada —mintió Federico que no las tenía todas consigo—. Seguro que el Gobierno puede con la situación.

—No creo… —sentenció don Federico.

—¡Siempre estás igual, padre! —protestó Federico—. No confías nunca en que las cosas puedan arreglarse.

—Mira, hijo, las cosas no se componen solas, hay que arreglarlas, y ahora a casi nadie le interesa ya que vuelvan a su sitio, es demasiado tarde para las palabras.

—Nunca es tarde para el diálogo, padre. La palabra lo es todo…

—Eso será en tus libros, Federico. En la vida real las cosas son de otra manera. Los fascistas han decidido saltarse todas las reglas del juego porque ahora pueden perder su negocio.

—¿Qué negocio?

—España —explicó su padre—. España es para ellos su negocio. España son sus fincas, sus acciones, sus privilegios, su impunidad, sus reyes, su derecho de casta y tantas cosas que la República les estaba poniendo patas arriba… y desde febrero tal vez para siempre.

—Están dispuestos a matarnos a todos, hijo —intervino doña Vicenta en apoyo de su marido.

—Pero a nosotros, ¿por qué? —preguntó el poeta cada vez más desconcertado—. Tú eres propietario, tienes dinero, vas a misa, tú no eres un obrero…

—Pero no soy de ellos, hijo, aunque haya hecho negocios con ellos —comenzó a explicar don Federico mientras encendía uno de sus «farias»—. Tengo dinero y una posición, pero soy republicano y tengo amigos en el Gobierno. Vivimos aquí, pero no somos de sus familias y, sobre todo, vosotros os habéis ido del corral de donde se esperaba que nunca hubierais salido.

—¿A qué te refieres?

—A que habéis estudiado y a que os habéis ido de aquí, a las dos cosas. Tu hermano es diplomático, tú eres abogado y escribes, tu hermana está en Madrid en «La *Residencia*» y Concha, que también tiene estudios, se ha casado con un médico respetable que además es republicano y alcalde.

—¿Y eso es malo?

—Para ellos sí. Ellos siguen pegados a la tierra, sus hijos solo heredan marjales y no cultura, y están dispuestos, y eso es lo peor, a que todo siga así por los siglos de los siglos. Cuando salga a la calle esta banda de bárbaros, que va a salir pronto, corregirá los errores del sistema… y nosotros somos un error del sistema.

Y bastante razón tenía don Federico, que había huido como de la peste de sus viejas ataduras con Asquerosa. Y no solo en lo que hacía a los negocios sino también de los vínculos con un pasado telúrico y violento que intentaba superar. Prueba de ello era el empeño por evitar el noviazgo de su hija Concha con Horacio Roldán Quesada y su apuesta por Manuel Fernández-Montesinos Lustau; un médico demócrata y prestigioso, antes que un terrateniente montaraz y anclado en los peores usos de un machismo cerril y autoritario. No dejaba de resultar paradójico que una hermana de Horacio Roldán, María, se hubiese casado con el capitán de Infantería Antonio Fernández Sánchez, uno de los principales colaboradores del siniestro Valdés, y que otra, Gabriela, lo hubiese hecho con Alejandro Rodríguez Alba, un hijo de Francisca «*Bernarda*» Alba.

—Aquí no van a salir —dijo Federico haciéndose el enterado. Quería desmontar los argumentos de su padre—. Me ha explicado Constantino que el Gobierno controla Granada.

—Saldrán, Federico, saldrán —sentenció el padre—, y dile a tu amigo que no se ande con el bolo colgando.

Constantino Ruiz Carnero era una de las personas más odiadas por la derecha granadina desde que dirigía el periódico que tanto había hecho por la causa republicana. Estaba apuntado de los

primeros en las listas que ya iban circulando por los cuarteles. «Por rojo, por masón y por maricón», decían quienes le tenían entre sus objetivos.

—Por favor, familia —interrumpió Concha—, dejad esto, que vienen los niños.

Vicenta y Manolito entraron corriendo en la salita para colgarse del cuello de su tío.

—Tío Federico —le dijo al mayor de sus sobrinos sentándosele en las piernas—. ¿Nos vas a hacer un teatrillo esta tarde?

—Os prometo que sí.

—¿Y cómo se va a llamar? —preguntó la pequeña.

Federico se quedó en silencio, fingiendo que le costaba mucho encontrar la respuesta.

—*El castillo de Morayma*… —dijo al cabo de un rato.

Y los niños rompieron a aplaudir, tan contentos.

Cuando Federico subía para su habitación acompañado por su madre supo que tenían teléfono en la finca desde el día anterior. «La primera llamada la hizo tu padre para avisar a *Paquito*» le explicó mientras le llevaba de la mano. La segunda la hizo él, para informar a su amigo Constantino.

27

14 de julio de 1936 (por la tarde).
Casa de los Rosales, calle Angulo. Granada.

—Luis, hijo mío, baja que tengo que hablar contigo —dijo Esperanza Camacho llamando a su hijo desde el centro del patio de su casa.

El conductor de García Lorca había dejado al hijo menor de doña Esperanza en su casa de la calle Angulo sobre las diez y media, y Luis Rosales, en cuanto cruzó el portal, se fue directamente a dormir a su cuarto después de saludar a su madre, a su tía y a su hermana, que eran las únicas almas que estaban en el domicilio a esas horas. Había dejado la maleta en el zaguán, desayunó un café con leche y una tostada de manteca y se fue a dormir. «Me despiertas para la hora de comer» le dijo a su hermana, que le acompañó a su cuarto llevándole una bolsa que el joven doctorando había traído llena de libros. La hora del almuerzo era cuando se juntaba todo el clan Rosales, menos Miguel, que solo iba cuando su mujer estaba en casa de sus padres. Luis oyó a su madre y miró su reloj de pulsera, era solo la una y media y en su casa no se comía hasta las dos y media, cuando su padre llegaba después de cerrar la tienda en Bib-Rambla.

—Me falta una hora todavía —dijo un somnoliento Rosales que no tenía ninguna gana de perdérsela.

—Luis —sintió que le reclamaba su hermana al otro lado de la puerta—. Te llama mamá.

Ante tanto requerimiento al estudiante no le quedó más remedio que levantarse.

—¿Qué pasa, Esperanza? —le preguntó mientras se ponía una bata sobre el pijama y unas zapatillas.

—No sé, Luis. Mamá quiere hablar con nosotros.

Y Luis Rosales oyó como su hermana se iba otra vez a la planta baja. Él salió inmediatamente de su cuarto.

Cuando el estudiante bajó al patio se encontró que llegaban a casa Antonio y José.

—¡Pepiniqui, Antonio…! —dijo Luis encantado de ver a sus hermanos.

Los tres hermanos se abrazaron entre besos, abrazos y risas.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Pepiniqui, que tenía al pequeño por su hermano preferido.

—De mierda, ¿no me lo notas? —contestó Luis señalándose las ojeras.

—Eso te lo arreglo yo esta noche… Te saco por ahí y veras como te quedas nuevo —le ofreció José que para recogerse en casa no tenía hora.

—Pepiniqui, por favor… déjale que descanse hoy —imploró Esperancita con un mohín de disgusto hacia el inveterado juerguista.

—¿Qué quiere mamá? —volvió a preguntar Luis a su hermana.

—¿No te lo ha dicho? —esta vez fue Antonio el que preguntó al estudiante.

—No, no sé nada.

En esto doña Esperanza Rosales salió de la cocina y se fue hacia sus hijos cortando la explicación que pudiera darle su hermano albino.

—Hola, mamá —dijeron al unísono Pepe y Antonio. Cada uno la besó en una mejilla.

—Llegáis a tiempo para que hablemos los cinco —les dijo a los besucones—. Mejor así, antes de que venga vuestro padre.

Tanto secreto tenía mosqueado al recién llegado.

—Sentaos, que vengo en un momento.

Los cuatro hijos la obedecieron sin rechistar mientras la madre se iba a la salita que había al lado de la escalera.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar el sorprendido alevín de escritor arreglándose la bata.

—Calla y espérate —le reconvino Esperanza—. Ahora nos lo cuenta mamá.

—Es una amigable reunión familiar —bromeó Antonio.

Y Esperanza Camacho volvió con una carpeta azul con gomas en la mano.

—Toma, Pepiniqui —le dijo ofreciéndole la carpeta—. Explícalo tú.

Ella se sentó dispuesta a escuchar a su hijo.

—Como sabes, Luis, nosotros somos falangistas —empezó el mayor—. Y yo soy ahora Jefe de Sector, como Cecilio Cirre y Enrique Iturriaga.

A partir de ahí su hermano puso a Luis en antecedentes de su viaje a Madrid para entrevistarse con José Antonio y de la visita que les hizo Arrese a Granada para organizarles nuevamente. Le fue desgranando los cargos designados y las instrucciones que les había dejado el comisionado para prepararse de cara a una posible sublevación contra el Gobierno del Frente Popular.

—Yo he estado vendiendo sellos por la calle para el partido —le interrumpió su hermana apostillando el discurso.

—… Y como secretario local está Díaz Pla —retomó Pepiniqui fulminando a su hermana con la mirada por la interrupción— y para jefe de milicias en Granada nombró al comandante Valdés.

—A todos los conozco, menos a ese último —dijo Luis por indicar que se interesaba por lo que le estaban contando. Realmente todos los citados eran amigos de la familia y Luis los identificaba de verlos por casa de sus padres.

—Es un oficial de Intendencia de la guarnición. Vino como comisario de Guerra, pero no es de aquí —aclaró Antonio Rosales.

—Y todo esto, ¿qué tiene que ver conmigo? —preguntó mosqueado—. Sabéis que yo no soy falangista, aunque tengo

amigos entre vosotros, aquí y en Madrid. A mí no me van los uniformes, lo sabéis. Y menos ahora…

—De eso se trata, Luis —rompió por fin doña Esperanza Camacho —, de que no eres falangista.

—¿Y eso es malo?

—Todavía no hijo, todavía no —apuntó misteriosa doña Esperanza.

—Tú dirás entonces, mamá… —ofreció Luis Rosales.

—Tú no eres falangista, aquí te conoce poca gente desde que estás en Madrid y los que te conocen saben de sobra que no eres del partido —explicó la madre.

—Eso es verdad —concedió Luis.

—Entonces sigue, Pepiniqui —ordenó doña Esperanza señalando la carpeta que le había pasado a su hijo José.

—Esta carpeta contiene las instrucciones que nos ha traído Arrese para colaborar desde aquí con lo que se está preparando en los cuarteles —explicó su hermano—. ¡Falange tiene que estar con el Ejército cuando el mando lo ordene!

—Y eso va a ser muy pronto —apostilló Antonio.

—Sí, sí, algo he oído en Madrid. El golpe está en boca de todos… —la verdad es que a Luis Rosales no le hacía ninguna gracia el asunto. Él era un hombre de letras y creía en la república de las palabras, no de las pistolas.

—No es un asunto de taberna, Luis, no son rumores —quiso aclararle Antonio—. Los militares llevan semanas moviéndose y el Ejército de África está a punto de saltar. Y más después de lo antesdeayer en Madrid… Lo que han hecho con Calvo Sotelo no tiene nombre.

—Al grano… —reconvino doña Esperanza que no quería que Antonio entrara en detalles.

—El caso es que a nosotros nos tiene fichados la policía. Sitio que vamos, sitio que marcan —dijo José entrando en materia—. El gobernador civil y los de Asalto no nos dejan un momento en paz y

delante de esta casa siempre hay apostado uno de la secreta para ver qué hacemos.

—¿Y…? —preguntó Luis que ya se barruntaba el asunto.

—Que hay que entregar esto a Valdés, son sus órdenes para la sublevación.

—¿Y cuál es el problema? —Luis sabía perfectamente cuál era el problema, pero se lo quería hacer sudar a sus hermanos.

—Pareces tonto, Luis —interrumpió Esperancita—. Valdés está tan vigilado como nosotros y estas cosas no son para contarlas por teléfono.

—¡Cállate, hija! —dijo la madre cortando en seco a la vehemente muchacha—. Así no se habla a tu hermano.

—Perdona, Luis —corrigió la moza inmediatamente.

—Hay que entregar esto a Valdés y es un asunto peligroso —concluyó la madre—. A ti no te conoce nadie en Granada y eres el único de nosotros que puede hacerlo. Piénsalo.

—¿Estás con nosotros? —le preguntó José.

—Si no triunfa aquí el alzamiento arrasarán esta casa… —esta vez era Antonio el que añadía leña al fuego.

Luis Rosales se quedó callado, como si lo estuviera valorando. Estaba haciendo su teatro.

—¡Claro que sí, mamá! —dijo levantándose, aunque no estuviese nada convencido.

Todos los hermanos hicieron lo mismo rompiendo a aplaudir al nuevo conjurado.

Un beso de su madre cerró el pacto de familia.

—Y de esto… —le dijo su madre cuando Luis subía hacia su dormitorio a cambiarse para la comida—. Ni una palabra a tu padre.

Y así fue porque durante el almuerzo no se habló una sola palabra de política, y el ágape transcurrió entre tazas de *ajoblanco* de la Alpujarra y unos platos soberbios de choto al ajillo mientras Luis relataba a su familia sus aventuras literarias madrileñas. Una de las cosas que les contó era que había estado un día de la semana

anterior almorzando con Federico García Lorca y que su «maestro», como llamaba Luis a Federico, le había explicado su última obra, *La casa de Bernarda Alba*, que pensaba llevar a América en otoño.

—¿Y qué tal es? —preguntó Esperanza.

—Mejor no te lo cuento, hermanita… Espérate a que la publique —se excusó Luis Rosales, que no quería dar más cuartos al pregonero que los justos. Después de comer todos se fueron a sus habitaciones para pasar la siesta. Luis entró en la suya y vio que la carpeta azul estaba encima de su escritorio. Su hermana se la había subido después de ayudar a su madre a retirar la mesa y mientras los hombres se quedaban en el patio tomando café.

El encargo que le habían hecho le desasosegaba y no por miedo, que no lo tenía, sino por algo mucho más grave: porque le obligaba a tomar partido contra la República en una estrategia golpista que no compartía en su fuero interno. En cierta medida se encontraba desgarrado entre sus sentimientos y obligaciones para con su familia y sus devociones por un mundo pacífico y ordenado donde la literatura, pensaba él, debía ser el carril para que circularan las divergencias. En esa tarde tórrida de Granada y mientras hacía tiempo en su dormitorio para acercarse con la fresca a casa del comandante Valdés, al 72 de la calle San Antón, le vinieron a la mente sus horas en la tertulia de los sótanos del «Café Lyon» y su militancia en «La ballena Alegre», la tertulia literaria de esa café y que era, hasta ese día, su única afiliación sentida.

Recordó en ese momento a su amigo Jacinto Miquelarena, un escritor falangista habitual de la tertulia junto con José María Alfaro, Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas o el mismísimo José Antonio Primo de Rivera, cuando decía que en ese círculo los revólveres permanecían ocultos, pero a mano, en los bolsillos sobaqueros de los gabanes. Y razón llevaba el vasco porque allí nunca hubo violencia pese a que a pocos metros estaba García Lorca con sus amigos, que lo mismo paraban con el granadino el editor José Bergamín, que el ministro republicano Sánchez Román o Pablo

Neruda y Gabriel Celaya, que eran comunistas. A veces los dos grupos compartían el local y lo más que ardía allí eran epítetos. ¡Rojos!, decían unos. ¡Fascistas!, les contestaban los otros… y luego se tomaban un *whisky* juntos.

El mismo Federico le había contado a Luis Rosales una anécdota que daba fe de esa especial y difícil camaradería. Había sucedido en marzo de ese año, apenas cuatro meses atrás. Federico García Lorca había ido a San Sebastián para leer su *Romancero Gitano* y se alojó en el «Hotel Biarritz». Celaya, que era guipuzcoano e ingeniero industrial, había sido compañero de Federico de «La *Residencia*» y hacía migas con él en la tertulia, y se acercó a verle porque andaba esos días por su tierra, pero cuál no sería su sorpresa cuando vio que su amigo estaba tomando un café en el vestíbulo con José Manuel Aizpurúa, un excelente arquitecto que era fundador de Falange en Guipúzcoa. Celaya, que era un devoto frentepopulista, se negó a saludar a su paisano arquitecto cuando Federico les presentó con toda su buena intención. En el momento en que el arquitecto se fue del hotel Federico riñó a Celaya por maleducado, así se lo había contado el granadino a Luis Rosales, diciéndole «Aizpurúa es un buen chico, que admira mis poemas. Es como José Antonio. Otro buen chico. ¿Sabes que todos los viernes ceno con él? Solemos salir juntos en un taxi con las cortinillas bajadas, porque ni a él le conviene que le vean conmigo ni a mí me conviene que me vean con él».

De hecho, Celaya, que le había negado la mano a Aizpurúa, sí se la había dado a José Antonio Primo de Rivera un año antes, cuando las cosas no estaban tan tensas. Había sido en febrero del año 35, en Madrid. García Lorca y Celaya habían quedado para tomar unas copas después de cenar en «Casablanca», un *cabaret* de la Gran Vía. Cuando llegó el vasco se encontró con que el granadino estaba charlando con el jefe de Falange y que ni corto ni perezoso se lo presentaba: «Oye, ven aquí. Te voy a presentar a José Antonio. Vas a ver que es un tío muy simpático», y el comunista vasco y el

falangista madrileño se dieron la mano antes de pasar una noche los tres juntos dedicados al *whisky*. Un año después eso ya no era posible. Los asesinatos de Castillo y Calvo Sotelo lo habían convertido en inviable, aunque solo fueran una excusa.

Esa tarde él mismo tendría que hacer como Celaya: romper con unos para estar con otros. Entregar esos documentos que le esperaban encima de la mesa era tanto como cruzar su particular laguna Estigia, y esa tarea sobrevenida le suponía salir de un deseado e imposible mundo de paz para desembarcar en el lado de la guerra que tantos estaban deseando, sus hermanos y su madre los primeros. Su tránsito al reino de Hades comenzaría dentro de unas horas, cuando visitara el domicilio de Valdés.

Pasó el resto de la tarde preparando una nueva edición de su poemario *Abril*, cuya primera tirada había salido el año anterior, y cuando creyó llegada la hora salió hacia su destino.

—Me llamo Luis Rosales y me han dicho mis hermanos que son íntimos amigos suyos, y vengo a dejarle estos documentos —dijo Luis Rosales ofreciéndole la carpeta cuando el militar le franqueó la puerta de su casa, en el primer piso de la finca—. Mi teléfono es… —y Rosales le citó el número de la casa de sus padres—, usted puede llamar para confirmar mi identificación.

José Valdés Guzmán, que vestía de traje completo militar pese a estar en su domicilio y a punto de caer la noche, se le quedó mirando sin mover un solo músculo de la cara. El comandante guardaba un silencio que a Rosales se le hacía eterno.

—Sí, soy amigo de sus hermanos —dijo al cabo de un rato sin el menor sentimiento en el timbre de su voz—, pero no sé nada de esto que usted me indica.

El comandante señaló por un momento la carpeta que Rosales le ofrecía sin hacer amago de cogerla, y el emisario se quedó desconcertado.

—Mis hermanos me han dicho que obrase con la máxima cautela, que los documentos son sumamente comprometidos y me podían

costar la vida si me descubrían —insistió el trastornado mensajero sin dejar de ofrecerle la carpeta—. Que se los tenía que entregar solo a usted.

Valdés siguió como si tal cosa, como si oyera llover, y Luis Rosales estaba a punto de perder los nervios. Otro silencio tan espeso como el anterior se instaló entre los dos hombres, que no se quitaban ojo plantado uno frente al otro.

—Señor Rosales —dijo al poco el de Logroño—, sigo sin entender lo que me dice.

—Yo le tengo que decir que desconfía usted de mí, cuando puede comprobar quien soy solo con llamar por teléfono —argumentó Rosales que se iba exaltando por momentos—; pero lo mismo puedo yo desconfiar de usted, sin poder comprobarlo.

—Seguramente… —concedió el comandante por toda respuesta.

Y se quedó tan fresco, mirando con sus pequeños ojillos al joven que se iba poniendo rojo como un tomate.

—¿Sabe lo que le digo, señor Valdés? —preguntó Rosales ya desencajado.

—Pues no… —le contestó el otro, al que le daba igual lo que quisiera decirle.

—¡Que aquí le dejo los puñeteros papeles —y Rosales tiró la carpeta encima de una mesa que había cerca—, y que usted se apañe con ellos!

Un portazo es cuanto dijo el escritor metido a emisario falangista para despedirse del impertérrito conspirador militar. Al comandante Valdés no se le movió un pelo del flequillo.

«Si este pollo es mi Caronte yo me bajo de la barca» se decía furioso Luis Rosales cuando bajaba a zancadas por las escaleras de la finca.

Esa noche Luis Rosales Camacho, pese a todo, se afilió a Falange Española y de las J. O. N. S.

Sus dos hermanos mayores avalaron su solicitud y su madre preparó una cena especial para celebrarlo. Él no estaba muy

convencido de lo que había hecho.

28

15 de julio de 1936 (por la mañana).
Plaza del Campillo. Granada.

—¡Miguel!

—¡Federico!

—Pero,… ¿qué haces aquí?

—Sudar como un pollo, Miguel.

Miguel Cerón Rubio se acababa de dar de bruces con Federico García Lorca cuando el poeta salía del «Café Alameda», en la plaza del Campillo. Eran las doce de la mañana y el sol batía la plaza sin excusas de escondite. Sus rayos bajaban a plomo y hasta las sombras se habían escondido debajo de sus dueños.

Los dos amigos, que llevaban tiempo sin verse, se fundieron en un abrazo.

—Te hacía en Madrid, Federico —le dijo Cerón tomándole del brazo.

—He venido por unos días, Miguel. Solo unos días.

—¿Por tu santo?

—Sí, Miguel, por mi santo… y el de mi padre. Y porque me lo ha pedido mi madre, y porque Isabel me ha dicho que me vaya de Madrid, y porque no quiero estar allí, y porque quiero estar sentado por las tardes en el jardín de la Huerta, y porque quiero tocar el piano, y porque sueño todos los días con ángeles y demonios, y porque tengo un recado para Boabdil, y porque quiero ponerme ciego de piononos, y porque el coñac me gusta más en Granada, y porque estoy deseando irme de aquí de una puta vez…

—¡Vale ya, Federico! —le paró Cerón—. Eres el de siempre. Te veo estupendo.

—¡Que va, Miguel! —se lamentó Federico—. Estoy más gordo y más viejo.

—Eso nos pasa a todos, querido. Cuando nos conocimos yo tenía todo el pelo, ¿te acuerdas? —y Miguel Cerón se pasó la mano por la cabeza que ya gastaba entradas.

—Cómo no me voy a acordar, si «solo» —Federico recalcó la palabra—, han pasado quince años.

Así era, porque los dos amigos se conocían gracias a don Manuel de Falla, a su común afición a la música, y en especial al flamenco.

Los tres habían organizado en 1922, durante las fiestas del *Corpus Christi*, el primer Festival de Cante Jondo. Todo surgió un día en que los dos amigos paseaban con el maestro por los jardines del Generalife y don Manuel, tan comedido para todo, empezó a celebrar de manera muy apasionada esa manera de «cantar y sentir, que solo se tiene en esta tierra bendita», y entre todos decidieron emplazar en Granada ese primer evento que apadrinó Falla y al que se aplicaron en cuerpo y alma Cerón y García Lorca. El asunto lo financió el Ayuntamiento y se celebró en el Patio de los Aljibes pese a la oposición de la *carcundia* local, como llamaba Federico a la mucha gente conservadora de Granada.

Manuel Ángeles Ortiz contaba así la anécdota más impresionante del certamen: «Ya estábamos cansados todos, **Federico García Lorca** a mi lado casi se aburría. Entrada la tarde apareció por el portón de la taberna un vejete estirado con su sombrero de ala ancha y su bastón de pastor. Llamó nuestra atención su facha de gañán o boyero viejo y que vino a sentarse al rincón del patio. Parecía como ausente y sin embargo llevaba el compás de la guitarra con el pie. Nadie se había fijado en él. Pero de pronto y como un trallazo, se oyó un largo grito o lamento tremendo que nos dejó asombrados de emoción por su grandeza y fuerza. Todos se volvieron al lugar de aquella voz y oímos una *soleá* estremecedora. Aquello fue *la potosí* como dijo "la **Mejorana**". **Rusiñol** gritaba de emoción, **Falla** sonreía como un niño y **Federico** se cubrió la cara

casi llorando. ¿Pero de dónde ha salido este hombre?, nos preguntábamos. Luego supimos que se trataba de **Diego Bermúdez**, un viejo cantaor medio retirado a consecuencia de una *puñalá* en el costado por una reyerta en un pueblo de **Córdoba**. Había venido andando desde **Puente Genil**, atrochando por los olivares. Era un tipo raro que luego nos llevábamos **Falla, Federico** y yo por el **Barranco del Abogado** para oírle decir esos viejos cantos»[2].

El festival había supuesto un aldabonazo en el mundo cultural de toda España y, sobre todo, el nudo de una amistad inquebrantable ente Cerón y García Lorca.

—¿Has tomado algo? —le preguntó Cerón.

—Solo un café. Estaba haciendo tiempo…

—¿Te tomas otro conmigo? —le ofreció señalando los veladores que estaban en la acera.

—Claro que sí, Miguel. Otro café… y un coñac, que ya es hora.

Los dos amigos se sentaron en la terraza del bar y ordenaron la comanda al mozo que atendía los veladores. Federico ofreció un cigarrillo a Miguel y los dos los encendieron en silencio.

—Te veo triste, Federico —le dijo Cerón cuando notó que su amigo, que normalmente era un torrente de locuacidad, se quedaba ensimismado observando las volutas del humo de su cigarro.

—No es tristeza, Miguel. Es otra cosa —le contestó el poeta mirándole a los ojos—. Siento una extraña angustia desde que he llegado, es como un nudo en el estómago que no me suelta ni de noche. Llevo aquí dos días y no he conseguido todavía dormir en paz, y eso nunca me pasa en la Huerta. Tengo pesadillas continuamente, y no me concentro.

—No exageres, Federico. Eso es normal —quiso trivializar Cerón—. Acabas de llegar y siempre cuesta acostumbrarse. La tierra que nos ha parido siempre nos festeja al llegar, pero también, como madre omnipresente que es, nos devora en su ansiosa posesión.

—Qué razón llevas, Miguel, pero no creo que sea eso lo que me conturba.

—¿Entonces?

—Creo que no estaré tranquilo hasta que me vaya. Esperaré al santo de mi padre y luego me marcharé.

—¿A dónde, si puede saberse?

—Te lo voy a decir, pero me tienes que prometer que me guardarás el secreto.

Miguel le miró con incredulidad. Conocía bien a Federico, o eso se creía, y no entendía tanto misterio ni tantos circunloquios para que terminara por decirle algo que su amigo, al final, acabaría contando a todo el mundo.

—¿Qué quieres que te diga, Federico? —le contestó burlón.

—Me marcho a México, donde me espera Margarita Xirgu —le espetó sin esperar la promesa de reserva—. Voy a empezar allí otra vida.

—¿Me estás diciendo la verdad, o es uno más de tus sueños?

—Es la verdad, Miguel. Ya he sacado los billetes.

—¿Para cuándo?

—Muy pronto, Miguel —sentenció García Lorca—. En cosa de un par de semanas me presento en Cádiz y desde allí embarcaré para América.

—¿Entonces, va en serio? ¿Dejas España?

—Sí, Miguel. Me voy a la tierra de promisión. Me voy lejos de este país de mierda…

—Mucha turbación tiene que haber en ti para tomar esa decisión, Federico.

—Tú me conoces y sabes que no miento, Miguel —despachó el poeta, como si le fuese a creer—. Aquí se me han roto las cuadernas y no veo solución a nada. Este país se va a llenar de muertos. De muertos nuevos…

—¿Muertos nuevos?

—Sí, Miguel. Personas que han de morir y que todavía respiran, porque luego están los que ya están muertos y todavía andan, «los putrefactos», los que no saben que ya están muertos.

—¿Y esos quiénes son? —la verdad es que Cerón estaba sorprendido con los desvaríos de su amigo.

—Mejor no te lo cuento Miguel —dijo Federico impostando la voz en misterios—. Solo te diré que aquí, en Granada, hay muchos. Yo los veo por la calle… ¡Mira, ahí van dos!

García Lorca señaló a una pareja que parecía un matrimonio burgués lo suficiente mal avenido como para no hablarse y lo suficiente cobarde como para no separase. Rondarían los sesenta años y el vinagre les chorreaba por la cara. Se les veía con posibles y con esa repugnante expresión que pasean los que miran a los demás por encima del hombro.

—¿Qué te espera en «las Américas»? —preguntó Cerón, por retomar la conversación.

—Allí se me quiere y se me respeta de una manera que aquí nunca será posible. Allí me dan la paz y la libertad que aquí no tengo. ¿Lo comprendes? ¡No me queda otro remedio! Solo lo siento por mi madre.

—No hace falta que te justifiques más conmigo, Federico. Yo estoy de tu lado.

—Además, tengo poderosas razones para volver allí.

—¿Más razones todavía?

—Sí, pero esas no te las puedo contar. Son razones de sangre.

Miguel Cerón se le quedó mirando. «Ya empezamos otra vez con los misterios —pensó—. Si me callo, seguro que me lo cuenta».

Federico, que en eso no pensaba soltar prenda, encendió otro pitillo y se fue a la luna de Valencia. Miguel Cerón se dedicó a disolver el azúcar con la cucharilla. Los dos amigos se quedaron en silencio mirando a los que pasaban por la plaza.

Miguel Cerón se estaba terminando su café con leche cuando pasaron por delante de la terraza del Alameda dos mujeres

guapísimas. Las dos eran morenas, con melena sobre los hombros y vestían trajes muy ceñidos de tela estampada, con zapatos de tacón muy alto para esas horas de la mañana. Una, la más morena, llevaba unos grandes zarcillos en las orejas y la otra, que era más alta, llevaba pulseras hasta el codo. Las dos mujeres atraían las miradas de todos los hombres y algún que otro silbido.

—¡Vaya *usté* con *Dió*, terroncito *e* gloria! —escucho Cerón que le decía a una de ellas un carnicero que salía del bar.

—¡Estás para comerte! —dijo otro, que paraba al lado de Cerón.

—Mucha carne para tan pocos dientes —contestó la bella, que se toreaba sola.

Las dos mujeres venían de la Manigua, el barrio donde estaban los burdeles más clásicos de Granada, por encima de El Campillo. Trabajaban en la casa de «La Bizcocha», la *madame* más respetable de la capital nazarí y una buena amiga de Miguel Cerón Rubio, que era de sus mejores clientes. Cuando los dos monumentos pasaron por delante de Federico y Miguel les dedicaron una sonrisa.

—Si vieras lo buenas chicas que son estas dos… —se sinceró Cerón, que las conocía perfectamente—. La más bajita, que es de Maracena, canta como los ángeles.

—Miguel, por favor… —le riñó Lorca, que rehuía ese tipo de conversaciones. El poeta siempre se había negado a acompañar a su amigo en las aventuras sexuales con esas ninfas; le daba pánico el trato con prostitutas y solo había entrado en ese barrio para recoger a algún *cantaor* al que se le había hecho tarde el despertar en el lecho de alguna colipoterra durante el concurso de Cante Jondo.

Miguel hizo caso a la recomendación de Federico y obvió el asunto de los dos soberbios espectáculos femeninos que se fueron cimbreando el talle y taconeando con brío hacia la Carrera del Genil. Un murmullo de hombres en celo seguía su paseo. Según ellas salían de la plaza entraban otras muchachas, pero bien distintas… y no porque fueran menos agraciadas.

—Señores, ayúdennos y compren unos bonos del Socorro Rojo —les pidieron a Miguel y a Federico. Las jóvenes iban ataviadas con la característica pañoleta roja al cuello que llevaban los voluntarios de esa organización—. Son para las familias obreras necesitadas.

—Toma, guapa —dijo Lorca poniendo un billete de cinco duros en las manos de la más pizpireta.

—Yo también quiero ayudar —añadió Cerón que, aunque era un hombre de corte conservador en lo político, sentía debilidad por todo lo que sonara a ruso, a «soviético» como le gustaba decir. Y puso dos duros en el canastillo.

—Gracias, señores —dijo una de las chicas.

—De señores, nada —respondió Lorca—. Nosotros somos camaradas, ¿verdad, Miguel?

—Como tú quieras, Federico —concedió Cerón, que para esas cosas no era nada estricto.

—Gracias, camaradas —repitió la portavoz del grupo, que admirada por el donativo le dio un beso al poeta en la mejilla.

—De nada, guapísima —le contestó el poeta llevándose el puño izquierdo a la sien correspondiente, como tenían por costumbre saludarse los afiliados al Socorro. Al otro lado de la plaza dos hombres no quitaban ojo a los dos amigos, y menos cuando Lorca alzó el puño hacia su frente. «¿Pero has visto a la *maricona* esa? ¡No tiene vergüenza!» le dijo Trescastro a Ruiz Alonso, que a esas horas cruzaban la plaza camino de la sede local de la CEDA. Los amigos de Trescastro tenían a Federico por García *Loca*, en un claro desprecio a su condición sexual, que la *carcundia* local aireaba por todas partes.

Cuando las muchachas estaban a punto de marcharse, unos falangistas casi tan jóvenes como las activistas del Socorro hicieron acto de presencia en la esquina de la plaza. Vestían sus camisas azules y señalaron hacia las tres chicas con cara de pocos amigos. Lorca se dio cuenta de que unos jóvenes que acompañaban a las tres chicas, que también habían detectado la llegada de la escuadra, hacían por enfrentarse a ellos.

—No os lo aconsejo —les dijo Cerón, que había visto la maniobra. Cinco falangistas se acercaban deprisa a los jóvenes obreros comunistas y otros tres les cerraban la salida—. Son más que vosotros y más mayores y, seguramente, irán armados.

—¡No les tenemos miedo, camarada! —le respondió el más bravo de ellos.

—Lenin dice —sentenció Cerón, que se lo había leído—, que a veces hay que dar un paso atrás para dar luego dos hacia delante.

—Una retirada a tiempo siempre es una victoria, chavales —les aconsejó también García Lorca—, así que… ¡Salid por pies!

—¡Vámonos! —dijo el muchacho, cogiendo a una de las chicas del brazo. Lo mismo hicieron sus dos compañeros retirando a las otras dos—. Ya tendremos tiempo de contestarles como se merecen.

Los jóvenes comunistas enfilaron deprisa hacia la calle de San Pedro Mártir. Los falangistas, visto eso, prefirieron exhibirse por la plaza que seguirles.

Cerón y Lorca sonrieron ante la escapada.

—Oye, Miguel —dijo Federico cuando los jóvenes del Socorro ya habían puesto tierra por medio—. ¿Por qué no nos vamos juntos a Rusia?

—A donde nos vamos a ir tú y yo es a tomar por el culo, Federico —se burló Cerón—, que esto se está poniendo muy chungo.

29

15 de julio de 1936 (por la tarde).
Calle Mesones. Granada.

—¡Gente de paz! —dijo Federico entrando en la zapatería.

A Agustina González le dio un vuelco el corazón cuando vio que Federico García Lorca entraba en su tienda. Apenas faltaban diez minutos para cerrar y la visión real de su amado secreto la llevó al sueño de sus gozos en el mismo instante en que Federico cruzó el umbral. Con esas tres palabras comenzaba la segunda escena del primer acto de *La zapatera prodigiosa*, una obra que Agustina había leído y releído *cienes y cienes* de veces, como le decía su amiga Dolores, porque bien sabía que en aquellas páginas su adorado poeta era «El Niño» y ella «la mujer del Zapatero».

—¿Eres tú? —contestó ella siguiendo el guion que tantas veces había repetido a solas.

—Sí, señora Zapaterita. ¿Estaba usted llorando?

—No, es que un mosco de esos que hacen piiiiii, me ha picado en este ojo.

—¿Quiere usted que le sople? —le ofreció Federico en su papel de «El Niño».

—No, hijo mío, ya se me ha pasado… ¿Y qué es lo que quieres?

—Vengo con estos zapatos de charol —dijo el poeta apoyando la mano izquierda en el mostrador y sacando la derecha de detrás del cuerpo para poner encima de la tabla un ramo de flores que llevaba escondido a la espalda—, costaron cinco duros, para que los arregle su marido. Son de mi hermana la grande, la que tiene el cutis fino y se pone dos lazos, que tiene dos, un día uno y otro día otro, en la cintura.

—Déjalos ahí, ya los arreglarán —contestó ella saliendo a abrazarle.

Los dos se fundieron por un rato largo en un cuerpo sin palabras en que el aliento de sus bocas pronunciaba lo que se tenían guardado tanto tiempo y que nunca se dirían.

Federico solo había amado a una mujer que no fuera de su sangre, y ese mediodía de julio la tenía otra vez entre sus brazos. El poeta la quiso desde que la conoció, cuando él era muy joven, en el verano de 1916, en Granada. El romance duró desde la primavera hasta el otoño y por eso Lorca escribió su *Canción desolada*: «*Yo, que tanto te amo, rehuyo pensar en ti. El calor de tus manos y tus risas mimosas son mis únicos constantes recuerdos, y cuando pienso en tu boca, el dolor de no poder besarla es un tormento cruel (…) Ya sé que me quieres mucho (…). La sociedad sanguinaria nos separa. A mí también se me destruye el corazón (…). ¡Te quiero tanto! (…). Te fuiste de mi lado en un otoño de color ocre y el invierno está pasando como un gigante negro que me clavara un puñal (…). No volverás jamás a mi lado*».

La relación la rompió Agustina, o «*Amelia*» como prefería ella, dado el freno que Federico ponía entre ellos por la diferencia social entre los amantes, pero, sin embargo, ese día tórrido de julio de 1936, veinte años después de que mezclaran sus ojos jóvenes por primera vez, Federico y Agustina se sorbían el aliento y se contaban en silencio lo que ya no se dirían nunca más en aquella zapatería que escondió sus juegos de adolescentes enamorados. Veinte años después Federico, herido de todos los amores y gastado en todos los sueños, se abrazaba a una mujer que no había dejado de quererle y que decidió construir un teatro con su vida, como cuando su novio de chica la convirtió en 1930 en una prodigiosa zapatera que lucha entre su modesta realidad granadina y sus verdaderos deseos como mujer universal que se libera de lo que le ata y se traslada a otro tiempo por venir.

—¿Qué te pasa, *Amelia*? —le dijo Federico, saliéndose del guion, al notar las lágrimas sobre sus mejillas—. ¿Por qué lloras?

—De felicidad, Federico —respondió ella con una sonrisa iluminada y mirándole a los ojos—, de felicidad. No esperaba verte…

—¿Seguro? ¿No has soñado conmigo? Yo todos los días te veo mientras me duermo —mintió él.

—No seas zalamero, y no me engañes —le riñó ella, pese a que le encantaran los embustes de quien un día fue su amor posible y, desde entonces, se había convertido en una fantasía obsesiva y dulce—. Yo sí que sueño contigo.

Federico tomó a Agustina de las manos, como si fueran a jugar al corro, y se la quedó mirando con todo cariño.

—¿Cómo te ha ido desde que no nos vemos?

Federico visitaba a Agustina siempre que iba a Granada. Hablaban de libros, de política y, sobre todo, de los viajes del poeta, que a ella le encantaba escuchar. Federico también corregía las obritas de su amiga, las que luego ella ponía en el escaparate de la tienda y de las que no vendía casi ningún ejemplar, y sobre todo pasaban las horas muertas sentados en el taller, a solas, mientras Federico usaba a Agustina como su paño de lágrimas de las confidencias de sus muchos desamores con los hombres.

—Como siempre, Federico —contestó ella—. Soportando desprecios y malas caras, pero yo sigo con lo mío.

—¿Qué tal te fueron las elecciones?

—Fatal, Federico, fatal… Solo saqué quince votos.

—¿Qué te esperabas, mujer, de una ciudad retrógrada como esta? No te han entendido.

—Tampoco yo me he molestado en ponérselo fácil —retó la esforzada sufragista.

—¡Eso también es verdad! —aplaudió García Lorca—, que tú tienes mucho carácter.

—Bueno, cuéntame tú —preguntó ella—. ¿Qué haces por aquí?

—Vengo solo unos días, *Amelia*. Me voy enseguida.

Esa noticia fue como un pellizco en el corazón de Agustina. Miró hacia el suelo, como buscando apoyo para sus pies, y haciendo acopio de fuerzas volvió a encarar sus ojos con los del poeta.

—¿Y eso? —se atrevió a preguntar. Agustina, pese a los años que habían pasado, le seguía mirando con el ardor y la pasión adolescente de la que nunca se había curado pese a saber de sobra que Federico nunca sería un hombre como los demás.

—Vengo a celebrar el santo de mi padre y el mío, como todos los años, y sobre todo a tranquilizar a mamá, que está empeñada en que me quede aquí tal y como se están poniendo las cosas. Luego me voy.

—¿Dónde, Federico?

—Me marcho a América. Aquí no aguanto ni un día más —le confesó él—. Si te atrevieras podrías venirte conmigo. Allí seríamos libres.

—Eso es una locura Federico. Tengo que estar aquí cuidando a mi madre, y tú lo sabes.

Federico se dio cuenta de que acababa de proponer una chiquillada de las suyas. Su situación no podía compararse con la de Agustina, y de inmediato reconoció que era estúpido crear en ella falsas expectativas que no se podrían cumplir.

—He dicho una tontería, perdóname *Amelia*.

—Sabes que no tienes que pedirme perdón, Federico —le regaló ella—. Te quiero mucho, niño mío. Tú lo sabes, como sabes que eso es así desde que te vi por primera vez. Y sabes que será para siempre, pero sé perfectamente que no eres para mí.

—¿Te lo han dicho tus estrellas? —bromeo Federico acariciándole la mejilla con la palma de su mano.

—Sí, me lo han dicho ellas, que me quieren más que tú, marrullero —le contestó.

—¿Nos tomamos un granizado? —propuso él eludiendo la respuesta—. Ya tienes que cerrar.

—Vale… me da tiempo.

Federico y Agustina salieron de la zapatería echando el cierre y se fueron hacia la calle Recogidas.

—Vamos a sentarnos en esa terraza —propuso él—. Tengo que contarte muchas cosas.

—¿Qué van a tomar los señores? —preguntó el camarero en cuanto la pareja ocupó un velador debajo del toldo sobre la acera.

—Pide tú lo que quieras —ofreció Federico.

—Un granizado de limón —ordenó Agustina.

—A mí tráeme un fino —reclamó Lorca, que a esas horas ya no se salía de los vinos.

—¡Ahora mismo, señores!

Los dos se quedaron en silencio cuando el mozo acudió a por la comanda. El poeta aprovechó para encender un cigarrillo.

—¿Es cierto que te vas, Federico, o es una mentirijilla más de las tuyas? —preguntó ella, a quien la posibilidad de perderle para siempre le angustiaba.

—Creo que sí —mintió él, que tenía la decisión tomada.

—¿Crees? —preguntó ella ilusionada—. ¿No estás seguro?

—No del todo —volvió a mentir Federico.

—¿De qué depende? —la esperanza volvía a Agustina.

—De ti —mintió él.

—¿De mí?

—Si, de ti, Amelia —insistió enigmático, jugando con las ilusiones de ella.

—¿Qué tiene que ver una pobre zapatera de provincias con los planes secretos del poeta más famoso de España?

En eso llegó el camarero con las bebidas y Federico sacó un billete para dárselo incluyéndole la propina.

—Pues que no me iré de aquí, de esta tierra cruel y miserable, si no me das tu permiso ya que no te quieres fugar conmigo —explicó Federico mirándola a los ojos.

Dicho eso el poeta acabó con su vino de un solo trago.

—¿Tú me quieres, Federico? —preguntó ella con la voz quebrada.

—Claro que sí, amiga mía. Te quiero como a mi vida, Amelia —declaró él tomándola de la mano.

Ella se le quedo mirando, con el gesto endurecido, atravesándole con la mirada.

—Querer es muy fácil, niño mío —dijo al cabo de un rato que a Federico se le hizo eterno—. Todo el mundo puede hacerlo. Hasta tú eres capaz.

Esas palabras desconcertaron al poeta. Le sonaron a reproche y nunca las hubiese esperado de Agustina.

—Yo también te quiero —continuó la mujer—, pero como tú no sabes hacerlo. Querer es muy difícil. Tú escribes mucho sobre el amor, pero no sabes querer, mi cielo. Tú quieres como lo hacen los niños pequeños.

—¿Y cómo hay que querer? ¿Cómo me quieres tú, Amelia?

—Como tú requieres, mi niño. Querer a alguien es muy fácil —repitió Agustina—, lo difícil es quererle como él necesita.

—No te entiendo —dijo el poeta cada vez más confuso por lo que estaba oyendo.

—Tú me quieres por tu felicidad, no por la mía. Ni siquiera soy para ti la persona de mi propio nombre. Yo soy para ti una mujer distinta a quien verdaderamente soy, me sientes alguien que tú te has imaginado. Yo soy para ti Amelia, exclusivamente, ni siquiera me reconoces como Agustina. Tú quieres a Amelia, a la que has construido como un sueño más de tu teatro; no me quieres a mí, ni me das lo que yo deseo. Vienes y te vas; apareces y desapareces; buscas a Amelia cuando te apetece, pero nunca ves a Agustina… y la tienes delante de tus ojos. Crees que me quieres y eso te hace feliz… cuando lo piensas. Así queréis los egoístas.

Federico se quedó mirándola en silencio, como arrobado. Eran las palabras más duras y certeras sobre el amor que había oído nunca. Esas pocas frases Agustina había retratado su egoísmo esencial, la profunda incapacidad de Federico para amar noblemente sin vampirizar los afectos de cuantos se le cruzaban en la vida. Aladrén,

Dalí, Rapún y tantos otros no habían sido más que juguetes circunstanciales, divertimentos, meros juegos de placer y deseo con que llenar una vida insatisfecha en la que solo procuraba huir de sí mismo saltando de cama en cama.

—Ni los peces pueden volar, ni los gorriones nadar, ni tú puedes quererme como yo necesito —apostillo ella sin soltarle la mano—. Solo amas a tu poesía y tu única casa son los escenarios de tus funciones, niño mío y, sin embargo, yo te quiero así.

Las lágrimas saltaron de los ojos de Federico.

—*Amelia* eres maravillosa —dijo el poeta acercando sus labios a los de Agustina para besarla.

—¿Pero,… qué haces, Federico?

—Quererte, *Amelia*.

Agustina se dejó besar. Hacía tanto tiempo que no sentía los labios de un hombre en los suyos que el beso trémulo de Federico la llevo a las esferas celestiales.

—Tengo que ir a casa, Federico —dijo para salir del embeleso. Ese contacto con los labios de su amor desde joven le había removido hasta lo más hondo y no se sentía con fuerzas para seguir cerca del hombre que se había adueñado de sus entrañas para siempre.

—¿Ya?

—Sí, tengo que preparar la comida —mintió ella, que la tenía dispuesta desde primera hora de la mañana.

—¿Y qué haré yo si me abandonas aquí, en tierra de moros? —bromeó él.

—Disfrutar de tu familia y de tus amigos —le contestó ella levantándose del velador.

—También lo haré de ti, querida mía. ¿Vendrás a mis sueños por las noches?

Agustina se le quedó mirando y no le contestó. Por toda respuesta le apuntó un beso con los labios.

Agustina se alejó del bar sabiendo que Federico la seguía con su mirada. Cuando llevaba andados treinta metros no pudo evitarlo y se

volvió para contemplarle otra vez. Y allí, plantado en mitad de la acera, estaba «El Niño» de *La Zapatera prodigiosa* moviendo su brazo como si fuera un crío.

30

16 de julio de 1936 (por la mañana).
Casa del coronel Muñoz y casa de la familia de José Palao. Granada.

Dolores estaba cohibida en casa del coronel Muñoz. Desde que la familia Nestares se fue destinada a Alcoy y ella perdió el jornal de esa casa, cosía en la del coronel porque Nestares se la recomendó a Muñoz, que era viudo y se apañaba fatal para las cosas domésticas. El de Artillería era un hombre avinagrado y muy soberbio que no sabía hacerse querer. «Cosas de los militares» pensaba Dolores cuando veía el ambiente de esa familia sin jefa.

Al coronel le gustaba ir bien trajeado, y a la costurera, que era muy hábil para montar camisas, le tocaba hacerle las de uniforme y las de paisano, que estas últimas siempre las quería de algodón, blancas, con varillas en el cuello y puños dobles para los gemelos. Esa tarde le tocaba probarle tres camisas, dos de paisano y una de uniforme que ya tenía hilvanadas para costura.

—No las necesitaré hasta la semana que viene, Dolores —le dijo el coronel cuando terminó de probarse.

—Le agradezco que me lo diga, señor, porque tengo pendiente otras dos prendas que tengo que entregar con urgencia en casa de los Fernández-Montesinos.

Dolores no se percató del leve rictus de desagrado que hizo el coronel cuando oyó ese nombre. Al de Artillería, un ferviente antirrepublicano, solo oír el nombre del médico socialista metido a político local le sacaba de sus casillas.

—Veo que se mueve usted por toda Granada.

—No le entiendo, señor. ¿A qué se refiere?

—A la familia que acaba de mencionar. Son políticos.

—¿Ah, lo dice por don Manuel? —Dolores se dio cuenta de que se refería a la condición republicana de su cliente.

—Por eso, precisamente.

—Bien sabe Dios que a mí me da igual que sean de un partido o del otro. Lo que me importa es ganar el dinero que necesita mi familia, y bien sabe usted que en estos tiempos no hay que hacer distingos, siempre que la persona cumpla con lo pactado.

—Lleva razón, Dolores —concedió el militar—. Lo primero es la honradez y cumplir con la palabra dada. Si todos fueran como usted, de otra forma nos iría.

—Eso mismo opino yo, señor.

El militar se terminó de abotonar la guerrera de su uniforme después de la prueba.

—Y a su marido ¿qué tal le va? —le preguntó cuando ya se iba de la salita.

La pregunta desconcertó a Dolores. El coronel no conocía de nada a Juan Palao ni ella recordaba haberlo mencionado en casa de Muñoz. Como fuera que Dolores no sabía por dónde iban los tiros y no sabía qué contestar, salió del paso como pudo.

—Pues mientras que el Hospital tenga dinero para seguir las obras, allí seguirá ganando su jornal. Que mi Juan es encofrador… y de los buenos. No sé si lo sabía.

—Y el asunto de la Casa del Pueblo… Ya no está de jefe, ¿verdad?

Si preguntar sobre su marido le había puesto sobre aviso, esa mención a su condición de sindicalista, al cargo que Palao había ostentado en la Casa del Pueblo y al hecho de que diese por sabido que ya no lo ejercía le encendió todas las alarmas.

—Eso creo —contestó Dolores disimulando la preocupación—. Mi marido lo dejó hace ya más de dos meses. No sabe usted qué peso me ha quitado de encima…

—Ha hecho bien en dejarlo —dijo Muñoz satisfecho—. Los que simpatizan con las izquierdas no tienen nada que hacer en la España de hoy… y menos en la del futuro.

—Eso mismo pienso yo —mintió Dolores Marqués, que no quería llevarle la contraria—. Lo importante es tener pan y tranquilidad a diario para sacar los hijos adelante. Lo demás, mire usted, son gaitas.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del coronel que se fue de la salita más contento. Dolores recogió sus bártulos y al rato se despidió de él, después de cobrarle los cinco duros que le debía por las composturas.

Salió apresurada de la casa del militar. En su cabeza bullían, como en una marmita al fuego, las palabras pronunciadas por el coronel respecto al súbito interés del oficial por su marido. No era normal que le preguntara por él, si acaso por los niños, pero… ¿por su marido? «¿Qué le rondará por la cabeza a este hombre?» se repetía continuamente camino a su casa. ¿Habría querido decirle algo y no se había atrevido? ¿Sabría algo de él que ella desconocía? Si Juan no le había contado todo lo que hacía cuando no estaba en casa la iba a escuchar, rumiaba Dolores.

El interés del coronel por Juan Palao le había dejado un mal sabor de boca que le hacía apresurar el paso para llegar a casa y encarar a su marido. No sabía a ciencia cierta por qué estaba tan nerviosa, pero su intuición femenina no le avisaba de nada bueno. Acaba de pasar por la calle Elvira y allí se topó de bruces con su hija Balbina.

—¿Qué haces tú aquí sola? —le preguntó preocupada al verla lejos del patio donde solían jugar—. ¿Y tu hermano?

—Estamos jugando al escondite, madre.

—¿Quién te ha dejado salir?

—Padre, que estaba con el tío José —contestó la pequeña—, y nos ha dicho que saliéramos a jugar.

—Pues ya veo yo como habéis obedecido. ¡Venga para casa conmigo, ahora mismo!

—¿Voy a buscar a *Manu*, madre?

—Tú ni te muevas de aquí —le dijo sujetándola por el hombro—. ¿No ves que te puede atropellar un coche?

—¡Maaanuelllll!, que vengas aquí ahora mismo.

Al rato apareció el mayor, que había oído desde la otra acera el grito de su madre.

—Dígame, madre —por el tono de su madre sabía que se despachaba bronca.

—¿Dónde estabas?

—Ahí enfrente. Estoy jugando a la taba con mis amigos —respondió el muchacho—, y tenemos permiso de padre.

—¿Así cuidas de tu hermana? —y ahí le cayó un pescozón—. Pues se ha terminado. Todos para casa conmigo.

—¡Jo…pe, madre! No es justo… —protesto Manuel Palao—, y además voy ganando.

—Pues por mí como si vas ganando la Alhambra, hijo mío. ¡Para casa!

Los dos niños se cogieron de la mano y siguieron a su madre en silencio.

Manuel conocía esos repentinos enfados de Dolores. Y cuando sus zapatos hacían más ruido de lo necesario al pisar en el suelo, como era el caso esa tarde, sabía que no quedaba más remedio que obedecer y callar. Esa pisada de talón fuerte y rotunda no era nada más que el aviso de que la tormenta iba a estallar pronto, pero esta vez, pensó el muchacho, estaba su padre en casa y la pararía. Estaba seguro de ello. El trato con padre era muy distinto al que tenían con su madre, más encargada en poner disciplina en la familia que el bueno de Juan Palao.

—Vamos, *Balbi* —dijo Manuel para tener contenta a su madre—, que tenemos que subir a casa, no te hagas la remolona…

Y allí se fueron los tres, porque Dolores estaba deseando despachar cuanto antes con su marido, y más desde que se había enterado de que su cuñado rondaba por allí.

—¿Se puede saber qué es lo que quería tu hermano? —fue lo primero que le preguntó en cuanto le tuvo delante.

Los niños, oliéndose el lío, se habían ido a su cuarto según entraron en casa.

—Tranquila, mujer, que te veo descompuesta —dijo Juan Palao, que estaba fumándose un pitillo de liar en la salita de la casa. En el cenicero se veía la colilla de un emboquillado de los que fumaba José—. Hoy he tenido un buen día y no lo vamos a estropear.

—¿Y qué ha habido de bueno hoy, si puede saberse? —preguntó ella poniéndose en jarras.

—Pues que he cobrado una parte de los atrasos, Dolores.

La mención al dinero cambió un poco el talante de la mujer, que se apresuró a ir hacia la cocina y coger la jarra de agua, tapada con un paño húmedo, del alféizar de la ventana y llenarse un vaso hasta arriba para quitarse el mal sabor de boca que traía de la casa del militar. Más serena volvió al comedor con la bolsa del pan entre sus manos para dar de merendar a sus hijos y poder hablar a gusto con Juan.

—¡Niños!

No había terminado la corta palabra cuando ya los cuatro estaban al lado de sus padres. Manuel y Balbina seguían cogidos de la mano.

—Tenemos chorizo o nata, ¿qué preferís para merendar? —les preguntó Dolores.

—¡Nata, mamá, nata! —dijeron Lourdes y Balbina, que eran las más golosas. Manuel, que hubiera preferido el embutido, se calló porque sabía que no estaba el horno para bollos.

Ella cortó cuatro trozos de pan y los llenó con la espuma de la nata, que la había cocido por la mañana, y con un poco de azúcar se los sirvió a sus hijos, que se fueron todos a jugar a sus cuartos.

—Gracias, mamá —dijeron las niñas.

—Gracias —dijo también Manuel—. ¿Me puedo ir a jugar a la taba?

—Sí, hijo —le permitió su padre—, pero sube pronto.

Cuando solo quedó el matrimonio en el comedor Dolores se puso a colocar las cosas de costura que había traído de la calle. Juan

seguía fumándose el cigarro y leyendo el ejemplar del día de «El Defensor de Granada».

—Juan… —dijo ella al cabo de un rato, cuando se sentó a coser cerca de la ventana.

—Dime, mujer… —le contestó Juan cerrando el periódico.

—¿No habrás hecho nada que yo no sepa?

—No sé a qué te refieres, Dolores —respondió dando la última calada al pitillo—,… y sabes que te lo cuento todo.

—El coronel me ha preguntado por ti esta tarde, mientras le probaba sus camisas.

—¿Y eso? Yo no conozco a ese hombre de nada.

—Pues eso mismo te pregunto yo —respondió ella tras hacerle una breve referencia al cuestionario del coronel—. ¿A qué cuento viene que se interesa por ti si nunca lo ha hecho?

—¿Y qué es lo que te ha dicho exactamente?

—Anda recoge la ropa, que ya está seca —dijo ella cambiando el tercio y señalando la ventana que daba al patio de luces—. Hay que quitarla antes de que la manchen las palomas.

Juan se levantó y se fue a la ventana para tirar con suavidad de la cuerda, a la vez que iba recogiendo la ropa.

—Pues se ha interesado, y mucho —continuó Dolores cuando su marido metió todas las prendas en el comedor— por si sigues de jefe de la Casa del Pueblo.

—¿Y a él qué cojones le importa eso?

—Juan no seas mal hablado, que te van a oír las niñas.

—Llevas razón, mujer, pero es que me saca de quicio que ese indeseable te pregunte por mí. Nunca me ha gustado que vayas a casa de esa gente —Juan tenía pésimas referencias del coronel Muñoz por reclutas que habían servido a sus órdenes y que ahora trabajaban en las obras—. Algo le ronda por la cabeza.

—Eso mismo pienso yo, y con esa amargura he venido todo el camino.

—Toma —dijo Juan con un montón de ropa en sus brazos—, ¿dónde te la pongo?

—Déjala encima de esa silla que ya la doblaré luego —contestó ella mientras comenzaba a pespuntear una camisa del coronel—. ¡Mira que ensucian nuestros hijos!

—Mujer, están en la edad de manchar —quiso justificar Juan—. No te quejes por eso, que demasiado poco gastan los pobres.

—Madre, ¿podemos repetir? —pidió Balbina, que había salido de su cuarto y quería otro trozo apoyando su cuerpecito en la pierna de su padre.

—¿Es que no habéis tenido bastante? No queda más pan para vosotros. El resto es para la cena de padre.

—Dáselo, mujer, que ellos lo necesitan más que yo —dijo Juan acercándose a la tabaquera para liarse otro pitillo.

—Hacéis con tu padre lo que queréis —le dijo a la niña, que seguía agarrada a la pierna de Juan—, y eso no puede ser, marido.

El encofrador había cogido a su hija entre los brazos y la subía hacia el techo, dejándola caer y volviéndola a sujetar, como si de un tiovivo mecánico se tratase, y la niña reía y reía sin parar, y pedía en cada bajada más y más a su padre.

—¡Juan, basta ya! Déjala que se marche a jugar con sus hermanas —dijo la madre, molesta con tanto juego, mientras terminaba de prepararles más pan con nata y azúcar—. Tenemos cosas importantes de que hablar.

—Nada es más importante que nuestros hijos, Dolores.

Un apretujón contra su pecho a su hija fue el final de ese episodio en que padre e hija gozaban de esa complicidad infantil en que el tiempo se diluye entre dos seres humanos que siguen siendo niños a pesar de la diferencia de edad entre ellos.

—Bueno, Juan, dime —preguntó ella cuando volvieron a estar a solas en el comedor de la pequeña casa—. ¿Hay algo por lo que preocuparse?

—No hay nada, al menos que yo sepa, por lo que tengamos que preocuparnos.

—¿Seguro? —insistió Dolores, que no las tenía todas consigo.

—Te digo que estés tranquila, mujer —repitió Juan Palao—. No hay nada en mi vida de lo que me tenga que arrepentir ni nada de lo que se me pueda acusar.

—¿De verdad?

—Como no sea que comportarme lealmente con mis compañeros y querer a mi familia más que a nada en el mundo alguien lo considere un delito…

Juan pensó, mientras decía eso, en su ingreso en la masonería granadina el próximo otoño, pero no era prudente, consideró en ese momento, decirle nada aún a su mujer. No quería que ya tuviera más preocupaciones de las que cargaba, y además estaba seguro de que no lo entendería.

—Mira, Juan, que la política es para los señoritos —recomendó Dolores— y no para la gente como nosotros, que bastante tenemos ya con sacar adelante a nuestros hijos.

—Sí, mujer, pero hay que darles un futuro mejor, y para eso hay que luchar.

—Mira, Juan, no insistas —volvió a declarar Dolores que, aunque entendía a su marido, nunca había estado de acuerdo con su militancia sindical—. Ellos ponen las ideas y nosotros la sangre, y no me digas que no es así ya que, aunque yo no voy a la Casa del Pueblo, sé lo que es sufrir por todos vosotros.

—Ya hemos hablado muchas veces de esto, Dolores —reconvino Juan—, y un hombre tiene que seguir a sus compañeros y a sus ideales, si es que los tiene. Porque si no, no es hombre.

—No sigas por ese camino, Juan, por favor.

—Pues no insistas. Sabes que de ahí no me vas a mover.

—Tú sabrás… —amenazó ella a regañadientes.

—Y lo sé. Sé lo que hago…

Y Juan Palao volvió a su periódico y Dolores Marqués a sus costuras, como cualquier matrimonio que sabe que el silencio es mejor cura para las diferencias que provocar una aclaración que ninguno de los dos está dispuesto a dar.

—Por cierto, ¿me quieres decir a qué ha venido tu hermano? —dijo cuando creyó que las cosas estaban más calmadas—. Ya lo había olvidado.

—Pues a ver cómo seguíamos —mintió Juan—. Y ver si necesitábamos algo.

—Más vale que se preocupe de los suyos y nos deje en paz, Juan —sentenció ella—. No está haciendo nada provechoso desde que ha venido a Granada, que lo sé yo.

—Yo también lo conozco, pero está intentándolo.

—¿Cómo? —dijo ella cada vez más indignada—. ¿Dando sablazos a todo el que conoce?

—De eso también hemos hablado —respondió Juan intentando eludir el interrogatorio.

—¿Es que va a pagar ya lo que debe a todo el mundo?

—No, ahora no puede —reconoció Juan.

Juan no le contó a su esposa que vio a su hermano más nervioso de lo habitual ni que entre frase y frase le preguntaba si fulano seguía viviendo donde siempre o si mengano se había cambiado de casa. En realidad, ni el propio Juan había entendido la breve visita de José, que apenas estuvo lo necesario para fumarse uno de sus pitillos. Simplemente dedujo, desacertadamente, que repasaba contactos para buscarse la vida.

Dolores terminó de doblar la ropa que Juan había descolgado de la cuerda.

—Anda, marido mío —dijo ella, ya más cariñosa—, voy a preparar la cena en lo que te pones un vaso de vino y me cuentas las locuras de tu hermano, que tengo ganas de reírme un rato.

31

16 de julio de 1936 (por la tarde).
Huerta del Tamarit. Granada.

Carmen García González preparaba la mesa en el jardín de la Huerta de San Vicente. Le ayudaba su hermana mayor, Clotilde García Picossi, y dos muchachas de Asquerosa que estaban al servicio de la casa. Era el día de la Virgen del Carmen y se iba a celebrar el santo de la hermana pequeña con una merienda en el jardín.

—Acércame la ensalada, por favor —pedía Carmen a Clotilde.

La mayor venía desde la cocina con una fuente grande de «pipirrana». Las dos criadas, Romualda y Virtudes, traían un gran plato de «soldaditos de pavía» y otro de jamón de Trevélez cortado en tacos. Encima de la mesa esperaban ya los fiambres y el queso de cabra, que le encantaba a Carmen.

—Virtudes, tráeme la limonada y tres botellas de vino —encargaba ahora Clotilde a una de las domesticas.

—Y tú…, acerca la bandeja de «piononos» —reclamaba Carmen a Romualda.

Las dos jóvenes eran hijas de Francisco García Rodríguez, el tío Frasquito. Clotilde, la mayor, fruto de su primer matrimonio con Salvadora Picossi de los Reyes, y Carmen, la menor, de su segunda esposa Carmen González, con la que se casó tras enviudar de la primera. En total había tenido seis hijos.

El hermano pequeño de don Federico era el dueño de la Huerta de Tamarit, que estaba al lado de la de San Vicente. En realidad, a Federico le gustaba más la finca de su tío que la de su padre, y como su tío la adquirió antes, en ella había pasado más tardes estivales que en la de su progenitor. De hecho, a su poemario de

casidas y *gacelas* en homenaje a los poetas árabes de Granada le había puesto por título *El diván del Tamarit*, en recuerdo de la finca.

Al llegar julio era tradición en las familias celebrar consecutivamente los santos de Carmen y de «los federicos», y ese día de la Virgen estaban en casa del tío Frasquito casi todos sus hijos y bastantes amigos. Pese a todo, el principal de la reunión era don Federico García, que para eso era el hermano mayor de todos ellos, y ejercía de patriarca del clan, de ahí que le conocieran en la vega de Granada por el *chaladí* de Asquerosa, una expresión que viene del árabe y sirve para referirse a un cacique.

Al poeta le encantaba acudir a esa fiesta, y no tanto por Carmen, sino por su hermana Clotilde, a la que tenía por su prima preferida pese a ser seis años más joven que ella. Entre ambos hubo desde siempre una complicidad especial, que se hizo pública cuando García Lorca presentó *Doña Rosita la soltera* y contó en aquella obrita la historia de los desamores de su prima. Una exhibición de intimidades a través del teatro que no gustó en la familia y fue la comidilla de Granada. Pero a Clotilde no solo no le importaba, si no que bromeaba diciendo: «Federico me tendría que pagar por los derechos de autor. Al fin y al cabo, le he dado la función hecha».

—¿Has preparado un arroz arriero? —preguntó Carmen a Clotilde cuando todo parecía dispuesto y los invitados se iban acercando a picar algo.

—¿Lo dices por Federico? —se interesó Clotilde.

—Claro… ¿por quién lo voy a decir? Sabes que le encanta y siempre dice que nadie lo prepara como tú.

—Hay una cazuela en la cocina, para cuando venga.

—¿Le has avisado? —preguntó Carmen.

—Hablé con él ayer por teléfono y se lo recordé —explicó Clotilde, omitiendo que le había notado muy bajo de moral y asustado—. ¿Vendrá?

—Claro que sí, hermana. Tu santo no se lo pierde nunca…

—Y si hay arroz arriero, menos —bromeó Carmen.

—Siempre llega tarde, pero verás como viene.

«Se encuentra en Granada el poeta Federico García Lorca» anunciaba esa mañana el periódico «Ideal». Junto a esa referencia, que más que un elogio era un aviso, el diario de derechas se despachaba en su edición con que «el Gobernador Civil recuerda a los granadinos que estamos en estado de alarma», y con que «los obreros de la construcción de Granada acuerdan prestar solidaridad a los huelguistas de Madrid», refiriéndose a que la CNT granadina quería parar las obras del Hospital Clínico y proponer una huelga provincial de metalúrgicos para el 21 del mes. Algo con lo que la UGT no estaba de acuerdo y había conflictos en las obras.

Luis Rosales, que estaba tomando un vino con otros invitados, se acercó a saludar a Alejandro Rodríguez Alba cuando le vio llegar. Los dos se conocían desde pequeños y se tenían por amigos.

—¿Cómo estás, Alejandro?

—Muy bien, Luis —le correspondió el de la familia Alba, tendiéndole la mano—. No te hacía por aquí.

—Llegué de Madrid el domingo por la mañana —le aclaró—, en el mismo tren que Federico…

—¿Vinisteis juntos?

—No, claro que no. Él venía en coche cama y yo en segunda —explicó Rosales—. ¡Como siempre!

—Ayer le vi yo… —le contó Alejandro—. Me lo encontré al lado de la catedral.

—Ahora vendrá por aquí…

—Es raro que no haya llegado ya…

—Pues sí…

Los dos amigos se quedaron callados por un momento. Ambos recurrían a un diálogo lleno de lugares comunes y era evidente que no querían tocar lo que era tema obligado: la muerte de Castillo y Calvo Sotelo. Alba era de los agrarios de la CEDA, y Rosales no pasaba todavía por falangista, pero sus hermanos eran la cara viva en Granada de los amigos de José Antonio, por lo tanto era evidente

que ninguno de los dos simpatizaba con el gobierno del Frente Popular. Rosales, desde el silencio, ofreció un cigarrillo a Rodríguez Alba.

—¿Has leído lo último que ha escrito Federico? —preguntó Alejandro Rodríguez.

—¿El qué? —dijo Rosales, que estaba bastante al día de la obra de su amigo.

—*La casa de Bernarda Alba*.

—No, no la he leído. Algo me ha dicho Federico en Madrid, pero cuando hablamos de ello no la había acabado…

—Pues la ha terminado ya… —le informó, evidentemente molesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la leyó aquí anoche.

—¿En Granada?

—Sí, hizo una lectura para sus amigos en un «*carmen*» del Albaicín.

—¿Dónde?

—En casa del maricón de Vílchez —respondió con todo el desprecio de que fue capaz.

La información de Alejandro era correcta, aunque no en lo que hacía a la condición sexual del anfitrión, que estaba felizmente casado y tenía cinco hijos. Fernando Vílchez era un intelectual granadino del grupo de Miguel Cerón que trabajaba como funcionario municipal y era discípulo de Falla y cuya pasión musical era interpretar flamenco al saxofón, tanto que ya había grabado tres discos con el guitarrista Ramón Montoya. Federico había convocado en el «*carmen*» de su amigo, que era conocido como «el de Alonso Cano» a otros compañeros granadinos para que conocieran su obra. Allí acudieron Constantino Ruiz Carnero, José Fernández Castro, Manuel Ángeles Ortiz, Emilia Llanos, José María García Carrillo y Eduardo Rodríguez Valdivieso, su «amigo» de Granada. Y reunidos todos en torno a unas botellas de manzanilla, Federico desgranó hasta la madrugada los entresijos de su obra. En aquella reunión de

la *masonería epéntica*, como el poeta se refería al grupo de homosexuales granadinos, fueron pasando por delante de los convocados las tragedias de la Vega en boca de la Alba y de sus hijas. No dejaba de ser curioso que Lorca circulara por última vez las palabras de su pluma ante los oídos incondicionales de sus amigos *epénticos*. Lo *epéntico* era para Lorca sinónimo de lo homosexual. «El *epentismo* granadino es ya epidemia. ¡Qué barbaridad!», escribía Federico a Rafael Martínez Nadal en 1934, y hasta Vicente Aleixandre había incorporado la misteriosa palabra a su vocabulario. «¿Quién mejor que nosotros, los *epentes*, para comprender la tragedia de todas las mujeres de España?», decía Lorca cuando quiso explicar su obra a los reunidos aquella calurosa noche de julio.

—¿Qué tal es? —preguntó Rosales ingenuamente.

—¡Una cabronada, Luis! —exclamó Alejandro, cada vez más encendido.

—¿Pero, por qué?

—Porque ha vuelto a hacer lo que hizo con Clotilde en *Doña Rosita*, pero esta vez se ha pasado de rosca… ¡Esta vez se le ha ido la mano al cabrón este!

—¿Ha vuelto a sacar a Clotilde?

—A la pobre, ahora la mata… Si vieras lo que ha escrito… La cuelga de una viga.

En esta ocasión a la buena de Clotilde la hacía pasar por Adela, la hija pequeña de Bernarda Alba, a la que en la obra, como estaba de luto por la muerte del padre, la sacaba al corral de su casa sin que la vieran las demás hermanas vestida con un traje verde para que la vieran solo las gallinas y así no romper el luto a que la obligaba la madre. La verdad no era así, aunque se le parecía, y era la propia Clotilde quien se lo había contado a Federico en una de sus muchas confidencias refiriéndose a la muerte de su abuelo: «Era una cárcel llevar luto. Yo tenía aquella ropa tan bonita. Y no podía estrenar aquel vestido. Entonces cogí y me vestí con todos los abalorios que tenía. Con muchos adornos, muchas cosas, los zapatos de color. Me

vestí y salí al corral, ¡pío, pío, pío…!, para que me vieran por lo menos las gallinas. Como no era cosa de salir a la calle…».

—¿Pero,… qué ha escrito? —Luis Rosales empezaba a preocuparse por la indignación de su amigo.

—Pues ha despellejado a Frasquita Alba y sus hijas. Las ha puesto como hoja de perejil… y no veas lo que ha hecho con José Benavides.

—¿Qué ha hecho?

—A mi concuñado, que es un cacho de pan, le saca como Pepe «el Romano», y resulta que en la puta obra el bueno de José se folla a Adela, y la pobre se suicida, y luego mi pariente se casa con una tal Angustias, que era hermana de la muerta. ¡Tiene huevos! ¡Mis cuñadas están que trinan!

La verdad es que José Benavides Peña, al que realmente conocían en Granada como Pepe «el Romano», se había casado, primero con Amelia, que era hija de Frasquita Alba, y después, cuando enviudó, lo hizo con Consuelo, que era hermana de la muerta. Por ahí había hilado García Lorca y eso no le había gustado nada a la familia.

—Hombre, Federico es un poeta… —quiso justificar Rosales—, y ya sabes que en el teatro los escritores…

—¡Ni poeta, ni hostias, Luis! ¡Aquí no hay teatro que valga! —le interrumpió Alejandro—. Lo que ese maricón ha hecho es una cabronada, porque es todo mentira y ha puesto a la familia a la altura de la mierda. Como venga por aquí le parto la cara. ¡Te lo juro!

Clotilde, con un vaso de limonada en la mano, se acercó a ellos.

—¿Qué tal estás, Luis? No te había visto —le saludó a Rosales dándole un beso en la mejilla.

—Encantado de estar con vosotras.

—Eso no es verdad, Luisito —bromeó Clotilde—. Si no saludas y solo hablas con tus amigotes…

—Es que le he entretenido yo… —terció Alejandro para justificar.

—Seguro que estabais hablando de política, ¿verdad? —preguntó Clotilde haciendo un mohín de disgusto—. Hoy está prohibido. Aquí solo se viene a festejar a Carmen y a pasarlo bien.

—Pues voy a saludarla y le entrego su regalo —dijo Rosales separándose de ellos. El joven poeta le había preparado para su santo un ejemplar dedicado de la primera edición de su poemario.

—¿Y Federico, cuando viene?

—Me ha llamado hace un momento diciéndome que no se sentía bien, que le disculpáramos.

—¿Y eso? —Alejandro quería cruzar algunas palabras con Federico cuanto antes y la ausencia del poeta le quemaba la sangre.

—Me extraña tanto como a ti. Es el primer año que no viene al santo de Carmen.

—¿Está enfermo?

—No, parece que no —explicó Clotilde—, pero le he encontrado muy deprimido. Estaba como asustado, confuso…

Y esa era la verdadera situación anímica de García Lorca, que en ese momento estaba sentado en la cama de su dormitorio, desmadejado, sujetando entre las manos un ejemplar de la revista *Ciudad* donde su amigo el poeta gallego Eduardo Blanco Amor le había publicado dos años antes la *Casida de los ramos*. Esa tarde, después de comer, una agobiante premonición le había llevado a buscar ese poema entre sus papeles. A Federico García Lorca se le caían las lágrimas de los ojos al ver sus palabras en la revista abierta, y un miedo profundísimo se le había anudado en las entrañas.

«Por las arboledas del Tamarit
han venido los perros de plomo
a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos»

II
NOCHES DE CALVARIO

Voces de muerte sonaron cerca del Guadalquivir

32

17 de julio de 1936 (por la tarde).
Comandancia Militar. Granada.

—¡A sus órdenes, mi general! ¿Da vuecencia su permiso?

El comandante ayudante se cuadraba en la puerta del despacho de su jefe esperando la orden para entrar.

—Dígame, Rosaleny.

Campins estaba enfrascado en la redacción del informe reglamentario para enviar a su superior en Sevilla, en el que relataba el resultado de las visitas de inspección que había girado a las unidades a su mando y que quería remitir a Villa-Abrille esa misma noche. Había empezado a escribirlo a las seis de la tarde y lo que ahora hacía era incorporarle al texto los datos que iba sacando de una libreta de bolsillo donde había anotado las incidencias.

—Le pide audiencia el capitán López Font, mi general.

—¿Quién es ese capitán? —preguntó Miguel Campins, que todavía no conocía a todos los oficiales de su provincia.

—No le conoce vuecencia. Es el oficial médico del regimiento de Artillería.

—¿Y qué quiere? No parecen horas de pedir audiencia.

Eran las ocho de la tarde.

—Ya se lo he dicho yo, mi general, pero ha insistido en que es un asunto grave, urgente… y reservado.

La forma en que el comandante ayudante despachó la última palabra dejaba a las claras que no le complacía la visita, pero que usara el solicitante esa referencia es lo que le abrió la puerta, porque Campins no se fiaba mucho de su ayudante, pese a las buenas referencias tanto de su antecesor como de su amigo el coronel León.

—Dígale que pase, comandante.

—¡A las órdenes de vuecencia, mi general!

Campins cerró el cuaderno de notas, se ajustó la guerrera y se levantó del escritorio. No le gustaba recibir sentado a las visitas, consideraba que era de mala educación fuera cual fuese el grado del visitante.

Al instante su ayudante franqueaba la entrada al oficial médico.

—¿Da vuecencia su permiso, mi general?

—Adelante Font, pase y siéntese —le contestó Campins ofreciéndole un sillón cerca del balcón abierto de su despacho. El calor de esa tarde granadina era agobiante.

—Rosaleny… —se dirigió a su ayudante cuando vio que el comandante se quedaba al lado de la puerta.

La simple mención de su apellido hizo que el oficial se cuadrase ante su superior y saliera de la habitación con cara de pocos amigos. Los coroneles le habían ordenado marcar a su nuevo jefe y esa visita se le había despistado, aunque en el censo que habían hecho de afectos y desafectos López Font no aparecía significado en ninguna de las dos listas pese a su amistad manifiesta con Valdés y la familia Rosales.

—Usted dirá, capitán. ¿Quiere un cigarrillo? —y Campins le ofreció uno de los *Lucky* de su pitillera.

—No, gracias, mi general. No fumo.

—Pues al grano, Font…

—Verá mi general, sucede que soy radioaficionado.

—Me parece muy bien… —le contestó Campins, que no dejaba de considerarlo una extravagancia si aquel era el motivo de la misteriosa visita.

—Y tengo una emisora bastante potente instalada en mi domicilio, con papeles por supuesto… —continuó explicándose López Font, que iba a lo suyo. La emisora del capitán médico estaba matriculada en la «Asociación de Radioemisores Andaluces» como EA7DF, y era de uso estrictamente particular.

—¿Y…? —que la emisora fuera legal o no a Campins le importaba un bledo.

—Pues que esta tarde, a eso de las seis, he contactado con otro radioaficionado de Melilla, que me ha dicho que unidades militares de la plaza se habían sublevado contra el comandante militar, contra el general Romerales.

Eso ya le interesó más al general.

—¿Su amigo es militar? —le preguntó Campins, que quería atar todos los cabos.

—No, mi general, es un civil, un médico de niños que fue compañero mío de Facultad, pero es de toda confianza.

«Vaya usted a saber qué querrá decir este con eso *de toda confianza*» se preguntó Campins, que vistas como estaban las cosas y lo que había pasado en Madrid ya no se fiaba de nadie.

—Al parecer, mi general, el teniente coronel Seguí se ha levantado contra el Gobierno y ha arrestado al general Romerales, y los legionarios y los regulares han ocupado la Capitanía. Se ha hecho cargo del mando el coronel Solans.

Al escuchar eso Campins se le quedó mirando y encendió su cigarrillo.

—¿Les ha salido bien? —preguntó el comandante militar después de unos instantes de silencio y una calada.

—Desgraciadamente parece que sí, mi general —López Font era un hombre sin partido, al menos aparentemente, y tenía fama en los cuarteles de hombre prudente. Sabedor como era del marcaje al que estaba sometido el general y no deseando en su fuero interno que las cosas pasaran a mayores había decidido arriesgarse ante sus amigos falangistas y participarle a su jefe esa información cuanto antes para inclinarle del lado de los conjurados procurando una solución «blanda».

Campins respiró aliviado al oír ese «desgraciadamente» que López Font pronunció mirando a los ojos a su jefe. El oficial médico sabía que se la jugaba con esa opinión, pero había decidido arriesgarse.

Sabía más de lo que decía, pero había decidido dar ese paso de advertir a su superior pensando que esa información, oportunamente administrada por el general, pudiese evitar males mayores en Granada.

—¿Hay víctimas?

—Desgraciadamente sí, mi general. Al parecer ha habido tiroteos en la ciudad y ya ha habido algunas bajas.

Lo que López Font no sabía es que ya habían fusilado al ingeniero y comandante de aviación Virgilio Leret, que era el oficial en jefe de la base de hidroaviones de «El Atalayón», en la Mar Chica de Melilla. La unidad a su mando se había opuesto en armas al asalto sedicioso de una tropa de regulares indígenas que intentó tomar la base aérea y los oficiales leales al Gobierno fueron fusilados inmediatamente después de que el *tabor* de regulares ocupara las instalaciones. A la misma hora había sido detenido en Tetuán el comandante de aviación Ricardo de La Puente Bahamonde, primo del general Franco y que también se había opuesto a la sublevación. A La Puente Bahamonde lo fusilarían por orden expresa de su pariente tres días después.

—¿Eso que cuenta usted es seguro, capitán?

—Mi amigo volvió a conectar conmigo a las 18.30 y me confirmó todo lo dicho, mi general. Le doy mi palabra de caballero.

—Le agradezco la información, capitán Font.

—Consideré que era mi obligación —le dijo el oficial médico mirándole a los ojos y siendo consciente que estaba al filo de un desliz que sería imperdonable si Campins estaba con los conjurados. Ciertamente López Font estaba implicado en la trama falangista, aunque más por seguir a su amigo Valdés que por una convicción íntima, pero no era un hombre radical… y menos un asesino.

Campins se levantó y López Font hizo lo mismo. El oficial médico se cuadró a la espera de lo que quisiera disponer su superior, pero la sorpresa fue que el general le dio la mano y le palmeó el hombro, algo impropio en el severo protocolo militar.

López Font, en correspondencia al gesto, devolvió el apretón de manos con un pinzamiento de dedos que a Campins no le llamó la atención pero que para el médico era toda una confesión solidaria. El rumor de que Campins era masón era lo que le había llevado a dar el paso de confiarse con su jefe porque él también lo había sido cuando terminó la carrera de medicina, aunque llevaba años «en sueños» y nunca había pisado las logias granadinas.

—Capitán Font, téngame al corriente de todo lo que le llegue de su amigo —le dijo Campins cuando su visitante iba a salir por la puerta.

—¡A las ordenes de vuecencia, mi general!

Campins volvió a su escritorio mientras Rosaleny cerraba la puerta tras el visitante.

Lo que el comandante militar no calibraba todavía era que los incidentes de Melilla eran el comienzo de la explosión que venía de la mecha que habían encendido los asesinatos de Madrid. El plan del general Mola estaba desplegándose por el territorio de la República y Melilla era solo la primera ficha. Poco después habían caído Ceuta, Tetuán y Larache en manos del teniente coronel Yagüe, uno de los pocos militares furibundamente falangista. El Ejército de África se había sublevado y estaba a la espera de su jefe natural, Francisco Franco.

—*Mi general* —era Rosaleny quien le llamaba por el teléfono interior.

—*Dígame, comandante*.

—*Le llama el gobernador civil, ¿se lo paso?*

—*Sí, por favor*…

El clic de la conexión anticipó la voz de César Torres. «Seguro que Rosaleny está escuchando» se dijo Campins.

—*A sus órdenes, mi general* —saludó el gallego, que era un tipo cordialísimo.

—*A las suyas, gobernador* —le contestó Campins que sentía simpatía por el político republicano.

—Mire, mi general… al grano. ¿Puede usted venir a mi despacho? Tengo que hablarle de un asunto grave, urgente… y reservado.

«Como López Font…» se dijo el general, sonriendo. «Aquí todo el mundo recurre a lo mismo…».

—Ahora mismo, gobernador.

—Gracias, mi general. Le espero.

De una sede a otra no había más de diez minutos en coche, así que a las ocho y media Miguel Campins entraba en el despacho de César Torres. Rosaleny se había quedado con la mosca detrás de la oreja.

La reunión entre las dos autoridades corrió con suma cordialidad porque los hombres se habían tomado aprecio pese a lo poco que se habían tratado. César Torres puso al militar en antecedentes de lo que le habían comunicado en el Ministerio y Campins pudo comprobar que coincidía, punto por punto, con lo que sabía por el médico militar.

—¿Hay algo más, César? —los dos hombres se llamaban por el de pila y se tuteaban cuando estaban a solas.

—No, Miguel, de momento no hay nada más. Parece que no se ha movido ninguna guarnición, ni siquiera en Canarias.

—¿Canarias es leal? —la respuesta era muy importante para Campins que deseaba cohonestar sus dos fidelidades: la personal a Franco y la institucional que le debía al gobierno de la República.

—Parece que sí —concedió Torres sin estar demasiado convencido. Sabía que Franco era un problema y que el Gobierno no le quitaba ojo de encima.

El Gobierno conocía por los informes de la policía que Franco se había trasladado el día dieciséis por la noche, con permiso del Ministerio, desde su destino en Santa Cruz de Tenerife hacia la plaza de Las Palmas de Gran Canaria para asistir al entierro del general Balmes, comandante militar de Las Palmas, muerto ese día en un extraño accidente que le sobrevino al disparase él mismo un tiro «al limpiar su arma reglamentaria». Según la versión oficial, el general

Balmes había fallecido de un accidental disparo de su pistola cuando pasaba revista de armas en el campo de tiro de la Isleta. Esa muerte «casual» permitió a Franco, verdadero inductor de lo que realmente fue un asesinato, quitarse de en medio a un general que era afecto a la República y encontrar un motivo para salir de Santa Cruz de Tenerife camino a Las Palmas, para presidir el entierro del comandante militar de Las Palmas, y todo ello con permiso del Gobierno. La Muerte se convertía en la principal aliada del golpista.

Franco presidió las exequias y pasó el resto del día en un hotel, según la policía secreta. Hasta ahí llegaba la información del Gobierno… y de César Torres.

—¿Entonces, Franco es fiel al Gobierno?

—Parece que sí —contestó dubitativo el gallego.

Y motivos tenía para dudar, porque ni el Gobierno, y menos él mismo, sabían que en cuanto Franco supo a las seis de la tarde que ya se habían levantado las plazas de soberanía se fue a la comandancia militar en compañía del general Orgaz y desde allí mandó a los cuarteles generales de las ocho divisiones orgánicas y a las capitanías provinciales el siguiente telegrama:

> *«Gloria al heroico Ejército de África. ¡España sobre todo! Recibid el saludo entusiasta de estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros de la Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. ¡Viva España con honor! General Franco».*

Ese telegrama llegaba al despacho de Campins mientras el comandante militar estaba en el de su colega civil. Rosaleny lo tenía entre sus manos, pero no pensaba darle traslado a su jefe, al menos de momento. Al que sí avisó de inmediato fue al comandante Valdés: «Pepe, ya ha llegado la orden. ¡Adelante!».

—Verás, Miguel,… —comenzó a decir muy circunspecto César Torres después de unos minutos de plática con Campins.

—No me lo preguntes, César —le cortó el militar—. Te contesto antes de que lo hagas.

—Tú dirás… —le ofreció el joven político republicano.

—Soy fiel al Gobierno legítimo de la República. He empeñado mi palabra de soldado y de caballero en eso. ¿Te parece suficiente?

—Es lo que esperaba oír de ti, Miguel. Ni una palabra menos.

Los dos hombres dieron por concluida la entrevista y se despidieron dándose la mano.

—Cualquiera que sepa algo avisa al otro, ¿de acuerdo? —dijo Campins antes de abandonar el despacho de Torres—. Y no ejerzas conmigo de gallego…

—Será como digas, general. ¡A tus órdenes!

—¡A las tuyas, gobernador!

A esas horas comenzaba la noche de los militares granadinos implicados en el golpe. Rosaleny había activado a Valdés, el más capaz y comprometido de todos ellos. Solo era cuestión de horas que el comandante empezara a mover sus hilos dentro y fuera de los cuarteles, además acababa de llegar a Granada el capitán José Nestares Cuéllar, una pieza fundamental del engranaje. Había empezado la cuenta atrás de la hora de la sangre.

Ajeno a ese perverso correr del reloj de los golpistas Campins volvía a su despacho. Eran las nueve y media, y el comandante militar se fue directamente a su pabellón para cenar. Cuando estaba a punto de quitarse el uniforme una llamada interior le dejó con la guerrera desabrochada. Era Rosaleny, otra vez:

—*Disculpe usted que le moleste en el pabellón, mi general*.

—*Dígame, comandante*.

—*Tiene vuecencia una visita…*

—*¿López otra vez? ¿A estas horas?* —a Campins no le estaba haciendo gracia tanta visita, y menos a la hora de cenar y con el calor que hacía.

—*No, mi general, es el coronel Toribio Crespo*.

—*¿Quién es ese coronel?*

—*Es el jefe de la cuarta zona del cuerpo de Carabineros y el comandante militar de Almería* —le explicó su ayudante para aclarar

a su jefe la importancia de la visita—. *Quiere verle urgentemente, mi general*.

—¿Y no le ha dicho qué quiere?

—No, mi general, solo ha dicho que…

—Es un «asunto grave, urgente… y reservado» —remarcó Campins—. *¿Verdad?*

—Sí, mi general. Algo parecido —respondió Rosaleny molesto por lo que, evidentemente, era una broma de su jefe.

—Dígale que espere un momento y le pasa usted a mi despacho. Iré enseguida.

—¡A las órdenes de vuecencia, mi general!

Campins volvió a abotonarse la guerrera y salió a terminarse el cigarro a la terraza para ver si se refrescaba algo. A los cinco minutos estaba en su despacho. El incombustible Rosaleny estaba, cómo no, esperando a su jefe.

Hechas las presentaciones, Campins, que quería retirarse cuanto antes, entró al trapo directamente.

—Dígame qué desea, coronel Crespo.

—Pues verá, mi general, le supongo al corriente de lo que ha pasado en las plazas africanas esta mañana…

—Pues sí —le cortó Campins, que no entendía el sentido de esa visita—. Dígame usted…

—Estoy de viaje en Granada por motivos personales, acabo de llegar, y me he enterado de lo de Ceuta y Melilla.

—Sí, algo he oído —Campins no se quería explicar delante de ese desconocido para él—. Pero son rumores…

—Seguramente, mi general —otorgó Crespo que, evidentemente estaba tanteando a Campins. Rosaleny no se perdía palabra. Resultaba evidente la inteligencia entre el ayudante y el jefe de Almería.

—¿Ha recibido vuecencia alguna orden… de Madrid? —preguntó el coronel—. Yo estoy todo el día fuera de mi comandancia y no he podido comunicar todavía con Almería.

—Llame usted desde aquí, si quiere —y le señaló el teléfono sobre su escritorio sin contestarle a la pregunta.

—Gracias, mi general. Con su permiso…

Al cabo de un rato el coronel Crespo colgó el auricular. Su ayudante le acababa de poner al corriente del telegrama de Franco encabezando las tropas africanas y sumándose a la sublevación. El coronel Crespo se calló esa información, como lo había hecho Rosaleny. Lo que Campins coligió de la conversación es que Crespo ordenaba a su ayudante que fuese a esperarle a Motril, a medio camino, y que él se quedaría en Granada esa noche. «Vete a saber qué quiere este, y para qué se queda» se dijo Campins mientras escuchaba al de Carabineros.

—Sin novedad en Almería. Todo está tranquilo —mintió Crespo, que estaba de hoz y coz con los conspiradores. Su ayudante le había dicho que entre los oficiales de su guarnición había dudas respecto de si debían sumarse al golpe… y que debían esperar más movimientos, en especial lo que hiciera Granada. Lo que hiciera Campins marcaría las reglas del juego en Almería, pero Campins se había dado cuenta de que el coronel pretendía sonsacarle.

—Mire, Crespo —le dijo cuando el otro le dio la falsa novedad—. Hay que estar atento al mando en este momento. Y el mando es el Ministerio… ¿está claro?

—Meridianamente, mi general.

—En esta coyuntura, de aparente confusión y de rumores, hay una referencia para nosotros, y es la Constitución de la República… y el gobierno legítimo, que debe de cumplirla. ¿Está usted de acuerdo, coronel?

—¡Sin reservas, mi general! —mintió descaradamente el de Carabineros.

—Entonces, puede retirarse, coronel —le ordenó Campins volviendo a su escritorio—. Y si necesita algo, lo que sea, pídaselo a mi ayudante.

Una sonrisa malévola cruzó el rostro del comandante Rosaleny ante esa ingenua indicación de su jefe.

Campins no pudo percibirla, porque según dispuso que el coronel saliera de su despacho se había enfrascado otra vez con el informe que aún tenía pendiente. Faltaban pocas horas para que comenzara el fatídico 18 de julio. Cuando terminó el informe volvió a su residencia para cenar. Al acabar, redactó como todas las noches una carta para su esposa. Era casi medianoche.

—Mi general —le interrumpió un ordenanza—, me pasa una llamada para usted el telefonista de guardia en la centralita.

—¿Quién es ahora? —Campins estaba harto ya de tanto conciliábulo.

—Espere que lo pregunto, mi general —el soldado volvió al salón.

—Es del Ministerio, mi general —contestó de vuelta.

—Di que me la pasen al dormitorio.

—A sus órdenes, mi general.

Un minuto después el comandante militar de Granada hablaba con el jefe del gabinete del ministro de Defensa.

—*Le paso con el ministro, mi general* —le dijo el funcionario.

—*Miguel. ¿Cómo estás?* —era Casares Quiroga quien estaba al otro lado de la línea.

—*A sus órdenes, señor ministro*.

—*¿Está todo bien por Granada?*

—*Todo en calma, señor ministro*.

—*¿Te ha llegado algún telegrama de Franquito?* —preguntó Casares, que estaba al corriente ya de que Franco se había puesto al frente del ejército de África. En el Ministerio conocían el telegrama gracias a los oficiales leales que habían podido tener acceso a él.

—*No, ministro, aquí no ha llegado nada* —dijo sin saber que no decía la verdad.

—*Aquí en Madrid está todo controlado, y en toda la Península también* —mintió Casares Quiroga.

Eso era lo mismo que había dicho el gallego en el Consejo de Ministros que acababa de terminar y que había convocado Azaña al saber los incidentes de Melilla. Salvo el aviador Hidalgo de Cisneros y su jefe, el general Núñez del Prado, nadie se había tomado en serio en el Ministerio el cuartelazo de los africanos.

Mientras Casares hacía esa ronda de llamadas a sus generales, en su antedespacho se apiñaban líderes de los partidos del Frente Popular que se habían personado para ayudarle y pedirle información de lo que sucedía, e instándole a actuar con energía y rapidez contra los sublevados. A regañadientes, el ministro había firmado aquella tarde las órdenes de detención del general De la Barrera, que ya había estado implicado en el golpe de Sanjurjo en 1932, y las de otros oficiales, algo a todas luces irrelevante para desmovilizar la verdadera trama de golpistas que había urdido el general Mola, «el Director»», con la ayuda del coronel Galarza, «el Técnico», y que ya se estaba desplegando por toda la península ante la pasividad de las autoridades de Madrid.

—Hay bollo en Melilla, Miguel, pero no es nada grave.

—Me alegro de oír eso, señor ministro.

—Tú encárgate de que no pase nada en Granada. Vigila tus cuarteles, diles a tus coroneles que la situación está controlada y que mantengan la disciplina.

—Así lo haré, señor ministro —ofreció Campins, más tranquilo.

—Tienes la confianza del Gobierno, Miguel —le garantizó Casares —. *Y si tienes que destituir a alguien actúa con energía. Cambia de destino a quien consideres peligroso, ¿entendido?*

—Perfectamente, señor ministro. Así lo haré, no se preocupe.

—Tenme al corriente de lo que pase, general.

—A sus órdenes, señor ministro. Estará usted informado.

Cuando colgó el auricular ya eran las doce y media. Campins salió a la terraza y encendió su último cigarro antes de acostarse. Mientras lo fumaba rezó su «Padrenuestro» de costumbre mirando al

cielo de Granada. El olor de la dama de noche perfumaba la secreta oración del militar.

Campins no sabía que esa madrugada iba a empezar su particular y terrible calvario. A esa misma hora en que él se fijaba en una estrella muy luminosa que estaba sobre Mondújar, el comandante Valdés se reunía con su compañero de grado Rosaleny y con los coroneles Muñoz Jiménez y León Maestre en casa de este último. Entre los cuatro conjurados vestían en la bocamanga de sus uniformes ocho estrellas de ocho puntas, las que creyó adivinar Campins en el lucero.

33

18 de julio de 1936 (primera hora de la mañana).
Comandancia Militar Granada.

El sufrimiento de Campins había empezado a las siete de la mañana, cuando el capitán López Font se volvió a presentar en la residencia del comandante militar.

El servicio de guardia estaba advertido de que, si el capitán médico se pasaba por Capitanía antes de que el gobernador estuviera en su despacho, le acompañaran hasta su residencia particular.

—A las órdenes de vuecencia, mi general —saludó el médico militar en cuanto el ordenanza del general le dejó en las dependencias particulares del gobernador.

—Déjese de formalidades, Font. Está usted en mi casa, no en mi despacho —le contestó Campins que salió a recibirle en bata.

—Gracias, señor.

—Siéntese, por favor —le ofreció Campins—. ¿Le importa que fume?

—Por favor, mi general —el médico militar hizo gesto invitándole a ello.

Campins tomó un emboquillado de su pitillera y lo encendió. El primer cigarro de la mañana lo consumía en ayunas, una costumbre que le venía de cuando sirvió en Marruecos.

—Dígame, Font. ¿Qué novedades me trae?

—Pues verá, señor…

—¿Malas,… verdad? —la cara del oficial médico lo pregonaba a la legua.

—Pues sí, mi general —reconoció apesadumbrado.

—Explíqueme… y no se ande con rodeos, por favor.

—Muchos de nuestros compañeros se han sublevado en Ceuta, Melilla, Tetuán y Larache —escopetó el radioaficionado—. Lo sé por una comunicación de hace una hora con mi colega.

—¿Les ha salido bien?

—Parece que sí, señor —lamentó López Font.

—¿Tiene más detalles, capitán?

—Sí, mi general. Solo se han resistido los de Aviación y la Armada; se combate todavía, porque quedan unos pocos focos de resistencia, pero los sublevados se han adueñado de la situación. Parece que han fusilado ya a algunos oficiales leales y que los demás están detenidos.

—¿Y Canarias? —a Campins le preocupaba especialmente lo que pudiera hacer su amigo Franco.

—Parece que todo está tranquilo, mi general.

—¿Quién está al frente de todo esto? —Campins temía la respuesta.

—El general Franco, señor —le explicó el médico—. Esta madrugada, a eso de las tres, ha declarado el estado de guerra y ha dictado un bando, mi general. Yo lo he oído por la radio.

Lo que López Font no le pudo detallar a su jefe era el tenor del pronunciamiento:

> «FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE, GENERAL SUPERIOR DE LAS FUERZAS DE MARRUECOS, HAGO SABER:
>
> Una vez más el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: España.
>
> Se trata de restablecer el imperio del orden dentro de la República y no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino también en su misma esencia; (…) El restablecimiento de este principio de autoridad, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la severidad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo sin titubeos ni vacilaciones.(…) El que voluntariamente se niegue a

cooperar o dificulte la consecución de estos fines será el que primero y principalmente sufrirá las consecuencias».

El violentísimo texto lo había firmado el amigo de Campins a la vez que tomaba a las cinco de la mañana, vestido de paisano y con el bigote afeitado para disimular quien era, un avión civil que le había fletado desde Londres Luca de Tena con el dinero de Juan March para salir en secreto de la jurisdicción canaria y personarse en Casablanca, fuera del control de las autoridades republicanas. Antes de escapar, Franco había embarcado a su mujer y a su hija camino de Lisboa desde el Puerto de la Luz al cuidado de uno de sus oficiales, precisamente Lorenzo Martínez Fuset que era amigo de la adolescencia de Federico García Lorca. El dinero en Londres, la familia en Portugal, él en Casablanca, un plan perfecto… y con muy pocos riesgos.

—¿Y dónde está Franco? —preguntó Campins.

—No lo sé, mi general —confesó López Font.

Lo que no se imaginaba ninguno los dos era que el Gobierno tampoco sabía donde andaba a esas horas el escurridizo golpista. El desaparecido general, antes de irse, había nombrado a su amigo Orgaz comandante militar de Las Palmas y jefe militar del archipiélago para que decretase en su jurisdicción el estado de guerra y ocupase las islas para la sublevación, así se cubría las espaldas.

—¿Ordena vuecencia alguna cosa más, mi general?

—Nada, capitán. Téngame al corriente —le respondió Campins visiblemente apesadumbrado. Saber que su amigo estaba entre los conjurados era un desgarro en su fidelidad al Gobierno.

Cuando el capitán médico salió del salón de su residencia Campins pasó al cuarto de baño, se duchó, desayunó y se vistió el uniforme con el fajín rojo de su grado.

El general se presentó en su despacho a las ocho en punto de la mañana y ya estaba Rosaleny esperándole, como tenía por

costumbre el comandante. El ayudante del general se había convertido en su sombra, tal y como le habían ordenado, y Campins ya se había dado cuenta.

—A sus órdenes mi general —se cuadró el comandante Rosaleny —. ¿Dispone vuecencia alguna cosa?

—Comandante, prepare mi visita a los dos regimientos. Quiero pasarles revista y dirigirme a la oficialidad —le ordenó en cuanto le tuvo delante—. Y entregue esto al gabinete telegráfico… Va a la Capitanía de Sevilla.

—¿A qué hora desea vuecencia pasar la revista? —preguntó el ayudante tomando el informe que su jefe había terminado la noche anterior sobre el estado de sus fuerzas.

—Ponga a los de Artillería para las diez y a los de Infantería para las once.

—¡A sus órdenes, mi general! —el comandante ayudante se despidió con un taconazo.

Campins se quedó a solas en su despacho. Sentía un nudo en el estómago desde que López Font le había puesto al corriente de la decisión de Franco. Que su amigo se uniera a los sublevados era un cambio cualitativo en la relación de fuerzas de ese pulso diabólico que los militares y las derechas estaban echando al Gobierno. «Las tropas africanas seguirán a *Franquito* como un solo hombre» se decía Campins recordando su estancia en Marruecos y el pasado legionario de su amigo gallego. Los destacamentos de regulares y legionarios, junto con las tropas de las armas acuarteladas en las plazas de soberanía, más de cuarenta y cinco mil soldados profesionales, eran las máquinas militares más eficientes del Ejército español y, para colmo, llenas de oficiales resentidos con las reformas de Azaña cuando fue ministro del ramo. Ese resentimiento había llevado a muchos de ellos, fundamentalmente a los más jóvenes, a tomar la camisa azul de los falangistas y vestírsela debajo del uniforme. Campins sabía que Franco, su maestro y jefe en la Academia de Zaragoza, era capaz de tumbar a la República.

Monárquicos, falangistas, carlistas, agrarios, conservadores de toda laya y clérigos ultramontanos no eran más que la excusa que le daba a Franco la oportunidad de conseguir el sueño de su vida: convertir a España en un cuartel y quedarse él con las llaves… y todos dentro y conformes, y los que no… presos… o muertos. «No saben lo que están haciendo, ni unos ni otros» pensó un Campins cada vez más conturbado.

A las nueve y media el gobernador y su ayudante salieron en su coche acompañados por el comandante Miralles, que era jefe de Estado Mayor de la Brigada, hacia el regimiento al mando del coronel Antonio Muñoz Jiménez, el más vehemente y radical de los dos con mando en la plaza.

34

18 de julio de 1936 (media mañana).
Bar Alhambra. Granada.

La reunión de la noche anterior le había dejado a Nestares un pésimo sabor de boca. Los tres meses que había estado fuera de Granada los había aprovechado sobradamente Valdés para quitarle de la primera fila de la conspiración y arrinconar a sus propios compañeros de partido descabezados de dirección política. Lo que Nestares pensaba hacer desde Falange, un alzamiento político al que se sumaran los militares y que conformara un gobierno fascista sin retorno de los reyes, se había dado la vuelta para convertirse en otra más de las muchas asonadas militares que los *espadones* gustaban de hacer desde el siglo XIX juntando a terratenientes, curas y derechistas. «Este Valdés es capaz de echarse a la calle en formación, y detrás de la *Marcha granadera*», pensaba Nestares aludiendo al himno monárquico.

Nestares era un sincero nacionalsindicalista, no como Valdés, y cuando supo la tarde anterior por medio de José Rosales y de Díaz Pla que los falangistas granadinos habían firmado días antes un pacto con la gente de la FAI en el que se comprometían a no agredirse mutuamente en la ciudad del Darro, no pudo menos que celebrarlo. De hecho, sucedía que muchos derechistas *de toda la vida* tenían a los falangistas por *falangistas*, dada la común filiación sindicalista, y que, igualmente, los comunistas y muchos socialistas desconfiaban profundamente de los faístas tildándolos de *fasccistas*. «Los extremos siempre se tocan», decían los ortodoxos de uno y otro bando. El caso más singular de ese trasvase era el de Marciano Pedro Durruti, el hermano del gran dirigente «faísta» Marcelino

Durruti. El hermano del jefe principal de los anarquistas españoles había dejado la organización de su hermano para pasarse en febrero de 1936 a la de José Antonio, junto al que estaba preso esos días del golpe.

El caso es que el capitán falangista, mosqueado por cómo podían suceder las cosas en las siguientes horas, no las tenía todas consigo respecto del éxito de los planes del comisario de Guerra y a primera hora de la mañana buscó otra vez a José Rosales para ver qué sabían sus camaradas de lo que estaba pasando en los cuarteles.

Nestares y Pepiniqui Rosales se entrevistaron a las diez de la mañana en el «Café Alhambra». La verdad es que después de la entrevista, Nestares se dio cuenta de que sus amigos «estaban a lo que les echaran», porque no controlaban los cuarteles, algo vital para que el golpe saliera bien. Su condición de jefe de las milicias ponía al de Logroño en una posición relevante entre los amigos de José Antonio y a Nestares no le quedaba más remedio que remar en dirección de la corriente, como le había aconsejado Pepiniqui. «Cuando mi gente salga a la calle ya veremos donde ponemos a ese», aventuró el falangista confiando más en la suerte que en sus propios recursos.

Después de ver a Rosales el capitán de Infantería se fue a ver a Rafael Martínez Fajardo, un teniente de la Guardia de Asalto que era de su confianza. El de Asalto le dio garantías al de infantería de que «diga lo que diga el gobernador civil, nosotros estamos contigo, José. Tú nos mandas». La guardia de Asalto de Granada estaba bastante controlada por los implicados, cosa excepcional que no sucedía en las demás plazas, y salvo algunos pocos oficiales se podía contar con casi todos ellos para el golpe.

—¿Y los cuarteles?

—De eso no sé nada, camarada. Eso lo lleva Valdés… y sabes que no suelta prenda —le confesó el de Asalto.

—¿Campins? —preguntó Nestares.

—Parece un buen hombre, pero creo que no se puede contar con él, y por el coronel León tampoco pongo la mano en el fuego.

Realmente a esas horas el perfil de la sublevación, que ya se estaba desplegando por casi toda España, no era demasiado favorable para los golpistas. El gobierno legítimo seguía contando con la mitad del Ejército de tierra acantonado en la península, la casi totalidad de la Armada y la práctica totalidad de la aviación militar. Nestares no podía saber lo pasaba en España, pero tenía claro que, en Granada, y en manos de Valdés, las cosas podían correr de manera distinta a como él y sus amigos falangistas deseaban. Que el comandante de intendencia fuese un burócrata y no un hombre de acción le llevaba a desconfiar de la capacidad militar del más decidido de los implicados. De la incapacidad política del de Logroño no le quedaba ninguna duda. «Valdés es simplemente un conservador y un iluminado», pensó Nestares cuando se despidió de su amigo Fajardo. Y en eso no iba equivocado porque Valdés, cuyas verdaderas simpatías estaban con la CEDA y no con los falangistas, tenía una decidida concepción mesiánica de sí mismo. Valdés se consideraba un salvador y su horizonte intelectual no iba más allá de lo que tenía por valores establecidos: autoridad, propiedad y orden, es decir el *Vieux Regime* en su dimensión más reaccionaria. Si a esa concepción autoritaria y conservadora, que repugnaba de la democracia y las libertades, se unía la profunda religiosidad clerical del comandante se daba en el de Logroño un cóctel peligrosísimo de intolerancia, autojustificación y crueldad.

De camino a su casa se cruzó con varios grupos de obreros que iban organizados en piquetes y que se apostaban en algunas esquinas. No molestaban a nadie, pero lanzaban proclamas a favor del gobierno del Frente Popular y daban la sensación de un cierto control de las calles granadinas que distaba mucho de ser cierto. Ese sábado por la mañana estaban abiertos todos los comercios, y los talleres y las obras funcionaban con normalidad. De pronto, a Nestares le asaltó un temor: «¿Qué pasará con mis hijos si el golpe

sale mal?». Él estaba decidido a saltar, para eso había llegado de Alcoy; se sentía comprometido con sus compañeros de la guarnición y no estaba dispuesto a quedarse fuera de lo que él mismo había estado deseando y preparando desde que el Frente Popular se hizo con el gobierno de la República. Pero visto lo visto empezaba a dudar de que Valdés fuera capaz de sacar para adelante la conspiración y eso, bien lo sabía el militar, le supondría seguramente la prisión… o la muerte. No tenía miedo por su suerte personal, el precio estaba incluido en la jugada y había tomado billete para ese viaje sabiendo perfectamente lo que hacía, pero temía por lo que pudiera pasar con sus hijos si al final se veía delante de un paredón. El matrimonio Nestares tenía ya cuatro criaturas, José María, María Teresa, Fernando y Concepción. El mayor con ocho años y la pequeña con solo cuatro.

«Esta gente no pasa ahora de levantar el puño y mover sus pañuelos rojos —pensó al cruzarse con uno de los piquetes—, pero ¿qué harán cuando nos vean armados y en la calle?». Nestares, que no era persona de medias tintas, tenía claro que la partida que se iba a jugar en Granada era un todo o nada y estaba dispuesto a no dejarse prendas en el camino. «Habrá sangre… mucha sangre», se contestó mientras echaba mano al bolsillo de su pantalón para sentir la culata de su pistola al cruzarse con el piquete. Y entonces se le encendió una luz: «Esa es la solución,… ya lo tengo», y encaminó sus pasos hacia el barrio del Realejo, donde le esperaba su familia.

35

18 de julio de 1936 (mediodía).
Comandancia Militar, Cuartel del Regimiento de Infantería
y Cuartel del Regimiento de Artillería.
Granada.

Campins realizó su visita rutinaria y comprobó que el estado de la unidad era el correcto a pesar de la mengua en los operativos por los permisos estivales. Con los hombres formados tomó la palabra y se dirigió a jefes y oficiales para transmitirles el mensaje que había recibido del ministro la noche anterior. En su foro interno, Campins sabía que el Gobierno no controlaba ya la situación, y menos desde que Franco se había metido en el charco y que ese perverso toma y daca de plazas fieles o alzadas comenzaba a ser desfavorable para Azaña y sus ministros. Pero se calló, cumplió el papel y no dijo más de lo necesario. En el discurso ritual apeló al patriotismo y a la lealtad de sus tropas, les instó a permanecer unidos y les ordenó que extremaran las medidas de seguridad «tanto personales, como de lo que está a nuestro cuidado, instalaciones y armamento». Y de allí salió para ver las instalaciones de su amigo Basilio León.

El coronel de Infantería le esperaba con sus oficiales en la puerta del regimiento. La visita corrió igual que en la sede de Artillería, aunque los efectivos de Infantería eran más holgados que los de los artilleros. Las palabras del discurso fueron similares, si no las mismas, la acogida tan correcta como en el otro regimiento y el estado de revista lo suficientemente reglamentario como para evitar reproches. Rosaleny y Miralles no le quitaban ojo y no paraban de comentar entre ellos.

Después del discurso, el general y los jefes del regimiento fueron a la sala de oficiales para tomar un refresco. A los pocos minutos un teniente a cargo del gabinete telegráfico se acercaba a su coronel para susurrarle algo al oído y Basilio León se dirigió a su superior y amigo:

—Mi general, me dicen que tiene una llamada —en público León usaba el tratamiento protocolario con su amigo—, puede usar mi despacho para atenderla.

Basilio León y Miguel Campins salieron del grupo y se fueron solos al despacho del anfitrión.

—¿Quién es, Basilio? —a solas recurrían al tuteo, como cuando los dos eran comandantes.

—Me han dicho que es de Sevilla, Miguel —le contestó el otro—. Parece que te busca el general de división —se refería a Villa-Abrille — y en tu oficina le han dicho que estabas aquí.

—¿Qué querrá? —se preguntó sin esperar respuesta.

—Debe de ser urgente, porque si te anda buscando y no se ha esperado a que vuelvas es que le arde el culo.

Cuando entraron en el despacho de León, un asistente con el auricular en la mano esperaba para ofrecérselo a su jefe.

—Es para el general, teniente —indicó Basilio León.

Campins tomó el auricular y León hizo un gesto al oficial para que saliera de la habitación.

—*Dígame*.

—*¿General Campins?*

—Sí, al aparato.

—*A sus órdenes, mi general. Soy el comandante Pizarro, el ayudante del general Fernández de Villa-Abrille. Le paso con mi general, señor*.

—*Páseme*…

—*Miguel… ¿cómo estás?* —era el jefe de la Segunda División. El jefe territorial del Ejército en Andalucía.

—*Bien, José. A tus órdenes*.

—*Campins, estoy en junta de jefes de la guarnición y te hablo delante de ellos*.

—*Tú dirás*… —ofreció el de Granada. Ese preludio a la explicación le sonó muy raro a Campins. Que un general de división despachara con uno de brigada ante sus subordinados rompía el protocolo militar y el sentido común, y solo podía significar una cosa: que el de Sevilla no las tenía todas consigo y que esa llamada, en cierta medida, le permitía cubrirse las espaldas ante sus subordinados. Fernández Villa-Abrille era un militar leal y Campins no se lo imaginaba en el lodazal de los sublevados, pero tampoco era un hombre muy decidido y podía tener una reacción imprevisible ante una situación de tensión.

—*¿Cómo está Granada?*

—*A tus órdenes, como siempre, mi general* —le contestó—. *Ninguna novedad en la Brigada*.

—*¿Has tenido algún incidente?* —le preguntó el jefe de la Segunda División, un hombre más proclive a la diplomacia que a las armas, y que en numerosas ocasiones había manifestado su lealtad a la República.

—*Aquí hay tranquilidad absoluta, José. No hay ninguna novedad*.

—*Bien… Todo está controlado en Granada* —el general de división respiró aliviado.

—*¿Y por Sevilla?* —inquirió Campins.

—*Con mucho calor y una humedad del infierno* —le contestó su jefe quitando hierro al asunto—, *pero todo lo tengo bajo control, no te preocupes*.

—*¿Mandas alguna cosa más, José?*

—*Nada, Miguel*.

—*A tus órdenes, mi general* —se despidió Campins.

—*Por cierto, Miguel* —le dijo su jefe cuando iba a colgar.

—*Dime…*

—*Tenme al corriente si pasa algo*.

—*No te preocupes, así lo haré*.

Lo que no sabía el jefe de la División era que Queipo de Llano, un tipo atrevido y estrafalario, ya le había levantado Huelva, y que a esas horas había vuelto a Sevilla y desayunaba en el «Hotel Colón» con un torero local, «El Algabeño», que le había prometido el apoyo de mil quinientos falangistas armados dispuestos a seguirle.

El torero metido a fascista, José García Carranza, ya tenía *pedigree* en la política pistolera antirrepublicana porque en 1931, al poco de proclamarse «La Segunda», asesinó en compañía de otros matones de su cuerda a cuatro obreros en el parque sevillano de María Luisa. Los compañeros de los muertos, en represalia, quemaron su casa y atentaron contra «El Algabeño» en 1934 disparándole e hiriéndole cuando salía de torear de la plaza de Málaga. En la mañana del 18 de julio estaba «El Algabeño» en el *hotel* esperando a Queipo para darle la mala noticia de que los suyos no estaban disponibles. «Si es que solo vales para follar, Pepe» le escupió Queipo refiriéndose a la fama de mujeriego del taurino fascista, del que se decía por Sevilla que había tenido amores, y una hija de ellos que se llamaba Cayetana, con María del Rosario de Silva y Guturbay, duquesa de Aliaga y esposa del duque de Alba. «¡Qué se le va a *hasé*, maestro! —se disculpó el torero—. ¡Si es que con las fechas que son están *tos* de vacaciones o detenidos!». «Pues lo haré yo solo» sentenció Queipo dando por concluida la entrevista. «*Ezo ez* —aplaudió "El Algabeño"—. ¡Con *doz* cojones!». Y se fue con los pocos suyos detrás de su jefe.

Villa-Abrille, ajeno a los planes de Queipo sacaba pecho ante los suyos y decía, como Campins en sus regimientos granadinos, que todo estaba controlado. No sabía lo que le venía encima.

Cuando Campins concluyó la comunicación y salió del regimiento de Infantería era ya mediodía.

36

18 de julio de 1936 (a media mañana).
Huerta de San Vicente. Granada.

—Buenos días, doña Vicenta. ¿Está Federico?

Eran las doce de la mañana y Eduardo Rodríguez Valdivieso se había acercado a la Huerta de San Vicente para felicitar a su amigo por su santo. La tarde anterior había recibido una llamada del poeta avisándole de que no se celebraría la fiesta de todos los años pero, pese a todo, había comprometido con Eduardo que pasara a visitarle por la mañana.

—Sí, Eduardo. Te espera para desayunar.

—¿A estas horas, doña Vicenta? —preguntó extrañado.

—Ya sabes cómo es tu amigo —explicó la dueña de la casa—. Es como una luciérnaga que se enciende por la noche y no hay quien le acueste. Se ha levantado hace un rato.

Doña Vicenta Lorca invitó a pasar al amigo de su hijo y le llevó al comedor, donde Federico leía el periódico mientras se fumaba un cigarrillo. El desayuno estaba dispuesto para dos servicios.

—Os dejo para que habléis de vuestras cosas —se despidió doña Vicenta—. ¿Queréis que os sirva el café?

—No, mamá, gracias. Ya lo hago yo —ofreció el poeta.

Un beso a su madre marcó la salida de doña Vicenta. Después los dos amigos se abrazaron.

—Gracias por venir, Eduardo —dijo Federico ofreciéndole una silla enfrente de la suya.

—A ti por invitarme, Federico —contestó Eduardo—. Felicidades por tu santo.

—No es el mejor día para celebrar nada, amigo mío —se quejó Federico muy apesadumbrado—. Pero muchas gracias.

—Te he traído esto —ofreció el visitante sacando un paquetito del bolsillo.

—¿Qué es?

—Míralo… es una sorpresa. Me lo ha conseguido un amigo que ha venido de América.

Cuando Federico deshizo el envoltorio se encontró con un mechero Zippo entre las manos. Esos encendedores estaban muy de moda en Estados Unidos desde que George Blaisdell los fabricara en Pensilvania desde 1933.

—¡Hostias! —dijo Federico tan contento—. Estaba deseando tener uno…

—Míralo bien. Dale la vuelta —le indicó Rodríguez Valdivieso.

Federico obedeció a su amigo y se encontró con que la pieza estaba labrada con un dibujo y una dedicatoria. *ERV a FGL* decía debajo de un dibujo del perfil de la Alhambra desde el mirador de San Nicolás. Encima, en la tapa, una fecha cerraba el trabajo: *18.7.1936*. Una fecha fatídica.

—Es precioso —aplaudió Lorca—. ¿Tiene nafta ya?

—Claro que sí, Federico.

—Voy a estrenarlo ahora mismo —y el poeta prendió otro cigarrillo dejando encendido en el cenicero el que estaba fumando.

Pese a que la relación entre los amigos se había enfriado desde que apareció Rafael Rodríguez Rapún en la vida de Federico, mantenían una amistad sincera. Tal vez ese fue el motivo que impulsó a Federico a levantarse de repente.

—¡Sirve tú el café, que ahora bajo, Eduardo! —dijo Federico, y subió escopetado a su habitación.

Eduardo Rodríguez Valdivieso sirvió en las tazas los dos cafés con leche y se puso a untar de manteca *colorá* una de las tostadas de pan blanco que le habían puesto al servicio. Y recordó la vez en que Federico montó una bronca en una cafetería de Madrid porque no le

sirvieron la manteca a la que estaba acostumbrado. Había sido el día en que Eduardo conoció a Rafael Martínez Nadal, lo que le había encelado porque vio en el madrileño un claro competidor amoroso.

—¡Toma, Eduardo! —ofreció Federico cuando volvió al salón—. Quiero que los guardes tú. ¡Te los regalo, que hoy es mi santo!

Eran cinco cuartillas dibujadas por él mismo con lo que eran las ilustraciones para una nueva edición del *Romancero gitano* y que Lorca se había traído de Madrid en la carpeta de trabajos pendientes.

—Gracias, Federico —le contestó Eduardo, tomando las cuartillas —. Las guardaré con los poemas.

—Cuando vuelva de América, si vuelvo alguna vez —apuntó misterioso el poeta—, esos dibujos serán muy celebrados. Te lo prometo.

—¿Es que te vas, Federico? —preguntó sorprendido su amigo.

—Sí, Eduardo. Todavía no lo sabe casi nadie, pero me voy a México en agosto.

—¿Pero no vas a volver?

—Era una broma, querido —mintió Federico, que no tenía claro lo del regreso—. Imagínate que allí me enamoro de una hacendada rica, me caso con ella, tengo muchos niños y, además, tengo el éxito que aquí no me reconocen. ¡Entonces me quedó… y que le den por el culo a España!

—¡No caerá esa breva! —bromeó Eduardo más tranquilo.

—¿Qué me case o que le den por el culo a España?

—Ninguna de las dos, Federico —le contestó riendo su amigo—. Tú no te casarás, porque no hay Dios que te aguante, y será España quien nos dé por el culo a nosotros como salga bien lo de estos cabrones. Ya has visto lo de ayer en Melilla.

—Sí, claro que lo sé. Algo me ha dicho mi padre.

—Yo he estado en el Ayuntamiento a primera hora y allí no se habla de otra cosa. Mis compañeros de derechas estaban encantados…

—No me extraña. Nos tienen ganas…

—¿A nosotros?

—A todos, Eduardo, a todos —sentenció Federico—. Estos hijos de puta no distinguen y se van a llevar por delante todo lo que se quieren quitar de en medio: la República, el Frente Popular, los partidos, los sindicatos, los intelectuales, los maricones, los masones… y al lucero del alba que les tosa.

Los dos amigos se quedaron en silencio. Federico encendió otro Lucky mientras se le enfriaba el café con leche.

—Como les salga bien esta ciudad va ser una ratonera —profetizó el poeta al cabo de un rato.

—¿Por qué lo dices?

—Porque aquí anda suelta la peor burguesía de España, Eduardo —Federico repitió en ese momento lo que ya le había dicho a Bagaría cuando le entrevistó para «El Sol»—. Esta gentuza son unos criminales que llevan desde el 31 masticando su odio, y desde febrero están dispuestos a devolverlo en un vómito que nos manche de nuestra sangre y de su mierda…

—La radio decía esta mañana que lo de África está ya controlado, y que en la península no ha habido movimientos de tropas.

—Todavía, Eduardo, todavía… —predijo García Lorca.

—Verás como no pasa nada, Federico —le quiso animar Eduardo tomándole de la mano.

—Algo va a pasar… —insistió Lorca con la expresión de la cara demudada—. He tenido esta noche un sueño terrible.

—Cuéntame…

Federico le explicó que esa madrugada se había despertado sudando, desvelado por un sueño que acababa de tener.

Al decir del poeta se le había aparecido un grupo de mujeres campesinas que iban enlutadas y que llevaban unos crucifijos grandes y negros. Federico le contaba a Eduardo que esa siniestra procesión se había cruzado con él en un paraje solitario lleno de olivos y que era de madrugada y que, cuando le vieron las mujeres,

le rodearon sin dejarle salida y amenazándole en silencio con sus cruces, que parecían lanzas que fuesen a traspasarle por los costados.

—… como si yo fuera San Sebastián —concluyó Federico, que había vuelto a sudar solo de recordarlo.

—¿Qué más pasó?

—No lo sé. Solo recuerdo que me caí al suelo en medio del camino, que todos los crucifijos negros me apuntaban, como si fueran fusiles… y entonces me desperté.

—¿Nada más?

—¡¿Te parece poco?!

—Eso es que te sentó mal la cena… y que hace mucho calor por las noches estos días.

—No seas frívolo, Eduardo, por favor.

—¿Qué quieres que te diga, entonces? —le respondió su amigo—. ¿Que porque has soñado con unas viejas que llevan unos crucifijos negros te vas a morir?

Vista la incredulidad de su amigo, Federico no se atrevió a hablarle de José Arnall, de cuando se le apreció en su casa de Madrid y después en el viaje a Granada.

—Déjalo… —concedió el poeta—. No tiene importancia.

—Claro que no, Federico. Es que estás muy nervioso.

—Será eso…

37

18 de julio de 1936 (por la mañana).
Bar Jandilla. Granada.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero que atendía los veladores que había al fondo del «Bar Jandilla».

—Tráigame un coñac, por favor —le contestó el cliente dejando encima de la mesa un ejemplar doblado de la edición del día de «El Ideal» donde en portada se despachaba que «Causas ajenas a nuestra voluntad nos han impedido recibir la acostumbrada información general. Por esta circunstancia, el presente número consta solo de ocho páginas».

—Marchando… —dijo el mozo.

Narciso Perales Herrero se tomó su tiempo antes de entrar en el bar de la calle Puente del Carbón, para comprobar que no le había seguido nadie. Era cerca de la una del mediodía, Granada era un hervidero de rumores desde que llegaron las primeras noticias de la sublevación militar y Sevilla estaba en manos del general Queipo de Llano, que había ordenado de desplegar las tropas por la ciudad.

—Aquí tiene su coñac, señor —ofreció el camarero sirviéndole el licor al cliente.

Narciso Perales tenía algo más de veinte años, llevaba un bigote recortado y usaba gafas de pasta, como la mayoría de intelectuales de la época. Médico de profesión, había llegado a Granada pocos días antes, estaba condecorado con la Palma de Plata de Falange y era el delegado territorial de Falange andaluza. Su cometido en la ciudad consistía en organizar a sus camaradas granadinos ante la sublevación militar que acababa de comenzar, de acuerdo a las instrucciones de Raimundo Fernández-Cuesta, el secretario general.

Desde que llegó a la ciudad del Darro se había acogido a la hospitalidad de la familia Rosales, que le alojó provisionalmente en un piso que tenían en el 29 de la calle San Isidro, domicilio que simultaneaba con varias pensiones francas, para no tener que enseñar su documentación, y que así no le localizase la policía. De hecho, no dormía dos noches seguidas en el mismo domicilio.

Al día siguiente de su llegada, y en la casa de sus amigos en la calle Angulo, había reformado la jerarquía del partido en la provincia y había incorporado al mando a Gerardo Afán de Rivera como secretario provincial, manteniendo de jefe provincial a Antonio Robles y de jefe local de Granada a Díaz Pla. La novedad es que había nombrado tesorero provincial del partido a Antonio Rosales y había escogido como jefes de centuria a Santiago Cardel, a Evaristo Páez y a Miguel Rosales. Pepiniqui Rosales seguía siendo jefe de sector, como Cirre e Iturriaga, y el comandante Valdés mantenía su jefatura de milicias. Gracias al joven Perales la familia Rosales prácticamente copaba la jerarquía falangista y Pepiniqui salía reforzado.

Narciso Perales esperaba entrevistase en el bar con el jefe de milicias falangistas, el comandante Valdés, al que no conocía personalmente aún. La cita la había organizado un tal Castilla, un falangista a las órdenes de José Rosales, al que había conocido en el piso del jefe de sector y al que le habían ordenado servir de enlace y guía del visitante; de hecho, actuaba como su guardaespaldas.

No habían pasado diez minutos y ya tenía la copa mediada cuando vio entrar a Castilla en el local. Llegaba acompañado de un hombre vestido de civil.

«Ese debe ser Valdés», pensó el médico en cuanto la pareja cruzó la puerta.

Castilla se dirigió a otra mesa que estaba vacía después de decirle algo a su acompañante y Valdés se encaminó hacia él.

—¿Perales? —preguntó el militar cuando llego a la mesa del médico.

—Sí, claro —contestó el delegado falangista levantándose y ofreciéndole su mano—. ¿Eres Valdés?

—Soy el comandante José Valdés, comisario de Guerra de la Comandancia Militar de Granada y jefe de milicias de Falange —dijo el militar presentándose.

—Siéntate, por favor —y Perales le ofreció una silla. Al médico no le había gustado el tono del militar. «Este se cree que está en un cuartel —pensó—, solo le ha faltado el taconazo»—. ¿Qué te apetece tomar?

—Una infusión de manzanilla, señor Perales —dijo el militar muy circunspecto. Cuando se sentó se quedó mirando fijamente al joven, como esperando a que le dijese algo.

—Se le nota la pistola debajo del periódico, Perales —le dijo al cabo de un instante, que al médico se le hizo larguísimo, como quien comenta el calor que hace en la calle—. Mejor guárdela en la chaqueta, se nota menos.

Si la empatía no llegó con Valdés esa impertinencia colmó la paciencia de Narciso Perales. «¿Pero,… qué le habrá visto Arrese a este?», se permitió el delegado.

El joven médico se llevó el periódico, y el arma de paso, debajo de la mesa y se guardó la pistola en el bolsillo del pantalón dejando el periódico otra vez encima del tablero.

—¡Camarero, traiga una manzanilla a este amigo, por favor! —dijo levantando el brazo.

—No me queda —contestó el mozo desde el mostrador—. ¿Hace un amontillado de «Alberti»? Está muy bueno, y para esta hora…

—No queremos un vino —Perales se desternillaba por dentro—. Mi amigo quiere una infusión.

—Ahhh… —dijo el camarero con cara de haber comprendido—. ¡Marchando!

—Bueno, Valdés. ¿Sabes quién soy?

—Pues no… Sé que usted viene de parte de la jefatura, pero no sé mucho más —le respondió el otro tan fresco.

—Soy Narciso Perales, y soy el delegado del jefe nacional del partido…

—Que sigue preso, ¿verdad? —le interrumpió el militar.

—Sí, sí… Sigue preso —concedió Perales molesto por el inciso, que iba cargado de muy mala leche.

—¿Y…? —le instó el militar para que siguiera.

—Te digo que soy Perales, y que he venido a hacerme cargo de la organización provincial del partido para coordinar nuestras fuerzas con las de los militares de cara al alzamiento que empezó anoche en Melilla. Lo tienes en las instrucciones, ¿las has leído?

—Sí, claro —concedió el comandante—. Sé lo que tengo que hacer, no se preocupe usted.

En ese momento llegó el camarero con la infusión.

—¿Otra copa, señor? —ofreció al ver que solo quedaban unas gotas de coñac en el vaso del médico.

—No, gracias. Aún es pronto para repetir —le contestó el falangista.

Y el camarero se volvió a la barra.

—Hace usted bien, Perales —sentenció Valdés cuando se quedaron a solas—. El coñac sienta mal al estómago, y más a estas horas.

—Volviendo a las órdenes… —insistió el delegado, que no estaba para consejos.

—No hacen falta detalles, Perales —le interrumpió el militar—. Usted permanezca en contacto con Aureliano Castilla, que él le transmitirá mis instrucciones.

Si Narciso Perales ya estaba incómodo con las impertinencias de aquel hombre, esta fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—Pero tú, ¿qué te has creído? —reventó el delegado especial—. ¡Soy fundador de Falange, Palma de Plata del partido, jefe provincial y delegado especial del mando para Granada!,… y si no te exijo que te cuadres es porque estamos aquí. ¡¿Entiendes?!

Valdés lo miró sin inmutarse.

—Sí que le entiendo a usted, pero…

—¡Ni pero, ni hostias! —bramó Perales, que no estaba dispuesto a dejarse comer el pan por ese hombre que tenía delante—. ¡Tú estarás a lo que se te mande!

En cuanto Castilla se dio cuenta de la que se traían sus jefes, echó mano al bolsillo, se acarició la pistola y aguzó la vigilancia. En ese momento la radio del establecimiento transmitía noticias del movimiento de tropas en Sevilla. «La situación está controlada —mentía el locutor—, y las tropas están en la calle para garantizar la legalidad republicana».

—No, si lo que yo quiero decirle —pareció que se iba a excusar el militar— es que conozco perfectamente mi obligación… y le ruego que me disculpe si me he expresado mal.

Lo que no iba a explicarle Valdés a Perales era que llevaba semanas en contacto con Queipo de Llano y su gente, y que las estrellas en el uniforme eran su única línea de mando.

—De acuerdo… —concedió Perales, nada convencido de la sobrevenida docilidad del conjurado.

Narciso Perales se creyó en la obligación de continuar la entrevista y utilizarla para determinar la solvencia política del individuo que tenía enfrente. Quería sondear al militar sobre sus convicciones al respecto del nacionalsindicalismo y de la tan cacareada revolución falangista. Y estaba en esos discursos, a los que Valdés contestaba exclusivamente con algún gesto de la cara, cuando el militar le cortó la perorata mientras Perales paseaba por los dogmas nacionalsindicalistas:

—Mire usted, en eso del nacionalsindicalismo pasa una cosa…

—Tú dirás… —le ofreció Perales sorprendido por el súbito interés del conjurado.

—Pues que a mí lo de «nacional» me suena estupendamente, pero lo de «sindicalismo» me da tres patadas en la boca del estómago, y lo tengo enfermo, ¿sabe usted?

Y Valdés se quedó tan a gusto. Perales, sin embargo, creyó que se le llevaban los demonios.

El delegado especial echó instintivamente mano a su faltriquera. «Por menos de eso te habría metido dos hostias en otro momento», se dijo acariciando la culata de la pistola. «¿Qué clase de hombre está aquí sentado? ¿Y cómo puede ser falangista un tío que dice esto?», pensó indignado «De un tipo así es imposible fiarse», concluyó. Ya le había mosqueado el constante empleo del «usted» en la conversación, cuando «entre camaradas nos tuteamos siempre», se decía, pero la gota que colmó el vaso de la desconfianza fue esa atrabiliaria confesión del militar respecto al sindicalismo. Perales se dio cuenta de que había sido un error grave de Arrese hacer que militares y falangistas convergiesen en ese hombre. Lo que no sabía Perales es que Valdés manejaba en Granada más hilos de los que creía el ingenuo comisionado.

—Está bien, Valdés —le dijo Perales levantándose de la mesa. Estaba deseando terminar la entrevista—. Todo ha quedado claro, ¿verdad?

El comandante le miró a los ojos por toda respuesta.

—Tendrás noticias mías muy pronto a través de la línea de mando.

—Como usted diga, Perales —contestó levantándose de la mesa y haciendo gesto de sacar el monedero para pagar la consumición.

—Nada de eso, camarada —y Perales le interrumpió la maniobra —. Hoy pago yo.

—La próxima vez será cosa mía —dijo enigmático Valdés inclinando la cabeza por toda despedida.

El comandante Valdés y Aureliano Castilla salieron del bar mientras Perales se acercaba a la barra para pagar lo que se debía. El comisionado no sabía tampoco que Castilla era un hombre de absoluta confianza de Valdés y que tenía al militar al corriente de todos los pasos de los hermanos Rosales.

Narciso Perales se quedó con un mal sabor de boca, y no por el coñac que era un excelente «Valdespino», sino por la catadura del

personaje con el que le había tocado despachar, y salió del bar camino a la siguiente tarea de una mañana que se le prometía decisiva; tenía que entrevistarse con Patricio González de Canales, que la noche anterior había llegado clandestinamente a Granada.

Pepiniqui Rosales le había puesto al corriente a primera hora de la mañana, cuando le acompañó al «*Bar Jandilla*», de que la noche anterior había llegado a Granada el mencionado, y que lo hacía como delegado especial del jefe territorial de Andalucía, Joaquín Miranda, que estaba en la cárcel, y nombrado por José Antonio Primo de Rivera como Inspector Jefe para la preparación de la sublevación en Granada, Málaga y Almería. El propio González de Canales había pedido a Rosales, tras despachar las instrucciones que traía, que le pusiera en contacto con Perales para coordinar las partes implicadas en la sublevación. Sin saber, claro está, que el comandante Valdés pretendía dirigir la sublevación en solitario, tal y como acababa de hacer su amigo Queipo de Llano.

38

18 de julio de 1936 (mediodía).
Domicilio del capitán Nestares. Granada.

Sería la una y media cuando Nestares llegó a su casa, un chalet de dos plantas en el número 8 de los Hoteles de Belén. En ese momento su mujer, María del Carmen García-Trevijano, estaba en la sala con la costurera, a la que había mandado llamar a primera hora. Dolores Marqués estaba tomándole el bajo de una falda.

—Buenos días, Dolores —saludó el militar—. ¿Qué tal la familia?

—Todos bien, señor Nestares —contestó ella sin dejar de aplicarse al bajo de la falda de «la capitana», como la llamaba la costurera. No dejaba de ser curioso que Dolores tuviera al militar por «señor» y a ella por «la capitana», pese a que ella fuera de una familia de las de toda la vida de Granada y él solo un modesto oficial de guarnición —. ¿Qué tal por Alcoy?

—Bien, Dolores —respondió—, pero no es lo mismo.

—No me extraña, don José. Como Granada no hay nada, ¿verdad?

—Pues no, Dolores. Siempre se echa en falta esta tierra. Teníamos ganas de volver, aunque solo fuera de vacaciones.

—Pues sean bienvenidos a casa los señores —aplaudió Dolores.

La costurera conocía a los García-Trevijano de Órgiva, porque «la capitana» tenía allí un cortijo que había comprado su abuelo Antonio García Moreno, que fue un político liberal que presidió el Ateneo de Granada y diputado provincial previamente a ser Gobernador de Málaga, antes de casarse con María Trevijano.

—Y Juan,… ¿qué tal está? —preguntó Nestares refiriéndose al marido de la costurera.

—Trabajando en la obra, don José… y que no falte.

Un discreto gesto de Nestares a su mujer hizo que saliera del cuarto.

—Perdona un momento, Dolores —dijo la aludida disculpándose y pasando al dormitorio detrás de su marido.

—¿Qué pasa, Pepe?

—El alzamiento va a ser de un momento a otro, Maricarmen.

—¿Por fin? —ella estaba deseándolo tanto como él.

—Sí, pero no es seguro para vosotros que estéis aquí —explicó el militar tomándola de la mano—. No quiero que los niños y tú corráis peligro.

—¿No va a salir bien? —preguntó ella, que iba más deprisa que las palabras de su marido—. Parece que Sevilla, Huelva y Cádiz ya están con nosotros.

Los rumores corrían más deprisa que las noticias y «la capitana» ya sabía por las mujeres de algunos oficiales lo que estaba pasando en otras plazas.

—No estoy seguro —confesó Nestares—. Aquí las cosas están verdes todavía. Ni siquiera han decidido todavía la fecha exacta del pronunciamiento.

—¿No va a ser esta noche? —esa era la fecha que había señalado su marido y el motivo por el que habían salido de Alcoy el día anterior.

—No lo sé —reconoció un Nestares evidentemente molesto con la situación—. Valdés no ha dicho nada todavía.

—¿Y es Valdés quien tiene que decidirlo? —preguntó ella, que detestaba al de Logroño tanto como su marido.

—Pues sí —reconoció él, cada vez más molesto—. ¡Tócate los cojones!

—¿Qué hacemos, Pepe?

—Quiero que salgáis de aquí —dispuso el militar, que sabía de sobra que su domicilio era un lugar que la policía había controlado y que estaba también en las listas de las milicias de las organizaciones sindicales. De hecho, los dirigentes de la Casa del Pueblo tenían

vigilada su casa desde que fue nombrado jefe de la Guardia de Asalto, antes de los disturbios de marzo—. Tenéis que estar en algún sitio que sea más seguro.

—¿Dónde?

—En algún cuartel —resolvió el capitán—. He pensado llevaros al Centro de Reclutamiento y alojaros allí. Estaréis protegidos y no os pasará nada.

Ella se quedó pensando. No parecía muy convencida.

—Lo siento, Pepe, pero no estoy de acuerdo —dijo al cabo de un rato.

—¿Por qué, cariño?

—Porque no es un sitio seguro.

—¿Por qué dices eso? —Nestares se sorprendió ante la afirmación de su mujer.

—Porque si todo sale como tenéis previsto será como tú dices, pero si no… es una ratonera —sentenció ella—. Nos cazarán dentro.

Pareciera que la mujer de Nestares supiese lo que iba a pasar en Madrid la tarde del día siguiente, cuando el general Fanjul se encerrase en el cuartel de La Montaña con los suyos proclamando el estado de guerra y quedando sitiado por las tropas leales al Gobierno. Los encerrados tuvieron más de quinientos muertos en el asalto y el resto fueron detenidos y muchos de ellos fusilados después. La intuición femenina de María del Carmen había dibujado una situación que podía suceder en Granada si Valdés no conseguía sus objetivos.

—Tienes razón —concedió él pensativo.

—Pero tengo una solución, Pepe.

—¿Cuál?

—Dolores —dijo ella con una sonrisa en la boca—. Dolores es la solución a nuestro problema.

—¿La costurera?

—Sí, claro —insistió cada vez más convencida—. ¿Qué Dolores va a ser?, pareces tonto.

—¿Y eso por qué? —preguntó él, que no sabía en qué registro estaba su mujer.

—Por su marido, Pepe. Por su marido.

—¿Qué tiene que ver Juan en todo esto?

—Juan Palao es uno de los jefes de la UGT de Granada. ¿No lo sabías?

—Pues no, Maricarmen —reconoció el militar.

Nestares conocía a Palao de alguna vez que había acompañado a Dolores a su casa y siempre le había caído bien, pero no le hacía entre los sindicalistas granadinos, y menos entre los dirigentes.

—Pues es uno de los jefes de la Casa del Pueblo de los socialistas. Me lo dijo Dolores, porque no le hacía mucha gracia.

—Pues no le pega nada… —insistió Nestares, que tenía otra imagen de lo que era un jefe sindical, y más desde que se sabía vigilado por los sindicalistas.

—Pues sí, ahí donde le ves… —insistió ella—, y parece que es una excelente persona.

—No lo dudo. A mí también me lo parece.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Mandar a nuestros hijos a casa de Dolores… y yo me iría al Centro de Reclutamiento. Todos estaríamos seguros.

—¿No es mejor que te vayas con ellos a la finca de tus padres? —objetó Nestares, que no veía la cosa.

—Mira, Pepe —le reconvino ella—. De Órgiva, si pasa algo, no salimos. Date cuenta que allí hay mucha gente de las minas… que en los pozos se usan dinamita y que allí nos conocen de sobra…

—Eso es verdad… —reconoció Nestares.

Una vez más, la intuición de la mujer anticipaba lo que sucedería en el pueblo de sus propiedades, donde los republicanos se harían con el control de la villa, repartiendo desde la alcaldía armas entre los suyos para tomar la centralita telefónica y la prisión.

—Allí no podemos ir, estaríamos localizados. Hay que quedarse aquí y desaparecer…

—Explícate…

—Sí, Pepe, verás —empezó ella—. Si todo sale bien, como espero, a mí no me pasará nada ni a los niños tampoco, porque nadie va ir a por Juan Palao. Es inofensivo y, además, ya estás tú para que nadie se acerque por allí.

—Eso es lógico. ¿Pero si sale mal?

—Los niños, por lo menos, estarán protegidos —argumentó con toda razón—. Nos podemos fiar de Dolores, es una buena mujer. Lo que nos pase a nosotros es otra cosa… Siempre quedará alguien de la familia para hacerse cargo de ellos.

—Tienes razón —concedió el capitán después de meditarlo bien.

Realmente, como pasa tantas veces en los matrimonios, ella tenía las cosas más claras que él. Y su instinto de madre inteligente la hizo reaccionar con más juicio que Nestares ante el primer impulso de su marido que, ciertamente, había olido el peligro, pero no había formulado una solución tan hábil como la suya.

—¿Quién se lo dice a Dolores? —preguntó el militar.

—Yo, desde luego —decidió ella—. Será un razonamiento de madre a madre. Verás como acepta…

La dueña de la casa salió del dormitorio y volvió a la sala, donde Dolores hilvanaba unos puños para coserlos a las mangas de una blusa de «la capitana».

—Dolores…

—Dígame, señora…

—¿Me acompañas a la cocina?

—Claro que sí —dijo Dolores, extrañada por la solicitud.

Las dos mujeres se fueron hacia el fondo de la casa. Nestares volvió a la sala y encendió la radio, y un cigarrillo, mientras ellas hablaban a solas.

Sabía que estaba ante uno de los momentos cruciales de su vida. Él, que había perseguido con ahínco el respeto de sus vecinos, y que lo había conseguido gracias a su matrimonio con una García-Trevijano, estaba ante la prueba de fuego de su tan deseado

ascenso social. Lo que hiciera en la sublevación lo haría él, sería un mérito suyo, y si todo salía bien, dejaría de ser un simple oficial de guarnición con una leyenda oscura sobre sus orígenes para ser uno de los jefes de lo que viniera luego.

Nestares era hijo del segundo matrimonio del teniente coronel de Infantería José Nestares Bueso. El militar, cuando quedó viudo, casó ya mayor con una mujer treinta y tres años más joven que él, Concepción Cuellar Ruiz, para sorpresa de muchos. Como fuera que la «sociedad bien» de Granada hablara a escondidas de que la joven esposa tenía un «pasado turbio» cercano a un oficio antiguo, el hijo de ese matrimonio nunca fue aceptado plenamente por las familias «de toda la vida» y eso marcó el carácter del joven Nestares.

Como en las casas de militares los hijos suelen heredar el oficio de los padres el chaval creció para ser oficial del Ejército y en cuanto salió del colegio y cumplió la edad reglamentaria le llevaron a la Academia. De allí salió como oficial de Carabineros antes de pasarse al arma de Infantería y después alcanzar la jefatura granadina de la Guardia de Seguridad, hasta que le destinaron a Alcoy. El caso es que Nestares, que al fin y al cabo había sido jefe de la policía de la ciudad, se veía con muchas papeletas para que le tocara un premio gordo del sorteo que desgraciadamente acarrea un golpe de estado. «Por lo menos gobernador civil, que para eso he sido el jefe de la guardia…» se deseaba mientras esperaba la vuelta de su mujer.

Dolores y María del Carmen regresaron enseguida. Las dos llevaban los ojos enrojecidos.

—Pero, don José —Dolores se mostraba desconcertada y el miedo se le dibujaba en la cara—. ¿Nos hemos vuelto locos todos? ¿Qué va a ser de nuestros hijos?

—Mira, Dolores. Las cosas son como son —es cuanto pudo explicar el militar—, y hay que apecharlas como vienen.

—¿Qué va a pasar?

Nestares, que no sabía qué le había explicado su mujer no quería equivocarse y pidió a María del Carmen ayuda con la mirada.

—Nada malo, Dolores —terció la requerida—, pero hay que tomar precauciones… por si acaso.

—Pero aquí no ha pasado lo de Asturias, don José —protestó Dolores que no entendía por qué los militares tenían que salir a la calle.

—Está a punto de ocurrir, Dolores —mintió, «la capitana»—. Sabemos que los pistoleros del Frente Popular han hecho unas listas y quieren pasearnos…, como sucedió en Asturias.

—Es la revolución comunista, Dolores —intentó argumentar el militar, que ya se había dado cuenta de por donde había ido el argumento de su mujer—. Dime la verdad… ¿Tú no serás comunista?

—Yo… ¿qué voy a ser comunista? —protestó la costurera—. Ni mi Juan tampoco, que es un trabajador honrado.

—Entonces no tenéis que tener ningún miedo —pontificó Nestares —. Nosotros estamos por los trabajadores, por los obreros buenos.

Quien le iba a decir al militar granadino que acababa de pronunciar las mismas palabras que García Lorca había dicho once días antes en casa de su amigo Morla. Tanto Ruiz Alonso, por convencimiento, como García Lorca, por miedo, como ahora Nestares, por conveniencia, habían hecho una raya entre los obreros: a un lado tenían que estar los «buenos», del otro los «malos». Y habría que atenerse a las consecuencias…

—Si ya se lo he dicho yo a mi Juan que no se metiera en líos… —lamentó Dolores, recordando cuando su marido había entrado en el grupo de dirección de la Casa del Pueblo socialista y la conversación al respecto que había tenido hacía un par de días con el coronel Muñoz, y que se la había contado minutos antes a la mujer de Nestares—. ¡Mira que le avisé!

—No te preocupes, Dolores —ofreció la García-Trevijano—. Para eso está mi Pepe, para que no le pase nada.

—De eso me encargo yo, mujer —se comprometió el militar.

—Es lo que hemos pactado Dolores y yo, Pepe —comenzó a explicar María del Carmen—. Ellos cuidan de nuestros hijos hasta que todo se serene y tú les proteges como se merecen.

—¡Qué no nos pase nada, don José! —imploró la costurera, que estaba muy preocupada desde la conversación con Muñoz—, que mi Juan y yo tenemos también cuatro criaturitas de Dios.

Los tres se quedaron en silencio y al poco las dos mujeres se abrazaron y rompieron a llorar.

—Estos hombres están locos…, si mandáramos nosotras no habría guerras nunca —dijo Dolores con la voz truncada, recordando las doctrinas de «La Zapatera».

—Solo las mujeres hemos parido, Dolores —respondió la García-Trevijano sin deshacerse del abrazo—, y eso hace que los hijos muertos nos duelan más a nosotras.

Nestares asistía impresionado al llanto de las dos mujeres.

—No os preocupéis —sentenció el militar—. A ninguna de nuestras familias le pasará nada, al menos mientras yo esté vivo. ¡Doy mi palabra!

Nestares lo ofrecía sinceramente, pero no sabía que las próximas horas iban a correr de forma que nada se pareciera a lo esperado… o tal vez sí.

Lo que nadie podía alcanzar a prever era que toda la ponzoña que se guarda en el alma de los hombres iba a correr pronto por las calles de Granada sembrando el miedo y la muerte. El Genil y el Darro iban a mezclar sus aguas con la sangre y el veneno que circulaban por los cuerpos de todos los que vivían en esa tierra. Unos pondrían la sangre y otros el veneno, solo les separaba esa raya que trazaban gentes como Ramón Ruiz Alonso, Valdés y tantos otros con el alma enferma de miedo y de ira. Nestares, a pesar suyo, era uno más de ellos.

39

18 de julio de 1936 (primera hora de la tarde).
Comandancia Militar. Granada.

—Gracias por venir, Basilio.

—A ti por invitarme, Miguel.

—Te lo debo porque llevo comiendo en tu casa desde que he llegado. ¿Qué menos, ahora que tengo cocinera?

—¿Te gusta cómo guisa Engracia?

La cocinera se la había buscado a Campins la mujer de Basilio León, que era amiga de la del Comandante Militar. La mujer del coronel había recurrido casualmente a Engracia, la mujer de José Palao, que trabajaba de cocinera en el bar «La Figuería», cuyos dueños eran amigos de la familia de «la coronela».

—Como los ángeles —aplaudió Campins, que era muy delicado para la mesa.

—Es una asturiana muy apañada que tiene dos hijas, y las tiene que sacar para adelante —explicó León.

—¿Es viuda?

—Me parece que no…

—¿Y el marido?

—Un tal José. Es muy flojo, Miguel. Me ha dicho mi mujer que si no fuera por Engracia ese hombre andaría mendigando…

Y los dos compañeros se fueron hacia la salida del pabellón donde el comandante militar despidió a su amigo. Después Campins volvió a su apartamento y se puso a escuchar por la radio las noticias relacionadas con «los incidentes» en Marruecos. En eso estaba cuando su ordenanza le pasó una llamada desde el cuartel general de la División en Sevilla. Eran las tres y media de la tarde.

—*¡Campins!* —escuchó el comandante militar de Granada con una pésima calidad en la comunicación.

—*Sí, dígame…* —contestó sorprendido por esa familiaridad. Nadie le había dicho con quién estaba hablando.

—¡*Soy Queipo, Miguel*!

Para Miguel Campins el general Queipo de Llano era el inspector general de Carabineros y, por eso mismo, no le hacía en Sevilla. No hacía más de tres horas que él mismo había hablado con Villa-Abrille.

—*¿Qué haces en Sevilla, Gonzalo?*

—*¡Que he venido a servir a España, Miguel! Esto no se puede aguantar ni un minuto más*.

Campins no identificaba en esa voz a la del general Queipo a quien conocía perfectamente, aunque entre los dos entorchados no mediara mucha simpatía.

—*¿Estás con el general de la División?* —preguntó Campins, mosqueado. Algo le olía mal en esa llamada.

—… … … … *no se puede poner. Yo me he hecho cargo del mando* —el deterioro de la comunicación le impidió oír el comienzo de la frase.

Lo que Queipo de Llano no le decía a Campins es que él había detenido horas antes a Villa-Abrille y al general de Artillería López-Viota, y que una hora después se había hecho con el regimiento «Granada n.º 6» y con las instalaciones de la Maestranza de Artillería. En tres horas se había quedado con Sevilla. «El Algabeño», mientras, paseaba a sus cuatro falangistas en camiones de uno a otro sitio pegando tiros y pareciendo que eran más de los que se contaban.

—*¿Pero tú estás en Sevilla?*

—*¡Sí, coño! ¿No me oyes?* —gritó Queipo.

—*Muy mal, Gonzalo. Muy mal*…

—*Mira, Miguel… ¡Te ordeno que declares el estado de guerra en Granada!*

Al general Campins se le hizo un nudo en la garganta. Desde luego no podía aceptar aquella orden, pero además tampoco estaba seguro de estar hablando con Queipo de Llano.

—*¿Pero usted quien es usted?* —a Campins no le cuadraba nada. No reconocía la voz que salía por el auricular.

—*¡Que soy Queipo, joder! ¿No me conoces?*

—*No identifico su voz, caballero* —dijo el general de Granada queriendo marcar distancias con su misterioso interlocutor.

—*¡Te he dicho que declares el estado de guerra en Granada!*

—*Si es usted verdaderamente el general Queipo sabrá decirme cuando nos vimos personalmente por última vez* —retó Campins para tener una prueba cierta de quien estaba al otro lado de la línea.

—*Escucha, Miguel. ¡No me toques los cojones!* —gritó Queipo—. *La última vez que nos vimos fue en la carretera de Tetuán, si no me acuerdo mal. ¿Vale?*

—*Disculpa, Gonzalo. Es que se oye fatal* —se justificó Campins al ver que la respuesta era correcta.

—*Nada, Miguel. Es normal… tal y como están los teléfonos* —Queipo pareció disculparle.

—*Claro, Gonzalo* —el comandante militar de Granada no quería comprometerse, pero ya se había dado cuenta de que lo de Marruecos había llegado a la península y no era una mera cuartelada. Si Sevilla había caído en manos de los rebeldes, ¿qué podría estar pasando en Madrid?, se preguntaba el prudente Campins.

—*¿Me oyes bien ahora?*

—*Sí, Gonzalo*[4] —mintió Campins que escuchaba débilmente al sublevado.

—*Pues ya sabes. ¡Tienes una hora para declarar el estado de guerra en Granada!*

Y Queipo de Llano colgó el teléfono.

Campins se quedó pensando. Pese a lo de la carretera de Tetuán, que era cierto, algo no le cuadraba en toda la conversación. Seguía

dudando de que aquella voz correspondiera a Queipo y, además, no era normal, ni prudente, que de ser Queipo quien le llamaba, hubiese ordenado con tan poco fundamento algo como decretar el estado de guerra sin pasar por el Ministerio. Campins, cada vez más seguro de que no podía dar por cierta la conversación y calibrando la posibilidad de que el origen de la llamada estuviera en el mismo Granada y todo fuera una añagaza para inducirle a la conspiración, decidió levantar el teléfono y comprobarlo todo. Llamaría a la Capitanía de la División en Sevilla. Así sabría qué había sido de Villa-Abrille y si Queipo, como decía, estaba instalado en sus oficinas.

Durante más de diez minutos estuvo intentando la llamada, pero nadie le contestó. Eso terminó de confundirle; no era normal que no se atendiesen los teléfonos del cuartel general de la División, incluyendo el particular del general Villa-Abrille, así que, ni corto ni perezoso, decidió llamar a Madrid, contar lo sucedido y pedir instrucciones.

Después de pasar por varios ayudantes consiguió hablar con Casares Quiroga. El ministro le quitó hierro al asunto y le conminó a no declarar el estado de guerra bajo ningún concepto, «… y no valen excusas», remató. Pero Casares estuvo evasivo cuando Campins quiso saber qué pasaba realmente en Sevilla. El comandante militar de Granada se dio perfecta cuenta de que Casares no controlaba la situación, que se le estaba yendo de las manos, y que lo único que hacía era esconder la verdad, si es que la sabía, de lo que realmente estaba ocurriendo en las guarniciones peninsulares. Tras la conversación con el ministro, a Campins no le quedaba más remedio que acudir a la radio para saber lo que sucedía, y decidió ponerse al pairo y capear lo que le viniera encima con la mayor prudencia posible. Eran las cuatro y cuarto cuando pidió que le sirvieran un café con hielo y encendió otro cigarrillo. Seguía en su pabellón y por el momento no quería volver al despacho, donde estaba Rosaleny esperándole. Así que desde allí ordenó a su ayudante que convocara

a los dos coroneles de sus regimientos; antes de salir, tomó una pequeña pistola como precaución y se dirigió al encuentro.

León Maestre, del que se había despedido no hacía más de una hora, y Muñoz Jiménez se cuadraron ante él. Campins, muy en su papel, les puso en antecedentes de su conversación con quien decía ser Queipo de Llano y de su posterior despacho con el ministro.

Cuando terminó el relato, los dos coroneles se quedaron en silencio sin aludir a lo que ya sabían por Rosaleny y que Campins desconocía: Sevilla y Huelva estaban en manos de los sublevados y ya había dado comienzo la represión a las autoridades civiles leales al Gobierno. En ese momento entró en el despacho el teniente de secretaría y solicitó al comandante ayudante que saliera. Al minuto, Rosaleny volvió con un telegrama en la mano.

—Llega de la Capitanía de Sevilla, mi general —informó el comandante—. Es para vuecencia.

—¿Quién lo firma? —preguntó Campins para ver si se aclaraba el galimatías.

—Su Excelencia el general de división don José Fernández de Villa-Abrille y Calivara.

Una mirada de inteligencia se cruzó entre los coroneles. A Campins, sin embargo, se le puso la cara a cuadros.

—¿A qué hora lo han puesto?

—A las cuatro de la tarde, mi general —mintió Rosaleny que sabía por el teniente de despacho, que era de los suyos, que ese telegrama había llegado a Granada a las doce del mediodía.

—¿Y qué dice?

—Ordena, simplemente —explicó el ayudante—, que mañana domingo se tome la promesa a la Bandera por los reclutas y voluntarios de la guarnición.

—¿Nada más? —a Campins se le liaban las cosas cada vez más. «¿Cómo podía ordenarme nada Villa-Abrille a las cuatro de la tarde si Queipo le había levantado el asiento antes de las tres?» se peguntaba Campins.

—Nada más, mi general.

—Pueden retirarse todos… —dijo volviéndose hacia su escritorio y dando la espalda a sus oficiales.

—¡A sus órdenes mi general! —saludaron los tres al despedirse.

Cuando se quedó a solas hizo dos llamadas: una a su secretaría pidiendo que le prepararan el coche y otra al número directo del gobernador civil. «¿Estás disponible, César? Voy para allá ahora mismo», le dijo sin concederle hueco a la respuesta.

A las cinco menos cuarto entraba en el despacho del gobernador civil de Granada. Campins seguía cargando con su pistola.

A César Torres no le había dado tiempo todavía para almorzar. Llevaba todo el día a base de cafés con leche en su despacho. Desde primeras horas, conforme iban creciendo los rumores y llegando las noticias, el joven gobernador iba recibiendo por su oficina a los que querían verle, mientras él mismo coordinaba sus servicios, seguía en contacto con Madrid y cuidaba, especialmente, de lo que estuvieran haciendo los de la policía, los de Asalto y los de la Guardia Civil. Realmente solo podía confiar en los de Asalto, y no del todo; relativamente de la policía y nada de la Guardia Civil, así que fue entrevistándose durante la mañana con los dirigentes locales de los partidos del Frente Popular y con los representantes de la UGT y de la CNT en Granada para tenerlos disponibles ante lo que pudiera ocurrir. Pese a todos los rumores la situación del orden público en Granada estaba garantizada a esas horas y no se tenían noticias de ningún incidente grave en las calles.

Torres salió a recibir a Campins a la puerta del Gobierno Civil y le llevó directamente a su despacho, donde el militar le puso al corriente de todos los últimos episodios, y en especial de la conversación con Queipo y el telegrama de Villa-Abrille.

—Presumo que ese Queipo que ha hablado conmigo está en Granada —concluyó el general—. Sospecho que esa llamada no vino de Sevilla. ¿Tú puedes rastrearla?

—Sí, creo que sí —concedió Torres—. El delegado de Telefónica es de los nuestros y creo que podrá investigar el asunto. Le llamaré inmediatamente como cosa mía.

—Te lo agradezco, César.

—¿Y tus coroneles, Miguel? —abordó directamente Torres que, aunque se fiaba del general, no las tenía todas consigo en lo que hacía a la guarnición. Sus policías tenían marcado a Valdés y otros más y estaban más tranquilos desde que Nestares se había ido de la plaza—. ¿Son de fiar?

—Mis hombres son leales a la República —dijo Campins, que en realidad no estaba muy convencido. Confiaba en León, pero no daba una peseta por la lealtad de Muñoz ni de Rosaleny—. Nadie de mi guarnición se sublevará si no se les da motivo con alteraciones graves del orden público.

Esa matización de Campins puso en guardia a Torres. «Campins —pensó al oírlo—, es un buen hombre, pero no se fía de los suyos».

—No te preocupes, Miguel —quiso tranquilizarle Torres—, que eso es cosa mía.

—Eso espero, porque si tú te encargas de los tuyos, César, yo controlaré a los míos. Te lo prometo.

Los dos hombres se dieron la mano en un pacto sincero que, desgraciadamente, ninguno podría cumplir apenas dos días después.

A las cinco y media Campins estaba de vuelta en su despacho.

Eran las seis en punto cuando su asistente le pasó otra llamada a su despacho.

—Es de la jefatura de la División, mi general —le informó el teniente que esa tarde estaba a su servicio.

—Páseme, Requejo —ordenó Campins.

Un par de clic sirvieron para marcar la conexión de las líneas. «Por fin voy a saber qué ha pasado en Sevilla» celebró.

—¡Campins!

—*Sí, dígame…* —esta vez sí que reconoció la voz de Queipo de Llano. La calidad de la conexión era indudablemente mejor que la de

por la mañana.

—¡Que soy Gonzalo, Miguel!

—¿Cómo estás, Gonzalo?

—Muy bien, Miguel. ¿Y tú?

—Aquí, pasando calor… y salvando España.

«Lo que me temía» se dijo Campins que veía que el nubarrón le iba a descargar encima de un momento a otro.

—¿Has proclamado ya el estado de guerra, Miguel?

—Pues no, Gonzalo.

—¿Y eso por qué? —Queipo de Llano, que estaba inusualmente cordial, comenzaba a perder la paciencia—. *¡Te lo ordené antes!*

—Ya te oí, pero es que tú no eres el jefe de la División, Gonzalo —quiso justificarse Campins sin enfrentarse directamente a su compañero.

—¡Ahora sí, Miguel!

—¿Y Villa-Abrille?

—Lo tengo aquí al lado —confesó el golpista, tan contento—. *Le he arrestado, pero como es buena gente no le he mandado fusilar… al menos todavía*.

—¿Qué ha pasado?

—¡Que s'acabao el mamoneo, Miguel! —gritaba un eufórico y etilizado Queipo—. *¡Que s'acabao!*

—¿Pero que habéis hecho?

—¡Salvar España, joder!

—¿Habéis dado un golpe de estado?

—¡Esto no es un golpe de estado, Miguel! ¡Esto es más grande… esto es un alzamiento! —Queipo se iba calentando poco a poco, y la botella de coñac que tenía encima de la mesa le iba ayudando—. *¡Nos hemos alzado todos!*

—No te oigo, Gonzalo —y ciertamente le resultaba difícil a Campins entender lo que le decía Queipo, el chisporroteo de la línea dificultaba de nuevo la audición.

—Te decía que estamos todos en el ajo. El asunto lo llevan Sanjurjo y Mola, y están Goded, Fanjul, Saliquet, Aranda, Cabanellas, Dávila. Fíjate si estará cocido el bollo que hasta tu amigo «Franquito» se ha metido al final. ¡El Ejército de África está con nosotros!

—¿Y la Guardia Civil?

—Esos son como mis carabineros… ¡Están a lo que se les mande!

—¿Y los de Asalto?

—¡A esa banda de rojos hay de darles cuatro tiros a cada uno! —declaró pletórico el golpista—. *Aquí los estoy fusilando ya, con los masones y los comunistas. ¡Todos juntos!*

—¿Qué quieres de mí, Gonzalo? —preguntó Campins temiéndose la respuesta.

—¡Que proclames de una repajolera vez el estado de guerra, coño!

—Si yo casi no tengo tropas ahora, Gonzalo —quiso escabullirse Campins—. *Tengo efectivos destacados en Jaén y en Bailén, más de mitad de los reclutas están de licencia y aquí, en Granada, apenas tengo lo justo*.

—Un soldado español, con su mosquetón y la bayoneta calada, vale más que dos docenas de esos milicianos maricones de los rojos —pontificó Queipo, que tenía respuesta para todo—. *¡A por ellos, Miguel, que lo pide España!*

—Pero si aquí en Granada no hay disturbios, Gonzalo. Todo está tranquilo y no hay milicianos en la calle.

—¿Y eso qué más da? —argumentó el fino teórico del golpe—. *Tú los trincas igual y los metes en el talego. Después ya veremos…*

—Gonzalo, yo no puedo dictar un bando de guerra sin ningún motivo, compréndelo —protestó el general Campins.

—¡Tú vas a proclamar el bando por mis cojones, Campins!

—No lo haré, Gonzalo —se le plantó Campins—. *No hay motivos…*

—¡Que te den por…! —un súbito clic en la línea dejaba claro que el general de Sevilla había colgado de un golpe su auricular.

En silencio, repasó la conversación y concluyó: «Si Franco y Mola están con ellos la cosa va en serio». La duda le acababa de morder el alma.

—Póngame con el gobernador civil —pidió Campins al teniente de la secretaría de su despacho.

—Ahora mismo, mi general.

Miguel Campins había decidido recurrir a César Torres para bloquear los esfuerzos de Queipo de Llano instándole a la sublevación.

—Dime, general. ¿Pasa algo?

—Sí, César. Quiero pedirte un favor.

—Lo que mandes, Miguel.

—Quiero que des orden a tus servicios para que interrumpan las comunicaciones de mi despacho con Sevilla. ¡Es urgente, César!

—Lo hago ahora mismo, no te preocupes. Estarán bloqueadas antes de diez minutos.

—Gracias, César.

—¿Qué pasa? —lo insólito de la petición no había dejado de sorprenderle.

—Queipo se ha echado al monte y se ha unido a la sublevación —le informó—. *He hablado con él dos veces y le he dicho que no me sumo, que no cuente conmigo*.

—Bien hecho, Miguel. ¡Ole tus cojones! —le aplaudió Torres.

—No quiero que desde su despacho puedan conectar con mis instalaciones, ¿comprendes?

—Perfectamente, Miguel. ¿Tienes controlados los cuarteles?

—De momento sí, gobernador.

—De esta saldremos para adelante, general.

—Dios te oiga…

Los dos hombres colgaron el teléfono y Miguel Campins se secó el sudor de la frente. Sabía que estaba en una encrucijada y que tendría que medir bien sus pasos.

40

18 de julio de 1936 (media tarde).
Huerta de San Vicente. Granada.

Francisco García Picossi conducía el coche de su padre camino de la Huerta de San Vicente, con él iban Carmen y Clotilde. Era una tarde especialmente calurosa y los primos del poeta acudían a casa de Federico para recogerlo e ir a dar un paseo por Granada.

Don Federico García había decidido suprimir la fiesta por su onomástico dado el ambiente y los rumores con noticias contradictorias tras la sublevación militar en las plazas africanas. Pero los primos del poeta, pese a todo, querían felicitar a su tío y de paso entregarle al primo el regalo que le habían preparado los de la Huerta del Tamarit, una pitillera de plata labrada con sus iniciales y la fecha de su santo: 18 de julio de 1936.

Mientras sus primos se acercaban a «la Huerta» de su padre, Federico hablaba por teléfono con Constantino Ruiz Carnero:

—*Parece que también se han sublevado en la península* —le decía el periodista.

—*¿En Madrid, también?* —la voz del poeta dejaba traslucir su miedo.

—*Allí no lo sé, Federico* —le reconocía Constantino—, *pero he hablado con Sevilla a eso de las dos de la tarde y parece que hay tiros en la calle*.

—*¿En Sevilla?* —la mala calidad de la comunicación dificultaba el entendimiento de los dos amigos.

—*Sí, en Sevilla. Me ha llegado que en Cádiz y en Córdoba también* —le informaba Constantino gracias a lo que le entraba por el teletipo de la redacción de su periódico.

—*¡Hostias, Constantino!* —exclamó el poeta—. *¡La que se va a liar!*

—*Tiene mala pinta, Federico* —reconocía Ruiz Carnero—. *Parece que los fascistas van en serio… esto no tiene pinta de una cuartelada como la de Sanjurjo*.

—*¿Y aquí, en Granada?* —el miedo se colgaba de cada silaba que salía de su boca.

—*He hablado con el gobernador civil y dice que aquí tiene la situación controlada y que está en contacto con Madrid*.

—*¿Qué le han dicho sus jefes?*

—*Dice que su ministro tiene la cosa bajo control… pero creo que no le dicen la verdad*.

—*¿Qué hacemos, Constantino?*

—*Nada, Federico. No podemos hacer nada… solo esperar*.

Un silencio angustioso se metió en la línea del teléfono.

—*Mi padre ha suprimido la fiesta del santo* —explicó Federico con un hilo de voz al cabo de unos instantes.

—*Me lo imaginaba… y hace bien* —le dijo el director de «El Defensor»—. *Es mejor que no haya tumultos*.

—*¿Hay lío en el centro?*

—*No, aquí todo está todo igual que siempre* —le participó Ruiz Carnero—. *La gente sale como todas las tardes, y el comercio está abierto. No se nota nada raro*.

—*Lo mejor es que me quede en casa, ¿verdad?* —García Lorca estaba totalmente acongojado. La voz apenas le salía de la garganta.

—*Pues sí, es lo mejor que puedes hacer* —le aconsejó el periodista —. *Yo te iré llamando y te voy teniendo al corriente de lo que me vaya enterando, no te preocupes*.

—*Gracias, Constantino*.

—*De nada, Federico* —le correspondió—. *Pero te quiero pedir un favor…*

—*Dime…*

—Estate tranquilo, por favor. El Gobierno acabará controlando la situación, no es la primera vez que cuatro fascistas de mierda se desmandan, acuérdate de cuando duró lo de Sanjurjo.

—¡Si estoy acojonado! —exclamó el poeta—. *¿Cómo voy a estar tranquilo?*

—Tomándote una valeriana —bromeó el periodista.

—Mejor dos coñacs —corrigió Lorca.

—No es lo mismo, pero si te sientan bien…

—¡Me sientan de puta madre, Constantino!

—Pues tú mismo… —le concedió Ruiz Carnero, que era abstemio.

—¿Me llamarás si sabes algo? —preguntó el poeta cada vez más angustiado.

—Sí, Federico, no te preocupes —le dijo su amigo por tranquilizarle—. *Por cierto…*

—Dime…

—Felicidades por tu santo, casi se me olvida.

—Gracias, Constantino —le contestó agradecido el poeta—. *Un beso muy fuerte*.

—Otro para ti, «monstruo epéntico».

Y la línea de teléfono volvió a su silencio, solo desvelado por las escuchas que se hacían desde la sede local de la CTNE. El Gobernador había dado orden de «pinchar» las más relevantes y la de «El Defensor de Granada» era una de ellas, aunque no dudaba de la fidelidad republicana de los periodistas de ese diario.

Al acabar la conversación, Federico subió a su cuarto. Iba trastabillando. Se habían cumplido sus peores previsiones: habría guerra, lo sabía. «Esto no es un pronunciamiento, es una guerra», se decía mientras se arrastraba con esfuerzo por los escalones. Su reflejo en un espejo del corredor le sobresaltó. Se vio muerto, con las cuencas de los ojos vacías, y llevado de la mano por La Parca.

Un portazo huyendo de la visión espantosa le permitió escapar de su miedo esencial para encerrarse a solas con su angustia. Lorca,

temblando como un perro chico muerto de frío, se echó en su cama metiendo la cabeza debajo de la almohada y sollozando.

—¡No me vas a llevar! ¡No me vas a llevar! —gemía—. No quiero morir… No puedes entrar en casa de mi madre, aquí estoy a salvo. ¡No me vas a llevar! ¡No me vas a llevar!

El poeta repetía esas palabras como una jaculatoria, cada vez más despacio, hasta que un último hipido le dejó en silencio, como transido.

El sol de poniente entraba por el balcón de su dormitorio y daba brillo a un cuadro que había cerca del cabecero. Era una naturaleza muerta, *Sifón y botellita de ron* se titulaba, que le había regalado su amigo Salvador Dalí cuando la relación entre ellos era tan íntima como ahora distante.

Al cabo de un rato Federico se incorporó en la cama, se sentó en el borde del colchón y fijó su mirada hacia la pared donde estaba el lienzo, pero no eran los colores que habían salido de la paleta de su antiguo enamorado lo que llamaba su atención, sino otro pequeño marquito apenas mayor que una cuartilla, que colgaba debajo del cuadro del catalán. Era una fotografía enmarcada de la imagen granadina de la Virgen de las Angustias.

—Virgen mía —dijo el poeta poniéndose de rodillas delante de la estampa—, Virgen de mis angustias…, Virgen de mi madre y de mi tierra…, Virgen de los que tenemos miedo y que no tenemos alma…, Virgen de los que vamos a morir y no queremos…, Virgen de los gitanos y de los poetas…, Virgen de los maricones…, Virgen mía,… ¡Protégeme!

Y el poeta se echó a llorar como un niño mirando la estampa de su refugio. Y así permaneció un buen rato, recitando las letanías de su miedo y pidiendo ayuda a las estrellas.

—¿Estás bien, hijo mío? —preguntó su madre dando unos golpecitos en la puerta cerrada. Federico siempre tenía abierta la puerta de su cuarto cuando estaba en la Huerta y el que estuviera cerrada era señal de que su estado de ánimo no andaba bien.

—Sí, mamá —respondió el poeta levantándose del suelo y acudiendo a la llamada de su madre.

—¿Te pasa algo? —preguntó doña Vicenta cuando se le encontró enfrente. El cabello desordenado y la extraordinaria palidez de su hijo la preocuparon.

—No, mamá —mintió su hijo—. Solo es el calor.

—No tengas miedo —le dijo ella, abrazándole. Doña Vicenta imaginaba perfectamente lo que se cocía en la mente de su hijo—. Estás en casa.

—¿Aquí no puede pasarme nada? —preguntó sin soltarse del abrazo—. ¿Verdad, mamá?

—Aquí no nos pasará nada a nadie, Federico. No temas.

Y Federico siguió acurrucado en su madre durante un rato.

El pitido del claxon del coche de los primos del poeta, que ya había llegado al patio de la Huerta, sacó a madre e hijo de sus ternuras.

—Es el coche de tus primos —dijo ella, que ya sabía de la visita de sus sobrinos. Ella misma les había pedido que sacaran a Federico a dar una vuelta porque le veía muy triste—. ¿Y qué hacen aquí?

—No sé —mintió la madre—. Vamos a verlos.

Doña Vicenta atusó el pelo de su hijo y le cogió de la mano para bajar al jardín.

Cuando el poeta y su madre salieron del zaguán ya estaban los primos sentados en unas butacas de mimbre charlando con don Federico, que había salido a recibirles.

Después de los saludos y los besos fue Clotilde quien sacó el regalo para su primo.

—Toma, Federico —dijo ella ofreciéndole el paquetito—. De parte de todos tus primos… y deseando que vengas muchos años por Granada, y que este sea el primero y el último que no podemos celebrar tu santo y el del tío.

—Gracias, primita —le contestó Federico, que ya estaba más contento al verlos. Su prima Clotilde era como un bálsamo para él—.

Gracias a todos por venir y acordaros de mi santo…

—No tienes por qué darlas, Federico —dijo Francisco García Picossi, que sentía un afecto sincero por su primo—. Te echamos en falta antesdeayer en el Tamarit.

—No me sentía bien —le respondió mientras desenvolvía el paquete del regalo—. Desde que he venido a Granada no sé qué me pasa… Perdóname, Carmen. ¡Felicidades!

Y Federico le plantó dos besos a su otra prima.

—La tierra en la que naciste, primo —dijo Carmen—, siempre cobra precio a los que la abandonáis con frecuencia y pasáis mucho tiempo fuera de vuestras raíces. Cuando regresáis se lo cobra, y os quita la energía que traéis de fuera porque la siente extraña.

—Será eso, primita —dijo Lorca sorprendido por la reflexión de Carmen—. Me has dado una idea excelente para un poema…

—Pero no me cites, por favor —dijo ella—, que con Clotilde ya tienes bastante para toda la familia.

Todos se echaron a reír menos su padre, cuya cara de disgusto era evidente ante la referencia. Esa misma mañana le había llamado su hermano para quejarse de lo que había sabido por su otro sobrino, por Alejandro Rodríguez Alba, al respecto de la última obra de Federico. «Tu hijo se ha vuelto a pasar, Federico. Me han contado lo que ha escrito de la familia y esta vez se le ha ido la mano. Puedo pasar porque a Clotilde la ponga por Rosita, pero eso que ha hecho con los Alba no tiene perdón. ¡Están cabreadísimos!… y los Roldán, ni te cuento».

La noticia había llegado hasta Juan Luis Trescastro, que estaba casado con una prima del padre del poeta y tenía una excelente relación con los Roldán Benavides. Desde que Federico García Lorca leyó la obra en casa de Vílchez la noticia del contenido de la función había corrido por el «todo *Graná*». Don Federico le prometió a su hermano que hablaría con su hijo y que «pondría arreglo», aunque esa conversación aún la tenía pendiente.

—¡Es una preciosidad! —exclamó el poeta en cuanto vio la pitillera.

—¿De verdad te gusta? —le preguntó Clotilde.

—¡Más que comer con los dedos, primita! —le contestó Federico, que así tenía recambio para la que le había regalado Rafael Rodríguez Rapún y que se había dejado intencionadamente en Madrid. El poeta sacó un paquete de Lucky que llevaba en el bolsillo y pasó unos cuantos cigarros a la pitillera aprovechando el gesto para encender uno, el último que le quedaba después del traspaso.

—Fumas mucho, hijo mío —le recriminó su madre—. Te va a hacer daño.

—Déjale, mujer —dijo su padre, que no estaba para bromas—. Si no hace caso a nada…

Ese comentario definía perfectamente las relaciones entre padre e hijo. Don Federico decía que «no hacía carrera» de él, y Federico sentía hacia su padre «más miedo que a un nublado», por eso quería irse definitivamente de España, de la influencia de su padre, y de los cenáculos literarios donde él, pese a su popularidad entre la gente, no se sentía respetado. El plan del poeta era sencillo, pasaría esos días con sus padres más seguro que en Madrid, explicaría a su madre la decisión que había tomado, y a mediados de agosto se iría para México. Sin embargo, la sublevación militar acababa de introducir una variable siniestra en ese plan y para el poeta, tan impresionable, los sueños de los últimos días le indicaban que algo iba a salir mal.

—¿Has visto el labrado? —preguntó Clotilde.

—Sí, primita. Es precioso —le contestó Federico repasando con la vista sus iniciales y los números de una fecha siniestra en que iba a cambiar la historia de España. No dejaba de ser paradójico, «parajódico» gustaba decir al poeta, que fuera la celebración canónica de un obispo frisón que había llegado al santoral por sus esfuerzos para procurar la paz en su diócesis y en su reino, la elegida por los militares españoles para alzarse en armas y

comenzar una terrible guerra civil. Como tampoco dejaba de resultar premonitorio que el pobre San Federico, un hombre sin enemigos aparentes, muriera asesinado en el año 838 mientras decía misa. Demasiadas casualidades se cernían alrededor del asustado poeta granadino.

—Vamos a dar un paseo por Granada, iremos a tomar un helado a «Los Italianos». ¿Te vienes, Federico? —le preguntó su primo Francisco, que ya llevaba trasegados dos vasos de limonada y tres alfajores.

—Sí, hijo. Vete con ellos. ¿Qué haces aquí con unos viejos? —le invitó su madre.

—Aprovecha y date una vuelta, Federico —le dijo su padre, que pensaba despachar con él después de la cena.

—¡Gracias, tíos! —les contestó Clotilde—. Anda, Federico, ponte algo y vente con nosotros.

El poeta se les quedó mirando a todos en silencio. Él no quería salir de la huerta, le daba miedo pisar Granada, y más desde su conversación con Constantino Ruiz Carnero.

—No, primita. No me siento bien. Sabéis que tengo el estómago delicado —mintió el poeta—, y algo me ha debido sentar mal porque llevo dos días que el cuerpo no me entra en caja.

—Eso será el agua del pozo —dijo Carmen, que enseguida buscaba arreglo a todo—. Te tomas unos litines y verás como se te pasa.

—No creo, Carmen —volvió a resistirse Federico—. No tengo el cuerpo para jotas, prefiero quedarme en casa y acostarme pronto.

—Anda, vente con nosotros —insistió Clotilde, a quien Federico no sabía resistirse—. Si estaremos aquí antes de cenar…

—Que no, Cloti, que no. Que me quedó en casa —se resistía Federico, que no pensaba ceder ni siquiera ante los requerimientos de su prima favorita.

—Como quieras, primo —resolvió Francisco, que no quería insistir más.

Cuando todos se despidieron y Federico se volvía para el interior de la casa recordó algo que le hizo volverse hacia sus parientes, que ya se habían montado en el coche.

—¡Paco! —dijo Federico antes de que arrancara el automóvil.

—Dime, Federico…

—Traedme, por favor, un cartón de Lucky, de esos del paquete verde, que se me han acabado…

Y Federico García Lorca se quedó en la puerta de su casa mirando el paquete vacío de tabaco.

41

18 de julio de 1936 (por la tarde).
Comandancia Militar y Gobierno Civil. Granada.

Una vez acabada la conversación con Campins, el gobernador Torres llamó al delegado de la CTNE y después de transmitirle las instrucciones de lo acordado con el general telefoneó al subsecretario de su Ministerio para comentarle lo de Queipo, que ya era público en toda España, y recibir instrucciones.

Tres horas después de esa conversación con Torres, y sin haber dejado de darle vueltas en la cabeza al asunto de Queipo, el comandante militar decidió obrar de forma que pudiera seguir navegando entre la sentida fidelidad al Gobierno y su indudable devoción por Franco. Decidió que haría un gesto menor que el que le pedía Queipo y después mediría las consecuencias. Tocó el timbre eléctrico que había en su mesa y reclamó la presencia del teniente de secretaría.

—Requejo, busque al comandante Rosaleny y dígale que se presente en mi despacho inmediatamente.

Media hora después, sobre las ocho, tenía en su despacho al comandante ayudante, que había pasado toda la tarde en contacto con Muñoz y León después de haber recibido instrucciones de Valdés.

—A sus órdenes, mi general —se cuadró el ayudante.

—Quiero que disponga el acuartelamiento de las tropas de la guarnición en cuanto regresen del paseo de esta tarde —le comunicó Campins sin levantar la vista del escritorio. Estaba terminando de redactar el oficio pertinente—. Tenga mi orden.

—Ahora mismo, mi general —dijo al recibirla—. ¿Ordena vuecencia alguna cosa más?

—Nada, comandante. Puede retirarse.

Campins no pudo ver la sonrisa de Rosaleny en cuanto salió del despacho y entregó el papel firmado al oficial de secretaría.

—Curse esto inmediatamente, Requejo —le ordenó al que era de los suyos—. Parece que va entrando en razón…

Otra sonrisa iluminó la cara del teniente al oír las palabras de su jefe. En ese momento sonó el teléfono de su mesa y el teniente atendió la llamada.

—Es de centralita, mi comandante —explicó el oficial en cuanto supo el recado. Con la mano tapaba la bocina para que el telefonista no le escuchase—. Me piden que pase una llamada al general.

—¿Quién es?

—El gobernador civil.

—¡Valiente cabrón! —escupió Rosaleny—. A ese le quedan horas…

—¿Qué hago? —solicitó el teniente conjurado.

—Pásasela, Requejo. Para lo que les va a servir…

El teniente cumplió la orden de su jefe y remitió la llamada al general.

—*Dime, César. ¿Qué pasa?* —preguntó Campins para quien el teléfono se había convertido en su arma principal en ese día.

—*Que ya tengo lo de tu llamada*.

—*Tú dirás*…

—*Te la han hecho desde la Capitanía militar de Sevilla. Debía ser Queipo verdaderamente*.

—*Gracias, César*.

—*Siempre a tus órdenes, general* —se despidió el gobernador civil —. *Te dejo, que tengo el despacho que parece una manifestación…*

—*Ya sabes dónde me tienes* —se despidió Campins, al que ya no le llegaba la camisa al cuerpo. Decirle que no a Queipo de Llano era muy peligroso y Campins lo sabía de sobra… pero aún le quedaría

Franco si las cosas se torciesen. «Franco es de confianza» pensó más tranquilo.

Sereno, tiró de su teléfono directo y llamó al Ministerio de la Guerra sin pasar por su ayudante. Quería poner al ministro en antecedentes de lo que iba pasando.

El general de Granada no consiguió que le pasaran con Casares Quiroga, únicamente pudo atenderle uno de sus ayudantes, un coronel de Caballería. Al ayudante le explicó con todo detalle las dos conversaciones con Queipo, el telegrama que había recibido de Villa-Abrille, y que había pensado acuartelar las tropas esa misma noche y que no pensaba firmar ningún bando dictando el estado de guerra. Todo le pareció bien al ayudante, que apenas habló durante la comunicación, pero lo que le sorprendió gravemente a Campins fue que en el Ministerio no le informaran con claridad de lo que había pasado en Sevilla. Al coronel ayudante parecía que le resbalaba el asunto. «Estos han perdido el control. Están desorientados» se dijo Campins en cuanto colgó el teléfono con Madrid. La cosa le pintaba en bastos y el prudente comandante no sabía cómo ponerse.

Lo que el ayudante no le explicó al general es que Santiago Casares Quiroga, que además de ministro de Guerra era Presidente del Gobierno, aunque apenas ejercía esa condición porque estaba a lo que le dijera Azaña, redactaba su dimisión irrevocable en ese momento.

Una hora antes Casares había mandado publicar en «La Gaceta del Ejército» que quedaban disueltas todas las unidades militares que se habían sublevado y el cese de los generales Cabanellas, Franco, Mola, y los demás, ordenando, de paso, que la Flota bloquease el Estrecho de Gibraltar. Después de eso se fue a su casa. Y Campins, que no se imaginaba nada, se quedó en su despacho. Había decidido permanecer en su oficina, al pie del teléfono, y atento a la situación de sus tropas y, sobre todo, a los movimientos de sus oficiales.

42

18 de julio de 1936 (tarde-noche)
Comandancia Militar. Granada.

Después de la entrevista con Dolores Marqués, «la capitana» arregló a sus cuatro hijos, les hizo un pequeño equipaje y mandó a su marido que preparara el coche para llevarlos a casa de la costurera. «No hace falta, señora, porque donde comen los míos pueden comer los suyos» dijo Dolores, rechazando el sobre con quinientas pesetas que María del Carmen le ofrecía. La insistencia de la García-Trevijano y la cierta necesidad de su familia, doblegó el orgullo de Dolores, que terminó aceptándolo, aunque fuera a regañadientes. «Pondré a sus niños con *Manolín*, que ya es todo un hombrecito, y a las niñas con las mías, señora. No se preocupe, que estarán bien cuidados». De eso estaba bien segura la mujer de Nestares.

Sobre las tres de la tarde, de vuelta en casa, Nestares recibió la visita de un joven de no más de dieciocho años que vestía la camisa azul de los falangistas y llevaba el pelo engominado. Le traía una nota «de parte del jefe de milicias, camarada».

«Te espero a las ocho y media en donde tú ya sabes. Viste el uniforme y ven armado», decía la nota del comandante Valdés. «¿Tienes algo para el mando?», preguntó el enlace. «Nada, camarada», contestó Nestares. Un taconazo y el brazo en alto fueron la despedida del marcial correveidile.

«¿Ya?», quiso saber María del Carmen cuando se quedaron a solas. «Me imagino que sí», contestó Nestares, que no estaba seguro de qué significaba «donde tú sabes». Debía referirse a la casa nueva de Pepiniqui, donde se habían reunido la noche anterior. Eran las siete y media de la tarde cuando Nestares y su mujer

subían en su coche. Ella llevaba una pequeña maleta con sus cosas personales y algo de ropa, «para cuatro días» le había dicho su marido, marcando así el plazo de riesgo. Se dirigieron a la comisaría principal de Granada, en la calle Duquesa, donde el capitán buscó al inspector Julio Romero Funes. Le encomendó que pusiera a alguien de confianza en la puerta de la casa de Juan Palao desde aquel mismo momento y hasta que él mismo renovara la orden. «Quiero que no se note nada y que el tal Palo no se dé cuenta», insistió el militar. «¿Hay que cazarle?», preguntó el inspector. «¡No, gilipollas! ¡Todo lo contrario! No quiero que nadie toque a esa familia. ¿Lo has entendido?». El inspector asintió y el capitán se despidió diciendo «¡Como pase algo allí, te juro que te arranco los cojones, Julio!».

Resuelto lo principal, Nestares enfiló hacia la Comandancia Militar para presentar sus credenciales ante el jefe militar. Era el protocolo: todo oficial que no estaba en su plaza debía identificarse a su llegada y especificar el motivo de su estancia en otra ciudad. Pero a él le venía bien; podría pasearse uniformado por Granada y, además, le permitía alojar a su esposa en alguna dependencia militar segura. A las siete y media el matrimonio entraba en la Capitanía de la Brigada. Nestares mandó avisar a Rosaleny antes de subir al despacho del general.

—A tus órdenes, comandante —se cuadró el capitán cuando bajó el comandante ayudante.

Después de corresponder al saludo reglamentario los dos hombres se dieron un abrazo. El comandante saludó con un besamanos a la mujer de su amigo.

—Estás guapísima, Maricarmen —piropeó Rosaleny.

—El tiempo que no me ves…

—Solo han sido tres meses, pero se os echaba de menos, pareja —dijo Rosaleny.

El capitán puso al comandante al corriente del motivo de su visita. Los dos hombres hablaron a solas un momento. Al cabo de un par de minutos volvieron a donde estaba la mujer de Nestares mientras

Rosaleny reclamaba con un gesto que se acercara uno de los sargentos de guardia.

—Acompañe a la señora a mi despacho, sargento —ordenó el ayudante.

—A sus órdenes, mi comandante —se cuadró el suboficial.

—Nosotros iremos enseguida. Solo será un momento —le dijo Rosaleny tomando del brazo a Nestares y llevándoselo hacia las oficinas del general.

El comandante ayudante dejó al capitán en el antedespacho del general y pasó a anunciar la visita del recién llegado.

—¿Y ese capitán quién es?

—Es de Infantería, mi general. Está destinado en Alcoy y viene de permiso de verano a su tierra con toda la familia.

Rosaleny se reservó el porqué estaba destinado su amigo en Alcoy.

—¡Hombre, en Alcoy! —aplaudió Campins más contento—. Yo soy de Alcoy.

—No lo sabía, mi general —le contestó Rosaleny, por decirle algo.

—¿Qué quiere? —Campins estaba mosqueado con las visitas.

—Solo viene a presentarse, mi general.

—Sí, sí, la costumbre… Menos mal —dijo Campins. «Por lo menos este no me dará un disgusto, ni querrá pedirme nada» masculló para sus adentros.

—¿Le hago pasar?

—Desde luego, comandante. Que pase.

Nestares se cuadró ante Campins, se presentó y le hizo entrega de su pasaporte militar que autorizaba el desplazamiento.

—¿Es usted de Alcoy?

—No, mi general, soy de Granada, pero estoy destinado allí ahora.

—Es usted de Infantería —aseveró el general al observar los emblemas del arma en los picos del cuello de la guerrera—. ¿No ha pensado en pedir destino aquí? Tenemos un regimiento… y hay plazas de su grado disponibles.

—Desde luego que sí, mi general. Estoy en ello —mintió el conjurado. Cualquier cosa menos explicarle por qué había salido de Granada.

—Rosaleny… tome nota de este oficial y facilítele el destino.

El comandante ayudante no pudo evitar una sonrisa. Campins no se dio cuenta de ella, ocupado como estaba en autorizar la estancia del solicitante.

—¿Algo más, capitán? —le preguntó Campins devolviéndole su pasaporte militar ya sellado con su firma. Desde ese momento Nestares podía moverse libremente por los cuarteles granadinos.

—Sí, mi general. Quería pedirle un favor…

—Dígame usted… —«No podía ser tan sencillo…» se lamentó Campins en silencio.

—Verá mi general. Es lo de mi mujer…

—¿Qué pasa con su mujer?

—Pues verá mi general, desde que he llegado a Granada he comprobado que tengo mi casa vigilada.

—¿Está usted metido en algo? ¿Quién le vigila?

—No, mi general, no estoy metido en nada, yo soy un militar profesional y no tengo opiniones políticas —mintió Nestares.

—Eso está bien —le interrumpió Campins, al que Nestares le había caído bien, tal vez por lo de venir de Alcoy—. Continúe…

—Los que vigilan la casa, mi general, son pistoleros de la FAI —volvió a mentir—. Tienen toda la pinta.

—¿Y por qué van a estar detrás de usted? —preguntó Campins sorprendido—. Si está fuera y me dice que no se mete en nada…

—Por las fincas de mi mujer, mi general —continuó mintiendo Nestares—. La familia de mi suegro tiene muchas propiedades en la provincia, en especial en Órgiva y ya sabe usted lo que pasa con los peones, que desde que están sindicados van a por todas… y los de la CNT son los peores. Ya han incendiado el mes pasado un cortijo de la familia y temo que ahora quieran dar un susto a mi gente. Desde lo que pasó en Madrid el otro día…

—Calle… no me cuente —«Dichosos asesinatos… van a ser la excusa para todo el mundo» pensó el general francamente incómodo —. ¿Y qué quiere usted? Yo no les puedo poner escolta…

—Desde luego que no, mi general. Yo quería pedirle otra cosa…

—Pues diga usted —le interrumpió Campins, que ya se estaba impacientando.

—Quería pedirle permiso para llevar a mi familia a alguna instalación militar en que estuviesen seguros.

—Me parece bien —concedió el comandante militar—. ¿Ha pensado en algún sitio?

—¿Le parece bien, mi general, el Centro de Movilización del regimiento del coronel Muñoz? —fue Rosaleny quien hizo la propuesta.

—Por mí… ¿Le parece a usted bien, Nestares?

—Como vuecencia disponga, mi general.

—Pues ya está… ¡Arreglado! —resolvió Campins que quería quitarse el asunto de encima cuanto antes.

—¡Muchas gracias, mi general! —respondió Nestares cuadrándose ante su jefe.

—Comandante, hágale una autorización al capitán —ordenó Campins a su ayudante—, y mande copia al regimiento. Pueden retirarse.

—¡A las órdenes de vuecencia, mi general! —respondieron los dos conspiradores al unísono antes de salir del despacho de su superior.

Quince minutos después Nestares llegaba con su mujer a la residencia para oficiales al mando del coronel Muñoz que, avisado desde Capitanía, ya los esperaba.

—A sus órdenes, mi coronel —saludó el de Infantería.

—Bienvenido, Nestares. Me alegro de tenerlo entre nosotros… esta noche.

—¿Esta noche, mi coronel? —Nestares, en principio, no entendió la coletilla.

—Sí, Nestares. ¿No le ha avisado Valdés?

—Sí, mi coronel. Me ha dicho que me espera en una hora donde anoche —dijo Nestares comprobando la que marcaba su reloj, un modesto y robusto Roskopf que le regaló su padre cuando alcanzó su primera estrella.

—Él te dará tus órdenes…

—¿Entonces?

—Sí, Nestares. Parece que será esta noche. Las tropas están acuarteladas y a las diez estarán todos los efectivos en los cuarteles.

—¿Quién ha ordenado el acuartelamiento, señor?

—El propio Campins.

—¿Está con nosotros? —al de Infantería le sorprendió la respuesta. Hacía al general entre esa «caterva de masones que están hundiendo España».

—Todavía no, Nestares —reconoció Muñoz—. Pero le estamos llevando al huerto entre todos… no se dará cuenta. Tú estate preparado.

—Siempre lo estoy, mi coronel.

—¿Controlas a los tuyos de la policía? —para los conjurados era fundamental que Nestares se hiciera con los servicios de seguridad, era la manera de dejar al gobernador sin ojos y sin brazos.

—Sí, mi coronel. No se inquiete, contamos con ellos.

—No te preocupes tú por Maricarmen, queda a mi cuidado. Respondo de su vida con la mía.

—Gracias, mi coronel.

—¿Y tus hijos?

—Están fuera de Granada —mintió Nestares—. Lo que pasa es que mi mujer quiere estar conmigo. Ya sabes cómo es…

—Es una gran mujer, José. Tan brava como tú. ¡Una gran española!

—Gracias, mi coronel —repitió Nestares orgulloso—. ¿Manda usía alguna cosa más?

—Nada más, capitán. ¡Vista, suerte… y al toro!

El coronel había usado el lema de la escuadrilla del capitán piloto falangista Joaquín García-Morato, que a esas horas estaba en Londres y preparaba ya su regreso a España para unirse a la sublevación.

—¡Por España, mi coronel! ¡Arriba España!

—¡Arriba! —le correspondió Muñoz, que estaba con los falangistas.

Nestares se cuadró con un taconazo, levantó el brazo y salió más contento que unas castañuelas. Por fin había llegado su momento. Quedaban pocos milímetros de mecha para que explosionara en Granada el obús de la venganza.

A la misma hora que Nestares salía del cuartel de Artillería sonaba el teléfono directo de Campins; aquel número solo lo tenían el Ministerio, su familia y el gobernador.

—Dígame…

—Miguel… —era el gobernador civil.

—Dime, César.

—Solo para avisarte que he desplegado las fuerzas de orden público por las calles y delante de los cuarteles.

—¿Y eso? —a Campins no le gustó la noticia.

—Para comprobar si se cumple la orden de acuartelamiento que has dado hace un rato.

—Me parece bien, César —dijo, aliviado—. *¿Alguna novedad?*

—Sí, Miguel. ¿Sabes que anda brujuleando por aquí Nestares?

—Sí, ha venido a presentarse. Parece un tipo simpático. Estaba preocupado por su familia…

—El que está preocupado soy yo, Miguel. Ese pollo tiene más peligro que una caja de obuses.

—No exageres, César,… ¡si parece un padrazo!

—Un cacho de cabrón con pintas es lo que es ese individuo.

—Pero… ¿qué ha hecho?

—Lo malo es lo que hizo,… y lo que habrá venido hacer.

—¿Qué hizo?

—¿No te ha contado tu ayudante?

—*No, nada* —«¿Qué me va a contar ese?», pensó el atribulado general—, *pero parecían amigos*.

—*No me extraña, son de la misma madera* —sentenció César Torres—. *Escucha, Miguel. A este individuo, que era el jefe de la policía cuando los líos que hubo en Granada en marzo, hubo que sacarle de aquí porque se pasaba las órdenes del gobernador por los cojones. Dijo que él no reprimía a sus camaradas falangistas… y punto. ¡Que no le salía de los huevos!*

—*¿Es falangista?*

—*Hasta el tuétano… y es un tipo muy «echao p'alante». Es peligroso y está medio loco. El gobierno le mandó a Alcoy para que no enredara por aquí*.

A Campins un color se le iba y otro se le venía.

—*¿Qué vas a hacer con él?*

—*He dicho que le busquen, le sigan y, seguramente, mandaré que le detengan. Este ha venido a montar un bollo… y no se lo voy a permitir*.

—*Es cosa tuya* —concedió el militar—, *procede como debas*.

—*Eso haré, Miguel. ¿Mandas alguna cosa, mi general?*

—*Nada, César. Tenme al corriente*.

—*Eso hago. ¿Estarás localizable esta noche?;… va a ser larga*.

—*No me moveré de mi despacho. Llámame cuando quieras*.

—*A tus ordenes, general*.

—*A las tuyas, gobernador*.

Cuando colgó el auricular, Campins se sentía descompuesto. «Estos cabrones me están haciendo la cama», pensó refiriéndose a Rosaleny y a los demás oficiales de la guarnición. Recordó sus dos conversaciones con Queipo, valoró que Franco estuviera con los alzados y sacó una conclusión: él no se alzaría si no le daban motivos para ello. Sabía que eso le iba a costar un disgusto con Queipo, pero estaba seguro de que Franco le comprendería. Era cuestión de ganar tiempo y hablar con Franco. Después decidiría lo que debía de hacer.

43

18 de julio de 1936 (por la noche)
Sevilla.

Sevillanos: ¡A las armas! La Patria está en peligro y, para salvarla, unos cuantos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un Movimiento Salvador que triunfa por todas partes.

El Ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese Gobierno indigno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú.

Por orden de la Junta de Generales, he tomado el mando de la Sexta División Orgánica, ya que el general Villa-Abrille se ha mostrado insensible a los peligros que amenazan a la Patria y a las exhortaciones del compañerismo. Todas las tropas de Andalucía, con cuyos jefes he comunicado par teléfono, obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles.

El general Villa-Abrille, todas las autoridades de Sevilla y cuantos simpatizan con el titulado Gobierno de Madrid, están detenidas y a mi disposición.

El general Mola, con fuerzas de Navarra, y el general Saliquet, con las de Castilla la Vieja, avanzan sobre Madrid por los puertos de Somosierra y del León.

Las guarniciones de Galicia dominan fácilmente algunos focos revolucionarios que no tardarán en extinguirse.

La guarnición de Navarra domina también a los gubernamentales por todas partes, sobresaliendo en entusiasmo la guarnición de San Sebastián.

También está comprometida en el Movimiento la guarnición de Valencia, actuando con espíritu verdaderamente admirable la de Alicante, en la que toman parte, como un solo hombre, infantes, Guardia civil, Guardia de Seguridad y Carabineros.

Tan solo permanecen a la expectativa las guarniciones de Madrid y Barcelona, debido a que los jefes de Cuerpo, principalmente, son hechura del compadrazgo. Estos milites deben sus destinos a la influencia de los numerosos jefes políticos que nos desgobiernan y no tienen otro ideal que su codicia de ascensos, incluso en perjuicio de otros compañeros más dignos que ellos, sin preocuparles ni poco ni mucho los sagrados intereses de la Patria. No importa: la realidad habrá de imponerse a todos, a los tibios como a los débiles, y por último, tendrán que unirse con la mayoría del Ejército, a fin de salvar a España librándola de la canalla que la deshonra y la conduce a la ruina.

Más aún: la Marina de Guerra, siempre fiel a los latidos de la Patria, se encuentra en masa con nosotros. Gracias a su ayuda el traslado de tropas de Marruecos a la Península ha de ser rapidísimo y pronto veremos llegar a Cádiz, Málaga y Algeciras las columnas gloriosas de nuestro Ejército de África, que avanzarán sin reposo sobre Granada, Córdoba, Jaén, Extremadura, Toledo y Madrid.

¡Sevillanos!: la suerte está echada y decidida por nosotros y es inútil que la canalla resista y produzca esa algarabía de gritos y tiros que oís por todas partes. Tropas del Tercio y Regulares se encuentran ya en camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España!, ¡Viva la República!

Era el discurso radiofónico de Queipo de Llano en «Radio Sevilla». El pistoletazo de salida para un genocidio en Andalucía.

44

18 de julio de 1936 (por la noche)
Calle San Antón. Granada.

Nestares llegó al piso donde le esperaba Valdés. La entrevista entre el eufórico capitán y el desaborido comandante fue tan seca como todas las cosas del de Logroño. El comandante le explicó a su compañero que esa noche iban a procurar hacerse con la Comandancia Militar «por las buenas o por las malas», aclaró.

—Tú encárgate de los de Artillería y yo moveré a los de Infantería.

—¿Y los nuestros? —Nestares se refería a los falangistas.

—Ya les he dicho esta mañana que les llegarán órdenes.

—¿Cuáles?

—Que sigan a las tropas donde se les diga y cuando se les diga. Ya he avisado a Rosales y a un tal Perales que las centurias de mi mando —y recalcó eso— saldrán cuando yo lo ordene.

—¿El Perales «ese», es Narciso Perales?

—Sí, creo que se llamaba así. Un nombre de pila poco apropiado, ¿no crees?

—¿Pero sabes quién es?

—Sí, ya me ha dicho que viene de parte de José Antonio, que tiene una medalla muy gorda y que él es el jefe…

—Ese hombre, camarada —le interrumpió Nestares—, es un jefe del partido, un héroe vivo, un miembro muy importante de la dirección…

—No te embales, José —le cortó en seco Valdés—. Ese caballerete no es nadie aquí, por mucha medalla que tenga… ¡Aquí las órdenes las doy yo!

—Vale… —concedió Nestares, que no quería meterse en un lío.

—He hablado con la gente de Queipo, en Sevilla —continuó explicando el comandante haciendo valer sus poderes—, y me han dicho que queda a mi discreción elegir el momento preciso, pero que no remolonee…

—Es normal —dijo Nestares.

Valdés casi le funde con la mirada. Al de Logroño no le gustaba que le interrumpieran, y menos un capitán.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Lo que mandes…

—Habla con tus amigos de la policía y prepáralos. Utiliza para ello a Martínez Fajardo —ese dato sorprendió a Nestares. «¿Como sabe este cabrón que ese es mi enlace allí?», pensó Nestares sorprendido —. Intervendrán después del despliegue y, tal vez, use a los de Asalto antes para ocupar alguna posición, ya te diré.

Valdés, a través de Julio Romero Funes, que era de la CEDA, tenía puesto un pie también, cómo no, en la policía granadina.

—¿Y qué hago con los de Artillería? —preguntó Nestares.

—Allí los organiza el coronel del regimiento, eso es cosa mía. Cuando estén acuartelados todos, Muñoz dirá si están dispuestos para salir esa noche o hay que esperar algunas horas más. Tú tienes que mantenerme enlazado con ese coronel y pulsar el ambiente en el regimiento. ¿Tienes falangistas allí?

—Sí, claro.

—Pues muévelos, por si tienen que empujar desde dentro. De Muñoz me fío, pero no sé si le seguirán todos los suyos. Haz que tu gente provoque desde abajo. De los oficiales ya me he encargado yo.

—No te preocupes, comandante. Eso está hecho —quiso garantizar Nestares—. ¿Y los de Infantería?

—Del coronel León me ocupo yo. No te preocupes.

—¿Por dónde empiezo?

—Di a tu gente de la comisaría que se vayan organizando y que estén atentos a la gentuza del Frente Popular, que vigilen sus

comités. Sé que quieren que el gobernador les reparta armas. Preocúpate de que hagan una lista de los que queremos entalegar en las primeras veinticuatro horas. En esa quiero a los más importantes. A los demás los quiero en una semana. Encárgate de eso esta noche.

—¿Cómo enlazamos tú y yo?

—Nos servirán para eso los muchachos de la «Primera Línea», como esta tarde. Te avisarán si es necesario. Ya los tengo desplegados a todos y tendrás una escolta de tres toda la noche, para lo que necesites. Los tienes abajo esperando… y usa tu coche para todo.

Valdés se refería a los compañeros del joven engominado que había ido a casa de Nestares después de comer. «Primera Línea» era una sección específica del partido para la protección de las sedes y para cubrir las actividades de propaganda. Desde un mes antes se habían integrado en las Milicias, pero eran el grupo armado de mayor confianza de los jefes.

—¿Algo más?

—Nada más, Nestares —le despidió el de Logroño, que durante toda la reunión había estado acompañado por dos oficiales de infantería y tres civiles, que no abrieron la boca—. Al tajo…

—¡Arriba España! —se cuadró Nestares haciendo el ritual saludo fascista.

—No grites, José, que te van a oír… —le recriminó Valdés.

Y así comenzaron las cosas. Eran las diez y media de la noche.

45

18 de julio de 1936 (por la noche)
Huerta de San Vicente. Granada.

—Hijo, baja a cenar, por favor. Te he preparado unos buñuelos de bacalao, de los que te gustan.

Federico, al oír a su madre desde el corredor, cerró la pluma y dejó encima de su escritorio las primeras cuartillas de *Las hijas de Lot o la destrucción de Sodoma*. Eran casi las diez de la noche.

La verdad era que a Lorca no le hacía ni pizca de gracia cenar con su padre, porque cuando se fueron sus primos le llamó a capítulo inmediatamente para que le aclarara por qué había leído en Granada *La casa de Bernarda Alba* después de haberle prometido en Madrid que no lo haría. Federico le había dado a su padre una copia del texto y al pobre señor se le erizaron los pocos pelos que le quedaban en la cabeza cuando vio pasar por delante de sus ojos, en una edición corregida y aumentada, todo el catálogo de miserias que les unía a Asquerosa. A don Federico no le hacía ninguna gracia que su hijo aireara públicamente los entresijos familiares. Si sus relaciones con los Roldán ya eran pésimas por asuntos de dinero y por enfrentamientos de antiguo, más o menos soterrados, el que su hijo le echara imaginación al asunto y que de algo que era verdad en principio, el doble matrimonio de Francisca Alba y que Pepe «el Romano» fuese el marido de una de sus hijas, se pasase a ese drama rural lleno de «exageraciones y despropósitos», decía el padre, podía suponer una puñalada mortal a su inestable convivencia. Pero si eso era así en Madrid el mes pasado, el haber leído la obra en Granada, con la que estaba cayendo en esos momentos, era tanto como una declaración de guerra a los Roldán

Benavides en unos momentos en que los amigos políticos de los aludidos se estaban echando a la calle por toda España fusil en mano.

La conversación entre padre e hijo, pese a los intentos de la madre de templar gaitas, había sido más desagradable de lo que comúnmente eran las pocas comunicaciones que había entre ellos. «Primero la jodes con tus declaraciones en *El Sol*, que se enteró todo el mundo, y luego vienes aquí y te cagas en lo más barrido. ¡Eres un irresponsable!», le dijo para empezar cuando lo tuvo delante.

Federico no sabía qué decir, solo pensaba en que el chaparrón terminase cuanto antes. Pensaba irse de allí en días, y espectáculos como el que estaba viviendo le reafirmaban en su decisión de escapar a México cuanto antes. No pensaba discutir con su padre, pero tampoco quería dar su brazo a torcer. «Solo es una obra de teatro, papá. Es una ficción» fue cuanto atinó a decir. «Ni ficción, ni hostias, Federico. ¡Es una putada!», fue la respuesta del iracundo padre. Y la cosa siguió así, porque parecía una partida de pelota vasca en que las palabras de don Federico eran la bola y la actitud de su hijo era el frontón donde rebotaban siempre devolviéndoselas en silencio.

Así estuvieron casi una hora, don Federico hablando, y su hijo callando y fumando un cigarrillo tras otro. Fue la madre quien, harta del espectáculo, pidió paz a su marido y don Federico, sabiendo que no haría carrera de su hijo, dio el tema por acabado. «Prométele a tu padre que nunca representarás la obra así», intercedió su madre. «Os lo prometo», contestó García Lorca dejando el fruto de su pacto en el cesto de su madre. Pese a la intención secreta de no cumplir lo prometido, Federico no podía saber esa tarde que el pacto sería verdad porque nunca vería esa obra representada en ningún teatro. La obra vería la luz, pero él no estaría entre cajas.

Aquella noche cenaba en casa su cuñado, que se había escapado un par de horas de sus tareas de alcalde para ver a su mujer,

Concha, y de paso tranquilizar a los García Lorca. Doña Vicenta había mandado preparar la mesa en el jardín. La luz de la luna iluminaba prácticamente la escena y solo un candil de alcohol complementaba la mesa, dando un toque de calor donde la luz de la luna todo lo bañaba en el frío azul de la fantasmagoría.

La cena corría sin más incidentes que el comentario al discurso de Queipo de Llano desde Sevilla.

—¿Verdad que están mal las cosas? —preguntó don Federico a su yerno refiriéndose a las palabras radiadas del golpista.

—Pues sí —concedió Manuel Fernández-Montesinos—. Parece que en Sevilla les ha salido bien.

—¿Tienes noticias?

—Más rumores que noticias, don Federico. Ya sabe usted que en estos asuntos mienten las dos partes y que no te puedes fiar ni de lo que te dicen los tuyos.

—¿Has hablado con el gobernador?

—Con los dos, con Torres y con Campins.

—¿Y qué dicen?

—Torres dice que tiene la situación bajo control, que él asegura la fidelidad de la Guardia de Asalto y de la Policía, y que en Madrid le han dicho que el Gobierno controla la situación. La armada permanece leal y Franco no va a poder pasar a sus moros a la península. El general Campins ha comprometido su palabra de que él responde por la lealtad de la guarnición.

—¿Y es verdad?

—Él cree que sí, sinceramente, y parece un hombre de palabra.

—¿Tú le crees?

—Le creo, don Federico, pero sé que Muñoz y Jiménez están por el lío. No sé si podrá controlarles. Además, están los oficiales jóvenes, entre ellos hay bastantes exaltados de Falange.

—Yo conozco bastantes falangistas —terció el poeta—. Soy amigo de Foxá, y de Luis Rosales, y me llevo bien con José Antonio, que dice que admira mi poesía.

Don Federico le dirigió a su hijo una mirada que producía moratones. «¿Por qué no se callará?», pensó.

—Los falangistas de aquí no son así, cuñado —le explicó el alcalde —. Tus amigos son escritores, y los de aquí son pistoleros. No es lo mismo. Estos matan.

—Pero…

—¿Qué dice tu partido? —preguntó don Federico impidiendo que su hijo dijera otra estupidez.

—Nosotros estamos por darlo todo para defender al Gobierno. He convocado ya al comité del Frente Popular en el Ayuntamiento para mañana, ahora están con el gobernador.

—Hay que parar a los militares, Manolo —apuntó doña Vicenta, que tenía bien claro donde estaba el enemigo—. Aquí son pocos, pero como salgan a la calle verás tú la de gente de derechas de Granada que se pone detrás de ellos.

—Ese es el problema, doña Vicenta —asintió Fernández-Montesinos—, que los fascistas de aquí están por todas partes menos en Falange, que son cuatro gatos.

—Ya lo he dicho yo eso… —insistió el poeta, que quería meter baza en la conversación.

—Estarías mejor si te hubieras callado. Hay cosas que, aunque sean verdad, no hay que decirlas —le amonestó su padre.

—Como les salga bien nos van a llevar a todos por delante, Federico —insistió doña Vicenta dirigiéndose a su marido—. Estos no quieren cambiar el Gobierno solamente. Ellos quieren acabar con la República y con todo lo que hay detrás. Esta vez no será como con Primo de Rivera, ni como con Sanjurjo. Esta vez quieren sangre…

—Eso es verdad, doña Vicenta. Lo que pasa ahora es que la República tiene demasiados enemigos, tanto por la derecha como por la izquierda. Los fascistas son tan peligrosos como los anarquistas —sentenció Montesinos, que era un socialdemócrata moderado.

—¿Aguantará el Frente Popular?

—Por nosotros no quedará, don Federico. Otra cosa es lo que hagan los anarquistas… y los comunistas.

Resultaba evidente que el alcalde, que estaba en la línea política de don Fernando de los Ríos o de don Julián Besteiro, no se veía cómodo con sus socios en la coalición electoral de izquierdas. «Yo soy de izquierdas, pero no de los de las alpargatas» había dicho en alguna ocasión al respecto de las distintas corrientes en su propio partido.

En la conversación recordaron la anulación de las elecciones de febrero y los disturbios de marzo que ocasionaron la quema de tres iglesias y el asalto a las sedes de los partidos y periódicos de derechas.

—La verdad es que con aquellos incidentes les hemos dado ocasión de crecerse y tomar la calle —dijo Montesinos, que nunca estuvo de acuerdo con la airada respuesta popular al pucherazo de las derechas granadinas—. Aquello fue una provocación y han sabido aprovecharla… como han hecho con lo de Calvo Sotelo.

—Eso es verdad —concedió don Federico, que estaba en la línea política de su yerno.

—A mí casi me matan en Madrid —apostilló el poeta, que pasó a relatar el incidente en la casa de la calle de Alcalá, cuando una bala entró por el balcón de su dormitorio y se incrustó en el marco de una puerta—. Fue un tiro de los anarquistas que estaban en huelga.

—Eso fue una casualidad, Federico —quiso desdramatizar su padre.

—Ya… pero casi me matan —insistió el poeta.

Doña Vicenta pasó a servir los buñuelos, después de que su familia hubiese dado ya buena cuenta de un ajoblanco que Concha preparaba con mucha maña.

La cena siguió sin más incidentes y fue en los postres cuando Federico García Lorca volvió al asunto de los militares.

—¿No creéis que hace falta alguien que ponga un poco de orden? —preguntó el poeta sin dirigirse a nadie en particular.

—Yo creo que la República se ha desviado de sus primeros objetivos —se contestó él mismo, al ver que nadie respondía—. Ya lo dijo Ortega… ¿no os parece?

—Tal vez… —concedió Montesinos, que no quería entrar por ahí.

—A mí me parece que los comunistas no son de fiar. En Madrid me tenían frito. Que si firma esto, que si ven a esto otro, que recites algo en este mitin… No sabéis lo pesados que se ponen. Y todo por el partido…

—Los comunistas, hijo mío —sentenció su padre—, no están más que por defender la República, no son unos revolucionarios sin fuste como los de la CNT. Ellos han sido los mayores defensores del Frente Popular y gracias a eso, no se te olvide, se ha quitado del Gobierno a la derecha.

—Eso es verdad —volvió a reconocer Montesinos, que distinguía perfectamente entre comunistas y anarquistas—, aunque si no hubiera sido por la CNT no hubiésemos tenido mayoría.

—Ese es el precio que estamos pagando, familia —insistió Federico—. Ellos traen el desorden, y los militares reaccionan. Ese es el problema.

—¿Y cuál es la solución? —le emplazó su padre.

—No sé, pero algo hay que hacer. Tal vez no esté mal que los militares se hagan cargo de garantizar el orden. Queipo ha cerrado su discurso con un «¡Viva la República!».

—¿Y tú te lo crees? —contestó su padre despectivamente.

Federico miró a su padre en silencio. No se atrevió a aceptar el reto y darle una respuesta.

—Mira, hijo —sentenció don Federico al ver que su hijo se callaba —. Los militares tienen que estar en los cuarteles y no salir de ahí más que cuando toque desfile, ¿comprendes? ¿No hemos tenido bastante con el padre de tu amigo? —don Federico se refería al dictador Primo de Rivera que se encargó del Gobierno de la Monarquía hasta que se proclamó la República—. Con los militares

no se puede hablar de igual a igual, ellos son unos funcionarios más que tienen que estar a lo que diga el Gobierno, cual sea este.

—Así debe ser, don Federico —aplaudió Montesinos.

—Pero la seguridad, los piquetes, las huelgas… —insistía el poeta.

—Esos son problemas de los gobernadores civiles, no de los militares. La República puede resolverlos con sus leyes.

Federico no quiso porfiar más. Sabía que tenía perdida de antemano la discusión con su padre.

—Así debe ser —dijo el alcalde.

—Y así será —apostilló dona Vicenta para zanjar el tema.

—Quiero deciros una cosa a todos —reemprendió Federico pese al carpetazo que había dado su madre.

—Dime, hijo —ofreció doña Vicenta.

—Yo soy un hombre de letras y de palabras, de sentimientos y de recuerdos, y tengo también mi corazón con los pobres, como creo que debe de ser…, pero con los pobres buenos.

Nadie en la mesa respondió a esa declaración, aunque todos comprendieron lo que había detrás de sus palabras, las mismas que días antes había pronunciado en Madrid.

Después de los postres, ya en el café, una llamada desde el ayuntamiento reclamaba al alcalde en su despacho. Allí le esperaban el jefe de la policía municipal, el ingeniero Santa Cruz, que quería reportar lo acontecido en el gobierno civil, y los representantes de UGT y CNT de Granada. Eran las once y media cuando Manuel Fernández-Montesinos y Lustau regresaba a la alcaldía. Cuando Federico y su padre se quedaron solos en el jardín las cosas volvieron al principio, y el poeta, que a veces era pertinaz hasta el cansancio, retomó el asunto de los militares.

—No digas más tonterías y vete a tu cuarto a escribir, que es lo tuyo —zanjó su padre cuando el hijo insistió otra vez en lo de antes.

Encima de la mesita de café quedó a la luz de la luna un ejemplar del día de «El Defensor de Granada». La tipografía de portada decía «*Ciudadanos: ¡Viva la República. El Gobierno cuenta con todos los*

recursos necesarios para dominar la rebelión!». Constantino Ruiz Carnero dejaba clara la posición en la que se encontraba su periódico.

46

18 de julio de 1936 (por la noche)
Comandancia Militar. Granada.

Los dos soldados de guardia en la puerta de la Comandancia Militar habían recibido órdenes de tener los mosquetones cargados y montados durante el servicio. Era una noche despejada, con luna llena, que es la más nociva en el ánimo de las personas, y una temperatura refrescada por un leve viento que venía de la sierra. A poco más de cuatrocientos metros de las garitas tres hombres vestidos de civil, que llevaban trajes oscuros de chaqueta, se dirigían deprisa hacia la Comandancia Militar.

En ese momento sonó el teléfono directo del general Campins en su despacho. Era el gobernador civil.

—*Miguel*…

—*Dime, César*…

—*¡Ya tengo localizado al cabrón de Nestares!* —Torres estaba eufórico con la noticia.

—*Dime…* —Campins no quería opinar demasiado, y menos después de haber escuchado el discurso de Queipo en la radio sevillana.

—*Está entrando y saliendo del cuartel de Artillería*.

—*Tranquilo, César. Ha ido a dejar allí a su mujer* —el general respiró aliviado—. *Yo le he dado permiso*.

—*Sí, lo sé. Dejó allí a su mujer hacia las ocho y media y luego se fue. Desde entonces le tengo vigilado*.

—*¿Y qué ha hecho?*

—*Fue a verse con Valdés. Mis policías le siguieron hasta un piso vacío que tenemos vigilado hace una semana. Es de un falangista de*

aquí, un tal José Rosales. ¿Le conoces?

—¿A Rosales? —preguntó Campins—. *Pues no…*

—Disculpa, general —corrigió Torres—. *Me refería a Valdés*.

—Me han hablado de él —Campins sabía de la existencia de Valdés por Rosaleny—. *Es un oficial de Intendencia… creo que está de baja*.

—Ten cuidado, general. Ese pollo tiene de enfermo lo que yo de guitarrista. He sabido que mantiene contacto con la gente de Queipo y que está en el bollo hasta las orejas.

—¿Es peligroso? —Campins estaba cada vez más preocupado.

—Más que Nestares —le informó el gobernador civil—. *Valdés es un tipo frío y muy eficaz, no como el otro, que es un «broncas». Tengo un hombre infiltrado en Falange y sé por él que Valdés es su jefe de milicias…*

—¡Coño!

—No sabes tú bien…

—Posiblemente mande detener a Nestares esta noche. No para de entrar y salir de Artillería. Le han visto ir ya tres veces… y cada vez va acompañado y sale solo. Ya ha pasado al cuartel a media docena de paisanos.

—Eso es raro… —concedió el comandante militar.

—Sí, lo es…

—En fin, general. Te dejo —se despidió Torres—. *Tengo aquí esperándome al comité local del Frente Popular*.

—Que te sea leve… —bromeó Campins.

—Seguimos en contacto, general…

Cuando Miguel Campins colgó el teléfono los tres hombres que se acercaban a Capitanía estaban ya a menos de cien metros de la puerta.

—¿Nos siguen todavía? —preguntó uno de ellos al doblar la esquina que les embocaba hacia la sede.

—Creo que los hemos despistado —le contestó otro, mirando para atrás.

—¡Daos prisa y dejaos de cháchara! —ordenó el tercero, que era el más ligero.

A poco más de cien metros de la puerta aparecieron cinco hombres por la esquina que había doblado el trío momentos antes.

—Vamos a cazarlos ya, que se nos escapan —dijo uno de ellos. Por las trazas del atuendo se apreciaba que los seguidores eran obreros, seguramente un piquete.

—¡Tira ya! —ordenó el que parecía el jefe.

Los destellos de una salva de disparos de pistola iluminaron la calle.

Los tres perseguidos, al notar la descarga, se escondieron tras el pretil de una escalera que permitía el acceso a la sede militar.

—¡Guardia! —gritó el que parecía el jefe acercándose tendido hacia la garita—. ¡Guardia!

Sus acompañantes, detrás de él, tiraron de pistola y devolvieron el fuego desde su parapeto.

El soldado de puesto abrió la mirilla de la garita.

—¿Quién vive? —preguntó el soldado con más miedo que vergüenza.

—¡Comandante José Valdés! —gritó el comisario de guerra.

—¿Quién? —el pobre soldado no entendía nada con tanta descarga, pues los seguidores habían disparado otra carga de tiros y los parapetados tampoco se quedaban quietos.

—¡¡Comandante José Valdés!! —repitió enfadado el militar, que pese al trance apenas había perdido los papeles—. ¡Abra la puerta y avise a su superior, coño!

—¡Tengo órdenes de no permitir el paso a nadie! —respondió el soldado cada vez más asustado.

—¡Abra la puerta o le empapelo, soldado! —amenazó el de Intendencia, como si estuviera de revista—. ¡¡Soy el comandante Valdés!!

—Un momento señor, que voy a preguntar… —el recluta reaccionó ante la amenaza, porque bien sabía que una estrella de ocho puntas

alterada le podía buscar la ruina.

Mientras, el otro soldado del puesto disparaba desde su garita hacia la esquina para cubrir a los que se escondían en el pretil de la escalera. La deflagración del mosquetón Mauser impuso cierto respeto en los perseguidores, que cesaron en el tiroteo.

Los siguientes tres minutos fueron de una calma aparente, pero en la esquina ya había más de una docena de apostados donde antes había cinco.

—Tranquilo, mi comandante —dijo uno de los acompañantes de Valdés—, nos queda munición.

Los pistoleros que iban con Valdés eran sus escoltas para esa noche, dos muchachos de la «Primera Línea» granadina. Otra andanada de sus perseguidores les hizo bajar la cabeza, pero esta vez fue una descarga de fusilería desde la Comandancia Militar quien cubrió a los escondidos. El piquete, al ver la respuesta, se deshizo en dos grupos y cada uno de ellos se apostó tras una esquina.

—¡Se nos escapan vivos, Galadí! —gritó uno del grupo al que parecía el jefe.

—¡Calla, Joaquín, que a ese cabrón le frío los hígados! —contestó Francisco Galadí—. ¡Esta vez no se nos va a escurrir, como en Armilla!

Galadí y Cabezas, que no habían dejado de marcar a Valdés desde el episodio del fallido secuestro, sabían mejor que la policía secreta del gobernador civil que el comandante Valdés era la piedra angular del golpe en Granada, y desde que escucharon el primer parte de Queipo por la radio decidieron rematar lo que se les quedó sin hacer días antes.

—¡Soldado! —voceó Valdés desde el suelo.

—¡Dígame, mi comandante!

—¿Quieres abrir la puerta de una repajolera vez?

—Han ido a preguntar, mi comandante —se justificó el vigilante—. Espere usted un momento…

Otra salva de tiros desde la esquina amenazó a los tres, pero esta vez no respondieron los fusiles de los militares y los guardaespaldas tuvieron que aplicarse con sus pequeñas pistolas del 9 corto.

—¡Abrid la puerta de una puta vez! —la orden venía del interior del cuartel, en boca del comandante Rosaleny.

Al instante los fusileros del retén de guardia dispararon una salva de cobertura y el militar y sus amigos falangistas entraron en Capitanía mientras una lluvia de balas se incrustaba en el portón.

—¡Valdés, hijo de puta! —gritó Cabezas al ver que se les escapaba otra vez la pieza—. ¡Te cogeremos! ¡No hay dos sin tres!

Con el portón a punto de cerrarse tras sus espaldas, Valdés sacó su arma y se volvió hacia la calle. Allí, solo y con la figura recortada en un contraluz que le formaban las lámparas del zaguán, apuntó contra la esquina y disparó tres veces sin descomponer el gesto, como si estuviera en un concurso de tiro en galería. Después enfundó su «*Astra*» y, como si estuviera en una riña de taberna, mandó un corte de mangas a sus perseguidores.

—¡Te mataré, te lo juro! —gritó Cabezas cuando vio el desplante.

Valdés no pudo oír más improperios, porque las pesadas puertas se cerraron tras él.

—¡Pasa de una puta vez, Valdés! —le gritó Rosaleny.

—Ya voy… —respondió circunspecto el de Intendencia, como si el tiroteo no hubiese ido con él.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el comandante ayudante.

—Nada… que estos cabrones de la CNT venían a por mí…

—¿Te tenían localizado?

—Resulta evidente… Me han seguido desde la casa de José Rosales y me imagino que a Nestares le habrá pasado igual.

—¿Lleva escolta?

—Sí, igual que yo. No creo que le pase nada…

—Por cierto… te quiero pedir un favor…

—Dime, Valdés.

—Quiero que avises desde aquí a los Rosales y les digas que localicen deprisa a un tal Patricio González de Canales, que anda por Granada, y que le sujeten para que no se persone por el piso, que lo cazan.

—¿Ese quién es?

—Un falangista que ha llegado hace dos días y que dice que viene a organizar la sublevación…

—¡Manda huevos! —protestó el ayudante del general—. Son cuatro y el de la puerta y encima se traen gente de fuera para liar más las cosas… ¡No hay quien haga carrera de estos amigos tuyos!

—Camaradas, Rosaleny, camaradas —le reconvino Valdés bromeando.

—Por cierto, Valdés —le dijo el ayudante llevándosele a una esquina del zaguán. No quería que nadie oyese lo que tenía que decir—. Le hemos pillado una conversación a Campins…

—Dime… —Valdés manifestó un súbito interés por esa confidencia. Sabía que Rosaleny había mandado pinchar su línea particular y que un sargento de la centralita le reportaba todas las comunicaciones de Campins a través de ese teléfono.

—Parece que Torres le ha puesto en antecedentes de lo tuyo y lo de Nestares…

—No me importa.

—Pero no es eso todo…

—Dispara de una puñetera vez —insistió el conspirador.

—Cuando empezó el tiroteo me dijo que bajara a ver qué había y que, de paso, diera orden de no dejarte entrar esta noche en Capitanía si venías por aquí.

—¿Y eso?

—Está mosqueado y se huele la tostada… aunque todavía no distingue por dónde van los tiros.

—¿Qué vas a hacer?

—Subir contigo y presentarnos, hay que echarle huevos. No esperará que el tiroteo fuese contra ti; al fin y al cabo, es militar

como nosotros. Te cubrirá.

—O no… —corrigió Valdés.

Valdés rellenó el cargador de su pistola y, junto a Rosaleny, se dirigió al despacho del general, quien los recibió y atendió al relato del tiroteo. No podía dejar de pensar en la suerte que había corrido Villa-Abrille con Queipo en Sevilla y no estaba dispuesto a que lo cazaran también a él.

—Eso le pasa, comandante, por salir de noche estando las cosas como están.

—Con todo respeto mi general —el imperturbable Valdés se vio en la obligación de explicarse—. Es una costumbre que tengo: doy siempre un paseo antes de dormir, así bajo la cena y no se me resiente el estómago, que no lo tengo bien. Es lo que me ha mandado el capitán médico López Font.

—Está bien, Valdés —a Campins no le había convencido la explicación, pero tampoco consideró oportuno continuar por ahí.

—Rosaleny…

—A las órdenes de vuecencia, mi general —dijo el ayudante cuadrándose ante su jefe.

—Mire a ver si se han ido ya los que han disparado contra el comandante.

—No, mi general —informó Rosaleny, después de asomarse a un balcón—. Siguen apostados ahí. Habrá como quince individuos. Veo que dos de ellos llevan escopetas de caza.

—Está bien… —dijo Campins—. Ordenaré que les disuelvan. Pueden esperar en la salita, señores.

—¿Manda vuecencia alguna cosa más? —preguntó Rosaleny.

—Nada más —les contestó el general—, pueden retirarse. Esperen fuera.

Cuando los dos comandantes salieron de su despacho Campins marcó el número directo del gobernador civil.

—*César…*

—Dime Miguel. ¿Pasa algo? —la relación entre los dos gobernadores era cada vez más íntima.

—Sí. Ha habido un tiroteo en la puerta de Capitanía. Parece que unos piquetes seguían a uno de mis oficiales y casi le matan a tiros.

—¿Quién era?

—Valdés… —confesó Campins.

—No me extraña. Los del comité del Frente Popular hablan de él como si fuera la encarnación del Maligno. Que si es un fascista, que si está con Queipo, que si es el jefe de la sublevación aquí…

—¿Y tú qué opinas?

—¡Coño, que es verdad! —exclamó Torres—. *A ese pollo hay que atarle corto*.

—No te preocupes, yo me encargo…

—¿Mandas alguna cosa, general?

—Sí, César. Envíame una sección de los de Asalto para acá y me disuelves a esa gente que tengo en la calle.

—Eso está hecho… —atendió Torres—. *Los tienes ahí en cinco minutos*.

—No quiero heridos ni muertos, ¿vale?

—No te preocupes, mis chicos son unos profesionales. Te mando un teniente con dos camionetas de guardias. Será suficiente.

—Eso espero…

—¿Algo más, general?

—Nada, César. Muchas gracias.

Cuando Campins colgó el teléfono llamó a su ordenanza y le pidió que le sirviera un café solo muy cargado. Después llamó al teniente al cargo de su secretaría y le mandó que dijera a los dos comandantes que siguieran en la sala adjunta y que esperasen órdenes. Cinco minutos después le llevaban el café a la vez que veía desde el balcón cómo llegaban dos camionetas de la Guardia de Asalto. Poco después habían disuelto a los concentrados sin más incidentes que algunos insultos y dos pedradas que no acertaron en ningún uniformado.

—Que pasen Rosaleny y Valdés —ordenó al teniente secretario cuando comprobó que ya se habían retirado los de Asalto dejando solo un retén de tres guardias a cien metros de la Comandancia Militar.

—Valdés, ya puede irse a su casa —le comunicó al conspirador en cuanto le tuvo delante—. Si lo desea, Rosaleny le pondrá escolta militar.

—No hace falta, mi general, muchas gracias —contestó el comisario de Guerra cuadrándose ante su superior—. Había pensado, si usted da su permiso, quedarme a dormir aquí esta noche, en el pabellón de oficiales.

—¿Y su familia, Valdés? —a Campins le mosqueó la solicitud. Y se le notó en la cara.

—Mi mujer y mis hijos están en Padul, mi general. Allí están seguros, no se preocupe.

—Los pistoleros de la FAI van a por el comandante Valdés hace semanas, mi general —apostilló Rosaleny que, evidentemente, estaba por apoyar a su amigo faccioso en la extravagante solicitud.

Después de esa aseveración Campins se quedó en silencio, mirándolos a los dos desde el otro lado de su escritorio.

—Está bien, Valdés —concedió al cabo de unos instantes—. Puede quedarse esta noche en el pabellón de oficiales.

—¡Gracias, mi general! —contestó Valdés cuadrándose de nuevo.

—Rosaleny, hágale un pase al comandante para esta noche y acompáñele a la residencia. ¡Buenas noches, señores!

Un taconazo de los dos comandantes fue la respuesta a la despedida.

Una vez solo, Campins levantó el teléfono interior y le pidió a su teniente de secretaría que hiciese venir al oficial jefe de la guardia. Cuando el capitán Marín, que era el que estaba ese día al frente del servicio entró en su despacho el general comandante militar le dio una única orden:

—Capitán, no quiero que esta noche entre ni salga nadie de la Comandancia Militar. ¿Me ha entendido?

—A sus órdenes, mi general. Lo he entendido perfectamente.

—Nadie es nadie, ¿comprende? —Campins se quedó mirando los ojos del capitán, como para reforzar la comprensión de la orden.

—Desde luego que sí, mi general.

—Quiero que me informe per-so-nal-men-te —y recalcó cada sílaba de la palabra— de cualquier incidente en el servicio. Llame a este despacho di-rec-ta-men-te —y volvió a acentuar la palabra— a cualquier hora. Estaré aquí toda la noche.

—Entendido, mi general.

—Puede retirarse, Marín. Buenas noches.

—¡A sus órdenes mi general!

«Estos cabrones no me van a hacer lo que al bueno de Villa-Abrille», pensó en cuanto se quedó a solas. «A mí no me arrestan estos en mi despacho».

Campins atinaba en sus presunciones, porque lo que pretendía secretamente Valdés, con la complicidad de Rosaleny, era arrestarlo esa noche como había hecho Queipo con Villa-Abrille por la mañana, si el general de Granada no se sumaba al «Movimiento salvador» que había proclamado el yerno de Alcalá-Zamora.

La orden de bloquear el centro militar de la provincia iba a resultar eficaz, al menos de momento, porque los coroneles León y Muñoz estaban calibrando la posibilidad de sacar esa misma noche sus regimientos a la calle, y más después de haber escuchado el discurso de Queipo. Los coroneles estaban bastante seguros de la respuesta favorable de sus oficiales, pero no las tenían todas consigo en lo que hacía a los suboficiales y a la tropa, que además era muy menguada en número esos días. Lo que no sabía Campins era que a esas horas solo cuatro generales de división, de los dieciocho con ese grado, se habían sublevado contra el Gobierno, y que únicamente catorce, de los cincuenta y seis generales de brigada, habían secundado a los facciosos en la asonada. Entre los jefes y

oficiales, seis mil, la mayoría «africanos», se habían pronunciado contra el Gobierno del Frente Popular. Pese a ese aparente desequilibrio, favorable al Gobierno legítimo, las cosas se iban a desenvolver en las próximas horas en contra de la legalidad republicana por la torpeza política de su Gobierno desde que había dimitido Casares Quiroga y Azaña no supo manejar la situación.

47

19 julio de 1936 (madrugada)
Cuartel del Regimiento de Artillería. Granada.

Aunque el general había dado orden al jefe de la guardia de que no saliese nadie del edificio de Capitanía, Marín, que estaba con los conjurados, no tenía mandato de hacer lo contrario, así que cuando el comandante Rosaleny, que también se había quedado a dormir en el pabellón de oficiales, salió de uniforme a las tres y media de la madrugada no le puso ningún inconveniente, sino todo lo contrario.

—¿Al tajo, mi comandante?

—A eso voy, Marín, a eso voy.

El comandante ayudante, que iba armado con su pistola de reglamento en la cintura y un pequeño revólver en el bolsillo de los pantalones de montar, salía en compañía de los dos escoltas que habían entrado con Valdés y que, gracias a la complicidad de un sargento de la guarnición se habían agenciado sendos uniformes de soldados de guardia, para prestar servicio de seguridad a Rosaleny en esa salida tan extemporánea.

Los tres conjurados se dirigieron al cuartel del regimiento de Artillería Ligera n.º 4 que estaba en la calle Cartagena, del barrio del Carmen. Allí les esperaban el coronel Muñoz y el comandante Edmundo Rodríguez Bouzo, su hombre de confianza en la unidad militar a su mando. Rosaleny pretendía pulsar la posibilidad de que los de Artillería se echasen a la calle esa misma noche, lo mismo que los de Infantería, y que los dos regimientos forzasen una situación que permitiese a Valdés obligar a Campins a firmar el bando que decretase el estado de guerra y sumarse a la sublevación o, en caso

contrario, arrestarle en su despacho como había hecho Queipo con Villa-Abrille.

Cuando llegaron al regimiento, el oficial de guardia en la puerta les hizo pasar inmediatamente al despacho de Muñoz Jiménez. Allí se encontraron a Nestares.

Muñoz garantizó a Rosaleny la perfecta disponibilidad de su regimiento para salir a la calle cuando se indicara, aunque le hizo mención de la poca tropa efectiva disponible esa noche.

—Yo puedo introducir aquí, en dos horas más, a casi cien falangistas dispuestos a todo —ofreció Nestares para soslayar el inconveniente.

—Hay uniformes y armamento para ellos —avaló Rodríguez Bouzo.

—¿Y qué dice Valdés? —esa pregunta de Muñoz encendió a Nestares, al que le sangraba que un falso falangista, y solo comandante, se hubiese hecho con el control de la situación por encima de los dos coroneles.

Quedaban lejos los días en que Nestares era el centro de la conspiración granadina contra el Gobierno, cuando se formó un comité que se llamaba a sí mismo «cívico-militar» y que pretendía poner contra la pared a los partidos del Frente Popular. La verdad es que el comité sirvió para poco más que para reunirse a oscuras y calentarse la boca, porque ni los falangistas ni los tradicionalistas pesaban mucho entre las derechas granadinas, y el hecho de que la CEDA y los militares no estuvieran entre ellos convertía al pequeño conciliábulo en ineficaz. El grupo prácticamente desapareció cuando Nestares salió destinado a Alcoy y Valdés, que para eso valía, se hizo cargo de las milicias falangistas y se puso a trabar acuerdos con las derechas de siempre y con la gente del *Director*, como llamaban al general Mola los conjurados.

—Valdés está esperando en Capitanía para hacer lo que tenga que hacer, mi coronel —le respondió Rosaleny—. Todo depende de usted y del coronel León.

—Por parte de mi regimiento estamos dispuestos. Mis oficiales seguirán mis órdenes sin reservas…

—¿Y sus órdenes, mi coronel? —Rosaleny no estaba para elusiones.

—Las que me dé el mando… del Alzamiento —aclaró Muñoz, que así cerraba su compromiso con los alzados.

—El mando de la división, el general Queipo de Llano —aclaró el comandante ayudante de Campins—, ha dispuesto que se dicte por nuestro general un bando declarando en Granada el estado de guerra. Ya sabe lo que esa orden significa…

—Está claro, comandante —concedió Muñoz, que deseaba salir cuanto antes a la calle.

—¿Y los de Infantería? —preguntó Bouza a Rosaleny.

—Eso está menos claro, mi comandante —contestó Nestares, adelantándose a lo que pudiese decir el ayudante.

—Explíquese, capitán —pidió Rosaleny.

—Quiero decir que mi gente en el regimiento —se refería a tres oficiales jóvenes que eran falangistas— me dice que ven tibio al coronel León, que no lo tiene decidido… al menos esas eran las noticias a la hora de cenar.

—Basilio es así, señores —justificó Muñoz—. Además, es amigo de Campins… y eso le ata.

—Eso no es excusa —protestó Nestares—. Estamos jugándonos el futuro de España… y no valen jueguecitos.

—Estoy de acuerdo —otorgó Rodríguez Bouzo—. Si Campins no se define, que él sabrá a lo que se arriesga, a León sí podemos exigírselo. Está con nosotros desde el principio, al menos eso ha dicho, y ahora no puede echarse atrás.

—Y no se echará —dijo Muñoz, más por defender a su compañero que por convencimiento íntimo.

—¿Qué hacemos, señores? —preguntó Rosaleny, dejando la pregunta en el aire.

—¡Aclarar las cosas de una jodida vez! —resolvió Nestares, que veía su momento en esa encrucijada.

—¿Qué propone usted, capitán? —a Muñoz no le gustó el órdago del falangista uniformado de caqui.

—¡Presentarnos en el cuartel de Infantería y dejar las cosas en su sitio, mi coronel!

—Me parece bien —apostilló Rosaleny.

El comandante ayudante se estaba apuntando a la descubierta de Nestares. La verdad es que el desleal ayudante de Campins era la bisagra perfecta entre Valdés y Nestares. Dos caracteres tan diferentes solo podían sumar articulándose a través de un tercero que los mantuviera atados al mismo carro, y eso lo hacía el comandante perfectamente.

—Lo haremos nosotros —ofreció Muñoz, para no perder comba en el asunto, refiriéndose a él mismo y a Rodríguez Bouzo—, y lo haremos ahora mismo.

—Perfecto, mi coronel —aprobó Rosaleny.

Mientras el coronel de Artillería se ofrecía para ese empeño, su ayudante pedía el coche oficial del jefe del regimiento.

—Iremos Bouzo y yo —dijo Muñoz—. Esto no es para hablarlo por teléfono. Ustedes esperen aquí.

—¡A sus órdenes, mi coronel! —dijo Rosaleny, que no pensaba moverse de allí.

Media hora después el coronel y Rodríguez Bouzo, con su conductor y dos tenientes de escolta, llegaban a la plaza del Triunfo, donde estaba el cuartel del regimiento «Lepanto n.º 5», el de Infantería. Allí les recibieron de inmediato el coronel León y su ayudante.

Reunidos a solas los cuatro jefes en el despacho de León Maestre las cosas quedaron relativamente claras, pero no lo bastante para lo que Muñoz deseaba escuchar:

—Mira, Muñoz —dijo Basilio León—, yo estoy con el Alzamiento sin reservas, pero no voy a mover el regimiento hasta que consulte con

todos mis oficiales. Son las cuatro de la mañana y hasta que toque diana no tengo aquí a casi nadie.

Y en eso no mentía León, aunque en la guarnición estaban de servicio esa noche dos oficiales, el teniente Fenoll y el capitán Oterino, ambos eran fieles a la República y podían dar al traste con sus planes. De hecho, Fenoll había llamado ya al gobierno civil para dar cuenta de la visita de los de Artillería. Esa noche, mientras los uniformados brincaban de un cuartel a otro, y los piquetes de la CNT y del Partido Comunista patrullaban las calles de Granada en busca de fascistas, en la sala grande del gobierno civil César Torres estaba reunido con Virgilio Castilla, que representaba al PSOE; José Palanco Romero, por Izquierda Republicana; José Lupiáñez y Antonio Rus, por la UGT; José Alcántara por el Partido Sindicalista; el diputado Antonio Petrel, por el Partido Comunista, y el ingeniero de Obras Públicas Antonio Santacruz, que se había sumado al comité como republicano independiente. Los comisionados presionaban al gobernador civil para que ordenara a los militares que se repartiesen armas entre los trabajadores granadinos y el gobernador se negaba a atender la petición porque creía firmemente en la garantía de no sublevación que le había dado Campins. Pese a ello, la CNT y el Partido Comunista habían movilizado a sus militantes y grupos de sus afiliados armados con unas pocas pistolas y algunas escopetas de caza estaban preparados para intentar oponerse a lo que consideraban inevitable.

A las cinco menos cuarto de la madrugada Muñoz y Rodríguez Bouzo volvían a su regimiento decididos a dejar pasar lo que quedaba de noche.

Allí explicaron lo sucedido a Nestares y Rosaleny, y el comandante, visiblemente enojado, decidió regresar a la Comandancia Militar para encarrilar las cosas de otra manera.

—Nestares…

—Dígame, mi comandante.

—Le espero aquí mismo a las doce…, de mañana no pasa. Encárguese usted de preparar a los de Asalto.

—Ya me lo había dicho Valdés, señor.

—Camaradas, ¡Viva España! —dijo Rosaleny para despedirse de los de Artillería.

—¡Viva! —le contestaron Muñoz y Bouzo. Nestares, además, levantó el brazo a la manera fascista.

Mientras volvía a Capitanía, Rosaleny se dio cuenta de que aquella noche Valdés no podría cumplir su parte del plan: arrestar a Campins. Así que decidió asumir él mismo la iniciativa de forzar la situación dentro de la Comandancia Militar, y para ello solo podía contar con Valdés, Nestares y los de Artillería.

—¿Ya, mi comandante? —preguntó el oficial de guardia cuando le vio regresar a Capitanía. El teniente era de los más exaltados partidarios del golpe de estado.

—No, Marín, todavía no, pero falta poco. Paciencia,… es cosa de horas.

Franqueada la puerta, Rosaleny se encaminó al pabellón de oficiales. Tenía que hablar con Valdés.

48

19 de julio de 1936 (por la mañana).
Calle Mesones. Granada.

Dolores Marqués se preparaba para salir de su casa muy temprano. Hoy su marido no tenía trabajo, porque era domingo y porque los piquetes de la CNT no permitían el acceso a las obras del Hospital desde hacía varios días y los afiliados a la UGT no querían forzar la situación exigiendo que se les franqueara el paso con el auxilio de los de Asalto, como había dispuesto el gobernador civil. Pese a todo, Juan Palao y sus compañeros del sindicato habían quedado en reunirse el domingo en la Casa del Pueblo para valorar la situación.

—No hace falta que estés allí todo el día —le dijo Dolores mientras le retiraba el desayuno—. Tienes que encargarte de los niños, que hace falta que alguien les eche un ojo.

—Pues no sé si voy a poder hacerlo. No sé cómo están las cosas y seguramente tendremos que hacer algo.

—Mira, Juan, las cosas están mal y peor que se van a poner —sentenció Dolores—. ¿Por qué te crees que tenemos aquí a los hijos de Nestares?

El bueno de Juan Palao estuvo a punto de reventar cuando llegó del trabajo y encontró la casa llena de chavales y chavalas a los que no conocía. En un principio no le dio importancia porque pensó que eran amigos de sus hijos. Pero al ver las maletas apiladas en un rincón del salón y reparar en que nunca había visto a aquellos chiquillos, tuvo un primer y trágico presentimiento: alguien cercano a Dolores había muerto o enfermado y les había cedido temporalmente la custodia de los críos. Pero cuando su mujer alzó los ojos de los puntos de costura en que estaba ensimismada y le

dijo que tenía que explicarle algo, se dio cuenta de que la cosa iba más allá. Aun así, Palao no perdió la compostura cuando su esposa comenzó a explicarse. Eso sí, el encofrador no movió ni una pestaña. Mantuvo hierático su mediano y corpulento cuerpo, dejó sus ojos oscuros clavados en su esposa, se alisó con la mano y hacia atrás su pelo semicanoso y pensó: «Venga, Dolores, jódeme la ilusión de mi vida. Todo esto justo ahora que voy a entrar en la masonería».

Esa tarde Dolores le puso al tanto de lo ocurrido en casa de Nestares y de las razones por las que los niños habían recalado ahí. Pero a Palao no le tranquilizó. Se acercó con sigilo a la ventana, oteó la calle y comprobó en silencio que un tipo al que nunca antes había visto merodeaba por la acera de enfrente. Lo de asomarse y comprobar la vigilancia fue algo más que instinto, era la consecuencia de la veteranía sindical, del olfato inteligente que tienen los supervivientes. Pero guardó silencio y sin decir nada a Dolores la dejó que se siguiera explicando.

—Ha prometido protegernos —decía ella—. Me ha dado quinientas pesetas, Juan, insistía. Son niños, marido, no podía decir que no. Qué más da la ideología de unos u otros, son criaturas.

Juan entendía y compartía completamente la generosidad de su mujer porque, ante todo y por encima de todo, su padre le había enseñado a ser un hombre bueno, generoso e íntegro. Pero no era eso lo que le transitaba por la mente. Lo que de verdad le preocupaba era lo que no podía decir. Y el miedo a que cualquier desliz, en medio de la locura política y militar que se estaba viviendo, diera al traste no ya solo con su vocación masónica, sino que la presencia de los hijos de Nestares en su casa hiciera peligrar la paz que había procurado siempre para su hogar y sus hijos.

—¿Se lo has dicho a alguien? —preguntó Palao cuando regresó al presente.

—¿El qué, marido?

—Lo de los niños.

—¿Crees que soy tonta? —protestó Dolores—. A las vecinas les he dicho que son unos sobrinos míos, unos hijos de mi hermana la que vive en Jaén, que me he traído a casa porque ella está mala.

—Pongámonos de acuerdo, Dolores. ¿Qué hermana? ¿De qué está enferma?

—¿De qué hablas, marido?

—De que no sabemos lo que puede ocurrir ni sabemos quién nos puede preguntar por estos críos. Y más vale que estemos de acuerdo.

Dolores nunca había oído a su marido hablar en esa clave clandestina en la que se desenvolvía en la obra y entre sus camaradas del sindicato.

—¿Ves cómo me ocultas algo, Juan? —recriminó la mujer—. No pareces tú…

—Cariño, solo quiero que estemos de acuerdo. Tu hermana Inés, de Jaén, está con neumonía. ¿Te parece? Nos ha mandado a los niños hasta que se recupere. ¿De acuerdo? Si nadie pregunta, no hace falta dar explicaciones. Y más vale que reunamos a los niños cuanto antes para que entre sí se llamen primos, a ti te llamen tía Lola y a mi tío Juan. Y cuanto menos salgan a la calle, mejor.

—Está bien… Lo que tú digas. Ahora me tengo que ir. Espérate un rato a que yo vuelva; que no tardaré mucho y tú, mientras, despierta a los niños y les das de desayunar… Y explícales todo eso que me acabas de decir.

—¿Dónde vas con tanta urgencia?

—He quedado con Agustina para que me dé unas telas que me hacen falta para rematar un encargo del coronel Muñoz.

—¿Y tiene que ser hoy?

—Sí, marido —dijo ella malhumorada—, tengo que entregarle dos camisas el lunes y quiero que me dé tiempo. Tendré que hacerlo si queremos que nuestros hijos coman este final de mes.

Dolores lo dijo a conciencia, sabiendo que a su marido le dolía que su sueldo no diera para mantener la casa.

—Bueno, me quedo un rato, pero procura darte prisa —concedió Juan.

La brava costurera se anudó con fuerza las puntas de la fina mantilla sobre el pecho y sin más se dispuso a salir. Había quedado con Agustina que se pasaría por la zapatería a primera hora.

Juan conocía el rictus de su mujer cuando se enfadaba, que era más a menudo de lo que él desearía, y no le gustaba verla así.

—Anda, Dolores, ven aquí que te dé un beso, y no te vayas enfadada…

—Es que contigo, Juan, no se puede —refunfuñó ella, más aplacada en cuanto su marido la abrazó—. Siempre que vas a la Casa del Pueblo pienso que te puede pasar algo. Sé que son tus ideas y las respeto, Juan, pero no puedo evitar la inquietud por que te detengan o te pase algo malo; y más después de esa dichosa conversación que tuve con el coronel.

—Ya hemos hablado de ello, Dolores, y no te preocupes. Soy consciente de los riesgos, y soy prudente. Más de lo que yo quisiera, pero lo soy —confesó el maestro encofrador—. Anda, vete tranquila y tarda lo que quieras. Atenderé a los niños y les daré de comer si rezagas mucho.

—¡Qué va! —dijo ella riéndose— si estaré aquí antes de una hora. Cuida de ellos, dales de desayunar… y vigila el potaje, que hoy es domingo y te he puesto lo que te gusta, marido.

Un beso entre los dos devolvió las cosas a su sitio.

Cuando Dolores salió de casa no se dio cuenta de que un hombre la observaba desde la esquina de enfrente. Era un policía a las órdenes de Romero Funes que cumplía las instrucciones que Nestares había dado a su jefe.

Dolores se dirigió deprisa hacia la tienda de Agustina. Mientras caminaba no dejaba de pensar en el nombre que, desde hacía unos días, martilleaba su cabeza: Muñoz, el coronel de Artillería. Le inquietaba que así fuera, pero no lo podía evitar. Su memoria funcionaba como una mano que zurcía sin fin: una y otra vez volvía

a pasar el pespunte por el mismo sitio, aún a sabiendas de que la tela podía rasgarse. Era como un acto mecánico, como poner el agua para que se cocieran las verduras. No había que pensar para hacerlo. Solo se hacía. Y ese continuo ir y venir de su cabeza a la preocupación que sentía por lo que Muñoz pudiese tener en la suya, la estaba trastornando y la hacía más irascible.

Quince minutos después estaba en Mesones, delante de la zapatería de Agustina.

—Pronto has llegado, Dolores —le dijo Agustina después de abrirle la puerta de la tienda.

—Me dijiste que viniera a primera hora —se justificó la costurera. Apenas eran las nueve de la mañana.

—No, si tú has llegado a tu hora —dijo Agustina—. Es a mí a quien se le han pegado las sábanas. Me acabo de despertar y aún no he desayunado. Me he pasado toda la noche pegada a la radio…

—Ya… qué me vas a decir a mí. Estoy muerta de miedo por lo que se dice…

—¿Y Juan? —preguntó Agustina, que le tenía aprecio—. ¿Qué tal está?

—Muy bien. Ahora se ha quedado en casa con los chicos. Como están de huelga en la construcción, dice que irá a reunirse con los suyos en la Casa del Pueblo.

—Tienes una joya de marido, Dolores. Es honrado y cabal como él solo, y eso es para darse con un canto en los dientes tal y como son los hombres de por aquí.

A Agustina le gustaba apostillar como «de aquí» lo malo que se encontraba en su vida, dando a entender que «allí», lo que hace al extranjero, era siempre mejor.

—La verdad es que más bueno que el pan, honrado y trabajador, no como su hermano, que es un pinta de lo peor. Juan ha sacado lo bueno y Pepe todo lo malo.

—Bien que lo conozco yo a ese calavera, Dolores —dijo «La Zapatera».

—¿Tú conoces a Pepe?

—Sí, amiga. Lo conozco de antes de irse a Asturias, cuando empezó a rondar a los anarquistas. Me lo presentó Galadí, que siempre ha sido un defensor de mis ideas.

—¿El Galadí?

—¿Te sorprende?

—Por lo que sé de él es un pistolero, un matón.

—Es un hombre de acción —corrigió Agustina—. Es un hombre de «la idea» y de la «propaganda en el hecho», un idealista. Y un buen amigo de las mujeres…

—Eso no me extraña, como se parezca a mi cuñado…

—No seas machista, Dolores —volvió a corregir «La Zapatera»—. Hay hombres que no nos ven solo como hembras para preñar…

—Pues será el Galadí, porque como te refieras a mi cuñado…

—Sí, claro —precisó Agustina—, me refiero a Galadí, porque tu cuñado es de lo peor. Hablo así de él porque estoy delante de ti, porque si no, no diría nada.

—Puedes hacerlo con toda libertad, Agustina. A mí me tiene harta y a mi marido también. Aunque mi pobre Juan, como es su hermano, le aguanta más de lo que debiera.

—¿Y cuál es la última «hazaña» —y recalcó la palabra— en la que está metido el golfo ese, aparte de andar por las tascas dando sablazos?

—Mira, Agustina, estoy indignada. Contigo tengo confianza y te lo puedo contar.

—Espera un momento, que me acerco al reservado y te traigo el corte de algodón y, de paso, una jarra de agua fría, que vamos a pasar un buen rato despellejando al pollo.

A los dos minutos volvió con la tela doblada y la jarra de agua fría.

—¿Pues no se presenta el otro día en mi casa, cuando yo no estaba —empezó a explicar Dolores sentada en una silla frente a Agustina y con las manos sobre el envoltorio que protegía el corte de algodón— y le pide dinero a su hermano?

—No me digas… —se burló Agustina—. Ese es José, que ya no sabe cómo camelar a la gente para darles el sablazo.

—Eso pienso yo…

—El otro día lo intentó con una amiga mía, que es gitana y trabaja de puta en el Sacromonte, pero pinchó en hueso. ¡Buena es «La Pocha»! Es compañera del partido.

—¡No me digas! ¿También pide dinero en los burdeles?

—Sí, hija mía, sí; les pide dinero a las putas. Pero te aclaro que «La Pocha» no trabaja en un burdel. Ella es dueña de su cuerpo y trabaja por su cuenta. Está emancipada y lucha contra el proxenetismo.

—Desde luego no tiene ninguna vergüenza, si es que le quedaba alguna.

—José siempre ha sido un golfo —sentenció.

—Bueno, Agustina —dijo Dolores levantando un poco la voz—, ya ajustaremos cuentas cuando cobre las camisas. ¿Te parece?

—Por supuesto, Dolores —la interrumpió su amiga—, no tienes que darme ninguna explicación. Tú tienes hijos y yo estoy sola, y aunque tengo a mi madre no se puede comparar. Así que no se hable más… ya me pagarás.

Las dos mujeres se besaron para despedirse.

Mientras Agustina se enfrascaba en sus cosas de la tienda Dolores paró en Plaza Nueva para comprar unos tejeringos para los niños y el periódico de los domingos.

«El Ideal» anunciaba en portada el nuevo Gobierno que había nacido a las cinco de la madrugada. El Presidente de la República, don Manuel Azaña, había encargado formar el gabinete al sevillano Diego Martínez Barrios, que se ocupó de la Presidencia y nombró al general Miajas para el Ministerio de Guerra. Con ellos estaban Giner de los Ríos en Trabajo, Azcárate en Estado, Giral en Marina, Feced en Agricultura, Ramos en Hacienda, Blasco Garzón en Justicia, Lluhí en Comunicaciones, Domingo en Instrucción Pública, Lara en Obras Públicas, Álvarez Buylla en Industria y Sánchez Román como

ministro sin cartera. Al lado de eso el periódico contaba de los decretos del Gobierno saliente destituyendo a los generales Cabanellas, Franco, González de Lara y Queipo de Llano.

En tercera página el periódico derechista decía que «el gobernador civil no tenía ayer noticias que comunicar a los periodistas» y que «se encontraba indispuesto en sus habitaciones particulares». Toda una manifestación de deseo en los redactores del diario católico.

49

Granada. 19 de julio de 1936 (mediodía)
Huerta de San Vicente. Granada.

—Residencia de Estudiantes. Dígame.

—¿Me puede pasar usted con José Bello, por favor?

—Un momento… voy a ver si está. ¿De parte de quién?

—Dígale que le llama don Homobono Picadillo, de Granada. Él me conoce.

Mientras la telefonista buscaba a su amigo, Federico aprovechó para encender un cigarrillo. Quería saber lo que pasaba en Madrid y sabía que Pepín, que no tenía partido, le contaría la verdad.

—Dígame, don Homobono…

—Pepín…

—¿Cómo estás, Federico?

—Bien, ¿y tú?

—Jodido, Federico. No me he acostado todavía… y estoy roto.

—¿Cómo están las cosas por Madrid?

—También jodidas, como yo. Aquí hay un lio montado…

—¿Qué pasa?

—Los militares…

—¿Se han sublevado ahí también?

—Aquí se han sublevado un poquito… —quiso bromear Bello.

—¿Qué es eso de un poquito?

—Pues esta mañana, que lo está dando la radio. Resulta que Fanjul se ha puesto el uniforme, se ha metido en el Cuartel de la Montaña y ha declarado por su cuenta el estado de guerra.

—¿Y…?

—Pues nada, que ahí lo tienes.

—¿Y ha pasado algo?

—No, nada. Se ha encerrado en el cuartel con los que había dentro y ahí está, que ni él sale ni los otros entran… ¡De locos! ¡Y, encima, cambian el Gobierno!

Pepín relató cómo aquella mañana Fanjul se había presentado vestido de paisano en el cuartel para hacerse cargo de él, cosa que le resultó sencilla porque la mayoría de la oficialidad estaba por la labor de echarse al monte. A los oficiales leales al Gobierno los facciosos les quitaron el uniforme y les pusieron desnudos en la calle y, mientras, más de doscientos falangistas se encerraron con los sublevados. Fanjul esperaba que las demás instalaciones militares se levantaran con él, pero no fue así porque las milicias del Frente Popular ocuparon las calles de la capital y sofocaron los pocos focos de insurrección que se habían sumado a la asonada.

Fanjul había quedado encerrado en su propia trampa y estaba rodeado por las milicias populares que contestaban con rabia al fuego de fusilería de los encerrados. La radio iba dando cuenta de lo que pasaba y todo Madrid estaba en la calle contra los golpistas, que habían perdido su oportunidad de arrestar al Gobierno.

—¿Pero hay muertos?

—Alguno que otro, Federico. Hay francotiradores fascistas disparando desde algunas terrazas, pero las milicias les están cogiendo a todos. Aquí hay muy mala hostia contra los fascistas… En Madrid no les ha salido bien.

—Menos mal… —dijo García Lorca sin mucho convencimiento, mientras recordaba la discusión con su padre de la noche anterior.

Lo que no sabían ni el poeta ni su padre ni Pepín Bello era que el recién nombrado Gobierno de Martínez Barrios llevaba horas intentando negociar con Mola un acuerdo que integrara a los militares en el gabinete a cambio de que depusieran la sublevación.

—¿Tú estás bien?

—Ya te he dicho que no he dormido, que esto parece una verbena, pero por lo demás estate tranquilo, que no pasa nada. ¿Y

por Granada, cómo van las cosas?

—Aquí no pasa nada —dijo Federico que no sabía de la misa la mitad y no se imaginaba lo que se estaba cociendo en los cuarteles *—. Los militares no han dicho nada, parece que están con el Gobierno…*

—Mejor —se alegró Pepín*—. Con la de turistas que habrá por allí no creo que se atrevan a dar el espectáculo. Por cierto…*

—Dime…

—¿Leíste ya «La casa de Bernarda Alba» en tu pueblo?

—Sí. La leí el otro día en Granada, en casa de un músico amigo mío.

—¿Y qué tal?

—Un exitazo, Pepín. Aplaudieron a rabiar.

—¿Y tu familia qué dice? —Bello sabía perfectamente las equivalencias que había debajo del texto de su amigo.

—No han dicho nada —mintió Federico que no le iba a explicar la bronca que le había echado su padre en cuanto recibió las primeras quejas de sus parientes. Federico había salido al paso prometiéndole que nunca la representaría en un escenario, que es lo que después dijo su padre a los quejosos para salvar los muebles de la convivencia familiar de un clan tan complicado como el suyo.

—¿Has quitado a los «putrefactos»?

—Bastantes hay sueltos por las calles de aquí para que yo ponga más en el texto.

—Has hecho bien, amigo —concedió Bello*—. Por cierto, tengo un recado para ti…*

—¿De quién?

—De Marichalar, que me llamó el otro día desde Biarritz.

—¿Y qué quería?

—Nada. Me dijo que te deseara un feliz veraneo y preguntarme que cuando volvías a Madrid.

—Dile que a mediados de septiembre —mintió Lorca, que no pensaba volver a poner los pies en Madrid por mucho tiempo.

—Se lo diré cuando me llame.

—Por cierto, Pepín…

—Dime…

—Apunta mi teléfono, que mi padre ya lo ha puesto en la Huerta.

Federico le dictó el número, que Pepín Bello apuntó en la pared de la cabina de la Residencia.

—OK… ya lo tengo.

—Llámame de vez en cuando y me dices como van las cosas. ¿Vale?

—Vale, don Homobono.

—Un beso, Pepín —se despidió el poeta. Sería la última vez que escuchara la voz de su amigo.

—Otro para ti, Federico.

50

19 de julio de 1936 (por la noche)
Comandancia Militar. Granada.

—Bueno, Cisneros, déjese de rodeos, lo que usted quiere saber es si yo estoy con los sublevados o con la República. Sepa usted, y dígaselo al ministro, que prometí por mi honor ser fiel a la República y yo cumplo siempre lo que prometo.

—Así lo haré, mi general. No esperaba otra respuesta de usted.

Así respondía a las diez de la noche del día 19 de julio el general Campins, desde su despacho en la Comandancia Militar de Granada, al aviador Hidalgo de Cisneros, que le llamaba desde el Ministerio de la Gobernación en Madrid para saber de qué lado estaba su comandancia. Aquella mañana había caído el Gobierno de Diego Martínez Barrios. Apenas había durado un día y había fracasado en procurar un acuerdo con los golpistas, perdiendo un tiempo precioso en organizar la defensa de la República a través de las milicias del Frente Popular. Le sustituía José Giral, de Izquierda Republicana, que además de la Presidencia del Gobierno se reservaba la cartera de Marina.

Al frente de Gobernación estaría el general Sebastián Pozas, que se ayudaba de Sarabia e Hidalgo de Cisneros, y en el Ministerio de Guerra, el también general Luis Castelló. Bernardo Giner de los Ríos continuaba en el Gobierno. Este nuevo equipo, más consciente de la situación que su predecesor, había decidido armar de inmediato a las milicias de los partidos y sindicatos del Frente Popular. Se habían perdido casi dos días cruciales para el futuro de la Segunda República. El mismo Hidalgo de Cisneros había evitado que se sublevase el aeródromo de Getafe, dejando aislado de apoyo aéreo

al general Fanjul. El coronel Hidalgo, que había sido ayudante militar de Casares Quiroga, se había incorporado al gobierno Giral como subsecretario del general Pozas y estaba haciendo esa noche una ronda telefónica sobre las guarniciones que aún podían presumirse leales.

Era la segunda vez en el mismo día que Campins se había visto obligado a hacer una declaración acreditando su fidelidad constitucional. «Señores vamos a deshacer equívocos. El alzamiento militar ha fracasado totalmente. Yo espero de ustedes que dejen de fantasear y guarden absoluta fidelidad al gobierno de la República. En otro caso, habrán de temer los que intentaren una actitud contraria. Tengo orden del Ministerio de la Gobernación para que entreguen las armas depositadas en este cuartel. Espero que esa orden se cumpla exactamente». Esa había sido su declaración a los jefes y oficiales del regimiento cuando, acompañado por Rosaleny, una hora antes se había presentado en el cuartel de Artillería para ver el grado de acatamiento de sus órdenes.

El 19 de julio estaba resultando uno de los días más largos en la vida del general Miguel Campins.

La noche del día 18 al 19 había pasado sin más incidentes y Campins, que mandó salir a Valdés de la residencia de oficiales en cuanto sonó diana, algo sabía de los movimientos de su ayudante cerca de los dos regimientos por el reporte que a primera hora le hizo el gobernador civil.

Después de desayunar, Campins pidió su coche y en compañía de su ayudante se presentó en los dos cuarteles bajo su mando para inspección y ver cómo estaban las cosas. Tanto Muñoz como León se comportaron con toda normalidad presentándole novedades y únicamente la presencia de camionetas de los de Asalto cerca de los acuartelamientos sugería que el gobernador civil no las tenía todas consigo respecto a los uniformados.

Campins volvió a la Comandancia Militar, escuchó la misa que ofició el capellán castrense en el pabellón de oficiales y se fue a su

despacho. Eran las once de la mañana del domingo, las tropas seguían acuarteladas y no había incidentes en la calle. A las once y media recibió una llamada de Madrid, era del Ministerio. El general lo recordaría así en su diario personal: «Me llama el Ministro Castelló (primera noticia de que lo es) y me dice con mucha coba que hay que preparar una columna contra Córdoba, que estaba en poder de los sublevados; le digo que es muy peligroso pues dado el estado de ánimo de los oficiales, las tropas que vayan pueden sumarse en vez de restar; le molesta mi franqueza y cambia el teléfono con Sarabia que se ve es el verdadero Ministro; le digo que yo me veo negro para mantenerlas en Granada en la legalidad y que si las sacan (las tropas) solo Dios sabe lo que puede pasar; quedamos en que prepare una columna por si acaso y trayendo también el Batallón de Almería».

Al comandante militar, desconcertado por el cambio de Gobierno, no le gustó la orden y lo que hizo fue llamar a sus coroneles para comunicarles las novedades del ministro y pedirles su opinión. Los dos coroneles se opusieron a esa orden argumentando que los soldados que fueran hacia Córdoba se unirían, indefectiblemente, a los rebeldes. «Mejor es tener la tropa aquí, controlada, que suelta por ahí, Miguel, vaya usted a saber para qué», le dijo Basilio León, que era con quien tenía más confianza.

Cuando Rosaleny supo de la orden de Madrid decidió dar un paso más y se reunió, a pocos metros del despacho de su jefe, con Morillas, Cobo, Sánchez, Gosálvez, todos oficiales de la Comandancia, y también con Nestares, que se había presentado en Capitanía para coordinarse con Rosaleny, y allí acordaron bloquear el cumplimiento de la orden y descararse ya con su jefe, al que daban por perdido para la sublevación.

Mientras, en el gobierno civil, César Torres recibía de su ministro la misma instrucción que había recibido Campins del suyo: que formara una columna con civiles y acudiera a Córdoba cuanto antes. Como fuera que Torres no conseguía armas de los militares y

Campins le dijera que él tenía que formar la columna con los suyos y no con civiles y que, además, le estaban remoloneando con la orden, el gobernador civil tiró por la calle de en medio y encargó a un diputado socialista, a Ernesto Fernández, que la organizase bajo su responsabilidad. En ese momento los dos gobernadores dejaron de funcionar al unísono. El diputado utilizó la Casa del Pueblo como banderín de enganche para organizar el alistamiento de voluntarios. Los miembros del Frente Popular ya tenían encendidas todas las alarmas desde que vieron que los militares no soltaban las armas ni tampoco los camiones para el transporte. Sus grupos de vigilancia civil, además, tenían perfectamente localizadas las idas y venidas de oficiales con escolta armada de un cuartel a otro, pese a que las tropas estuviesen acuarteladas. La tensión iba en aumento y los dos bandos estaban a punto de enfrentarse conforme pasaban las horas.

Como no se conseguía transporte para Córdoba César Torres ordenó a la comisaría de policía que le diera una lista de camiones de particulares para requisarlos, pero solo consiguió dilaciones de los hombres de Romero Funes. Así las cosas, fue Fernández-Montesinos quien resolvió parcialmente el problema prometiendo a Torres los servicios de veinticuatro taxistas que ofrecían sus vehículos voluntariamente. También se personaron en la Casa del Pueblo Francisco Galadí y Joaquín Cabezas, al frente de un importante grupo de anarcosindicalistas, para sumarse a la columna. El comité de enlace UGT-CNT estaba dando sus frutos.

En esa mañana, y siempre a espaldas de Campins, Rosaleny comprometió para la sublevación a los oficiales del Centro de Movilización, a los de la Caja de Reclutas n.º 18, que eran de los de Nestares, y a los oficiales de Intendencia e Intervención, que eran de los de Valdés. Después, utilizando como pretexto detonante la orden de intervenir contra Córdoba, apalabró por teléfono con Muñoz y León la disposición de sus regimientos y, con esas bazas en su mano, solo le faltaba garantizarse a los de Asalto y la Guardia Civil, porque de la Policía ya se había encargado Nestares. Para

perfilar detalles con los regimientos, Rosaleny usó a los capitanes Nestares y Acosta, encomendándoles a cada uno un regimiento. Acosta se encargó de los de Artillería, donde Bouzo no le puso ningún problema, y Nestares, que se hizo acompañar por el teniente Pérez Martínez de la Victoria, se encargó de los de Infantería, que le seguían poniendo pegas. En el cuartel de la Merced decían los de León Maestre que «todos queremos echarnos a la calle, pero nos falta un jefe». Valdés, mientras, daba las últimas instrucciones a sus falangistas para que se encuadraran detrás de los regimientos cuando saliesen a la calle. De igual modo disponía qué escuadras se tendrían que personar en la jefatura de Policía para ayudar a Nestares cuando llegase el momento definitivo. Entre todos estaban tejiendo la red con la que iban a cazar a Campins y a cuantos civiles y militares quedaran fuera de la conspiración o fuesen declarados enemigos. El coronel Basilio León Maestre decidió dar una última oportunidad a su amigo Campins, y poco antes de la hora del almuerzo le llamó a su despacho para proponerle que firmase el bando declarando el estado de guerra. «Con eso no te opones al Gobierno y dejas tranquilo a Queipo y los suyos, que aquí son muchos», argumentaba León, al que se le hacía cuesta arriba sublevarse contra su amigo. La tesis de León Maestre era que para garantizar el orden público nada impedía al comandante militar decretar un estado de guerra, con carácter preventivo, y así ganar tiempo sin enfurecer a Queipo hasta ver donde terminaban las cosas. Campins, que todavía confiaba en su amigo, le encargó que sondeara al coronel de la Guardia Civil, que era íntimo de León, para saber por dónde respiraban los de la Benemérita. León Maestre aceptó el encargo, aunque sabía la respuesta de antemano, y le insistió otra vez en que pensara decretar el estado de guerra.

A Campins no le pareció mala idea y decidió convocar para primera hora de la tarde a su comandante ayudante y a Miralles, el jefe de su Estado Mayor, a fin de recabar su opinión al respecto. A los dos oficiales les pareció bien la medida, pero, pese a ello,

Campins no tenía claro que dar ese paso no supusiese su rompimiento con el Gobierno de Madrid, y más si tenía que explicárselo a Sarabia, que era el hombre fuerte del nuevo Ministerio y con el que no tenía ninguna sintonía. Por si acaso Campins despachó después con Miralles las medidas a tomar en el caso de decretar el bando de guerra. Con su jefe de Estado Mayor acordó dividir la ciudad en zonas, cómo sería la distribución de las fuerzas y cuales los lugares de inmediata ocupación, que determinaron que fueran la radio, las oficinas de la compañía telefónica y las subestaciones eléctricas. El plan esbozado no contemplaba la ocupación de establecimientos civiles ni dependencias políticas.

A esa misma hora se reunía otra vez, en la sede de Izquierda Republicana, el comité granadino del Frente Popular. Los comisionados todavía confiaban en Campins y no estaban por la labor de sacar a sus afiliados a las calles de Granada, aunque consentían en ayudar a formar la columna sobre Córdoba. Pero no todos estaban de acuerdo y algunos exigían que se tomaran medidas contra los militares sospechosos de sublevación. Fue el doctor Rodríguez Contreras, de Izquierda Republicana, quien dejó clara esa posición menos ingenua. «Miren —les dijo a los del comité — esta noche podemos detenerlos a todos y se acaba, y aquí no hay levantamiento pese al alzamiento militar de Sevilla», pero no le hicieron caso, ni siquiera el gobernador civil. Torres, pese a todo, seguía confiando en Campins.

El general comandante militar, cuando terminó la tarea con su jefe de Estado Mayor, volvió a girar visita de inspección a los regimientos. Eran casi las siete de la tarde cuando entró en el de Infantería. El coronel León y su ayudante le estaban esperando en el patio del cuartel. Su amigo le dijo que todavía no había podido localizar al de la Guardia Civil y que las cosas estaban en orden, pero Campins, que recorrió las instalaciones otra vez, notó perfectamente el malestar de los oficiales y el cuchicheo a su paso, aunque no apreció nada que debiese preocuparle severamente.

A las nueve Campins estaba de vuelta a su despacho. Preguntó a Rosaleny por Valdés, del que no había tenido noticia en todo el día, y su ayudante le dijo que había vuelto a Padul con la familia, pero que estaba disponible para el mando cuando el general le reclamase. La verdad es que a Campins, pese a los avisos de Torres, le había caído bien Valdés y el saberle fuera de Granada, cosa que era mentira, hizo que se le olvidara la prevención sobre el comandante de la noche anterior.

Y mientras esperaba la cena escuchó radio Sevilla. «*¡Españoles!: El Gobierno agonizante con un cinismo solo comparable a su miedo incontenido, anuncia por la radio la sumisión de todas las fuerzas que han asumido el honroso empeño de salvar a la Patria* —declamaba Queipo de Llano—. *Pronto se convencerá ese Gobierno indigno, por propia experiencia, de que el movimiento triunfante en toda España avanza con paso seguro hacia la capital de la República. Fuerzas de Regulares, tras de dominar Cádiz, avanzan sobre Sevilla. Dos banderas del Tercio y un Tabor de Regulares, han dominado sangrientamente La Línea y avanzan sobre Málaga y Granada. Columnas de las Divisiones del Norte estarán muy pronto a las puertas de Madrid. Esta es la situación que ese Gobierno disimula, escondiendo la cabeza lo mismo que el avestruz. ¡Españoles! España está salvada. ¡Arriba los corazones! ¡Viva España! ¡Viva la República!*».

Después de cenar lo que le había preparado la mujer de José Palao, que esa noche fue una sopa de picadillo y unas chuletas de cordero con ensalada, y escuchar la soflama de quien se tenía por su nuevo jefe, Campins, sacó recado de escribir y se dispuso a redactar la carta que cada noche escribía a su esposa.

«*Lolín*:

Te escribo hoy bajo una serie de impresiones penosísimas. Las radios te habrán puesto al corriente, y si no, no habrá faltado una amiga piadosa que te haya dado el disgusto. Temo más el tuyo que el mío.

Antecedentes: Ya sabes en las condiciones en que vine a esta hace tan pocos días. La oficialidad conspiraba. Hace tres o cuatro días me avisó el Ministro Casares que en Melilla y Canarias habían ocurrido cosas y me dio el encargo de ver los cuarteles para ver cómo estaba la gente. Los vi, y estando en el de Infantería me llamó Villa-Abrille desde Sevilla para pedirme impresiones; se las di buenas.

Por la tarde a las tres y media me llaman al teléfono y sin decir quien, ni de donde, me ordenan declare el estado de guerra. Pregunto quién me da la orden y me contestan que la jefatura de la Segunda División; no me conformo pues no conozco la voz, y me dicen que Queipo de Llano que se ha hecho cargo del mando. Esa es la primera noticia que se me da del movimiento.

Hay los antecedentes de ese señor; que lo he visto amotinarse en Madrid en contra de las recompensas, luego en Larache a favor. Conspira a favor de la dictadura de Primo de Rivera y luego se subleva contra lo mismo. Lo hace también en contra de la monarquía y luego a favor de un movimiento derechista.

Yo soy hombre consciente de mi responsabilidad y por tanto no meto a tontas y a locas en un riesgo serio a las tropas que me confían, tanto menos cuanto que no sé cómo piensa la oficialidad, las clases y la tropa, y además en la población hay más tranquilidad que nunca.

Por otra parte, nadie contó conmigo y yo no tengo vocación de borrego. Por tanto, me negué con las mejores palabras que pude.

Por la tarde no tuve comunicación con Sevilla, pero a las seis volvió otra vez a preguntarme si había cumplimentado la orden. Dije que no; entonces se me habló de Franco y de no sé cuántas cosas más y yo como no me fío de ese señor, me mantuve en mi puesto, tanto más cuanto que la tranquilidad material en la calle era absoluta y no la iba a alterar yo.

Se cortaron las comunicaciones con Sevilla y yo me mantuve en mi puesto durante tres días. Pero con lo que pasaba fuera, la nerviosidad en autoridades y en la oficialidad aumentaba, la atmósfera se enrarecía, por aquellas órdenes absurdas, la gente en la calle hablaba de asaltar los cuarteles, pero como la paz en la calle era absoluta no quería romperla yo.

No quiero tener nunca sobre mi conciencia la responsabilidad de haber derramado sangre de nadie porque sí».

Mientras Campins se confesaba con su mujer en esos términos, otro hombre también escribía un folio a la misma hora en otro punto de Granada. Era Constantino Ruiz Carnero que, en su redacción de «El Defensor de Granada», preparaba la portada de su periódico para salir al día siguiente:

> «**Todos al lado del poder público**:
>
> En los momentos dramáticos por que atraviesa la vida española, todos los hombres liberales, todos los sectores políticos y sociales que representan un movimiento progresivo en las costumbres públicas, todos los ciudadanos que aspiran a la afirmación de un régimen de Justicia y Libertad, todas las masas obreras y todas las organizaciones republicanas deben agruparse fervientemente alrededor del Poder legítimamente constituido por la voluntad soberana del pueblo. Con absoluta serenidad, con plena conciencia del deber, con perfecto sentido de la responsabilidad que a todos incumbe en estos instantes, hay que fortalecer la actuación del Gobierno y de las autoridades de la República. **¡Toda la España republicana y proletaria en pie al lado del Poder Público!»**.

Decía el amigo periodista de Federico García Lorca, que tenía perfectamente claro, no como el poeta, lo que debía hacer y decir en esos momentos terribles.

51

19 y 20 de julio de 1936.
Diario del general Campins. Granada.

Así contaba Campins lo que pasó en la Comandancia Militar durante la noche del día 19 y durante la mañana del día 20 en Granada. Estas notas de su puño y letra se aportaron como pieza probatoria a su consejo de guerra.

«Segunda orden disparatada. A altas horas de la noche me llama al teléfono el Gobernador y me dice que el Ministro de la Gobernación (Pozas) le acaba de encargar se organicen milicias armadas para acudir a donde fuera preciso; ya por la tarde me había hablado de otras de Jaén contra Córdoba; que le había dado orden de recoger las armas que tenía depositadas en el cuartel de Artillería y por tanto me las pedía; yo le contesté que imposible; que ni las entregaba a paisanos ni aceptaba que estos fueran al cuartel y menos de noche; discutimos me dijo que también había hablado con el de la Guerra que le había encargado me transmitiese esa orden; por fin quedamos que esas armas eran solo un depósito en el cuartel, pertenecientes a Gobernación, y además solo escopetas y pistolas recogidas en cacheos y revoluciones anteriores, se entregarían solo a la Guardia Civil, mediante triplicada relación y con todas las formalidades reglamentarias; que esta las sacaría de la provincia siempre en su poder y fuera de ella ya veríamos; mediaba su palabra, el hacerse también cargo de la responsabilidad y peligro de armar esas milicias que él tampoco quería en su provincia.

Yo, pensando que esas formalidades de entrega serían lentas y me darían tiempo, ordené a Artillería se permitiera la entrada de una camioneta de la Guardia Civil y solo a ella permitir la entrega; desde este momento quedó decidido mi ánimo al estado de guerra; tanto más cuanto que no pude en aquella noche comunicarme con el Ministro; pero lo que quería yo a toda costa evitar era lo ocurrido en Málaga, luego en Almería y también en algunos barcos de guerra; el que saliera la fuerza a la calle y la tropa se

desbandara, abandonara o agrediera a sus oficiales, lo que sería un enorme ridículo; en este sentido también había prevenido a los coroneles en la tarde anterior (salón amarillo), encargándoles reclutaran y metieran en filas, con uniforme, elementos afectos y seguros; Artillería lo hizo; Infantería no lo hizo. Tampoco quería sacar las fuerzas a la calle para enfrentarlas con otras, Asalto, Guardia Civil, etc.; eso podía ser el fracaso; de Guardia Civil, salvo las presentaciones reglamentarias a mi llegada, no sabía nada; de Carabineros lo mismo.

Día 20. Tercera serie de disparates. Coincidiendo o alternando con las llamadas anteriores soy llamado por el teniente coronel Pastor, en las últimas horas del día anterior, para preguntarme por el comportamiento del teniente jefe de la Base de Armilla (Guerrero); contesté que aunque poco tiempo a mis órdenes funcionaba bien; me dijo Pastor que se preparaba una operación en que había que utilizar esta Base, y que para ello era preciso separar de su puesto a ese oficial y a otro que eran elementos peligrosos; yo no veía medio; me dijo que hablara con Ortiz, de Los Alcázares, pues él vería la forma y vendría aquí; llamé a Ortíz y le encontré muy escamado; no quería venir estando esos oficiales y me dijo los mandara en vuelo a Los Alcázares y cuando yo los tuviera allí, vendría él o un capitán con los aparatos; me chocó tanto temor; me dijo que al jefe de base Guerrero, teniente Peñafiel y al tercero, un alférez, los llamara a la Comandancia Militar y los tuviera allí hasta que llegara un capitán a hacerse cargo de la base; los llamé; vinieron; les hice se pusieran al habla con Ortíz; lo hicieron; este no les dijo nada en concreto y cuando llegó el capitán les devolví; el capitán me pidió pasaporte para que dos fueran a Los Alcázares por ferrocarril; se lo di; todas estas conferencias y manejos me llenaban de asombro y también me demostraban debilidad o excesivos temores en el mando central; no se marcharon; sus visitas a Artillería; el Teniente Pérez Victoria.

Por la tarde se me presentan dos armeros de la calle Mesones diciendo han recibido órdenes de la policía de entregar las municiones sin formalidades; pregunto al Gobernador; me dice que sí es cosa suya; pienso que ya no hay más remedio que declarar el estado de guerra.

Avisa a poco el Gobernador que en Artillería están repartiendo armas y vestuario, que van a salir; voy al cuartel avisando antes y solo con el ayudante; me esperan todos en la puerta; escenas desagradables en la sala de estandartes; la exaltación del teniente Pérez Victoria; aquello es un soviet de oficiales; los jefes dominados por los tenientes; todo lo tenían preparado

para el estado de guerra; hasta ahora no se me dice que cuentan con la Guardia Civil; no quieren que vaya a Infantería, aunque les digo que me sumo a ellos; unos me abrazan y dan vivas; otros me increpan; salgo acompañado con el coronel y un comandante; en Infantería estaban de acuerdo; el estado de guerra; el bando».

III
MADRUGADAS DE MUERTE

Tres golpes de sangre tuvo
y se murió de perfil

52

20 de julio de 1936 (primera hora de la tarde)
Comandancia Militar. Granada.

—Esto es lo que tienes que firmar, Miguel —le dijo Basilio León Maestre ofreciéndole el texto mecanografiado del bando declarando el estado de guerra en su jurisdicción militar.

Detrás de León estaban el coronel Muñoz, el comandante Rosaleny, el comandante Miralles, el comandante Rodríguez Bouzo y el capitán Morilla, todos ellos armados con sus pistolas de reglamento.

El general tomó el papel que le ofrecían y se quedó leyendo el documento.

«Don Miguel Campins Aura, general de brigada y comandante militar de esta plaza, hago saber:

Artículo 1.º En vista del estado de desorden imperante en todo el territorio de la Nación desde hace tres días, ausencia de acción del Gobierno Central y con el fin de salvar a España y a la República del caos existente, desde este momento, queda declarado el estado de guerra en esta provincia.

Artículo 2.º Todas las Autoridades que no aseguren por todos los medios a su alcance el orden público, serán en el acto suspendidas en sus cargos y responsables personalmente.

Artículo 3.º El que con propósito de perturbar el orden público aterrorizase a los habitantes de una población, realizase alguna venganza de carácter social, utilizase explosivos o sustancias inflamables o emplease cualquier otro medio o artificio proporcionado o suficiente para producir graves daños, originar accidentes ferroviarios o en otros medios de locomoción terrestres o aéreos, será castigado con la máxima pena que establecen las leyes vigentes.

Artículo 4.º El que sin la debida autorización fabricase, tuviese, transportase o emplease armas, explosivos o materias inflamables, o las

expidiese o facilitase a los que luego las empleen para la comisión de los delitos definidos en el Artículo anterior será castigado con la pena de arresto mayor en grado máximo.

Artículo 5.º El que sin inducir a otros a cometer los delitos del Artículo 3.º, provocase públicamente su comisión, o hiciese la apología de la infracción o de su autor será castigado con la pena de arresto mayor, en su grado máximo, a prisión menor.

Artículo 6.º El robo con violencia o intimidación en las personas, ejecutado por dos o más malhechores, cuando alguno de ellos llevase armas y del hecho resultase homicidio o lesiones de las especificadas como graves por la Ley, será castigado con la pena máxima.

Artículo 7.º Todo individuo que tuviese en su poder armas o explosivos de cualquier clase deberá entregarlos, antes de las veinte horas del día de hoy, en el puesto militar o de la Guardia Civil más próximo, o será castigado con la pena del Artículo 4.º.

Artículo 8.º Los grupos de más de tres personas serán disueltos por las fuerzas con la máxima energía.

Granadinos: Por la paz perturbada, por el orden, por el amor a España y a la República y por el restablecimiento de las leyes del trabajo, espero vuestra colaboración a la causa del orden.

¡Viva España! ¡Viva la República!

Granada a 20 de Julio de 1936».

Resultaba evidente para todos los congregados que su jefe no quería firmar lo que le habían puesto delante, pero Campins sabía que no podía negarse. El general dejó el papel encima de la mesa y se quedó mirando a sus oficiales en silencio.

Al cabo de unos momentos que a todos se les hicieron eternos el general sacó su pluma del bolsillo de la guerrera.

—Es lo mejor que podías haber hecho, Miguel —le dijo Basilio León dándole una palmada en el hombro cuando vio que la mano de su amigo rubricaba el documento.

Cuando Campins cerró su pluma estilográfica, el capitán Morillas tomó el documento y sin despedirse de su superior abandonó el despacho del general para llevar el escrito a la imprenta militar y

leerlo por su voz en la puerta de Capitanía antes de que saliese publicado, cosa que sucedería media hora después.

Con esa firma Campins ponía fin a una situación que se le había ido de las manos y que desde cinco horas antes se había volcado, irremediablemente, a favor de los sublevados, que ya eran dueños de la calle en ese momento. Y eso se debía, fundamentalmente, al trabajo de última hora de Valdés y de Nestares, los dos francos de servicio y dedicados exclusivamente a sacar de los cuarteles a sus compañeros. Cada uno por su lado había inclinado la balanza a favor de todos aquellos que esperaban como agua de mayo que los militares se echaran a las calles granadinas siguiendo las proclamas del extravagante Queipo de Llano, que había encontrado en la radio la más eficaz de sus tropas.

La cosa había empezado a las once de la mañana cuando Valdés, reunido con la dirección de la Falange granadina, pisó el acelerador de la conspiración y forzó la situación acabando con las indecisiones de algunos jefes militares. «Tenemos que entrar en Artillería antes de las cuatro y media —les ordenó—, porque a esa hora Campins repartirá las armas del cuartel entre las milicias del Frente Popular».

Con esa explicación, que era notoriamente falsa, y usando a cincuenta hombres de las centurias falangistas de Cecilio Cirre, Iturriaga y Pepiniqui Rosales, consiguió sacar a los de Artillería, que eran los más decididos a saltar.

Valdés lo consiguió introduciendo a sus camaradas en el cuartel por la puerta de atrás, porque el acceso principal estaba vigilado por las milicias de los sindicatos. La señal para que los soldados de puerta permitieran el acceso de los falangistas era que estos llevaran la chaqueta al hombro y dijesen «¡Arriba España!». A los infiltrados, como había pasado antes en Infantería gracias a Nestares, se les facilitó dentro armamento y uniformes, y todos ellos, bajo el mando de Valdés, ya estaban en la calle antes de que Campins firmase el bando. Con Valdés iba Díaz Pla, el jefe local de Falange Española.

A las doce de la mañana César Torres, al ver los movimientos militares, había pasado a la Comisaría central la orden de que requisaran las armas disponibles en las armerías particulares y se dispusiera su entrega a un grupo de milicianos de Alcalá la Real, que irían a recogerlas. El comisario jefe, José Jiménez Jerez, renuente ante la orden, remoloneó lo que pudo mientras los milicianos se le concentraban en la puerta.

Desde el Gobierno Civil se urgía la entrega de las armas cuanto antes. La puerta de la institución estaba protegida desde primera hora de la mañana por una sección de guardias de Asalto a las órdenes del teniente Martínez Fajardo, el hombre de Nestares.

Nestares tomó la Comisaría con la ayuda de los inspectores Mingorance, Ballesteros y Romero Funes, y se enfrentaron con los milicianos, matando a uno de ellos y deteniendo a casi todos los demás. De inmediato liberaron al agente Rescalvo, que estaba detenido allí por falangista, y se echaron a la calle a la misma hora que Valdés lo hacía desde Artillería.

—Vamos a tu pabellón, Miguel —le indicó Basilio León que, después del incidente en Artillería en que los oficiales casi le abofetean, procuraba no hacerle muy cuesta arriba al general su incómoda situación. Cierto era que Campins no estaba detenido, pero no era menos cierto que había perdido toda la autoridad entre sus hombres y que era un secreto a voces que podía ser relevado del mando en cualquier momento.

—Sí, será lo mejor —concedió un apesadumbrado Campins que no estaba en condiciones de objetar nada.

—Nos retiramos, señores —indicó el coronel León.

—¡A sus órdenes, mi general! —dijeron los demás oficiales, más por cortesía que por burla.

—¡Viva España! —apostilló Muñoz, el más descarado de todos, levantando el brazo a la manera fascista.

—¡Viva la República! —le devolvió Campins ajustándose el fajín rojo de general.

Nadie le contestó. Campins y León salieron del despacho. Rosaleny no pudo evitar una sonrisa despectiva aunque, pese a ella, se cuadrase al paso de su jefe.

—Manos a la obra, señores —ordenó Muñoz cuando León y Campins salieron del despacho.

Bouzo, Rosaleny, Miralles y el coronel de Artillería se fueron hacia la mesa de Campins y desplegaron un plano de Granada que llevaba Miralles.

—¿Ha sacado Valdés a los de Artillería? —preguntó Rosaleny.

—Sí, mi gente está ya en la calle —informó Muñoz—. Valdés va con sus falangistas, y a mis hombres les mandan el capitán Moreno y el teniente Laynez.

—Ahora hay que ocupar, cuanto antes, el Gobierno Civil, el cuartel de los de Asalto y el Ayuntamiento.

—Este es plan señores… —dijo Miralles, que para eso era el jefe del Estado Mayor de la brigada. Lo que les iba a exponer estaba acordado desde hacía casi una semana con Valdés y Rosaleny, y había sido ratificado a las diez de la mañana en un documento suscrito por los principales conjurados.

El jefe del Estado Mayor les explicó que habían salido cuatro baterías del regimiento y que una de ellas se estaba emplazando cerca de San Miguel, para vigilar el Albaicín y garantizar el control de la fábrica de pólvora «El Fargue». Otras baterías se estaban instalando en la Plaza del Carmen, en Puerta Real, en la Plaza de la Trinidad y en la Caleta. Además de ese despliegue de piezas de artillería, los camiones del regimiento, los que encabezaba Valdés, se dirigían hacía Gran Vía. Al cabo de media hora esa fuerza se detendría ante el cuartel de los de Asalto donde gracias a la complicidad de su jefe, el capitán Álvarez Lorenzo, los sublevados conseguirían que los guardias se unieran al levantamiento.

Desde ese momento el gobernador civil, y con él la legalidad republicana, se habían quedado indefensos en Granada.

—Y al final solo nos queda entrar en el Gobierno Civil y en el Ayuntamiento —concluyó Miralles.

Y a eso se disponía Valdés en ese momento, justo cuando su nombre salía de la boca de Basilio León Maestre.

—Otra cosa, Miguel —le dijo el coronel de infantería cuando los dos estuvieron a solas en la sala de su residencia particular.

—Dime, Basilio…

El coronel León llevaba con él una cartera de mano de piel de cerdo. Se acercó a la mesa del comedor y la abrió sacando un papel mecanografiado.

—Es el nombramiento del nuevo gobernador civil —le dijo ofreciéndole el documento—. Fírmalo, por favor.

—¿El nuevo gobernador civil? —preguntó Campins desconcertado —. ¿Y César Torres?

—El señor Torres ya no es el gobernador, Miguel. Tú has ordenado detenerle con el artículo segundo del bando.

—Pero Torres no ha alterado el orden público, Basilio —Campins se acordaba perfectamente de lo que había firmado—. Torres está a lo que le ha dicho el Gobierno, que repartiera armas para defender la situación. Él es un mandado, como yo.

—Mira, Miguel, no me lo hagas más difícil. Suerte tiene el gobernador de que no se han repartido armas entre las milicias, porque si hubiera sido así su mujer sería viuda esta noche. ¿No te has dado cuenta de lo que está pasando?

—Desgraciadamente sí, Basilio. Desgraciadamente sí. —Campins estaba hundido.

El general tomó el documento y lo leyó.

—¿Valdés? —preguntó extrañado—. ¿Queréis que este individuo sea el gobernador?

—Así son las cosas, Miguel —reconoció Basilio León, a quien el nombramiento no le hacía ninguna gracia tampoco.

—¿Pero de donde ha salido este?

—Es una decisión de todos ellos —explicó León refiriéndose a los que estaban en ese momento ocupando su despacho—. Valdés lleva meses organizando el bollo y aunque solo es comandante, es el verdadero cerebro del alzamiento.

—¿Un tío de oficinas?

—Sí, de oficinas —concedió León—, pero es uno de los jefes falangistas de aquí, encima se lleva perfectamente con los de la CEDA y, además, ha estado en contacto permanente con la gente de Queipo. Lleva enredando el asunto desde febrero.

Campins recordó ahora los avisos de César Torres respecto al comisario de Guerra que él siempre creyó exagerados. Valdés parecía el típico burócrata de guarnición y nada hacía pensar al verle que hubiera urdido la madeja que a él, todo un general con mucho oficio en el frente, le había enredado hasta asfixiarle.

—¿Por eso se presentó en mi despacho la otra noche, cuando el tiroteo?

—Seguramente. —León no pensaba reconocerle que no sabía nada de ese episodio.

Campins se quedó mirando el documento.

—Te lo he traído aquí para que no pasaras el mal trago de firmarlo delante de todo el mundo si te lo ponía delante Rosaleny.

—¡Valiente traidor! —exclamó Campins indignado solo con oír el nombre de su ayudante—, no me lo menciones.

—Fírmalo, por favor —insistió León Maestre que, pese a todo, quería ayudar a Campins en lo posible—. Es lo mejor.

—¿Y si no estoy de acuerdo? —Campins se resistía al trágala.

—¿Comprendes mi papel en todo esto, Miguel? —preguntó el de Infantería. Era evidente que León era la cara amable de los sublevados, pero uno de ellos, al fin y al cabo. En realidad, Basilio León Maestre era de los pocos oficiales de alto grado que habían puesto reservas a la sublevación. «Esto es una sanjurjada, es una locura», había dicho esa misma mañana, cuando Muñoz y los demás

le emplazaron a suscribir el acta de lo que serían los movimientos posteriores de las tropas.

—Creo que sí…

—Miguel, intento portarme contigo como amigo tuyo que me considero, compréndelo —se justificó Basilio León—. Te conozco desde hace tiempo y te aprecio sinceramente… y haré todo cuanto esté en mi mano para que se devuelva cuanto antes tu autoridad…

—¿Estoy arrestado? —le interrumpió el comandante militar.

—Desde luego que no, Miguel. Tú eres nuestro general, pero…

—Pero ¿qué?

—Miguel, este juego te ha superado. Llegaste a Granada cuando todo estaba preparado y se trata, o al menos eso intento yo, de que salgas limpio. Por eso es mejor que firmes y no hagas las cosas difíciles… recuerda lo de esta mañana.

El de Infantería se refería a cuando Campins y Rosaleny entraron en el cuartel de los artilleros. Allí Campins escuchó lo que no quería oír de labios del capitán Carrillo que le dijo «es usted un traidor», o sintió cómo le zarandeaba el exaltado capitán Pérez Martínez de la Victoria sin ningún respeto al grado ni a la edad. Campins sabía de sobra que de allí pudo haber salido detenido… o muerto. «¡El alzamiento no lo para nadie, la decisión es irrevocable!», había escupido Muñoz ante los suyos en cuanto Rosaleny sacó a Campins del cuartel de Artillería.

—Está bien, Basilio —se rindió Campins, que poco más podía hacer—. Confío en ti, y que sea lo que Dios quiera.

Miguel Campins Aura sacó de la guerrera su estilográfica y firmó una orden que desde ese momento iba a regar de sangre las calles de Granada.

Como si la telepatía obrase entre los golpistas, en ese instante Valdés y su gente llegaban a la puerta del Gobierno Civil con los camiones de Artillería. Ya estaban desplegadas por Granada todas las baterías según habían detallado en el acta. El plan de los facciosos funcionaba como un reloj y la indecisión de Torres y

Campins había dejado a los partidarios del Gobierno legítimo tan indefensos como a un rebaño de ovejas ante una jauría de lobos.

Veinte guardias de Asalto al mando del teniente Martínez Fajardo procuraban la seguridad del Gobierno Civil de Granada. Con ellos estaba el conductor del jefe local de la Guardia Civil, el teniente coronel Vidal Pagán, que se encontraba reunido con el gobernador a su requerimiento.

Torres, en ese momento, presidía la reunión del comité del Frente Popular. Con el gobernador estaban el presidente de la Diputación granadina, Virgilio Castilla, el socialista Rus Romero, el sindicalista Alcántara, Enrique Vargas, que era maestro nacional, y el mencionado teniente coronel. Cuando el teniente de los de Asalto que garantizaba la custodia vio llegar por la calle Duquesa a Valdés y sus falangistas, que serían más de ochenta hombres armados, no solo no dispuso la defensa del edificio público, sino que se sumó a los sublevados que ya tenían ocupada la comisaría de enfrente.

Entre todos, y con ellos Nestares, que vestía ya la camisa azul debajo de la guerrera, ocuparon en unos minutos el Gobierno Civil sin más resistencia que la de Virgilio Castilla, que llevaba un arma corta con la que solo hizo un disparo sin consecuencias. Todos fueron detenidos de inmediato sin ofrecer resistencia, Nestares le quitó la pistola a Castilla, y el teniente coronel de la Guardia Civil, que poco antes de que llegaran los sublevados garantizaba a los reunidos que «correrían la misma suerte que el gobernador civil», aprovechó el momento para declarar su fidelidad incuestionable al alzamiento.

Eran las seis y media cuando Valdés se instaló en el despacho de César Torres y empezó a disponer sus primeras órdenes al frente de su nuevo destino.

—Traten con respeto al señor Torres —fue todo cuanto dijo Valdés al sentarse en el sillón que le había robado por las armas.

A partir de ese momento comenzaría en Granada una de las represiones más criminales y feroces que se conocerían en la historia

reciente de España, un verdadero genocidio.

53

20 de julio de 1936 (primera hora de la tarde)
Casa de Juan Palao, calle Elvira. Granada.

—¿Está Juan?

—Sí, Braulio. Entra —ofreció Dolores franqueándole la entrada—. Estábamos terminando de comer.

Eran las tres y media de la tarde cuando Braulio Saldaña se presentó en casa de Juan Palao. El oficial encofrador pasó a la salita donde el matrimonio estaba comiendo. Los niños, sus hijos y los del capitán Nestares, ya lo habían hecho y estaban echados para la siesta.

—¿Qué pasa, Braulio? —le preguntó Juan al verle entrar desencajado y a una hora tan inusual. Pensó que tenía que ver con la obra del hospital, pues esa mañana Juan no había trabajado, porque seguía la huelga de la construcción, y por tanto no tenía información de lo que pudiera estar pasando.

El joven encofrador venía sudando y daba muestras evidentes de agitación. Sentado frente a la mesa, con su temple habitual y un pitillo entre las manos, Palao dejó los cubiertos sobre el plato, se levantó para recibir a su colega y en apenas unos segundos descifró en el rostro de su joven compañero eso que llaman terror.

—¡Que se han echado a la calle, Juan! —le contestó secándose el sudor de la frente con un pañuelo muy arrugado—. ¡Los militares están ocupando Granada!

—Eso no puede ser, Braulio. No digas tonterías —protestó Palao intentando calmarle—. Dale agua, Dolores. Siéntate, compañero. ¿Has comido?

Braulio no contestó. Sorbió el agua helada que le ofreció Dolores y se sentó junto a Palao, quien cruzó con su mujer una mirada cómplice y derrotada.

Juan Palao, que mantenía sus contactos con la dirección socialista, había recibido esa mañana en la Casa del Pueblo información del comité local de que tanto Campins como Torres garantizaban que las tropas de la guarnición no saldrían a la calle y que no secundarían a la gente de Queipo. Los socialistas confiaban en la palabra del gobernador civil, que a su vez garantizaba las del general, y Juan Palao confiaba en la de los jefes socialistas locales. Lo que no sabía Juan es que Torres estaba desactivado y que a Campins le habían colocado entre la espada y la pared.

—Créele, Juan —dijo Dolores—. Seguro que es verdad.

Palao se volvió sorprendido hacia su esposa, sorprendido por la seguridad con que había respaldado la versión de Braulio. En ese instante, una segunda mirada que pasó desapercibida para Saldaña se cruzó entre el matrimonio. A Dolores le vino a la cabeza su conversación con el coronel Muñoz y un escalofrío le recorrió la espalda. Juan pensó fugazmente en los muchachos que sesteaban, rogando en la intimidad que ninguno de los del capitán asomara inoportunamente la cabeza.

—Cuéntame, Braulio…

—Unos compañeros han visto esta mañana, a eso de las doce, que salían camiones del regimiento de Artillería y que también la gente del regimiento Lepanto salía de los cuarteles, organizados en secciones que mandaban oficiales. Los compañeros de la CNT se han desplegado formando piquetes y ha habido tiros…

—Ha pasado lo peor que podía pasar, Juan —dijo Dolores—. Estaba cantado que estos cabrones iban a armar la gorda y se han atrevido.

Braulio Saldaña puso en antecedentes a su amigo de lo poco que sabía, pero eso fue bastante para encender todas las alarmas en el

maestro encofrador, que le escuchaba atento con una serenidad que estaba bien lejos de la angustia creciente de Dolores.

Palao permaneció ensimismado durante unos instantes que se hicieron eternos. Dejó que su mirada escapara más allá de las cuatro paredes y mentalmente reconstruyó la foto familiar que colgaba en el salón: su esposa joven y delgada, con un vestido impecable de falda y de chaqueta. Tenía a sus dos hijas en brazos, y destacaban las desacostumbradas dobleces en sus medias de hilo gris. A su lado, Manolito, de pie, con la sonrisa enigmática del que ha venido al mundo sin haberlo pedido, su pantaloncito corto, los calcetines blancos arrugados y peinadísimo con la raya a la izquierda, como la llevarían en el futuro todos sus descendientes varones. Junto a ellos, también de pie, el propio Juan, vestido para la foto, como todos: traje gris de hilo, con chaleco, camisa blanca, corbata oscura de nudo fino, chaqueta desabrochada con un pañuelo asomando del bolsillo y sus botines de siempre, de áspero cuero marrón, atados hasta los tobillos.

Esa fotografía era de cuando todo era normal. De cuando la vida se vivía sin sobresaltos. De cuando no había malos ni había buenos, solo existía fraternidad familiar, orgullo de familia y, sobre todo, futuro.

—¿Quieres más agua, Braulio? —preguntó Dolores.

Braulio no contestó. Él mismo tomó la jarra helada y se sirvió otro vaso, sin quitar la vista de su amigo ausente.

—Marido, ¿dónde andas?

Palao estuvo a punto de decirle que preparara una maleta con algo de ropa para los niños y viandas para aguantar unos días en ni se sabe dónde. También estuvo a punto de confesarle a Dolores que hay ciertos momentos en la vida en los que un hombre debe tomar una elección y que, si era cierto lo que Braulio afirmaba, él tenía que tomar parte del lado de los suyos. Y pensó también en una guerra infinita que la libraban hermanos y familias, y que manchaba de sangre los campos de olivares.

—Tienes que irte, Braulio. Tengo que hablar con mi mujer. Eres un buen hombre —dijo Palao compungido.

Cuando Saldaña se marchó, una larga conversación silenciosa tuvo lugar entre Dolores y Juan, que se miraban con los ojos humedecidos. Y así conversaron hasta que la voz de Manu interrumpió la charla:

—¿Puedo salir a jugar? —preguntó el inocente muchacho.

54

20 de julio de 1936 (por la tarde)
Barrio del Albaicín. Granada.

Había seguido todos los discursos de Queipo de Llano, pero cuando aquella tarde oyó las cargas de fusilería por Granada y vio pasar los camiones del regimiento de Artillería cerca de su domicilio, supo que había llegado su momento. Se acercó al armario ropero de su dormitorio y descolgó una bolsa de tela que protegía un traje guardado durante mucho tiempo. El hombre depositó el envoltorio encima de la cama y sacó la prenda que trajo con él a Granada cuando salió de la cárcel de Cádiz y vino a refugiarse a la casa de sus padres, unos ricos propietarios de la provincia. Desde entonces apenas había salido y solo algunas visitas de su amigo el comandante Valdés le tenían al corriente de lo que se cocía en los cuarteles.

El refugiado sacó el uniforme de su funda y se quedó mirando con nostalgia las tres estrellas de seis puntas en cada bocamanga y las insignias de la Guardia de Asalto en el cuello de la guerrera. Desde el año treinta y cuatro, cuando recibió la sentencia condenatoria, no había vuelto a vestirlo, porque le expulsaron del Cuerpo degradándole del empleo de capitán y condenándole a veintiún años de cárcel como autor de catorce delitos de asesinato.

El hombre se vistió el uniforme delante del espejo, engominó sus pocos cabellos y cuando estuvo dispuesto en el atavío, se acercó a la mesilla y sacó de allí una cartuchera de piel donde guardaba la que había sido su arma reglamentaria. Se instaló el correaje sobre la guerrera y guardó en el bolsillo del pantalón de montar un pequeño revólver que nunca olvidaba cuando iba de paisano. Antes de salir

de la casa de su padre aún se miró en otro espejo que había en el vestíbulo. Allí se retrató con su fino bigote recortado, que siempre lució, como en el juicio, y con unas gafas de cristales ahumados que nunca se quitaba cuando salía por Granada, fuera de día o de noche, para no ser reconocido.

A las ocho y media de la noche Manuel Rojas Feingenspan, un segoviano que era hijo del granadino Manuel Rojas Cortés y de la alemana Fernanda Feingenspan, capitán expulsado de la Guardia de Asalto por su implicación probada en los asesinatos de Casas Viejas en Cádiz, se iba a reencontrar con su destino criminal. Su turbio pasado se borraba de repente para convertir en mérito lo que hasta ese día había sido motivo de vergüenza.

Salió del refugio acompañado de dos falangistas que le había mandado Valdés para que le recogiesen y le sirviesen de escoltas. Se dirigió al Gobierno Civil y allí se presentó a su amigo.

—A tus órdenes, mi comandante —saludó a Valdés, levantando el brazo, en cuanto consiguió que le recibiera en su despacho.

—¿Ves, Manuel? —le contestó el nuevo gobernador civil sin levantar los ojos de los papeles que tenía sobre la mesa que había sido de César Torres—. Todo llega.

—¿Tienes destino para mí? —preguntó Rojas, que estaba deseando incorporarse a lo que le mandasen. Esta era su oportunidad y no pensaba desaprovecharla por ningún concepto.

—Sí, Manuel. He pensado para ti en algo que te irá como anillo al dedo.

—Lo que tú mandes, comandante. Solo quiero servir a España.

—Vete a la comisaría y ponte a las órdenes de Nestares —le indicó Valdés, que sabía que Rojas haría cualquier cosa que se le indicase —. Quiero que os encarguéis de mantener el orden entre los paisanos. Ya sabes lo que tienes que hacer…

—¿Ordenas algo en particular, mi comandante?

—Sí, Manuel —le contestó sin mirarle, mientras firmaba los documentos en los que ordenaba a todos los cuarteles de la Guardia

Civil de la provincia que se hiciesen «de inmediato» con el control de los pueblos y que nombrasen «unas comisiones gestoras afines a los principios del alzamiento» para que se hiciesen cargo de los ayuntamientos allí donde gobernaban los partidarios del Frente Popular.

—Tú dirás… —ofreció servil el rehabilitado policía.

—Quiero que mañana, antes de comer, tengas en comisaría a todos los jefecillos de los rojos. ¡Que no se os escape ninguno!

—¡A tus órdenes! —gritó cuadrándose con un taconazo.

—Por cierto…

—Dime, comandante.

—Tengo un interés especial en estos dos individuos —le dijo ofreciéndole una cuartilla doblada en la que estaban escritos los nombres. La letra no era suya. Los nombres los había garabateado José Palao, que desde su compromiso secreto con la derecha por cuatrocientas pesetas al mes había venido facilitando a Valdés y los suyos información sobre los cabecillas izquierdistas de Granada.

—Serán los primeros, mi comandante —contestó Rojas metiéndose el papel en el bolsillo de la guerrera.

—Espero que sea así.

—¿Mandas alguna cosa más?

—Puedes retirarte, Manuel.

—¡Viva España! —volvió a gritar levantando el brazo como si fuera falangista.

—Cierra la puerta cuando salgas —fue toda la respuesta de Valdés, que no le había mirado a la cara ni un solo momento desde que entró en la oficina.

Cuando Rojas Feingenspan, hinchado como un pavo de contento, salió del despacho de su nuevo jefe se cruzó en la antesala con los hermanos Jiménez de Parga, José, Antonio y Manuel, todos militantes de la CEDA y amigos de Valdés, que acudían presurosos a ofrecer sus servicios al nuevo gobernador. José era abogado y secretario judicial; Antonio era juez municipal del distrito del

Sagrario y muy amigo del policía Julio Romero Funes; y Manuel, el más metido en política, valía para cualquier cosa. Con ellos iban otros derechistas de su grupito que también buscaban acomodo.

El antedespacho de Valdés se había convertido en un nuevo patio de Monipodio, y eso que aún no habían pasado tres horas desde que su legítimo titular había sido apresado. Cuando Rojas salía del despacho de Valdés se cruzó en la antesala con un individuo vestido con el uniforme de teniente coronel de la Guardia Civil. Los dos hombres se miraron de arriba a abajo.

El guardia civil era Nicolás Velasco Simarro, un oficial retirado en 1935 de la Benemérita, que desde el día 18 de julio estaba brujuleando para hacerse un hueco entre los golpistas. Ese individuo era muy amigo de los Roldán, a los que había protegido siempre desde su cargo de jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Granada entre 1931 y 1934. Otra de sus amistades era Basilio León Maestre, de cuyo despacho venía precisamente con una carta de presentación a Valdés firmada por el «comandante militar en funciones». Velasco Simarro había estado metido en «la Sanjurjada» y tenía un amplio historial de relaciones con los elementos más antirrepublicanos de la plaza, en especial con Trescastro, García-Alix y otros jefes cedistas. El teniente coronel que, al igual que Rojas, había sacado su viejo uniforme del armario esa misma mañana y pensaba rentabilizar ahora un pasado bastante turbio como especialista en labores de represión. El oficial había participado en 1918 en unos incidentes represivos en Málaga con resultado trágico que había dado lugar a un poema de Mauricio Bacarisse denunciando la actuación del uniformado. Menos le había gustado la publicación del *Romancero Gitano*, porque en esas páginas Federico García Lorca recogía el hilo de Bacarisse. Desde entonces el guardia civil odiaba al poeta granadino.

—A sus órdenes, mi teniente coronel —se cuadró Rojas, al ver que el civil llevaba dos estrellas de ocho puntas en la bocamanga.

Velasco correspondió al saludo, y los dos hombres se despidieron con un gesto.

Rojas Feingenspan, un especialista en represión política, salió del Gobierno Civil y se dirigió a la comisaría con la venganza como alimento de su alma podrida para dar castigo a «los de izquierdas», a quienes hacía exclusivos responsables de su encarcelamiento.

55

20 de julio de 1936 (por la noche)
Huerta de San Vicente y Ayuntamiento. Granada.

—No le va a pasar nada, Concha —decía su padre intentando serenarla.

—¿Cómo que no? —argumentaba deshecha en lágrimas Concha García Lorca—. ¿Y por qué le tienen en comisaría como si fuera un delincuente?

—Hija, no llores —doña Vicenta abrazaba a su hija sollozando como ella.

—Con Manolo no se van a atrever, hermanita. Es una persona de orden —apostaba Federico, que no podía soportar el llanto de su hermana y recurría al primer argumento que le venía a la cabeza a fin de calmarla.

Toda la familia estaba reunida en la sala de estar de la Huerta desde que supieron que los golpistas habían detenido a Manuel Fernández-Montesinos cuando asaltaron el edificio del Ayuntamiento sobre las seis y media.

Una tropa de Artillería al mando del capitán López Rubio y del teniente López Nebrera había llegado hasta el Ayuntamiento, en la plaza del Carmen, para tomar el consistorio. Allí estaba concentrada una multitud que pedía armas para oponerse a los militares, pero los artilleros, con ayuda de algunos falangistas, consiguieron instalar sus piezas apuntando a la fachada en formación de ataque. Ante la amenaza de disparar contra los concentrados, los allí presentes se disolvieron y dejaron al alcalde y los suyos en manos de los facciosos. Ocupada la plaza y con la policía municipal del lado de los

sublevados, el alcalde Fernández-Motesinos y sus compañeros supieron que no tenían ninguna salida.

A esa hora, Campins, que seguía en sus habitaciones vigilado por Basilio León, firmó un segundo nombramiento: el del capitán José Nestares como delegado de Orden Público. La decisión había partido de Muñoz y de Rosaleny, pero resultó un golpe bajo contra las aspiraciones de Nestares, que soñaba con ocupar el sillón de César Torres. Los sublevados acordonaron el Ayuntamiento y esperaron a que llegara el jefe militar que ocuparía la institución. El designado era el teniente coronel Miguel del Campo Robles, que había vuelto a Granada para sumarse a la sublevación. Cuando Miguel del Campo se presentó en la plaza del Carmen y vio que los suyos se habían hecho con la situación, se dirigió escoltado por una sección al mando de un alférez hacia el despacho del alcalde, quien estaba reunido con los miembros del comité de enlace UGT-CNT, algunos concejales de la coalición de izquierdas, algunos funcionarios afines al equipo de gobierno y el catedrático de Derecho y asesor jurídico del Ayuntamiento, García Labella.

«Bueno, señores. Esto se ha acabado, quedan ustedes detenidos», fueron las primeras palabras, pistola en mano, que les dirigió el militar golpista en cuanto se encaró con los presentes.

Ante las protestas de Labella y del alcalde, el militar montó el arma y sus acompañantes los mosquetones. «¿Quieren ustedes que resolvamos el asunto aquí mismo?» espetó a todos señalando al alcalde con el cañón de su Astra. Un disparo al techo acalló de inmediato las protestas. «Llevaos a esta chusma y dejadme aquí al alcalde», ordenó zanjando la cuestión. «Mire, Montesinos —le dijo cuando se quedó a solas con él—. Hay dos maneras de hacer esto:… por las buenas o por las malas. Y usted decide cómo lo quiere». El teniente coronel encendió un cigarrillo y se fue hacia el escritorio para sentarse en el sillón del regidor. El alcalde le miraba en silencio, sin moverse, de pie en el centro del despacho. «¿Quiere uno,

Montesinos? —le preguntó ofreciéndole la cajetilla—. Es bueno para los nervios». «Yo no fumo», le contestó.

Y así quedaron los dos hombres, en silencio, mientras las carreras por los pasillos que se oían detrás de la puerta del despacho decían a las claras que unos salían por las malas y otros entraban veloces en las dependencias municipales.

En el Ayuntamiento había pasado como en Comisaría y en el Gobierno Civil una hora antes: los de la CEDA y demás derechistas, expresos o emboscados, en cuanto vieron que falangistas y militares se habían echado a la calle, y que la cosa les iba saliendo bien, se presentaban en las dependencias ocupadas para ofrecerse como «patriotas españoles de toda la vida» a las nuevas autoridades militares. Entre estentóreos «Vivas a España» y saludos fascistas recién aprendidos, la burguesía granadina se apresuraba a recoger lo que por condición creían tener por suyo.

A los pocos minutos, el alférez que se había llevado a los detenidos regresó al despacho. «Ya están en comisaría, mi teniente coronel —le reportó cuadrándose—. ¿Manda usted alguna cosa más?». Miguel del Campo se levantó del sillón, se estiró la guerrera y guardó la pistola en la cartuchera. «Diga a los periodistas que pasen, García». La orden desconcertó a Montesinos. «No me mire usted así, hombre —le dijo al alcalde—. Usted se va a quedar conmigo mientras digo a esta gente unas palabritas, ¿verdad?», el militar acariciaba la cartuchera de su cinturón. «Y le quiero calladito, ¿eh?». Manuel Fernández-Montesinos sostenía con dignidad su incómoda posición sin dirigirle la palabra.

«Al hacerme cargo de la Alcaldía —dijo el militar en cuanto tuvo a los periodistas delante— en estos momentos tan decisivos para la reconstrucción de la Patria quiero, ante todo, dirigir un saluda muy efusivo al pueblo granadino en general. En este cargo pondré toda mi voluntad porque, aunque es superior a mis fuerzas, entiendo que hay que cooperar cuando somos llamados por hombres de buena voluntad y probado patriotismo. Al frente de la Alcaldía me dedicaré

en principio a atender aquellos servicios elementales y muy necesarios para la salud pública, así como daré las órdenes oportunas para el normal abastecimiento de la ciudad. Será más fácil mi actuación si, como espero, todos los ciudadanos cooperan al restablecimiento de la normalidad. En el espacio de tiempo que esté actuando será mi mayor satisfacción haber podido pasar por el cargo sin que haya habido necesidad de derramar sangre. Quiero hacer un especial llamamiento a los que, con su trabajo, se ganan la vida cotidiana para que la mesura sea la norma de su conducta, teniendo la plena seguridad de que cuanto más humilde sea el que reclama justicia, con más gusto se le atenderá. Y nada más para la prensa. Un viva a España y otro a la República».

Manuel Fernández-Montesinos, que seguía sin decir palabra dejando claro en su silencio su condición de apresado, no pudo menos que sonreír con amargura al escuchar la cínica impostura del usurpador.

Mientras el golpista se despachaba con la prensa granadina de derechas en un corrillo, en otros puntos de la ciudad los militares clausuraban las sedes de distintos medios de comunicación. La redacción de «El Defensor de Granada» fue asaltada y precintada. Radio Granada fue ocupada por un retén de soldados a los que acompañaba un grupo de falangistas y entre ellos Ramón Ruiz Alonso, quien quería figurar en alguna «hazaña» desde el principio. También cambiaron de manos los edificios de Correos y Telefónica. Y todo ello en cumplimento de la orden que habían obligado a firmar a Campins poco antes.

Con esas ocupaciones, y las que ya habían conseguido, se podía decir que a las ocho de la tarde los poco más de quinientos soldados disponibles de los dos regimientos y el centenar falangistas que se les unieron se habían hecho con la ciudad gracias a la defección de la policía, la Guardia de Asalto y la Guardia Civil.

La ciudad de Granada, aquella donde vive «la peor burguesía de España», como había dicho unas semanas antes García Lorca,

rompía en aplausos a los militares, celebraba «la victoria contra el comunismo» y desplegaba su alma fascista por las calles. Solo el Albaicín se les resistía.

A Manuel Fernández-Montesinos le llevaron esposado y en coche oficial a la comisaría de la calle Duquesa. Al salir del Ayuntamiento le vio Paquito «el de Loja», que estaba en la plaza del Carmen siguiendo los acontecimientos, y se apresuró a llevar la noticia a la Huerta de San Vicente.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Federico? —preguntó Vicenta a su marido.

—Déjame pensar…

—Yo voy ahora mismo a la comisaría —dijo Concha levantándose de la silla y dispuesta a salir en ese instante.

—¡Ni se te ocurra, Conchita! —la refrenó su madre—. ¿Te quieres quedar allí tú también?

—No hagas tonterías, Concha —le dijo su padre—. Piensa en tus hijos.

—Iré yo… —propuso Federico García Lorca muy poco convencido. Un temblor incontrolado en la pierna derecha decía bien a las claras, y su madre lo notaba perfectamente, que estaba a punto de perder los nervios.

—¡Tú te quedas aquí! —ordenó su padre.

—¿Entonces? —suplicó Concha García Lorca, que estaba desesperada.

—¡Tienes que hacer algo, papá! —gritó el poeta, cada vez más asustado.

—¡Cállate, Federico! —le conminó su padre.

—¡Nos van a matar a todos! —gritó su hijo dando rienda suelta a su miedo.

Concha García Lorca rompió a llorar cuando escuchó las palabras de su hermano.

—¡¿Quieres callarte?! —volvió a insistir su padre.

—¡Lo sé, papá, lo sé! —gritó el poeta—. ¡Lo he soñado varias veces!

—Cállate, hijo, por favor —suplicó su madre al ver el estado de Concha, que al oír a su hermano se iba desquiciando cada vez más.

—¡Vienen en caballos de sangre, con la mirada de hierro y muerte! —insistía el joven que, ya de pie, gesticulaba como un poseso. Realmente parecía que alguien invisible le amenazara en el salón de la casa de sus padres.

—¡Cállate, coño! —ordenó su padre al ver el efecto pernicioso de las palabras de su hijo en el estado de ánimo de Concha.

—¡Traen crucifijos negros entre rejones! —continuaba Federico mesándose la cabellera—. ¡Vienen envueltos en sombra y escupiendo miedo!

—Hijo mío, por favor… —le suplicó doña Vicenta.

—¡Van a llevarnos a todos a donde nunca llega la luz! —declamaba tiritando de miedo—. ¡Nos matarán a tiros en la barriga!

Una seca bofetada de don Federico cortó la histeria de su hijo.

—¡Súbete ahora mismo a tu habitación! —le ordenó con la mirada ardiendo por la ira.

Doña Vicenta cogió a su hijo de la mano, que tras el sopapo se quedó como si se hubiese emborrachado de tila, y se lo llevó del salón. Federico García Lorca iba detrás de ella como un sonámbulo.

Don Federico se quedó en la sala calmando a su hija hasta que volvió la madre.

Los tres permanecieron en silencio. Solo se oían los hipidos de Concha, acompasados con el tic-tac del reloj de pared que marcaba las ocho y media. Federico García Rodríguez no cesaba en cavilar sobre qué podía hacer para calmar la angustia de su hija.

—Esperad un momento aquí —dijo don Federico a las dos mujeres —. Voy a hacer una llamada…

El anciano *chaladí* se fue hacia donde habían instalado el teléfono. No sabía todavía que desde hacía diez minutos Granada se había quedado incomunicada con el exterior y que la centralita solo

atendía a llamadas urbanas. Don Federico volvió a la salita poco después.

—He hablado con Pérez-Serrabona y le he contado lo que ha pasado.

—¿Y qué dice? —Concha era un saco de nervios desquiciados.

José Manuel Pérez-Serrabona era el abogado y hombre de confianza en los negocios locales de don Federico. El jurista, que era un hombre de la CEDA, era una persona muy conocida en Granada y bien relacionada con aquellos que esa tarde celebraban el desastre. Además, tenía una relación cordial y personal con el alcalde detenido porque había tratado con él asuntos profesionales obrando de comisionista en la compra de dos casas que el Ayuntamiento necesitaba demoler para dar entrada desde la Gran Vía a la calle Darro del Boquerón y para algo parecido en la calle Lavadero de Zafra.

—Que no nos preocupemos —contestó don Federico eludiendo más detalles—. Que él se encarga de hacer algunas gestiones y que nos tendrá al corriente.

—Pero ¿le van a soltar ya? —Concha quería a su marido en casa cuanto antes.

—Me ha dicho que las cosas son todavía muy confusas y que tiene que pensar con quien habla para resolverlo, pero que no pasará nada, que estemos tranquilos.

En lo de que las cosas estaban confusas llevaba razón el abogado porque, salvo los militares y algunos falangistas, ningún prohombre de la derecha granadina había estado en la toma de decisiones que había puesto a los uniformados en la calle pisoteando la legalidad vigente, aunque aplaudiesen la medida. Los cedistas eran meros espectadores de la asonada y aunque la habían deseado, solicitado y, ahora, aplaudido no pasaban de ser meros comparsas de los sublevados. A esas horas de la tarde noche todos los centros del poder estaban ya en manos de los uniformados y los civiles adictos a

la nueva situación poco podían hacer salvo jalearles y esperar que llegara su momento.

El detalle de esa debilidad funcional era lo que don Federico había escuchado de los labios de su amigo y no había querido trasladar a su familia. «No te preocupes, Federico —le dijo Serrabona antes de despedirse—, es solo cuestión de días que podamos hablar con ellos. Al fin y al cabo, no sabrán llevar la administración y tendrán que tirar de nosotros. Confía en mí».

A esas horas casi todos los dirigentes de los partidos del Frente Popular estaban reunidos en sus locales y Nestares, que ya ejercía como responsable de Orden Público, despachaba con sus ayudantes las primeras listas de personas a detener inmediatamente.

56

20 de julio de 1936 (9,30 de la noche).
Sede de Radio Granada. Granada.

A las nueve y media ya se había ido de *Radio Granada* el capitán Miranda, que dejó las instalaciones en manos de un piquete al mando de un alférez. Allí se habían quedado también Ruiz Alonso y algunos activistas más de la CEDA, que no querían dejar pasar su oportunidad de hacerse notar en aquellos momentos. Los derechistas daban buena cuenta de la cena que les habían preparado los vecinos del inmueble para congraciarse con «los nuevos», como les llamaba un rentista que vivía en el tercero y que no se perdía escena del episodio.

Algunos empleados de la emisora adictos a los facciosos sostenían la tecnología necesaria para que las cosas funcionasen, y ya llevaban leídos el bando del general Campins, tres notas del nuevo gobernador civil y otra del militar que se había hecho alcalde.

Un teletipo de la redacción escupía una noticia que venía de Radio Sevilla. El papel informaba de la muerte en accidente de aviación del general Sanjurjo que, según rezaba el documento, salía de Estoril para dirigirse a Burgos y encabezar la sublevación contra el Gobierno de la República. Fuentes autorizadas, continuaba el teletipo, decían que el piloto de la avioneta De Havilland «*Push Moth*», un aristócrata aventurero y falangista que se llamaba Juan Antonio Ansaldo y que tenía la Cruz Laureada de San Fernando por sus aventuras en la guerra de Marruecos, había resultado ileso. Esa muerte, tan extraña, dejaba expedito el camino a que Franco pudiese hacerse cargo poco más adelante de la jefatura de la Junta

de generales golpistas. La Muerte había vuelto a trabajar para el gallego.

—Pasa esto a los de «El Ideal» —dijo uno de los empleados a otro ofreciéndole el texto que había salido del teletipo—. Les dará tiempo todavía a meterlo en la edición de mañana.

—A tus órdenes —le contestó el ayudante, que ya usaba el lenguaje militar de los ocupantes.

Ruiz Alonso seguía pavoneándose ante los suyos de su importancia personal en el nuevo estado de cosas mientras se ponía ciego de montados de caña de lomo que trasegaba con generosos vasos de vino. El hombre de la CEDA en Granada sabía que tendría que moverse deprisa si quería «pillar cacho», como explicaba en confidencia a sus incondicionales.

En esos delirios andaba «el obrero amaestrado» cuando una escuadra de falangistas entró en la emisora. Al frente de ellos venía Narciso de Perales en compañía de Luis Rosales. En la camisa azul de Perales, aparte del «cangrejo», como llamaban al yugo y las flechas bordados en rojo, lucía la Palma de Plata.

Ruiz Alonso vio que algunos de los ocupantes de la emisora y los militares se cuadraban ante los recién llegados y les saludaban brazo en alto, e interpretó que los dos cabecillas del grupo debían ser gente importante en la organización de los amigos de José Antonio y acudió solícito a su encuentro.

—¡Os entrego la emisora, camaradas! —proclamó ampuloso Ruiz Alonso, que desde que había salido de su casa vestía la camisa azul de los falangistas, aunque sin emblemas. Acompañó sus palabras, que pretendió marciales, con el brazo levantado a la manera fascista.

—¿Y tú quién eres? —le respondió Perales.

—Era un diputado de la CEDA por la provincia, pero es de Salamanca —le contestó Luis Rosales, con cierto menosprecio.

—Ramón Ruiz Alonso, camarada. Trabajador tipógrafo y sindicalista —apostilló, corrigiendo, el exdiputado.

—¿Y qué haces con nuestra camisa? —preguntó Perales—. ¿Eres del partido?

—Soy un compañero del movimiento —eludió el cedista.

—No es falangista, Narciso. Es de los de Gil Robles —aclaró Rosales.

—Pero mi corazón está con vosotros… —mintió Ruiz Alonso, a punto de soltar una proclama retórica de las suyas.

—Bueno… ¿qué se le va a hacer? —dijo Perales interrumpiendo cualquier respuesta del advenedizo oportunista. Tampoco era el primero de los que se encontraba que esa tarde habían estrenado la camisa azul.

—¿Mandáis alguna cosa? —ofreció Ruiz Alonso en cuanto apreció la importante insignia en la camisa de Perales. El tipógrafo había oído hablar de esa distinción al valor entre los falangistas, pero nunca había conocido a nadie que la tuviese. «Este tipo debe ser importante —calibró para sus adentros—. Mejor llevarse bien».

—Nosotros no mandamos nada —aclaró Rosales—. Venimos a leer a los granadinos un manifiesto de Falange Española. ¿Tienes algún inconveniente? Soy Luis Rosales, y él es Narciso Perales, delegado territorial para Andalucía comisionado por el Jefe Nacional del partido.

—Por favor… —contestó el cedista señalando el camino a los micrófonos.

Ruiz Alonso llevó a los falangistas ante los micrófonos. Luis Rosales sacó del bolsillo de la camisa unas cuartillas dobladas y en las que había escrito, siguiendo las instrucciones que le había dado el propio Perales, el discurso que debía leer su jefe.

—Yo os presentaré —ofreció Ruiz Alonso.

—¡Ni se te ocurra! —impidió Rosales, que no estaba dispuesto a dar protagonismo al oportunista—. Los falangistas no necesitamos presentaciones. Y menos de un político de derechas.

El caso fue que los dos falangistas se encararon con el micrófono y Narciso Perales declamó el manifiesto después de que un técnico

de sonido abriera la emisión con los primeros compases del *Cara al Sol*, que sacaron de un disco guardado en el archivo de la emisora.

El discurso del delegado especial no se parecía en nada a los partes del nuevo Gobierno Civil, ni al bando del general. De claro perfil republicano, el texto de Perales y los suyos hablaba de aquello que tan nervioso ponía a Valdés: del nacionalsindicalismo, de los luceros, de la hermandad de los obreros y, sobre todo, de que ellos se habían unido al alzamiento para «la revolución social».

> «*La Falange es un movimiento revolucionario que pretende cambios muy profundos en la sociedad española, tanto que aboga por una revolución social. Para Falange Española* —declamaba Perales a través de las ondas— *es necesaria una reforma agraria que entregue el campo a los campesinos, realizándose así el ideal de que la tierra debe ser para el que la trabaja; la banca será nacionalizada porque no es justo que el ahorro de todos los españoles sirva como negocio para unos cuantos que dominan la economía entera del país*».

Aquel discurso que incitaba a los granadinos a encuadrarse en las centurias de su partido y a «encabezar la revolución nacional» no sentó nada bien en el Gobierno Civil, aunque sí gustó entre los oficiales jóvenes de la guarnición.

—Yo también vengo del sindicalismo —quiso aclarar Ruiz Alonso cuando terminaron los falangistas—. Podéis contar conmigo para lo que queráis, camaradas.

—Si quieres afiliarte —le dijo Perales sin mucho miramiento—, pídeles a los camaradas de Granada que te autoricen el ingreso. Serás bien recibido.

Luis Rosales, que sabía por su hermano Pepiniqui las desventuras de Ramón Ruiz cuando quiso fichar por Falange, no pudo evitar una sonrisa al oírlo.

—Nosotros le conocemos bien —reparó Rosales con retintín—. No te preocupes.

Cuando los falangistas salieron de la emisora, y Ruiz Alonso se quedó con los suyos cavilando en sus cosas y dedicado otra vez a la caña de lomo, las cosas iban cambiando muy deprisa en Granada.

En ese momento los socialistas acababan de instar la convocatoria de huelga general revolucionaria indefinida hasta que los militares volvieran a los cuarteles. Los anarquistas, igualmente, habían convocado la huelga, pero además habían decidido echarse a la calle y de manera particular allí donde eran más fuertes, en el Albaicín. Los comunistas, que también apoyaron la huelga, hicieron desaparecer de su sede los archivos de su organización y lo mismo hicieron en los locales del Socorro Rojo. Cuando los militares ocuparon sus locales en la calle Navas, que fueron los primeros en caer, allí no quedaban más que unos pocos muebles; ni rastro de papeles ni de militantes.

Militares y policías clausuraron la sede de la CNT en la calle Sarabia, donde se encontraron igual situación, y después fueron a la calle Compás de San Jerónimo, sede del PSOE y de la Casa del Pueblo de la UGT, donde sus dirigentes y afiliados acababan de salir después de convocar la huelga general y destruir sus archivos. Pese a que no arrestaron a nadie en las sedes a esas horas ya estaban en la comisaría de la calle Duquesa la mayoría de los miembros del comité de enlace UGT-CNT y del comité local del Frente Popular, que habían sido apresados en el Gobierno Civil o en el Ayuntamiento.

Nestares y Rojas, a eso de las nueve y media, firmaban la orden de arresto de Constantino Ruiz Carnero y de todos sus redactores de «El Defensor de Granada». Las patrullas de la policía cazaban por la calle a todo tipo de elementos «sospechosos», es decir, trabajadores y todos cuantos podían ser reconocidos por su filiación izquierdista. En esa tarea ayudaban piquetes espontáneos de «patriotas» que se habían echado a la calle para señalar donde podían practicar sus allanamientos policías y soldados.

57

20 julio de 1936 (10 de la noche)
Casa del conde de Selva Florida. Granada.

—Estos son los míos. —Juan Luis Trescastro puso una lista sobre la mesa.

—Estos otros, los míos. —Otro dirigente local de la CEDA también arrojó su papel encima del tapete.

Y uno tras otro, los miembros del partido de Gil Robles reunidos en la casa del conde de Selva Florida aportaron sus particulares elencos.

Más de cinco listas esperaban ya a que alguien se hiciese cargo de ellas.

La reunión había venido a instancias de Luis García-Alix, Romero de la Cruz y Emilio Entrala, los cedistas más cercanos al comandante Valdés y al coronel Muñoz. Trescastro había acudido con su nuevo «fichaje», José Palao, y todos esperaban a que llegaran los hermanos Jiménez de Parga y Ruiz Alonso. También estaban algunos amigos de Acción Popular que habían abrazado recientemente la camisa falangista, «camisas nuevas», como se les llamaba a los que se habían afiliado a la Falange Española después de las elecciones del 16 de febrero de 1936.

José Palao estaba muy nervioso, sabía que su doble juego tocaba a su fin. No podía evitar ver los ojos encharcados de su hermano Juan; el odio de su cuñada Dolores y el de su falsa esposa navarra, incluso el de su gitana del Sacromonte. Solo la hipócrita e íntima justificación de que aquello lo hacía por el hambre de unos hijos que no eran suyos le reafirmaba en que no era un traidor, sino un superviviente.

—¿Tienes localizados a los que te encargué esta tarde? —le preguntó su mentor haciendo un aparte del grupo.

—Creo que sí —mintió Palao, que no podía darle respuesta todavía.

—Esos dos no se me pueden escapar, ¿comprendes? —la insistencia de Trescastro inquietaba a Palao.

—Desde luego, Juan Luis.

—He hecho mucho por ti para que me falles ahora —amenazó el hombre de confianza de los Roldán.

—No te preocupes que no te fallaré —dijo Palao por salir del paso.

Trescastro se refería a Galadí y a Cabezas, a los que casi pillan en comisaría por la mañana cuando fueron con sus compañeros anarquistas a por armas y terminaron dispersados cuando Nestares se hizo cargo del control de las dependencias policiales. El derechista sabía por Romero Funes que Valdés le había encargado a Rojas que los detuviese y pensaba anticiparse al militar llevándoselos él mismo al Gobierno Civil. Trescastro, que no sabía el motivo de la inquina personal del comandante Valdés con estos anarquistas, intuía que cazar esas piezas le sería rentable a corto plazo.

Mientras esperaban a los Jiménez de Parga y a Ruiz Alonso, en la casa del aristócrata seguía el intercambio de listas.

—¿Esta lista es la tuya? —preguntó uno de los convocados, que era muy joven, a otro que parecía bastante mayor.

—Sí, ¿por qué?

—Porque conozco a algunos —contestó el joven mientras la repasaba con atención.

—¿A este, por qué lo apuntas? —preguntó.

—Por rojo —respondió el referido con todo aplomo.

—¿Y a este otro?

—Por lo mismo, porque es comunista.

—¿Y a este?

—A ese por maricón.

Unas risotadas llenaron el salón. Una ciudad como Granada pasaba muy mal esa condición entre sus hombres. El muchacho siguió leyendo la lista hasta que al cabo de un rato volvió a preguntar.

—¿Este que hace aquí? —dijo señalando hacia el final de la lista.

—También por rojo… —contestó quien le había apuntado.

—Pero si a este le conozco yo y es más de derechas que Millán Astray —protestó el joven.

—¿Quién es? —se interesó otro de los reunidos.

El joven pronunció en voz alta el nombre del incriminado.

—¡No jodas! —exclamó.

—¿Lo conoces? —preguntó el que tenía la lista en la mano.

—Claro que sí. Es de los nuestros, pero yo sé por qué está apuntado ahí.

—¿Por qué?

—Mejor que conteste él —dijo señalando al autor de la lista.

El criminal amanuense no sabía dónde meterse ante el cariz que tomaba lo que en principio pareció un mero entretenimiento.

—¿Lo cuentas tú o lo cuento yo? —retó el que se había interesado.

—Bueno…, es que —balbució el requerido— me ha faltado al honor.

—Aquí el amigo quiere decir que el pollo se está follando a su mujer —tradujo el entrometido dirigiéndose a los demás.

La risotada ahora fue mucho mayor que la de antes. Algunos incluso rompieron a aplaudir.

—¡Anda, quítalo, que la culpa es tuya! —conminó el delator muerto de risa—. ¡Cacho de cabrón!

—Vale, vale… —concedió el cornudo marido avergonzado.

En esas risas andaban cuando llegó a la reunión Ramón Ruiz Alonso.

Lo primero que hizo fue acudir a saludar al conde de Selva Florida y a García-Alix, el jefe provincial de la CEDA, que despachaba con el

aristócrata.

—¡Viva España, señores! —dijo para abrir boca.

—¿Has cenado, Ramón? —le preguntó el conde, que no estaba para gritos patrióticos.

—¡Qué va! —mintió el obrero de derechas—. No he probado bocado desde anoche, ni siquiera he ido a casa. El alzamiento es lo primero, compañeros.

Un gesto del anfitrión hizo que una criada le acercara un plato con fiambres y croquetas. De arrimarle una copa de vino se encargó García-Alix.

—¿Sabéis de dónde vengo?

—Pues no —contestó el conde, a quien de dónde viniera ese individuo le importaba un carajo.

—De ocupar *Radio Granada* —exageró el exdiputado, que no había sido más que un mero acompañante.

—¿Y…? —preguntó el anfitrión.

—Pues eso… que ya tenemos la emisora —respondió Ruiz Alonso.

—Pues no se nota —terció Trescastro que se acaba de incorporar al grupo—. Solo han hablado los falangistas.

—Traían una orden de Valdés —mintió el exdiputado para justificarse.

—Ah… bueno. Si es así —a Trescastro le pareció explicación suficiente.

—Bueno, señores. A lo que estamos —fue García-Alix quien quiso centrar la conversación.

—Tú dirás… —instó Trescastro.

—Tenemos que dejar clara nuestra posición respecto a la sublevación militar. Para eso hemos quedado.

—Alzamiento —corrigió Trescastro.

—Está bien… alzamiento militar —admitió el jefe de la CEDA.

—Creo que debemos colaborar con ellos plenamente —indicó el conde—, aunque todavía den vivas a la República. Imagino que eso es coyuntural y que se les pasará pronto.

—Eso estoy haciendo yo, colaborando con ellos —dijo Trescastro que ya había acabado con las croquetas.

—Escuchen ustedes… —solicitó García-Alix en tono confidencial—. Es un asunto muy reservado. El tesorero del partido me dice que aún quedan en la caja más de quinientas mil pesetas.

—¡Hostias! —exclamó Trescastro—. Eso es un pastón.

—Lo es, por eso tenemos que tener muy clara nuestra estrategia cerca de los militares —aclaró el jefe de la CEDA—. Según como manejemos ese dinero podremos influir de una manera o de otra en el nuevo estado de las cosas.

—¿Un donativo a los sublevados? —consideró el conde.

—Tal vez… —García-Alix no tenía claro por dónde debía tirar.

—Eso sería un error, caballeros —sentenció Ruiz Alonso, sirviéndose otra copa de vino y echando mano a unos tacos de jamón.

Los tres se lo quedaron mirando. El exdiputado aprovechó la atención para apurar su vaso de vino y dar cuenta del de Trevélez.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Trescastro que sentía adoración por el diputado obrero.

—Porque un donativo se reconoce con dos palabras: «Muchas gracias», y después, si te he visto no me acuerdo.

—Eso es verdad —corroboró el de Selva Florida.

—¿Qué propones? —preguntó García-Alix.

—De momento guardar el dinero donde está… y callarnos —y dirigió una mirada significativa hacia el resto del grupo que, hartos de la espera, se habían dedicado a cenar.

—¿Y, después?

—Os voy a contar una cosa —planteó Ruiz Alonso, que estaba encantado centrando el interés de sus amigos—. Hoy me he dado cuenta de algo muy importante.

—¿El qué, Ramón? —Trescastro estaba intrigado de por donde dispararía su jefe.

—Como sabéis, los falangistas son cuatro gatos en Granada. Nosotros les multiplicamos por cincuenta.

—Sí, ¿y qué? —preguntó García-Alix, que sabía de sobra que eso era mentira.

—Hoy las calles han estado llenas de falangistas, y a nosotros no se nos ha visto el pelo —prosiguió el exdiputado echando mano otra vez de los tacos de jamón—. Detrás de cada sección, compañía o batallón de militares había una escuadra de falangistas luciendo sus camisas. Parece, incluso, que el golpe lo hubiesen dado ellos. Algunos militares hasta sacaban las puntas azules del cuello de su camisa por encima de la guerrera.

—Eso es verdad… algo he visto a primera hora de la tarde —confirmó el anfitrión.

—¿Y sabéis por qué? —preguntó Ruiz Alonso haciéndose el misterioso.

—Te escucho… —prometió García-Alix.

—Porque ellos tienen milicias y nosotros no. Esa es la razón. Propongo crear unas milicias, como están haciendo los tradicionalistas del Requeté, que colaboren con el Ejército y aumenten nuestro peso político.

—Es una idea excelente —aplaudió inmediatamente Trescastro, que carecía del menor sentido crítico respecto a lo que saliera por la boca de Ruiz Alonso.

—No me parece mal —ayudó el de Selva Florida.

—Puede ser… —dijo García-Alix, que no lo veía tan claro—. ¿Pero quién se encargará de formarlas y de dirigirlas?

—Yo mismo —resolvió Ruiz Alonso, que así cogía un empleo, una cierta preeminencia, y un sueldo, que era de lo que se trataba en definitiva.

—Está bien, lo propondré al comité. Quiero saber qué les parece a los demás. ¿Y el dinero?

—De momento guárdalo —casi le ordenó el diputado en paro—. Servirá para formar nuestra organización militar, no te preocupes, yo

me encargo de todo.

En ese momento llegaron los hermanos Jiménez de Parga, que venían del Gobierno Civil.

Después de saludar a los congregados José Jiménez de Parga pidió que pusieran Radio Sevilla. «Va a hablar Queipo de Llano», les dijo.

Cuando conectaron con la frecuencia en que emitía Radio Sevilla ya había comenzado la diatriba nocturna del general golpista:

«*… El que no se presente podrá incurrir en la pena máxima aplicada por los tribunales militares. Granada, cuyo gobernador militar anduvo un poco remiso, se ha unido a nosotros* —al oír esas palabras, los reunidos rompieron en un aplauso—. *En Ceuta, un destructor de la canalla, sublevado contra sus oficiales, bombardeó aquella plaza, cuya artillería repelió la agresión, poniendo en fuga al navío. ¡Viva España!*».

—¡¡¡Viva España!!! —jalearon todos.

El golpista, que había descubierto la radio como eficacísimo aparato de propaganda, acababa de enviar otra píldora de optimismo a sus incondicionales andaluces.

—¡Señores… Granada ya es nuestra! —dijo Ramón Ruiz Alonso para apuntarse el tanto que acababa de señalar Queipo.

—¡¡¡Viva España!!! —repitieron todos, cada vez más calientes.

—Bueno, señores —dijo García-Alix, que no era hombre de mucho celebrar, a los que estaban con él antes de que llegaran los hermanos—, tenemos que medir bien nuestros pasos en los próximos días.

—Eso digo yo —apuntaló Ruiz Alonso, sirviéndose una tapa más de caña de lomo.

—Vamos un momento a mi despacho —ofreció el anfitrión.

Allí se encaminaron, detrás del aristócrata, García-Alix, Juan Luis Trescastro, Manuel y Antonio Jiménez de Parga, y, cómo no, el inefable Ruiz Alonso con la caña de lomo entre los dientes.

—¿Ese quién es? —preguntó a Trescastro Antonio Jiménez de Parga refiriéndose a José Palao. Las alpargatas del minero desentonaban en aquel ambiente de señoritos.

—Es un amigo mío, trabaja para nosotros y nos está siendo muy útil.

—¿De dónde lo has sacado?

—Mejor no te lo cuento, Antonio —contestó Trescastro—, pero te lo puedes imaginar…

Palao guardaba las manos en los bolsillos de su pantalón de pana, tratando de esconder los temblores. Llevaba una camisa blanca, aunque arrugada y sucia, y una esclava de oro en la muñeca. Sus ojos afilados no miraban exactamente a nadie. Y aunque el respaldo tajante de Trescastro —*es un amigo mío*— le había tranquilizado momentáneamente, esa última coletilla que había añadido —*te lo puedes imaginar*— le hizo cavilar de nuevo en dónde se había metido. Y solo por dinero.

—¿Nos ha salido caro?

—¡Qué va! —contestó el hombre de los Roldán—. Gracias a él tenemos una oreja metida entre los pistoleros de la FAI.

—Ten cuidado con esta gente… —recomendó Jiménez de Parga.

Palao levantó una mirada fulminante hacia quien había pronunciado esas palabras. A continuación, miró a Trescastro y sintió que ni la ira ni el orgullo eran en ese instante sus mejores consejeros.

—Este ya ha terminado el servicio —dijo Trescastro refiriéndose al minero—. Desde mañana no nos hará tanta falta…

—Por eso te lo digo.

—No te preocupes, Antonio. Sé lo que tengo que hacer.

Antes de cerrar la puerta, se les acercó uno de los dos que habían unificado las listas llevando una sola en la mano. Palao tembló de nuevo. Esa última frase de su amigo —*sé lo que tengo que hacer*— podía significar que él mismo figurara en las anotaciones.

—Don Luis, don Luis —decía el individuo reclamando la atención del jefe provincial. El aplicado amanuense era contable en uno de los negocios de la familia Roldán.

—Dime, Sebastián…

—¿Qué hago con esto? —dijo ofreciéndole el papel.

—¿Qué es?

—Una lista de elementos izquierdistas que han hecho los compañeros —explicó el hombre.

—Dámela a mí —interrumpió Manuel Jiménez de Parga, que se la quitó de la mano, la dobló en cuatro y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta de hilo blanco.

Tras ese gesto cerró la puerta dejando al contable al otro lado.

—Bueno, señores —empezó el jefe cedista—. Es fundamental que calibremos a la perfección lo que nuestro partido tiene que hacer a partir de este momento. Para eso estamos aquí.

—Yo creo que está bien claro —pontificó el anfitrión—. Hay que colaborar con ellos…

—Y sacar el mayor partido posible —le remató la frase Ruiz Alonso, que no estaba dispuesto a dejar pasar una.

—Los militares están para lo que están —sentenció Antonio Jiménez de Parga—, para salir a la calle, pegar cuatro tiros y, sobre todo, para limpiar el corral.

—¡Ole tus cojones! —celebró Trescastro, que se alteraba en cuanto oía lo de «limpiar el corral»—. ¡Así se habla!

—Pero tienen un punto débil —continuó el abogado—, que es el día de después.

—Explícate —solicitó Trescastro, que también era abogado.

—Quieras que no, un golpe de estado siempre comporta una administración nueva… y ese es nuestro momento. Ellos no están para gestionar nada, querrán dirigirlo todo, sin duda, pero el plato hay que dárselo guisado…

—En eso estoy de acuerdo —apoyó García-Alix.

—Pero está el problema de los falangistas… y de su dichosa revolución —terció Ruiz Alonso, que quería llevar el agua a su molino —. ¿No sabéis lo que hizo uno de ellos el otro día?

—Pues no —le contestó desabrido el conde, que estaba empezando a hartarse del fogoso castellano.

—Pues un tal Patricio González de Canales, un sevillano que anda por aquí como un saltimbanqui de parte de su Jefe Nacional y soliviantando el gallinero de los azules, ha firmado un acuerdo secreto con Maroto poco antes de nuestro glorioso alzamiento.

La fuente de su información era Trescastro, su fiel ayudante, que a su vez la tenía gracias a José Palao, que conocía a Francisco Maroto del Ojo de la CNT.

—¿Y ese quién es? —preguntó el de Selva Florida, que de sindicalistas no estaba muy puesto.

—Un jefe anarquista —informó Trescastro—. Ya le tenemos puesto el ojo encima.

Francisco Maroto del Ojo, era el presidente del Sindicato de la madera de la CNT en Granada. Había estado preso por incendiar en agosto del 32 la sede de «El Ideal» cuando el periódico de las derechas locales defendió el intento de golpe de estado del general Sanjurjo.

—Sí, está aquí apuntado —dijo Jiménez de Parga repasando la lista del contable.

—¿Y qué han firmado? —preguntó García-Alix que tampoco estaba al corriente.

—Un acuerdo entre falangistas y faistas para no agredirse —informó Ruiz Alonso, contento de su exclusiva—. No se quieren hacer daño entre ellos. Al fin y al cabo, los dos son sindicalistas, unos «nacionales» y otros «libertarios».

—¿Pero usted no es también un sindicalista? —preguntó el conde con la peor de sus intenciones.

—Sí, señor —afirmó sacando pecho—, pero yo soy un sindicalista cristiano, y ellos no.

Y se quedó tan fresco.

—Y eso, a nosotros, ¿qué más nos da? —preguntó Manuel Jiménez de Parga, que ya veía por donde iba «el obrero amaestrado».

—Eso es muy importante —apoyó Trescastro.

—Eso es una gilipollez —concluyó el anfitrión, que no estaba para finuras y quería acostarse ya porque se le estaba haciendo demasiado tarde—. A estas horas eso es papel mojado… y si no explíqueselo usted a Valdés, señor Ruiz.

—A lo que íbamos señores —reconcluyó García-Alix, que no quería broncas.

—Tú dirás, jefe —ofreció el pequeño de los dos hermanos letrados.

—Creo que debemos colaborar con los militares en la gestión de los asuntos civiles. Podemos ser el soporte de la nueva administración. Al fin y al cabo, nuestros votantes son funcionarios, propietarios, profesionales. Tenemos la cantera… solo es cuestión de colocarla… y no hacer ruido.

—También tenemos a buena parte de la policía —terció Ruiz Alonso—, a los sindicalistas católicos…

—Que son cuatro cuando se juntan todos —le interrumpió el aristócrata.

—Y pronto tendremos unas milicias del partido —concluyó como si no hubiera oído al conde.

—Eso está por ver, Ramón —le corrigió García-Alix—. Todavía no lo he planteado a la dirección formalmente. Tendrás que esperar.

—Siempre a tus órdenes, jefe —claudicó el ceremonioso diputado en paro.

—Por cierto, Manuel —preguntó García-Alix—. ¿Qué vas a hacer con esa lista?

El abogado aún tenía en la mano el nefando papel.

—Dársela a Valdés —dijo como si no fuera la cosa con él—. ¿Es una buena forma de colaborar,… verdad?

—Para eso estás ya en el Gobierno Civil —dijo Trescastro con retintín, porque hubiera preferido quedársela él para llevársela a Romero Funes, en comisaría.

—Señores… —García-Alix pidió paz con esa invocación a la caballerosidad de los asistentes.

—Bueno, son las once —dijo el Selva Florida, levantándose y dando por concluida la sesión—. Señores… ha sido un placer, como siempre.

Y allí les dejó para retirarse a su habitación.

—Buenas noches, señor conde —le despidió servil Ruiz Alonso.

Cuando los demás salieron del gabinete apenas quedaba alguien en el recibidor del aristócrata.

Trescastro buscó a José Palao con la mirada, pero no estaba.

El minero confidente salió de la casa conteniendo las lágrimas en cuanto comprobó que el nombre de su hermano Juan iba en la lista, en el número treinta y tres. A su derecha ponía «obrero y jefe socialista».

58

21 de julio de julio de 1936. (Primera hora de la tarde)
Comandancia Militar y barrio del Albaicín. Granada.

«Dije ayer que la guarnición de Granada se había sumado a nosotros. Hoy, a fuer de castellano sincero y leal, que siempre dice la verdad, tengo que daros cuenta de la traición del general Campins que ha jugado infamemente con dos barajas, engañándonos al Gobierno y a mí. Ayer me dijo por teléfono que no se había unido a nosotros porque no había podido comunicar conmigo; pero a mi lado tengo en este momento al pundonoroso aviador que llega, en nombre de la guarnición de Granada, a darme cuenta de la verdad de lo ocurrido; de la traición cometida por ese general, indigno de vestir el uniforme, y que no volverá a vestirlo más. Lo mismo que conmigo, el general Campins ha estado jugando con la guarnición de Granada, para dar lugar a que el aeródromo de dicha ciudad cayese en manos de la base de los Alcázares; pretendiendo al mismo tiempo que el regimiento de Artillería entregase armas al pueblo. Cuando vio que la oficialidad del regimiento se negaba terminantemente a cumplimentar la orden, se presentó allí, humildemente a someterse, y sufrió sin inmutarse las vejaciones de que la oficialidad le hizo objeto, y que hubieran llevado al suicidio a otro hombre que sintiera más hondo la dignidad. En este mismo momento ordeno la detención de ese jefe, que en su día será juzgado, por su indigna conducta».

Esas palabras de Queipo de Llano, pronunciadas a las tres de la tarde desde los micrófonos de Radio Sevilla, ponían fin al brevísimo mandato de Campins como comandante militar de Granada y daban comienzo a un calvario personal cuyo final no podía imaginarse el general cuando las escuchó desde la salita de su pabellón.

El último episodio de la historia de traiciones entre las que vivió Campins desde que llegó a Granada, y que había dado lugar a tan

imprevisto desenlace, había comenzado en la madrugada de ese día cuando el coronel de Artillería, Muñoz, reunido con su ayudante, el comandante Rodríguez Bouzo, y con Valdés, ya investido como gobernador civil, decidieron en la Comandancia Militar que darían parte a Queipo de Llano de la «conducta desleal» del comandante militar.

El motivo de esa decisión de los sublevados encontraba excusa en algo que había acontecido en el aeródromo de Armilla la noche anterior, horas antes de la siniestra reunión de conjurados.

Las tropas de Muñoz habían salido a última hora del día 20 del cuartel de Artillería para ocupar las instalaciones del aeropuerto militar de Armilla, pero el jefe de la base, el capitán de aviación Muñoz del Corral, que había oído por la radio el bando que habían obligado a firmar a Campins, dispuso el inmediato abandono de la base llevándose al aeródromo de Los Alcázares, que seguía fiel a la República, cuanto material se pudiese transportar. Cargaron los camiones y se dirigieron a Motril para luego seguir hacia Almería, no sin antes inutilizar todo aquello que debían dejar en la base. Cuando llegaron los de Artillería, allí no había ni hombres ni material aprovechable por los sublevados. El irascible capitán Pérez y Martínez de la Victoria se hizo cargo de las instalaciones abandonadas, comunicó al coronel Muñoz la situación y aprovechó para echar la culpa a Campins de esa fuga, «por no haber destituido antes a Muñoz del Corral, ese comunista». La suerte quiso que en el aeropuerto vacío tomaran tierra tres aviones de caza Nieuport 52 que venían de Getafe y cuyos pilotos desconocían que la guarnición granadina se había pasado a los facciosos. El capitán detuvo a sus compañeros leales al Gobierno, se quedó con los aparatos y llamó a Muñoz para participarle la noticia. «Ya los tengo, mi coronel. Están arrestados y espero sus instrucciones». Muñoz y los suyos, que ya habían decidido denunciar a Campins ante Queipo de Llano, utilizaron aquellos aviones para llegar a Sevilla y poner a Queipo al corriente de su versión de los hechos. A la una de la tarde el general

de Sevilla ya había recibido a los comisionados y, tras escucharlos, tomó la decisión de destituir a Campins.

El pliego de cargos que los enviados de los golpistas formularon contra su general era el siguiente:

- Resistencia del comandante militar de Granada a sublevarse.
- Obediencia al Gobierno de Madrid hasta la tarde del día 20.
- Intento de organización para marchar contra los sublevados de Córdoba.
- Intento de entregar armas al pueblo.
- Pérdida de material aeronáutico y del aeródromo de Armilla al consumar las destituciones ordenadas por la Jefatura de Aviación de varios oficiales pilotos comprometidos con el alzamiento.
- Orden cursada a la Guardia Civil de Motril para que no atacaran a la columna de fugitivos de Armilla.

Campins oyó su destitución por la radio y pidió que le comunicaran por teléfono con el general Queipo de Llano en Sevilla. Su amigo el coronel Basilio León Maestre estaba a su lado. Habían almorzado juntos.

La sorpresa de Campins vino tras comprobar que el general de Sevilla se negaba a contestarle la llamada y que era un oficial de menor rango, el comandante Cuesta, quien le comunicaba que «entregase enseguida el mando y esperase a que se incoara el oportuno expediente para determinar sus responsabilidades».

Campins, obediente al mando, pues en el fondo consideraba a Queipo su jefe en la Segunda Brigada Orgánica, dispuso su destitución como indicaban las ordenanzas militares.

—Basilio —le dijo a León Maestre después de colgar el auricular—, avisa a Muñoz, a Rosaleny y a Miralles. Diles que vayan a mi despacho.

Basilio León salió del pabellón del general destituido y se fue a cumplimentar la última orden de su amigo. Mientras, Campins, se calzó las botas de montar, se vistió la guerrera, se puso en ella los pasadores de sus condecoraciones y el fajín rojo de general y guardó su pistola en el bolsillo.

Minutos después, en su despacho y con la frialdad propia de un caballero honorable, traspasó el mando de su jurisdicción al coronel más antiguo, al que también entregó su arma reglamentaria. Su sustituto era Basilio León Maestre. Terminado el ritual, Campins miró al que había sido su jefe de Estado Mayor:

—Comandante Miralles —le dijo—. Le ruego que, tal y como rezan las ordenanzas, disponga un centinela en la puerta de mi residencia en el pabellón.

Cuando Campins entró en su pabellón, el trueno de los disparos de artillería retumbó en el aire caliente de Granada. Eran las baterías del regimiento del coronel Muñoz emplazadas en la Alhambra y tirando sobre el Albaicín, que estaba cercado desde primera hora de la mañana por fuerzas del Ejército y de la Guardia Civil por ser el único barrio de la ciudad que ofrecía resistencia a los sublevados.

A instancias de los hombres y mujeres de la CNT y de algunos miembros del PSOE y bastantes de los pocos comunistas que había en la capital se habían formado barricadas en los accesos al empinado barrio para empantanar la entrada de los camiones y de las piezas de artillería. Galadí y Cabezas se fueron al Albaicín porque sabían que aquellos vecinos eran los únicos que podían plantar cara a los sublevados. Con los dos jefes anarquistas recalaron en las cuestas del barrio para organizar la resistencia otros dirigentes de izquierdas, fundamentalmente sindicalistas de los sectores de la construcción y del transporte, Allí estaban, con Galadí y Cabezas, sus compañeros anarquistas Juan Maroto, el más bravo de los libertarios granadinos, Francisco Santamaría o José Alcántara.

Los sindicalistas ocuparon el Ateneo Libertario en la zona alta del barrio y desde allí coordinaron la resistencia a través de un Comité

de Defensa Revolucionario. Los socialistas persistían en la huelga general revolucionaria indefinida y los comunistas armaban a sus partidarios. Los vecinos ayudaban en la formación de barricadas y allegaban las pocas escopetas de caza que tenían en sus casas.

Pese a esos esfuerzos por resistir, la mañana del día 21 ya habían sido detenidas setenta y cinco personas, la mayoría de madrugada y en sus domicilios, por su condición de dirigentes de la UGT o de la CNT, y otras treinta más lo habían sido en las calles por llevar armas encima. Los calabozos de la comisaría estaban a rebosar y Nestares empezó a enviar presos hacia la cárcel de Granada. Las listas de nombres se llenaban de cruces. Ángel González Rosa fue el primer granadino fusilado en las tapias del cementerio de San José por un pelotón militar. Su parte de defunción decía que había sido fusilado por «orden de tribunal». Pero aquella mañana, antes de su fusilamiento, ya habían aparecido cinco cadáveres no identificados en la puerta del camposanto. Habían comenzado «los paseos». Serían las once de la mañana cuando una sección de infantería, apoyada por guardias de asalto y un grupo de falangistas intentó asaltar las barricadas que los sindicalistas y vecinos habían establecido en la Cuesta de Chapiz y en la Plaza Larga. Había tiros desde el Paseo de los Tristes hasta el callejón de Zenete. Ese intento mañanero de asaltar el barrio se saldó con ocho sublevados muertos, entre guardias y soldados, y siete resistentes caídos en la defensa. Pero los sublevados no pudieron pasar las barricadas.

Con el dispositivo militar desplegado sobre la ciudad y procediéndose a la detención masiva de partidarios del Frente Popular, la burguesía granadina salió de sus domicilios y se echó a la calle para colaborar con los sublevados.

Había comenzado en Granada una cacería salvaje. Recuerdos, odios, venganzas de antiguo y resentimientos podridos empezaron a escribirse en siniestros papeles que circulaban entre los «piquetes de limpieza».

Para justificar en la medida de lo posible tales desafueros, el coronel Basilio León Maestre, ya investido como jefe militar de los alzados, publicó un bando que dejaba sin efecto el del general Campins. El criminal documento rezaba así:

«Don Basilio León Maestre, Coronel Comandante Militar de esta plaza y, en el presente momento, única autoridad de Granada y su provincia:

Hago un llamamiento a todos los patriotas granadinos que sientan la España única, noble y gloriosa para que pongan su alma entera y serena disciplina en el cumplimiento de todo lo que ordeno y mando:

1.º En esta capital y en su provincia regirá como única ley el Código de Justicia Militar, sometiéndose todo hecho delictivo a conocimiento de estos tribunales.

2.º Será juzgado en juicio sumarísimo y pasado por las armas todo el que realice agresiones y hostilidades en contra del Ejército o de la fuerza pública.

3.º Será juzgado en juicio sumarísimo y pasado por las armas todo el que sea sorprendido con las armas en la mano y los que en el plazo de tres horas no hayan entregado las armas de todas clases que tuviesen en las comandancias de la Guardia Civil, Asalto o Policía.

4.º Quedan terminantemente prohibidos los grupos de más de tres personas, que serán disueltos por la fuerza pública sin previo aviso.

5.º A partir de la promulgación de este bando, queda terminantemente prohibida la circulación de vehículos de todas clases que no vayan conducidos por la fuerza pública.

6.º Queda abolido el derecho de huelga y serán pasados por las armas los comités.

7.º Los que realicen actos de sabotaje de cualquier índole y en especial contra las comunicaciones, serán juzgados en juicio sumarísimo y serán ejecutados inmediatamente.

Dado en Granada para su más estricto y riguroso cumplimiento a veintiuno de Julio de mil novecientos treinta y seis.

¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva Granada!».

Eran las ocho y media de la tarde y, en poco más de veinticuatro horas, ya habían sido ejecutadas sin juicio once personas en la ciudad del Darro, detenidos ciento treinta y dos civiles y veintidós

militares leales al Gobierno, entre otros el teniente Fenoll, y muertas quince personas más en enfrentamientos callejeros, ocho entre los sublevados y siete de los resistentes. Para una pequeña ciudad como Granada, la relación de víctimas y la progresión exponencial que se avecinaba tenía ya tintes de genocidio.

Delante de la casa de Juan Palao —ignorante de que su nombre figuraba entre los de aquellos desgraciados que serían «paseados»— seguía apostado un policía de la secreta. Dentro del domicilio estaba la familia completa, y los hijos del capitán Nestares. Aunque Dolores disimulaba en sus trajines domésticos para evitar a los niños la preocupación que la invadía, su mente no dejaba de dar vueltas a las miles de vueltas dadas ya a la conversación con el coronel Muñoz. Juan Palao, fumando, observando la calle tras los visillos, no encontraba el momento de sosiego para confesarle a su mujer el único delito que por amor le había omitido.

Braulio Saldaña, el amigo de Juan Palao, había muerto en los tiroteos del Albaicín, su viuda todavía no lo sabía. En casa de los Palao tampoco se habían enterado.

59

21 de julio de 1936 (9 de la noche)
Calle Duquesa, sede del Gobierno Civil. Granada.

Juan Luis Trescastro había convocado esa noche en unas dependencias del Gobierno Civil a un grupo de incondicionales a los que requería para «hacer un trabajo de hombres con los cojones bien puestos».

A su convocatoria habían acudido, entre otros, Francisco Jiménez Calleja, que era conocido como «El Pajarero», Carlos Jiménez Vilches, José Vico Escamilla, que era dueño de una hojalatería, y otros individuos tan turbios como los anteriores y que eran más conocidos por sus apodos. Con ellos estaban Paco «el Motrilero», Martínez «el Motorista», Eduardo «el Panaerillo», un tal Cano, Antonio Benavides, que estaba recién apuntado a Falange, y otro que se hacía llamar Hernández «el de la Cabritera».

Algunos de ellos habían empezado en los piquetes del Requeté, después se habían pasado a la CEDA y ahora estaban dispuestos a prestar un servicio especial si se lo pedía su jefe de pandilla, el propietario y abogado Trescastro. Todos ellos tenían experiencia en disturbios callejeros y eran gente dispuesta a cualquier cosa con tal de «neutralizar» rojos, como gustaba decir el irascible propagandista de derechas que les convocaba.

De la reunión tenían conocimiento García-Alix y Julio Moreno Dávila, que habían delegado en el fogoso Trescastro un asunto tan inconfesable como el que cocía en la cabeza del exaltado gobernador civil.

El asunto venía de una reunión que Trescastro celebró con Valdés cuando este le pidió a García-Alix que le mandase «uno de los suyos

que fuera bravo». La dirección local de la CEDA confió en Trescastro una misión que se olían delicada y que ninguno de ellos, en el fondo unos cobardes, querían asumir directamente pero que no estaban dispuestos a rechazar.

La entrevista de Trescastro con Valdés se había celebrado esa misma mañana, a última hora, en presencia del teniente coronel Velasco Simarro, de Manuel Jiménez de Parga y de José Mingorance Jaraba. El de la Guardia Civil ya se había colocado en las oficinas de Valdés gracias a la recomendación de León Maestre y a los avales de sus amigos de la CEDA, como ayudante principal del nuevo gobernador golpista, que se fiaba más de los cedistas que de los falangistas. Era ya el nuevo flamante vicegobernador, aunque su nombramiento no pasaba de ser formalmente el de «jefe de la secretaría particular del gobernador civil» y eso llevara aparejado, para que cobrara otro sueldo, el nombramiento como miembro de la Comisión Gestora del nuevo Ayuntamiento fascista granadino. Manuel Jiménez de Parga, que ya tenía despacho en el Gobierno Civil, se presentaba como «asesor jurídico de la Secretaría del gobernador». Mingorance Jaraba era un policía que fue requerido por Valdés para su secretaría a fin de que le coordinase con la comisaría principal de la plaza.

—Bien, señores —dijo Valdés cuando les tuvo delante—. Vamos a tratar un asunto que requiere la mayor discreción de todos ustedes.

—Señor gobernador —le dijo Trescastro, que era el único que jugaba fuera de casa—, sobra cualquier recomendación.

—Espero que así sea —cortó el gobernador, que sacaba los picos azules del cuello de su camisa falangista sobre el de la guerrera militar, como hacían muchos oficiales desde la sublevación.

Trescastro aprovechó para encender un cigarrillo. Lo mismo hicieron Mingorance y Jiménez de Parga. Simarro, sin embargo, miró a su jefe y como viera que Valdés no hacía por fumar él tampoco se atrevió a hacerlo.

—El alzamiento contra el Gobierno ha sido un absoluto éxito en Granada —comenzó Valdés—, al igual que otras muchas partes de España, la mayoría diría yo.

—Eso dice la radio también —apoyó Trescastro, que no se perdía las falaces soflamas de Queipo de Llano.

—No interrumpas al gobernador —le reconvino Simarro, que ya ejercía de edecán del de Logroño.

—Perdón —se excusó el agitador de la CEDA.

—Quiero decirles, señores —continuó Valdés— que, aunque en Granada ha sido una victoria, como en Sevilla, Cádiz y Huelva, no ha pasado lo mismo, desgraciadamente, en Jaén, Córdoba y Almería. Y además aquí, en Granada, apenas controlamos nada más que la ciudad y un poco de la Vega. Hasta que las tropas del general Queipo no rompan el cerco quiero que sepan que estamos encerrados en una bolsa rodeada por los partidarios del Frente Popular, la canalla marxista. La ciudad está incomunicada con el exterior y solo podemos mantener comunicación con los mandos del alzamiento utilizando la radio… y solo hay una y está en la Comandancia Militar. ¿Entienden?

Nadie se atrevió a contestarle, pero todos asintieron con la cabeza.

—En este escenario tan delicado quiero que comprendan, y así lo he hablado con el coronel León, que no podemos distraer las pocas tropas regulares disponibles en otra tarea que no sea la estrictamente militar de sostener los frentes que están a pocos kilómetros de aquí. En ese sentido el comandante militar ha ordenado una leva extraordinaria para enrolar la mayor cantidad de efectivos posibles —el Estado Mayor de la Capitanía había ordenado la incorporación a filas de las quintas del 33, 34 y los excedentes de la del 35—. En este momento las fuerzas militares granadinas cuentan exclusivamente con el Regimiento de Infantería «Lepanto n.º 5» y el Regimiento de Artillería Ligera n.º 4, ambos bastante menguados, hasta que las tropas amigas rompan el cerco. El general

Queipo de Llano me ha prometido el pronto envío de una Bandera de la Legión mediante transporte aéreo al aeropuerto de Armilla, pero tardará en llegar más de una semana todavía.

El comandante Valdés paró en su discurso para servirse un vaso de agua en el que vertió un sobrecito de bicarbonato que le aliviase el estómago, que no cesaba de dolerle desde que comenzó el golpe de estado. Todos asistían en silencio al espectáculo de la cucharilla removiendo el polvo blanco en el vaso de agua hasta diluirlo.

—En esta situación he decidido ampliar la capacidad militar de nuestras tropas adscribiendo, de manera regular, las milicias de Falange Española, que pasarán a tener mando militar en lo que hace a las operaciones. En este sentido debo decirles que he cedido mi jefatura local de las milicias de Falange al capitán Rojas, que se hará cargo desde esta misma tarde de ese cometido, y que la jefatura provincial la detentará el comandante Segura. Los efectivos que aportan esas milicias son casi mil hombres, lo cual refuerza notablemente nuestra capacidad de resistir. Sepan ustedes que esas tropas de apoyo estarán organizadas en tres sectores al mando de Cirre, Rosales e Iturriaga, todos ellos a las órdenes de la autoridad militar, y a lo que disponga este Gobierno Civil en asuntos políticos, por supuesto.

El mesiánico Valdés acababa de dar un golpe de gracia a las aspiraciones falangistas de una cierta autonomía política en la sublevación. Si sometía sus milicias al mando militar ordinario y encomendaba su jefatura política a hombres como Rojas o Segura resultaba evidente que el proyecto político de los viejos falangistas se diluía como lo había hecho el bicarbonato en el vaso de agua. En esa decisión de Valdés, a la que los coroneles León y Muñoz entraron encantados, había pesado de forma decisiva su entrevista días atrás con Narciso Perales, y las órdenes en ese sentido que le había dado Queipo de Llano, que se fiaba más de él que de Basilio León.

—Las tropas militares, por lo tanto —continuó Valdés cuando trasegó su bicarbonato—, estarán dedicadas ex-clu-si-va-men-te —y recalcó la palabra— a defender nuestras posiciones ante el enemigo, porque no se les escapará a ustedes que Granada se ha convertido en un problema para el gobierno comunista y que las tropas leales a esos cabrones vienen contra nosotros desde el norte y desde el oeste. De ahí la importancia de que los partidos comprometidos con el alzamiento dediquen sus mejores hombres al esfuerzo militar. ¿Comprenden?

Todos asintieron otra vez.

Trescastro, que no pensaba abrir la boca hasta que no le preguntasen, se alegró de lo que estaba oyendo porque coincidía «como polla en culo», que gustaba decir el fino letrado, con los deseos de su idolatrado Ruiz Alonso en orden a constituir sus particulares milicias cedistas.

—Pero el principal problema no lo tenemos en el frente, sino detrás de nuestras propias líneas, aquí mismo —y Valdés señaló por el balcón de su nuevo despacho hacia las calles de Granada—. Son muchos los enemigos de España que están todavía en nuestras calles deseando que lleguen las tropas de los suyos y acaben con todos nosotros. ¡Nos quieren contra la pared!

«¡Viva España!», estuvo a punto de gritar Trescastro, pero se contuvo a tiempo.

—Y a esa gentuza —continuó Valdés—, verdadero cáncer de una España sana, no le podemos dedicar ni un minuto de nuestros esfuerzos militares. Es competencia de este Gobierno Civil garantizar el orden público —sentenció el militar— y lo haré… pese a quien pese… y cueste lo que cueste. A esa gentuza hay que cazarles como a ratas que son. Por eso le he llamado a usted, señor Trescastro, comunicándoselo antes a sus jefes en el partido, que han dado su visto bueno.

—Usted me manda, señor gobernador —se ofreció incondicional el activista al ver que había llegado su momento.

—Se trata de quitar de en medio, y con prisas, a determinados elementos subversivos cuya maldad moral y política es tanta que no merecen que se gaste en ellos la tinta de una orden de arresto… y menos aún las formalidades de un juicio.

—Entiendo… —concedió Trescastro, a quien le sonaba a música celestial lo que estaba oyendo de boca de Valdés.

—La policía, siguiendo mis instrucciones —continuó el gobernador — está deteniendo a todos los cargos públicos que lo han sido de ese gobierno de comunistas y anarquistas y ya los está poniendo a disposición judicial castrense, como ordena el bando del coronel León, igual que a los principales dirigentes de los partidos del Frente Popular.

—Comprendo… —dijo Trescastro, que todavía no veía cuándo quería Valdés que apareciese en escena.

—La tarea que quiero encomendarle a usted es otra…

—La que usted mande, mi comandante.

—Es mucha la cizaña que se esconde en los campos del Señor —dijo Valdés poniéndose bíblico—, y esa ponzoña hay que arrancarla y echarla al fuego para que no contamine con su semilla al trigo limpio. ¿Comprende, Trescastro?

—Desde luego, señor gobernador —aseveró el abogado rentista, que ya veía por donde iban los tiros.

—Necesito un grupo de hombres decididos y de toda confianza que se encarguen de esa tarea con total dedicación… y de forma muy reservada, por supuesto. Nada oficial, no habrá papeles de nada.

—¡Los tiene, mi comandante! —ofreció Trescastro cuando vio llegado su momento—. ¡Cuente conmigo y con mis hombres!

—No esperaba menos de usted. Con patriotas como usted se salvará España. Velasco y Jiménez de Parga le darán las instrucciones al detalle.

—¡Viva España! —gritó Trescastro, que pensó que ahora tocaba.

—Nada más, Trescastro —concluyó Valdés sin contestarle—. Retírense, que tengo cosas que hacer.

Fuera, Velasco, explicó al cedista que la misión consistía en detener por las noches en sus domicilios a aquellos desgraciados que tuvieran la desdicha de ser requeridos por los pistoleros de Trescastro y llevarlos en vehículos particulares a algún sitio despoblado donde asesinarlos a tiros. Los cuerpos se podrían quedar en la cuneta o dejarlos tirados en las puertas del cementerio de Granada «para que cundiera el ejemplo», aclaró el de la Guardia Civil. Los huesos con carne aún caliente esperarían al aire de la noche que alguien, por la mañana, les diese entierro piadoso para ser, después, huesos frágiles, lívidos, erráticos, armaduras sin cáscara que evitaran el recuerdo acérrimo de un crimen fatídico. «No quiero que haya tiros donde os vea alguien. Los que os llevéis, o no aparecerán nunca, o aparecerán tirados lejos de sus casas. ¿Comprendes, Juan Luis?». Al teniente coronel se le había pegado la muletilla verbal de su nuevo jefe. Era una forma más de acreditar su nueva autoridad.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Trescastro, que estaba desando echarse a la faena.

—Cuando quieras, pero cuanto antes —le ordenó Velasco.

—¿Y por dónde empiezo?

—Por aquí —le contestó Jiménez de Parga, que todavía no había dicho una palabra.

El abogado le ofreció un papel con una lista muy extensa. Esa relación había salido de la que se llevó de casa del de Selva Florida. La había comentado con Romero Funes y la habían desdoblado en dos: una, que se la quedó el policía, la de «políticos», que recogía a los cargos públicos, periodistas, y dirigentes políticos. Y otra la de «desafectos y sospechosos» que incluía a personas civiles significadas por su apego al Gobierno legítimo, pero que no ocupaban cargos de responsabilidad. Los de esta segunda lista, profesionales, maestros, comerciantes o simples trabajadores, tenían

por «culpa» su afiliación política en algún partido de izquierdas, su simpatía con la causa republicana o la simple denuncia de alguien interesado en que desaparecieran.

Juan Palao Yllana iba relatado en la primera de ellas. Agustina González, «La Zapatera», figuraba en la segunda, «por puta».

Con ese mandato criminal en la cabeza y la lista terrible entre las manos Juan Luis Trescastro explicó a sus incondicionales el trabajo a realizar. Poco después llegaron a la reunión el policía José Mingorance y Ruiz Alonso.

—Vengo a daros ánimos en estos cruciales momentos, compañeros —dijo el exagerado sindicalista cristiano a modo de saludo cuando se coló en la reunión—. ¡Viva España!

Tras la salva de aplausos de aquella gentuza, el policía garantizó a los pistoleros la absoluta impunidad ante sus agentes y les ofreció armas para el servicio criminal. Visto que el ambiente se iba caldeando en una euforia criminal y patriótica, a la que ayudaba unas botellas de coñac que aparecieron dentro de un armario, Ruiz Alonso decidió, cómo no, pescar también en aquel río que no era suyo.

—¡Compañeros! —gritó subiéndose a una silla—. ¿Quién se viene conmigo al Albaicín a cazar rojos ahora mismo?

Media docena de los presentes se ofrecieron de inmediato. A los pocos minutos salían del Gobierno Civil detrás del encabritado exdiputado camino de las barricadas del Albaicín. Antes pasaron por comisaría a recoger unas pistolas.

Cuando los voluntarios se fueron de la reunión, Trescastro comenzó a organizar los grupos y a valorar la lista que le había dado Jiménez de Parga. A cada nombre le ponía un número detrás, que iba del uno al cinco, según la importancia que daba a cada uno de los más de doscientos reseñados. Empezarían por los del «uno», que eran veintitrés, y seguirían sucesivamente con los siguientes en orden de peligrosidad. A «La Zapatera» le cayó el número «cuatro».

—¿Y cómo nos llamaremos? —preguntó Hernández, «el de la Cabritera», conocido así por su habilidad en el manejo de la navaja en peleas de taberna.

—La banda justiciera —propuso «el Panaerillo», que se llamaba Eduardo López Peso y que acabaría fusilado en Málaga por sus propios conmilitones vistas sus tropelías.

—No jodas, Paco —dijo Cano—. Eso es una mariconez de nombre.

—¿Y los del garrote? —sugirió «el Motrilero».

—Mira que eres bestia —le recriminó «el Motorista»—. Mejor, los cojones negros.

—Eso es ridículo —dijo Trescastro, que se quedó pensando, pero que le había gustado lo de recurrir al color del luto.

—¡Ya lo tengo! —exclamó el abogado.

—Dínoslo, jefe —solicitó «el de la Cabritera».

—«La *Escuadra Negra*» —contestó al cabo de un rato haciéndose de rogar, que para eso tenía estudios.

—Me gusta —concedió Hernández—. Suena a película de piratas.

Todos aplaudieron la ocurrencia. Esa noche acababa de nacer la parte más criminal y miserable del aparato represivo de las derechas granadinas. Detrás de Trescastro formaron, entre otros, «el Chato de Plaza Nueva», «el Pajarero», «el Mono de Tarquina», «el Tío de la Pasta», «el Jamuga», y así hasta más de treinta criminales a los que Trescastro organizó en cinco grupos a los que el inefable Ruiz Alonso, como no, quiso controlar también, aunque no consiguiera nada.

Lo que no sabían es que las primeras bajas las tendrían ellos mismos, porque la aventura de Ruiz Alonso terminó como el rosario de la aurora.

Cuando los aguerridos justicieros fascistas se dirigían a su objetivo en actitud escandalosa, tuvieron un encontronazo con los resistentes republicanos a la altura de la calle del Agua. De resultas de la refriega cinco de los voluntarios quedaron en el suelo muertos a cuchilladas. Solo Ruiz Alonso, con un rasguño en el hombro, y otro

de los suyos, con una puñalada en el vientre, salieron vivos de la pelea. Los resistentes, que estaban a las órdenes de Galadí, se quedaron con las armas de los muertos y desaparecieron por los callejones del barrio.

Cuando Valdés supo del incidente, que fue de madrugada, casi manda fusilar a Trescastro. «No se puede uno fiar de los civiles» sentenció el comandante… y se preparó otro vaso de agua con bicarbonato.

60

22 de julio de 1936 (a media mañana)
Huerta de San Vicente. Granada.

Angelina Cordobilla, la niñera de los hijos de Concha y Manuel Fernández-Montesinos, había preparado el desayuno de Federico porque esa noche el poeta se había acostado al dar el alba, enfrascado en papeles y misterios, y no se había levantado para desayunar con los suyos a las nueve en punto, como pretendía su padre. Don Federico había ordenado que no se le preparase nada cuando se levantase, pero Angelina le había calentado café y le había tostado dos rebanadas de pan para que se las tomara «a la francesa», como decía Federico cuando las untaba de mantequilla y mermelada.

Mientras el poeta desayunaba en la cocina, sus padres y su hermana estaban en la sala de la planta baja. Don Federico acababa de llegar a la Huerta de visitar a su abogado, que le había citado en su despacho a las nueve y media. Paquito «el de Loja» le había recogido a las nueve y cuarto.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó doña Vicenta a su marido.

—Parece que ya ha hablado con Valdés…

—¿Y? —Concha estaba desquiciada desde que habían detenido a su marido. Apenas cruzaba palabra con nadie y pasaba las horas encerrada en su habitación.

—Serrabona me dice que Valdés le ha dado garantías de que su vida no corre peligro, que le va a sacar de comisaría para llevarle a la cárcel provincial, que allí estará más seguro.

—¿Pero a la cárcel, por qué? —gritó Concha—. ¿Qué ha hecho Manolo?

—Dice Serrabona que los militares van a juzgar a todos los altos cargos del Frente Popular y que la fiscalía castrense ya está preparando las acusaciones, pero que no nos preocupemos que su vida no corre peligro.

—¿Y tú te lo crees? —preguntó doña Vicenta, que estaba tan destrozada como su hija, pero conservaba mejor la calma.

—No, Vicenta, no me lo creo —lamentó don Federico—, aunque Serrabona es un hombre de honor y me ha dado su palabra.

—¿Y no hay nada más? —insistió Concha al borde de la desesperación.

—Sí, hija. Delante de mí ha llamado a Luis García-Alix y nos hemos ido a verle a su casa.

—¿Y qué os ha dicho?

—Nada fundamental, Concha —mintió su padre—, que llamará a Valdés y que hará todo lo posible para que le declaren inocente, pero que el juicio no se lo puede quitar.

Lo que les había explicado el jefe de la CEDA era otra cosa bien distinta. García-Alix se lamentó del curso que estaban tomando los acontecimientos. «Con Valdés nos hemos equivocado», confesó el anfitrión cuando Pérez-Serrabona, que era compañero político suyo, le preguntó por los entresijos de las relaciones de poder entre los golpistas. García-Alix les explicó que cuando Valdés apareció en el Gobierno Civil ellos respiraron aliviados porque le consideraban uno de los suyos, aunque tuviese el carné falangista, pero «la derrota es huérfana y la victoria tiene miles de padres», apuntó quejoso, para justificar lo que había pasado en solo tres días. A decir del cedista, Valdés no era ni de unos ni de otros, «es de los militares y de sí mismo, y tiene una visión mesiánica de su papel en todo esto. No atiende a razones».

Cuando se vio que Valdés era quien mandaba en la ciudad muchos de los cedistas granadinos se ofrecieron incondicionales al nuevo gobernador y, para pesar del jefe derechista, se fueron buscando acomodo por su cuenta a la sombra del uniforme del gobernador

civil sin contar para nada con la dirección de su partido. «A los falangistas les está quitando gente, mirad lo de Afán de Ribera y lo del capitán Rojas, y a nosotros nos hace tres cuartos de lo mismo —se lamentaba García-Alix—. Valdés está nombrando alcaldes de entre los nuestros sin consultarnos. A Trescastro le ha puesto a matar gente por las noches, a Ruiz Alonso, que solo busca cómo colocarse, le maneja para cabrear a los falangistas prometiéndole que le va a autorizar un batallón para él solo, y para colmo los hermanitos Jiménez de Parga le hacen gratis los papeles para vestir al santo. Nos estamos quedando sin partido, vamos a durar menos que un azucarillo en un café. En solo tres días este cabrón nos ha reventado la organización».

Cuando Pérez-Serrabona le preguntó por lo que quería decir con lo de Trescastro, un desbordado García-Alix les contó lo poco que sabía, que habían montado un grupo criminal con permiso de Valdés, «La Escuadra Negra», que mataba gente por las noches con listas que les iba pasando Romero Funes, que también era un cedista reciclado. «A mí me han invitado a que vaya a unas reuniones que tienen todas las tardes en el "Café La Granja", por si quiero apuntar a alguien, pero mi conciencia me lo impide y les he dicho que no cuenten conmigo, ni con la dirección del partido», alegaba el desconcertado jefe cedista.

Lo que García-Alix no sabía era que como Valdés no se fiaba de nadie, y menos de Trescastro que era un bocazas y un impresentable, ya había colado en el grupo a alguien de su confianza. Un militar, por supuesto. Un teniente coronel de Infantería retirado, un tal Ruiz Pozo, que le reportaba a él directamente y en secreto y que se encargaba de señalar el trabajo de los cinco grupos en que se había organizado la banda criminal. «Tal y como están las cosas donde está más seguro el alcalde —García-Alix le conservaba el tratamiento a Fernández-Montesinos— es en prisión y esperando juicio. De allí no le pueden sacar para pasearle» les dijo antes de

despedirles y prometerles que haría todo lo posible por el yerno de don Federico García.

—¿Y no podemos hacer nada por él? —insistió su hija.

—Buscarle un buen abogado, Concha —dijo el padre—, y confiar en la Providencia.

Concha García Lorca rompió a llorar abrazada a su madre, que tampoco podía contener las lágrimas.

Cuando Federico terminó su desayuno y salía para el jardín con un cuaderno en las manos, se encontró con el desolador panorama familiar del salón. La mirada de su padre decía de todo menos buenos días.

—¿Qué os pasa? —preguntó el poeta como si no se lo imaginase.

—Mi marido, Federico —le dijo Concha—, que sigue en la cárcel y que me lo quieren juzgar ahora.

—¿Pero juzgar, por qué?

—¡¡No lo sé!! —sollozó su hermana abrazándosele al cuello.

Federico rompió a llorar también cuando sintió en la mejilla las lágrimas de Concha. El poeta, que era amigo de Manuel Fernández-Montesinos desde antes de que se ennoviara con su hermana, había sentido la detención de su cuñado en carne propia. Eran amigos desde los años del instituto y él mismo los había presentado. Vicenta se agarró a la mano de su marido viendo a sus hijos abrazados. Desde el fondo de la sala Angelina Cordobilla también se secaba las lágrimas.

—¿Habéis llamado a Gregorio? —preguntó el poeta cuando sintió que su hermana estaba más tranquila—. Tal vez él pueda hacer algo.

Gregorio era el hermano de su cuñado, y era médico como él, pero que en vez de afiliarse al PSOE lo había hecho en Acción Popular. Aunque Gregorio Fernández-Montesinos no era un jerarca del partido, sí era conocido en Granada por sus ideas derechistas. Vivía en una casa del Ayuntamiento, en el «*Carmen de la Muralla*», porque era médico municipal.

—Fue lo primero que hice, Federico —le respondió su hermana—. Pero me dijo que desgraciadamente él podía hacer poco y que no creía que la cosa pasara a mayores.

Los dos seguían abrazados y quizá fue la sensibilidad de Federico quien acogió en su cuerpo el miedo que Concha transmitía, pero el caso es que el poeta empezó a temblar.

—Tengo mucho miedo, Federico —le susurró Concha al oído.

—Yo también, hermanita —contestó él muy bajito, para que no le oyesen sus padres. No le quiso contar que aquella noche, cuando se durmió de madrugada, había soñado con su cuñado. Se le aparecía en el sueño esposado y empujado por otros hombres… pero no pudo saber a dónde lo llevaban.

En eso sonó el timbre del teléfono y fue la niñera quien atendió la llamada.

—Es para usted, señorito Federico —dijo Angelina cuando volvió a dar el recado.

—¿Quién le llama? —preguntó su padre.

—Don Constantino Ruiz —respondió Angelina.

—Ten cuidado con lo que dices —le recomendó su padre, que suponía que todos los teléfonos estaban intervenidos por las nuevas autoridades.

Federico se fue a la habitación de al lado para atender la llamada de su amigo.

—Dime…

—¿Qué tal estás, Federico?

—Bien —mintió el poeta*—, ¿y tú?*

—Regular. Nos han cerrado el periódico…

—Ya lo sé —Lorca había sabido por Radio Granada de la clausura *—. Pero ¿ha pasado algo más?*

—De momento no —Constantino Ruiz Carnero no sabía que habían dado orden en el Gobierno Civil de capturarle*—, pero han detenido a todos mis compañeros del Ayuntamiento.*

El periodista había ejercido unos días como alcalde provisional, hasta que se ocupó Montesinos, y había conservado su escaño como concejal de Izquierda Republicana.

—¿Estás en casa?

—No, estoy en casa de unos amigos —le explicó—*.* Es un sitio seguro, pero no te voy a decir nada… compréndelo. Voy a esperar unos días para ver qué pasa…

—Desde luego. Lo comprendo.

—¿Has visto lo de Sanjurjo?

—Sí —reconoció Lorca—*. ¿Por qué?*

—A ese se lo han cargado los suyos… Como empiecen así duran dos tardes.

—¿Tú crees?

—Mira, Federico —le empezó a explicar su amigo—*. Granada está rodeada por tropas leales y es cuestión de días que el Gobierno mande refuerzos desde Málaga y desde Jaén para que recuperemos Granada.*

—Ojalá… —suspiró Federico—*. A ver si acaba de una vez toda esta locura. Creo que todo es un sueño y que no me he despertado.*

—Desgraciadamente es real, Federico —lamentó el periodista—*. Es una pesadilla… pero real.*

—Vale… —concedió Lorca que no quería comprender lo que estaba escuchando*.*

—Oye, Federico…

—Dime…

—Hazme un favor.

—Lo que pidas…

—No te fíes de nadie y no salgas de casa, y menos tú solo. Están pasando cosas muy turbias… Te llamo por eso. No salgas de la Huerta.

—¿Por qué? —ciertamente Federico García no había salido de casa de sus padres desde el 19 de julio y no tenía intención de hacerlo, pero esa advertencia le ponía en vilo*.*

—No te lo puedo explicar, pero créeme… y hazme caso, por favor.

Constantino no quería, ni podía, explicarle que ya se rumoreaba por Granada la existencia de «La Escuadra Negra». Esa mañana habían aparecido tres cuerpos acribillados en las tapias del cementerio y otros dos en la cuneta de la carretera a Armilla.

—De acuerdo, Constantino. No saldré de casa…

—Eso espero, Federico. Ya te llamaré otro día. Cuídate.

—Tú también. Un beso.

—Otro.

Cuando colgó el teléfono no podía imaginar que esa sería la última vez que oiría la voz de su amigo periodista.

Tampoco podía saber que desde primera hora de la mañana un par de hombres, que habían anotado las entradas y salidas de su padre, vigilaban discretamente el camino de acceso a la Huerta de San Vicente.

61

22 de julio de 1936 (a media tarde).
Calle Duquesa, sede del Gobierno Civil. Granada.

En solo tres días Valdés se había hecho con el control de la situación. El burócrata militar sabía mejor que los demás uniformados que solo con los fusiles no se llegaba lejos, que el éxito de su misión no estaba en ocupar los despachos, sino en garantizarse la seguridad tras el golpe y hacer que las cosas funcionaran como antes de salir a la calle. Y sabía también que le tocaba la tarea más sucia, la más implacable, la de «limpiar el corral». Y estaba dispuesto a hacerlo… pero con los suyos, con los que no le discutiesen.

Desde el día 20 por la tarde, cuando encerró a César Torres, no había salido del Gobierno Civil. Con el gobernador destituido mantenía un trato respetuoso. Valdés, como hombre de disciplina y jerarquía, consideraba a Torres como «un igual» que obedecía órdenes del Gobierno, como él las recibía de los conjurados, y que, y eso le salvaba, no había repartido las armas entre los del Frente Popular. Por eso seguía allí, en el Gobierno Civil, y no le había mandado a comisaría o a la cárcel. Valdés pensaba también que la realidad está en los papeles y que lo que no se dispone por oficio no existe, así que desde el primer momento el Gobierno Civil a su mando no paró de emitir resoluciones, órdenes y, sobre todo, nombramientos para colocar a sus hombres en los puestos clave de la administración política, policial y burocrática de su competencia. «La camarilla Valdés» estaba formada por el teniente coronel Velasco, los tres hermanos Jiménez de Parga, José Mingorance, Moreno Funes y el que fuera comandante de puesto de la Guardia

Civil de Alquife, que lo tenía de guardaespaldas y pistolero para todo. Había que incluir en el grupo al antiguo secretario de Torres, que se había pasado con todo el equipo. Trescastro y Ruiz Alonso habrían dado cualquier cosa por formar parte de los elegidos, pero Valdés los mantenía lejos de su círculo. En ese grupo no había ningún falangista de los anteriores a la sublevación, a los que Valdés quería mandar al frente detrás de los militares.

A Valdés tampoco le gustaban los falangistas de antes de la sublevación y quería quitar de las posiciones de control a los hombres de Narciso Perales: los Rosales, Cecilio Cirre y Díaz Pla. El primer paso había sido designar al capitán Rojas como jefe de milicias. El segundo, aceptar entre las filas de los de la camisa azul a cualquiera que quisiera apuntarse, lo cual había doblado el número de afiliados desde el día del golpe. Nadie preguntaba nada a nadie y la camisa azul se convertía en un salvoconducto para lavar culpas pasadas o ganarse un lugar al sol en el nuevo régimen. El tercero, que ya lo tenía decidido, incorporar a los afiliados nuevos y de paso a los pocos antiguos, a los frentes militares bajo jurisdicción de oficiales profesionales.

Por medio de sus voceros, «El Ideal de Granada» era el principal de ellos, había dispuesto que quien quisiera presentarse voluntario debía acudir aquella tarde delante del Gobierno Civil a fin de encuadrarse en las milicias, afiliarse, y recoger las armas que les darían de las que había en la comisaría central y que, al final, habían salido de los cuarteles regimentales.

Cuando Ruiz Alonso supo de la convocatoria vio que había llegado su momento. Era la oportunidad para montar sus propias milicias, que ya las había bautizado como el todavía inexistente «Batallón Pérez del Pulgar», en una rancia referencia a un individuo de Ciudad Real, cuyo lema era «quebrar y no doblar», que se ganó los favores de la reina Isabel, la llamada *Católica*, cuando hizo honor a su violento lema personal durante la guerra de Granada contra los nazaríes de Boabdil *El Chico*. Los falangistas recibieron contrariados

la noticia. Ellos pretendían también montar sus propias centurias armadas para negociar la cuota de poder con los militares. Pepiniqui Rosales, Patricio González de Canales, Narciso Perales y otros más se pusieron sus camisas, se armaron de pistolas y correajes y se encaminaron al Gobierno Civil, cuando ya había mucha gente esperando en la calle. También era su oportunidad.

Patricio González de Canales encabezaba el grupo de los suyos que se acercaba por la calle Duquesa hacia el portalón del Gobierno Civil. Eran las seis de la tarde. Venían de la calle Angulo, de la casa de los Rosales. Habían comido todos juntos y los chascarrillos del almuerzo fueron los incidentes de Ruiz Alonso en el Albaicín la noche anterior en que «casi le matan por *gilipollas*», explicaba Pepiniqui a una concurrencia que se desternillaba de la risa al imaginarse al exdiputado saliendo por pies de la refriega, chorreando sangre y con más miedo que vergüenza.

«Si no le ha pasado nada, solo ha sido un rasguño en el hombro», aclaraba Luis Rosales, que sabía también de la noticia. «Pues él lo cuenta como si le hubieran sacado el hígado», se burlaba Cecilio Cirre. «No caerá esa breva», sentenció Miguel Rosales, que aprovechó para recordar a los reunidos el chusco y tormentoso viaje a Madrid con el cedista salmantino cuando quería «colocarse» en Falange al perder su escaño… y su sueldo de diputado.

Una llamada de Antonio Robles Jiménez, el jefe provincial del partido falangista, les puso sobre aviso de la maniobra de Valdés y les instó a que se personasen en el evento «para que ese cabrón no nos joda más», dijo. Al doctor Robles, el nombramiento del capitán Rojas como sustituto de Valdés le había sabido a cuerno quemado porque «ese, de falangista, tiene lo que yo de canónigo de la catedral», explicaba. Además, para mayor disgusto, el taimado Valdés acababa de nombrar a Gerardo Afán de Ribera como delegado gubernativo de su Gobierno Civil, sacándole de la secretaría provincial de FE y adscribiéndosele a su propio servicio y al de los militares. Otra defección. Esa misma mañana, el recién

llegado había firmado como suya una relación que le pasó el secretario de Valdés nombrando como alcaldes provisionales de los municipios granadinos que habían caído en manos de los sublevados a significados jefes locales de la CEDA y a ningún falangista, lo que había acabado de encender los ánimos de los «camisas viejas», en especial de Perales y González de Canales que se veían ninguneados por el hermético Valdés. «¿Para qué he venido yo aquí jugándome el tipo —decía Perales fuera de sus casillas— si este hombre va a hacer con Falange lo que le salga de los cojones?».

Cuando el grupo falangista llegó al Gobierno Civil, un montón de voluntarios, muchos de ellos de las Juventudes de Acción Popular aplaudían a rabiar hacia un balcón de la primera planta donde el ubicuo Ruiz Alonso, vestido con la camisa azul, se encontraba arengando a los suyos. Eso fue la gota que colmó el vaso, y los amigos de Rosales subieron corriendo al despacho del Gobernador con la intención de poner los puntos sobre las íes.

En el antedespacho estaba Manuel Jiménez de Parga en compañía del acólito de Ruiz Alonso, al que se le veía encantado, y con ellos, dos guardias de Asalto que Valdés tenía siempre en la puerta de su despacho oficial. Los falangistas pasaron por delante de los hombres como una exhalación y entraron donde Valdés, que tenía la puerta entreabierta. Allí no estaba el Gobernador, solo su ayudante, Velasco, ponía orden en algunos papeles.

—¡¿Qué hace ese irresponsable ahí?! —preguntó a gritos Pepiniqui Rosales señalando la espalda del derechista que estaba en el balcón.

—Tiene permiso del señor gobernador —fue cuanto atinó a decir el de la Guardia Civil al ver que se le había llenado el despacho de uniformes azules… y de pistolas.

—¡Te he preguntado que qué está haciendo! —insistió Rosales.

—Está formando las milicias de apoyo. Tiene orden del gobernador —respondió Velasco.

Cuando Ruiz Alonso oyó las voces detrás de él, se dio la vuelta y se quedó blanco al verse enfrente de la tropa falangista.

—Bienvenidos, camaradas —dijo para congraciarse al ver que Patricio González de Canales salía hacia el balcón hecho una furia.

La mirada del delegado de José Antonio era peor que el efecto de una bala en el entrecejo… y esa fue toda la respuesta que le dio.

—¡¡¡Compañeros!!! —gritó el cedista a los que se apiñaban a los pies del balcón—. ¡¡Aquí están nuestros amigos falangistas!! Todos somos hermanos y buenos españoles, y nuestro esfuerzo es común para salvar a España de las hordas marxistas.

El público rompió a aplaudir al demagogo, que se giró sonriente hacía González de Canales como si quisiera evidenciarle el apoyo que recibía de los suyos.

—¡A un lado los de Falange, los tradicionalistas al centro y allí los de Acción Popular! —dijo Ruiz Alonso, pletórico, señalando con el índice, como si acabase de descubrir América.

Esa frase, y el haber usurpado el símbolo de los joseantonianos fue la chispa que encendió la mecha que hacía explotar la ira del delegado falangista.

—¡¡¡Yo represento aquí a José Antonio —exclamó González de Canales— y aquí no hay más milicias que las de Falange!!!

Acto seguido se volvió hacia el cedista y le abofeteó en público, metiéndole a empellones en el despacho de Valdés. Los congregados también rompieron a aplaudir, como si no pasara nada. Aquello era todo un espectáculo.

—¡¡¡Quítate esa camisa, hijo de puta!!! —le conminó Perales en cuanto lo tuvo dentro.

Pepiniqui Rosales salió al balcón para acompañar a su jefe.

—¡¡¡Arriba España!!! —gritaron los dos levantando el brazo derecho.

—¡¡¡Arriba!!!

El saludo fascista fue correspondido inmediatamente por los concentrados, que ya se habían olvidado que eran de Acción Popular.

Mientras, Cecilio Cirre y tres hombres de su centuria, abroncaron al cedista, que se encontraba con la dignidad por los suelos al verse

entre tanto uniforme y botas altas vestido con una camiseta de tirantes muy sudada.

Trescastro y Jiménez de Parga, al oír el escándalo entraron corriendo en el despacho de Valdés.

—Señores, por favor —imploraba Velasco, que sabía que eso, antes o después, le iba a costar un disgusto. Tenía más miedo a Valdés que a un nublado, y sabía que cuando el gobernador supiese del incidente iban a rodar cabezas… y no quería que la suya fuera una de ellas.

Fuera, Perales y Rosales emplazaban a los congregados a tomar las armas que les ofrecían los de comisaría y a dirigirse al convento de San Jerónimo, donde estaba el cuartel de Falange, para que les «encuadrasen». Los seis falangistas que se habían quedado en la calle los fueron formando en grupos y se los llevaron a comisaría para armarles.

A Ruiz Alonso se le acababa de pinchar el globo de sus soñadas milicias. El nonato batallón «Pérez del Pulgar» tendría que esperar a otro momento.

La cosa no pasó a mayores y los falangistas se fueron por donde habían venido después de que Perales les echara un discurso lleno de estrellas y luceros, como les gustaba cuando les daba la vena poética que tanto exasperaba a Valdés.

Antes de irse le dieron un recado a Trescastro:

—Que sepas, Juan Luis —dijo Rosales refiriéndose a «La Escuadra Negra», que ya se había estrenado en sus artes criminales— que los falangistas no fusilamos a nadie sin juicio. ¡¡Cómo alguno de los tuyos se ponga la camisa azul te juro que te busco y te pego dos tiros!!

Lo que no podría controlar el ingenuo Rosales es que florecieran «falangistas» como setas y que el color azul fuera el de la represión granadina. La pelea de «azules» contra «caquis» y «meapilas» había empezado.

Esa noche, cuando Valdés volvió de sus visitas de inspección al frente, hubo más que palabras en el Gobierno Civil.

—A ese hijo de puta le mando para Sevilla… o le fusilo —dijo Valdés refiriéndose a Patricio González de Canales en cuanto Velasco le relató lo que había pasado—. Y dile a Rosales y «al Perales ese» que se anden con el bolo colgando.

Dicho esto, pidió que le pusieran por radio con Sevilla para reportar a la gente de Queipo de Llano sobre el incidente y recibir instrucciones al respecto. Después pidió una infusión de manzanilla con granos de anís, su dosis de bicarbonato y que le preparan una tortilla francesa para cenar en su despacho.

62

23 de julio de 1936 (por la mañana)
Calle Elvira, casa de Juan Palao. Granada.

—¡Maricarmen!

—¡Dolores!

Las dos mujeres se abrazaron y rompieron a llorar. María del Carmen García-Trevijano había vuelto a la casa de la costurera para hacerse cargo otra vez de sus hijos. Esa misma mañana, a primera hora, había salido del acuartelamiento militar cuando su marido la llamó por teléfono desde comisaría diciéndole que ya había pasado el peligro, que ya controlaban la situación en Granada, aunque el Albaicín todavía se resistiese. La mujer de Nestares fue recogida por un coche que su marido le mandó desde la calle Duquesa con dos policías de paisano para que la acompañasen.

Cuando «la capitana» llegó al domicilio de la costurera vio cómo uno de los policías saludaba a un hombre que estaba apostado fumándose un cigarro cerca de la esquina de la calle Elvira con el callejón donde vivían Juan y Dolores. María del Carmen coligió que ese hombre era el policía de turno que su marido había puesto para proteger el domicilio donde estaban escondidos sus hijos.

—Pero,… ¿qué ha pasado? —preguntó la costurera con más angustia que otra cosa. El temblor de la voz denotaba el miedo que embargaba a la mujer del encofrador.

—Lo que tenía que pasar, Dolores. Lo que tenía que pasar —dijo la Trevijano—. No quedaba otro remedio.

—¡Están locos!

—No, Dolores. No están locos —justificó la mujer del militar—, están hartos.

—Pero están matando a la gente, Maricarmen.

—Es un mal necesario —respondió la militara, ajena por completo a que el marido de su interlocutora era uno de los que figuraba en las listas de los depurables—. Hay que arrancar la cizaña.

—Pero están matando gente inocente, Maricarmen —protestaba Dolores sin dejar de llorar, ignorante también de que el bueno de Juan Palao era uno de los candidatos a pasar por las armas—. Han matado a nuestro amigo Braulio… su mujer está esperando una criaturita y se enteró anoche de que su marido estaba en el depósito de cadáveres con tres tiros en el pecho.

—Son cosas que pasan —alegó «la capitana»—, siempre hay accidentes, Dolores.

Los hijos de Nestares, al oír la voz de su madre, salieron del cuarto en que estaban jugando con los de la costurera.

—¡¡Mamá!! —gritaron corriendo hacía ella.

María de Carmen García-Trevijano se abrazó a ellos.

—¿Ya nos vamos? —preguntó la pequeña sin soltarse del cuello de su madre.

—Sí, hijos —dijo ella— ya nos podemos ir a casa. Ya ha vuelto papá.

—¡Jo, qué pena! —replicó el mayor—. Estábamos jugando a la taba, nos ha enseñado Manu. Y yo iba ganando…

—Y yo también soy muy buena —añadió la pequeña—. Siempre gano a Balbina.

—Nos tenemos que ir, no os pongáis pesados —ordenó la madre —. Recoged vuestras cosas.

—Manu, ayúdales tú —dijo Dolores a su hijo mayor, que estaba en el marco de la puerta de su cuarto con las tabas en la mano.

—Ya voy, madre —contestó Manuel Palao volviéndose a su cuarto.

Las dos mujeres se quedaron a solas en el comedor mientras los niños recogían sus cosas.

—¿Qué tal está Juan? —preguntó la mujer de Nestares.

—Bien —mintió Dolores, porque su marido estaba destrozado moralmente con lo que estaba pasando—. Está trabajando en la obra.

—¿Ya han vuelto?

—Sí. La huelga terminó ayer. Esta mañana se ha ido al tajo en el Hospital.

—Ha hecho bien. Ya no volverá a haber huelgas en España… —sentenció la Trevijano.

Dolores calló. Cuando el día 20 por la tarde su marido fue a la Casa del Pueblo, a su vuelta le dijo que el sindicato había dictado ir a la huelga general y a él le parecía bien. «No podrán contra todos los trabajadores unidos. Vamos a parar Granada», le explicó a su mujer. Pero cuando supo al día siguiente que casi todos sus compañeros de la dirección habían sido detenidos por la policía o por los militares comprendió que no había posibilidad de resistencia. La debilidad operativa de sus camaradas de partido, primero, y la muerte de Braulio Saldaña, después, fueron las gotas que colmaron el vaso de su desesperanza. Y como fuera que los militares habían dictado un bando ordenando la reapertura de las obras, Juan Palao, bajo pena de muerte, había vuelto al suyo a las siete de la mañana.

—¿Te han dado mucha guerra los niños?

—¡Que va! —contestó Dolores—. Son un encanto, se portan muy bien. ¿Quieres un café mientras preparan sus cosas?

—Sí, gracias. Todavía no he desayunado… con la que está cayendo. Además, el café del cuartel es imbebible.

Dolores se acercó a la cocina y al rato traía dos cafés de puchero. En casa de los Palao siempre había café preparado porque tanto Dolores como Juan eran muy aficionados, y la costurera siempre cosía con un pocillo al lado.

Mientras Dolores preparaba las tazas, María del Carmen se fijó en un ejemplar de «El Socialista» que estaba encima de la mesa del comedor.

—Tira esto cuanto antes, Dolores —le sugirió señalando el periódico—. Ahora es muy peligroso tener esas cosas en casa… nunca se sabe.

—Pero es legal —protestó Dolores.

—Ya no —aclaró la militara—. A partir de ahora todo será de otra manera.

Las dos mujeres callaron mientras se servían el azúcar.

—Pero ¿qué va a ser de nosotros? —la angustia y el miedo no se iban de Dolores.

—Nada malo, Dolores. Los hombres y mujeres honrados no tienen nada que temer.

—¿Y mi Juan? —insistió Dolores.

—Menos que ninguno —prometió la Trevijano—. Es un hombre honrado y bueno, y siempre estaremos en deuda con vosotros. No te preocupes, querida. A Juan no le va a pasar nada.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo la costurera, que no las tenía todas consigo pese a la declaración de su jefa.

—Claro que sí. Dime…

—¿Sois de Falange? Dicen que ahora son los que mandan.

—Sí, somos falangistas —confesó María del Carmen—. José es uno de los jefes de Granada. Está ahora al cargo de la policía.

—Ufff…, menos mal. —Dolores sabía por su marido que eran policías los que habían detenido a sus compañeros.

—No te preocupes, por favor —insistió «la capitana»—. No os va a pasar nada. Te lo juro por mis hijos.

Las dos mujeres volvieron a abrazarse. Dolores no paraba de llorar. De su padre había aprendido que todo aquel que jura por sus hijos miente.

Mientras las dos mujeres se consolaban en el piso de la calle Elvira, más de treinta y cinco personas de filiación republicana habían sido fusiladas ya en Órgiva por los piquetes de falangistas y guardias civiles del pueblo donde tenían las fincas la familia de «la capitana».

—¿Nos vamos ya, mamá? —quiso saber el mayor de los Nestares.

—Sí, hijos —dijo ella—, que nos están esperando abajo.

—¿Ha venido papá? —preguntó el niño.

—No, papá está trabajando en la oficina —contestó la madre—. Vendrá a casa a la hora de comer y entonces podréis darle un beso muy grande.

En ese preciso momento el capitán Nestares firmaba en su despacho de la policía una relación de presos que estaban en comisaría y que debían ser trasladados a la cárcel provincial para «proceso sumarísimo por sedición». En esa lista iban Manuel Fernández-Montesinos Lustau, Virgilio Castilla, y otros quince cargos públicos más del gobierno local del Frente Popular.

—¿Podremos venir a jugar con *Manu* y sus hermanas? —preguntó la pequeña, que no soltaba las tabas de su manita.

—Por favor, mami, déjanos —pidió el mayor, José María, que se había hecho amigo de Manu Palao.

—Claro que sí, hijos —mintió la madre—, vendremos cualquier día.

—Vienes a merendar y ellos se van a jugar —ofreció Dolores, que se lo había creído—. Les preparo unos bocadillos y nos dejan a nosotras para cotillear, que es lo que nos gusta. ¿Vale?

—Vale, Dolores —asintió la Trevijano recogiendo a sus cuatro hijos.

Otro beso de despedida selló la amistad entre las dos mujeres. La familia de Nestares salió de la casa del encofrador socialista.

—¿Sabes que el papá de Manu hace magia con las cartas y las monedas? —le contó el mayor cuando bajaban por las escaleras—. Anoche estuvo enseñándonos juegos de magia y a mí me sacó dos monedas del oído.

—Es un mago muy importante —corroboró la pequeña, Concepción, agarrada a la mano de su madre—. Nos ha prometido enseñarnos sus trucos.

El coche les esperaba al lado del portal. Cargaron el pequeño equipaje en el maletero y todos salieron hacia el domicilio del

capitán, incluido el detective que hacía el turno de vigilancia frente a la casa de los Palao.

Los hijos de Nestares y de Palao nunca volverían a verse.

63

23 de julio de 1936 (por la tarde)
Barrio del Albaicín. Granada.

—¡«Pocha», trae más vendas, que este se me desangra!

—Ahora voy —contestó Remedios Cortés mientras se limpiaba las manos en un barreño.

Acababa de atender a un herido de bala y otra muchacha se iba a encargar de vendarle. El herido era un albañil anarquista que había recibido un tiro en el hombro, una herida limpia, y la gitana, que era mañosa y muy valiente, le había sacado el proyectil con la sola ayuda de unas pinzas, unas tijeras y bastante temple. Cinco muchachas al mando de una enfermera que vivía en el barrio y un practicante del Clínico, que era anarquista, se encargaban de los heridos que los compañeros les subían al improvisado hospital que los resistentes habían instalado en tres habitaciones del Ateneo Libertario del Albaicín. Solo disponían de alcohol, agua oxigenada, unos pocos botes de sulfamidas y perolas de agua limpia que calentaban en una hoguera que habían encendido en el patio quemando los pocos muebles del local.

Los disparos sonaban cada vez más cerca y las piezas de artillería emplazadas en la Alhambra batían las calles del barrio desde la hora de comer. La guardia civil y los voluntarios falangistas habían sobrepasado las barricadas y subían por las empinadas calles del barrio en tres columnas con las que iban cerrando bolsas de detenidos.

La poca resistencia que encontraban se resolvía con descargas cerradas de fusilería contra las que nada hacían los disparos de las escasas escopetas de caza que poseían los resistentes. Banderas

hechas con trapos blancos iban saliendo por las ventanas para evitar así los fusilamientos en represalia que las cuadrillas de los azules organizaban después de asaltar las pocas casas que se les resistían.

Remedios Cortés se puso a desgarrar unas sabanas para hacer vendas y llevárselas al practicante, que intentaba sin éxito cortar la fuerte hemorragia que un hojalatero tenía en el muslo como consecuencia de un disparo que le había seccionado la femoral.

—Átale una cuerda debajo de la ingle o este hombre se va —dijo Joaquín Cabezas, que acababa de entrar en el local, al ver al herido. Había ido a recoger munición para su pistola—. ¡Déjame a mí, que esto es igual que una cornada!

El banderillero, que había visto muchas de esas en las plazas de los pueblos, sabía lo que tenía que hacer.

—¡Sujeta aquí, «Pocha»! —ordenó a la gitana poniendo un emplasto de tela con polvos de sulfamida encima del boquete—. ¡Que no salga sangre!

Cabezas, mientras Remedios sostenía la hemorragia, hizo un torniquete más arriba del agujero que había hecho la bala, cerca de la ingle. El herido no decía nada, estaba muy pálido y a punto de perder el conocimiento.

—Así salvé yo el pellejo en Pozoblanco, cuando me entró el pitón derecho de un morlaco por el mismo sitio.

Esa cura se la había hecho entonces su amigo Galadí, que le salvó la vida con el apaño, hasta que llegó el médico de la plaza, que estaba echando la siesta en su casa.

—Camarada, no te duermas —le dijo el banderillero al herido—. ¡¡¡Despierta!!!

—Gracias, compañero… —contestó el herido con un hilo de voz.

Después de esas palabras se desmayó, pero ya se había cortado la sangría.

—Mejor está así —dijo Cabezas cuando vio que había pasado el peligro—. Ahora hay que sacarle la bala cuanto antes para que no se le infecte, pero eso no sé hacerlo. Voy a por el practicante.

—Yo me ocupo mientras —ofreció Remedios, que seguía taponando la herida.

En el Ateneo había más de una docena de heridos graves que no podían valerse por sí mismos. Los demás, como fuese, habían salido ya de allí intentando escapar del barrio hacia Huétor, Darro arriba, por una carretera que aún no controlaban los sublevados. Esa era la única salida que quedaba… y podía durar muy poco.

Dos aviones de los de Armilla sobrevolaban la zona en ese momento.

—¡Nos van a bombardear desde arriba esos hijos de puta! ¡Hay que salir de aquí!

Galadí cogió una caja de balas de 9 mm y la metió en el zurrón. Apenas quedaban ya treinta hombres resistiendo en las últimas casas del barrio, en los alrededores del mirador de San Nicolás.

—¿Pueden moverse los que quedan? —preguntó el banderillero.

—Ninguno —contestó «La Pocha»—. Todos están graves. Algunos morirán seguro.

—Hay que irse ahora mismo —contestó Cabezas mientras quemaba unos papeles que había en los cajones de una mesa.

—¿Y los heridos?

—Se tendrán que quedar… —dijo Cabezas, que ya estaba para salir del edificio.

—Pues yo me quedó con ellos —replicó «La Pocha».

—Tienes que venirte con nosotros, Remedios. Por tu bien…

—Yo no tengo nada que temer —le contestó orgullosa la gitana. Remedios Cortés no estaba afiliada a ninguna organización política, salvo al grupito feminista de «*La Zapatera*», y únicamente había colaborado con sus vecinos en cuidar a los heridos que le iban trayendo al Ateneo.

—Pero esta gente…

—A mí me quiere todo el mundo, Joaquín. Yo no tengo enemigos, ya sabes que soy una puta buena —le interrumpió la gitana bromeando con su oficio.

Un obús cayó en esos momentos en la puerta del Ateneo. Los bimotores de Armilla pilotados por aviadores fascistas acababan de soltar su carga mortal.

—¡¡¡Iros de una puñetera vez!!! —gritó Remedios—. ¡¡¡Os van a cazar como a conejos!!!

Galadí y tres compañeros más salieron hacia arriba. La gitana y otras dos muchachas se quedaron para atender a los heridos, junto a una amiga de Remedios que era enfermera del Socorro Rojo y miembro del Partido Comunista. El practicante y el resto de las voluntarias se fueron con Galadí.

Al llegar a San Nicolás, el grupo de Cabezas coincidió con un pelotón de milicianos anarquistas que mandaba su amigo Galadí. Con ellos iban algunas mujeres que llevaban a los niños cogidos de la mano. Una de ellas iba amamantando al suyo pequeño.

—¡¡Vamos para Huétor, Joaquín!! ¡¡Hay que darse prisa!! —le gritó su amigo Cabezas cuando le vio subir por la cuesta que le acercaba al mirador—. Los fascistas están a dos pasos.

Los dos amigos se abrazaron y el grupo paró un momento para reorganizarse.

Allí, desde el mirador donde se aprecia uno de los atardeceres más bellos del mundo, los dos amigos, ajenos en ese momento a tanta hermosura, vieron la Alhambra no como el monumento más bello de toda la cultura nazarí sino como el lugar desde donde los cañones de los sublevados iban machacando poco a poco, con la cadencia criminal de sus obuses, contra las blancas casas del barrio más bello de Granada, la poca resistencia que el pueblo llano había plantado a la sublevación fascista.

—Tenemos que salir de aquí antes de que se haga de noche, Paco —propuso Cabezas—, con tanta gente detrás no podemos escondernos ni un día más.

—Hay que alcanzar Huétor como sea —le contestó Galadí, que estaba reponiendo la munición de su pistola.

Un tercer grupo de refugiados subía deprisa por el Callejón de las Tomasas. No serían más de media docena de hombres, de los que solo dos iban armados con escopetas de caza. Uno iba herido en el brazo.

—¡¡Paco, Joaquín!! —Voceó uno de ellos al verlos en el mirador.

Era José Palao. El minero subía escopetado con unos compañeros anarquistas escapando de una refriega que se oía más abajo, cerca de las orillas del Darro.

—¡Coño, José, ¿qué haces aquí?! —le preguntó Galadí que no le esperaba ni por asomo en esos apuros.

—Salir por pies, compañeros —le contestó entre jadeos—, casi nos fríen allí abajo.

—¡Subid, daos prisa! —gritó Cabezas—. ¡Os cubrimos!

Cuando el grupo llegó al mirador los tiros de los asaltantes sonaban cada vez más cerca. Todos los fugitivos se organizaron en un único grupo y uno de ellos, mientras, repartió cartuchos entre los pocos que llevaban escopeta.

—Venid con nosotros —propuso Galadí, que perdió los recelos que tenía contra Palao cuando le vio en ese trance.

—¿A dónde vais?

—Intentamos salir de aquí y llegar a Huétor. Luego ya veremos. El caso es salvar la vida y seguir en la lucha. Queremos unirnos a la columna de Córdoba y volver otra vez, pero con los nuestros.

—Eso es verdad, compañero —concedió José—, pero yo no me puedo ir con vosotros.

—¿Y eso?

—Tengo la familia abajo —dijo señalando hacia la ciudad nueva.

—¡Coño, y nosotros! —le contestó Galadí—. Yo no me he despedido de mi mujer ni de mi hijo, ni siquiera saben por dónde ando. Salí de casa el lunes y todavía no he vuelto.

Desde la noche en que sublevaron los militares, Galadí y Cabezas se habían subido al barrio para organizar la resistencia. En esos días apenas habían dormido.

—Ni creo que podamos volver ya —sentenció con pena Joaquín Cabezas, al que le sabía fatal abandonar a los suyos.

—Pues yo pienso volver —les dijo Palao.

—¿Cuándo? —a Cabezas le sorprendió la actitud de su amigo.

—Ahora mismo —contestó muy decidido el minero.

—¿Vas a bajar otra vez? —preguntó Cabezas sorprendido. No le hacía tan bravo como para atreverse a otro enfrentamiento con los piquetes que iban purgando el barrio.

—Sí, sé cómo hacerlo —les respondió—. Yendo solo me podré mover mejor. Me puedo despistar por detrás de San Nicolás y bajar por la cuesta de Alhacaba. Si me doy prisa puedo salir del barrio antes de que lo cierren por detrás.

Lo que no les explicó a sus amigos era que llevaba escondido un salvoconducto que le había facilitado Trescastro, con los sellos de la comisaría y la firma del capitán Rojas. El traidor lo había guardado dentro del forro del chaleco, por si le hacía falta en caso de apuro.

—Entonces me vas a hacer un favor… —le pidió Galadí.

—Lo que quieras, compañero —ofreció Palao, contento porque su amigo no desconfiara de él. Si no fuese así no le haría ningún encargo.

—Vas a acercarte a mi casa y quiero que le digas a mi mujer que volveré pronto a despedirme de ella y del crío.

—No te preocupes que lo haré… si salgo de esta. —Palao tenía que venderse bien y nada mejor que hacerse el héroe.

—¿Quieres tú algo? —ofreció a Joaquín Cabezas.

—Nada, José —contestó el otro banderillero—. Yo me he despedido de ellos esta mañana.

—¿Algo más? —preguntó Palao dispuesto a irse.

—¡Que tengas suerte, compañero! —le dijo Galadí levantando el puño.

—¡Salud y Confederación! —respondió Palao haciendo lo mismo.

El minero salió hacia detrás de la iglesia mientras el grupo se encaminaba otra vez hacia su escapada. Aún les faltaba casi un

kilómetro para dar con la carretera que los llevaría a Huétor-Santillán.

Palao no cabía en sí de satisfacción, la suerte había premiado su traición. Aquella mañana, acojonado con no poder entregar a Trescastro y los suyos las referencias que le pedían de los dos banderilleros, había decidido jugársela y entrar en el Albaicín a buscarlos. La entrada desde la parte baja de Granada se la habían franqueado gracias al salvoconducto. Fueron sus nuevos amigos de derechas quienes le habían señalado, precisamente, donde se encontraban los dos huidos, pues lo sabían en comisaría gracias a que habían sacado esa confesión a golpes a algunos detenidos que los habían visto allí el día antes.

Cuando se encontrase con Trescastro esa noche ya podría decirle que los banderilleros se habían escapado a la zona que seguía fiel al Gobierno del Frente Popular, pero que Galadí, al menos, pensaba volver pronto a Granada y que solo era cuestión de esperarle. Sabía dónde… y sería pronto.

Lo que no sabía en ese momento era que los piquetes de guardias civiles, apoyados por una sección de infantería y una escuadra falangista, acababan de ocupar el Ateneo Libertario, donde no encontraron resistencia.

A la enfermera comunista la fusilaron allí mismo, y a «La Pocha» y sus dos amigas las subieron a un camión para llevarlas a comisaría. De los heridos ya habían muerto dos antes del asalto y a los demás les remataron en sus catres «en aplicación del bando del coronel León», decía el sargento que estaba al mando de la cuadrilla. Les aplicaron el Artículo Segundo: «Será juzgado en juicio sumarísimo y pasado por las armas todo el que realice agresiones y hostilidades en contra del Ejército o de la fuerza pública».

El juicio lo harían un mes después de la ejecución… De ese papeleo se encargaban los Jiménez de Parga en el Gobierno Civil.

64

24 de julio de 1936 (por la mañana)
Sede de la Junta de Defensa Nacional, Burgos.
Comandancia Militar, Granada.

«Artículo único.

Se constituye una Junta de Defensa Nacional que asuma todos los poderes del Estado y represente legítimamente al país ante las potencias extranjeras.

Esta Junta queda integrada por los excelentísimos señores Generales de División Don Miguel Cabanellas Ferrer, como presidente de ella, y Don Andrés Saliquet Zumeta; los de Brigada Don Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, Don Emilio Mola Vidal y Don Fidel Dávila Arrondo, y los coroneles del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército Don Federico Montaner Canet y Don Fernando Moreno Calderón.

Los Decretos emanados de esta Junta se promulgarán, previo acuerdo de la misma, autorizados con la firma de su Presidente, y serán publicados en el Boletín Oficial.

Dado en Burgos a veinticuatro de Julio de mil novecientos treinta y seis.

General de División Don Miguel Cabanellas».

Los sublevados habían tardado una semana en mover su primera ficha en el tablero político de su presencia.

Desde que la tarde del 17 de julio se echaron a la calle en Ceuta y Melilla, y después de los fracasos que habían cosechado en Madrid, Cataluña, Valencia y todos los demás sitios de fuerte componente urbana e industrial o donde las clases populares estuviesen bien organizadas, no les quedaba más remedio que prepararse de cara a un enfrentamiento prolongado con el Gobierno legítimo, que había aguantado territorialmente el empujón fascista, y abocarse a una guerra civil y no a una simple sustitución del gabinete, como

hubiesen deseado si las cosas les hubiesen salido según los planes de Mola y Galarza.

La muerte «accidental» del general Sanjurjo había dejado sin cabeza a la sublevación y les obligaba a recomponer sus primeros planes. Tuvo que ser Mola, el más fino de los alzados, quien diseñase «una acción vigorosa y rectilínea, serena, fuerte y responsable —decía él—, para desarrollar las medidas primeras de reconstrucción, de orden y de disciplina que reclaman millones de pechos españoles». Y a eso lo había llamado «Junta de Defensa Nacional», un mero aparato de coordinación entre los sublevados, cuyas tropas no habían conseguido unirse sobre el terreno de la península, de forma y manera que ellos mismos hablaban de sus dos ejércitos: el del Norte, al mando del propio Mola, y el del Sur, en una confusa mixtura de los «africanos» de Franco y los leales a Queipo de Llano en Sevilla y su entorno.

Que Mola hubiese tirado de Cabanellas para presidir el engendro, un juguete vacío de todo contenido político, no era casual. El general de Navarra se quitaba de en medio a su anciano vecino de Zaragoza, que era de poco fiar por ser masón, republicano y liberal, y con el argumento que por su provecta edad era el más antiguo de los dos únicos generales de División de los alzados, le colocaba en una débil jefatura a todas luces circunstancial y transitoria. Los demás nombrados eran meras comparsas, salvo su propia presencia como Jefe del Ejército del Norte. Mola posponía así resolver las rencillas familiares que enfrentaban, siempre «por el bien de España», a carlistas, alfonsinos, falangistas, agrarios y católicos reaccionarios que solo se ponían de acuerdo en «echar a los rojos», pero poco más.

Mola puso a Cabanellas en Burgos y allí montaron la nueva capital de la «España Nacional» hasta ver como terminaba todo el asunto. Los generales del Ejército del Sur, Franco y Queipo, no entraron en la Junta, y la mano de Cabanellas, guiada por Mola, aparcó el espinoso asunto con un decreto que ponía a Franco como General

Jefe del Ejército de Marruecos y Sur de España, pero que dejaba a Queipo de Llano al frente de la Segunda División Orgánica de Sevilla, la soberana sobre toda Andalucía.

Aunque Franco parecía el jefe de Queipo, en realidad el de Sevilla tenía el territorio y las tropas… y Franco tenía las suyas al otro lado del estrecho de Gibraltar, y con la escuadra en manos republicanas. Ese extravagante nombramiento abría un conflicto de intereses entre los dos generales del que Mola, sin duda, esperaba sacar provecho. Franco, callado como siempre, esperaba su momento.

Mientras, en Granada, las cosas no iban para los sublevados tan bien como quería Queipo de Llano. El mismo día que Mola daba a luz su Junta Nacional, las cosas pintaban mal para León y Valdés en la ciudad del Darro. En ese momento los sublevados controlaban la capital y ochenta localidades de los partidos judiciales de Granada, Santa Fe y Órgiva, que formaban el entono de la capital y el centro de la provincia. Sin embargo, habían fracasado en noventa pueblos más que componían los partidos judiciales de Loja, Alhama, Iznalloz, Motril, Albuñol, Guadix y Baza, que habían resistido fieles a la República gracias a la ayuda de las milicias del Frente Popular de Almería, Jaén y Málaga, que acudieron en auxilio de sus vecinos.

Granada había quedado en una bolsa, y Valdés no se fiaba de la capacidad militar del coronel León para salir del embrollo. Así que esa misma mañana habló con Queipo, su único jefe, y le pidió ayuda militar cuanto antes explicándole que la situación se podía volver contra ellos en cualquier momento. Como Queipo tampoco tenía un especial cariño por León Maestre, y ya le habían llegado rumores sobre su indecisión en los momentos cruciales de la sublevación, le prometió a su hombre en Granada que «lo estudiaría».

Valdés insistió en garantizar a Queipo el orden público en la zona ocupada, «de eso me encargo yo, mi general» le prometía, pero cargaba las tintas en la debilidad militar de la guarnición y en «los problemas que me están dando unos cuantos falangistas enloquecidos», y le relató el episodio de Patricio González de

Canales en el balcón de su despacho. «A ese mándamelo para acá si te jode mucho —le ordeno el virrey sevillano—. Tú no te acoquines con los de azul».

La verdad es que a Valdés le atemorizaban pocas cosas, así que la mera instrucción de su jefe le dio pie a reclamar que «el tal Canales» fuese a su despacho al día siguiente, «que ese caballerete y yo tenemos que cruzar cuatro palabras», le explicó a Velasco, a quien encargó la encomienda por lo mal que le caían los falangistas.

Y así estaban las cosas mientras los dos menguados regimientos sostenían el frente como podían y Valdés seguía «limpiando el corral» con su proverbial eficacia y la ayuda del siniestro aparato represivo montado rápidamente con Romero Funes, Nestares, Rojas, y la gente de «La Escuadra Negra», que cada día mejoraba en su eficacia criminal indiscriminada y contribuía, mejor que nadie, a extender un clima de terror por la ciudad. El comandante Valdés quería evitar a toda costa que detrás de sus líneas quedase alguien dispuesto a ayudar a los que les tenían rodeados. Y lo estaba consiguiendo.

Campins seguía encerrado en sus habitaciones, ajeno a cuanto pasaba, y ese día había escrito por la mañana a su mujer:

> *«Lolín: En mi encierro, que no es más que aislamiento de todo y de todos, pues me muevo libremente por el pabellón, estoy bien, yo voluntariamente me recluyo en tres habitaciones seguidas por las que tengo bastante sitio para pasear, dan a un patio, medio jardín, de la Comandancia. Y si no fuera por la incertidumbre de saber de vosotras, ni de los niños, aquí estaría divinamente».*

El día anterior había pedido por escrito a Basilio León que se le participase el inicio en la formación de procedimiento para su enjuiciamiento militar. Campins quería saber los términos en que se practicaba la acusación contra él, los cargos que se le imputaban y las pruebas aducidas. Su sustituto, que no sabía qué decir, trasladó el oficio a Sevilla y esperó respuesta. El general, desde que fue

arrestado, aprovechaba el tiempo en ordenar sus papeles, actualizar su diario y preparar la línea argumental de su defensa a la espera de que todo se aclarara cuanto antes.

Sobre las cinco de la tarde, el oficial de guardia le llevó a sus habitaciones la contestación recibida a su escrito, que venía de las oficinas de Queipo en Sevilla. La nota decía que «como acuse de recibo, se le da cuenta de que debe permanecer en la situación de arrestado hasta que disponga otra cosa el General de la División». Eso era todo.

El desanimo cundió en Miguel Campins y, para conjurarlo, sacó recado de escribir y se preparó a redactar una carta para sus hijos, algo que le reconfortaba el ánimo.

«Queridos Guelín y Toñín:

Hijos míos, la vida tiene sus contratiempos y en particular la profesión militar. No sé si aconsejaros lo seáis o no. Vosotros ya sois mayores y juzgareis por cuenta propia si os conviene seguir o no en la profesión.

Yo tengo un concepto del deber muy rígido y de la carrera muy elevado, pero no todos los militares lo sienten de la misma manera. Además, los tiempos en que vivimos son cada vez más difíciles, no hay ninguna verdad absoluta en las cosas de la vida, lo que para unos parece bueno, para otros lo es malo, y así el saber conocer cuál es la línea de ese deber cada día se hace más difícil. Yo no soy capaz de lanzar a mis subordinados a aventuras ridículas, tontas ni peligrosas, si no media ante su consentimiento expreso. Además pienso que España, con tanta revolución y tan continuas, se empobrece más cada día. Claro es que pasan muchas cosas que no debieran pasar, pero no somos los militares los llamados a impedirlo por medios que tampoco son legales ni naturales.

Yo me resistía a declarar el estado de guerra habiendo calma o paz material en las calles y campos de esta provincia. Creía y sigo creyendo que esa paz material no éramos los militares los llamados a romperla. La paz de los espíritus no existe desde hace mucho tiempo, pero en ella los militares tenemos poco que hacer.

Así pues, las impaciencias de unos y los desaciertos de los otros, me pusieron en el trance de no poder resistir más y llegué a él, al estado de guerra.

No sé si me equivoqué o acerté, ahora es pronto para juzgarlo. El tiempo lo dirá. Pero el caso es que por eso, y por haberme mantenido leal al Gobierno central estoy destituido y detenido.

No os preocupéis por mí, estoy bien atendido y en la misma Comandancia Militar. No me falta nada.

Lo malo de todo esto es vuestra pobre madre; cómo le habrán sorprendido estos meses en Zaragoza; y la pobre Conchita tan pequeña para atenderla. En cuanto lo permitan las circunstancias, ver si la podéis reunir con el tite, o por lo menos vosotros con ellas, pues para eso sois hombres.

Pensad que vosotros sois soldados en uso de permiso y en circunstancias como estas tenéis que presentaros en la Comandancia Militar y prestar los servicios que os manden. Sed muy obedientes, puntuales y disciplinados en cuanto os manden, repasad vuestras obligaciones en el Manual de las Ordenanzas; y que tan pronto como haya comunicaciones os tenéis que incorporar a vuestro regimiento en Zaragoza.

Cuando yo salga de estas cosas ya veremos lo que hacemos.

Al destituírseme del cargo, se ha hecho con un lenguaje grosero y criminal. Algún día podré ocuparme de ello, ahora no puedo.

Pero sea lo que quiera, suceda lo que suceda, pensad que vuestro padre fue soldado siempre por vocación, español como el que más; un caballero siempre esclavo de sus juramentos y palabra empeñada. Más a pesar de buscar siempre los puestos de mayor riesgo y fatiga, como dicen las Ordenanzas, siempre fue avaro de la sangre de sus soldados, y que bajo su mando nunca se derramó una gota de ella sin ser por imperativo del deber.

Atended y cuidad a vuestro tío, y cuando os juntéis a vuestra madre obedecerla y cuidarla mucho, no la hagáis trabajar pues está delicada, es muy impresionable y con estas cosas sufrirá mucho. Pensad que tenéis la suerte de tener la más santa mujer de la tierra por madre. Dadle muchos besos de mi parte.

Y para vosotros mucha calma, mucha serenidad, valor y todo el cariño inmenso de vuestro padre.

Miguel».

Cuando Miguel Campins terminó su carta, toda una profesión de bondad natural y fe democrática, sendos mensajes llegaron al Gobierno Civil y a la Comandancia Militar de Granada.

En los dos casos el texto era el mismo. «Mañana por la mañana llegará al aeródromo de Armilla, comisionado por el general de la Segunda División Orgánica, el general Orgaz en visita de inspección».

Para el general arrestado hubiera sido una buena noticia de haberla sabido, porque Orgaz era amigo personal suyo y hombre de confianza de Franco, su único posible valedor en un momento tan delicado.

Tampoco podía saber Campins en su encierro que desde el mismo día de su arresto se había empezado en Sevilla la instrucción del proceso militar sumarísimo contra él sin darle vista al expediente ni, siquiera, comunicárselo. La respuesta a su escrito de solicitud no pasaba de ser, a tenor de ello, otra canallada más de las muchas del estrafalario Queipo de Llano, que conocía de sobra la amistad de su prisionero con el general Franco.

65

24 de julio de 1936 (por la noche)
Calle Mesones, Granada.

Agustina había terminado de acostar a su madre, que llevaba enferma varios días. Su resentido corazón, del que padecía achaques desde hacía años, estaba peor desde que supo de la sublevación y el miedo le entró en el alma. La pertinaz arritmia en su pecho le desbocaba el aliento al menor de los esfuerzos, y solo subir del obrador a la vivienda era un suplicio para la anciana. Acaba de administrarle unas gotas de digitalina, que la habían relajado.

—Hija no te quedes hasta muy tarde, que mañana tienes que abrir tú la tienda.

La voz próxima y reseca de su madre la sacó del ensimismamiento y dio un respingo, que hizo que la llave cayera al suelo y rebotara sobre las baldosas de barro rojo. Su madre le hablaba desde el otro lado de la puerta de su dormitorio.

—Madre, ¿para qué se ha levantado usted otra vez? —preguntó Agustina, que no esperaba verla en pie.

—Hija mía, tengo que hacer mis necesidades porque si no, no puedo dormir. Además, quiero beber agua, porque las gotas esas siempre me dan sed.

—Bueno, pues apresúrese que luego no descansa bien si pierde el primer sueño.

—Lo mismo te digo hija —le respondió ella—. Acuéstate pronto porque si no mañana andarás con ojeras.

—Madre no siga, por favor —rezongó Agustina, molesta por la recomendación.

Al cabo de un rato escuchó la descarga de la cisterna, los pasos de su madre de vuelta por el pasillo y el ruido de la puerta de su dormitorio al encajarse en el marco. Agustina respiró satisfecha. Por fin, y de nuevo, el silencio volvía a su casa.

66

25 de julio de 1936 (por la mañana)
Aeropuerto de Armilla y Comandancia Militar. Granada.

Los despachos de Capitanía eran un trajín de uniformados que iban de un sitio a otro entre saludos y taconazos. La actividad de sus instalaciones venía de la presencia en la Comandancia Militar del general Luis Orgaz Yoldi, el general africanista que Franco había dejado al mando de Canarias cuando escapó a Marruecos, que había llegado el día anterior a Armilla en un Junker de matrícula alemana.

Orgaz tenía previsto llegar a Granada hacia las diez y media, pero como salió de Tetuán —donde se lo había llevado Franco cuando pasó el Estrecho— decidió pasar antes por Sevilla para despachar con Queipo y hacerle saber que fuerzas de las «suyas», es decir legionarios del Tercio, estaban entrando en Cádiz para reforzar posiciones. Con Queipo arregló destinarlas a Córdoba y ajustó que el día 28 se verían otra vez en la ciudad del Guadalquivir, pero en esa ocasión con Franco, que acudiría a la reunión «para valorar la situación en Andalucía y decidir la estrategia común», indicó el mensajero. Después de eso Orgaz se subió al trimotor alemán y se dirigió a Granada, donde le llevaban esperando más de cuatro horas a pie de pista. El comité de recepción supo por un cablegrama enviado a las doce del mediodía desde Sevilla que el viajero se personaría sobre las tres de la tarde, y los pacientes anfitriones decidieron irse a sus casas para comer y volver luego, para la llegada.

En esa intención estaban el teniente coronel Miguel del Campo, por cuanto nuevo alcalde; el teniente coronel Tamayo, por cuanto nuevo presidente de la Diputación; los coroneles Muñoz y León, el

también coronel González López por cuanto jefe local de la Guardia Civil; el capitán Nestares, por cuanto jefe de la Policía y demás jefes y oficiales de todos los destacamentos, y algunos civiles que se había apuntado al evento sacando pecho. Todos ellos cargaban un potente sofoco encima, porque llevaban al sol más de dos horas esperando, y entre tanto uniforme, medallas, botas y correajes algunos estaban a punto de la asfixia, y la idea de salir del páramo, refrescarse, comer algo y volver tan contentos les pareció bien a todos… menos a uno.

El disidente, cómo no, era el comandante Valdés, que no sudaba ni una gota, que no se quitó la gorra en ningún momento, y que parecía que estaba cómodo en la espera. «Señores —dijo cuando todos estaban a punto de volverse a sus coches y escaparse del horno—, de aquí no se va nadie. Estamos de servicio y hay que esperar a pie firme al general. Si no están cómodos búsquense una sombra», y no volvió a abrir la boca. Como era el jefe del comité de recepción, que para eso ejercía de gobernador civil, y todos sabían de su mal carácter nadie dijo nada y todos, aunque tuviesen mayor graduación militar que Valdés, se disgregaron en grupitos buscando una sombra. «Echen un pitillito, si quieren» les dijo al cabo de un rato.

A las tres y media en punto apareció el Junker, todos dejaron los sombrajos, se ajustaron las guerreras y se pusieron en fila, detrás del gobernador civil, para saludar al viajero en cuanto pisase tierra. Orgaz bajó por la escalerilla acompañado por su ayudante, el capitán de Artillería Mariano del Prado, y dos legionarios muy mal encarados, que eran su escolta permanente.

Valdés ofició de maestro de ceremonias en su papel de nuevo gobernador, presentó a los suyos y se subió con Orgaz a un coche descapotable camino de Granada, mientras los demás les seguían en coches cerrados. Valdés, que esas cosas las bordaba, había dispuesto una manifestación «espontánea» de los granadinos que no estaban encarcelados para que vitorearan por las calles «al general

que venía de parte de Franco», explicaba. La comitiva llegó al Ayuntamiento donde «la señorita Rosario López Jurado, en nombre de la mujer granadina, dio la bienvenida al general», explicaría al día siguiente «El Ideal». Orgaz contestó con un discurso de manual y se subió al coche con Valdés hacia el Gobierno Militar, donde se había preparado una cena con «las fuerzas vivas de la Granada nacional». Valdés había mandado engalanar la ciudad con colgaduras y banderas en los balcones para aplauso del visitante. «Lo tiene usted muy controlado esto, comandante», le dijo Orgaz al ver el despliegue. «Es mi obligación, mi general» fue todo cuanto contestó el de Logroño.

A Campins le alegró saber de la llegada a Granada de su compañero Orgaz. Habían servido juntos en Marruecos, se tenían por amigos, y los dos eran de una fidelidad probada a Franco. Para el general arrestado esa visita era una oportunidad para recomponer su situación, así que solicitó al oficial de guardia responsable de su custodia que le trasladase a su jefe que deseaba entrevistarse con el general Orgaz cuanto antes.

A la mañana siguiente las cosas corrían de manera muy distinta a como deseaba Campins, pese a que León Maestre trasladase al general Orgaz el deseo de su común amigo durante la cena a la que les invitó Valdés, y en la que el anfitrión solo probó una tortilla francesa, un vaso de leche y su consabido bicarbonato digestivo. Para poder dormir esa noche, porque tenía el estómago especialmente quejoso, se administró una dosis de láudano, sustancia a la que se iba habituando últimamente porque le introducía en un sopor lejano a sus dolores.

—Hay que reorganizar la Sección de Operaciones —dijo Orgaz a los reunidos, consciente del peligro de que Granada cayese otra vez en manos del Gobierno legítimo. La Sección de Operaciones era el cerebro militar de la resistencia armada.

A pesar de la llegada de nuevas tropas a Cádiz y de que la columna fascista que se dirigía hacia Málaga había ocupado

Estepona, esa misma mañana era notable la asfixia que provocaba en los sublevados granadinos las tropas leales que habían cerrado la bolsa sobre ellos.

—Como usted disponga, mi general —le respondió Basilio León, que sabía que eso era lo mejor que podía decir.

—He pensado en Rosaleny para su jefatura, coronel. ¿Le parece bien? —nombramiento que venía de una recomendación de Valdés la noche anterior.

—Desde luego que sí, mi general. Es un jefe excelente… y muy cualificado —otorgó León que se daba cuenta de lo poco que pintaba en todo esto.

—Muchas gracias —aceptó el interfecto.

—Necesita usted establecer sus enlaces cuanto antes, comandante. ¿Tiene pensado algo? —preguntó Orgaz.

—Sí, mi general —respondió el otro sacando un papel del bolsillo de su guerrera—. Necesito al comandante Calderón como enlace con los de Artillería, al capitán Morillas para la Infantería, a los capitanes Palacios y Mayor para Aviación, al comandante Miralles para Asuntos Generales y al comandante Mateos para Justicia, que será un departamento con mucho trabajo.

Rosaleny acababa de dar la vuelta como a un guante a la jerarquía militar de la plaza. Todos los nombrados eran militares «puros», sin infección partidaria, y habían probado su lealtad personal a Valdés y Rosaleny el día 20.

León Maestre asistía impasible al paripé. Era evidente que todo se había pastoreado a sus espaldas y por un momento temió correr la misma suerte que Campins, así que decidió actuar conforme el guion que tenía delante.

—Me parecen unos nombramientos muy adecuados, comandante —dijo como si realmente le pareciese bien la selección. «Son unos fanáticos», pensó realmente.

—Muchas gracias, mi coronel.

—De nada, Rosaleny, de nada —le respondió León y se encendió un Lucky.

—¿Tiene previsto usted algún plan de defensa? —le preguntó el enviado de Franco, que quería garantizarse la fidelidad de la guarnición hacia su jefe y sacarla, en lo posible, de la influencia de Queipo.

—Sí, mi general.

—Expóngalo, por favor —le ordenó Orgaz.

«Tiene cojones el asunto… ¿Y yo, qué coño pinto aquí? —pensó León, que cada vez estaba más incómodo—. Al fin y al cabo, soy todavía el comandante militar». Rosaleny se levantó y se acercó a una pared del despacho donde habían colgado un plano de Granada. El comandante tomó un puntero y comenzó su explicación señalando sobre él.

—Habrá que establecer un cinturón de defensa formado por seis puestos de doble ametralladora —y señalaba el Clínico, San Cristóbal, el cuartel de San Jerónimo del que se habían apropiado los falangistas, el Seminario, Figares y los Escolapios— y ocho puestos más para tiradores de primera —y marcó la Torre del Agua, Puente Genil, Puente Verde y Fielato, entre otros— y dos baterías completas en el cementerio de «El Fargue» y en Los Mártires.

—Muy oportuno —aplaudió León en su papel de no dar problemas.

—¿Algo más? —inquirió el general de Franco.

—Sí, mi general —continuó el nuevo jefe militar *de facto*—. Habrá que dividir la ciudad en sectores para su defensa, por si los rojos sobrepasasen la línea de contención. Son estos cuatro: Albaicín, Hospital, Alhambra y Seminario.

—¿Con qué tropas? —preguntó León que sabía que con lo ya contado apenas le quedarían efectivos disponibles.

—La Guardia de Asalto en Albaicín, la Guardia Civil en Alhambra, la Guardia de Seguridad en Seminario y milicias de voluntarios en Hospital.

—¿Los falangistas van al Hospital? —quiso saber el coronel Muñoz, que todavía no había dicho una palabra, porque estaba en el ajo, pero eso de las milicias no lo sabía.

—No, mi coronel —le dijo Rosaleny—. A los falangistas los mandaremos al frente inmediatamente.

Al comandante de Operaciones no le pareció oportuno añadir «porque no los quiero cerca».

—Entonces… ¿qué milicias son esas? —insistió Muñoz.

—«Españoles patriotas» —contestó Rosaleny, que en eso seguía instrucciones particulares de Orgaz, participadas antes de la reunión a través de Valdés.

—¿Y esos quiénes son? —persistía el coronel de Artillería, que tenía simpatía por los falangistas y no le hacía gracia el desplazamiento al que los quería someter Rosaleny.

—Están por organizar todavía —contestó el estratega—. Se van a encargar de ello el teniente coronel Iturriaga y el comandante Hermoso.

—Pero si están retirados… —protestó Muñoz.

—Por eso mismo, mi coronel —le aclaró el otro—. Así no distraemos efectivos…

—Me parece muy bien —aplaudió Orgaz, que era el verdadero padre de la idea—. Mañana lo daré yo en la radio y pediré la incorporación de voluntarios.

Y así siguieron un par de horas mientras Basilio León Maestre continuaba dedicado a mejorar la cuenta de explotación de Lucky Strike.

Cuando dio la hora de comer fue León Maestre quien ofició de anfitrión ese mediodía y ofreció pasar al comedor de respeto de Capitanía, donde la cocinera de Campins, que todavía seguía en el puesto, había preparado unas ensaladas, gazpacho y fritura de pescado.

Orgaz propuso invitar a Valdés, «al fin y al cabo somos todos militares», se justificó el de Franco.

—Yo me encargo, mi general —se ofreció Muñoz, que no se llevaba mal con el de Logroño.

Al rato volvió el coronel de Artillería.

—El comandante Valdés no puede venir, mi general —dijo Muñoz —. Está en cama con fiebre… y una descomposición de caballo. Dice que le ha sentado mal el vaso de leche que se tomó anoche.

Orgaz no pudo evitar una carcajada.

Lo que no sabía el general de Franco es que eso mismo les pasaba a trescientos granadinos más, y a treinta de ellos de forma especialmente severa. La cosa era una partida de leche en mal estado, con infección bacteriana, que se había despachado en una lechería que la adquiría del pueblo de Padul, de donde, precisamente, se la enviaban a Valdés.

En los cafés, Basilio León insistió al general Orgaz en el deseo de Campins de entrevistarse con él.

—Dile a Miguel que ya tendrá noticias mías, que no insista —le contestó cortante antes de pedirse un coñac.

Y eso es lo que haría León cuando visitó a Campins después del almuerzo.

«En todo el día no aparecen por mi cuarto ni Orgaz ni nadie. ¡Qué amigos tienes!», escribiría esa noche Campins a su mujer, después de haber estado esperando en vano a quien creía tener por amigo toda la tarde.

67

26 de julio de 1936 (por la mañana)
Calle Mesones, iglesia de Santa María Magdalena,
cementerio de San José. Granada.

La carroza fúnebre recorría la Avenida de los Reyes Católicos para acometer Plaza Nueva y desde allí subir hacia el Generalife por la Cuesta del Chapiz. El duelo, bien escaso por cierto, se cruzó con una patrulla de los de Asalto cuyo jefe, un sargento montado a caballo, se descubrió al paso del carruaje. Un grupo de soldados de Artillería, que acarreaban una ametralladora pesada, fue el siguiente encuentro de la triste comitiva al llegar a Plaza Nueva. Pese a ser domingo había muy pocos paisanos por la calle y un silencio asustado pintaba los modernos edificios de la Avenida.

Agustina González presidía el reducido desfile a pocos pasos del cuerpo amortajado de su madre. Era la única familia presente de la difunta porque su otro hijo, el hermano de Agustina, vivía en Barcelona y nadie pudo avisarle porque Granada no tenía línea telefónica con el exterior desde la sublevación.

Agustina se había encontrado a su madre muerta en la cama cuando acudió a despertarla la mañana siguiente.

La muerte de la anciana había afectado profundamente a Agustina. Era su única familia desde que se quedó huérfana de niña, ya que con su hermano apenas tenía trato, y aquella mañana supo que se había quedado definitivamente sola. Mientras amortajaba a su madre, que lo hizo después de avisar al médico para que certificase la muerte, y antes de revelar el fallecimiento a sus conocidos, Agustina notó que arreglando esas ropas sobre el frío cuerpo de quien la trajo a la vida no solo atendía a su obligación de

hija y al cumplimiento ritual de su dolor sino que, sobre todo, se estaba deshaciendo de su única atadura con un pasado en que había vivido incómoda e infeliz.

Que su madre muriese ahora suponía para Agustina, en el fondo, una liberación por cuanto su madre era la constante llamada, casi obsesiva, en referencia a una normalidad que ella nunca pretendió y de la siempre intentó escapar a su manera, fuese disfrazándose de húsar, montando un partido extravagante, o perorando en los bares subida a una silla mientras fumaba cigarrillos sin filtro, como los hombres. Todo ello eran juegos que simulaban un viaje soñado al que en el fondo nunca se atrevió a enfrentarse y, por eso, había seguido en Granada, en la tienda de la familia, vendiendo zapatos y algunos pocos de sus libros, jugando a escandalizar hasta el punto que le permitiesen las circunstancias… y su madre.

Cuando terminó de amortajar y se fue el médico, la instaló encima de su cama y se quedó a solas con ella en una conversación silenciosa en la que Agustina mezcló cariño, dolores y reproches. Fueron dos horas, hasta el mediodía, en que la hija y la madre revivieron sus recuerdos de una vida solitaria en una casa sin hombres en que la madre fue padre también y la hija fue testigo de una vida dura. Cuando creyó encontrarse más serena se fue al piso de unos vecinos que tenían teléfono y desde allí, después de participarles a ellos también la triste noticia, llamó a Candela, la más joven de sus seguidoras para explicárselo y pedirle que avisara a las demás.

Después de comer estaban allí sus más fieles, Manuela, Candela, Paquita y, cómo no, la más cercana de todas, Dolores, que llegó acompañada por su marido Juan Palao, porque era sábado y por la tarde estaba cerrada la obra. Los vecinos ya estaban sentados en el velatorio cuando acudieron sus amigas. Todos lloraban, menos Agustina y su madre, que habían quedado en paz después de esa póstuma conversación.

Agustina ofreció limonada a sus amigas y fue Manuela, la más devota, la que propuso rezar un rosario por la difunta, cosa que hicieron todos menos Agustina, que no era mujer de rezos, aunque fuese creyente y católica.

—Juan, vete a la parroquia de aquí al lado —ordenó Dolores a su marido cuando terminó el ritual jaculatorio— y dile al cura que ha muerto la madre de Agustina, que le prepare la misa de *réquiem* para mañana. Y encárgate también de la funeraria.

Juan Palao y Francisco Rico, el marido de Manuela, se fueron a cumplimentar el encargo repartiéndose la tarea. Paco se encargó del cura, que era el párroco de Santa María Magdalena, en la calle Puentezuelas, y Juan lo hizo de la funeraria, que era la de Del Moral, en el 34 de la calle San Jerónimo.

El precio de la misa fueron cinco duros, que Paco pagó por adelantado. «Le diré al sacristán que acompañe mañana la comitiva al camposanto», ofreció el cura para propiciarle una propina a su amigo.

Juan Palao tenía un presupuesto de solo trescientas cincuenta pesetas para contratar los fastos fúnebres y apalabró con el dueño de la funeraria un servicio modesto. Una sencilla caja, sin más adorno que un crucifijo de calamina, y el alquiler del carro pequeño, tirado por un solo caballo y sin más presencia que la del cochero consumieron casi todo el presupuesto. Solo quedaron unos pocos duros para contratar dos plañideras, que siempre iban por parejas, y dos «veleros», que era como se conocían a las personas que acompañaban al cortejo portando sendos cirios fúnebres durante el trayecto.

El velatorio, la noche del sábado al domingo, transcurrió como era de esperar, en un tráfico de vecinos que entraban y salían, el llanto continuo y orquestado de las dos profesionales, que ya acudieron llorosas y vestidas de negro, las alabanzas a la difunta y el trasiego de dulces y licores hasta última hora de la madrugada en que

Agustina y Dolores prepararon café negro y pan tostado para los que aún seguían en vigilia.

La misa funeral fue rápida porque el párroco tenía otra a las nueve y no quería que se cruzase el público. Faltaban veinte minutos para las nueve cuando el jamelgo de la funeraria salía de la parroquia arrastrando el carro hacia el cementerio municipal. En la comitiva ya solo quedaban Agustina, sus cuatro amigas, los dos maridos de las casadas y dos vecinos de la finca de la fallecida que habían estado en la misa con sus mujeres y que, siguiendo la costumbre, no habían ido al entierro por no ser familia. A ese escaso acompañamiento le adornaban los dos veleros, muy circunspectos, que abrían el cortejo.

Eran casi las diez cuando llegaron a la puerta del cementerio de San José, en la Dehesa del Generalife.

Los enterradores no llegaban hasta las nueve, que era cuando se abrían las puertas del camposanto, y pese a que ya eran las diez, la comitiva tuvo que esperar un rato en la puerta porque los sepultureros estaban ocupados en enterrar en una fosa común los cadáveres de los que habían sido fusilados en las tapias del cementerio la noche anterior y al alba: diez en total. Mientras la comitiva esperaba que les permitiesen el paso se acercó a ellos el guardián del cementerio para ver si llevaban los papeles que permitiesen el enterramiento, cosa que le facilitó el cochero, que los llevaba guardados en una bolsa que colgaba del pescante.

Al guardián, que vivía en una casa pegada al cementerio, se le veía ojeroso y desquiciado, le temblaba la mano al recoger el documento que le ofreció el de la funeraria. La razón de su desquicie, que estaba a punto de volverle loco, era escuchar los tiros primero y los lamentos después de los fusilados, que a menudo quedaban agonizantes hasta que recibían un «tiro de gracia» en la nuca. Tiros de crimen que destrozaban cuerpos y rompían almas de unos desgraciados que encontraban la muerte pálida delante de una tapia patética manchada en sangre. Sus noches se habían convertido

en una pesadilla y él quería buscarse otra vivienda para sacar de allí a su familia cuanto antes.

A las diez y cuarto, cuando los sepultureros habían terminado la triste faena y depositado los cuerpos de los asesinados en la fosa, el guardián les franqueó a Agustina y sus amigos la entrada a la necrópolis. El cortejo se cruzó con un retén de la Guardia de Seguridad que mandaba un cabo y que venía de vigilar la maniobra de los enterradores y de recoger, de paso, los papeles de identificación personal que llevaban algunos cadáveres, aunque tres de ellos carecían de toda documentación.

—¿No es esa la loca de «La Zapatera»? —preguntó el cabo a sus dos acompañantes.

—Sí, jefe —le contestó uno de ellos—. Yo la conozco porque vive al lado de la casa de mis padres.

—Creí que se había ido de Granada —respondió el jefe del grupito.

—Yo también —apostilló el otro guardia, que no conocía siquiera a Agustina pero que quería quedar bien con su superior. El cortejo fúnebre se alejaba en busca de un nicho alquilado por diez años siguiendo las referencias del guardián, y los guardias pararon un momento delante de las tapias del cementerio para fumar un cigarrillo antes de bajar a Granada. Allí estaban marcados los disparos que ya habían segado la vida de más de ciento setenta hombres en la primera semana del nuevo régimen de terror. Lo que nadie era capaz de presumir todavía era que delante de esa tapia serían asesinadas tres mil seiscientas personas más en solo unos cuantos meses.

68

27 de julio de 1936 (por la mañana)
Comisaría Principal en la calle Duquesa,
Acera del Darro y Gran Vía. Granada.

Era lunes por la mañana y el capitán Nestares había convocado en su despacho al capitán Rojas y al comisario Romero Funes. Se trataba de repasar el grado de cumplimiento de las órdenes de detención que le habían venido desde el Gobierno Civil. Ya había pasado justo una semana desde el golpe y Nestares presentaba una gestión eficaz del encargo que había recibido de Valdés. La eficacia del aparato represivo policial hablaba a las claras del oficio del militar falangista. La práctica totalidad de los dirigentes políticos estaban detenidos, bien en comisaría o bien en la prisión provincial, y de los jefes sindicales ya habían caído los más importantes. Pocos habían conseguido huir de Granada. El único jefe político local y principal de entre los socialistas que había conseguido escapar era el médico catedrático Alejandro Otero, que, como todos los años, se había ido a Suiza durante los primeros días de julio.

Que Alejandro Otero no estuviese en Granada el día 20 de julio había resultado fatal para los intereses de los partidarios del Gobierno legítimo, porque el catedrático de medicina era el jefe socialista con más autoridad moral y orgánica sobre sus seguidores. Que el PSOE se encontrara en esos momentos sin su dirigente más cualificado y capaz puso al partido de Pablo Iglesias en franca debilidad operativa, porque Otero hubiese podido coordinar perfectamente a los suyos con los demás partidarios del Frente Popular, sobre los que tenía gran ascendente, y plantar cara a los facciosos con posibilidades reales de éxito.

La derecha, que era consciente de ello, aplicó todos sus esfuerzos en cazarle, por si estuviese escondido en Granada, y a ese fin los militares y la policía de los sublevados asaltaron inmediatamente su domicilio en el 33 de la Gran Vía, donde al no encontrarle practicaron un expolio sobre sus pertenencias.

Pensaron entonces que el jefe socialista se había ido a Huétor-Santillán, donde tenía una casa y, además, se estaban reorganizando los milicianos de izquierdas.

El nuevo jefe de operaciones militares de la Comandancia había preparado un ataque contra las posiciones republicanas en Huétor. Encontrar allí a Otero era la última esperanza de Valdés y los suyos, que no sabían que el catedrático y su ex mujer estaban ya instalados en Suiza. Esa mañana, a la misma hora que Nestares había requerido a Rojas y a Romero Funes, las tropas sublevadas preparaban su asalto, que esperaban definitivo, sobre Huétor Santillán.

—Tenemos que dar un empujón a esta lista —les dijo el capitán Nestares en cuanto los tuvo delante.

—Ya están todos, mi capitán —objetó Romero Funes.

—No, Julio —le respondió el militar falangista—. Falta todavía gente importante.

—Tú dirás… —terció Rojas, que seguía haciendo méritos.

—Quiero que me traigáis a Palanco y a Ruiz Carnero, que están todavía por ahí, y me los han pedido del Gobierno Civil.

Detener a esas dos personas era importante para los sublevados. A Constantino Ruiz Carneo porque era, sin duda, el portavoz más escuchado de las izquierdas gracias a su periódico; y a José Palanco Romero, un respetabilísimo catedrático, por entenderle un traidor a los suyos, dado que era un hombre de buena posición y católico devoto que nunca había dudado en ponerse del lado de los más necesitados.

—Lo que mandes —asumió Rojas, que ya se había puesto en la guerrera militar su emblema falangista como jefe de las milicias

locales del partido de José Antonio.

—Vete tú a por Constantino —le dijo a Rojas—, y tú encárgate de acercar por aquí cuanto antes a Palanco —le encomendó a Romero Funes—, que me ha insistido Valdés hace un cuarto de hora.

—Por cierto —dijo Nestares cuando sus dos colaboradores se disponían a salir—. Portaos decentemente, y que no se os vaya la mano. Los quiero aquí en perfecto estado. ¿Entendido?

Rojas Feingenspan cogió un coche de comisaría, puso conductor y tres guardias, y se dirigió a la Acera del Darro, donde tenían localizado el domicilio del director del clausurado «Defensor de Granada», que vivía con su hermana.

Ni los llantos de su hermana ni sus protestas impidieron que el periodista saliera esposado de su casa ni que fuera golpeado repetidamente hasta que subió al coche, donde continuaron la agresión y los insultos.

Durante el trayecto a la calle Duquesa uno de los guardias le partió el labio de una bofetada y el propio Rojas le produjo una moradura grande en la frente al golpearle con la culata de su arma para que doblase la cabeza al entrar en el vehículo policial.

Cuando Constantino Ruiz Carnero, que llevaba la camisa manchada de sangre por la hemorragia de la boca, entró en comisaría, justo una semana después de que le hubiesen cerrado el periódico, dos coches salían de allí hacia el 38 de Gran Vía para arrestar a José Palanco. En uno de ellos iba Julio Romero Funes armado con su «Astra» del 9.

José Palanco Romero, un toledano de Talavera de la Reina y diez años mayor que Federico García Lorca, llegó a Granada en 1911 para ocupar la cátedra de Historia de España en la Universidad. Hizo sus primeros pinos en política de la mano del catolicismo social, del que era un activo militante, pero tan mal fueron sus relaciones con los curas que en vez de recalar en el partido de Gil Robles lo hizo en el de Manuel Azaña, abrazando la causa republicana, cuando se dio cuenta que su espíritu evangélico y sus ideas sobre la justicia entre

los hombres poco tenían que ver con lo que se decía en los púlpitos y se cocía en las sacristías. Como su amigo Fernando de los Ríos, en 1927 se hizo masón y se afilió a la logia «Alhambra». Y en 1932 fue durante unos meses, por casualidad y responsabilidad política, alcalde de Granada. Seis meses en los que dedicó toda su capacidad como alcalde a luchar contra lo que él creía que era el principal problema de Granada: el paro obrero, para lo que puso en marcha numerosas obras municipales.

Su posicionamiento del lado de los más desfavorecidos y los enfrentamientos continuos con una jerarquía religiosa fanática eran motivo más que suficiente para que Valdés a instancias de sus amigos cedistas, reclamase con insistencia la detención de Palanco.

Cuando Romero Funes llegó al domicilio del catedrático pensó que no le iba a encontrar en casa; ya habían pasado días desde la sublevación y bastantes de los buscados por las terribles listas habían puesto tierra por medio escapándose de Granada por las noches. Palanco mismo podía haberlo hecho, porque se lo habían ofrecido varias veces, pero él no quiso abandonar su plaza en la Universidad.

La sorpresa del policía vino cuando al llamar al timbre de su piso salió a abrirle Lola Burgos, la mujer de Palanco.

Lola era una granadina de la alta sociedad local y rica propietaria de fincas en Motril, lugar donde ya podía estar el diputado catedrático, porque la plaza seguía fiel al Gobierno legítimo.

—¿Está José Palanco? —preguntó Romero, que llevaba detrás a media docena de guardias.

—¿Quién le busca? —preguntó Lola.

Al policía no le gustaban las preguntas y la respuesta fue un empujón a la mujer que abrió paso a los que le acompañaban para entrar en la vivienda de muy mala manera; tiraron algunos muebles y dieron patadas a varias puertas en busca del diputado, que estaba en su despacho revisando el original de *El reinado de Enrique IV* y en cuanto oyó el estruendo salió a ver qué pasaba. Poco pudo ver,

porque un puñetazo de un guardia en pleno rostro le rompió las gafas y le dejó cegado. Todo lo que siguió fue violencia en el arresto: le patearon, le insultaron delante de su mujer y le arrastraron hasta la puerta sin dejar de golpearle; por supuesto, no le comunicaron por qué le detenían. José Palanco entraba en comisaría, mientras las tropas de los sublevados lo hacían en Huétor Santillán. Tras ocupar el Ayuntamiento del pueblo, mandaron dos escuadras para asaltar las casas del doctor Otero y el abogado Ricardo Corro, que ya estaba detenido en la capital. Las casas quedaron destrozadas y el contenido expoliado, pero nadie localizó a Otero. Del asalto fascista consiguieron escapar hacia la sierra Galadí, Cabezas y otros tres compañeros de la FAI. El resto de los que iban con ellos desde Granada murieron en la pelea, fueron detenidos… o cayeron fusilados allí mismo.

69

28 de julio de 1936 (por la mañana)
Palacio de Yanduri y Capitanía Militar. Sevilla.

Orgaz voló a Sevilla a primera hora de la mañana. Tenía previsto entrevistarse allí con Franco y con Varela, y despachar después, todos juntos, con Queipo de Llano, que ejercía de orgulloso anfitrión. La reunión de generales tenía como fin organizar el Ejercito del Sur, que cada día se reforzaba más con el desembarco en la Península de tropas africanas, la baza de Franco para hacerse con el control de la situación en el sur peninsular.

Si las relaciones entre Franco y Queipo nunca habían sido buenas, peores eran desde el enredo de nombramientos que decidió la Junta de Burgos para salvar los muebles tras la desaparición de Sanjurjo. Andalucía se había convertido en un corral donde campeaban dos gallos. Uno, Queipo, como jefe jurisdiccional del territorio y con mayor antigüedad en el empleo militar que su competidor. Otro, Franco, como jefe del Ejercito del Sur y de África, con más efectivos detrás, más predicamento entre la oficialidad, en especial la africanista, y, sobre todo, más dotado para el enredo, la estrategia y el secreto que el vocinglero «Virrey de Andalucía».

Franco pensaba de Queipo que era un «republicano por interés» y, por tanto, de poco fiar, y para Queipo, que resolvía sus opiniones más a las claras, Franco no pasaba de ser «Paca, la Culona», sin más comentarios. Ciertamente desde que Franco fuera herido por disparo de bala mora en el bajo vientre, cuando era comandante en Marruecos, había engordado notablemente, atiplado la voz y ensanchado de caderas de forma muy generosa.

La prueba de esa bicefalia militar y política era que ambos jefes militares habían sentado sus reales en distintos lugares de Sevilla. Queipo de Llano se había quedado con la Capitanía, donde estaba antes Villa-Abrille, y Franco había requisado para su estancia el palacio Yanduri, donde recibió a Varela y Orgaz.

—¿Cómo están las cosas en Granada? —preguntó Franco directamente. Ese era su estilo.

Los tres generales estaban sentados en una terraza sobre la Huerta de la Alcoba, que era el jardín del palacio y que se unía a través de una puerta en una tapia con los jardines de los Reales Alcázares. Los camareros acababan de servir el desayuno a sus jefes. El agobiante calor húmedo de Sevilla se aliviaba por la sombra de unos grandes toldos blancos.

—Mal, Paco —le contestó claramente Orgaz—. Se nos puede caer en cualquier momento. Hay que reforzar cuanto antes.

—¿Quién lo lleva? —Franco sabía ya que Campins estaba arrestado por Queipo, pero no quiso comentar el asunto.

—Un pobre hombre… —dijo Orgaz—. El coronel León Maestre, de Infantería. Está sobrepasado por la situación.

—Conozco a ese oficial —apuntó Franco—. Es un buen cristiano y hombre de mucha fortuna, pero no es un buen jefe militar. No tiene la mano dura.

—Así es. Granada está rodeada y se dirigen sobre ella columnas desde Jaén, Málaga y Almería. Si no reforzamos se nos acabará cayendo —confirmó Orgaz—. En el plano político, sin embargo, las cosas están perfectamente controladas. Lo lleva el comandante Valdés, porque le nombró Campins.

Orgaz, pese a no haberse visto con Campins, era plenamente consciente de la mala posición del general arrestado, pero como Franco no le había dado pie prefirió no aludir al asunto y solo mencionar su nombre, por si Franco quisiese interesarse al oírlo.

—¿Y ese quién es? —preguntó sin darse por aludido al oír el nombre de su amigo.

—Un comandante que era comisario de Guerra en la plaza. Un burócrata que viene de Infantería —explicó Orgaz—. Es un tipo muy decidido… y muy frío. Funciona bien, tiene la ciudad perfectamente controlada.

—Eso me gusta —concedió Franco—. ¿Y a quién obedece?

—A su jefe, que es Queipo.

—De momento… —dijo Franco con su vocecilla aflautada y después de tomar un sorbo de su café con leche.

—¿Es falangista? —Franco sabía que esa condición era muy común entre oficiales y jefes destinados en Andalucía.

—Sí, pero va por su cuenta. No les obedece —le informó—. Al revés, los tiene atados en corto.

—¿Ha servido en África? —insistía.

—Sí, claro, le condecoraron allí. Incluso fue herido en acción de combate.

—Ese hombre me interesa —sentenció Franco—. Síguele la pista.

—No te preocupes.

—¿Tienes recambio para León? —Preguntó Franco.

—Lo que tú dispongas.

Franco se quedó pensando, dejó la taza de café sobre la mesa y echó mano a una pequeña agenda de hule negro que guardaba en el bolsillo pechero de la guerrera.

—González Espinosa —propuso después de hojearla.

Orgaz y Varela se cruzaron la mirada desconcertados.

—Pero si es solo coronel y está retirado —protestó tímidamente Orgaz.

—Precisamente por eso, Luis, porque está retirado —le explicó Franco—. Al no estar en servicio activo no causa baja en ningún sitio donde pudiera hacer falta… y por la edad no le voy a mandar a un regimiento en el frente. Espinosa es hombre de despacho, un buen organizador y tiene la mano dura. Funcionará… es cuestión de apoyarle.

—¿Y el grado? —insistió Orgaz—. Es solo coronel y Campins es general…

Franco miró a Orgaz diciéndole con los ojos que no mentara más a Campins.

—Si lo hace bien, mando que le asciendan enseguida a general. Es su premio… si se lo gana.

—Como tú quieras —otorgó Orgaz, que tampoco quería meterse en líos con su jefe.

—Tú te vas a encargar de romper el cerco de Granada, José Enrique —le dijo Franco a Varela cambiando de asunto.

José Enrique Varela Iglesias era general, como Franco, pero lucía en el pecho dos cruces laureadas de San Fernando, la máxima condecoración militar del Ejército español, y que se concedía excepcionalmente solo en actos probadísimos de valor en el frente. Reaccionario estricto, Varela era un militar autoritario que coqueteaba con los carlistas, tenía prestigio entre sus compañeros y estaba bien visto por Mola.

—Como dispongas, Paco —le respondió el laureado.

—Mañana llegaran aquí más tropas para que formes una columna y entres en Granada cuanto antes.

—Yo me encargo de ello —ofreció Varela—, no te preocupes.

En ese momento se acercó a Franco su ayudante, que además era su primo y tenía el mismo nombre de pila, el teniente coronel Francisco Franco Salgado-Araujo, que le dijo algo al oído.

—Señores —dijo Franco cuando se retiró su primo, al que todos conocían por *Pacón*—, una buena noticia… Mussolini acaba de enviarnos la primera escuadrilla de aviones de apoyo.

El día 26 el Gobierno de Mussolini había firmado un acuerdo con los sublevados para enviar a España material militar y tropas voluntarias. De Vinas salieron doce aviones Savoia SM-81, armados y con tripulación completa, rumbo al Marruecos español. Pero solo llegaron nueve a destino, porque dos se estrellaron y un tercero tuvo

problemas al aterrizar, con lo cual el secreto de la operación se fue al garete y los franceses protestaron inmediatamente.

En cualquier caso, esos nueve aparatos le permitían a Franco hacer que sus tropas pasasen a Andalucía reforzando sus posiciones frente al Gobierno de la República… y frente a sus propios compañeros de sublevación. Las cosas, en el plano diplomático, se movían deprisa en los dos bandos. Si los sublevados habían obtenido apoyo de los italianos gracias a las negociaciones del marqués Luca de Tena, el Gobierno del Frente Popular había conseguido el 24 de julio que el Gobierno francés ayudase a la República. En el plano militar pasaba igual, porque mientras los tres generales se tomaban su café a la sombra sevillana, las tropas fascistas ocupaban definitivamente Huelva y las republicanas recuperaban el control de San Sebastián.

Cuando los tres generales dieron por concluida la reunión, cerca de la una, Queipo de Llano volvía a su despacho en Capitanía, donde les esperaba para comer.

El coche de Franco les esperaba en la puerta del palacio de Yanduri.

—Señores —dijo el africanista ajustándose el fajín rojo de general —. Vamos a ver qué nos cuenta este individuo. Y ya saben… ni puto caso.

Cuando iba a subir al coche de servicio le dijo a Pacón que mandase arrestar al oficial de la guardia que le rindió honores porque «al tercero por la izquierda le falta un botón de la guerrera», justificó Franco refiriéndose a un pobre soldado de reemplazo que era de Bormujos.

70

28 de julio de 1936 (última hora de la tarde)
Bar Alhambra. Granada.

—¿Dónde coño está Galadí, José? —preguntó Trescastro dando un puñetazo en la mesa.

—Te dije que se escapó a Huétor —le respondió un José Palao con más miedo que vergüenza.

—Hemos ocupado Huétor y allí no estaba —le informó el cedista.

—Se habrá escapado otra vez. Estará en la sierra —contestó el minero como si la cosa no fuera con él.

—¡No me jodas, José, que te doy una hostia! —amenazó Trescastro, que ya había perdido los nervios—. ¿Quieres que vaya yo mismo a buscarle?

Valdés estaba apretando las clavijas a Trescastro, que se había ofrecido a entregar a los banderilleros y todavía no había cumplido. El abogado sabía cómo se las gastaba el gobernador civil y solo de pensar lo que le podía caer encima se le descomponía el cuerpo. Ahora le tocaba a él apretárselas al minero delator.

Trescastro y tres de sus sicarios estaban en El Alhambra preparando la *razzia* de aquella noche, y que pasara otro día más sin disponer de las cabezas de los banderilleros le estaba poniendo muy nervioso.

—Mira, José —le dijo Trescastro mirándole a los ojos—. Te voy a explicar una cosa…

—Dime, Juan Luis —ofreció Palao, más manso que un cordero lechal.

—Tú sabes de dónde vienes… y como están las cosas, ¿verdad?

—Claro que sí —concedió el minero. «En buen lío me he metido por dos mil putas pesetas», pensó Palao arrepentido por lo que había hecho, pero más por miedo que por convicción.

—Y sabes que me basta hacer así —y el abogado chascó los dedos y miró a sus sicarios— para que termines en una cuneta con dos tiros en la frente, ¿verdad?

—Me imagino.

—¿Solo te imaginas? —saltó amenazador el jefe de «La Escuadra Negra».

—No, Juan Luis —rectificó Palao reculando—. Sé que puedes hacerlo cuando quieras.

—Eso es… —dijo satisfecho—. Eso está mejor.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Tú verás qué se te ocurre. Te juegas mucho. Y yo más.

—Lo sé.

—¿Entonces? —insistió Trescastro.

—Ya te dije que Galadí volvería por Granada —le repitió Palao—. La información es de primera mano —añadió el minero sin revelar que había sido el propio Galadí quien se lo había comunicado—. Y si viene él vendrá con el Cabezas, seguro. Paco quiere despedirse de su hijo y de su mujer antes de ir al frente otra vez. Es cuestión de esperarle…

—Y se lo cuento a Romero Funes y le pido que le ponga un guardia a la mujer en la puerta de casa… ¡Tú estás gilipollas!

La idea de ceder los trastos de la misión a la policía enervaba a Trescastro, aunque fuese lo más razonable. El abogado quería marcarse él, y solo él, el punto ante Valdés y no estaba dispuesto a ceder su presa ni a compartirla.

Ninguno se imaginaba que Galadí, Cabezas y sus tres amigos estaban escondidos y armados en una cueva en lo alto de la sierra de Huétor. Uno de ellos estaba herido por un disparo de fusil en el hombro.

—¿Quieres que los vigile yo? —se le ocurrió a Palao para salir del lío.

—Es lo menos que puedes hacer, cacho cabrón —ordenó Trescastro más tranquilo.

José Palao comprendió que su vida dependía ahora de dos cosas: que apareciese Galadí por Granada y quitarse de en medio cuanto antes, o buscarse otros padrinos que le protegiesen del peligrosísimo Trescastro.

—Eso está hecho, Juan Luis —dijo Palao, que estaba deseando salir del «Alhambra». En ese momento no le pareció oportuno pedirle más dinero, porque ya hacía corto con las mil pesetas que llevaba cobradas. «Si le pido algo me raja aquí mismo» pensó mientras se levantaba.

—Pues ya sabes, majete —le despidió el abogado—. Estate a lo que estás y déjate de putas y líos, que te puedes quedar con los cojones en el bolsillo.

Mientras Palao salía como alma que lleva el diablo, los tres escuadristas pidieron un coñac al camarero que atendía los veladores.

—¿Quieres que le demos un susto a ese? —ofreció «el Motorista».

—Todavía no, Martínez —le refrenó el jefe—. Déjale que haga lo que tiene que hacer y luego…

—Luego es cosa nuestra, Juan Luis, que este tío es un rojo de mierda. Déjanoslo a nosotros —reclamó el tercero, que no soportaba a Palao.

—Vale… —concedió el abogado, y acabó con el coñac de un solo trago.

Visto eso Trescastro dio por concluido el episodio y sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta.

—Estos son los de esta noche —indicó poniendo la cuartilla encima de la tabla de mármol del velador.

—No sé si nos va a dar tiempo con todos —advirtió Martínez al ver que había doce nombres en la lista.

—Si podéis con todos os invito a putas en casa de «La Bizcocha» cuando volváis. Decídselo a los chicos.

—Eso está hecho, jefe —agradeció el motorista—. Me han dicho que ha entrado una mora nueva que es la hostia…

Y no era eso lo único nuevo que había en Granada, porque en esos momentos aterrizaba en Armilla un JU-52 con una compañía de la Legión que venía de Tetuán para reforzar Granada. Franco empezaba a poner los suyos en el damero andaluz de la sublevación. La visita de Orgaz había sido solo el primer paso.

Mientras, en la Capitanía de Granada, Campins seguía esperando en vano que Orgaz le visitase. Harto de esa desconsideración, y consumido en la espera, le escribió una carta explicando su situación:

> «Excmo. Sr. D. Luis Orgaz Yoldi.
>
> Mi querido General y antiguo amigo: Por el periódico local que recibo, única comunicación que tengo con el mundo, sé que desde el 25 estás en esta plaza. Yo esperaba que viniendo a ella con una misión del General Franco, a quien me une sincero afecto y cariño, vendrías en algún rato libre a informarte, oyéndome, de mi situación y motivos que me han traído a ella.
>
> Como no ha sido así, a pesar del tiempo transcurrido, tomo la pluma para exponerte lo siguiente:
>
> Yo no pertenezco ni he pertenecido nunca a ninguna de las organizaciones más o menos secretas que vienen perturbando la vida del ejercito (masonería, U. M. E., etc.).
>
> A mí nadie me ha hablado, ni he estado comprometido con nadie, respecto a la preparación y ejecución de este movimiento militar. (…) Las primeras noticias que he tenido han sido un aviso del Ministro (Casares) hablándome de Melilla en la noche del 17 y una orden del General Queipo del Llano, desde Sevilla, y a las 3 1/2 de la tarde del día 18 ordenándome, sin más explicación, declarase el estado de guerra.
>
> Soy hombre consciente de mi responsabilidad y sin más ni más, ignorando el espíritu de los cuerpos de esta guarnición, ignorando el fin del movimiento, etc., máxime, habiendo tranquilidad material en la provincia, yo no podía dar un paso de esa naturaleza. Yo no soy un cabo de escuadra (…). Pero mi sorpresa, mi dolor y mi indignación fueron grandes, al comunicárseme

groseramente, al día siguiente, los términos de una alocución radiada de dicho General Queipo del Llano. Por ella, además de ofendérseme, de arrojar dudas sobre mi comportamiento, se me desposeía del mando, sin oírseme.

Protesto con todo respeto, pero con toda energía de esa forma de destitución, que ni merezco ni tiene fundamento razonable. (…) Conste me mantuve obediente al Gobierno de Madrid hasta la mañana del 20, otros lo han estado más tiempo (…). Conste también, y repito, que nadie contó conmigo antes de este movimiento; yo acababa de llegar a esta plaza y los coroneles me aseguraban completa normalidad, aunque yo sé que en oficiales, y más en suboficiales, había elementos de tendencia contraria a la que hoy se manifiesta.

Me he creído en el deber de molestar tu atención escribiendo esta carta, no por temor a nada ni a nadie, sino para descargar mi conciencia y hacer presente mi disgusto por el trato recibido. No ambiciono nada y no quiero nada.

Si alguna vez puedes y crees oportuno el hacerle llegar cuanto te digo al General Franco, te quedara una vez más muy reconocido tu afmo. amigo y subordinado q. e. t. m».

Esa carta nunca llegó a su destino. El oficial de vigilancia de Campins se la entregó a Miralles y este la guardó en un cajón de su despacho. Ni siquiera se la hicieron llegar a Basilio León Maestre, que prácticamente no era nadie desde que Orgaz llegó a la plaza.

La única noticia que Campins tuvo de su amigo Franco fue cuando le escuchó esa noche declarando en la radio de Queipo de Llano que «*el movimiento salvador de España sigue su curso, cumpliéndose día por día, y hora por hora el programa trazado. Los objetivos se alcanzan con arreglo a las previsiones. (…) El movimiento se amplía y consolida, en fin, con el sometimiento de centenares de pueblos, a los que se les va cayendo la venda que les cegaba. El final, que creo próximo, por tanto, no puede ser otro que nuestra victoria rotunda. (…) En todos los países civilizados cuando el Ejército se ha alzado contra un gobierno en forma tan arrolladora como en la ocasión presente, prueba de la razón que nos asiste, los gobernantes han cedido, por patriotismo, para que el territorio nacional no sufra los*

horrores de la guerra. (…) Ellos saben bien que hemos de triunfar, pero no han querido que sea sin dolor. Dios se lo demande».

Ese discurso de su amigo dejó helado a Campins. Había en él tres palabras que le repugnaban en su conciencia: sometimiento, guerra y dolor. Conceptos que un buen cristiano, como era Campins, no podía conjugar sin vergüenza.

Franco, en esas declaraciones, había desvelado inconscientemente lo que se le cocía en el magín. Quería el «sometimiento» como forma de victoria; consideraba la «guerra», en este caso civil, como la estrategia para la victoria, y exigía el «dolor» como precio por la resistencia.

En esas frases desvelaba la que sería su estrategia fundamental en adelante: una «guerra», que él procuraría larga, para permitirle «someter» el territorio enemigo practicando el «dolor» contra los vencidos… y Dios con él, legitimándole la cabronada. Toda una declaración de principios.

Franco no quería solo ganar la guerra, sino que pretendía quedarse con España. Sabía que sus aliados no estaban en los partidos afines al golpe, fueran falangistas, monárquicos o simplemente tradicionalistas; sus únicos aliados serían los militares a su mando y el clero católico, y gente como Valdés, Rojas o Trescastro, la mano de obra criminal y necesaria para construir ese siniestro edificio.

Las palabras de Franco sonaban todavía en la radio de la comisaría cuando Constantino Ruiz Carnero salía esposado de la calle Duquesa camino de la prisión provincial. La mudanza de Ruiz Carnero se debía a que cuando Santiago Lozano, el director de «El Ideal», supo que habían detenido a su amigo y colega, llamó a Valdés procurando la libertad del periodista, pero lo más que obtuvo del gobernador civil fue que le llevasen a la prisión, «donde estará mejor atendido».

La prisión provincial de Granada, diseñada para albergar cuatrocientos internos, tenía ese día más de dos mil presos políticos

en sus instalaciones.

Orgaz había felicitado a Valdés por su «eficacia».

71

29 de julio de 1936 (por la mañana).
Plaza de la Trinidad. Granada.

El capitán Nestares y Patricio González habían quedado para desayunar juntos en un bar de la plaza de la Trinidad esquina con la calle de la comisaría, donde hacían unos churros muy buenos. Nestares quería poner en conocimiento del delegado especial de José Antonio su malestar por el curso que iban tomando los acontecimientos desde el día 20 y, en especial, en lo que hacía al peso específico de los de Falange, y su correspondiente cuota de poder, entre las distintas «familias» golpistas.

—Este cabrón de Valdés ha colgado la camisa, se ha olvidado de nosotros y solo obedece a Queipo —se quejaba el militar falangista.

—Se veía venir —le dijo González de Canales.

—Y lo peor es lo de la gente de la CEDA…

—¿El Ruiz Alonso ese? —preguntó el delegado falangista, recordando su incidente con el «obrero amaestrado».

—No solo —contestó Nestares—. Ese es un petimetre. Son peores sus jefes, los meapilas de «El Ideal» y la banda de los agrarios. Son «la camarilla» —dijo con desprecio el jefe de la Policía.

—¿La camarilla?, ¿qué camarilla?

—Una banda de impresentables de la que se rodea Valdés y a los que ha entregado el Gobierno Civil. Ya se les conoce así.

Y Nestares le puso en antecedentes con todo detalle sobre vida y milagros de los hermanos Jiménez de Parga, del teniente coronel Velasco Simarro, de Romero Funes y de todos los demás que ya formaban la guardia pretoriana del flamante gobernador.

—Y encima nos quita a Afán de Ribera —insistía Nestares— y me coloca al pollo ese de Rojas, que estaba escondido por aquí, para que me «marque» y, para colmo, le nombra jefe de milicias del partido. ¡A ese, que no es falangista, ni él ni la puta madre que le parió!

—Yo no le pienso tolerar lo de las «Escuadras Negras» —abundó González de Canales—. En Falange no vamos a consentir que se fusile a nadie sin juicio previo, aunque sea sumario. ¡En esas «Escuadras» no hay nadie de los nuestros!

Eso no era rigurosamente cierto, porque entre los asesinos había algunos con la camisa azul recién comprada y que la lucían en las *razzias*. En toda Granada era *vox populi* que los falangistas fusilaban por las noches a gentes que sacaban de sus casas para darles «el paseo», lo que enervaba a los «camisas viejas», que se veían cada vez más desplazados de los centros de poder. En poco más de una semana más de mil quinientas personas se habían apropiado de un carné con el yugo y las flechas; muchos de ellos se incorporaban a milicias en el frente, lo que ellos llamaban primera línea, y otros se dedicaban a tareas auxiliares en retaguardia, la segunda línea, de donde salían los nuevos voluntarios de las «Escuadras Negras». La gente de Trescastro se multiplicaba como el cáncer y ya no se podía hablar de un único grupo, sino de varios, más o menos coordinados por el hombre de Valdés en la organización.

Los dos camaradas dieron cuenta de los churros, pidieron otra ración y siguieron despachando sobre la situación política y militar en la provincia. Nestares explicó a Ruiz de Canales la existencia de las listas que le venían del Gobierno Civil para que él detuviese a los nominados y los pusiera después bajo la jurisdicción militar.

—Pero hay otras que no me dan a mí —relató Nestares—. Sé que «la camarilla» le presenta las suyas propias a Valdés y luego el gobernador le dice a Velasco que las divida en dos: una que le dan a Romero Funes y otra que le pasan a Trescastro.

Y así eran las cosas, porque a Nestares le encargaban de los detenidos a los que les iban a formular cargos, y a Romero Funes le daban, bajo mano, otra relación de «presos gubernativos», que era como llamaban a los que iban a comisaría sin acusación concreta y que pasaban a prisión de inmediato sin formularles cargos… a la espera de lo que Dios quisiera. La tercera lista, la de Trescastro, no dejaba huellas. Sus nominados aparecían muertos en el cementerio o en alguna cuneta. Rojas Feingenspan se iba haciendo cargo, poco a poco, de coordinar todas las acciones represivas, y para eso contaba con sus «nuevos falangistas», como le gustaba decir.

—¡Me tienen hasta los cojones! —exclamó Nestares—. ¿Sabes lo que hicieron el otro día esos dos cabrones?

—¿Quiénes? —preguntó Canales.

—Romero y Rojas.

—Tú dirás…

—Les mandé a por Palanco y a por Ruiz Carnero, porque me los había pedido Valdés, y casi me los traen muertos a golpes.

—¿A Palanco? —se extrañó el falangista que sabía de sobra quien era el catedrático—. ¿Por qué, si es inofensivo?

—Eso me parece a mí —le respondió Nestares cada vez más exaltado—. Cuando vi al pobre hombre sin gafas, chorreando sangre por la nariz, molido a golpes y más asustado que un perro chico casi le pego dos tiros al cabrón de Romero. ¡Le dije que se portaran decentemente y me lo traen hecho un guiñapo!

—¿Y qué has hecho con Palanco? Es un buen hombre, un republicano leal.

La vocación republicana era el único punto de acuerdo entre Mola y los amigos de José Antonio, cosa que agobiaba a las demás familias golpistas.

—Le he sacado de comisaría y le he mandado a la cárcel, que estará más seguro y allí no le partirán la cara, porque si le dejo aquí cualquier noche me lo sacan del calabozo y me dicen que le han

aplicado la Ley de Fugas. De esta tropa no te puedes fiar… no tienen honor ni palabra.

—¿Y a Ruiz Carnero?

—Me lo trajeron hecho un *ecce homo* —relató Nestares—. También le he mandado a la prisión provincial.

—Ese es más peligroso —sentenció Canales, que había oído a los Rosales echar pestes del periodista—, pero de eso a torturarle…

Lo que Nestares no le explicó al jefe falangista era que por el periodista se interesó Valdés para quitarse de en medio al director de «El Ideal», pero que por Palanco no se había interesado nadie, salvo su mujer. A los de «la camarilla» les complacía quitarlo de en medio cuanto antes. Del periodista decían que era un enemigo, pero del catedrático opinaban que era un traidor. Si no hubiese sido por Nestares probablemente no hubiese llegado vivo a comisaría, porque Romero Funes tenía órdenes de liquidarle que le venían de los cedistas que se habían entregado a Valdés.

—¡Esto no puede seguir así! ¡Esto es un descrédito para nosotros! —dijo Patricio González de Canales dando un puñetazo en el mostrador. Muchos parroquianos se volvieron hacia el vehemente falangista.

—¿Y qué podemos hacer?

—Poner en su sitio a Valdés —sentenció Canales—. ¿No es falangista?

—Eso dice… —le contestó Nestares muy poco convencido.

—¡Pues yo soy el delegado especial del Jefe Nacional! —proclamó ufano—. ¡¡¡Me va a oír!!!

Ahora sí que se le quedaron mirando todos los parroquianos.

Nestares pagó el desayuno y los dos amigos salieron por la calle Duquesa.

—Voy a verle ahora mismo —dijo en un arranque cuando pasaban por delante de la puerta del Gobierno Civil.

—Tú sabrás —le contestó Nestares—, pero no tienes cita.

—¿Y esto qué es? —replicó el falangista señalando su distintivo de jerarca principal en la camisa azul—. Esto vale más que una cita.

—Bueno, bueno… —concedió Nestares, que no quería líos en esos momentos—. Te espero en comisaría cuando termines. Luego me cuentas.

Y ni corto ni perezoso entró en la sede del Gobierno Civil. En un momento estaba en la puerta del despacho del gobernador. Fue Velasco Simarro, que ese día llevaba su antiguo uniforme con las dos estrellas de ocho puntas, quien le cerró el paso.

—¿Está Valdés?

—El Gobernador está ocupado, señor —le respondió el guardia civil, que le recordaba perfectamente de cuando el incidente con Ramón Ruiz Alonso. Era evidente que no le iba a permitir el acceso.

—Dígale que un jefe de Falange quiere hablar con él… y que es urgente. Me llamo Patricio González de Canales y soy delegado especial de la Junta de Mando.

—Le he dicho que está ocupado, señor.

—Y yo le he dicho que quiero verle… ¡Ahora!

—El señor gobernador no va a poder recibirle —insistió Velasco—. Si quiere dejarme algún recado para él…

El arriscado falangista separó con un empujón al guardia civil del papel de cancerbero y en dos zancadas se plantó delante de la puerta del despacho de Valdés abriéndola sin anunciarse.

—¡¡Camarada!! —así fue como oyó Velasco Simarro que se dirigía el falangista a su jefe antes de que cerrase la puerta dando un portazo.

Valdés estaba hablando por teléfono cuando vio entrar al falangista, y siguió haciéndolo, a pesar de la sonora invocación del uniformado intruso.

—Usted dirá —le invitó Valdés cuando colgó.

—Vengo a formular una protesta contra ti, camarada —le espetó Canales, sin más preámbulo.

—Usted dirá —repitió Valdés, tan imperturbable como si hubiese escuchado la hora que era.

Atendiendo a la invitación, Patricio González de Canales le echó una diatriba floreada que versaba sobre los principios falangistas, sobre la diferencia entre adversarios y enemigos, sobre el respeto a la cultura y así le tuvo más de un cuarto de hora. Y no contento con eso le despachó que él era universitario y que «como tal no te voy a consentir la eliminación de catedráticos respetables». Y por si le quedara algo en el tintero le espetó: «La Falange se opone a los fusilamientos irregulares que, desde este momento y por mi autoridad, quedan prohibidos en Granada».

Todo el parlamento lo había hecho el falangista de pie, en posición de firmes, delante de la mesa del gobernador, que no había movido ni una ceja durante la perorata ni le había quitado ojo de encima.

Cuando creyó haber concluido, González de Canales pasó a la posición de descanso, con las manos detrás de la espalda y las piernas abiertas ligeramente, esperando la respuesta del militar metido a gobernador.

—Muy interesante todo esto, señor Canales. ¿Me permite un momento? —le dijo Valdés señalando el aparato de teléfono.

—Claro que sí, camarada —concedió el jerarca joseantoniano creyendo que le había convencido y que ya iba a empezar a obrar en consecuencia.

—Velasco, pase usted un momento —dijo por el auricular a su ayudante.

Al instante el guardia civil, con cara de susto, entraba en la oficina de su jefe.

—Velasco, ¿conoce usted a este señor? —preguntó Valdés.

—Desde luego que sí, señor gobernador.

—Es un importante jefe falangista —aclaró el gobernador— y tenemos que tratarle como se merece.

—Desde luego, señor —aseguró el guardia civil, que no sabía por dónde iban los tiros.

Valdés se quedó mirando a Patricio González de Canales esbozando una media sonrisa. El vehemente falangista se la correspondió al ver que sus palabras habían logrado el efecto que quería.

—Velasco, arreste inmediatamente a este individuo y sáquelo de mi despacho ahora mismo. Llévelo de inmediato, vigilado por tres guardias civiles de servicio y usted mismo, al aeródromo de Tablada. Espere allí mis órdenes.

Cuando González de Canales quiso reaccionar Velasco Simarro le apuntaba a la cabeza con su arma reglamentaria.

—Salga ahora mismo, Canales… —le dijo el guardia civil—. Y sin escándalos, ¿eh?

—Por cierto, señor Canales —le dijo Valdés cuando el falangista estaba a punto de salir—. Dele recuerdos de mi parte al Jefe Nacional cuando le vea.

—¡Hijo de puta! —le contestó el falangista, que sabía que José Antonio Primo de Rivera seguía preso en la cárcel a espera de juicio por sublevación.

—Y de la Universidad no se preocupe, que está todo arreglado —añadió cuando ya el vicegobernador le encañonaba la espalda a punto de salir. Al decir eso le ofreció a distancia que viese un papel que estaba encima de su mesa.

En ese folio con membrete del Gobierno Civil estaban relatados seis catedráticos que tenían que ser fusilados. Encabezaba la lista José Palanco. Detrás venían el Rector Salvador Vila, catedrático de Cultura Árabe e Instituciones Islámicas; Rafael García-Duarte Salcedo, catedrático de Pediatría; Jesús Yoldi Bereau, catedrático de Química General; Joaquín García Labella, catedrático de Derecho Político; y, cerrando la lista, José Megías Manzano, profesor de la Facultad de Medicina.

La confección de la lista se debía a «la camarilla».

Una vez solo en su despacho, Valdés levantó el teléfono y pidió que le pusieran con el jefe del aeródromo de Armilla. Cuando le tuvo

en línea le explicó que mandaba para allá a «un falangista peligroso» al cuidado de Velasco y que quería que lo enviaran a Sevilla, arrestado, en el avión que había traído aquella mañana a González Espinosa, ya investido como nuevo comandante militar. Le ordenó que retuviera la vuelta del avión a su base de Tablada hasta que llegase «su» prisionero.

Terminada la llamada pidió que le conectaran por radio con el cuartel general de Queipo de Llano. Quince minutos después había explicado la situación a su jefe natural en Sevilla, que le agradeció el envío del «paquete».

Hecho eso pidió que le subieran otra infusión de manzanilla y un sobre con bicarbonato.

72

1 de agosto de 1936 (por la mañana)
Huerta de San Vicente. Granada.

Lot (grita desgarrado): ¡¡La hice mía!!

Federico García Lorca acababa de terminar con esas palabras el primer acto de sus *Hijas de Lot*. La escena concluía, apoteósica, entre un gran tumulto de voces, llamas y gemidos en que sobresalía el alarido del padre.

La historia que había empezado a trazar en Madrid se desarrollaba a través de una fuerte carga simbolista. En la primera escena narraba que los ángeles llegan a Sodoma para conocer a sus moradores, pero Lot se opone a ello y les ofrece a sus hijas vírgenes, como explica la narración bíblica. A partir de ese arranque, el texto lorquiano derivaba a una dimensión surrealista para encuadrar en ese mundo irreal de sueños enfebrecidos el pecado incestuoso del viejo Lot con una de sus hijas.

Pero si ya le costaba al poeta despacharse con el texto en condiciones normales ahora se sentía incapaz de continuar con él. Esas palabras escritas con esfuerzo apenas habían podido salir de su pluma después de la llamada de teléfono de aquella mañana. Era José María García Carillo, un amigo que vivía en la Acera del Darro, en una casa al lado de la de su tío Frasquito.

La conversación había sido de este tenor:

—*¿Está Federico, por favor?*

—*¿Quién le llama?* —preguntó Angelina Cordobilla.

—*Dígale que soy Pepito, su amigo* —contestó García Carrillo, que no quería dar más pistas sobre su nombre porque sabía que las

nuevas autoridades tenían intervenidos casi todos los teléfonos de la ciudad.

Federico tardó en bajar de su cuarto.

—*¿Quién es,… quién es?* —preguntó el poeta muy asustado porque no caía en quién podía ser el misterioso Pepito.

—*Soy Pepito, Federico* —le dijo García Carillo.

—*No sabes el susto que nos has dado a todos* —suspiró aliviado el poeta cuando le reconoció la voz.

García Carrillo era un tertuliano del Rinconcillo, y cómplice y competidor de Federico en sus lances homosexuales en Granada. Los dos amigos habían llegado a enamorarse a la vez del mismo torerillo y entre los dos le ayudaban económicamente, compitiendo entre ellos, para que trastease sus primeras novilladas.

—*Escúchame…* —dijo José María con la voz apresada por el susto.

—*Dime*…

—*Unos señores estuvieron anoche en casa de tu tío Francisco, creo que te buscaban a ti*.

Federico se quedó helado cuando oyó eso.

—*Gracias, gracias* —balbuceó al poco.

—*De nada, Federico. Ten mucho cuidado*.

García Carrillo colgó el teléfono de inmediato. Federico García Lorca se quedó con él en la mano un rato, sin saber qué hacer. Había roto a llorar de repente. Subió a su habitación como un autómata.

Lo que no quiso contarle José María era que los que habían ido a buscarle iban armados con fusiles y que algunos vestían la camisa falangista. La noche anterior, que había sido muy calurosa, José María García Carrillo estaba asomado en el balcón de su casa fumándose un pitillo cuando vio que al portal de al lado llegaban dos coches que asomaban fusiles por las ventanillas, como si de unos erizos criminales se tratase.

La noche estaba oscura y apenas había luces en la calle, pero el amigo de Federico pudo distinguir cómo se bajaban de los coches

más de una docena de personas y rompían a culatazos la cerradura del portal de la casa del tío del poeta, alumbrados por el farol que llevaba uno de ellos. Los armados entraron en tropel y García Carrillo oyó asustado el estruendo de los golpes con los que iban destrozando cosas dentro del domicilio, en el que no había nadie porque la familia estaba en la Huerta del Tamarit, como todos los veranos.

Al cabo de quince minutos salieron los asaltantes. «No, aquí no es», oyó Carrillo que decía uno de ellos. «Vámonos», ordenó el jefe de la cuadrilla subiéndose en el coche.

Federico se sujetaba la cabeza con las manos y no paraba de llorar apoyado sobre la mesa. Sus lágrimas, al caer sobre el papel, corrían la tinta que dibujaba las palabras del héroe bíblico. Las confidencias de García Carrillo no se le iban de la cabeza. «Ya vienen a por mí», se decía aterrado. Un manotazo mandó las cuartillas al suelo.

Mujer 1.ª: ¿No han vuelto?
Mujer 2.ª (que está en el suelo cubierta con un velo gris): No
Mujer 3.ª: Llevan cuatro días borrachos
Mujer 4.ª: Se llevaron todo el vino de las tinajas
Mujer 1.ª: Y cortaron para coronas todos los racimos de la vid
Mujer 2.ª: ¡Ay!
Mujer 1.ª: No está acostumbrada. La trajeron sus padres de una aldea lejana con una dote y la dejaron aquí sin saber lo que hacían.
Mujer 3.ª: Y está enamorada de su marido.
Mujer 4.ª: Cuando se le acaben las lágrimas dejará de llorar.

Esto era lo que se leía en uno de los folios que se extendieron las baldosas de colores formando una alfombra de papel desordenado.

Angelina Cordobilla, que le había visto subir a su cuarto después de colgar el teléfono le siguió para ver si su «niño grande» necesitaba algo, pero Federico no quiso abrirle la puerta pese a la insistencia de la niñera. Angelina se quedó detrás de la hoja

escuchando sus sollozos hasta que sintió que se calmaba al cabo de un rato.

Federico pasó toda la mañana encerrado en su habitación sin hacer otra cosa que fumar y angustiarse; no podía imaginar lo que ocurría en una sala de la Audiencia Provincial mientras él se desesperaba en sus temores solitarios.

Valdés había puesto bajo jurisdicción militar a los que detuvo en el Gobierno Civil la tarde del 20 de julio, empezando por César Torres. Hoy tocaba su juicio, la llamada «Causa 47/36», un proceso de lujo por la relevante condición de los encausados y en el que los militares querían «sentar la mano» para dejar las cosas claras.

Esa mañana, mientras Lorca hablaba con García Carrillo, se sentaban en el banquillo, acusados de un delito de rebelión, César Torres y el presidente de la Diputación, Virgilio Castilla. Con ellos estaban Enrique Martín Forero, que era dirigente del Socorro Rojo Internacional y ex concejal; Antonio Rus Romero, que era sindicalista de UGT y trabajador retirado de la fábrica de pólvoras; y el ex cenetista José Alcántara García.

Los militares habían unido a ellos al jefe provincial de Obras Públicas, el ingeniero Juan José Santacruz, que no estaba en el Gobierno Civil cuando detuvieron a los otros pero que le imputaron de lo mismo. Le acusaban de rebelión y de «preparar la voladura del embovedado que cubre el río Darro». Cuando Vicenta Lorca llamó a su hijo para comer, el juicio quedaba visto para sentencia, y cuando Federico subió a su cuarto para dormir la siesta, los seis inculpados de la «Causa 47/36» volvían en un coche policial a la prisión provincial.

Hacia las siete de la tarde, Federico trabajaba en un repaso del primer acto de su bíblica tragedia cuando una de las criadas le anunció una visita.

—Señorito, ha venido un amigo a verle.

—¿Quién es? —preguntó el poeta sin abrir la puerta. Solo el anuncio de una visita le desbocó el latido del corazón. Si ya tenía

miedo de por sí desde que los militares se habían echado a la calle, lo que le había contado esa mañana su amigo Pepito le había llevado al borde del paroxismo.

—Es el señorito Eduardo.

Saber que el visitante era Eduardo Rodríguez Valdivieso le hizo el mismo efecto que si le pusieran tila en las venas. Más calmado abrió la puerta. El pelo desgreñado, la barba sin afeitar y las gotas de sudor recorriéndole la cara, unido todo a una palidez inusual, ofrecían un aspecto lamentable del poeta, que además estaba descalzo.

—¿Se encuentra mal, señorito? —preguntó la criada—. ¿Quiere que le prepare algo?

—No, nada. Estoy bien. ¿Dónde está Eduardo?

—Me ha dicho que le espera en el jardín, que todavía hace mucho calor para pasar dentro.

—Dile que ahora salgo, que tengo que calzarme.

Federico volvió a encerrarse en su cuarto para ponerse unas zapatillas blancas con la suela de esparto. Aprovechó para lavarse la cara y peinarse usando una jofaina de loza con aguamanil y un espejo redondo que tenía cerca del balcón. Desde allí vio a Eduardo, que le esperaba abajo fumando un cigarrillo y hablando con doña Vicenta, que pasaba la tarde sentada a la sombra mientras leía.

Cuando los dos amigos se saludaron, doña Vicenta se retiró discretamente al salón de su casa y la criada les llevó una jarra de limonada con hielo, que puso sobre el velador de mármol. Una vez a solas, Federico sacó una petaca del bolsillo y echó un chorro generoso de coñac en el vaso de limonada que le había servido la criada.

—Es mi combustible secreto —justificó el poeta ofreciendo el licor a su amigo que lo rechazó con un gesto.

—Tengo que decirte una cosa, Federico —disparó Eduardo con cara de preocupación.

—Si no es una mala noticia… —quiso bromear el poeta.

—Sí que lo es.

Oír eso le ensombreció el gesto, como si una nube negra pasara por encima de él.

—Un amigo de la familia le ha dicho a mi madre que yo debiera de dejar de venir por la Huerta.

—¿Por qué? —preguntó Lorca, que ya temía la respuesta.

—Para evitar consecuencias desagradables, me ha dicho mi madre que le dijo el otro —explicó.

Oír lo que ya sabía desde por la mañana, y que tanto temía, fue una puñalada en su alma.

—¿Y por qué vienes?

—Para avisarte, Federico —le dijo Eduardo poniendo su mano sobre la del poeta—, y porque soy tu amigo.

—Eso son tonterías —mintió el poeta, que no quería saber más de ello, correspondiéndole al apretar la mano tendida de su amigo—. Aquí no me va a pasar nada, estoy con mi madre.

Y Federico, sobreponiéndose o al menos intentándolo, derivó la conversación hacia su obra y le explicó a Eduardo el argumento de su nueva tragedia con la que quería cerrar la trilogía inconclusa. Durante casi una hora los negros cipreses del jardín oyeron al poeta hablar de Lot, de los ángeles y de sus hijas, mientras acababa con el licor de la petaca, relatando a Eduardo cómo era Sodoma, «que se parece mucho a Granada», detallaba el poeta. Federico pretendía en la obra «contraponer el pecado de incesto al de sodomía», cosa que su joven amigo no acababa de comprender.

—Me tengo que ir ya, Federico —dijo Eduardo levantándose cuando su amigo le terminó de contar que los decorados de su obra, «que ya se los he encargado a Pepe Caballero», serían una mezcla de Piero della Francesca y de Giorgio de Quirico.

—Te acompaño un rato —ofreció el poeta mientras escondía la petaca vacía.

Y los dos amigos se fueron caminando por el carril de entrada, en dirección a Granada, en silencio. No llevaban recorridos doscientos

metros cuando Federico se quedó quieto, tomó del brazo a su amigo, y se lo quedó mirando.

—¿Tú crees que yo podría escaparme por aquí y ponerme a salvo con los republicanos? —le preguntó señalando hacía Santa Fe, a pocos kilómetros, que seguía en manos del Gobierno legítimo.

La expresión de Federico era de desamparo, de estar ahogado en una duda terrible que pretendía resolver desde la inocencia infantil que se pintaba en su cara en ese momento.

Eduardo González no le contestó. Solo miró ostensiblemente a los pies de su amigo, donde Federico guardaba su cojera vieja, aquella de la que él mismo decía a Estrella, la gitana, «Oh, mis pobres andares».

El poeta se dio cuenta de lo que había en el silencio de su amigo y bajó la mirada hasta encontrarse con sus pies y reencontrarse con su limitación a la huida deseada. De repente se enderezó, miró a Eduardo a los ojos, le abrazó con fuerza y le besó en la mejilla. Sin mediar más palabra se dio la vuelta y volvió a su casa lo más deprisa que pudo, dejando al joven solo en el camino, bajo los cipreses que marcaban sus bordes.

Cuando Federico entraba en la rotonda del jardín de su casa, Eduardo llegaba a la carretera. Los dos hombres disimulados que estaban apostados cerca del cruce anotaron algo en una libreta.

Esa noche, antes de que doña Vicenta llamara a los suyos a cenar, un oficio con membrete de Capitanía Militar llegaba al despacho de Nestares en comisaría.

Era un escrito del jefe de operaciones del nuevo comandante militar en el que se le ordenaba incorporarse al servicio de armas, en su empleo de capitán de Infantería, como responsable de una línea de defensa militar en Víznar. Debía presentase a primera hora del día siguiente en el despacho del comandante Rosaleny donde recibiría «las instrucciones pertinentes». La larga mano de Valdés y las instrucciones que traía el nuevo comandante militar de emplear a todos los oficiales en activo en servicios de armas acababan de

poner fin a la tarea policial de José Nestares rebajando con ello su influencia política en la nueva situación.

Aquella noche, mientras la familia García Lorca tomaba café en el jardín después de cenar, un coche de la Audiencia Militar entraba en el patio de la cárcel. En él iba un teniente del cuerpo jurídico que llevaba al director de la prisión la sentencia de la «Causa 47/36», todavía sin comunicar a los defensores de los imputados. Todos los acusados, salvo el gobernador civil, habían sido condenados a la pena de muerte. César Torres debía cumplir cadena perpetua.

El tribunal que dictó la infame sentencia lo formaban los coroneles Rafael Lacal, Santiago Taboada y Manuel Fernández Labrada, asistidos por el comandante Francisco Rosaleny Burguet, y por el capitán Rafael Ruiz Algar.

Los detenidos fueron conducidos al despacho del director, donde se les leyó la sentencia y se les anunció que sería cumplida «de inmediato».

Cuando todos ellos volvían a sus celdas hacinadas, Federico, en la Huerta, subía a su cuarto que, para él, desde esa mañana, también se había convertido en calabozo.

73

2 de agosto de 1936 (por la noche)
Prisión Provincial de Hombres. Granada.

—¿Habéis venido aquí a contraer matrimonio por vuestra libre y plena voluntad, sin que nada ni nadie os presione?

—Sí —respondió él, mirándola a los ojos.

—Sí —dijo ella sin poder contener las lágrimas.

—¿Estáis dispuestos a amaros y honraros mutuamente en vuestro matrimonio durante toda la vida?

Quien preguntaba así era un sacerdote que había sido enviado expresamente para la ceremonia por el arzobispo Parrado. A su lado estaba otro cura que lucía los emblemas de capellán castrense bajo la estola.

—Sí —volvió a contestar él tomándola de la mano con su derecha.

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Estáis dispuestos a recibir con amor los hijos que Dios os dé y a educarlos según la Ley de Cristo y de su Iglesia? —Preguntó el oficiante.

—Sí —contestó el contrayente apretando con fuerza la mano de la novia.

—Sí, sí… —tartamudeó ella, que apenas podía articular palabra.

—Tranquila, por favor. No llores —le dijo el novio acariciándole la mejilla y sin soltar su mano.

—Así pues, ya que queréis establecer la alianza santa del matrimonio —continuó el oficiante—, unid vuestras manos y expresad vuestro consentimiento delante de Dios y de la Iglesia.

Los novios entrelazaron sus manos. Él la miraba a los ojos, y lo hacía con la misma expresión de arrobo embelesado que cuando la

conoció.

—Yo, Juan José —dijo sin tener que leer las palabras rituales que le había pasado escritas el sacerdote— te acepto a ti, Antonia, como mi esposa y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Yo, Antonia… —y la novia se quedó callada unos segundos, incapaz de repetir palabra por palabra toda la fórmula litúrgica—, te quiero a ti Juan José como mi marido y te seré fiel toda la vida… aunque te me vayas.

Las últimas palabras las dijo muy bajito, como si no quisiera pronunciarlas.

—Que el Señor confirme este consentimiento que habéis manifestado ante la Iglesia y cumpla en vosotros su Bendición —dijo el cura persignando en el aire oscuro de la modesta capilla la señal de la cruz—. Lo que Dios acaba de unir, que no lo separe el hombre.

En ese momento sonó en el oratorio la explosión de tres obuses de aviación que los bombarderos republicanos habían lanzado sobre Granada. El retumbar de las detonaciones hizo temblar la llama de los cuatro pobres cirios que alumbraban la ceremonia. Después de las palabras del oficiante esa señal de guerra no podía presagiar nada bueno respecto al futuro de los contrayentes. La novia, muy supersticiosa, se santiguó asustada.

—No pasa nada, Antonia —quiso tranquilizarla él—. Todo está bien.

Tras unos instantes de desconcierto el sacerdote siguió con la ceremonia.

Balbina Rey, uno de los testigos, sacó de su bolso una cajita repujada con dos anillos de oro, uno de ellos engastaba un brillante de muy buena talla, y se la ofreció al cura. A su lado estaba el otro testigo de la ceremonia, el abogado de Granada Fernando López Nebrera, que asistía profesionalmente al novio.

—El Señor bendiga estos anillos que os entregáis como signo de amor y fidelidad —dijo al tomarla de las manos de ella y ofrecérsela a los nuevos esposos.

El novio tomó el anillo enjoyado y lo fue a colocar en el dedo anular de quien estaba emocionada como una niña al vivir, por fin, la ceremonia con la que tanto había soñado.

—Antonia, recibe este anillo como signo de mi amor y de mi fidelidad a ti.

Quien se ofrecía con esas palabras era Juan José Santa Cruz y Garcés de Marsilla, el hijo menor de los cinco que tuvo el barón de Andilla, y que era Ingeniero de Caminos como su padre. Tenía cincuenta y seis años y vivía en Granada desde 1914, cuando llegó de Madrid con treinta y cuatro años destinado como ingeniero de la Jefatura de Obras Públicas.

—Gracias, Antonio —dijo ella poniéndole el suyo—. Yo también te quiero mucho.

La novia era Antonia Heredia, de la familia de «Los Canasteros», una gitana guapísima que le había dado en 1915 una hija, Teresa, al año de conocerse en el «Café de la Montillana», donde la airosísima gitana de ojos de azabache actuaba de jaleadora en un cuadro flamenco.

Puestos los anillos, los recién casados, que vivían juntos desde que se conocieron, se besaron como si fuera la primera vez. Balbina y el abogado se acercaron para darles la enhorabuena. Los dos sacerdotes, el oficiante y el castrense, recogieron el altar donde se había celebrado el sacramento y el que venía de parte del arzobispo extendió un papel para la firma de los novios.

—Don Juan José, firme usted aquí —le dijo, señalándole el pie del documento.

El abogado ofreció su estilográfica al ingeniero, que había echado mano al bolsillo interior de su chaqueta sin encontrar nada con qué hacerlo.

—Ahora usted, señora —solicitó el clérigo.

Antonia Heredia cogió con manos temblorosas la pluma que le ofreció su marido y rubricó el documento.

—Por favor… —solicitó de los testigos.

Balbina Rey y Fernando López hicieron lo mismo.

Concluido el procedimiento firmaron también los dos sacerdotes, y el diocesano se quedó con el documento, que guardó de inmediato en un sobre que introdujo en la faltriquera de su sotana.

A la ceremonia, que apenas había durado veinte minutos, solo había asistido, además de los contrayentes con los imprescindibles testigos y los dos sacerdotes, una sola persona más: un oficial de prisiones, el jefe de la provincial de Granada.

Cuando el funcionario se acercó a los novios dos obuses más cayeron cerca de allí. El trueno de las explosiones volvió a sacudir la luz de las velas.

—Pueden pasar a la sala de al lado —les ofreció el jefe de las instalaciones, porque la boda se había celebrado en la capilla de la cárcel provincial de Granada, donde Juan José Santa Cruz estaba internado y a la espera de ser fusilado en las próximas horas.

Todo había sucedido en poco más de diez días y en ese corto plazo iba a concluir trágicamente una de las más bellas historias de amor de la ciudad de La Alhambra.

Santa Cruz llegó a Granada con la plaza de ingeniero ganada y en compañía de Balbina, su ama de cría que era como su segunda madre, para que cuidase de él. En Madrid dejaba una novia de «siempre» y de una «familia bien de toda la vida», la señorita Francisca Gómez de las Cortinas.

La relación se mantenía en la distancia, pero todo se torció una noche en que las palmas y la manzanilla jalearon los ojos negros de una gitana que quiso quererle cuando el ingeniero se bebió entre las copas el carbón ardiente de sus ojos.

Un año después tenían una hija, a la que pusieron Teresa, y el ingeniero, contra lo que era costumbre de allí y de entonces, se fue

al Registro Civil y dijo que la niña era suya, la reconoció y le puso su apellido, el mismo que tenía su aristocrático abuelo.

Nació la niña, y la madre se fue a vivir con el ingeniero y con su doméstica de siempre a la casa que Santa Cruz compró en el 2 de Plaza Nueva cuando llegó a Granada. A Balbina, que era muy suya, nunca le hizo gracia el asunto y aunque se portó con la niña Teresa como lo había hecho antes con su padre, no pudo «tragar» a Antonia, a la que nunca llamó «señora». Las dos mujeres se aguantaban desde entonces bajo el mismo techo.

Santa Cruz no escondió su relación con Antonia Heredia, cosa que la sociedad «bien» de Granada, la «carcundia» como decía García Lorca, no le perdonaría jamás. Pese a todo, Juan José siguió con sus actividades y llegó a presidir el Círculo Artístico, donde intimó con gente como Falla, Fernando de los Ríos o García Lorca. Teresa Santa Cruz Heredia era toda una señorita, tenía dieciséis años cuando se proclamó la Segunda República. Tan guapa como su madre, educada en los mejores colegios granadinos de señoritas, experta amazona y dotada por Dios con un talento innato para la pintura, era todo un espectáculo cuando paseaba por Granada montada a caballo.

Su padre, que la adoraba, fomentó su afición por las Bellas Artes y él mismo se dedicó a instruirla en esos principios. El ingeniero, que no tenía vocación de político profesional y sí un gran interés por los textos antiguos, la magia y la astrología, dejó todas las actividades políticas en 1933 para dedicarse a su vida familiar, a su trabajo y a sus aficiones, exclusivamente. Que le interesara la magia estaba tan mal visto en Granada como el que fuese «rojo», o viviera en «concubinato escandaloso y concupiscente con una gitana del Sacromonte». Pero la «carcundia» local le aguantaba porque era un ingeniero excepcional y de su tablero habían salido, entre otros proyectos, la carretera que subía de Granada al Veleta, la más alta de Europa y todo un éxito para esos años.

Esa madrugada del 2 de agosto de 1936 Juan José y Antonia habían firmado, por fin, el documento que sellaba su pacto de vida,

aunque hubiera sido en ausencia de su hija, a la que no permitieron acompañar a sus padres en tan trascendente momento.

—Pueden pasar a la sala —les insistió el oficial de prisiones.

El ingeniero tomó a su esposa de la mano y con un gesto de cabeza se despidió de su aya y de su abogado. El jefe de prisiones los acompañó a su destino, una habitación escasa con ventanuco enrejado en la que una mesa, dos sillas y un catre desvencijado puesto al lado de la pared debajo de una estampa coloreada de La Alhambra eran todo el adorno del lugar que iba a albergar las confidencias del matrimonio.

—Un momento, por favor —dijo el abogado antes de que el funcionario cerrara con llave la puerta tras los esposos.

—¿Qué quiere usted ahora? —preguntó incómodo el jefe de carceleros.

—Tengo que recoger una carta de don Juan José —le contestó.

—Pase usted, pero dese prisa —concedió el funcionario—. Solo tienen permiso para una hora.

Cuando el abogado se vio con su cliente recibió un sobre que el ingeniero llevaba guardado en la chaqueta. Era el testamento hológrafo en que declaraba a su hija heredera universal y a su madre usufructuaria hasta el fallecimiento. Disponía también una donación a favor de Balbina y otra a favor del Arzobispado de Granada.

Cumplido ese trámite, el matrimonio quedó a solas en el cuartucho.

Mientras Antonia y Juan José repasaban sus muchos años de felicidad juntos, sentados en las sillas y tomados de la mano como dos adolescentes, fuera, en las galerías de la cárcel, sus compañeros de «Causa 47/36» preparaban sus últimas voluntades.

Faltaban horas para que Virgilio Castilla, Antonio Rus, José Alcántara, Enrique Marín Forero y el propio Santa Cruz se enfrentasen al pelotón de fusilamiento. Realmente Juan José Santa Cruz no había pisado ese día el Gobierno Civil, pero ni su abogado,

Fernando López Nebrera, ni el arzobispo Parrado pudieron hacer nada por el ingeniero.

Cuando se supo la condena a muerte de Santa Cruz, el arzobispo llamó inmediatamente a Valdés pidiendo clemencia «para un buen hombre que ningún mal ha hecho». El clérigo le pidió al gobernador que, al menos, le conmutase la pena de muerte por una prisión perpetua, como a César Torres. «Ese hombre, que es un pecador público y un hereje, no tiene ningún atenuante, ni menos aún eximentes —vociferó Valdés—. ¡Ha hecho siempre lo que ha querido, y se ha pasado las opiniones de los ciudadanos de ley por el forro de los cojones!».

A las dos en punto de la madrugada el jefe de la prisión llamó a la puerta anunciando que iba a entrar en la salita donde seguían Antonia y Juan José.

—Señora… —dijo dirigiéndose a la esposa—. Se ha terminado el tiempo de visita.

Los nuevos esposos continuaban en la misma postura que cuando entraron, sentados, tomados de la mano y mirándose a los ojos. En esos minutos les dio tiempo a recorrer casi en silencio una vida llena de amor e ilusiones, que se había quedado guardada, como si fuera una película, en los profundos ojos azabache de la gitana.

—Cuida de Teresa —dijo Santa Cruz levantándose y llevando de la mano a su esposa hacia la puerta. Iba orgulloso, como un adolescente que se exhibe con la chica más guapa de la fiesta.

Antonia Heredia, de «Los Canasteros», se le quedó mirando y su rostro se transformó en un instante en un trasunto del de la Virgen de las Angustias que llevaba colgada al cuello.

—Cuídala mejor tú —le dijo ella desde una dignidad que sobrecogió al funcionario—. Donde vas ahora estarás más protegido que nosotras, y pídele a la Virgen que la asista.

—Lo haré, Antonia —le contestó él abrazándola por última vez.

—Dile a Dios que no nos olvide nunca, Juan José.

Él no le contestó. Solo la miró sonriendo.

Dos guardias se llevaron al ingeniero cogido de los brazos por un pasillo. Antonia se quedó observándole hasta que le vio doblar la esquina camino de donde le esperaban los otros condenados.

Al verle desaparecer, un grito desgarrador, como una *soleá* terrible, salió de la garganta de la gitana. Se escuchó en toda la cárcel, y ella cayó al suelo desmayada, transida de dolor.

Cuando se recuperó estaba en la sala de visitas y lo primero que vio fue el rostro de la mujer que había cuidado de su marido desde niño, que se había quedado para esperarla.

—Vámonos, señora —le dijo Balbina recurriendo a una condición que no le había reconocido hasta esa terrible noche—. Tiene usted que descansar.

Un camión sacó a los presos de la «Causa 47/36» a las seis de la mañana de la cárcel provincial. Media hora después los guardias de Asalto les ponían de espaldas a la tapia del cementerio de San José. Iban con las manos atadas y un funcionario había metido en el bolsillo de cada uno un papel con su nombre, para que les reconociese el sepulturero y dispusiese el enterramiento.

Dos proyectiles de 7 milímetros, uno en el pecho y otro en la frente, acabaron con la vida de Juan José Santa Cruz y Garcés de Marsilla. Cayó el último de los seis asesinados. Su cuerpo descansó en el suelo entre el de Virgilio Castilla y el de Antonio Rus.

El ingeniero tenía los ojos cerrados y conservaba la misma sonrisa con la que se despidió de Antonia Heredia.

74

3 de agosto de 1936 (por la noche)
Calle Mesones. Granada.

Agustina estaba muy alterada desde el entierro de su madre. Apenas conciliaba el sueño y durante sus noches solitarias en la casa no tenía ganas de nada más que de tumbarse desnuda sobre la cama para que la poca brisa que venía de la sierra la aliviase de los calores de unas noches que parecían hornos. El silencio en el piso se le hacía agobiante y se escapaba de él fugándose con la mirada a las estrellas, mientras la luz de la luna la envolvía en un sudario azulado y fresco.

Al dolor por el fallecimiento de su madre se le unía la angustia de saber de las muertes que iban diezmando la ciudad, del secreto terror que habían impuesto los alzados. Las detenciones indiscriminadas eran cosa común y el silencio sobre ellas el único epitafio que se permitían los granadinos que vivían esperando temerosos cuándo les tocaría el turno y oirían los culatazos en la puerta de su casa de madrugada reclamándoles para «el paseo». Agustina no estaba preparada para esa violencia. «Nadie lo está», se decía a solas.

Las noticias que daba la radio de los sublevados hablaban de «una situación provisional», pero ella, aquella noche, antes de acostarse para recibir su baño de luna, había consultado sus libros de astrología por primera vez desde que enterró a su madre y supo que eso no era verdad. Nada de lo que estaba sucediendo iba a ser pasajero.

La Muerte cabalgaba por Granada a lomos de una infamia desbocada que se alimentaba del terror.

La derecha turbia y vesánica que tenía por suya la ciudad del Darro estaba violentando cuerpos y conciencias con la misma saña que las tropas castellanas de la reina Isabel, «la Católica», habían arrasado siglos antes la pacifica vida que los musulmanes establecieron en esas tierras permitiendo la coexistencia religiosa y el comercio. La furia castellana renacía ahora bajo los uniformes fascistas y esta vez, también bajo del signo de la cruz y de la espada, arrasaban todo aquello que ponía en peligro un orden de cosas que ellos creían inmutable. Musulmanes entonces, trabajadores y demócratas ahora, eran perseguidos hasta el exterminio por aquellos que solo comprendían una España: la suya, la de aquellos que todo lo tienen y todo lo exigen por derecho de casta y cuna.

Desde el 18 de julio una parte de España se había echado a la calle para quedarse con toda ella. Ellos eran España, y los que no cabían en su ideario eran los enemigos, la Antiespaña. Y al igual que cuando la Edad Media daba sus últimas bocanadas Castilla se creyó España e impuso sus armas y sus leyes sobre catalanes, aragoneses, valencianos, moros y judíos, ahora la siniestra alianza de la cruz y de la espada repetía su aventura para quedarse con lo que era de todos. La Muerte, su procedimiento; la Violencia, su estrategia; el Silencio, su deseo; el Terror, su principal aliado; como tantas otras veces en la historia de España.

Agustina González, una mujer inteligente y lúcida, sabía que los caballos criminales del fascismo no volverían a su establo, que la democracia republicana estaba siendo asesinada, y con ella tantos sueños de libertad como los suyos. Pese a todo no tenía miedo de lo que le pudiese ocurrir, aunque suponía lo peor para su propio destino. Fallecida su madre solo tenía miedo por lo que le pudiese ocurrir a «su Niño», a su Federico del alma, a su amor secreto y nunca correspondido.

Agustina estaba ocupada en recoger la ropa de su madre y prepararla en un hato para dárselo a sus vecinas y que ellas lo

repartiesen entre gente que pudiera necesitarla. En eso llevaba casi dos horas y cada prenda que sacaba del baúl o del armario era una viva presencia de su tiempo en la casa de la calle Mesones porque la imagen recordada de su madre vestida con esas ropas entre aquellas cuatro paredes era buena parte de su propia vida. Con cada prenda resucitaban ciertas palabras, algunas historias, y bastantes recuerdos de los que jalonaban su circunscrita existencia. Esa labor de recoger y doblar le suponía una terapia purificadora para el alma. Con cada prenda que se guardaba en el hato se iba una parte de su vida, de su pasado, de su realidad desencantada, de su desesperanza. La poda emocional de esos recuerdos, sin embargo, la iba llenando de sueños e ilusiones, de esperanzas en un futuro mejor, aunque ahora se presentase incierto. La muerte de su madre y el reencuentro con Federico, «su Niño», suponían para ella, respectivamente, la rotura del último amarre con Granada y la certeza de que sería imposible salir de esa ciudad hermética de la mano de su amor para construirse una vida nueva lo más lejos posible.

Esa noche, entre las ropas gastadas de su madre, fue despidiéndose poco a poco de sus ilusiones guardadas. Cada prenda que doblaba era un ladrillo más que quitaba del muro que la había protegido hasta entonces, y encerrado a la vez. Cada gesto lo quiso interpretar como parte de un extraño ritual de despedida en que ella se estaba desencarnando de su pasado fallido. Supo, por fin, que ya no le quedaban ilusiones, ni arraigo ni esperanza. El calor del beso en sus labios que sintió de Federico la última vez que le vio y el frio de la piel muerta de su madre cuando la besó en la frente tras amortajarla eran sus últimas sensaciones reales, sus últimos recuerdos vivos. Desde entonces todo en ella era un resonar silente y vacío, seco de emociones y preñado de recuerdos, que la iba desnudando y agotando por dentro en la misma forma que ella vaciaba el baúl de su madre.

Era medianoche cuando Agustina concluyó su labor, cuando empaquetó completamente todos sus recuerdos y vació por el sumidero del alma sus ilusiones imposibles. La luna se ofrecía en la ventana del dormitorio de su madre cuando hizo el último nudo al hato en que encerró su vida en la zapatería de la calle Mesones.

Agustina, en un especial estado de ataraxia, se sentó en la cama de su madre y encaró la luna de agosto esperando que su luz fría le atravesara el alma. Llevaba puesta una bata por toda vestimenta e iba descalza.

—¡¡¡Agustina González, abre la puerta!!! —oyó de repente, mientras unos golpes rudos hacían de llamada. Las culatas de los mosquetones contra los cuarterones de la puerta retumbaban a esas horas de vigilia en toda la casa.

—¡¡¡Abre a la policía!!! —gritó otra voz distinta.

La zapatera escuchó sin sentir. No se movió.

—¡¡¡Policía!!!

Los golpes en la entrada del piso no cesaban.

No había pasado un minuto cuando Agustina oyó el astillado de la madera cuando la puerta quedó descerrajada por los golpes de las culatas de los saltantes. Ella seguía impertérrita, como arrobada, mirando la luna. Ni siquiera reaccionó cuando sintió los pasos a la carrera de quienes asaltaban su casa.

Una patada contra la puerta del cuarto de su madre le advirtió que ya los tenía a las espaldas, como perros que persiguen a una liebre.

No hubo palabras, solo un culatazo en la espalda dio con ella en el suelo, y su cara quedó sobre las baldosas de barro de la habitación. El golpe no le dolió, apenas escuchó nada, solo el frío del suelo en su mejilla le recordaba que estaba allí y que aún seguía viva.

Agustina se acurrucó como un ovillo y una patada en el pecho la obligó a incorporarse levantada por los brazos de sus captores. El olor de los policías a sudor reseco y a vino barato envolvió su cuerpo provocándole náusea.

Apenas dos minutos después salía a empellones de su casa escaleras abajo. Uno de los policías le había golpeado tan duramente en la cara que su boca chorreaba sangre sobre el vestido de calle que hubo de ponerse ante todos ellos después que la despojaran de la bata y ella quedara expuesta ante los ojos lascivos de los asaltantes.

—¡Puta!

—¡Zorra!

—¡Roja!

—¡Bruja!

Es lo que escuchaba la pobre mujer entre empujones mientras la subían a un coche negro que esperaba delante de la zapatería. Era la una de la madrugada y ya no había luna en el cielo de Granada, que se había escondido tras las nubes.

75

5 de agosto de 1936 (por la mañana)
Calle Elvira, Granada.

José Palao se dedicaba a deambular a escondidas por Granada desde que pactó con los banderilleros organizar en la ciudad la reunión de Galadí con su mujer y su hijo. Vagaba asustado, fuera de noche o de día, con la única garantía de que llevaba escondido en el bolsillo el salvoconducto que le permitía mezclarse con los alzados.

Esa mañana se había levantado con el alma quebrada. Había dejado dormida a su mujer y a las niñas y se había echado a la calle recién amanecida y repleta todavía de sombras que zigzagueaban por los callejones, hurtándose a la mirada de los que salían para cumplir con su trabajo. El sol de Granada, al alba, sacaba de las calles a una retahíla de figuras siniestras que las recorrían bajo la luna cobrándose un tributo de sangre y de lágrimas. Al ponerse el sol esos cuerpos sin alma acudían a la llamada de sus jefes, preparaban sus armas, y en el silencio estúpido de los que no tienen voz se arrastraban en camionetas negras de puerta en puerta llevándose con ellos a los que habían cerrado los postigos para protegerse de la ordalía criminal que se alumbraba con la luna. La luz del día les devolvía a sus tumbas putrefactas, fueran casas, negocios o despachos, donde deglutir en silencio como alimento miserable de sus almas enfermas el daño practicado en sus correrías vesánicas.

Palao encaminó hacia el Albaicín, en busca de su gitana, pero a medio camino se detuvo y decidió retroceder. Tenía cuerpo y ganas de un revolcón, pero ni tenía un duro, porque los de Trescastro aún no le habían pagado, ni quería decir a «La Pocha» a qué se dedicaba

en realidad. No tenía ánimo para volver otra vez con la historia del negocio en puertas ni con cualquier otra con la que pudiera engatusarla para conseguir que le fiara en el mercado garduño de sus cariños. Hizo bien en darse la vuelta porque si hubiera llegado a la casa de Remedios Cortés hubiera sabido por los vecinos que la mujer dormía presa desde que los guardias se la llevaron arrastras del Ateneo Libertario hacía ya más de una semana.

Bajó las cuestas del Albaicín como un verdadero zombi, comido por los remordimientos y amedrentado en el fondo de su alma de que su vida fuera el precio que tuviera que pagar si el doble juego de anarquista y chivato no resultaba bien. José Palao, que ya tenía infectada el alma con el virus de los criminales de la noche que habían brotado en la ciudad del Darro desde que las cornetas militares marcaban los acontecimientos, se resistía en la medida que le permitían los restos doloridos de la conciencia a que ese virus maléfico se adueñara de todo su ser.

Entró en una de las tabernas que todavía le fiaban y pidió un café y dos copas de coñac.

—Pronto empiezas, Pepe —murmuró el tabernero mientras llenaba las copas.

Palao no dijo nada. Se tomó las copas del tirón y no esperó al café.

—Te pago luego, Álvaro, que he salido sin dinero.

A Palao no le importó el mal gesto con el que el camarero le reprochó el envite. Salió del bar y continuó caminando por Granada en las aceras con sombra, sin rumbo, sin saber dónde ir, temiendo incluso que le reconocieran.

Al cabo de un rato se encontró en la calle Elvira, en la esquina con Álvaro de Bazán, al lado de la casa de su hermano. Cuando se dio cuenta de dónde estaba y recordó a Juan se le hizo un nudo en el pecho y un calor reconfortante le acarició la frente, recordando cuando eran niños y pasaban horas jugando en Órgiva. Su hermano, pensó, era lo único a lo que podía agarrarse en ese momento de

angustia, su única familia, y decidió ir a su casa como quien busca una cueva donde esconderse de la tormenta. Juan Palao siempre le había protegido, pensó, y ahora no tenía que ser distinto. Cuando José Palao alcanzó el tercer piso y se encaró con la puerta del domicilio alquilado que ocupaba su hermano, tocó con los nudillos suavemente para no despertar ni a su cuñada Dolores ni a las criaturas.

Juan Palao tampoco había pegado ojo. En esa Granada infectada las noticias corrían como culebras por los callejones y a esas horas, mientras su hermano esperaba a que le abrieran, Juan ya sabía de la detención masiva de masones y estaba escribiendo una carta que dobló y escondió bajo el hule de la mesa.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó Juan cuando vio a su hermano tras la puerta. Eran las siete de la mañana.

—Tengo que hablar contigo, hermano. Estoy jodido.

—Pasa, José —ofreció Juan al ver su mal aspecto.

Durante poco más de media hora los hermanos despacharon junto a la ventana, cigarro tras cigarro, mientras Pepe sorbía una tras otra las copas de coñac que él mismo se había servido de la botella que había en el aparador del comedor.

—Tú sabrás… —le dijo Juan cuando José hizo una pausa y se le quedó mirando como esperando respuesta—, pero hay cosas que no se hacen ni por dinero.

En esa media hora Juan no dijo una palabra, ni siquiera le mencionó lo ocurrido en la sede de la logia masónica de la que pretendía ser miembro. Fue Pepe quien habló todo el tiempo. Mezclando el coñac con lágrimas le confesó a su hermano que ahora era un delator, aunque no usó esa palabra. La palabra que usó fue «asistente» de *los otros*. También le reveló el nombre de *los otros*, empezando por Trescastro.

—¡¡La puta mierda en la que me he metido!! —José Palao ya estaba bastante borracho y se le escapaban improperios.

Juan le miraba en silencio, con una cara blanca como la leche. No quería hablar, visto lo que salía por la boca de su hermano.

—Verás cómo me acaban fusilando, Juan —y de forma farragosa también hizo mención a los banderilleros, mezclando las mentiras con verdades y tratando de eludir su responsabilidad amparándose en que Valdés tenía algo personal contra ellos y que no era cuestión de que fueran anarquistas o toreros, sino de que algo le habían hecho y no pensaba descansar hasta que los viera muertos.

—Nada de eso te disculpa, José —sentenció su hermano, que a esas alturas del relato estaba a punto de vomitar.

—¡¡¡Joder, Juan!!!… ¡¡¡Ya lo sé!!!

Los dos hermanos se quedaron en silencio, rehuyéndose la mirada.

Así permanecieron un par de minutos. Fue Juan quien se levantó primero y se acercó a la ventana dando la espalda a su hermano.

—Vete de esta casa, José —dijo Juan sin volverse hacia su hermano—. Saca a tu familia de tu mierda, si puedes, y escóndelos donde no les pase nada. Ellos no se lo merecen.

—Pero…

—¡¡Vete, José!!

Cuando José se levantó para marcharse, el bueno de Juan no quiso darse la vuelta. No quería ver los ojos de su hermano, ni que él pudiese contemplar los suyos.

José Palao salió de casa de Juan en silencio, cabizbajo, sin abrazarle ni estrecharle siquiera la mano. Sabía que, de intentarlo, su hermano podría escupirle entre los ojos palabras que le harían más daño que las balas de los pistoleros de Trescastro.

Cuando Juan escuchó que la puerta de su casa se cerraba a sus espaldas regresó a su mesa, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Lloró desconsolado porque imaginó a su hermano tumbado en una cuneta con la nuca descerrajada de un disparo. Y solo dejó de llorar cuando pensó en sí mismo y en sus amigos masones detenidos, gente de nobles principios que mucho se temía que no

aguantarían las torturas y acabarían delatando uno por uno a los integrantes de la logia. E incluso a los aspirantes como él.

Levantó el hule y sacó de nuevo la carta que había dejado interrumpida cuando la presencia de su hermano confirmó de algún modo lo que llevaba escrito. Era una carta dirigida al Venerable Maestro de la logia en la que había solicitado la adscripción y que pensaba firmar con el nombre ritual que se había reservado para su próxima iniciación, «Hermano Licurgo», en recuerdo del legislador espartano.

En ella reiteraba su voluntad de afiliarse a la Orden, «*pese a los malos momentos que atraviesan los Valles de Granada*», y persistía en los principios de solidaridad y fraternidad que le habían llevado a ello. Al final de la carta se ofrecía «*para lo que haya menester cualquier hermano cuitado que pueda necesitar de mi pobre ayuda*» y firmaba después de la fecha simbólica: «*5 de Eliul (agosto) de 5696 (1936 de la Era Vulgar)*».

Pensaba entregar en mano esa carta a Andrés García, su «maestro aplomador», que aún no había sido detenido, porque la policía había ido a buscar a otro Andrés García, que era boticario y no tenía nada que ver con los masones, pero se llamaba igual que el interfecto. De nada le había servido al desgraciado farmacéutico explicar que él no era masón y que todo era una confusión, porque seguía detenido en comisaría con los demás «mandilones».

En eso apareció su esposa en camisón y Juan Palao volvió a doblar la carta y a esconderla bajo el hule.

—Me ha parecido que estabas hablando con alguien —dijo Dolores somnolienta mientras besaba la frente de su esposo.

—Hablo solo —mintió el encofrador.

Dolores preparó café y mientras el ex dirigente de la Casa del Pueblo dejó que su mirada naufragara más allá de la ventana, hasta una Granada inmerecida en la que se había impuesto la locura. Ahora estaba convencido de que más allá de un alzamiento contra el Gobierno legítimo, en su ciudad se libraban venganzas personales al

amparo de la noche, envueltas en delaciones infundadas y en odios que nada tenían que ver con las ideologías.

—Siéntate un momento, mujer —dijo Palao cuando vio acercarse a Dolores con las tazas de café—. Hay algo que quiero contarte…

—No me vengas con disgustos a estas horas, Juan —dijo ella asustada—, que no estoy para sermones.

—Siéntate —repitió.

La costurera tomó asiento junto a su esposo, se colocó las hombreras del camisón y se dispuso a escuchar.

—Hay momentos en la vida de un hombre en que la fidelidad a sus ideas le lleva a asumir un compromiso —comenzó diciendo Juan mientras tomaba a Dolores de la mano. El obrero quería transmitir por el pulso de sus venas sobre la piel de su mujer aquellas palabras sin sonido que le querían salir del alma.

Fue entonces, a medida que su marido avanzaba en el relato de su aproximación a la masonería, cuando Dolores confirmó que su intuición femenina no le había estado mintiendo al pensar que Juan llevaba tiempo ocultando algo que no se atrevía a revelar.

—Más vale que nadie sepa esto, Juan —dijo cuando Juan terminó la confidencia—. Sabes que no estoy de acuerdo con esos líos en que te metes…, pero estaré siempre a tu lado.

El aspirante a masón besó en los labios a su esposa, se levantó de la mesa y se fue al baño a lavarse la cara. El espejo le devolvió un semblante más aliviado. Aunque omitió en la conversación cualquier referencia a la visita de su hermano, al menos se sentía en paz con su mujer habiéndole revelado el secreto de su vocación masónica y la redada que hacía solo unas horas se había realizado en los domicilios de casi todos los que iban a ser sus compañeros de logia.

76

5 de agosto de 1936 (mediodía)
Calle Duquesa, sede de la Comisaría Principal. Granada.

—De los periódicos no nos queda nadie —aseguró el capitán Rojas mirando una lista que tenía en la mano.

—De los del mandil faltan unos cuantos —añadió tomando de la mesa otra lista y después de repasarla—, pero ya caerán…

—Esos no dan problemas… —abundó Romero Funes, que escuchaba atento el repaso que hacía su nuevo jefe.

—Los cargos públicos también están… —continuó Rojas comprobando la tercera relación que tenía sobre su escritorio.

Por los ojos arratonados del militar acababan de pasar los nombres de periodistas de izquierdas, masones y políticos del Frente Popular que vivían en Granada.

Rojas Feingenspan dejó las listas sobre el tablero de su mesa y encendió un cigarrillo rubio. Antes de hacerlo se enfundó la mano izquierda, con la que sujetaba el tabaco, en un guante gris de cabritilla. No le gustaba que el olor del rubio americano le impregnara los dedos… y, además, se veía elegante. También se creía que untándose de gomina los pocos pelos que le quedaban en la calva adquiría mejor aspecto.

—¿Cuántas «mantas» hemos llevado ya al «tinte»? —preguntó en clave el capitán.

—Esa cuenta la sigue el sargento —le contestó el inspector Romero Funes—. ¿Quieres que le pregunte?

—No. Ahora no hace falta, pero pide que sean un poco más escrupulosos con las listas, Romero —recomendó Rojas desprendiéndose de la ceniza con un gesto muy ampuloso, que él

consideraba elegante—. Que pongan si están detenidos o si ya han pasado por la tapia. Al menos para uso interno nuestro. Para no repetirnos… ¿Me entiendes?

—Descuida, capitán. Pediré que pongan más cuidado.

Desde que Nestares se marchó a Víznar los asuntos policiales en Granada habían quedado en manos del capitán Rojas y del inspector Romero Funes. Como muchos otros alzados, Rojas tenía un secreto desprecio por Nestares, considerado en los cuarteles demasiado leal a la República y demasiado vehemente. «Un ordinario, un tipo sin clase», pensaba Rojas de su antiguo jefe y más si hacía caso a los rumores que corrían en los cuartos de banderas sobre el segundo matrimonio del padre de Nestares. Y no es que hubieran tenido ningún enfrentamiento personal, de hecho el poco roce que habían tenido mientras compartieron destino siempre había sido educado, pero eso de sentirse él solo al frente de las purgas y el alivio de que Nestares estuviera lejos tenían bastante acrecentado a Rojas. Para colmo, que Valdés le hubiera nombrado jefe falangista era para el criminal de Casas Viejas el colmo de su *reentré* en el mundo de los uniformados, aunque hubiera sido por la puerta de atrás y gracias al *revolutum* del golpe de Estado.

La salida de Nestares de comisaría había supuesto un respiro para Valdés, porque mientas el militar falangista mandaba en la policía ocurría que los de «La Escuadra Negra» tenían que obrar por su cuenta, sin ninguna cobertura de Nestares. Por eso tuvo el gobernador que poner a un teniente coronel retirado para que vigilase a la tropa de Trescastro, y más desde que Ruiz Alonso procuró, cómo no, hacerse con el control de la cuadrilla de criminales que seguían a su ayudante. Saliendo Nestares de la calle Duquesa las cosas eran más sencillas para todos y los hombres de Rojas y Romero colaboraban abiertamente con los asesinos nocturnos sin ningún tapujo. Rojas Feingenspan estaba viviendo una edición corregida y aumentada de sus «¡¡Tiros a la barriga!!» de Casas Viejas… y era feliz con ello.

Ese día estaban los dos de especial buen humor, sentados en sendos butacones del despacho de Rojas, con los pies apoyados en una mesita que tenían en frente, y parecían tener prisa por acabar «la colección», como Romero Funes llamaba a los delatados.

—Los putos banderilleros esos… ¿nada, verdad? —preguntó refiriéndose a Galadí y a Cabezas.

—Nada todavía —le informó su ayudante.

—¿Pero no tenías a alguien detrás de ellos?

—Sí, claro…

—¿Quién? —quiso saber Rojas, que quería marcarse el mérito de la detención ante Valdés.

—Un minero, un tal Palao —informó Romero, que no quería soltar mucha información al respecto—. Un tipo que era de la FAI.

—Hay que hablar con el minero ese —instó el militar metido a policía.

—No te preocupes, ya lo hago yo. Parece que ya los tiene enganchados y que va a ser cuestión de días, pero…

—Pero… ¿qué? —le interrumpió.

—Pues que despacha directamente con Trescastro —respondió enigmático Romero.

Esa respuesta alertó a Rojas. Si Trescastro estaba en el asunto había que ir con cuidado. Eso quería decir que Valdés ya había mandado echar la red y no era cuestión de puentearle. Y más sabiendo cómo se las gastaba el nuevo gobernador civil.

—¿Y el fulano este, no será pariente del minero? —preguntó Rojas señalando uno de los pocos nombres que quedaban sin tachar de la lista relativa a cargos públicos y dirigentes sindicales.

Romero Funes agarró la cuartilla y se quedó mirando.

—Afirmativo, es su hermano —aclaró el policía. Romero se refería a Juan Palao. Junto a su nombre figuraba la siguiente indicación: «dirigente Casa del Pueblo».

Rojas hizo una mueca inequívoca dando a entender a su interlocutor que por qué andaba suelto ese individuo. La mueca

consistió en alzar la barbilla e inflar el pecho, al tiempo que movía los hombros a modo de interrogantes.

—Está Nestares de por medio —contestó el policía.

Rojas mirándolo miró, volteó la cuartilla apoyándola sobre la mesa, se puso en pie, guardó las manos en los bolsillos y comenzó a deambular por el despacho.

—Está Nestares de por medio —remedó burlonamente—. ¿Quién cojones es Nestares?

Romero Funes intentó ser más explícito:

—Ese hombre por lo visto ya no pinta nada en la Casa del Pueblo —dijo—. Parece que hace ya algunos meses que dejó la directiva. Está casi de baja. Y no sé lo que habrá entre él y el capitán, pero las indicaciones de Nestares antes de marcharse a Víznar fueron que le dejáramos en paz.

—Ahí pone «dirigente Casa del Pueblo» con la letra de Jiménez de Parga —remarcó Rojas señalando a la cuartilla de la mesa—. No pone que ya no lo sea.

—Capitán, te repito lo que dijo el capitán Nestares —se quiso justificar Romero.

—El capitán Nestares, que yo sepa, está a lo suyo con sus falangistas y haciendo bien su nuevo encargo. El asunto de las «mantas» nos compete a nosotros; y en todo caso, las instrucciones reglamentarias —pronunció la palabra con marcado retintín, para que quedara claro que los conductos de mando ya no tenían que ver con los de antes— tienen como jefe autorizado a Valdés, no a Nestares. ¿Estás de acuerdo?

—Estamos de acuerdo, capitán —concedió Romero, que no quería líos con su nuevo jefe, que ya se había puesto también la camisa azul debajo de la guerrera.

—Bueno, Romero. Pues si estamos de acuerdo lo hacemos a nuestro modo, como manda el reglamento —y se rio de su propia ocurrencia—. ¿Por qué no le traes para que le veamos la cara? Igual

está en venta, como su hermano, y nos ayuda a completar «la colección», como tú dices.

Era obvio que Rojas pretendía incomodar a Nestares, mostrarle su autoridad, hacerle sabedor de su soberbia, antes que hacer daño a Juan Palao.

—De este sé que no se vende —aclaró el policía, que estaba al corriente de todo lo que había pasado en las filas de la UGT gracias a sus confidentes.

—Pues más motivo para hacerle una visita, ¿no?

Al policía le incomodó la obstinación del militar en tocarle los huevos a Nestares por medio del encofrador. Si algo no sabía Rojas, y desde luego no iba a saberlo por boca del policía, es que por alguna extraña razón los hijos del capitán Nestares habían estado escondidos en casa de Palao. Y, de hecho, durante los días en los que los muchachos estuvieron allí, la casa estuvo vigilada por los hombres de Romero Funes las veinticuatro horas del día para que no ocurriese nada.

—Rojas, si me permites —intentó templar Romero—, yo no perdería el tiempo con ese hombre.

El militar echó una carcajada al aire, regresó a su butacón, se sentó y colocó amigablemente la palma de su mano izquierda sobre el antebrazo derecho de Romero Funes. Con voz bajita, le dijo:

—Es un capricho mío, Julio. Tráemelo. Si es esta tarde, mejor que mañana —añadió.

77

5 de agosto de 1936 (por la tarde)
Palacio de Cuzco, Víznar. Granada.

Habían pasado tres días desde que Nestares se presentó en Víznar al frente de una columna de falangistas y algunos guardias de Asalto para reforzar las tropas a su mando. Que le hubiesen destinado al frente, que era tanto como quitarle de en medio, se lo habían adornado con un caramelo. Miralles y Rosaleny le comunicaron que también se haría cargo de un sector falangista y que debía pasar por el convento de San Jerónimo, donde le participarían el nombramiento. Pero él sabía que Valdés era el responsable de aquel traslado que perjudicaba sus intereses. Desde que Orgaz llegó a Granada quedó claro que Nestares era un tipo incómodo para la nueva situación. Era militar y falangista, no se consideraba a sí mismo un derechista y, lo peor, no aceptaba que el golpe militar cediese el poder «a los de siempre». A Nestares no se le caía de la boca «la revolución falangista» y eso era demasiado para Valdés y su camarilla. Tampoco a los militares, gente poco propensa a revoluciones, les gustaba el ímpetu vehemente de su colega. El caso es que entre las instrucciones que Orgaz dio a Espinosa para ocupar el mando militar venía la recomendación de mandar a Nestares al frente y «quitarle de la política».

En el cuartel de Falange las cosas no fueron mucho mejor. Le recibió Antonio Robles, que se había entregado completamente a los intereses de los militares, y le explicó como mejor pudo que iba a Víznar «comisionado por el partido» como jefe de la Primera Bandera de Falange Española con sede en ese municipio, a un tiro de fusil de las líneas enemigas. Nestares volvió a su casa muy

enojado, recogió sus cosas y se fue con los otros jefes a tomar posesión de su nuevo destino en un coche que les cedieron en San Jerónimo.

La razón de fortalecer militarmente Víznar estaba en la debilidad de las líneas de los sublevados en ese sector por el que las tropas leales podían lanzar una incursión sobre Granada. El sector que le había encomendado consolidar a Nestares comprendía una primera línea formada por Güevéjar, Cogollos Vega, Nívar, Alfacar y Víznar, y en su retaguardia quedaban los pueblos de Pulianas, Pulianillas, Jun y Peligros. Los sublevados temían que su control de Huétor fuera solo temporal y que los republicanos recuperasen el municipio y atacasen Alfacar para alcanzar El Fargue, a las puertas de Granada.

Al llegar a Víznar, el coche de Nestares se cruzó con un camión que venía de «La Colonia», unas instalaciones para que los niños pobres tuvieran vacaciones y que desde el 1 de agosto se había convertido en una extensión de la cárcel provincial y antesala de los fusilados en el barranco de Víznar, y que dependía directamente de Valdés. Nestares ocupó, como sede propia y de la jefatura de la Bandera de Falange, el Palacio de Cuzco. En las pocas jornadas que llevaba en su nuevo destino, Nestares había organizado a la perfección las fuerzas a sus órdenes, unas trescientas personas, en tres grupos, todos bajo su doble jurisdicción política y militar. Tal fue la eficacia, que la Primera Bandera se conocía ya como la «Bandera de Nestares» entre los falangistas y las nuevas autoridades, que veían en ella un pequeño reino taifa.

La separación entre «La Colonia» y la Bandera de Nestares era absoluta; el jefe militar se quitó de en medio de ese asunto en cuanto vio lo que había montado Valdés a pocos metros de su cuartel general. La única noticia que tenía de lo que pasaba allí se la daba todas las tardes Romero Funes, que le llamaba a diario para ponerle al corriente de los que salían hacia allá para encontrarse con la muerte. Hasta que llegó Nestares era común encontrar cadáveres en la cuneta y próximos al camino entre Puerto Lobo y la Alfaguara,

que dejaban tirados de madrugada los miembros de las «Escuadras Negras». Pero Nestares llamó al Gobierno Civil y protestó hasta que los de Valdés ordenaron a los escuadristas que los asesinatos se hiciesen solamente en los Pozos de Víznar.

El palacio de Cuzco se había convertido en un lugar extravagante, como sucedía también con la cuestión de las confesiones. Los presos de «La Colonia» que iban a ser fusilados entraban «en capilla» la noche anterior para «arreglarles el alma», de lo que se encargaban los capellanes de la Bandera. Pero el párroco del pueblo aludía que aquel asunto era suyo por jurisdicción y tildaba a los otros clérigos de «competencia desleal». Las posiciones estaban tan enfrentadas que el párroco llevó sus protestas al arzobispo de Granada, quien bastante tenía con frenar a Valdés solicitándole indultos que en rara ocasión conseguía.

El último encontronazo entre el gobernador civil y el arzobispo se debía a un asunto espinoso: el de los masones granadinos.

El episodio había empezado a primera hora de la mañana del día 4, cuando el dueño del «*Hotel Reúma*» se presentó en comisaría para denunciar al ciudadano Álvarez de Salamanca por no pagarle la cuota del seguro de «incendio en alboroto» que correspondía al local que tenía arrendado en los bajos del hotel.

El policía que tomó la denuncia indagó sobre la naturaleza del local y la cosa se complicó, porque el hotelero explicó que se lo había arrendado a los masones y que «como están las cosas es mejor tenerlo asegurado, no me lo vayan a quemar». En cuanto Romero Funes tuvo noticia del asunto, le faltó tiempo para comunicárselo a Valdés, a quien los masones le sacaban de quicio, y ordenó al comisario que los detuviera de inmediato.

Entre los nombres que dio el hotelero, los que Romero Funes imaginaba por rumores y los que el policía añadió, se confeccionó una lista de treinta personas, casi toda la organización granadina. Horas después tenían detenidos a diecisiete, porque los más sonados, como Fernando de los Ríos, Otero, Palanco o Ruiz Carnero

estaban huidos, detenidos o muertos. De los arrestados ninguno militaba en partidos políticos y eran, a todas luces, gente irrelevante, inofensiva. Incapaces de matar una mosca, y menos aún de violar monjas, asesinar niños y decir misas negras, como se decía de ellos.

Cuando Romero Funes los tuvo ya a todos en la misma celda llamó a Valdés y le preguntó qué debía hacer con ellos. «Espera instrucciones, Julio», fue todo cuanto contestó el gobernador civil.

—Póngame con el arzobispo —ordenó a su secretario cuando tuvo la lista de detenidos.

Un minuto después Agustín Parrado atendía al gobernador civil.

—*¿Su Eminencia Reverendísima?* —preguntó Valdés.

—*Dígame, señor gobernador* —le contestó Parrado, sorprendido por la exactitud protocolaria del militar. Era la primera llamada que tenía de Valdés, con el que todavía no había coincido en ningún acto público, aunque tenía ya sobradas referencias de él.

El gobernador pasó a contarle que tenía detenidos a todos los masones de Granada. «Esos herejes, Excelencia», detallaba utilizando el tratamiento coloquial que corresponde a un arzobispo. Y después de darle la noticia, y algún que otro rodeo, le participó lo que pensaba hacer al respecto.

—*He decidido hacer un «auto de fe» con ellos, si a usted le parece bien, Eminencia* —propuso el gobernador.

—*¿Un auto de fe?* —repitió atónito Parrado, que no daba crédito a lo que oía.

—*Sí, Eminencia Reverendísima* —insistió Valdés—. *¿Qué mejor castigo para esa tropa de herejes y anticatólicos? Son ellos y sus diabólicas doctrinas los que nos han llevado a esto*.

—*¿Usted cree?*

—*¿Usted no, Eminencia?* —repreguntó Valdés, que empezaba a estar molesto al ver el poco entusiasmo del eclesiástico.

—*Hombre… gobernador* —dijo el arzobispo, cada vez más incómodo—. *Las cosas son un poco más complejas, ¿no cree usted?*

—*¿Pero están excomulgados o no?* —porfió Valdés.

—*Sí, ciertamente* —otorgó Parrado—. *Pero de excomulgarlos a quemarlos hay un paso… muy largo. Además… nosotros no hacemos ya «autos de fe», eso se dejó hace mucho… desde que no hay Inquisición*.

—*Una pésima decisión que tomaron los liberales* —razonó Valdés.

—*Tal vez…* —dijo Parrado, que no quería meterse más en ese jardín al que le estaban llevando.

El arzobispo no era precisamente un liberal, y prueba de ello es que llegaría a ser procurador en las Cortes franquistas, pero de ahí a legitimar una barbaridad como la que le proponía Valdés había más de un siglo de distancia. Y el arzobispo le dijo a las claras que no contara con la Iglesia para esa aventura con el argumento de que «como hay mucho turista extranjero en Granada estos días, y todos tienen esas modernas cámaras fotográficas, no es bueno para la imagen del alzamiento que cuando salgan de aquí propalen fotografías de ello, ¿no cree usted?».

El argumento, traído por los pelos, le valió a Valdés, aunque no se quedó muy convencido. Pese a todo el gobernador quiso insistir un poco más, y el clérigo no le pasó una, llevando la conversación a lugares comunes, lo que iba encendiendo a Valdés.

—*¡Qué pase usted un buen día, señor obispo!* —se despidió Valdés, harto de cortesías.

Velasco Simarro había escuchado toda la conversación de su jefe.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó rastrero.

—¡Que se queden en comisaría! —gritó Valdés—. Ya se me ocurrirá algo.

—Como usted mande, señor —dijo su ayudante mientras reculaba hacia la puerta.

—Ya no te puedes fiar ni de los curas… —oyó Velasco que decía su jefe entre dientes.

Aquella madrugada aparecieron cuatro cadáveres sin identificar en la puerta del cementerio y otros tres en el camino a Víznar.

78

5 de agosto de 1936 (última hora de la tarde)
Calle Elvira y calle Duquesa. Granada.

Dolores preparaba la cena en la cocina y las niñas jugaban en la habitación cuando llamaron a la puerta. En el salón estaba Manu, que repasaba problemas de aritmética con la ayuda de su padre a la vez que intercalaba conversaciones de chiquillos, como hacían siempre que se ponían a estudiar.

Manuel Palao era un chaval que prometía. El ojito derecho de Juan, su único varón. Un muchacho reflexivo y creativo, con una gentileza impropia de su edad a la hora de tratar con los adultos. Aunque sacaba unas notas excelentes, jamás en la escuela le habían llamado empollón, porque también era uno de los más gamberros y en su vida colegial aplicaba una máxima que le enseñó su abuelo: «Solo se puede ser travieso cuando has demostrado que eres un buen estudiante; así ningún maestro podrá recriminarte nada». El chaval, por afición, era muy diestro con todo tipo de aparatos mecánicos y todo apuntaba a que iría pronto de aprendiz a un taller de coches, sus juguetes más deseados.

—¿Alguien puede abrir la puerta? —gritó Dolores desde la cocina.

—Yo voy, papá —dijo Manu.

—Ya abro yo —respondió Juan al oír la insistencia y la forma violenta de golpear la puerta.

Palao se levantó de la mesa e hizo un gesto a su hijo cruzándose el índice sobre los labios.

—Calladito —le dijo, como si supiera la que se avecinaba.

Cuatro policías de paisano aparecieron de repente en el recibidor de su modesta casa cuando el bueno de Palao abrió a la llamada de

los golpes.

—¿Vive aquí Juan Palao Yllana? —Preguntó el más alto de ellos dejando entrever una pistola encajada en la cintura.

—Servidor —respondió Palao.

—Policía —anunció el que parecía el jefe enseñando su carné—. Tenemos orden de llevarle a comisaría.

Dolores, que estaba atenta desde que oyó los golpes en la puerta, salió de la cocina tan pronto como escuchó esa frase. Manu, obediente, seguía sentado en la mesa sin perder ojo de lo que ocurría. Juan Palao, anticipándose a los nervios de su esposa, les invitó a pasar no sin antes advertirles en voz baja que estaban sus hijos presentes. Uno de los policías se quedó de guardia en el descansillo y los otros tres entraron en la casa.

—Gracias, señor, pero tenemos prisa —rehusó el policía. Dolores no tardó ni un segundo más en meter baza.

—¿Se puede saber qué pasa? —dijo la mujer acercándose al vestíbulo. Se secaba las manos en el mandil y en la cara llevaba pintada la angustia.

—No es nada, señora. Puro trámite —quiso aclarar el jefe—. Tenemos orden de llevar a su esposo a declarar a comisaría.

—¿Y eso es nada? —gritó enojada—. ¿Sabe usted lo que hacen en las comisarías? ¿Qué pasa, que ahora se dedican a detener a los obreros en vez de a los mangantes?

—No lo complique, señora. Se lo pido por favor.

—Dolores, ocúpate de los niños. Voy con ellos y punto —dijo Palao echando mano del chaleco que tenía colgado en la percha del recibidor—. Esperadme para cenar.

—Tú no vas a ningún lado —protestó ella interponiéndose entre su marido y el policía.

—Señora, por favor, no lo complique —insistió el agente. Uno de los policías de escolta sacó su arma y el otro se acercó hacia Dolores.

Manu observaba desde la mesa sin perder detalle.

—¿Se llevan a padre a la cárcel? —preguntó el muchacho a su madre.

—Dígale al niño que se calle —susurró el policía al oído del albañil.

—Dolores, llévate al crío con sus hermanas y espérame con ellos —dijo Juan traspasando con dignidad el umbral de la puerta—. Acaba con la cena, mujer. Yo vengo ahora.

Dolores vio desde la puerta de su casa cómo esposaban a su marido en el descansillo, antes de que bajara la escalera. Juan volvió la cabeza y se cruzó con los ojos de su mujer, que asistía al silencioso ritual pálida como la cera. Un gesto de Juan le dijo que cerrara la puerta. Palao no quería que su hijo le viese esposado.

Tan pronto como entró en casa, Dolores se echó las manos a la cara y se abrazó a su hijo.

—Voy a salir, cariño. No abráis la puerta a nadie, aunque la tiren al suelo le dijo con la voz entrecortada por el miedo y la ira.

—¿Le va a pasar algo a padre? —preguntó *Manu*.

—No hijo mío —contestó Dolores—. Quédate aquí y cuida de tus hermanas, que ya eres mayor. Yo volveré enseguida con papá.

Veinte minutos después, con rostro desesperado y jadeando por la carrera, Dolores llamaba a la puerta de la casa del capitán Nestares, donde estaba su esposa con los niños. Le pidió hablar a solas, pues no era asunto que debieran escuchar los pequeños. Y entraron a una salita de té que daba acceso al salón, donde Dolores explicó lo ocurrido y recordó a Maricarmen García-Trevijano lo que ella y su marido les habían prometido cuando escondieron a sus hijos: que nada les pasaría mientras él siguiera vivo.

La mujer del militar, indignada por lo que había pasado, agarró el teléfono tan pronto como hubo comprendido la situación y llamó a comisaría pidiendo, tras identificarse como la esposa del capitán Nestares, que le pusieran al habla con el teniente Martínez Fajardo, un íntimo de su marido que pertenecía a la Guardia de Asalto y que era de toda su confianza.

La llamada quedó como engangrenada por los chasquidos constantes de la línea hasta que al cabo de un eterno minuto se oyó la voz del teniente.

—A la orden, señora.

—Teniente, necesito que venga inmediatamente a mi casa. Es urgente y no puedo hablar con mi marido, ya sabe usted que el teléfono con Víznar no funciona desde ayer.

—Lo que tarde en llegar, señora —contestó el Guardia de Asalto, sin dudar ni un instante de la urgencia del requerimiento.

Diez minutos después el teniente Martínez Fajardo entraba en el salón de los Nestares.

Puesto en antecedentes por las dos mujeres, el guardia de Asalto regresó al vehículo en que había llegado y emprendió camino a Víznar, consciente de que él no tenía autoridad para soltar a un detenido y que solo la intervención de Nestares podía obrar ese milagro.

El guardia llegó cuando era noche cerrada y las puertas del Palacio de Cuzco habían cerrado el paso de carruajes. Tras identificarse debidamente pidió que comunicaran al capitán Nestares su presencia en el lugar «por causa familiar grave». A los pocos minutos, el propio Nestares salió a su encuentro y rápidamente captó el guiño de ojo que le hizo su amigo de la Guardia de Asalto.

—Adelante, teniente, acompáñame —dijo para que los vigilantes no repararan en ningún tipo de complicidades—. Vamos a mi despacho.

Una vez a solas, Nestares ofreció a su amigo una copa de coñac y él se sirvió otra, y brindaron por nada ni por nadie.

—¿Qué ocurre, Fajardo?

—Me pide tu mujer que vayas tan pronto como puedas. Han detenido a Juan Palao. Su mujer estaba allí con ella, en tu casa. Parece que ha sido cosa de Rojas, que ha mandado a cuatro de paisano para capturarlo.

—¡Hijo de puta! —exclamó Nestares dando un puñetazo en la mesa. El golpe volcó la copa de coñac.

—Nosotros no sabíamos nada, mi capitán —se justificó el de Asalto, que era incondicional de Nestares—. La detención la ha hecho un grupo de la secreta, de los de Romero.

—¿Romero está en el ajo? —preguntó Nestares rojo de ira.

Que Rojas ordenara la detención de Palao no le sorprendía, pero que Romero, que sabía perfectamente que Juan Palao era «un caso aparte», estuviera en el asunto le indignaba doblemente.

—Era gente de su brigada —insistió el de Asalto. Martínez Fajardo, como muchos de los del uniforme negro, era republicano y tenía una cierta ética militar que no encajaba con el turbio ambiente que se respiraba en la calle Duquesa desde que había salido Nestares.

—¿Estás seguro de que está en comisaría —preguntó Nestares—, o se lo han llevado de «paseo»?

—No he podido comprobarlo, pero seguro que está en comisaría. Ya sabes que estos no «pasean» hasta el amanecer.

—¡Vámonos a Granada! —espetó el militar después de mirar la hora en su reloj y enfundarse la pistola en la cartuchera de su cintura.

Salieron del Palacio, tomaron el vehículo de Fajardo y enfilaron hacia la comisaría de la capital.

—Date prisa —le dijo al conductor en cuanto se sentó en el vehículo—, que esos cabrones lo «pasean» como tardemos mucho.

Debían ser las doce y media de la noche cuando aparcaron frente a la puerta de la comisaría. Desde el coche, Nestares ordenó a los guardias que despertaran al capitán Rojas, si es que estaba dormido, pues le quería ver de inmediato.

Rojas Feingenspan dormía, en efecto. Pero no estaba desmayado como Juan Palao, que después de haber sido molido a golpes yacía en el suelo de un calabozo infecto con otros dos pobres desgraciados, un carpintero y un aprendiz de fontanero que eran comunistas.

—i¿Qué has hecho con Palao?! —increpó Nestares a Rojas en cuanto lo tuvo delante.

—Está en la lista —se justificó Rojas—. Es un dirigente sindical.

—Dejé muy claro que no tocaran a ese hombre, Rojas —maldijo colérico el militar de Víznar, al que le sentaba como una puñalada que se hubiese violado la palabra que había dado a la familia del sindicalista—. Dije que su nombre saliera de las listas. Ordené que lo dejaran en paz. ¿Tú eres militar, no es cierto? —intimidó Nestares, con esa pregunta envenenada.

—Sabes que sí, Nestares —contestó el otro.

—Lo dudo, Rojas. Si lo fueras de corazón sabrías lo que es el honor y el servicio a la palabra dada. Y yo he dado mi palabra y tú estabas a mis órdenes…

—Ya no lo estoy, Nestares —se atrevió a decir Rojas, pero al ver cómo se le encendía la cara a su jefe corrigió inmediatamente—, pero si tú has dado tu palabra…

—¡Pues claro que la he dado! —bramó el militar falangista—. Tráeme inmediatamente a Juan Palao.

Rojas salió sin rechistar del despacho, con el rabo entre las piernas, y pidió al inspector Romero Funes, que ya se había enterado de la bronca y esperaba al otro lado de la puerta del despacho de la jefatura, que trajera al detenido.

—Lávalo un poco primero —le pidió en voz baja al policía—. Y adviértele de que sea formalito cuando entre a mi despacho.

Durante quince minutos, los que tardó Romero Funes en subir al preso, Nestares abroncó al capitán Rojas, que apenas se defendió. Insistió una y otra vez en que ni conocía a Juan Palao ni tenía nada contra él, pero que en algunos de los vaivenes de las listas debió de traspapelarse la cuartilla buena y en su lugar apareció esa copia antigua, en la que todavía figuraba el nombre del encofrador.

La brutalidad del interrogatorio saltó a la vista de Nestares tan pronto como Juan Palao franqueó la puerta del capitán Rojas acompañado por Romero Funes. A pesar de que lo habían peinado y

remojado, lucía una hinchazón muy severa en el pómulo izquierdo y la secuela en las mejillas de los muchos puñetazos que le habían propinado. Palao, además, parecía sujetarse el costillar izquierdo con la mano, como si las patadas recibidas le hubieran quebrado algún hueso.

—¿Es usted dirigente sindical? —preguntó Nestares.

—Ya he dicho que no mil veces, señor —contestó Palao con voz quebrada—. Después de las segundas elecciones dimití de la directiva de la Casa del Pueblo.

—¿Ves, Rojas? —le escupió Nestares en cuanto Palao respondió a la pregunta.

—Si es así… —concedió Rojas para que el asunto no pasara a mayores. Sabía de sobra que Nestares era capaz de descerrajarle un tiro en la frente si seguía poniendo objeciones. El criminal de Casas Viejas era un cobarde y no se atrevía ni por asomo a plantarse delante de Nestares, al que no le hubiera importado cargárselo de un disparo.

—Lleven a este hombre a su casa —ordenó el de Víznar clavando la mirada en el rostro deshonrado del capitán Rojas.

—En nombre propio y del Ejército al que represento le presento mis disculpas. Esto no se volverá a repetir —fue todo lo que le dijo Nestares antes de estrechar la mano del encofrador y salir del despacho de Rojas para regresar a Víznar.

Los mismos cuatro agentes que le habían detenido se ocuparon de devolver a Juan Palao a su domicilio cuando ya casi estaba amaneciendo ese milagroso 6 de agosto.

Cuando el capitán y el policía se quedaron a solas, Rojas la emprendió con Romero Funes, que ponía cara de no haber roto un plato.

—Algo sabías que no has querido decirme, cacho cabrón. Este hijo de puta casi me pega un tiro.

—Eso no es cierto. Sabía lo que te dije, que andaba Nestares de por medio —mintió Romero—. Pero ni podía imaginar que se

plantara aquí por un mierda de comunista como ese.

—Me has jodido, cabrón, me has jodido… —insistió Rojas apurando un coñac.

—Es que esto se hace de la otra manera, Rojas.

—¿Y cuál es la otra manera? —replicó el capitán haciéndose el idiota.

—Sin papeles, Rojas, sin papeles… —le recomendó el policía eludiendo los detalles.

Y desde el propio despacho del capitán, el inspector Romero Funes llamó a Trescastro, al que tenía localizado esa noche en el burdel de «La Bizcocha», y le dijo que si había alguien en «La Escuadra» que estuviera operativo para «limpiar una manta» en los próximos días. Trescastro dijo que sí, que «una y las que hicieran falta».

79

8 de agosto de 1936 (por la mañana)
Asquerosa, Granada.

—A tus órdenes, gobernador.

Quien saludaba así a José Valdés era Alejandro Roldán Benavides, el gran cacique de Asquerosa, el viejo enemigo de Federico García Rodríguez desde el asunto de la azucarera y de sus competencias en la política local y, sobre todo, en los negocios.

Mientras García Rodríguez había ido reduciendo su posición principal en Asquerosa, porque había liquidado ya mucho de su patrimonio en el pueblo, Roldán Benavides se había convertido en el amo por antonomasia. Aún así, era incapaz de contener la envidia y el resentimiento que sentía hacia el padre del poeta.

Valdés vestía esa mañana tórrida su uniforme de comandante y asomaba los picos azules del cuello de su camisa falangista por encima del de la sudada guerrera, calzaba botas altas y en el cinturón de su correaje pendía la cartuchera de una «Astra» de reglamento, de las de cañón largo.

Valdés no le contestó y por toda respuesta se quitó la gorra y echó mano a su pañuelo para secarse el sudor de la frente.

—¿Tienes algo fresco, Alejandro? —fue cuanto dijo antes de sentarse cerca de la ventana abierta del salón de la casa.

Tras él tomaron asiento Horacio Roldán Quesada, el hijo y sucesor del patriarca; su hermano Miguel, al que conocían por «el Marquesito»; Juan Luis Trescastro, el abogado amigo «para todo» de la familia; y Enrique García Puerta, el individuo que se había hecho cargo de la alcaldía de Pinos Puente el día 20 de julio por la tarde, cuando la sublevación.

A este último, todo el mundo le conocía por «el Marranero», ya incluso cuando trabajaba de guarda jurado en la azucarera, y asistía a las reuniones requerido por el cacique de Asquerosa, Alejandro Roldán, su verdadero jefe.

El día antes Valdés había mandado recado al «Marquesito» para que le esperara en su casa «con los suyos». El gobernador tenía por costumbre dedicar las mañanas a la inspección de las posiciones militares que sostenían a Granada frente al bloqueo de las tropas leales al Gobierno y, de paso, despachar con las nuevas autoridades civiles que se habían hecho cargo del poder local tras la sublevación y confirmarlas en sus cargos… o no. Esa mañana les tocaba a los de Asquerosa, que era una pedanía de Pinos Puente, por eso Roldán había llamado al «Marranero».

A un gesto del anfitrión, una muchacha que servía en la casa se marchó a la cocina para traer unos refrescos. Todos los convocados miraban expectantes al gobernador civil. Valdés los recorrió uno a uno con su atisbo de lechuza.

—Pídeme también bicarbonato, Alejandro —solicitó el gobernador después del silencioso paseo por los rostros de todos ellos.

—Voy yo mismo —ofreció Miguel, que estaba deseando quitarse de en medio.

—Bien… —fue cuanto dijo Valdés.

Nadie, ni siquiera el cacique, dijo una palabra hasta que no volvieron a la sala la criada, con una bandeja que tenía una jarra de limonada y cinco vasos, y el hijo del dueño que cargaba con el bicarbonato. Miguel Roldán, que actuaba de solícito camarero y acercó un vaso de agua al comandante para que trasegara el remedio, vestía pantalones militares de caballería, botas altas de uniforme y una camisa azul.

—A mí tráeme un coñac —pidió Trescastro rechazando la limonada.

La muchacha sirvió los vasos de refresco y se fue a por la bebida del abogado.

—¿Eres falangista, Miguel? —preguntó Valdés mientras se echaba los curativos polvos blancos en la palma de la mano.

—No, señor.

—¿Y militar? —insistió mirándole.

—Tampoco, señor.

Valdés se llevó la mano a la boca, trasegó los polvos y bebió un par de sorbos del vaso de agua para bajar su remedio.

—Entonces… ¿por qué te vistes así? —le espetó el comandante cuando deglutió su medicina.

En la habitación se cortaba el aire. El tal Miguel no sabía ni dónde mirar ni dónde esconderse ni qué contestar.

—Se va a apuntar a Falange… —justificó su padre, que quería sacarle del atolladero.

—Y las botas son porque ha estado montando esta mañana a caballo por las fincas, ¿verdad?

Nadie se atrevió a contestar.

—Mira, muchacho, no hagas gilipolleces —le dijo sin descomponer un músculo de la cara—, que la guerra es una cosa muy seria y no valen disfraces ni bromas. ¿Entiendes?

—Sí, señor —el pequeño de los Roldán estaba muerto de miedo. Había oído rumores esos días de que el siniestro Valdés había mandado «pasear» a más de uno por alguna pijotería sin importancia—. ¿Quiere usted que vaya a cambiarme?

—No, ahora no, que tengo prisa y quiero que os enteréis todos de lo que tengo que decir.

—Tú nos dices… —ofreció Alejandro Roldán, que era el único que se atrevía a tutearle.

—Quiero felicitaros por lo de Pinos Puente —dijo acercándose un vaso de limonada—. En especial a ti, Miguel.

Un suspiro de tranquilidad salió del pecho del estrafalario uniformado.

A lo que hacía mención el gobernador era a que el día 20 por la tarde, en cuanto supieron en Asquerosa lo que había pasado en la

capital, Horacio Roldán, su hermano Miguel, «el Marranero» y demás gentuza de su cuadrilla se habían liado a tiros con la Casa del Pueblo, la habían asaltado haciendo presos, heridos y muertos y, después, habían ocupado el Ayuntamiento y habían fusilado al alcalde.

—Se portaron bien los chicos, ¿verdad? —se ufanaba el viejo cacique.

—Sí, la verdad es que sí —concedió Valdés.

—Pues aún quedan muchos rojos emboscados por ahí… —«el Marranero» quería hacer méritos ante su jefe.

—¿Sí?… —el súbito interés del militar recordaba la respuesta instintiva de los predadores cuando olían sangre.

—Claro, don José —se explicó el nuevo alcalde, que calzaba una pistola sujeta con el cinto del pantalón—. Todavía no hemos cogido a los cabrones que mataron a mis cuñados.

Enrique García Puerta se refería a los hermanos Linares y a un asunto que había ocurrido en Asquerosa la mañana del día 20 de julio, horas antes de la sublevación granadina. Al parecer los dos hermanos Linares, Daniel y José, que eran muy pendencieros y estaban también en la conspiración, habían reñido con otros del pueblo por un asunto de riegos. Los Linares tiraron de navaja para resolver el litigio y no tuvieron la suerte que esperaban, porque los que quedaron en el suelo chorreando sangre fueron ellos.

—¿Y tú sabes quienes fueron? —preguntó Valdés cuando el otro terminó el relato.

—Sí, señor. Tres comunistas: los Perea.

Eso era rigurosamente mentira, y «el Marranero» lo sabía, pero los hermanos Perea, José, Andrés y Antonio eran conocidos en Asquerosa por su simpatía con el Frente Popular y eran la percha perfecta a la que colgar el sambenito.

—¿Sabéis donde están? —quiso saber Valdés.

—No señor, se han escapado del pueblo —informó Horacio Roldán, que también quería ponerse una medalla ante el comandante—,

pero sabemos cómo localizarlos.

—¿Cómo?

—Preguntando al hijo de puta del mayor, que le tenemos localizado —también el Marquesito quería su premio.

—¿Dónde?

—En casa de Federico García, en la Huerta —esta vez fue el viejo Roldán quien señalaba. La venganza contra su antiguo socio de Asquerosa le resbalaba por la boca—. Federico García lo tiene contratado como casero. El mayor de los Perea vive allí con la madre y las dos hermanas, que las tienen de criadas.

—¡Vaya… ya sale el Federiquito a relucir! —apuntó Trescastro, que no había dicho ni palabra en toda la visita.

—¿Qué dices, Juan Luis? —Valdés no sabía por dónde tiraba el apoderado del cacique.

—Digo que Federiquito García Lorca, el poeta maricón ese, está en Granada, en la casa de sus padres.

—¿Y a nosotros que más nos da?

—¿Que qué más nos da, José? ¿Que qué más nos da? ¡A mí sí me da! ¡Mira esto!

Y el exaltado picapleitos sacó del bolsillo de su chaqueta la hoja doblada de un periódico.

—Esto es lo que ha largado el maricón ese antes de venir a esconderse en casa de su papaíto.

Y Trescastro acercó el papel al militar. Era un recorte de la entrevista publicada en la edición de «El Sol» del 10 de junio de 1936. Se la había realizado Bagaría a Federico García Lorca. Trescastro la guardaba desde entonces y había encontrado la oportunidad de emplearla.

Valdés desdobló el recorte y se dispuso a leerlo. Todos callaron de nuevo.

Bagaría. —Poeta García Lorca, sutil y profundo, pues tu verso tenue y bello, verso con alas de acero bien templado, horada la entraña de la tierra: ¿crees

tú, poeta, en el arte por el arte, o, en caso contrario, el arte debe ponerse al servicio de un pueblo para llorar con él cuando llora y reír con él cuando ríe?

FGL. —A tu pregunta, grande y tierno Bagaría, tengo que decir que este concepto del arte por el arte es una cosa que sería cruel si no fuera, afortunadamente, cursi. Ningún hombre verdadero cree ya en esta zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe reír y llorar con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas. Particularmente yo tengo un ansia verdadera por comunicarme con los demás. Por eso llamé a las puertas del teatro y al teatro consagro toda mi sensibilidad.

(…)

Bagaría. —¿Tú crees que fue un momento acertado devolver las llaves de tu tierra granadina?

FGL. —Fue un momento malísimo, aunque digan lo contrario en las escuelas. Se perdieron una civilización admirable, una poesía, una astronomía, una arquitectura y una delicadeza únicas en el mundo, para dar paso a una ciudad pobre, acobardada: a una «tierra del chavico», donde se agita actualmente la peor burguesía de España.

Bagaría. —¿No crees, Federico, que la patria no es nada, que las fronteras están llamadas a desaparecer? ¿Por qué un español malo tiene que ser más hermano nuestro que un chino bueno?

FGL. —Yo soy un español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y odio al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política.

Cuando el militar terminó con la entrevista dobló el papel para dejarlo como se lo habían dado y se lo devolvió a Trescastro, que estaba esperando ansioso la reacción del militar.

—Psss… —fue todo cuanto salió de su boca.

—Pero ¿no te parece indignante? —un desconcertado Trescastro quería insistir en su descubrimiento—. Resulta que su padre tiene

empleados a los Perea, que siguen sueltos pese a coser a puñaladas a los cuñados de García, y encima se presenta el niño en Granada insultando a los que no piensan como él.

—Pues no, Juan Luis —dijo el militar quitándole importancia al asunto—. No estoy de acuerdo en casi nada, pero no es para indignarse. Los escritores son así. Hoy dicen esto y mañana lo contrario, son cosas de su oficio. ¿No crees?

—Pues no… pero si tú lo dices —a Trescastro le costaba dar su brazo a torcer.

—Lo digo yo, Juan Luis. Lo digo yo. ¿Te quedan dudas?

—Claro que no, José —reculó el arisco militante de la CEDA.

—Bien, señores —añadió Valdés—. A lo que vamos…

—Tú ordenas, camarada —«el Marquesito» estaba dispuesto a hacerle la pelota lo que hiciera falta.

—De camarada nada, Miguelito —le reconvino Valdés—. Comandante o señor gobernador, como quieras.

—Vale, vale… perdón —asumió el pequeño Roldán que no quería meterse en más charcos.

—Lo que os quiero decir es que las tropas del general Queipo de Llano, al mando de Varela, vienen hacia Loja y que, como sabéis, estamos incomunicados hasta que sus fuerzas rompan el cerco. Por ello mismo no podéis perder ni un palmo de terreno a manos de los comunistas. Pero vosotros no os encargáis de eso… así que vuestra tarea es otra.

Nadie quiso preguntar nada.

—He decidido que tú, Enrique —y señaló al «Marranero»— te hagas cargo del Ayuntamiento… hasta que yo disponga lo contrario, y que tú, Horacio, actúes como mi delegado aquí para garantizar el orden público. ¿Está claro?

—¡Está claro! —contestaron los dos al unísono.

—¿Y yo? —preguntó «el Marquesito», que vio que se quedaba sin pastel.

—¿No ibas a ingresar en Falange?

—Sí, claro… mañana mismo —dijo cuadrándose.

—Pues ponte a las órdenes del capitán Nestares. Incorpórate a su centuria en Víznar.

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—Eso está mejor, Miguelito.

—Es que es muy bien mandado —alardeó su padre.

—Más le vale, Alejandro, más le vale —dijo Valdés levantándose del sillón y marchándose hacia la puerta—. No están los tiempos para jueguecitos.

Todos siguieron a Valdés hasta su coche. Su escolta le esperaba con las armas amartilladas.

—Mi comandante… Una cosa más —le llamó «el Marranero» cuando iba a subirse al automóvil.

—Dime, Enrique.

—¿Qué hago con los Perea?

Valdés se quedó pensando un momento.

—Cázalos… Y hazlo cuanto antes.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —el zarrapastroso criminal no podía contener la alegría.

—Y con Federiquito,… ¿qué hacemos? —preguntó Trescastro aprovechando la ocasión.

—A ese dejadle en paz, es inofensivo… y no quiero líos.

—Pero…

Una mirada fulminante de Valdés calló a Trescastro, que no se atrevió a decir otra palabra.

Cuando el coche de Valdés y su camión de escolta se perdían por la curva de la carretera, Juan Luis Trescastro sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente, pero no tenía calor.

—¿A que es todo un carácter? —le preguntó el viejo Roldán pasándole una mano por el hombro—. Con hombres así España está segura. Estamos en buenas manos, Juan Luis.

80

9 de agosto de 1936 (por la mañana)
Huerta de San Vicente. Granada.

Alfredo Rodríguez Orgaz era el arquitecto municipal de Granada. Llevaba escondido desde el 20 de julio y había pasado los primeros días en su casa, pero ahora lo hacía en la de Salvador Vila, el rector de la Universidad, que se encontraba de viaje por Castilla con su esposa y la sublevación le pilló fuera. El arquitecto estaba muy significado políticamente en Granada pese a no estar afiliado a ningún partido, pero su clara posición republicana y de izquierdas le constituía en objetivo. Pese a todo, él no se consideraba objetivo de nadie, porque nada malo había hecho, y esa mañana, harto de tanto encierro, decidió presentarse en el Gobierno Civil para regularizar su situación.

Salió a la calle y paró un taxi.

—Lléveme a la calle Duquesa, por favor. Al Gobierno Civil —indicó en cuanto se sentó en el asiento trasero.

El taxista se lo miró sorprendido y paró el vehículo al borde de una acera.

—Usted es el arquitecto municipal, ¿verdad?

—Sí. ¿Me conoce?

Y el taxista le explicó que su hijo trabajaba para él como delineante en el Ayuntamiento y que le tenía por un buen jefe y una buena persona.

—¿Y se puede saber a qué va usted allí, señor? —le preguntó después de la explicación.

—Voy a presentarme a las nuevas autoridades, no quiero seguir escondido.

—¿Pero no sabe usted —le dijo el taxista— que están fusilando a los prisioneros?

—¿Qué prisioneros?

—Los que están en los calabozos —le aclaró el conductor—. Mucha gente entra en el Gobierno Civil y salen para ser fusilados, ¿no lo sabe?

El arquitecto se quedó pensando. Eso cambiaba las cosas. Si no quería vivir escondido, menos intención tenía de hacerlo preso… o salir muerto de allí. Decidió en ese momento abandonar la ciudad y pasarse a la zona republicana. Para eso iría en taxi al único sitio desde donde podría esconderse hasta dar el salto con posibilidades de que la escapada le saliera bien.

—Lléveme hacía la Vega, al callejón de Gracia —ordenó el arquitecto.

Orgaz había decidido esconderse en casa de don Federico García Rodríguez, el suegro de su amigo el alcalde de Granada. El arquitecto conocía a don Federico porque los había presentado Fernández-Montesinos y le había asesorado en algunos asuntos inmobiliarios, y de ahí venía también su relación de cierta amistad con el poeta, pese a no tener con él ninguna intimidad ni compartir gustos, porque al arquitecto le perdían las mujeres y era famoso en Granada por sus muchas conquistas. De hecho, la última era una austriaca guapísima, Gretel Adler, una universitaria que hacía estudios en España y a la que había conocido en Granada porque era amiga de Gerda Leimdörfer, una profesora de filología árabe que era la mujer de Salvador Vila.

En su viaje hacia la Huerta, el joven rememoró cómo había llegado a Granada. Había sido después de su estancia en Alemania estudiando en la Bauhaus y trabajando en el estudio berlinés de Walter Gropius. Su destino se había cruzado con el del alcalde de la ciudad en el despacho madrileño de su maestro, Zuazo. El regidor buscaba un especialista en Urbanismo y Zuazo le propuso a él; dos

semanas más tarde firmaba la plaza de arquitecto municipal de la ciudad.

—¿Cuánto le debo? —preguntó al taxista.

—Nada, don Alfredo —le respondió el taxista—. Si no nos ayudamos ahora nosotros, ¿quién nos va a ayudar?

—Muchas gracias, compañero —le dijo cuando ya se había apeado.

—¡Qué tenga usted mucha suerte! —le gritó el taxista por la ventanilla, y sacó el puño izquierdo cerrado hacia el cielo. Mientras el taxi desaparecía entre la polvareda, se acercó a la rotonda que había en la Huerta. Cuando llegó a la puerta de la casa, que estaba abierta, llamó con los nudillos esperando que alguien saliera a recibirle.

—¿Está don Federico? —preguntó a la mujer del casero.

—¿De parte de quien? —indagó ella desconfiada. No estaban los días para otra cosa.

—Dígale que ha venido a verle Alfredo Rodríguez Orgaz, el arquitecto amigo de su yerno, de Manuel Fernández-Montesinos.

—Espere usted, por favor —respondió ella sin franquearle el paso.

Al rato apareció el *chaladí*, que iba vestido con un traje blanco de hilo y llevaba también su inseparable puro en la boca.

—¡Hijo mío! —dijo extendiéndole los brazos—. Pasa, por favor. Estás en tu casa.

Don Federico sentía una simpatía especial por el joven Alfredo. En el fondo veía en él al tipo de hijo que siempre quiso tener.

—Gracias, don Federico —le correspondió el arquitecto devolviéndole el abrazo.

—¿Pero no estabas de vacaciones? —preguntó tomándole del brazo y conduciéndole al salón—. Me dijo Manolo que te habías ido a la playa.

—Sí, me fui el día 16 a Calahonda. Había pedido vacaciones en el Ayuntamiento del 15 de julio al 15 de agosto.

—¿Y qué haces aquí, por qué has vuelto?

—Volví el día 19, en cuanto supe del golpe. Llamé a Manolo para ponerme a su disposición y me presenté en su despacho.

—¿Has visto a mi yerno? —preguntó don Federico, que lo único que había sacado en claro de sus muchas gestiones era que Manuel Fernández-Montesinos estaba en la cárcel provincial, relativamente bien porque le habían llevado a la enfermería, que era menos agobiante que estar en las celdas comunes.

—Le vi ese día y también al día siguiente, el 20 precisamente —explicó el arquitecto—. Estaba con él en el Ayuntamiento mientras hablaba con el gobernador civil. Me dijo que no debíamos preocuparnos, que el Gobierno controlaba la situación y que la guarnición era leal.

En esto bajaron Concha y doña Vicenta.

Las dos mujeres abrazaron al arquitecto, pero Concha rompió a llorar al hacerlo.

—¿Qué tal estás, Concha? —le dijo a la mujer de su amigo sin dejar de abrazarla—. Sé lo de Manolo, pero ten esperanza. Tu marido es un hombre muy respetado por todos.

—¿Estabas con mi yerno cuando le detuvieron? —preguntó doña Vicenta.

—Por unos minutos no me detuvieron a mi también —comenzó a explicar el arquitecto—. Yo salí de su despacho camino de mi casa y me fui por la puerta de atrás del edificio, por donde los bomberos, porque acorto para la mía saliendo por allí. Yo vivo en la calle Escudo del Carmen.

—¿Y…? —preguntó Concha, más serena.

—Cuando salía por la puerta, los bomberos me alertaron diciendo que me diese prisa porque el alcalde había mandado cerrar el Parque de Bomberos. Luego supe que mientras yo salía por una puerta los fascistas asaltaban el Ayuntamiento por la principal, por la que da a la plaza del Carmen.

Concha rompió a llorar como una Dolorosa. Revivir la detención de su marido le rompía el alma. Angelina Cordobilla, que había

presenciado la conversación, la tomó del brazo y se la llevó a su habitación. Doña Vicenta se fue con ellas.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó don Federico cuando se quedaron a solas.

—He estado escondido en mi casa y luego me fui a la de Salvador Vila, porque me andaban buscando y allí no había nadie —relató Rodríguez Orgaz—. Ahora he decidido salir de aquí y pasarme cuanto antes a la zona leal.

—¿Quieres pasarte al otro lado? —se sorprendió don Federico.

La situación en la Huerta era de angustia permanente. Don Federico y su familia se sentían encerrados en la finca y esa sensación opresiva aumentaba día a día. Cada noticia que les llegaba les encerraba un poco más en ese mundo mágico de cipreses y jardines olorosos donde el poeta y su familia se escondían de una realidad terrible. Esa soledad cercana a la locura iba *in crescendo*. Doña Vicenta, que era muy devota de la Virgen de las Angustias, ni siquiera había salido aquella mañana a misa, a pesar de que era domingo.

—Yo también quisiera llevármelos a todos y sacarlos de aquí, pero está lo de Manuel, ¿comprendes?

—Perfectamente, don Federico —reconoció el arquitecto.

—No puedo dejar solo a mi yerno…

—No tiene que justificarse —le dijo Orgaz mirándole a los ojos—. Si yo he vuelto por un amigo, ¿cómo no se va a quedar usted por salvar al marido de su hija?

—Gracias, Alfredo —le contestó el *chaladí* pasándole el brazo por el hombro.

Unas lágrimas se escaparon de los ojos de don Federico. Los dos hombres se quedaron en silencio mirando hacia la Vega a través del ventanal del salón de la casa.

—¡¡¡Papá, papá, que vienen los soldados!!! —gritó Federico García Lorca, que bajaba la escalera a trompicones y todo lo deprisa que

podía. Estaba a punto de trastabillar y dar con sus huesos en el suelo.

Federico había visto desde el piso superior cómo un camión con soldados se acercaba por el camino de la Huerta. Era casi mediodía.

—¡Vienen a por mí! —dijo el arquitecto.

—Escóndete detrás de la casa, en un marjal de tabaco. Allí no te encontrarán —dispuso don Federico haciéndose cargo de la situación.

—¡¡¡Los soldados, vienen los solados con fusiles negros!!! —seguía gritando el poeta, que se asomaba a la puerta del zaguán por si los veía llegar.

—¡¡¡Cállate de una puta vez, Federico!!! —le conminó su padre.

—¡Vete por detrás! ¡Sal por la cocina! —le ordenó el patriarca al arquitecto—. Si te metes entre el tabaco y no te mueves no te verán.

Alfredo Rodríguez Orgaz salió por detrás como una exhalación.

Don Federico cogió a su hijo con fuerza y subió con él las escaleras.

—¡No grites, que vas a liar más las cosas! —le apremió mientras le arrastraba a la planta de arriba, hacia una terraza cubierta desde la que se alcanzaba a ver a cualquiera que se acercara a la casa.

Así pasaron cinco minutos angustiosos, hasta que vieron que el camión de milicianos pasaba de largo. Federico no dejó de temblar en todo ese tiempo, y más cuando vio los fusiles que erizaban el perfil de la máquina. El peligro había pasado.

—Anda, hijo —le dijo a Federico—, vámonos para abajo. Falsa alarma.

Cuando volvieron al salón estaban abajo Concha y doña Vicenta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la madre—. Hemos oído gritar a Federico.

—Nada, mujer. Ya ha pasado —contestó el padre—. Federico, que se pone muy nervioso, ¿verdad?

En esto Angelina entró en la sala. Se venía secando las manos en el mandil porque acababa de lavar la ropa de los hijos del alcalde detenido. Manolito venía con ella cogido de su falda.

—Angelina, vete al marjal —le indicó don Federico—, y dile al señorito Alfredo que entre en la casa, que ya no pasa nada.

Mientras la criada atendía la orden, don Federico se acercó al teléfono y marcó un número. Estuvo hablando un par de minutos.

Cuando Rodríguez Orgaz volvía a la casa, el suegro de su amigo acababa de colgar el teléfono.

—Te vas en una hora, Alfredo —le dijo—. Y tú, Vicenta, prepárale algo de comer para que se lo lleve.

La madre, que con esas palabras no necesitaba más explicación, se fue hacia la cocina. Angelina iba detrás con Manolito de la mano.

—¿Te vas, Alfredo? —le preguntó el poeta, que aún no había cruzado palabra con el arquitecto.

—Parece que sí, Federico. Me voy a la otra zona —le contestó tan contento—. ¿Te vienes tú también? ¿Nos vamos juntos?

—Yo no puedo… —dijo el poeta con tristeza—. Me cogerían enseguida. Estoy mejor aquí… con mis padres.

Don Federico había llamado al que había sido alcalde de Cúllar Vega, un pueblo de al lado, y que era persona de su confianza para que le ayudase a sacar a Orgaz de su casa y pasarlo al otro bando, hacia Málaga. Evidentemente no le había pedido eso, sino «un mulero de los tuyos que me lleve un hato de tabaco a casa de mi hermano, aquí al lado». Ese recado era explicación suficiente en la inteligencia que se traían los dos, que se temían escuchados. «No se preocupe, don Federico, que antes de comer le mando una mula», le ofreció el de Cúllar. Resultaba evidente el encubrimiento, porque los dos sabían de sobra que la planta de tabaco no se cosecha antes del otoño.

Los García Rodríguez y el arquitecto pasaron al comedor, donde don Federico había mandado preparar un tentempié para que Orgaz comiera algo antes de salir de su casa.

En ese poco rato todos fingieron estar a gusto y Federico, incluso, tocó una canción al piano mientras Angelina jaleaba la melodía con palmas flamencas. Querían olvidarse de la tragedia que les envolvía poco a poco, aunque nadie lo consiguió.

—¿Puedo hacer una llamada de teléfono, don Federico? —preguntó el arquitecto al cabo de un rato.

—Claro que sí, hijo, pero cuida lo que dices… ya sabes.

—Comprendo… —reconoció Orgaz, que sabía de las escuchas, y más después del golpe.

El arquitecto se fue hacia el teléfono y marcó el número de casa de Salvador Vila. Allí contestó Gretel, y Alfredo se despidió de ella diciendo que no se preocupase, que volvería pronto. Orgaz le ofreció salir con él, porque Gretel era una mujer fuerte que bien podía seguirle en la aventura, la austriaca le contestó que no, que le esperaría mejor en Granada, «porque yo soy ciudadana austriaca y nada tengo que temer aquí».

Antes de que hubiese pasado una hora se presentó en la casa un hombre que venía con una mula. El casero le llevó ante don Federico.

—¿Vienes de Cúllar? —preguntó.

—Sí, don Federico —respondió el campesino—. Me manda su amigo… quien usted ya sabe.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que tengo que llevar… un hato de tabaco donde me digan.

—Eso es… Ven un momento, por favor —dijo el dueño de la casa —. Y tú ven también, Alfredo.

Y el patriarca se llevó al campesino y al arquitecto al cuarto del piano, al otro lado del zaguán. Allí convinieron que los dos saldrían hacía Santa Fe para luego buscar Alhama de Granada, que seguía en manos del Gobierno, y que allí Alfredo se quedaría solo para dirigirse ya sin peligro hacia Málaga, en zona republicana. Después, don Federico se acercó a una gaveta y sacó dos sobres con mil pesetas cada uno, que entregó al campesino y al arquitecto.

—Tenemos que irnos ya —dijo el campesino—, pero usted tiene que cambiarse de ropa, que tiene pinta de señorito.

—Espera aquí —le dijo don Federico al de Cúllar.

El arquitecto y el padre del poeta se fueron a la vivienda del casero, donde Perea le prestó a Alfredo unas botas viejas, un pantalón de pana muy raído, una camisa de algodón sin cuello, un chaleco y una gorra, para que pareciese que se dedicaba a las labores del campo. Con ese atavío volvió a despedirse de Federico y de las mujeres. Doña Vicenta le tenía preparado un morral con una bota de vino, una hogaza, un chorizo y una bolsa de papel de estraza con un kilo de cerezas de la propia Huerta… y una navaja grande, por si acaso.

Alfredo Orgaz se abrazó con don Federico y con el poeta, besó a las mujeres, dio las gracias a Angelina, se caló la gorra y echó el zurrón al hombro.

—¡Nunca olvidaré esto! —les agradeció mientras salía al jardín detrás del campesino que le iba a guiar hacia la libertad—. ¡¡Viva la República!!

Cuando la familia se quedó en la sala, Manolito el hijo del alcalde detenido, estaba jugando con la radio y la encendió sin darse cuenta:

«¡Españoles! El Ejército, con su movimiento arrollador y victorioso, ha de acabar en breve con el anarquismo, el marxismo y todas esas doctrinas criminales asentadas en los engañados campesinos de Andalucía. Esos directivos ambiciosos que quisieron subir y medrar a costa de ese pobre pueblo y cuyo ideal estaba pagado por el dinero ruso…».

—¡¡¡Quita eso, niño!!! —ordenó don Federico en cuanto escuchó la voz del siniestro Queipo de Llano perorando desde Sevilla.

Federico García Lorca empezó a temblar. No podía controlar el movimiento de su pierna derecha.

A esa hora, precisamente, un coche de la Comisaría con policías y falangistas se presentaba en el «*carmen*» del rector Vila

preguntando por Alfredo Rodríguez Orgaz. Gretel Adler dijo no saber dónde se encontraba, cosa que era cierta, pero los policías estaban al tanto de la llamada de una hora antes y «apretaron» a la austriaca. De nada le sirvió a Gretel hacer valer su condición de extranjera porque acabó detenida y fue, desgraciadamente, la primera mujer asesinada en Granada. La mataron esa misma tarde, de un tiro en la nuca, y dejaron su cuerpo tirado en la calle.

81

9 de agosto de 1936 (mediodía)
Capitanía Militar. Sevilla.

—Mi general, prepárese para un traslado dentro de una hora.

—¿Me sacan de Sevilla? —preguntó Miguel Campins.

—No, mi general —le contestó el teniente—. Solo me han dicho que prepare su traslado a la Plaza de España.

—¿Y eso, a qué viene?

—No le sé decir, mi general. Solo le puedo señalar la orden que me han dado —le contestó el oficial—. ¿Necesita alguna ayuda para preparar sus cosas?

—No, teniente. Muchas gracias. Poco tengo que recoger…

—Si precisa algo no dude en llamarme, señor —ofreció solícito el joven oficial de Infantería que era responsable de su vigilancia—. Vendré en una hora para recogerle, mi general.

Eran las doce del mediodía. Campins acaba de volver a su habitación después de haber asistido a la misa dominical.

Miguel Campins Aura estaba en Sevilla desde el día 4 de agosto, cuando voló de Armilla a Tablada en un trimotor Junker JU-52 que había traído a Granada el día antes una de las compañías de la Legión acuarteladas en Ceuta. Como el avión debía ir a Sevilla para prestar otro servicio, el nuevo comandante militar, siguiendo instrucciones de Queipo de Llano, había decidido aprovechar el viaje para quitarse de encima a su prisionero.

La verdad es que la situación era especialmente embarazosa para González Espinosa. El hecho de que su detenido tuviese un rango superior al suyo, unido al prestigio profesional del arrestado, y más sabiendo como sabía por Pacón de la amistad personal de Campins

con Franco, convertían al destituido y arrestado comandante militar en un huésped incómodo para todos en Granada.

Tanto era así que González Espinosa remitió a Queipo el mismo día de su llegada un telegrama al respecto: «*Encarezco necesidad sea conducido para esa plaza General Campins, rogando me autorice hacerlo primera ocasión*», decía el texto del recado. La situación le resultaba al nuevo jefe muy cuesta arriba porque no pensaba desalojar a Campins de sus habitaciones, donde cumplía el arresto, cuando eran las que le correspondían a él por su nueva condición. Ese mismo día Campins se quedó, también, sin cocinera propia y pasó a alimentarse como cualquier otro oficial de la Capitanía.

La posibilidad del traslado se le presentó a Espinosa cuando apareció el Junker en Armilla; en dos horas tendría embarcado a Campins. A las diez en punto se presentó un capitán de la Guardia Civil en el pabellón del general con una orden firmada por Miralles y le indicó que disponía de veinte minutos para estar preparado para un traslado a Sevilla.

Nadie se despidió de él, ni siquiera Basilio León, y a las once en punto se subía al trimotor alemán camino de la siguiente estación de su *via crucis* particular.

Cuando llegó a Tablada, donde no le esperaba más que un piquete de Infantería, fue conducido de inmediato a la Capitanía General, donde ingresó en unas dependencias que compartiría con otros siete altos oficiales que también estaban arrestados por los golpistas. Entre ellos encontró a su buen amigo el teniente coronel Berzosa, al que se abrazó muy emocionado. Hoy, cinco días después, se encaminaba hacia la siguiente estación de su martirio.

A las doce y media salía escoltado en un Fiat de servicio hacia el edificio de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Iba acompañado por el teniente de guardia penitenciaria y dos guardias civiles armados. Su único equipaje era la maleta con la que salió de Granada y una copia que le hizo llegar su mujer de la nota que había

escrito a Franco el día 30 de julio relatándole la situación de su marido y pidiéndole su intervención.

> «Perdone esta carta y tenga solo en cuenta nuestra amistad y la de nuestras inocentes hijas. Mis cariñosos saludos para Carmen y V. de su afma. amiga. Dolores Roda de Campins».

A la una del mediodía Campins quedó instalado en una habitación individual y fue tratado en todo momento con corrección; al fin y al cabo, era un general del Ejército.

Lo que Campins no sabía era que en la misma situación que él había otros muchos en distintas partes de España. Estaban detenidos, y algunos ya habían sido ejecutados por los sublevados, el general de división don Agustín Gómez Morato, jefe del Ejercito de Marruecos antes de la sublevación; el general Domingo Batet Mestre, jefe en Burgos de la Sexta División Orgánica y que había sido encarcelado por Mola; el general Nicolás Molero Lobo, jefe de la Séptima, mandado fusilar por Saliquet; el general Villa-Abrille, a pocos metros de Campins, esperando su sentencia; el general Salcedo Molinuevo, arrestado en Galicia y ya fusilado; el general Núñez Prado, director general de Aeronáutica, fusilado en Zaragoza; el general Caridad Pita, jefe de la 15.ª brigada de Infantería, en La Coruña; el general López Viota, ejecutado también en Sevilla; el general Mena Zueco, jefe de la XI brigada, arrestado en Burgos; el coronel Carrasco Amilibia, en Logroño; el general Gómez Caminero, en Salamanca; el contraalmirante Antonio Azarola, exministro de Marina en el gabinete de Portela Valladares, fusilado El Ferrol; el general Romerales Quintero, en Melilla; el comisario superior Arturo Álvarez-Buylla Godino, en Tetuán; el coronel inspector de la Legión Luis Molina Galano, en Ceuta; el coronel José Franco Mussio, en Asturias; y tantos otros oficiales de menor rango que esperaban juicio o ya habían sido pasados por las armas.

Una vez a solas deshizo su equipaje, se quitó la guerrera y mientras esperaba que le llamaran al almuerzo, sacó sus notas y las

revisó otra vez de cara a preparar su defensa, aunque todavía no le habían comunicado ni cargos ni inicio de procedimiento alguno. Seguía en la más absoluta indefensión.

Pese a ese aislamiento había recuperado cierta esperanza, pues su prisión no le impedía tener noticia de «los nacionales», como ya se autodenominaban los sublevados. En Capitanía había oído que a su amigo Franco lo acababan de incorporar como miembro de pleno derecho en la Junta de Defensa Nacional de Burgos y Queipo de Llano había anunciado en la radio que «el convoy de la victoria» de Franco estaba en Sevilla, tras haber cruzado el Estrecho burlando el bloqueo de la Armada Republicana. Todo ello le procuraba a Franco una indudable ventaja sobre los otros jefes sublevados y a Campins la esperanza de que el que había sido su jefe inmediato en la Academia Militar de Zaragoza intercediese por él. Unos golpes en la puerta de su cuarto le sacaron de esos pensamientos.

—Mi general, puede ir al comedor cuando guste —le dijo su nuevo carcelero.

82

9 de agosto de 1936 (primera hora de la tarde)
Asquerosa y Huerta de San Vicente. Granada.

—¡¡Allí es!!… ¡¡Date prisa!!

—*Es qu'esto no da p'a más*, jefe.

El motor del viejo *Buick* petardeaba protestando sonoramente por los muchos años de trote cargando suministros agrícolas por los desastrados caminos de la Vega.

—¡Písale más, joder! —insistía Horacio Roldán.

—*Se va'escachifollar*, Horacio —se quejó el conductor, que sabía mejor que sus acompañantes lo poco que podía dar de sí la vieja máquina.

—¡Hay que joderse! —abundó Miguel Roldán, al ver que se le había caído encima la bota de vino de la que bebía, cuando el viejo trasto cogió un bache y todos dieron casi con la cabeza en el techo.

—¿Te has manchado la camisa? —le preguntó burlón su hermano —. Así ya no es nueva. ¡Enhorabuena!

—No me cabrees, Horacio —protestó Miguel chorreando vino por la pechera—. Menos mal que es azul y no se te nota la mancha.

Los dos hermanos iban en la cabina con el conductor, un tal Ureña, que era de Asquerosa. Detrás, en la caja del camión agrícola, iban José Benavides Peña, un tal Capilla, «el Marranero», y tres más que se habían apuntado al lío cuando el viejo Roldán dijo a sus hijos que fueran a hacer «lo que tenéis que hacer». Era la hora del almuerzo y sobre la vega de Granada caía el sol a plomo en uno de los días más calurosos del verano.

Esa misma mañana, a primera hora, el cacique de Asquerosa había mandado al «Marranero» al Gobierno Civil para recoger de

Trescastro una orden de Valdés, que le había preparado Jiménez de Parga, para que fueran a detener a Gabriel Perea, el casero de Federico García Rodríguez. Pretendían localizar a través suyo a los hermanos del casero, que estaban huidos del pueblo y a los que los Roldán responsabilizaban de las puñadas que acabaron con sus cuñados, los Linares.

Cuando Alejandro Roldán Benavides tuvo el papel en las manos se lo dio a sus hijos.

—Llevad a Perea a Valdés cuanto antes —les ordenó—. Después volvéis a casa.

—Vámonos ya —dijo Horacio Roldán Quesada, que se había erigido en jefe de la expedición.

—Llevaos gente, que no sabéis lo que os vais a encontrar allí —les recomendó su padre.

—Yo me voy con ellos, jefe —ofreció «el Marranero».

—Llévate algunos hombres contigo —ordenó el cacique a su empleado.

—Voy a buscarlos, don Alejandro.

Mientras el recién nombrado alcalde se fue a su leva particular entraba José Benavides Peña en casa del propietario.

—¿Qué haces por aquí, Pepe? —le preguntó el que tenía más campos por allí.

—Que me he enterado de que van a ir a por el cabrón de Perea y no me lo quiero perder.

—¿A ti que más te da ese desgraciado? —espetó Alejandro Roldán.

—A mí ese tío me importa un carajo, don Alejandro.

—¿Entonces?

—¿Van sus hijos a la Huerta de San Vicente? —le contestó preguntando.

—Sí, claro. Allí está Perea.

—Eso es lo que me interesa, hacerle una visita al maricón de Federiquito.

El viejo Roldán se quedó mirando muy fijamente a Pepe «el Romano». El tono de la respuesta anunciaba algo turbio en la mente de su pariente.

—No quiero que os paséis, ¿comprendes?

—Claro, don Alejandro —protestó «el Romano»—. Solo será una visita de cumplido, un par de hostias en los morros y ya está.

—Recuerda que no vais a eso, Pepe —le reconvino Roldán—. Quiero a Perea, eso es lo importante, ¿vale? Al niñato me lo dejáis en paz —añadió remedando las indicaciones recibidas de Valdés.

—Vale, jefe —rezongó «el Romano».

Benavides Peña salió de la casa con los hijos de Horacio Roldán; fuera les esperaban «el Marranero», con el tal Capilla, el llamado Ureña y tres destarifados más que, por tres duros cada uno, se habían apuntado al siniestro viaje. Ureña estaba sentado ya al volante de un camión que había requisado «el Marranero» el día 21 por la mañana para «sus cosas».

Los hermanos vestían de falangistas con pistolas en el cinto, «el Romano» la llevaba guardada en su pantalón, los tres de la comparsa se las gastaban con escopetas de caza y el Ureña y su amigo iban armados con navajas cabriteras de siete muelles y, para el viaje, sendas botas de vino peleón.

A las tres de la tarde el camión llegó a la glorieta de la Huerta. Sobre la casa caía el pesado silencio de la modorra que invade los campos cuando el sol está en lo más alto y ni los pájaros se atreven a romper la quietud de la terrible canícula africana. Las dos hermanas del casero, que estaban tendiendo unas sabanas al sol, salieron corriendo hacia la casa en cuanto vieron llegar a la tropa y bajarse del vehículo.

—¡¡¡Madre, que vienen soldados!!! —gritó una de ellas, dejando tirado en el suelo el cesto de ropa lavada.

Ureña y uno de los escopeteros se fueron a por ella, para que callase, mientras los demás, detrás de Horacio Roldán, se encaminaban hacia la puerta de la casa principal, que estaba

entreabierta para forzar una corriente de aire que aliviase un interior caldeado hasta la asfixia.

En el zaguán se dieron de bruces con don Federico que, al escuchar a la hermana del casero, salía hacia el jardín. Detrás venía doña Vicenta, que dormitaba en el salón después del almuerzo. Federico y Concha estaban arriba, en sus habitaciones.

Cuando el *chaladí* vio quienes eran los que entraban por la fuerza en su casa, se dio cuenta de que tenía enfrente el ajuste de cuentas de toda una vida de tensiones y enfrentamientos en las que él, casi siempre, había salido ganador.

Los hijos de su viejo enemigo, con la peor de las compañas, hollaban su casa para saldar diferencias tan antiguas que su raíz estaba escondida en lo más profundo de aquellos campos cercanos. Esta vez las envidias y los odios secretos y mudos que se habían escondido en la maledicencia y en el rencor se descarnaban de tapujos envolviéndose de azul y aderezándose con escopetas y navajas.

—¿Está el casero? —preguntó Horacio Roldán plantándose delante de don Federico. Pocos centímetros separaban la cara de los dos hombres. La oposición del traje blanco del padre del poeta contra la camisa azul y las botas negras de Roldán les convertía en viva imagen del contraste entre el día y la noche, entre la luz y la sombra, entre la paz y la guerra.

—Sí, está en la Huerta —dijo el dueño sin arrugarse—. ¿Quién le busca?

—Traemos una orden para llevárnoslo —dijo Miguel Roldán enseñando el papel que les había traído del Gobierno Civil.

En el zaguán habían entrado ya Ureña, «el Marranero» y un escopetero.

—¿De qué se le acusa? —preguntó García Rodríguez.

—De esconder a unos criminales, don Federico —le contestó Horacio que no se atrevía a tutear al anciano—. No es nada contra usted.

—Vamos *p'al* jardín, Horacio, que aquí no hay quien aguante la calor —dijo Miguel Roldán, que estaba sudando como un cerdo.

Angelina Cordobilla, desde la cocina, lo había oído todo, y aprovechó que don Federico sacó a los Roldán afuera para subir por la escalera a buscar a «sus niños». Sin que nadie la viese salió con ellos por la parte de atrás de la casa principal, a través del ventanal del comedor, y se los llevó por el sembrado a una casa de al lado, que estaba muy cerca, para que no les pasase nada.

Mientras, en el jardín, los sicarios de Asquerosa rodeaban a don Federico, al que comenzaron a empujar hacia los cipreses. Los escopeteros, guiados por «el Marranero», habían entrado en la casa del guarda donde estaban Gabriel Perea con su madre y sus dos hermanas. Pepe «el Romano» se había apostado bajo la sombra de un ciprés y contemplaba la escena con su pistola en la mano. Con los párpados masticaba la saña que escondía contra los García Rodríguez, de los que era pariente, y en especial contra el poeta.

Concha se fue hacia la terraza de la planta de arriba para ver cómo la niñera cruzaba el sembrado con sus hijos mientras Federico se asomaba al balcón de su cuarto, el último por la izquierda de los tres que había en la fachada principal.

—¡¡Aquí está el amigo de Fernando de los Ríos!! —gritó «el Marranero» cuando le vio asomarse. Sus escopeteros traían a empujones de culata a Gabriel Perea que se protegía de los golpes como podía.

—¡Soy amigo de ese señor y de mucha más gente! ¡Yo no pregunto por las ideas políticas a nadie! —le contestó Federico García Lorca, desplantándose, en un arranque de valentía impropia en él.

—Será cabrón el hijo puta ese —masculló entre dientes Pepe «el Romano»—. Se va a enterar…

Cuando el casero estuvo delante de la casa, de rodillas en el suelo mientras le seguían golpeando, don Federico intervino para que no le torturasen más, y lo único que consiguió fue que Horacio Roldán

le diese otro empujón que acabó con el patriarca en uno de los sillones de mimbre que estaba detrás de él. Ureña y Capilla, entre tanto, ataron a Perea en un castaño que había en el jardín sin dejar de abofetearle. Uno de los escopeteros apuntaba hacia la puerta de la casa, al grupo que formaban doña Vicenta y sus dos hijos, mientras los otros dos traían a empujones a la madre y a las hermanas del atado para hacerlas contemplar las sevicias a Gabriel.

—¿Dónde están tus hermanos? —le preguntó Horacio Roldán, cogiéndole del pelo.

—¡No lo sé! —respondió sinceramente el casero.

Una bofetada y un puñetazo en la boca del estómago fue la respuesta del señorito falangista a esa ignorancia.

—No has contestado a mi hermano. Ahora te lo voy a preguntar yo —dijo Miguel Roldán ocupando el lugar de Horacio—. ¿Dónde están esos asesinos?

—¡¡No lo sé!!

Esta vez fue un rodillazo en los testículos la respuesta que le dieron al casero. Sus hermanas y su madre no paraban de llorar, impotentes ante el sangriento espectáculo. Gabriel Perea chorreaba sangre por la boca, le habían partido dos dientes y tenía una brecha grande en la ceja derecha.

—¡¡Vale ya!! —gritó don Federico—. ¿No veis que no sabe nada?

—Cuidadito, don Federico, que la cosa no va con usted —le dijo amenazador Pepe «el Romano», acariciándole la barbilla con el cañón de su pistola—, no la vaya a joder usted ahora.

—¡A mi padre no le toques! —chilló Federico a su pariente.

El escopetero apuntó directamente al estómago del poeta. Una señal de «el Romano» le hizo bajar el arma. Federico, al verlo, se abalanzó hacia donde estaba sentado su padre, pero antes de llegar se le cruzó José Benavides, que le frenó con un culatazo de su pistola en la cara, lo que dio con el poeta en el suelo.

—¡¡Maricón de mierda!! —le escupió «el Romano».

Antes de que pudiera levantarse, «el Marranero» le propinó una patada en la espalda que le hizo revolcarse de dolor.

—¡¡¡Hijo mío!!! —exclamó doña Vicenta echándose hacía él. Un tiro al aire del escopetero frenó en seco la carrera de la madre cuando vio que el criminal dirigía ahora el arma de caza contra Concha… y le quedaba otro cartucho.

Al ver que uno de los criminales palmeros disparaba su arma, otro de ellos, que era muy bajito y cabezón, y tenía menos luces que un candil sin aceite, disparó los dos cartuchos de la suya apuntando al cielo. Él no iba a ser menos que su compañero, para eso había cobrado unos duros. Mientras, Ureña sacaba su navaja y la abría despacio a dos manos, haciendo sonar los muelles, delante de Perea, que miraba aterrado el brillo de la hoja.

—Te voy a arrancar los cojones, comunista de mierda, y te los voy a meter en la boca —le dijo.

—Y yo te voy a sacar los ojos, cacho cabrón, como no nos digas dónde están tus hermanos —añadió Capilla, que preparaba la suya.

—Y si no hablas podrás ver cómo fusilo a tu madre —concluyó Horacio Roldán amartillando su pistola.

Dos disparos al aire del «Marranero», que para eso se consideraba el jefe de los ayudantes, concluyeron la funesta explicación.

Tantos disparos a la hora de la siesta en un sitio que no era del frente llamaron la atención de una patrulla que circulaba a pie por el camino que lleva al Callejón de Gracia. Era un grupo de voluntarios que iban detrás de un sargento retirado de la Guardia Civil y que hacían una ronda de vigilancia por la Vega y volvían a Granada. Al escuchar los tiros el jefe mandó a los suyos que le siguieran, y todos ellos, que eran más que los de Asquerosa, entraron en el jardín de la Huerta cuando Capilla acercaba peligrosamente su cuchilla a la entrepierna del casero, que seguía sin explicarse.

Ver a cinco mujeres encañonadas, a un viejo tirado en una silla amenazado por dos falangistas con sus pistolas desenfundadas, encontrarse con otro hombre tirado en el piso y a un campesino

chorreando sangre atado a un árbol y con más golpes encima que los que se le dan a una badana no era, precisamente, un espectáculo que pudiese dejarse pasar sin preguntar qué sucedía allí.

El sargento, que era un buen hombre, evitó milagrosamente la emasculación de Perea disparando al aire su arma reglamentaria sin mediar palabra. Toda la escena se quedó parada en el bochornoso calor de la tarde, como si el tiempo hubiese dejado de correr en la Vega.

—¡¡¡Quietos todos!!! —gritó el guardia civil después de los tiros.

La patrulla se desplegó por el jardín a la señal de su jefe rodeando a los del camión.

Los Roldán, «el Romano» y sus secuaces no sabían qué hacer al verse encañonados por los Mauser de los nuevos.

Con la escena parada el primero en reaccionar fue Horacio Roldán.

—Camarada —le dijo al guardia civil acercándose con el papel en la mano— tengo orden del señor gobernador de llevarme a un hombre de esta casa.

—¿A quién? —preguntó el civil, que no se fiaba un pelo, sin enfundar el arma.

—A ese —dijo señalando al casero.

—¿A ese? —repreguntó sardónico el suboficial—. A ese lo vas a matar… Dame ese papel.

El sargento leyó el oficio de arresto y se quedó pensando. Al rato devolvió la orden al neófito falangista y enfundó su pistola. Los suyos, al verlo, bajaron los fusiles. Doña Vicenta se fue corriendo hacia su hijo, que seguía en el suelo, para ayudarle a levantarse.

—A este hombre me lo llevo yo al Gobierno Civil. Aquí dice que hay que llevarle para interrogatorio, no que lo matéis a hostias —sentenció el jefe de la patrulla—. Nosotros vamos para allá… y se vendrá con nosotros.

—Pero, camarada… —quiso protestar el jefecillo.

—Ni camarada, ni leches —le interrumpió el guardia—. Aquí soy yo la única autoridad —y se señaló las tres cintas doradas de su bocamanga— y se hará lo que yo diga. ¿Te parece bien?

Los suyos volvieron a levantar los Mauser, para hacer más explícito el argumento del sargento.

—Desde luego… mi sargento —concedió Horacio Roldán.

—Eso está mejor —aplaudió el guardia civil.

El tiempo volvió a correr en la Huerta.

Dos de los patrulleros desataron a Perea y sus hermanas se acercaron a él para limpiarle la cara.

—¿Puedo despedirme de mi madre, mi sargento? —preguntó el casero en cuanto se vio libre.

—Desde luego… pero solo un minuto —concedió el de la Benemérita.

—Bueno señores, lo dicho —dijo mirando a los de Asquerosa—. Ustedes pueden irse ya, el detenido queda a mi cargo. Si me necesitan me tienen localizable en el Gobierno Civil, donde les pueden dar razón de mi persona. Soy el sargento Romerales.

Los del camión recularon hacia su trato.

—Volveremos a por ti, maricón —le dijo «el Romano» al poeta al pasar a su lado—. Esto no se queda así.

Un minuto después el camión renqueaba hacia Asquerosa. Los Roldán volvían con las manos vacías y «el Romano» se mascaba la furia más cabreado que un mandril.

—¡¡¡Te mataré, maricón!!! —vociferó desde la plataforma cuando calibró que el civil no podía oírle.

83

9 de agosto de 1936 (por la tarde)
Plaza Nueva y Abazón (Granada).

—¡Dolores!

Al oír su nombre Dolores Marqués se dio la vuelta asustada. Después de lo de su marido todo se le hacía miedo y que la llamaran en plena calle era lo último que podía desear.

—¡Engracia! —respondió cuando se encontró a su cuñada, que iba cargada con unas bolsas de comida.

Pese a que la relación entre Engracia y Dolores no había sido nunca buena, el fortuito encuentro de esa tarde en Plaza Nueva indicó a la costurera que las dos mujeres tenían pendiente una conversación sobre sus respectivos esposos. La mujer de Juan Palao decidió aprovechar la oportunidad.

Las dos se acercaron y Engracia dejó el capacho en el suelo para abrazarse con su cuñada.

—¿Cómo estás, Dolores? —preguntó Engracia sin soltarse del cuello de la costurera.

—Bien, Engracia —mintió la mujer de Juan—. ¿Y tus hijas?

—Se hace lo que se puede —contestó la asturiana—. Las tengo solas en casa y vengo de recoger unas sobras del bar para prepararles algo de cenar.

—¿Y Pepe? —preguntó Dolores.

Desde la detención de Juan Palao y la milagrosa intervención del capitán Nestares, ni Engracia estaba al corriente de lo sucedido en casa de su cuñada ni Dolores tenía la menor idea de qué había sido de José Palao.

—Por ahí… —eludió la mujer de José.

Al verse una frente a otra, se fijaron en las muestras de fatiga que llevaban en el rostro, arañazos de dolor y agotamiento. Y no solo por los secretos sufrimientos de cada una, sino por las intensas jornadas de trabajo que ambas peleaban cada mañana, una de cocinera y limpiadora y la otra de costurera infatigable. Por primera vez se miraron con cariño, con esa intuición para descubrir el sufrimiento que tienen las mujeres.

Engracia fue la que abrió fuego después de soltarse del abrazo.

—¿Sabes algo de mi Pepe? —preguntó con una voz que clamaba angustia—. Le vieron pasar la otra mañana por tu casa y no he vuelto a saber de él, ni nadie me da razón más que en los bares de Granada.

—¡Hija!, ¿qué quieres que sepa de él? —contestó Dolores, que soportaba malamente a su cuñado—. No sabía que estuvo en mi casa ni que andaba de bares todo el día, aunque eso me lo puedo imaginar.

—Estoy asustada, Dolores —insistió Engracia—. A veces desaparece, son sus cosas, pero siempre manda algún recado.

—El otro día pasó algo raro —recapacitó Dolores—, porque muy de madrugada escuché a Juan hablando solo… Pero estaba medio atontada con mi jaqueca y no le presté atención. Igual hablaba con José… Pero es raro, porque no me dijo nada.

—¡Dios mío, ya no sé ni qué decirles a las niñas!, y estoy muy asustada con todo lo que está pasando.

Dolores dijo que ella de política no quería hablar, que siempre traía mal agüero, pero no pudo por menos que explicarle a su cuñada lo ocurrido a Juan Palao.

—¿Sabes que han detenido a Juan? —le espetó mirándola a los ojos y a punto de que se le saltaran las lágrimas.

—¡¡Dios mío!! —se compungió Engracia llevándose las manos al pecho—. ¿Qué le ha pasado?

—No puedes imaginarte la paliza que le dieron —decía la esposa del encofrador—. Eran cuatro, venían armados y con una orden de

detención.

Dolores no le quiso mencionar a su cuñada los motivos que esgrimieron los policías para llevárselo.

Sin entrar en detalles le dijo también que logró sacarlo vivo de comisaría gracias a la intervención directa de un militar que les debía algunos favores, pero que si no hubiera sido por él, ahora estaría en alguna cuneta.

—¡Gracias a Dios! —dijo Engracia persignándose—. ¿Y cómo está?

—Tiene dos costillas rotas. Le tengo en la cama. Lo que me extraña es que su hermano no haya pasado por ahí, con la costumbre que tiene de ir a fumar a mi casa y estar un rato con los niños.

—¡Ay mi Pepe! —lamentó Engracia—. Me da en la nariz que anda metido en algún lío de estos de la política.

—Pero al menos sabes que está en Granada, mujer. De aquí no se ha podido ir. ¿No le has dejado recado en alguno de los bares en los que le han visto estos días?

—He dejado recado en todas partes, Dolores, pero ni viene por casa ni hay forma de tener noticias de él. ¡Dios quiera que esté bien, después de esto que me has contado de Juan! Imagínate con su historial político, el día menos pensado le ponen contra el paredón.

—¿No has preguntado en Comisaría?

—Ni me atrevo a pisar ahí, Dolores.

Pero Dolores sí se atrevió. Tan pronto como terminó el encuentro con su cuñada acudió a jefatura a buscar al amigo del capitán Nestares. El teniente Martínez Fajardo no estaba esa tarde de servicio, pero sí Romero Funes, que escuchó varias veces a la mujer de Juan Palao preguntar por su cuñado a los funcionarios que encontraba por los pasillos. Funes se acercó a ella, sabiendo quién era, y le dijo que él también «tenía interés en encontrarle», aunque por otros motivos, aclaró.

La conversación entre ambos fue muy breve, entre otras cosas porque Romero Funes sabía perfectamente que esa señora tan

curiosa era la mujer del protegido de Nestares y no quería que Rojas le montara otro chorreo.

—¿Puedo ayudarla? Yo también tengo algo para él —dijo el policía.

—Sí, claro, no tenemos razón de él, y mi cuñada está desesperada.

—Bueno, yo creo que voy a verle esta noche, tengo un asunto con él. Le diré que pase por su casa.

Dolores se quedó aún más preocupada con eso del «asunto», pero en un golpe de lucidez decidió marcharse a casa para dejar la compra y las ropas de costura, preparar algo de cena y plantarse discretamente en la puerta de la comisaría para seguir al policía hasta el lugar de la cita con su cuñado.

Pasaron casi dos horas hasta que Romero Funes salió del establecimiento camino de un garito en el que se había citado no solo con José Palao, sino también con el siniestro Trescastro. Desde fuera de la cristalera vio a los tres hombres inmersos en una soliviantada discusión.

No podía oír, pero sí ver. Y vio cómo Trescastro sacaba un revólver que le puso a José Palao entre las piernas. También vio a Romero Funes pedir calma al abogado para, a continuación, colocar el índice sobre la sien del confidente. Vio a su cuñado destrozado, con un aspecto horroroso y todo parecía indicar estaba pidiendo algo a los dos individuos.

Después vio cómo Trescastro sacaba unos billetes del bolsillo interior de la chaqueta, los colocaba encima de la mesa y miraba con saña a Palao, como diciéndole que ese dinero era el último que le daría. Palao juntó las palmas de las manos sobre la boca, como diciendo que lo juraba y a continuación tomó el dinero, que eran quinientas pesetas, y se marchó.

Dolores salió en busca de su cuñado tratando de que nadie la viera y en el garito quedó una conversación que nadie pudo escuchar.

—A este hijo puta hay que pegarle dos tiros —sentenció el abogado Trescastro.

—No hacen falta dos tiros, Juan Luis. Basta con darle un susto.

—Ya estamos con tus maquinaciones policiales… —restregó Trescastro.

—No son maquinaciones. Es suerte, pura suerte. ¿A que no sabes de lo que me he enterado hoy? —preguntó intrigante Romero Funes.

—Pues no —dijo Trescastro—. ¿Cómo lo voy a saber?

—Su mujer anda desesperada buscándole por Granada. Hace días que no sabe de él. Ni aparece por casa.

—Creo que te voy entendiendo… —concedió el abogado.

—¿No crees que sería efectivo hacerle a ella una visita para que este cabrón se entere de una vez con quién se está jugando los cuartos?

—Los putos anarquistas son todos una panda de mentirosos y traidores… —bramó el abogado—. Está bien la idea, me gusta…

—Y tranquilo, que yo me ocupo de que la noticia le llegue al minero este. Basta con mandarle un mensajito a la mujer de su hermano.

Romero dijo eso con una media sonrisa malévola. Trescastro, al verle, reventó en una carcajada antes de acabar con la copa de coñac, que era la tercera desde que se había sentado con el policía.

Esa misma noche seis hombres de «La Escuadra Negra» se presentaron en el domicilio de la compañera de José Palao a bordo de dos vehículos y armados con pistolas y garrotes de la Policía. Ni siquiera preguntaron por el minero metido a anarquista. Un culatazo en la cara fue la única pregunta cuando Engracia abrió la puerta. Cinco hombres entraron en tropel mientras otro esperaba abajo con el motor encendido y las luces apagadas.

Los criminales la arrastraron hasta el dormitorio mientras uno de ellos se iba a la habitación de las niñas y las sacaba de la cama.

—¿Cómo os llamáis, niñas? —dijo el faccioso empujándolas hacia la calle.

—Yo me llamo Engracia, como mi mamá —dijo entre pucheros la que se llamaba Acracia y que iba temblando de miedo. La niña sabía perfectamente que no podía decir su verdadero nombre.

—Yo me llamo Magdalena, como mi abuela —dijo Libertad, llorando a lágrima viva, al oír los gritos de su madre en la otra habitación.

—Pues vais a venir conmigo, niñas —añadió el facineroso. Cuando las niñas salieron del piso los otros cuatro criminales cerraron detrás de ellos la puerta del dormitorio en que habían metido a Engracia, que veía ya lo que se le venía encima.

—¿Y esas chiquillas? —preguntó el conductor cuando vio llegar a su compañero con una niña de cada mano—. ¿Ahora nos dedicamos a las criaturas?

—No seas bestia, Cosme —dijo el secuestrador—. Cuida de estas crías que hay algunos de los nuestros que las pueden querer para su casa. Yo me encargaré de ellas luego, que sé a quién se las tengo que dar.

—Mejor estarán en una casa decente que con estos rojos de mierda, que son unos degenerados.

—Cuídamelas, que ahora bajo —dijo el criminal—, que no me quiero perder lo que hay arriba.

Un gesto obsceno del conductor sirvió como despedida entre los dos hombres.

Unos minutos después se escucharon los gritos de Engracia por una de las ventanas del cuarto que daba a la calle. Las pocas luces encendidas de otros pisos se apagaron fulminantemente en cuanto comenzó el suplicio. Nadie quería ver ni oír, ni ser visto.

Cuando al cabo de media hora bajaron los criminales uno de ellos llevaba en las manos las bragas ensangrentadas de la cocinera. Arriba, sangrando por la entrepierna y la boca, Engracia quedó tumbada en la cama con la cabeza abierta a golpes. Tenía los ojos abiertos y la boca cerrada con un trapo metido hasta la garganta.

Su cuñada Dolores tardaría todavía algunos días en enterarse del macabro crimen. De hecho, nunca se lo pudo contar a su cuñado.

84

10 de agosto de 1936 (por la mañana)
Calle Angulo, Granada.

—¿Te gusta esta mermelada, Federico?

—Está riquísima —aplaudió el poeta extendiendo una buena cantidad sobre otra tostada que había untado antes en mantequilla.

—Es de naranja amarga —explicó Esperancita Rosales—, la hacen en «*Fortnum & Mason*».

—¿Y cómo la has conseguido?

—La he comprado en «Los Espejos», la tienda de la Gran Vía. Trajeron unos botes la semana pasada.

Federico García Lorca se había levantado después de las diez de la mañana y cuando bajó al patio central de la casa la hermana pequeña de los Rosales ya le tenía preparado el desayuno.

—Me tratáis como a un rey —bromeó el poeta, que desde que había entrado la noche anterior en casa de sus amigos le había cambiado el carácter y había vuelto a ser el tipo entretenido e irresponsable, «un niño con la cabeza gorda» como decía Esperancita Rosales.

—Es que eres el rey de los poetas —correspondió la muchacha—. Por eso te he puesto la misma mermelada que toma la familia real inglesa. Me han dicho que es la preferida de Wallis Simpson.

—Pero la Simpson no es de la casa real —protestó Federico.

—Todavía —sentenció Esperancita, que estaba muy al corriente de lo que pasaba en el palacio de Buckingham—. Verás como se casa con Eduardo VIII. Le tiene enganchado…

—A mí ella me gusta más que cualquier cacatúa victoriana de las que rondan por esa casa. Tiene un aire moderno muy atractivo, y

me cae muy bien. Tiene un nosequé.

—Tiene que es una golfa —objetó la muchacha—. Lleva ya dos maridos y muchos amantes.

—Como Teodora —la interrumpió Federico llevándose la tostada a la boca.

—¿Y esa quién es?

—La esposa del emperador Justiniano —explicó el poeta después de darle un bocado a la tostada—. Era una puta muy lista y el emperador se casó con ella.

—¿Y él sabía que era prostituta? —preguntó la muchacha dulcificando el nombre del oficio.

—Claro que sí. Decidió casarse con ella después de verla en una actuación en el teatro, en que los ayudantes de Teodora le arrojaban granos de maíz a la vagina para que luego unos gansos amaestrados se los sacaran de allí con el pico y se los comieran de uno en uno. Esa noche se acostó con todos los soldados de la guardia personal de Justiniano delante de su jefe, que no paró de aplaudir la hazaña.

—¡Qué guarrada!

—¡Qué va, querida! —insistió Federico—. Era una artista. Decía de ella misma que abría «sus tres puertas» a los embajadores de Cupido y se lamentaba de que la naturaleza no le hubiese abierto igualmente el pecho, a fin de haber podido contentar a la vez a más emisarios.

—Esa tía era un putón desorejado —sentenció Esperanza, que para eso del sexo era muy tradicional, que no en vano tenía una hermana metida a monja en Roma.

—Pues me ha contado un amigo que vive en Londres —se refería a Rafael Martínez Nadal—, que la Simpson deja corta a Teodora, y que es una especialista…

—¿Especialista en qué? —preguntó la ingenua granadina.

—En lo que le gusta a su novio, en hacer el amor por «angosta vía», como decía Lord Byron, otro depravado genial y maravilloso.

—Tú también eres un depravado —bromeó la muchacha.

—Eso dicen los que no me quieren.

—Anda —dijo ella, que lo pasaba estupendamente charlando con el amigo de su hermano—, ¡come y calla, que nos van a dar las tantas!

Federico García Lorca, después de muchos días, había vuelto a ser el de siempre. Estar en casa de su amigo Luis Rosales había supuesto para él volver a sus tiempos felices. Desde que llegó a Granada la mañana del 14 de julio no había podido dormir sin que las pesadillas le cercasen el reposo, pero esa noche nadie, ni siquiera las viejas enlutadas habían venido a provocarle con sus misterios.

El patio granadino de los Rosales, con su suelo de mármol blanco con columnas de lo mismo, su toldo blanco arriba para que el sol filtrase sus calores, el ruido del agua en la fuente y las muchas flores enmacetadas jalonando los bordes, obraban como un claustro materno maravilloso en que una Granada telúrica y desgarrada se convertía ocasionalmente en dulce y silenciosa, sin estridencias, para albergar al hijo que volvía a los orígenes.

—Buenos días, Federico —saludó doña Esperanza Camacho, que en ese momento entraba en su casa, con un capacho que había llenado en el mercado y el periódico del día—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, doña Esperanza —le contestó, levantándose para darle un beso—. He dormido como un niño. Muchas gracias.

—No tienes por qué darlas.

—¿Cómo no se las voy a dar a mis divinas carceleras? —bromeó señalando a Esperancita—. Si estoy en la gloria.

—Mira, Federico —le dijo con el periódico en la mano—. Aquí viene lo de ayer en tu casa.

Y así era, porque en la página 4 de «El Ideal» se mencionaba el incidente:

«Detenido por supuesta ocultación. Por sospecharse pudiera ocultar el paradero de sus hermanos José, Andrés y Antonio, acusados de haber dado muerte a José y Daniel Linares, hecho

ocurrido en un pueblo de la provincia, un sargento de la Benemérita, retirado, detuvo ayer a Gabriel Perea Ruiz, en su domicilio, callejones de Gracia, huerta de don Federico García. Después de interrogado fue puesto en libertad».

—Me alegro por Gabriel, que es un buen chico —celebró el poeta.

—¿Ves como no pasa nada? —dijo doña Esperanza—. Con los militares podemos estar tranquilos. Volverá el orden y la justicia.

—Si usted lo dice —concedió Federico muy poco convencido.

—¡Claro que lo digo, Federico! Quien nada malo haya hecho nada tiene que temer. ¿No lo ves?

—¿Y esto? —y Federico se señaló la frente y la mejilla, donde tenía una brecha y dos moratones.

—Eso han sido los bárbaros de tu pueblo, que sois unos cafres y lo habéis sido toda la vida —respondió ella—. ¡Anda, ven que te lo curo!

Y doña Esperanza se fue a por el botiquín mientras su hija recogía el servicio del desayuno.

La decisión de mudarse a casa de su amigo Rosales venía de la tarde del día anterior, después de que los Roldán se presentasen en la Huerta para llevarse a Gabriel Perea y en la que, gracias a la milagrosa aparición del sargento de la Guardia Civil, las cosas no terminaron en tragedia. Incluso el pobre Gabriel Perea agradecería de por vida la casual presencia porque él mismo estaba en la calle esa misma mañana.

Después de que los Roldán se marcharan, don Federico, que había visto el peligro como nunca, reunió a su familia para ver cuáles eran las opciones. Doña Vicenta tenía claro que su hijo debía salir de la Huerta, incluso de Granada, cuanto antes. Quería que se marchara esa misma noche con unos muleros que le cruzasen a Málaga, «como ha hecho tu amigo el arquitecto», le decía a su marido. Pero su hijo dejó bien claro que no pensaba irse de Granada. «Yo no me quiero separar de vosotros —protestaba—. Quiero estar aquí hasta que pase todo esto. ¡Luego, ya veremos!». Don Federico, que ese

día ya empezó a sentir agobios en el pecho y unas sudoraciones ajenas al calor que hacía, no estaba dispuesto a consentírselo, y le urgió a que se fuera a la zona republicana o se escondiera en algún sitio seguro.

Fue el mismo Federico quien brindó la solución.

—Soy amigo de José Antonio —dijo como si hubiese descubierto la fórmula magistral.

—¡No digas gilipolleces, hijo! —se encendió su padre—. ¡Eso nos da igual!

—Pero también soy amigo de Luis Rosales, que es falangista —insistió su hijo—. Y tú te llevas bien con su padre, ¿verdad?

—Pues sí, pero.

—¡Esperad un momento! —dijo el poeta levantándose hacia el teléfono.

Sin nadie que se lo impidiera marcó el número de la casa de los Rosales.

—*Dígame* —tomó el teléfono doña Esperanza Camacho.

—*Buenas tardes, doña Esperanza. Soy Federico García Lorca*.

—*Buenas tardes, hijo. ¿Qué tal estáis todos?*

—*Muy bien, señora. Mis padres le mandan sus saludos* —improvisó el poeta—. *¿Está Luis en casa?*

—*Sí, se iba a echar la siesta ahora*.

—*¿Le puede decir que se ponga?*

—*Claro, hijo. Ahora te le paso. Recuerdos a tus padres*.

—*Gracias*.

Al poco Luis Rosales estaba al otro lado de la línea.

—*Dime, Federico*.

—*Hola, Luis. Tienes que venir a la Huerta cuanto antes*.

—*Pero,… ¿qué pasa?* —Luis Rosales notaba la angustia y el miedo en la voz del poeta.

—*Es para una cosa que me apena y es sumamente urgente. No te digo más*.

—*Voy ahora mismo, Federico*.

—*Gracias, Luis. Hasta ahora*.

Federico colgó el teléfono y volvió donde estaban sus padres.

—He llamado a Luis Rosales —les explicó—. Me ha dicho que viene ahora mismo.

Y así fue porque antes de que pasara media hora Luis Rosales y su hermano Gerardo, vestidos con la camisa azul y usando un coche oficial del partido, estaban en la Huerta.

Allí, Federico y su padre, les pusieron al corriente de la situación relatándoles el episodio del casero, la llegada del guardia civil y cómo les habían agredido a ellos también. Los hermanos falangistas se iban indignando conforme conocían los detalles, pero fue Gerardo quien propuso la solución. «Mira Federico —le dijo—. Luis y yo nos vamos ahora al cuartel de Falange, que tenemos algo urgente que hacer allí. Tú no te preocupes, prepara tus cosas y luego volverá Luis con instrucciones. ¡Desde este momento estás protegido por Falange Española y por la sagrada ley de la amistad!». Y dicho eso, que sonó a música bendita en los oídos de don Federico y su mujer, los dos hermanos se fueron hacia el convento de San Jerónimo. Eran las cuatro de la tarde y no habían pasado ni quince minutos desde que llegaran a la casa del poeta.

A las siete y media volvió a la Huerta el coche oficial. Esta vez venía solo Luis Rosales. Doña Vicenta preparó café con hielo para todos y los cuatro se sentaron en el salón, reunidos en consejo de familia al que permitieron que se sumara el amigo del poeta.

Volvieron a darle vueltas al asunto y barajaron distintas posibilidades. Don Federico insistía en sacar a su hijo de Granada, aunque el poeta seguía oponiéndose. Entonces la madre propuso llevarle a casa de don Manuel de Falla «que es amigo», pero su hijo tampoco quiso, porque decía que «estoy reñido con él desde que escribí *La oda al Santísimo Sacramento*». Y así fueron repasando las opciones, hasta que Luis Rosales cortó el nudo gordiano. «Yo estoy aquí como amigo, para hacer viable cualquier solución que se adopte, pero quiero que sepan que mi casa está abierta para

Federico, como siempre ha estado abierta para todos ustedes. Federico se puede venir a nuestra casa y allí estará protegido por todos nosotros. Se lo ofrezco de todo corazón». Y quedó zanjado el asunto.

Luis Rosales se despidió de la familia, «tengo que volver a San Jerónimo —comentó—. Pero pasaré antes por casa y avisaré a mi madre de que viene Federico. Ella le tendrá preparada una habitación».

A las once de la noche, Paquito «el de Loja» recogía a Federico y le llevaba a casa de los Rosales en la calle Angulo. Fueron los dos solos. Federico llevaba algo de ropa y unos pocos papeles.

Federico García Lorca acababa de jugar, sin darse cuenta, la carta definitiva que marcaría su futuro.

85

11 de agosto de 1936 (a media mañana)
Calle Elvira. Granada.

Dolores aprovechó que los niños jugaban en la calle para enjuagar las heridas de su esposo, ponerle vendajes nuevos en las costillas dañadas, aplicarle agua oxigenada en las marcas del pómulo y untarle las magulladuras con un ungüento hecho por ella misma a base de aceite de oliva, árnica y cebolla.

Juan Palao estaba mejor, pero el drama que se vivía en la ciudad y que había experimentado en su propia carne era el peor de los dolores que padecía, el que ningún medicamento era capaz de aliviarle.

Toda su vida la había pasado pensando en una vejez tranquila al lado de los suyos y en un mundo más justo, de ahí su vocación sindical y su intento de hacer propios los valores de la masonería. Toda su ilusión era ver a sus hijos e hijas convertidas en mujeres y hombres de pleno derecho, con un futuro limpio de manchas negras en una Granada próspera y hermosa. Todo su tiempo había estado dedicado a hacerse con un oficio cualificado para que nada faltara en su casa, de ahí su obstinación por convertirse en el mejor encofrador de la ciudad. Y el dolor, ese dolor que padecía, era la macabra imagen de sus hijos arramblando comida en las basuras, huyendo de las bombas de la hipocresía, arrastrando una infancia injustamente desflecada y unas miradas encharcadas de lágrimas.

Apenas podía hablar bien, como consecuencia de los golpes que le propinaron en comisaría, pero ya se ocupaba la muy dispuesta Dolores de hablar por los dos.

A esas horas, ese día, ni Dolores ni Juan tenían ni idea de lo que los de la Escuadra de Trescastro habían hecho con Engracia y sus dos hijas. De modo que la esposa del encofrador, entre aplicación y aplicación de sanaciones, le comenzó a contar a Juan lo que había sucedido dos días atrás, cuando la Plaza Nueva de Granada se convirtió en lugar de encuentro de las dos cuñadas.

—De tu hermano nadie sabe nada —le decía Dolores.

—Yo tampoco sé nada —añadió Juan con esfuerzo por el dolor de las costillas.

—Parece que anda escondido por los bares, pero ni aparece por su casa ni da señales de vida a Engracia.

Juan Palao asentía con la cabeza. Tenía los cuencos de los ojos encharcados de lágrimas, porque a su hermano, por muy cabeza loca que pudiera ser, lo amaba sinceramente.

—¿Dónde está…? —preguntaba Palao con voz apagada.

Dolores no quería abrumar a su marido con el relato de todo lo ocurrido tras la conversación con su cuñada.

—Fui a buscarle a comisaría —le dijo— y allí me informaron de él. Un policía se había citado esa noche con Pepe. No quise decirte nada para no asustarte, pero vine a casa, preparé la cena y me volví a comisaría para seguir al policía y que me condujera hasta tu hermano.

—¿Quién era?

—Un policía, no me fijé mucho en él.

Juan Palao pensó en alguno de los que habían estado durante la bronca que el capitán Nestares le montó a Rojas por haberle detenido. «Alguno de los que me pegó», pensó Palao. «O el que me subió al despacho de Rojas, el inspector ese».

En ese instante, Juan tenía mucha más información que su mujer, porque había sido testigo de la lacrimógena, indignante y ebria confesión que José le hizo aquella madrugada en la que apareció sigiloso por su casa para contarle que se había convertido en «asistente» de las «Escuadras Negras».

—¿Cómo era? —insistía Palao.

—Cariño, no sé cómo era, no muy alto, con sombrero. Llevaba los zapatos sucios de polvo, en eso sí me fije.

—Los criminales siempre llevan los zapatos sucios —acertó Palao.

—No sé si contarte lo que vi, marido.

—Lo imagino —balbuceó Palao—. Le dieron dinero, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida Dolores.

Y mal que bien, tratando de hacerse entender, Juan Palao relató a su mujer los pormenores lo que su hermano había escupido la mañana en que llegó borracho y pidiendo un perdón absurdo que Juan no podía otorgarle. También le contó que lo echó de casa y le pidió que no volviera. Y que ningún hombre puede vender sus ideales por dinero. Luego entró en detalle con el asunto de los banderilleros.

—José les ha delatado, les ha vendido —añadió Palao—. Van a matarlos.

—¡Es un hijo de puta! —exclamó Dolores indignada.

—Sí, pero es mi hermano —defendió Juan—, aunque se haya vuelto loco.

—Tengo miedo por ti, marido. Se han vuelto todos locos. No quiero que te maten.

—Ya estoy muerto —concluyó el encofrador.

En realidad, no estaba muerto todavía. Ni sabía que le quedaban exactamente cuatro días de vida. Porque cuatro días después volverían a por él. Vendrían sin papeles, como sugirió Romero Funes al capitán Rojas. Y actuarían como siempre, con el mismo y mezquino método. Se escucharía en la calle una frenada brusca de un vehículo a altas horas de la madrugada y después gritos, insultos, risas y pasos por la escalera. Luego los golpes en la puerta, golpes salvajes, estridentes, como si la casa entera fuera a venirse abajo. Y por fin la escena atroz: una madre llorando abrazada a sus hijos, suplicando humillada piedad para su marido y acallada a culetazos por los matones.

Y los empujones: «Muévete hijo de puta, comunista de mierda, muévete, que vamos de paseo».

Eso es lo que le iba a suceder en Granada cuatro noches después al bueno de Juan Palao, en una madrugada de agosto. Lo malo es que no le sucedería una única vez, sino dos. Porque una hora después de que la primera «Escuadra Negra» cumpliera con su macabro ritual y se lo llevara esposado delante de su mujer y sus hijos, aparecería una segunda «Escuadra» en su mismo domicilio. Iban a repetir el crimen sin saber que otros canallas como ellos ya se les habían adelantado.

—¡Por Dios, no, por Dios! —gritaría desesperada la esposa del encofrador—. ¡Otra vez no!

—¡Ni por Dios, ni por cojones! —vociferaría uno de los criminales pegando un tiro al aire y un guantazo al hijo de Dolores. El pobre Manu ni siquiera pestañeó aguantando el golpe con rabia.

—¡Pero si ya se lo han llevado! —clamaba Dolores Marqués—. ¡Hace una hora que se lo han llevado!

—¡Registrad todo, coño! —gritó el facineroso golpeando el aparador con la culata de su Mauser—. Ese hijo de puta no se nos escapa otra vez.

En la segunda detención de Juan los escuadristas no serían capaces de contener el rencor de que otros se hubieran adelantado. Destrozarían todo en busca de la víctima. Hasta el punto de que uno de ellos, señalando al espejo del armario, gritaría: «¡Ahí está el cabrón!». Y pegaría un tiro contra su propio reflejo.

Ese día el capitán Nestares iba a estar demasiado ocupado —cenando con Lorca en casa de los Rosales y pergeñando una estrategia para que sus falangistas tuvieran sitio principal en los desfiles que habría organizado Valdés— como para interceder de nuevo por uno de los hombres más íntegro y noble que se había conocido en Granada.

86

11 de agosto de 1936 (al alba)
Prisión Provincial de Hombres. Granada.

José Nestares mandó a la cárcel a Ruiz Carnero el mismo día que lo hizo con Palanco. El periodista quedó sujeto a jurisdicción militar y se le incoó causa por considerarle culpable de delito de sublevación, como a tantos otros a los que se les detenía exclusivamente por ser leales al Gobierno legítimo.

A esas alturas del mes de agosto y visto el fracaso de su intento para hacerse con el Gobierno de la nación en pocas horas, el grupo de generales golpistas se abocaba a una guerra civil, cosa mucho más sangrienta, para la que necesitaban un armazón ideológico y operativo más complejo que el necesario para un simple cuartelazo al uso.

Curiosamente Franco, el menos comprometido políticamente con los partidos de la derecha, era el más capacitado para liderar ese proceso, precisamente por su carácter reaccionario químicamente puro. Europa era en ese momento un vivero de movimientos fascistas y Franco, un militar autoritario, podía simpatizar con ellos, pero no se veía suscribiendo el ideario político de sus aliados, como hacían los falangistas, sus más incómodos compañeros de asonada.

El anticlericalismo nazi o fascista no entraba en el diseño franquista, como tampoco entraba el predominio político del partido único, fuera el de Mussolini o el de Hitler, sobre los militares. A Franco tampoco le gustaba el republicanismo de Mola, Saliquet, Queipo y todos los falangistas. Para Franco, la alianza natural en que sostenía sus posiciones era la del Ejército con la Iglesia, y desde esa alianza, suprimidos los partidos, incluso los declarados amigos,

construir un nuevo orden político. Lo que más adelante se formularía como el «nacionalcatolicismo».

En ese escenario, y a sabiendas de que si había guerra civil le convenía que durara mucho tiempo, Franco no solo necesitaba liderar una estrategia militar sino, sobre todo, establecer una conducta incorporada a las operaciones castrenses que le diera a la larga la victoria militar y principalmente, y eso era lo importante para él, el control de la población. Franco era el único militar que tenía un plan para después de una guerra y ese plan era él mismo.

En la lógica franquista los enemigos no eran solo las tropas republicanas, fueran regulares o milicianas, sino todos aquellos, civiles o militares, que apoyasen la democracia, las formas republicanas, la separación de la Iglesia y el Estado, la subordinación del Ejercito al Poder Civil, las libertades públicas, los derechos de prensa, expresión y asociación, el sufragio universal y todo aquello que viniese del «corrompido mundo liberal». Visto eso, y desde los primeros días de la sublevación, las operaciones militares corrieron paralelas a las operaciones de «limpieza» del territorio, entendiendo por tal limpieza no solo la exterminación física de los jefes políticos y militares que se resistiesen a la sublevación sino, y fundamentalmente, la de todos aquellos que pudiesen simpatizar con esas ideas.

Franco fue el único en apreciar que su victoria militar solo sería completa si durante la guerra eliminaba a sus enemigos presentes y también, y esa era su aportación criminal, los enemigos futuros.

No dejaba de ser revelador que un oficial franquista que prestaba servicios de prensa en el Ejército del Norte, el capitán Gonzalo de Aguilera Munro, conde de Alba de Yebes, proclamara esos días a los periodistas extranjeros que seguían desde Burgos los primeros movimientos de la contienda civil los fundamentos operativos de esa ideario criminal y genocida.

«El gran error que han cometido los franquistas al empezar la Guerra Civil Española ha sido no fusilar de entrada a todos los

limpiabotas —declaró el aristócrata al periodista inglés Peter Kemp —. Un individuo que se arrodilla en el café o en plena calle a limpiarte los zapatos está predestinado a ser comunista. Entonces ¿por qué no matarlo de una vez y librarse de esa amenaza?».

Y por si no quedaban claras las cosas con eso el aristócrata salmantino detallaba un poco más:

«Tenemos que matar, matar; ¿sabe usted? Son como animales, ¿sabe?, y no cabe esperar que se libren del virus del bolchevismo —le explicaba al periodista norteamericano John T. Whitaker—. Al fin y al cabo, ratas y piojos son los portadores de la peste. Ahora espero que comprenda usted qué es lo que entendemos por regeneración de España… Nuestro programa consiste… en exterminar un tercio de la población masculina de España. Con eso se limpiaría el país y nos desharíamos del proletariado. Además, también es conveniente desde el punto de vista económico. No volverá a haber desempleo en España… ¿se da cuenta?».

El mayor genocidio de la España contemporánea había comenzado en julio de 1936. Catedráticos liberales, dirigentes políticos y sindicales, parlamentarios de izquierdas, católicos progresistas, maestros republicanos, demócratas, masones, profesionales liberales, militares constitucionalistas, escritores de izquierdas, alcaldes y concejales del Frente Popular, obreros sindicados, militantes de partidos de izquierdas, y cuantos más profesaran su fe republicana eran los objetivos de las bandas criminales que patrullaban el territorio que los militares facciosos iban ocupando, o «liberando», como decían ellos. Todo un ejercicio de represión genocida y criminal planificado «de arriba para abajo» por las autoridades golpistas para «limpiar» su España de cuantos les incomodaban por su condición. Las nuevas autoridades que obraban en la zona sublevada representaban los intereses de la Iglesia, del Ejército, de la clase alta y de la burguesía conservadora, exclusivamente. Su único objetivo era exterminar la capacidad de reivindicación y lucha de la clase obrera y reducir al silencio a la

burguesía liberal, y para ello tenían claro que el crimen era la solución más rápida. La represión feroz era parte estructural del plan de los sublevados.

En Granada, una ciudad cercada, las cosas eran iguales o peores que en el resto de la Andalucía sujeta a la bota de Queipo. Allí, en la ciudad nazarí, había que añadir a todo lo dicho que los odios dormidos de años y las envidias inconfesas afloraron como setas con la lluvia en cuanto se cerró la ciudad y empezaron los tiros.

En esa lógica resultaba evidente que Constantino Ruiz Carnero, una de las personas más odiadas por la derecha granadina, no podía salir bien de su arresto, pese a los intentos de Nestares por salvarle.

Cuando el periodista entró en prisión su situación no se alivió lo más mínimo, pese a que el director penitenciario autorizase un día la visita de su familia. Desde el Gobierno Civil dieron orden, días después, de incluirle en una «saca» y un juez militar corroboró con su firma la villanía.

La noche en que se le iba a acabar la vida le separaron del grupo de presos y le llevaron a una celda donde le torturaron, como ya habían hecho con él después de que le viese su hermana. La sesión fue más dura que las anteriores, tal vez porque los torturadores sabían que al preso solo le quedaban unas pocas horas de vida y no tenían que preocuparse de que les aguantase hasta la siguiente paliza. El caso fue que uno de ellos le golpeó el rostro con la culata de un fusil y le rompió las gafas, clavándole los vidrios rotos en los ojos.

Como fuera que el dolor le era insoportable y la hemorragia muy abundante, uno de los carceleros quiso que le atendiera un médico.

—No vamos a gastar vendas en el maricón este —dijo el torturador que le había golpeado en los ojos—. Para lo que le queda…

—Pero no le podemos llevar así al camión —protestó el otro.

—Así no le vamos a llevar —apostilló el de la escopeta—. Le vamos a subir peor.

Y siguió golpeándole sin ninguna consideración hasta que el periodista perdió el conocimiento.

Llegada la hora del último viaje, Constantino Ruiz Carnero apenas se movía, respiraba con dificultad y seguía sangrando por los ojos. Dos presos llevaron su cuerpo a la caja del camión y en ese estado arrancó la caravana mortal. Con el periodista iban presos otros dieciséis, casi todos los concejales de Granada que eran del Frente Popular como Almansa o Vicente Almagro. A ese grupo no le llevaban a las tapias del cementerio, porque Valdés había decidido que les fusilaran en Víznar, donde Nestares tenía su nueva jurisdicción.

Cuando el militar falangista vio llegar la macabra comitiva a sus dominios les dijo a los suyos que no autorizaba ese fusilamiento y llamó a Romero Funes para hacérselo saber. El cobarde policía se quitó el asunto de encima pasándole el teléfono a Valdés, que casualmente estaba con él, y la bronca entre Valdés y Nestares fue mayúscula. Tanto que pese a que el gobernador recurriese a que la orden no partía de él sino de la comandancia militar el falangista no se apeó de sus convicciones y al final tuvo que recular Valdés. Después de dos horas tras colgarse el teléfono llegó un coche con guardias de comisaría a Víznar, bajaron a los presos del camión que había inmovilizado Nestares, les cambiaron de vehículo y se los llevaron a fusilar a Puerto Lobo.

El camión llegó a su destino, en un prado cercano a la casilla de peones camineros, y los guardias de Asalto que escoltaban a los condenados vieron que el periodista no bajaba.

—¡Hostias, se ha muerto el cabrón este! —anunció el guardia que le daba golpes en el costado con la culata de su *Mauser* para que se levantara.

Dos presos bajaron al suelo el cadáver del periodista.

—Pues hay que *afusilarle* lo mismo que si estuviera vivo —dijo el jefe del grupo.

Los otros presos acercaron una silla y sentaron el cadáver. Después se colocaron a su lado, en una especie de velatorio respetuoso al compañero muerto.

Una descarga sesgó la vida de todos ellos. Constantino Ruiz Carnero había muerto dos veces.

—Este era el más peligroso de todos —sentenció el jefe cuando paseó entre los cadáveres por si había de disparar a alguno el «tiro de gracia»—. Ha hecho más daño con la pluma que otros con la pistola.

«La pluma debe servir para algo más útil, más fuerte, más vibrante, que trazar notas de color y emborronar cuartillas, ha de formar el alma del pueblo», había escrito el periodista meses antes de la sublevación. Por eso había muerto.

Pero esos diecisiete desgraciados no eran los únicos que aquella madrugada iban a encarar su paso a la otra vida. En el cementerio granadino de San José serían asesinadas otras veintiséis personas, y en el kilómetro 4 de la carretera de Sevilla a Carmona una escuadra criminal de los de Queipo de Llano fusilaba, a la misma hora que morían los compañeros de Ruiz Carnero, al notario Blas Infante después de sacarle a culatazos de su casa de Coria del Río. El promotor de la autonomía andaluza, un notario malagueño que se había convertido al Islam en 1924, moriría tirado en una cuneta.

87

12 de agosto de 1936 (mediodía)
Calle Angulo. Granada.

—El Ángel del Señor lo anunció a María.

—Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

El reloj de pared que había en la salita de arriba acababa de sonar con las doce campanadas del mediodía. Era miércoles.

La tía Luisa comenzaba el rezo del *Angelus* y era Federico quien le daba la respuesta. Desde que se había instalado en casa de su amigo, el poeta acompañaba a la tía de Luis en la oración del mediodía, antes del almuerzo, y todas las tardes rezaba con ella a las ánimas y el rosario a las nueve, antes de la cena.

Desde que vivía con los Rosales su vida era pura rutina y estaba aprovechando para avanzar en sus *Hijas de Lot*, componer algunos sonetos y trabajar sobre un ejemplar de *Los Milagros de la Virgen*, de Gonzalo de Berceo, que había encontrado en los estantes de Luis y alguno de cuyos pasajes leía a las mujeres de la casa durante la merienda.

—Rogad por nosotros, Santa Madre de Dios —dijo Luisa Camacho después de pasar por las tres *Avemarías* del rezo completo.

—Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo —contestó el poeta.

—Amén —pronunciaron los dos.

—Infundid, Señor —concluía la tía Luisa—, vuestra gracia en nuestras almas, para que, por haber creído en la Encarnación de vuestro Hijo y Señor nuestro Jesucristo anunciada por el Ángel, por los merecimientos de su Pasión y Muerte, alcancemos la gloria de la Resurrección.

—Amén —dijo Federico García Lorca dando por terminado el ritual.

Doña Luisa cerró su breviario y Federico aprovechó para encender un cigarrillo.

—¿Qué vas a hacer ahora, hijo mío? —preguntó Luisa.

—Voy a escribir un poco, tía —Federico la llamaba así como si él mismo fuese de la familia—. Estoy repasando algunas cosas de *La casa de Bernarda Alba*.

—¿La has estrenado ya?

—Todavía no. Se la voy a mandar a Margarita Xirgu para que ponga la función en América cuando llegue septiembre.

—¿Vas a ir tu también?

—No lo sé —eludió el poeta, que cada vez tenía menos claro si podría salir de Granada para coger el barco en Cádiz a finales de agosto—. Seguramente no pueda ir…

—Esto terminará pronto, no te preocupes —le animó la piadosa Luisa—. Verás como la Virgen de las Angustias lo resuelve todo pronto y para bien.

—No será por falta de rezos —bromeó el poeta con ironía—, que desde que estoy aquí divinamente he rezado con usted más que desde que me fui a estudiar a Madrid.

—Eso que llevas ganado, Federico —le dijo ella tomándole de la mano.

—¿Quiere que le suba algo de la cocina? —ofreció Federico.

—Nada, hijo. Muchas gracias. Me voy a quedar aquí con mi hermana, charlando de nuestras cosas.

Luisa Camacho se refería a las conversaciones que mantenía a diario con un retrato grande que colgaba en una pared y que correspondía a Ángeles Camacho, la hermana mayor de Luisa, que había muerto recién casada.

—Cuando termine todo esto —le ofreció Federico a Luisa—, le prometo que escribiré una función contando esa historia tan bonita.

Ángeles Camacho, cuando se casó, partió con su marido de viaje de novios en el ferrocarril, pero una tormenta de nieve retuvo el

convoy y los pasajeros tuvieron que salir por su pie y llegar a un pueblo cercano cruzando la ventisca. La pobre Ángeles contrajo una pulmonía durante la escapada y murió en brazos de su marido apenas veinte días después de casada, durante el reemprendido viaje de bodas.

Esa historia la había escuchado el poeta de labios de Luisa y había tomado unas notas con las que pensaba redactar un drama cuando estuviera en Argentina, como había hecho antes sobre Agustina en *La zapatera prodigiosa*, o sobre su prima Clotilde García Picossi en *Doña Rosita la soltera*, o sobre sus enfrentados parientes de Asquerosa en *La casa de Bernarda Alba*.

El escritorio que tenía Federico en su cuarto estaba lleno de papeles desordenados. Entre ellos, unas cuartillas mecanografiadas en las que la pluma del poeta había dejado borrones al subrayarlas y que se encabezaban como «Prólogo a B. A».

«No hay certeza, ni modo de obtenerla, acerca de cuándo o de qué modo aparecieron los zombis en la Península Ibérica. Algunos opinan que habían estado en ella desde siempre, que llegaron con los primeros pobladores, aunque quizás estuvieron durante años camuflados bajo otros nombres. Tampoco están claros los modos en los que un hombre puede llegar a transformarse en zombi. Se sabe que una vía de contagio es la transmisión directa, que no tiene que darse necesariamente por una mordedura, aunque sea la forma más frecuente», decía el comienzo de esas notas que Federico había subrayado compulsivamente.

La noche que llegó, después de que doña Esperanza le condujese a su habitación, lo primero que hizo fue extender en la mesa los papeles que había traído con él. Con cierto orden colocó en el tablero su ejemplar manuscrito de *La casa de Bernarda Alba*, el que había leído en casa de Fernando Vílchez, los pocos folios de sus *Hijas de Lot*, seis cuartillas con unos poemas que había esbozado en la Huerta y un texto mecanografiado de más de cincuenta páginas cosidas con un cordel en cuya portada rezaba *La casa de Bernarda*

Alba I, y al pie de la portada dos letras mayúsculas, «P. B.», escritas con tinta azul en una esquina.

Hoy, tres días después de ese despliegue, la mesa era un monumento al desorden y en especial ese texto, que estaba totalmente ajado y con algunas hojas sueltas por el mucho uso que le había dado el poeta, especialmente a la resma que formaba la Introducción.

Releer aquel drama rural la madrugada del domingo, a las pocas horas de la agresión contra su familia y contra él mismo, le había puesto los pelos como escarpias. Antes de llegar a casa de Luis Rosales, ya sabía que el amanecer de la ciudad traía cadáveres arrojados en las cunetas o en las tapias del cementerio desde que se habían alzado los militares. No eran noticias del periódico ni de la radio, pero sí palabras susurradas con miedo por los pocos que habían pasado por la Huerta durante esos días de aislamiento.

Lorca sabía, y temía, que unos hombres sin rostro salían por la noche a matar a otros hombres y después abandonaban sus cuerpos en cualquier lugar al refugio del paso de los que vivían en Granada. Esos cuerpos sin nombre aparecían sin más identificación que un tiro en el pecho o en la nuca, si es que aparecían. Por lo que había oído en casa de su amigo cuando los hermanos Rosales comentaban entre ellos lo que estaba pasando, esa terrible epidemia estaba yendo a más.

Lo que había aterrado a Lorca era encontrarse con que eso que tanto temía estaba escrito en aquel texto mecanografiado.

Tomó los dos argumentos, el de su puño que había leído, y el mecanografiado que había escondido hasta entonces, y los puso uno al lado del otro. Si bien la historia era sustancialmente la misma, sucedía que en el texto mecanografiado existían unos personajes que habían desaparecido del que Lorca ya había leído públicamente en tantos sitios: los muertos vivientes.

En el texto escrito de su puño, en el primer Acto, decía La Poncia: «Los de ella. La gente de él la odia. Vinieron a verlo muerto, y le

hicieron la cruz». Sin embargo, La Poncia, en el texto mecanografiado decía: «Los de ella. La gente de él la odia. Vinieron a verlo muerto y se aseguraron de que no se volviera a levantar, y después le hicieron la cruz».

En otro Acto La Poncia decía en el primero: «Hablaban de *Paca la Roseta*. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron a la grupa del caballo hasta lo alto del olivar». El segundo contaba: «Hablaban de *Paca la Roseta*. Anoche se comieron a su marido en el pesebre y a ella se la llevaron hasta lo alto del olivar. Gritaba como una condenada».

Cuando Magdalena decía en el primero: «Yo me levanté a refrescarme. Había un nublo negro de tormenta y hasta cayeron algunas gotas»; en el segundo explicaba: «Yo me levanté a refrescarme. Había un nublo negro de tormenta y hasta cayeron algunas gotas. Luego cerré la ventana porque la noche olía a muerto y se escuchaban cuerpos arrastrándose».

En un diálogo entre La Mendiga y La Criada al respecto de las sobras de la casa de la Alba las cosas corrían así usando las palabras que Lorca había leído: «(Criada) También están solos los perros y viven / (Mendiga) Siempre me las dan»; y en el otro hablaban de distinta manera: «(Criada) También están solos los zombis y viven y comen / (Mendiga) Ya veo por dónde vas. A ti te gustaría que cayéramos infectadas».

Y así toda la obra. Los muertos vivientes, los zombis, rodeaban por la noche la casa de Bernarda Alba y, a veces, entraban en el argumento mencionando sus criminales correrías nocturnas. Bernarda, sus criadas y sus hijas no podían salir de la casa porque afuera, en la noche de la Vega, les esperaba aquello tan terrible que nadie había visto nunca.

La verdadera historia de los dos textos y la razón de las diferencias solo la sabían Federico García Lorca y P. B., es decir, su amigo Pepín Bello. Era un secreto entre los dos.

La historia había empezado cuando Federico volvió de Cuba impresionado por los rituales de la magia afrocubana que se practicaban en la isla. Desde el viaje, Federico hacía continua referencia a los «muertos vivientes», que enseguida transformó en sus «putrefactos». Pero cuando la referencia se convirtió en obcecación, Pepín Bello organizó en la «*Residencia de Estudiantes*» la proyección de la película *La legión de los hombres sin alma*, de Victor Halperin. Después de ver esa película, Federico incorporó a los zombis en su iconografía particular.

Pepín, harto de oír las historias de rencillas y odios ancestrales de la familia de Federico de la Vega, decidió juntar todo el material y sorprender a su amigo entregándole un texto mecanografiado en el que, con la excusa de la historia de Paquita Alba, metía zombis, desamores, solteras en celo, novios garañones y fortunas en dote para que su amigo viera hasta dónde se podía llegar con lo que relataba. Al drama, ciertamente exagerado, le había llamado *La casa de Bernarda Alba*, lo había compuesto en tres Actos y le había puesto un prólogo de más de treinta páginas.

García Lorca se quedó sorprendido y encantado cuando leyó el trabajo de su amigo, tanto que decidió aceptar el regalo y hacerlo suyo, como si lo hubiese escrito él mismo. «Por favor —le dijo Pepín cuando Federico le aceptó el regalo— nunca digas que lo he escrito yo, porque mi trabajo me cuesta ganarme la fama de vago que tengo. ¿Qué iban a pensar de mí si se supiera que he escrito algo alguna vez? ¡Me hundirías la reputación, amigo mío!».

El trabajo que hizo Lorca sobre el texto de Bello fue podar de sus páginas las referencias a los muertos vivientes, por considerarlos una «extravagancia» propia del aragonés, y quitarle el prólogo, porque ya no venía al caso. Y con eso y con su firma en la portada del texto revisado nació al mundo literario una obra que hasta ese día todos le habían celebrado… menos su familia y los de Asquerosa.

Hoy, casi dos años después de aquel regalo estaba aterrado con las premoniciones de su amigo, porque *La Casa* que el «escritor sin

obra» había escrito para Asquerosa era en verdad, en esos días, toda la ciudad de Granada. Y los zombis de la ficción de Pepín eran esos asesinos sin nombre que se escondían en la noche para robar las almas de hombres y mujeres buenos que caían en sus correrías.

Lorca se dio cuenta al releer esas páginas que no podía salir de donde estaba encerrado porque fuera le esperaba un destino tan negro como negros eran los velos de las mujeres enlutadas con las que había soñado en la Huerta que eran, precisamente, todas las que abrían el primer Acto de *La casa de Bernarda Alba* asistiendo al duelo por el segundo marido de Paquita.

En el fondo sabía que el drama que había escrito Pepín Bello era una profecía que le concernía a él específicamente. Lo que había releído esas noches en casa de Luis, y que todos atribuían a su pluma, era una pesadilla de la que el poeta quería despertar cuanto antes.

En esas funestas cavilaciones andaba el poeta cuando a lo lejos sonó el estruendo de los obuses al reventar contra el suelo granadino. La aviación republicana sobrevolaba la ciudad pretendiendo hacer blanco sobre la fábrica de municiones de «La Fargue», un objetivo que haría mucho daño a los sublevados.

—¡¡Al «bombario»!! —gritó el poeta con miedo, mientras salía de su cuarto como alma que lleva el diablo—. ¡¡Vamos al «bombario», tía Luisa!!

El «bombario» era como llamaba Lorca a un hueco debajo de la escalera de la casa, donde se escondía con las mujeres cuando la aviación gubernamental atacaba la plaza sitiada. Allí se refugiaba con ellas hasta que todo pasaba, y esta vez la cosa no duró más de una hora, un tiempo en que Federico no dejó de temblar de miedo mientras le castañeteaban los dientes.

—Tranquilo, hijo mío, tranquilo —le calmaba Luisa Camacho allí dentro mientras le tomaba de la mano.

88

13 de agosto de 1936 (por la noche)
Prisión Provincial de Mujeres y Víznar. Granada.

—¡Qué desgraciada soy, Remedios!

—¡Por Dios!, ¿qué te pasa, Agustina?

—Soy muy desgraciada, Remedios. —«La Zapatera» escondía la cara entre las manos mientras hipaba como una cría.

—Tranquilízate y cuéntame lo que te pasa. —«La Pocha» se acercó a Agustina y se sentó a su lado.

—Que soy muy desgraciada de amores —insistía monotemática y obsesiva la pobre reclusa.

Remedios estuvo a punto de estallar en risas porque la escena era de lo más ridícula: su amiga Agustina, presa en la cárcel, de madrugada, sola y llorando inconsolable porque era muy desgraciada. Las dos estaban en la misma celda desde que llegó Agustina y habían intimado más en la amistad que ya se traían.

—Agustina, las penas de amor se pasan contándolas y, si no es bastante, empapándolas en alcohol. Hazme caso, que sé de lo que hablo —Remedios difícilmente contenía ya la risa—. Te traeré un poco, que he conseguido una botella de un guardia. ¿Quieres?

Una especie de ruido, porque casi se atraganta con sus propias lágrimas, salió de la garganta de «La Zapatera». Remedios entendió que ese gargarismo era un «sí» y corrió como una exhalación a sacar de su petate una botella de coñac que tenía escondida. Un poco de su favor a un carcelero la había provisto del alivio.

—Bebe y relájate —le dijo mientras volvía al banco con la botella en la mano.

—¿Soy fea? ¿Soy antipática? —preguntó antes de llevarse la botella a los labios.

—No, mujer —dijo la gitana—. Eres una real hembra. Le tienes que gustar a los hombres.

—¿Qué he hecho yo para querer como una tonta a un vago que solo piensa en sus libros? ¿Qué mal he hecho para que el único hombre al que he querido de verdad prefiera amarse con otros hombres?

«La Zapatera» se despachó otro trago y ofreció la botella a su amiga.

—¿Tienes un novio maricón? —preguntó divertida la gitana, que de hombres lo sabía todo—. A veces los de la cáscara amarga también atinan al pelo, no pierdas la esperanza.

—Pues conmigo no dispara, Remedios.

—¿Y quién es el personaje, si puede saberse?

—Sí, claro —dijo Agustina—. ¿Qué más me da ya? Es uno de aquí, que es escritor y muy famoso. Se llama Federico.

—¿García Lorca?

—Sí —respondió sorprendida—. ¿Le conoces?

—Le conozco y le he leído —«La Pocha» tenía el *Romancero gitano* en la mesilla de su cuarto.

—¿Y te ha gustado?

—Como poeta sí, como hombre es un desastre.

—¿Le conoces?

—Pues claro —dijo la gitana—, venía mucho por las cuevas,… a por gitanillos. Es muy vicioso.

—¡No me digas!

—Sí. Antes, cuando yo bailaba, venía mucho al Sacromonte con una pandilla de «amiguitos» suyos que daban mucho escándalo.

—¡Pero yo le quiero…! —dijo Agustina echándose a llorar otra vez.

—Mira, compañera —respondió la gitana abrazándola—. No hay hombre que merezca una sola lágrima de una mujer. Son todos unos cabrones. Y te lo digo yo, que de eso sé un rato.

—Mi Federico no es así —protestó Agustina.

—Tu Federico es peor… —sentenció Remedios—. Los hombres nos quieren solo para la calentura y, si acaso, para que les demos hijos. Y el tuyo… ni siquiera vale para eso.

Agustina rompió a llorar. Remedios le acercó la botella y «La Zapatera» se sirvió otros dos dedos del dorado quitapenas.

—Mira, Agustina —continuó la gitana sin dejar de abrazarla—. Yo era una chica guapa y alegre que bailaba en las cuevas y todos los señoritos me jaleaban y *roneaban* conmigo. Un gitanillo de los Heredia, que era primo mío y sorbía los vientos por mí, tocaba la guitarra en el cuadro y se hubiera dejado cortar una mano si yo se lo hubiese pedido.

—¡Qué bonito! —dijo entre hipidos Agustina, a la que ya le iba haciendo efecto el coñac.

—¿Y sabes lo que pasó?

—Pues no —contestó la otra.

—Pues que me cameló un *payo* que era oficinista… y dejé de ser mocita. Y después, si te he visto no me acuerdo. Y ahí me quedé yo, sola, con el bombo y sin familia…

—¿Y qué pasó luego?

—¡Que me hice puta! —respondió sin ningún rubor.

—¿Y el niño?

—Era una niña, la pobrecita —corrigió «La Pocha», a la que se le saltaban las lágrimas al acordarse—. Se murió a las seis semanas de una tos ferina.

—Ya lo siento, Remedios.

—Eso ya ha pasado, compañera. Mejor no darle vueltas al molino —dijo la gitana reponiéndose. Tomó un trago largo de coñac—. Ahora tenemos otros problemas delante.

—Pero tú eres muy guapa, Remedios. Mira yo… no valgo ni para puta.

—Para putas valemos todas, compañera.

—Pero yo solo quiero ser la puta de mi Federico… —insistía obsesiva.

—¿Quieres que tu hombre se desviva por ti? ¿Quieres que tu Federico te saque de mocita?

—¡Claro que sí!

—No te preocupes entonces. Yo tengo un secreto que me enseñó una gitana vieja y que te hará irresistible para él.

—Dime, Remedios —Agustina estaba emocionada—. ¿Cómo una mujer como yo puede ser irresistible para un hombre?

—Proponiéndotelo, amiga mía —sentenció la gitana—. Estás rodeada de hombres y si te falta cama es porque quieres.

—En eso tienes razón. Pero, el que yo quiero, no me hace caso más que como amiga. No me toca un pelo.

—No puedo creerlo… —bromeó Remedios fingiendo sorpresa. «De política y de libros sabrá mucho, pero de hombres sabe menos que yo de latín», se dijo la gitana.

Los ojos de Agustina, bastante cegados por el coñac, apenas dejaban sitio para otra cosa que no fuera la sorpresa.

—¿Crees que yo tengo posibilidades? —Agustina quería esconder su esperanza y fingía cierto distanciamiento que las ventanas dilatas y convulsas de su nariz negaban a gritos.

—Si supieras los milagros que hace lo que me explicó la gitana, no lo dudarías.

—¿Qué tengo que hacer para conseguirlo, Remedios? Pídeme lo que quieras, dime cuánto cuesta…

—No cuesta nada, Agustina. Esto son cosas entre mujeres. En cuanto salgamos de esta nos vamos a ver a la vieja y le digo que te prepare la untura.

—¿Vive aquí?

—Sí, en una cueva del Sacromonte.

—¿Y me lo dará a mí… que no soy gitana?

—Si yo se lo pido, sí.

—¡Gracias, Remedios! —y Agustina besó otra vez a su amiga—. ¡Así conquistaré a Federico!

Otro trago de coñac selló el pacto entre las dos mujeres.

—Escucha, Agustina —ofreció Remedios para entretenerla—, el secreto es una crema que hay que untarse para que funcione bien.

—Me gustan las cremas… —contestó acariciándose los brazos.

—Pero hay que usarla de acuerdo a unas reglas.

—¿Unas reglas?

—Sí. ¿Quieres que te las explique?

—Claro… —invitó «La Zapatera» que estaba ardiendo por saberlas.

—La primera es que a la pócima nunca la podrá alumbrar la luz del día —reveló la gitana—; no le debe dar la luz del sol, porque solo podrás destapar el frasco y aplicarte el remedio por la noche.

—¿Como ahora?

—Exactamente. La segunda regla hace a la luna —siguió Remedios—. Esta crema es para nosotras, que somos mujeres y por ello criaturas de la luna. Si te la untas en fases de luna creciente verás que sus efectos se multiplican, y si es en día de luna llena te hará un apaño veintiocho veces más intenso que en día de luna nueva, tantas veces como días tiene nuestro ciclo de sangre y el de la luna.

—Eso es verdad, Remedios —confirmó Agustina, que de eso sabía —. Yo soy un poco bruja. ¿Eso es todo?

—No. Todo en la magia gira en torno al número tres, el más importante, y ahora viene la tercera y última, la principal.

—¿Y cuál es esa regla tan fundamental?

—Deberás abstenerte durante tres semanas de darte placer a ti misma. Es muy importante para que sus efectos sean milagrosos.

—No me importa —dijo «La Zapatera», que estaba dispuesta a lo que hiciera falta por cazar a su hombre.

Otro trago selló la confidencia y Agustina, más contenta, se quedó dormida para destilar el trasiego de coñac que tenía en el estómago.

Remedios guardó en el petate la botella, que ya estaba terciada, y se echó en su catre para conciliar el sueño.

Las dos mujeres se encontraban en la misma celda de la cárcel de mujeres de Torres Bermejas; en la celda de al lado estaban detenidas otras dos muchachas del Socorro Rojo. Las cuatro estaban acusadas de rebelión. A Remedios se le añadía la de «ejercicio de la prostitución» y a Agustina la de «bruja».

Casi dormida ya, «La Pocha» no pudo escuchar el ruido del camión que sacaba presos todos los días de la cárcel de hombres para fusilarlos en el cementerio. Esa noche habían subido al siniestro transporte nueve obreros esposados camino de la muerte.

«Mañana será otro día», pensó ella aliviada, al ver que su amiga Agustina dormía como una niña contenta. Con esa tranquilidad apoyó la cabeza en la almohada y al poco rato estaba en un sueño cercano al de su reciente amiga.

Aquella noche estaba de guardia en Víznar Joaquín Espigares, un falangista incondicional de Nestares, que era labrador en el pueblo. Espigares venía del tradicionalismo, pero se pasó a Falange y Nestares le nombró jefe de una centuria de su Bandera. Era un hombre conciliador que no había tenido nunca problemas con aquellos de sus vecinos que militaban en el Frente Popular. Al comienzo de su guardia había recibido en el puesto una llamada de comisaría.

—*Esta noche os mandamos cuatro mantas para allá* —le había anunciado Romero Funes desde su oficina de la calle Duquesa.

—*¡Os las metéis en los cojones!* —le contestó, siguiendo las instrucciones de Nestares de no encargarse de esas ejecuciones—. *Nosotros no estamos para lavar vuestros trapos sucios…*

—*¡No me grites, Espigares! ¡No me grites!* —le contestó el policía —. *No tenéis que «lavarlas», que de eso nos encargamos nosotros. Solo tenéis que «tenderlas» para que oreen*.

El falangista le colgó el teléfono y llamó a su jefe, que estaba alojado en el palacio de Cuzco.

—*Picos y palas… y ni gota de agua, Espigares* —concluyó el militar cuando su ayudante le contó la trapisonda.

Por esa orden facultaba al jefe de centuria que se encargase de proveer que los presos que estaban a su cargo en «La Colonia» dieran sepultura a los cuerpos, pero no quería que sus «azules» se personasen al crimen. *Cuarenta guardias civiles entraron a saco por ellas. Los relojes se pararon, y el coñac de las botellas se disfrazó de noviembre para no infundir sospechas*.

Serían las cuatro de la madrugada cuando llegaron las «mantas» en una furgoneta de los de Asalto. Cuatro mujeres esposadas, y cuatro guardias armados, al mando de un cabo formaban la comitiva. *Por las calles empinadas suben las capas siniestras, dejando detrás fugaces remolinos de tijeras*.

Espigares puso mala cara cuando se encontró con «el paquete».

—¿Ya matáis también a las mujeres? —les espetó a los de Asalto cuando le enseñaron la orden de comisaría con el sello del Gobierno Civil.

—Esas son dos comunistas, y estas otras son una puta y una loca marimacho —contestó despectivo el guardia.

—¡No tenéis vergüenza! —les increpó el falangista.

—Son mis órdenes, camarada —se justificó el policía, que se había bajado del vehículo, exhibiendo el papel de su jefe.

—¡¡Ni camarada, ni hostias!! —dijo el jefe de centuria, echando mano a la pistolera—. ¡Vete de aquí o te pego dos tiros en los huevos!

Las cuatro mujeres, sin bajarse del coche, asistían aterradas al enfrentamiento entre los dos hombres.

—Cuando paséis por la calle Mesones, mirad al balcón de nuestra casa y decidle a nuestra madre: ¡Nosotros somos los que matamos a tus hijas! —le escupió en la cara al policía la mayor de las dos hermanas, que estaban muy enteras pese a saber de sobra lo que las esperaba.

El de Asalto se volvió hacia ella y le cruzó la cara de una bofetada, pero antes de recomponer la figura el uniformado estaba en el suelo del puñetazo que le había propinado el falangista, que ya estaba sacando la pistola para darle los tiros que le había anunciado.

—¡Joaquín, que te pierdes! —le gritó uno de los suyos al labriego de Víznar—. ¡No lo hagas!

—No se la juegue por unas pobres mujeres, señor —le dijo «La Pocha»—. Nosotras ya estamos muertas.

Espigares enfundó su arma, pero el de Asalto aún tuvo que sufrir una patada que le propinó el falangista.

—¡¡¡Iros de aquí ahora mismo!!! —les dijo señalándoles con el brazo el camino que debían tomar.

El jefe de grupo, con el rabo entre las piernas, volvió a la camioneta.

Media luna creciente alumbraba esa noche los campos ensangrentados de Víznar.

—¡¡¡A vosotras pido clemencia, estrellas de la noche!!! —gritó Agustina desde el coche policial. Se había puesto de pie encima del asiento y levantaba al cielo sus manos atadas.

—¡Cállate, loca! —chilló uno de los guardias.

—¡¡¡A ti, Luna que te muestras, te pido la paz!!!

—¡Te he dicho que te calles! —repitió el guardia, tirando de ella para que se sentara otra vez.

—¡¡¡A vosotros, ángeles del cielo, os pido Amor para mi vida!!!

Un golpe en las corvas la hizo bajar al asiento mientras la camioneta salía hacia el descampado donde iban a morir.

Las cuatro mujeres hicieron el viaje en silencio, cabizbajas, con la mirada perdida, conscientes de que vivían sus últimos minutos. Solo Agustina había clavado sus ojos en la luna y no cesaba de mirarla, como si quisiese escaparse por el hilo invisible que sus ojos habían lanzado hacia la casa de sus sueños.

Diez minutos después el coche aparcaba en el campo de instrucción. Los criminales sacaron a las mujeres del vehículo y

dispusieron su siniestro ritual. Las cuatro mujeres se tomaron de las manos y formaron una piña que inmediatamente separaron los pistoleros. A todas las pusieron de espaldas mirando a la noche mientras los faros del coche iluminaban sus espaldas.

Cuatro tiros de fusil retumbaron en el aire. *Tercos fusiles agudos por toda la noche suenan*.

Esa madrugada los de Asalto se habían encontrado acompañados en el descampado por unos voluntarios que habían subido a Víznar a fusilar a los «suyos». Eran unos de la «Escuadra Negra» que habían «paseado» a tres sindicalistas del transporte y que estaban esperando a los de Asalto para volverse juntos a Granada.

El jefe de los de la Escuadra fue el que dio el tiro de gracia a «La Zapatera», que había quedado malherida en el suelo. «Esta dejádmela a mí, que la conozco», pidió a los de Asalto refiriéndose a la moribunda.

—Federico… Federico —balbuceaba Agustina que tenía el espinazo roto de un balazo que le había interesado también un pulmón. La mujer estaba boca abajo y echaba mucha sangre por la boca.

—Esta es mía —dijo el jefe de los criminales al acercarse a ella amartillando su pistola.

—Federico… mi niño —dijo «*La Zapatera*» antes de perder el conocimiento.

El hombre, que vestía un traje blanco, se la quedó mirando y apuntó el cañón del arma a la nuca de la pobre mujer.

—¡¡Toma, zorra!! —dijo Trescastro al rematarla—. ¡¡Por puta y por lesbiana!!

Esa noche nadie avisó al poeta de que su amiga *Amelia*, su amor adolescente, su «*zapatera prodigiosa*», acababa de morir asesinada bajo la mortaja azul y helada de la luna de Granada.

Federico García Lorca nunca lo sabría.

Tampoco hizo nada por enterarse, porque ni siquiera la había echado en falta desde que vivía en casa de los Rosales.

89

14 de agosto de 1936 (mediodía)
Calle Angulo, Granada.

—¿Te gusta, Esperancita?

—Suena muy bien —dijo la pequeña de los Rosales entrando en la salita de su tía Luisa.

Las puertas de la habitación estaban abiertas de par en par y Federico tocaba el piano, con un Lucky en los labios, despeinado y con una copa de coñac al lado. Llevaba casi una hora trabajando en el teclado y apuntando en un papel que le hacía de partitura lo que iba saliendo de sus dedos.

—Aunque no te lo creas es un verdial —explicó él echándose para atrás. En ese momento se le cayó la ceniza sobre los pantalones.

La muchacha puso cara de no quedar muy convencida.

—¿De los de Málaga? —preguntó.

—Este es un verdial universal, un verdial del mundo entero. ¡El rey de los verdiales! ¡El verdial más antiguo del mundo! —bromeó hiperbólico el poeta—. Escucha…

Y Federico atacó otra vez una composición en compás ternario, el conocido como *abandolao*.

—Es bonito —reconoció Esperancita—, pero insisto. No parece un verdial, es más triste.

—¿Cómo no va ser más triste… si es un canto a los muertos? —se explicó el poeta—. Se acompañará con tambores y con platillos.

—¿A qué muertos?

—¡¡A todos los muertos del mundo, Esperancita!!

—Estás loco, Federico —sentenció, divertida, la pequeña de los Rosales.

—Pues díselo a tu hermano Luis, que está componiendo la letra…

—Sois un par de chalados —concluyó Esperanza Rosales—. Sois tal para cual.

—¡¡Perdón!! ¡¡Perdón!! —bromeó Lorca juntando las palmas de las manos delante del pecho como si estuviera implorando—. ¿Cómo me va a castigar por esta locura la más dulce de mis «divinas carceleras»?

—Te vas a quedar sin postre, Federico —dijo ella fingiendo un mohín de severidad—. Mamá ha mandado comprar piononos en donde te gusta. Y para Luis tampoco habrá.

—¡¡¡No!!!… ¡¡¡Sin piononos, no!!! —declamó teatralmente el poeta echándose al suelo y fingiendo una pataleta—. ¿Cabe mayor crueldad contra mí? ¿Cabe más grande castigo contra el pecado del ruido?

Federico se agarró a los tobillos de Esperancita mientras seguía aparentando un llanto desconsolado.

—¡¡Perdóneme, mi señora!! —insistía en la broma—. ¿Qué he de hacer para que me levantéis tan severa condena?

—Toca para mí unas bulerías —dijo ella después de pensárselo un rato—, y le diré a mamá que te ponga tres piononos, Federico.

—¡¡Gracias, mi dueña!! —respondió levantándose del suelo.

Federico se volvió al piano, tomó un trago de coñac, encendió otro cigarrillo y se sentó delante del teclado.

El son más festivo y bullicioso de Jerez de la Frontera salía por sus dedos inundando la casa de un ritmo rápido y de compás redoblado. Durante esos minutos la guerra estaba tan lejos de Federico como la Conchinchina.

—¿Ves, Esperancita? —decía sin dejar de tocar—. ¡Cómo «el Loco Mateo»! ¡Igualito!

El poeta metido a músico se refería a un cantaor de Jerez al que se tenía por el padre de la bulería gracias a su manera particular de rematar las soleares.

—Una bulería por cada pionono —exigió Esperancita cuando terminó la primera.

—¡Sea, mi sargento! —bromeó él acometiendo la segunda, que era una pieza del trianero Pepe «el de la Matrona», que fue el primero que las grabó en disco, y la tercera se la tomó prestada Federico a «La Niña de los Peines».

—Has cumplido, Federico —dijo ella tan contenta cuando el poeta terminó con el encargo—. Tendrás piononos de postre.

—¿Y Luisito? —preguntó Federico.

—También… —otorgó la «carcelera», bromeando—. Os perdono a los dos.

Federico dejó el piano, se limpió la ceniza que tenía en la camisa blanca, apuró el coñac y se acercó a Esperanza Rosales para tomarla la mano y besársela versallescamente en agradecimiento.

—Muchas gracias por los dos —dijo él para terminar la broma.

—¡Anda, no seas zalamero! —le contestó Esperancita complacida por la reverencia.

—¡¡¡Esperancita!!! —era la voz de doña Esperanza Camacho, que llamaba a su hija desde el patio.

—¡¡Dime, mamá!! —respondió ella.

—¡¡Baja, que ha venido Pepiniqui con unos camaradas del partido!! —ordenó la madre de los Rosales.

—¡¡Voy!! —obedeció la hija.

—Ven conmigo —le dijo Esperanza a Federico—. Así nos enteramos de cómo van las cosas.

—¿Pero tú crees…? —preguntó Federico que no tenía tan claro si podía exhibirse.

—Tú eres de la familia, Federico —dijo ella tomándole de la mano y bajando deprisa por las escaleras. Federico cogió su paquete de Lucky y su Zippo nuevo, y se dejó llevar.

Cuando llegaron al patio entoldado se encontraron con Pepiniqui, que vestía el uniforme falangista con los emblemas de jefe de centuria y que venía acompañado por su hermano Luis, Cecilio Cirre

y un militar que llevaba la camisa azul asomando por el cuello de la guerrera. Todos venían del cuartel general de Falange donde les había convocado el jefe provincial del partido, que no quería dejar un cabo suelto de lo que preparaban para el día siguiente.

Conocedores los falangistas del espectáculo que preparaba Valdés para el sábado por la mañana, su apoteosis particular al hilo del mandato de Queipo, ellos querían dejar claro que no eran unos «cualquiera» detrás de los militares, y por eso habían decidido concentrarse por su cuenta, ajenos a la convocatoria del gobernador civil, en Víznar, donde Nestares ejercía su jurisdicción militar.

La gota que había colmado el vaso de la paciencia falangista ante el ninguneo a que les sometía su viejo camarada era que les hubieran prohibido desfilar armados en la convocatoria granadina del sábado. A Nestares casi se lo llevan los demonios cuando se enteró de ello y movilizó todas sus influencias en el partido para no dejarse orillar por los nuevos amigos de Valdés, los «meapilas» de la camarilla. Organizadas las cosas para el día siguiente, y garantizándose la presencia en el acto de Narciso Perales, que asistió a la reunión en el convento de San Jerónimo, Pepiniqui Rosales invitó a Nestares para que estuviese con ellos en casa de sus padres.

Luis Rosales, que también vestía el uniforme de Falange, presentó a Federico a Cecilio Cirre, que no le conocía más que de oídas, y al militar.

—Este es Federico García Lorca, un amigo nuestro, como un hermano, que está unos días con nosotros —dijo Luis Rosales refiriéndose a Federico.

—Encantado —dijo Federico a Cirre cuando el falangista le ofreció la mano.

—Mira, Federico —y Luis señaló al otro visitante—. Te presento al capitán José Nestares, un viejo camarada.

—Mucho gusto, capitán —saludó al militar.

—Tenía ganas de conocerle, señor —celebró el militar sin soltarle la mano—. Soy un gran admirador suyo.

—Por favor, capitán, tutéame.

—¡Eso es! —añadió Pepiniqui—. ¡En esta casa somos todos camaradas!

—Yo soy amigo de José Antonio —aclaró Federico, que lo decía siempre que podía.

—Eso está bien, Federico —se complació Nestares—. Es el hombre más grande de España.

—Y que lo digas… —concedió Federico, que solo quería caer bien entre tanto uniforme y tanta pistola.

—Chicos, venid para acá, que os he preparado un aperitivo —les llamó Esperanza Camacho dando una palmada.

—Se lo agradezco, doña Esperanza —dijo Cecilio Cirre—, con el calor que hace…

—No tenía que preparar nada, señora —opinó Nestares, secándose el sudor con un pañuelo que sacó del bolsillo de la guerrera.

Una criada había dispuesto en una mesita de hierro forjado una jarra grande de limonada, otra de vino tinto con gaseosa, todas con hielo, y una fuente de jamón de Trevélez cortado en taquitos y otra con lonchas de queso de cabra. Una cesta con picos de pan y unas servilletas completaban el avío.

—¿Sabes que Federico está trabajando para el partido? —le apuntó Luis Rosales a Nestares conforme se acercaban al refrigerio.

—¿Y eso? —preguntó el militar, sorprendido por el dato. En realidad, Nestares no veía al poeta entre los suyos. Sabía perfectamente que García Lorca coqueteaba con el Frente Popular.

—En sus cosas, José María, en sus cosas —terció Pepiniqui—. Ya sabes cómo son los poetas…

—Estamos preparando un «Himno a los muertos» —aclaró Federico.

—Él se encarga de la música y yo pongo la letra —explicó Luis Rosales.

—La música es muy bonita —aplaudió Esperanza—. La ha interpretado para mí hace un momento.

—Eso es verdad —confirmó doña Esperanza.

—Los poetas y los intelectuales tienen un sitio principal en Falange —sentenció Nestares.

—Yo soy del partido de los pobres buenos —dijo el poeta, que tampoco paraba de repetir esa aclaración.

—Los obreros son la espina dorsal del partido —le declaró Nestares.

—Y que lo digas… —confirmó Pepiniqui, que era el más militante de todos los Rosales—. Falange es un partido de poetas, obreros, intelectuales y españoles republicanos de buena fe.

—Entonces yo podía ser falangista —dijo Lorca sirviéndose un vaso grande de vino con gaseosa.

—¡Todos seremos falangistas cuando termine esta puta guerra! —sentenció Nestares, que había acabado ya con el suyo de limonada.

—¡Arriba España! —gritó Pepiniqui levantando su vaso.

—¡¡Arriba!! —respondieron todos.

También Lorca alzó el suyo, ignorante de que en buena parte los disparos que le esperarían en el barranco de Víznar serían en realidad disparos contra Falange.

90

15 de agosto de 1936 (madrugada)
Calle Duquesa y camino del cementerio de San José. Granada.

Molido a golpes, ensangrentado y tumbado en un catre de la celda que compartía con otro obrero desafortunado, Juan Palao ingresó en el calabozo de la mano de los primeros escuadristas que fueron a detenerle. Desde el primer instante supo que aquellos eran los últimos momentos de su vida; al amanecer habría acabado todo, pero no tenía más miedo del que había imaginado. Después de su primera detención había pensado en que podía terminar así y quería irse con la misma dignidad con la que había procurado vivir. Había reclamado inútilmente la presencia del capitán Nestares, pero la respuesta era que el militar estaba demasiado ocupado con los desfiles del día siguiente y que no podía atender a nadie.

El recluso de al lado, enjuto y casi anciano, había sido militante comunista de toda la vida y también tenía el futuro muy negro. Le habían detenido en su casa y arrastrado a Comisaría para ficharle por «resistencia a la fuerza armada, rebelión y afiliación a organizaciones prohibidas». De ahí pasaría a manos del tribunal militar correspondiente. El que estuviera pendiente de juicio le daba un *status* superior en el peculiar mundo penitenciario que habían establecido los sublevados, porque Tomás Galán era un preso «con papeles» y, por tanto, tenía la suerte aún por decidir, aunque todo le pintara en contra, pero Juan Palao era un preso que no los tenía, que había sido conducido a Comisaría con la intención de no dejar rastro de él. Fuera por eso o por la templanza que dan los años el caso era que Galán, que fumaba un cigarrillo tras otro, no paraba de

darle ánimos a Juan cuando supo que allí le habían llevado los de «La *Escuadra Negra*».

—Yo no creo en la otra vida del cielo —le decía su compañero de infortunio— pero sí en otra vida en esta tierra, que es por la que he luchado siempre.

—Dios quiera que alguna vez haya una vida mejor para nuestros hijos —le contestó Palao.

—¿Tú crees en Dios, camarada? —preguntó Tomás Galán.

Juan Palao no contestó. No sabía qué decirle.

—Yo creo que Dios no existe —respondió el comunista—. Pero si existe, y es tan bueno como dicen los curas y las beatas, seguro que es comunista, como nosotros.

—Yo no soy comunista, Tomás —dijo Juan Palao—, pero soy tu camarada. Deseo lo mismo que tú y me he esforzado siempre por ello.

Les unía una filosofía interior que, pese al dolor de las torturas, les sacaba de vez en cuando una sonrisa impalpable.

—Vale la pena morir por los ideales que uno siempre ha defendido —decía Tomás Galán, que era de Maracena.

—Eso creo yo —asentía Juan Palao convencido de que no había hecho nada malo, solo buscar el bien. Los dos hombres se quedaron en silencio mirando al suelo.

La cárcel es lugar donde las cosas se ven distintas y se viven de otra forma. Entre cuatro paredes sucias con ventanas enrejadas la percepción se altera, las emociones se gestionan con un código moral distinto y, sobre todo, el universo de lo comprensible se reduce a la memoria. El silencio de aquellos dos hombres, que no solo estaban presos en aquel cuarto miserable, sino que, además, temían por su vida sin saber por qué habían de perderla, dejó paso a la confidencia. Dos hombres que se veían por primera vez, y con toda probabilidad por última, trenzaron sus recuerdos contándose quiénes eran, o quiénes creían ser. Hablaron de sus trabajos, de sus familias, de sus recuerdos, de lo que habían hecho y de lo que se les

había quedado por hacer, pero sobre todo conversaron para regalarse la palabra y huir del silencio con el que querían castigarles.

Palao, al que habían sacado de su casa sin tiempo siquiera para coger el tabaco, pidió un pitillo a su compañero de celda. Cuando este se lo iba a liar, Juan le dijo:

—Mejor dame solo un par o tres de papelillos.

—¿Vas a fumar solo papel? —preguntó el otro.

Palao no contestó. Sacó del pantalón su lapicero de trabajo y apoyado en el catre comenzó a escribir una carta, la última de su vida, que redactó con letra muy menuda para que enlazando el pegamento de los papelillos cupiera en los tres pliegos minúsculos.

Una vez terminada, la leyó en voz alta. La carta era para el capitán Nestares.

«Señor Capitán Nestares
Ya que no ha podido V. salvarme quiero pedirle a V. un favor y
es que me queda una mujer y cuatro hijos.
Haga V. lo que pueda por ellos y le comunique
a mi mujer y a mi hijo mi última voluntad
Gracia que espero de V. por ser la última voluntad
de un desgraciado que no tiene delito ninguno
porque el único delito que yo creo que
se me acusa es ser directivo y no es así
pues a mí se me nombra directivo en Marzo
y en la reunión siguiente que hubo presenté
mi dimisión, así que en mayo ya no
era directivo ni me he metido en nada
Esa es la causa de que me quiten la vida
Si fuera otra cosa lo mismo se lo diría
Puesto que ya no hay remedio. Adiós».

Cuando había leído dos de las hojitas, pegó con saliva la tercera y continuó con sus últimas palabras:

«Señor Capitán Nestares, no olvide
lo que le pido, que no tienen a nadie

que pueda socorrerles en nada.
Muchos recuerdos para toda la familia
y quiera Dios les salve de todo
Favor que pide a V. un moribundo. No lo olvide.
Juan Palao».

Y después de escrita su última voluntad, le pidió un pitillo a su compañero y fumaron juntos el que iba a ser su último cigarrillo. Minutos después, al filo de las cuatro de la mañana, dos hombres armados y sin uniforme irrumpieron en el calabozo y le dijeron:

—¡Arriba, desgraciado, que ya has dormido bastante! Un paseíto con la fresca te sentará muy bien.

Juan tuvo tiempo de arrugar los papelillos en los que había escrito la carta y dárselos al otro reo. «Házselo llegar a mi mujer. Ya sabes dónde», murmuró. Tomás Galán le guiñó el ojo y asintió.

Y Juan Palao entró esposado en un coche que salió de la calle Duquesa hacia las tapias del cementerio. Le acompañaban en el paseo otros tres obreros presos. La «Escuadra Negra» había elegido el cementerio en lugar del barranco de Víznar precisamente por él. No querían que Nestares supiera nada del asunto.

Al salir de comisaría y cruzar la plaza de la Trinidad, el vehículo casi atropelló a una sombra que, tambaleante, se le echó encima. Era José Palao. El destino quiso que los dos hermanos cruzaran sus miradas a través de la ventanilla. José vio a su hermano en el siniestro coche y supo lo que le esperaba. Solo fueron unos instantes, pero suficientes para que José cayera al suelo de rodillas abatido.

—¡¡¡Juan!!! —gritó con toda su alma, mientras se llevaba las manos a la cabeza y veía cómo el coche se alejaba. Su hermano apenas oyó el grito desgarrado de José, pero no pudo contener una lágrima.

—¿Conoces a ese borracho? —le preguntó el asesino que iba a su lado.

—No, no le conozco —mintió Juan Palao, que había sentido una terrible punzada en el pecho al ver a su hermano.

Minutos después, los escuadristas obligaban a los presos a bajar del coche y a punta de fusil y culatazos los empujaron hacia la tapia. Los faros del coche iluminaban la terrible escena y solo el ruido del motor turbaba el silencio del camposanto.

Esa noche, frente al pelotón de fusilamiento, cuatro presos iban a ser asesinados por seis criminales. Les revisaron los bolsillos y les quitaron los anillos de casado para que nadie les pudiera identificar, y como si todos hubieran ensayado la siniestra función, cada uno asumió su papel en completo silencio.

—¡¡¡Fuego!!! —fue la única palabra de aquella noche.

Juan Palao cayó el primero. Había querido recibir los disparos de frente al pelotón. La primera bala fue certera y le destrozó la cabeza. Juan la sintió entrar y explotar en su cerebro repleto de pensamientos hacia *Manu* y sus niñas. Se desplomó de inmediato.

En la partida de defunción de Juan Palao, que se obtuvo mucho después de su asesinato y a petición reiterada de Dolores Marqués, no pondría ni la hora, ni el minuto, ni el lugar de la muerte. Solo quedaría escrito que era un jornalero casado, que tenía treinta y ocho años, y que había fallecido «por heridas» un día que no pudo alcanzar a vivir, el 22 de septiembre. Ni siquiera en fechar su muerte habían sido veraces. Firmaba el certificado José Coleo Siles y actuaba como secretario de la certificación el abogado José Jiménez de Parga.

Un hijo de Tomás Galán hizo llegar a la viuda del encofrador la carta de su marido dos días después de que su padre fuera fusilado, cosa que sucedió el 10 de octubre. Le había juzgado un consejo de guerra por «sublevación»…

Dolores Marqués la leyó, lloró, la guardó y nunca se la trasladó al capitán Nestares.

91

15 de agosto de 1936 (mediodía)
Catedral de Granada y plaza de la Trinidad.

—Accípite et manducáte ex hoc omnes: Hoc est enim Corpus Meum. Quod pro vobis tradétur. Dominus meus et Deus meus.

Monseñor Parrado pronunció las palabras rituales de la consagración del pan y los asistentes a la misa mayor de la catedral de Granada, arrodillados, alzaron sus cabezas ante la exhibición de la Sagrada Forma.

En ese momento, la banda de música del Regimiento de Infantería «Lepanto n.º 5», presente en la nave basilical, rompía el silencio con los primeros acordes de la «*Marcha Real*», el himno nacional durante la monarquía de los Borbón. A los primeros compases, las fuerzas armadas presentes rindieron armas e inclinaron banderas y estandartes. Por ningún sitio aparecía la bandera republicana. El inefable Queipo de Llano había dispuesto que en todo el territorio de su jurisdicción se aprovechase la fiesta de la Virgen de agosto para celebrar «una fiesta grande de España para dar satisfacción a nuestros anhelos de ver ondear la bandera roja y gualda, oficialmente, bandera gloriosa que veneraron generaciones de antepasados y que se cubrió de honor en tantas acciones y en tan memorables gestas».

—Ecce Agnus Dei, Ecce qui tollit peccata mundi. Beáti qui ad cenam Agni vocátisunt —recitaba ahora el arzobispo granadino mientras los militares recobraban la posición erguida y él tomaba la sagrada Hostia sobre el cáliz, ofreciéndosela a la abigarrada concurrencia que estaba dispuesta a comulgar pese a tener muchos de ellos el alma chorreando sangre.

«El morado de la bandera republicana solo tiene un significado: el de la inmoralidad» vociferaba, mientras, en Sevilla el virrey de Andalucía. «La bandera bicolor es la insignia de una raza, de una dignidad, de una religión, de todo lo que estaba en peligro de desaparecer por el avance de las hordas marxistas», apostillaba Franco a su vez. Unos en Sevilla, otros en Granada y los demás alzados por el resto de plazas andaluzas sublevadas, aquel domingo de agosto se hermanaban a las claras militares, curas, banderas monárquicas, brazos en alto, boinas rojas, botas negras, pistolas en el cinto y demás quincalla fascista para pregonar que acababa de nacer el «glorioso Alzamiento Nacional».

La Iglesia era parte activa de la trama golpista y estaba al corriente de la sublevación desde el principio. De hecho, días antes de que se produjera, los obispos decidieron «hacer caja» y de ahí que las autoridades republicanas encontraran cuantiosas cantidades de dinero en distintas sedes religiosas. En el palacio obispal de Jaén había ocho millones de pesetas en metálico, más otro millón que ocultaba en su corsé la hermana del obispo cuando huía de la ciudad; en el Arzobispado de Madrid, diecisiete millones en bonos del Estado y uno más en metálico; en dos cajas de seguridad de *Le Credit Lyonnais* en Madrid 1340.00 pesetas, sesenta millones más en valores saneados y escrituras de propiedad por noventa y tres fincas urbanas, por valor de más de cien millones, y tres kilos de monedas de oro a nombre de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, conocidas como «las Hermanitas de los Pobres». La jerarquía eclesiástica quería poner a salvo los ahorros.

En la nave basilical, además del «todo Granada» con sus mejores galas, había treinta representantes uniformados por cada unidad militar de la plaza, cuanto oficial de guarnición estuviese franco de servicio, una compañía de la Cruz Roja con su banda de trompetas y tambores, y numerosos «camisas nuevas» llamados a la fe falangista a partir del éxito de la sedición.

Al frente de todos ellos se arrellanaban las nuevas autoridades de la ciudad, encabezadas por González Espinosa, el jefe de los jefes; José Valdés, flamante gobernador civil; y los militares traidores que se habían quedado con el Ayuntamiento y la Diputación Provincial. Todos vestían sus uniformes de gala con fajas, guantes y condecoraciones, pese al bochornoso calor de aquella mañana.

—*Ite, misa est* —dijo el arzobispo al concluir la ceremonia religiosa.

—¡¡¡Viva España!!! —contestaron casi todos. Algunos, además, levantaban el brazo a manera del saludo romano. El templo hervía en fervor fascista, pero la cosa no iba a terminar ahí. Valdés había dispuesto que, tras lo religioso, viniese lo militar… y ¿qué mejor para eso que un desfile por toda Granada?

El público y los militares salieron fuera, a la placeta de las Pasiegas y desde allí partió el desfile. Formaban la tropa los del regimiento de Artillería y los del de Infantería, detrás venían los de Aviación y tras ellos una compañía de la Guardia Civil y otra de la Guardia de Asalto.

Después de los uniformados profesionales venían los voluntarios En primer lugar los «Españoles Patriotas» armados con fusilería, detrás marchaba una escuadra de Acción Popular, después desfilaban los de «Defensa Armada de Granada» y para cerrar, los de la Cruz Roja, con una sección a la que seguían coches con enfermeras de uniforme.

Lo llamativo de aquella apoteosis era que todos iban armados menos los falangistas. Les habían obligado desde el Gobierno Civil a pasear sin armas, solo con sus camisas, lo que había indignado a los viejos jefes locales del partido, que habían decidido festejar en Víznar su propia celebración en desafío a la autoridad de Valdés. Nestares, que ofició de jefe de la convocatoria paralela, montó en la plaza de Víznar, al pie de la sierra de Alfaguara, una misa de campaña con todos los suyos. Allí no había más que «azules». Y si los de Granada interpretaban la «Marcha Real» durante la

Consagración, los falangistas tiraban de su himno, «El cara al sol», para lo mismo.

La parafernalia falangista se cuidó hasta el último detalle y Nestares formó delante del altar a las escuadras uniformadas de Falange que operaban bajo su mando. Y para que la cosa quedara más lucida puso también dos largas filas formadas por los falangistas de Alfacar, Nívar, Güevéjar, Cogollos Vega y Víznar.

En total paraban allí casi mil quinientos hombres armados. Alrededor y detrás de ese despliegue estaban los vecinos de Víznar y de los demás pueblos cercanos. Para colmo, colocó a los cinco falangistas más altos que tenía formando guardia armada junto al altar, exhibiendo el banderín de sus tropas. A la derecha de esos mozos puso bancos para las «señoras y señoritas» y a la izquierda mandó que formase la banda de música de la Bandera.

El despliegue era toda una manifestación de fuerza, un órdago a los «meapilas» de Valdés, explicaba Nestares a los suyos, en especial a Narciso Perales, que asistía orgulloso a la concentración.

Esa doble convocatoria dejaba claro que se había abierto una brecha profunda entre los cedistas, monárquicos y conservadores, de una parte, y los falangistas, republicanos y fascistas, de otra, que motivaba otra guerra civil, mucho más sorda e incruenta, dentro de los sublevados por ver quién se quedaba con la administración de la victoria. El desfile de la capital arrancó mientras dos aviones de los «nacionales» sobrevolaban el lugar. De la placeta de las Pasiegas fueron por la calle del Marqués de Gerona hasta llegar a Mesones y de ahí dirigirse a Puerta Real para enfilar Gran Vía y terminar delante del despacho de Valdés donde, imitando a Queipo, el nuevo gobernador civil pronunció un discurso. Esa mañana de domingo Federico García Lorca se quedó en la casa de la calle Angulo, a dos pasos del Gobierno Civil, con los padres de sus amigos y la tía Concha, porque Esperancita, que era de la Sección Femenina del partido, se había ido con sus hermanos. Federico se levantó tarde, desayunó en compañía de don Miguel Rosales y doña Esperanza

Camacho… y se quedó sin tabaco después de desayunar. Don Miguel le ofreció del suyo, que era negro y de liar, pero el poeta solo fumaba rubio americano emboquillado, su Lucky de siempre, y no quiso el de su anfitrión.

—Me voy a comprar tabaco —les dijo a los dos, y sin más componendas salió a la calle a por su dosis de nicotina de lujo.

Federico llegó a la plaza de la Trinidad, donde pensaba surtirse de un par de «cajetillas verdes». Vestía el mismo pantalón azul del traje con el que llegó a casa de los Rosales y una camisa blanca desabotonada hasta medio pecho, con las mangas remangadas hasta los codos. Todavía no se había afeitado y calzaba unas alpargatas blancas muy gastadas que llevaba sin calcetines.

Serían casi las doce y media del mediodía, y la plaza de la Trinidad estaba llena de gente. Los balcones que daban a ella estaban adornados con banderas «nacionales» o con mantones o sábanas blancas pintadas con un «Viva España». Lorca buscó entre la gente a una gitana vieja y enlutada que se ponía en la plaza todas las mañanas, incluso las de fiesta, para vender tabaco de contrabando o echar la buenaventura a cambio de unos reales. La romaní llevaba la mercancía en una bolsa grande que escondía bajo su amplia falda. Solía sentarse cerca de la esquina con Duquesa, pero aquel día se había mudado a la esquina con Santa Teresa.

—Madre —le dijo en cuanto la vio—, ¿tiene usted un cartón de Lucky, los de la cajetilla verde?

—¡Que va, hijo! Qué más quisiera yo —respondió la mujer—. Ya no me entra nada. Desde el follón…

—¿Ni una cajetilla? —insistió el poeta que ya se veía liando picadura de tabaco negro.

—Espera que miro, hijo mío —dijo la vieja echando mano a la bolsa del matute.

—Me quedan dos paquetes —ofreció sacándolos de debajo del refajo—. ¡Son los últimos!

—¡Me los quedo! —la suerte le iba a librar de la abstinencia.

—Son tres pesetas —dijo la gitana ofreciéndole la mercancía. Ni la gitana ni el poeta sabían que del pingüe negocio de ese contrabando salía gran parte del dinero con el que se financiaban los militares. Era Juan March, el último pirata del Mediterráneo, quien desde su cómodo refugio de Biarritz garantizaba la gasolina económica con la que rodaba buena parte del aparato militar fascista esas semanas.

Lorca rebuscó en los bolsillos del pantalón y solo dio con un billete de cinco pesetas.

—¡Huy, hijo mío. No tengo cambio! —mintió ella—. No he vendido nada todavía.

—Pues quédate la vuelta, madre —ofreció el poeta, que estaba deseando irse de allí. Demasiados uniformes, muchos brazos en alto y bastantes pistolas enseñadas con descaro le ponían nervioso por momentos.

—Te echaré la buenaventura por dos pesetas, y quedamos en paz —dijo ella tomándole la mano.

—Que no, madre. Que tengo prisa.

—¡Calla, mi niño! —insistió ella observando la palma de la mano derecha de Federico.

Durante un minuto, que a Lorca se le hizo eterno, los ojos de la mujer escrutaron insistentemente las líneas de su palma.

—¿No me dices nada, madre? —preguntó el poeta sorprendido del mutismo de la anciana. A Federico, acostumbrado a la verborrea de estas mujeres, se le hacía cuesta arriba tanto silencio.

—Espera… —dijo la maga sin levantar la cabeza—. Veo mucho humo.

Federico García Lorca no se dio cuenta de que un hombre de unos cincuenta años, vestido con un traje blanco recién planchado y un sombrero panamá, se apostaba cerca de él fingiendo liar un pitillo.

—Tienes que cuidarte mucho, hijo mío —concluyó ella al cabo de un rato.

—Cuidarme… ¿de qué? —quiso saber el poeta.

—Me voy, señorito —se despidió la gitana recolocando el matute —, que vienen los guardias y me quitan lo mío.

La gitana, que ni siquiera miró a los ojos a su cliente, no huía por los municipales que había en la esquina, huía porque en la mano de Federico había encontrado la Muerte cortando la línea de la Vida. Lorca, desconcertado, abrió uno de los paquetes, sacó un cigarrillo y lo encendió. Después se encaminó deprisa hacia la casa de sus amigos, sin reparar en que el hombre del sombrero de panamá lo siguió hasta que le vio entrar en el portal de los Rosales.

92

15 de agosto de 1936 (última hora de la tarde).
Plaza de la Trinidad y calle Duquesa. Granada.

—Te digo que era él, Ramón.

—¿Pero, estás seguro?

—Como de que hay Dios —protestó Juan Luis Trescastro—. Te juro que le he visto esta mañana en la plaza de la Trinidad.

—¿De verdad que entró en casa de los Rosales? —insistía Ramón Ruiz Alonso a su compadre.

—Le seguí hasta la misma puerta, porque no me reconoció.

—¡Qué hijo de puta! —bramó el «obrero amaestrado»—. Y nosotros buscándole…

Desde que el sargento Romerales elevó el día 9 de agosto el informe del incidente en la Huerta y lo dejó en el Gobierno Civil, toda «la camarilla» sabía que el poeta no se había escapado de Granada y que seguía en la casa de verano de sus padres.

Los vástagos Roldán se habían quejado a su padre de la intervención del de la Benemérita y de que, para colmo, Perea había quedado libre a las pocas horas, y decidieron cargar contra el poeta. Removieron Roma con Santiago hasta convencer a sus amigos de que ordenaran la detención de Federico García Lorca, pero Valdés no estaba por la labor. «Ese pollo no es nadie», les dijo cuando le pidieron el arresto. «Hay gente más importante que traerse por aquí. Ese individuo es un maricón inofensivo, no merece la pena gastar una bala en pegarle un tiro», insistía sin dar su brazo a torcer.

Pero Trescastro insistió una y otra vez, hasta que consiguió que Valdés autorizara llevarle al Gobierno Civil «para darle un susto… y poco más».

Valdés le encargó el servicio al jefe de su escolta, Federico Díaz Esteve, que era hijo del general Díaz Barrientos y el hombre de máxima confianza personal del gobernador. «Te lo traes, pero que no se pase nadie con él —le dijo la tarde del viernes—. Id a su casa el sábado por la mañana, para que no haya alboroto, luego lo ficháis y lo devolvéis al mismo sitio. ¿Comprendido?». Un gesto de cabeza de Esteve fue la respuesta.

La mañana en la que Federico salió a comprar tabaco, la escuadra de Esteve allanaba la casa de sus padres con la sorpresa de que «el pájaro había volado». Díaz Esteve no encontró al poeta en su casa, pero aprovechó la ocasión para «lucirse» haciendo un destrozo. Revisó el edificio de arriba abajo, desmontó el piano, por si encontraba dentro una radio con la que su perseguido hablara con Moscú, buscó panfletos y documentos que pudiesen comprometer a alguien y se fue de vació. Hasta después de comer no le reportaría a su jefe que «allí no había nadie», sin más explicación. Eso le valió a Valdés, que no tenía el día para aguantar la tabarra de Trescastro y sus amigos de la CEDA.

Cuando Trescastro quedó esa tarde con Ruiz Alonso en «El Jandilla» no sabía el resultado de la pesquisa del emisario de Valdés, pero estaba eufórico con haber encontrado a García Lorca en la Plaza de la Trinidad.

—Mira, Ramón —dijo Trescastro a su jefe político— yo les debo mucho a los Roldán, y el viejo quiere cazar al niño de Federico García.

—¡Toma… y yo! —le interrumpió el exdiputado de la CEDA.

—Se traen asuntos familiares y el maricón del niño ha puesto a parir a la familia en una obrita que ha escrito. Les tiene hasta los cojones a todos. ¡No te cuento cómo está de cabreado Pepe «el Romano»!

—A mí eso me da igual, son cosas de familia —sentenció Ruiz Alonso—. Pero lo que has descubierto cambia las cosas. ¡¡Es gravísimo!!

—¿El qué es gravísimo?

—Que unos falangistas escondan en su casa a un comunista como ese —peroraba Ruiz Alonso mientras se limpiaba las uñas con un mondadientes—. Es amigo de Fernando de los Ríos y ha escrito contra la Guardia Civil. ¿Te parece poco?

—¿Lo de ser amigo de Fernando de los Ríos…?

—¡No, coño! —se rebotó Ruiz Alonso—. Que lo escondan unos falangistas.

—Si tú lo dices…

—Con esto tenemos a los Rosales cogidos de los cojones —exclamó el cedista, que tenía ganas de vengarse de los muchos desprecios que le habían hecho los de la camisa azul.

—¿Estás seguro? —inquirió Trescastro, que no veía la jugada. A él le interesaba cazar a Lorca, y esas componendas políticas de su amigo se le hacían innecesarias.

—En cuanto se lo cuente a Valdés, verás como se alegra. Él también le tiene ganas —profetizó el «obrero amaestrado».

—¿A Federiquito?

—¡¡No, coño,… a Pepiniqui Rosales, que no te enteras!!

Media docena de cañas de cerveza y dos raciones de jamón, que por supuesto pagó Trescastro, les hicieron apaño como cena, y Ruiz Alonso se despidió de su amigo cuando llegaron al bar varios de «La *Escuadra Negra*» para preparar el «trabajo» de esa noche.

—Mañana te veo, Juan Luis —se despidió el desocupado y errático jefe sin tropa—. Te espero a las diez en «El Alhambra».

—Allí estaré, Ramón —le contestó el otro, ajeno a lo que iba bullendo en el magín del histriónico sindicalista de derechas.

Ruiz Alonso decidió pasar por el Gobierno Civil para hablar con Valdés y exponerle el caso esa misma noche.

Valdés le recibió después de hacerle esperar casi media hora en un salón en el que había más de cincuenta personas que también querían ver al gobernador.

—Te traigo una noticia muy importante, gobernador —le espetó a Valdés en cuanto le tocó el turno.

—Dime…, que tengo cosas que hacer y todavía no he cenado.

Ruiz Alonso, tan engolado como siempre, le explicó el «hallazgo» de manera muy exagerada, como si hubiese sido fruto de una pesquisa de su propia autoría. El gobernador se había enterado aquella misma tarde de dónde andaba el poeta porque se lo dijo por casualidad Miguel Rosales, el mayor de los hermanos, cuando visitó después de comer el cuartel de San Jerónimo para una inspección. Pese a todo se calló lo que ya sabía, siguió mirando al ufano delator y escuchó un rato más a Ruiz Alonso.

Valdés, que estaba cada vez más preocupado por la desobediencia de los falangistas, encontró en Lorca la excusa para hacer valer su poder.

—Mira, Ramón —le dijo cortándole en seco el discurso—. Yo no voy a mandar detener a ese caballerete si no media una denuncia concreta. Así que tú sabrás…

Valdés, que ganaba a zorro al obrero meapilas, acababa de dar la vuelta a la tortilla. Lanzaba a Ruiz Alonso el órdago de que fuese él mismo quien denunciase al poeta y él se reservaba en la película el papel de Poncio Pilatos. A Ruiz Alonso le tocaba hacer de Judas, cosa que no estaba en las previsiones del cedista.

—¿Qué quieres que haga, gobernador? —preguntó Ruiz Alonso, que empezaba a sudar. Quería evitar el órdago, pero le iba a resultar difícil.

—¡Tú sabrás! —le repitió Valdés alzando el tono.

—Comprendido, Valdés —se rindió el tipógrafo—. Mañana vendré aquí y te traeré una denuncia concreta.

—Si crees que esa es tu obligación… —le terminó de apuñalar el militar.

—¿Ordenas alguna cosa más? —dijo Ruiz Alonso, que ahora lamentaba la visita y quería salir de allí cuanto antes.

—Nada. Retírate —le contestó volviendo a los papeles que tenía encima de la mesa.

Ruiz Alonso salió de la oficina de Valdés en dirección a la redacción de «El Ideal», y allí se sentó delante de una máquina de escribir para redactar la denuncia. Estructuró el texto en cinco acusaciones. La primera, cómo no, era que el poeta era un agente soviético y aducía como prueba su afiliación ya sabida a la *Asociación de Amigos de Rusia*, sus ayudas económicas al Socorro Rojo y la suscripción de manifiestos a favor de la República y el Frente Popular. La segunda era que Federico denigraba con su pluma, y se refería al *Romancero gitano*, a la Guardia Civil. La tercera correspondía a una no probada pertenencia a la masonería granadina, apuntaba que al poeta se le conocía por «Homero» en las logias de la ciudad, cosa que era rigurosamente falsa. La cuarta hacía referencia a su conducta sexual, que consideraba desviada, a sus extravagancias en el vestir, a sus amistades con gitanos y gitanillos y a sus irreverencias contra la fe religiosa de los católicos. Concluía en la quinta con un cajón de sastre que podía resultar mortal: sus amistades. En ese capítulo se le vinculaba a Fernando de los Ríos, a Manuel Fernández-Montesinos y a tantos más significados republicanos de la ciudad. Cuando Ruiz Alonso creyó tener los deberes hechos sacó el folio del carro de la máquina, lo firmó a pie de página, le puso fecha manuscrita del día siguiente, lo dobló escrupulosamente, lo metió en un sobre y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Esa madrugada tres dardos se dirigían cada vez más deprisa al pecho del poeta.

Uno se lo enviaban sus propios parientes de la Vega, que reclamaban venganza por sus denuncias en *La casa de Bernarda Alba*. El arco que disparaba se había formado en las rencillas antiguas por las tierras y la influencia, y la punta del dardo la había pulido el viejo Roldán. Eliminando al hijo de su viejo competidor saldaría una cuenta con su historia.

El segundo venía de la CEDA y apuntaba a casa de los Rosales, pero se iba a clavar en él porque estaba dentro. Esa flecha la habían afilado, cada uno a su manera, Ruiz Alonso y Trescastro —que también había trabajado en la primera—, y el arco necesario lo ponía Valdés, que miraba para otro lado esperando el acierto en la diana. El militar cobraría su pieza en otro sitio. Lorca era solo un pretexto. Valdés ni siquiera quería su sangre.

El tercero venía de él mismo, de su Destino. Federico García Lorca se encontraba en una encrucijada vital. Había roto con Rafael Rodríguez Rapún, Martínez Nadal estaba ya muy lejos de su vida, no se entendía con su padre, estaba incómodo con sus compañeros de oficio, un secreto íntimo le pesaba en el alma y solo el cariño inmenso a su madre le ataba a España. Los billetes para México estaban en su casa de la Huerta, esperándole. ¿Huir, quedarse o tal vez morir, como había adivinado la gitana de la Plaza de la Trinidad?

93

16 de agosto de 1936 (al amanecer)
Plaza de España y basílica de La Macarena. Sevilla.

A las 4:30 de la madrugada llegaba al edificio de la Plaza de España un coche del Juzgado Militar. Tras pasar los controles de guardia entraron en el inmueble donde estaba retenido el general Campins, el coronel Arcusa, juez instructor del procedimiento contra el general, acompañado por el capitán Secretario de la Causa. Con ellos iba el defensor del general, el capitán de Infantería Benito Campos.

Pidieron ver al jefe de la prisión y se instalaron en su despacho para cumplir la siniestra tarea. Una hora después, satisfechas las primeras formalidades necesarias con el teniente coronel jefe del establecimiento, los dos oficiales de Infantería que estaban de guardia fueron a buscar a Campins a su habitación.

Quince minutos más tarde, el general, vestido con traje civil, se dirigía escoltado por los dos oficiales al despacho del jefe penitenciario.

—¿Pueden avisar, por favor, al teniente coronel Berzosa? —preguntó Campins al pasar por delante de la habitación de su amigo, que estaba arrestado junto con su jefe, el coronel Allanegui, por no haber puesto a las órdenes de Queipo el regimiento a su mando, el «Granada n.º 6». Berzosa estaba despierto y vestido desde las cinco, y al oír el requerimiento a través de la puerta, se sumó a la comitiva detrás de su amigo.

Cuando Campins entró en el despacho, sabiendo a lo que iba, escuchó imperturbable la sentencia que le condenaba a muerte.

Todo había sucedido en apenas tres días. El 14 por la tarde el juez instructor y el secretario se habían presentado en el domicilio de su arresto para comunicarle los cargos que se le imputaban y qué tribunal iba a juzgarle.

Por ellos supo que su vida dependería del general López Pinto, que presidiría el tribunal, del comandante del Cuerpo Jurídico Giménez Quintanilla y de su abogado defensor, el capitán de Infantería Benito Campos. Entre otras, se le acusaba de «Rebelión Militar y oposición al alzamiento. Intento de organización de una columna militar, siguiendo instrucciones del Gobierno, para marchar contra los sublevados de Córdoba. Intento de entregar las armas del cuartel de Artillería a la Guardia Civil, para que esta, cumpliendo órdenes del Gobernador Civil, las entregara a su vez a las milicias izquierdistas». Y, así, cinco o seis imputaciones más.

Le dijeron que el consejo de guerra, que sería sumarísimo, se celebraría al día siguiente, sábado 15, a las diez de la mañana, en el cuartel del Duque. Le dijeron también que disponía hasta ese momento para preparar su defensa con el capitán Campos, que se lo había proporcionado su amigo Berzosa. El general pasó el resto del día con su defensor repasando las notas que había redactado durante su arresto en Granada; una relación detallada de lo que sucedió desde su llegada a la Capitanía hasta el día que fue detenido por sus subordinados, según órdenes de Queipo. El teniente coronel Berzosa estuvo con ellos todo el día.

Cuando Franco, que estaba en Sevilla desde el día 13, supo de la pésima situación de su amigo, y más desde que había recibido la carta de la mujer de Campins implorándole clemencia, decidió jugar una baza a favor de su antiguo ayudante. El general Franco escribió una carta a Queipo ponderando su amistad con Campins, la excelente hoja de servicios del encausado, su solvencia militar y su honestidad, y concluía pidiendo que no se le condenara a muerte. Pacón hizo entrega de la misiva al «virrey de Andalucía», quien la rompió teatralmente ante el comisionado sin abrirla. «No quiero abrir

ninguna otra carta de su general que trate de este enojoso asunto, y dígales a todos que mañana domingo será fusilado ese señor».

A la misma hora que Queipo pronunciaba esas palabras, Campins, vestido con su uniforme militar adornado con el fajín rojo de su grado y las medallas en la pechera, se encontraba con que el fiscal pedía que se aplicara la pena máxima por un delito de rebelión contra la Junta de Defensa. Recurría para ello al espurio argumento de la «ley de necesidad», porque utilizando el Código de Justicia Militar no podía sostener su extravagante acusación.

Visto que las cosas pintaban mal para su defendido el capitán Campos comenzó su alegato resaltando la excelente hoja de servicios de Campins y su probada obediencia a la jerarquía del mando castrense, pero eso valió de poco cuando se leyeron en la sala las declaraciones escritas de los testigos granadinos. La más inculpatoria contra Miguel Campins venía, precisamente, de la pluma del coronel Muñoz. Campins se dio cuenta de que de poco iba a servir la defensa cuando descubrió durante la vista que el proceso se había iniciado verdaderamente en Granada, como diligencias previas, el día 30 de julio sin que se le comunicara ni le tomaran declaración. Por las mismas supo en la sala que las diligencias se habían convertido en causa sumarísima al amparo del Artículo 4 del Bando de la Junta de Defensa Nacional, de fecha 28 de julio de 1936, dictado después de suceder los hechos. A Campins no le quedó más remedio que cerrar la vista justificándose como pudo, sabía que el esfuerzo no valdría de mucho. Cuando se levantó la sesión, con el juicio visto para sentencia, la misma fuerza que le había llevado a la sala le devolvió a la Plaza de España, donde Campins llegó antes de almorzar, sobre las 12:45. Berzosa había convenido con Campos que en cuanto se supiese la sentencia se pondría en contacto con él por teléfono. A las 14:30, sin tener noticias del defensor, Berzosa consiguió hablar con el Cuartel del Duque y fue el alférez de guardia quien le anticipó: «el general ha sido condenado a muerte». Berzosa avisó inmediatamente a la mujer de Campins y a su cuñado, Antonio

Roda, que estaba en Sevilla desde hacía unos días para asistir como mejor pudiese al marido de su hermana. El cuñado fue esa misma tarde a visitar al cardenal de Sevilla para que el jefe religioso influyese ante Queipo de Llano y conseguir una reducción de la pena. Pero a Roda no le dieron siquiera entrevistarse con él. Esa tarde quien tuvo trabajo fue Queipo de Llano, que era consciente de que la decisión de fusilar a Campins se podía volver contra él si cometía algún error en el procedimiento. En cuanto Queipo tuvo la sentencia en la mano se la comunicó mediante telegrama a la Junta de Defensa Nacional, en Burgos. «El General Queipo comunica a la Junta de Defensa Nacional la sentencia que condena a muerte al General Campins». La Junta levantaba acta al respecto. Decía así: «En la ciudad de Burgos, a 15 de Agosto de 1936, reunidos, bajo la Presidencia del Excelentísimo señor General de División don Miguel Cabanellas Ferrer, los Excelentísimos señores Generales de Brigada don Emilio Mola Vidal y don Fidel Dávila Arrondo y los Coroneles de Estado Mayor don Federico Montaner Canet y don Fernando Moreno Calderón, miembros de la Junta de Defensa Nacional presentes en esta Plaza, quedaron enterados del radiograma del Excelentísimo señor General de la segunda División, en el que da cuenta de la sentencia dictada por un Consejo de Guerra contra el General de Brigada don Miguel Campins Aura, en la que se le condena a la pena de muerte, informando desfavorablemente respecto a la concesión de indulto. Y para que conste firman todos los presentes esta acta, en la Ciudad y fecha indicadas».

Ya no quedaba ninguna oportunidad para Miguel Campins Aura.

Cuando le comunicaron la sentencia, el general no dijo nada. Había pasado en oración toda la noche y estaba preparado para lo que acababa de escuchar. El general se quedó en silencio, mirando fijamente a los oficiales que le habían participado el crimen contra su persona. Todos rehuían su mirada.

—Queda usted en capilla, mi general —le dijo el jefe penitenciario, impresionado por la entereza del detenido—. ¿Desea vuecencia

alguna cosa?

—Quiero que avisen a mi cuñado y me permitan despachar a solas con él en mi habitación —solicitó—. Solo serán unos minutos.

—Como usted desee, mi general —contestó el teniente coronel.

—Muchas gracias.

Los dos oficiales le devolvieron a su habitación. Detrás de ellos marchaba Berzosa con los ojos nublados por las lágrimas contenidas.

—Espérame en tu habitación, Lucio —le dijo a su amigo—. Luego me despediré de ti.

Antonio Roda llegó al cuarto de su cuñado enseguida. Estaba en la sala de visitas desde la diez de la noche, esperando un milagro.

Los dos hombres se abrazaron nada más verse.

—¿Qué tal está Lolín? —le preguntó lo primero.

—Te puedes imaginar, Miguel.

—Pobre… —dijo el general, que por primera vez en toda la noche estuvo a punto de romper en lágrimas al mencionar a su mujer.

Campins y Roda se sentaron al lado de la mesa donde el general tenía sus papeles.

—Antonio, quédate con todo esto —le dijo indicándole sus notas y algún otro documento—. Es la verdad de lo que ha pasado. Quiero que la conozcan Lolín y los niños.

Entre los papeles estaba la última carta que había escrito a su esposa. En ella decía: «voy a la muerte tranquilo por estar en gracia de Dios y satisfecho de haber cumplido con el deber en todo momento». También pedía a los suyos que perdonasen, «al igual que hago yo», a todos los que le habían hecho daño, y que tuviesen fe en Dios y entereza para sobrellevar su muerte.

—¿Quieres algo más, Miguel? —ofreció Roda.

—Sí, Miguel —le dijo mirándole a los ojos—. Quiero que te marches ya y que me prepares el entierro. Procura que sea algo sencillo.

Roda se calló y ofreció un cigarrillo a su cuñado. Un Lucky de los que le gustaban al militar.

—¡Mala comisión te ha tocado, cuñado! —dijo Campins inhalando el humo del cigarrillo—. Vete ya, por favor. Quiero estar un rato a solas.

Los dos hombres se abrazaron por última vez.

—Dale un beso a Lolín y a los niños —añadió cuando Antonio Roda salía por la puerta—. Diles que los quiero mucho.

Diez minutos después unos golpes suaves en la puerta le indicaron que le reclamaban sus guardias.

—Mi general, le esperan en el despacho del teniente coronel —dijo el alférez más joven, que apenas podía controlar la emoción ante una situación tan terrible.

—Vámonos ya, señores —ofreció Campins.

En el despacho del jefe, además del teniente coronel, le esperaban Berzosa, su abogado y dos sacerdotes, uno diocesano y otro castrense ataviado con el uniforme de capitán.

—Ya veo que no hay remedio, Berzosa —le dijo a su amigo—. No llame usted a los demás —Campins se refería a los otros oficiales detenidos en Plaza de España— porque no quiero que se den un mal rato, despídame de ellos.

Los dos hombres se abrazaron y después Campins se quedó a solas con los sacerdotes. Con ellos confesó y comulgó. Cuando salieron los curas, se quedó solo un momento, no más de cinco minutos. Fuera estaban el jefe de la prisión, el teniente coronel Berzosa, el capitán defensor y los dos oficiales de guardia.

Un comandante de la Guardia Civil, acompañado de cuatro guardias, le esperaban ya para llevarle al lugar de la ejecución. El jefe de la prisión entró a por Campins y en pocos minutos salía de su despacho la fúnebre comitiva. Con el general iban su defensor y el capellán castrense, el comandante de la Guardia Civil y los cuatro guardias. En el despacho quedaron los demás.

Berzosa vio desde el balcón cómo subían a unos vehículos que les esperaban en la plaza para llevarlos hasta la Basílica de la Macarena. Campins, que vestía un traje civil, iba esposado con las manos delante. Eran las seis de la mañana. En el lugar de la ejecución, escuadras de todas las armas al mando de un coronel formaban el cuadro ritual. Del pelotón de fusilamiento se encargaba la tropa legionaria, nueve soldados al mando de un alférez «chusquero» del Tercio. Campins bajó del coche esposado y se dirigió al paredón con una dignidad que sobrecogió a muchos de los presentes. Un oficial del cuadro salió de formación y se acercó a saludarle: había sido alumno suyo en la General de Zaragoza. El abrazo del militar a su antiguo jefe desconcertó al improvisado público. Campins, ya plantado delante de la pared, rechazó la posibilidad de darse la vuelta o de que le vendaran los ojos y prefirió encarar la muerte directamente, sin ayudas. Lo que volvió a sorprender a muchos soldados, tanto que cuando el oficial legionario ordenó los primeros movimientos de la ejecución y el general se irguió gallardo para afrontar los disparos, algunos de ellos se resistieron a apuntar al condenado.

El «chusquero» desenfundó su pistola para que le obedeciesen, porque más de la mitad no se atrevían a fusilar al general.

—¡¡¡Apunten!!! —ordenó por segunda vez.

Ante la amenaza del arma, el pelotón acató la orden. Algunos cerraron los ojos.

—¡¡¡Fuego!!!

Nueve disparos sonaron en el amanecer sevillano, pero solo tres atravesaron a Miguel Campins Aura, que cayó fulminado en el instante.

El médico certificó la muerte y acreditó que no hacía falta «tiro de gracia».

Las fuerzas del cuadro desfilaron ante el cadáver que yacía en el suelo; lo hicieron con bandera y música, tal y como disponen las

ordenanzas militares. Algunos soldados lloraban y muchos tenían un nudo en la garganta. Eran las seis y media de la mañana.

En ese mismo momento, el general Franco salía de Tablada hacia Burgos en un avión alemán. Acudía a una entrevista con el general Mola. Nunca perdonaría a Queipo el asesinato de su amigo.

94

16 de agosto de 1936 (por la mañana)
Calle de San Antón, Huerta de San Vicente,
cementerio de San José. Granada.

—¿Ya ha sucedido? —preguntó agobiada doña Vicenta en cuanto vio entrar al cura en la salita. Venía precedido de la criada de la casa.

Un gesto del clérigo fue la única respuesta.

—¡Dios mío! —exclamó la madre del poeta.

El sacerdote era el confesor habitual de Manuel Fernández-Montesinos y Lustau y sabía desde el día anterior que su amigo el alcalde sería fusilado de madrugada. Había pasado la noche en la prisión provincial asistiendo espiritualmente al condenado y a algunos más de la causa que reclamaron sus servicios. La familia había hecho lo imposible para evitar la ejecución, pero no habían conseguido nada. Ni siquiera García-Alix obtuvo la más mínima piedad del gobernador.

Una orden del Gobierno Civil, ratificada por el coronel González Espinosa, era la única notificación que iba a llevar a la muerte al alcalde y a otros treinta y cuatro más aquella madrugada. No había sentencia porque no había habido juicio.

Desde el mediodía del día anterior, cuando se conoció la condena, los padres de Concha estaban en casa de su consuegra para pasar juntos las últimas horas y esperar, con rezos y llamadas, esa oportunidad milagrosa que les devolviera con vida al alcalde del Frente Popular.

—¡Pobre Manolo! —volvió a decir mientras tomaba las manos del cura.

—Ha muerto como un buen cristiano, doña Vicenta —quiso aliviarla el tonsurado—. En paz y en gracia de Dios.

—¡¡Son unos criminales, don Lucas!! —protestó, que era la que tenía el carácter más fuerte de toda la familia.

—Doña Vicenta, por favor… —quiso templar el cura.

—Sabía yo que los fascistas nos acabarían matando a todos —y recordó su profecía—. ¡¡Pobre hija mía!! ¡¡Pobres nietos míos!!

Concha García Lorca llevaba unos días en casa de su tío Paquito, en la Huerta del Tamarit, escondida con sus tres hijos. Todos pensaban que estaría más segura allí.

—Doña Vicenta, por favor… —insistió el cura, que era muy de derechas.

—¡Ni favor, ni leches, padre! —le escupió ella—. ¡Son unos asesinos… y punto!

—¿Quiere usted que recemos un rosario, doña Vicenta? —ofreció el clérigo—. Eso le calmará.

—Mire, padre —dijo ella recuperando la calma—. No tengo el cuerpo para misterios, ¿de acuerdo?

—Como usted quiera, señora —aceptó el capellán, que sabía del fuerte carácter de doña Vicenta.

—Mire usted, don Lucas —le dijo al cura—, doña Pilar está durmiendo y mi marido está muy alterado. Le voy a acompañar al dormitorio de mi consuegra para que sea usted quien se lo anuncie, pero no quiero que le diga nada a mi marido, porque tiene el corazón fatal. ¿Lo ha entendido?

—Desde luego que sí, doña Vicenta.

La madre del poeta y el sacerdote se encaminaron por el pasillo para contarle a la madre la terrible noticia.

—Pilar… Pilar —la llamó Vicenta Lorca para despertarla—. Ha venido el padre Lucas.

Cuando la pobre mujer abrió los ojos y se encontró al cura en la cabecera de su cama supo de inmediato qué le venían a contar. Un grito sordo fue lo único que articuló. Vicenta Lorca, muy afectada,

salió de la habitación para dejarla a solas con el sacerdote… y con su dolor.

Sabía que le faltaban dos tragos por pasar: decírselo a su marido y a su hija, porque a su hijo Federico no pensaba explicarle nada, al menos de momento.

A Vicenta Lorca le había sorprendido ver el derrumbe de su marido, un hombre especialmente fuerte y decidido. La soledad de la Huerta desde que llegaron a Granada, la terrible noticia al poco de la sublevación militar, el pánico incontrolado de su hijo y sus muchos sueños funestos unidos a la sensación de encierro vigilado que tenían en su vergel granadino habían ido carcomiendo la resistencia espiritual de su marido.

Don Federico había envejecido en tres semanas más de lo que lo hubiera hecho en diez años, y su salud, fuerte de ordinario, se resquebrajaba por días afectada por las enfermedades del alma. El temor por lo que pudiera ocurrirle a su familia, y en especial a su hijo, el más débil, obraba contra todo su ser. Desde que los Roldán se presentaron a por el casero, y de paso golpearon y amenazaron a su hijo, su fortaleza se había disuelto como un azucarillo en un café.

Doña Vicenta regresó al salón y decidió que cambiaría el orden de sus tareas. Primero hablaría con su hija y después con su marido. Llamó por teléfono a Paquito «el de Loja» y le pidió que fuese a buscarla a la calle San Antón «así que pase media hora». Después se fue a la cocina y preparó un vaso de leche caliente, al que añadió una buena dosis de láudano, para llevárselo a su marido a la cama.

—Tómatelo, Federico —le dijo Vicenta despertándole con suavidad —, te sentará bien.

—¿Qué hora es? —preguntó su marido todavía amodorrado.

—Es muy pronto, marido mío —mintió ella acercando el vaso de leche a sus labios—. Sigue durmiendo. Yo te despertaré cuando sea la hora.

El buen hombre, más en el sueño que en la vigilia, se tomó la leche y el láudano le devolvió al sopor de su quietud doliente.

Vicenta Lorca comprobó que su marido dormía profundamente y volvió al cuarto de su consuegra.

—¡Que me lo han matado, Vicenta! —le dijo ofreciéndole los brazos—. ¡Que me lo han matado!

Las dos mujeres se entrelazaron en el abrazo más doloroso que una madre puede recibir, el del lamento por la pérdida de un hijo, y así estuvieron unos minutos: en silencio y hablándose solo con lágrimas de sangre.

—No quiero que le digas nada a Federico hasta que yo vuelva —le pidió Vicenta.

—¿Dónde vas? —preguntó angustiada doña Pilar.

—A por Concha y los niños —respondió—. A Federico se lo diré luego, cuando se despierte. Le he dejado durmiendo.

Doña Pilar asintió.

—Y usted, padre… —le dijo al cura mirándole con puñales en los ojos—. ¡Se calla!

—Claro que sí, señora —respondió sobrecogido el cura.

En la calle ya la esperaba Paquito.

—Vamos a la Huerta del Tamarit. Date prisa —ordenó la madre en cuanto se sentó detrás.

El camión que aquella madrugada había subido al cementerio con Fernández-Montesinos y los otros condenados hizo una parada en el Hospital Real, que albergaba el manicomio.

—Venimos a por José Palanco Romero, que está detenido aquí —anunció un guardia civil en la puerta.

Diez minutos después José Palanco, esposado, cegado y enloquecido subía al camión con sus compañeros de infortunio.

Las cosas habían ido de mal en peor para el catedrático desde que se lo llevaron de su casa. Aquel día, cuando Nestares llegó a su despacho y vio las condiciones en las que estaba, mandó llamar a Romero Funes y a Rojas para pedirles explicaciones y tomó la decisión de trasladarlo a la prisión donde creía que estaría más seguro. Una semana después recibió la visita de la mujer del

catedrático, que le refirió las incesantes torturas a las que sometían a su marido. Le dijo también que no le habían permitido facilitarle otras gafas y que sin ellas se encontraba cegado, sufría mareos y se estaba desquiciando por momentos. Nestares, conmovido por el relato, prometió que se interesaría por él y esa misma tarde ordenó su traslado al manicomio, donde estaba seguro de que recibiría mejor trato. Se equivocaba.

A las diez y media el Packard de Paquito entraba en la Huerta de Tamarit y la madre de Concha García Lorca tragó saliva consciente del trago que la esperaba.

—¿La espero, señora? —preguntó el conductor.

—Sí, Paquito, espéranos —le contestó—. Volvemos todos a Granada enseguida.

Vicenta Lorca entró en casa de su cuñado y a la primera que vio fue a Angelina Cordobilla, que daba el desayuno a sus nietos.

—¿Dónde está Concha? —preguntó después de besar a los niños.

—La señorita está arriba, dormida desde hace una hora —contestó Angelina—. La pobre se ha pasado la noche en vela y está agotada.

Media hora más tarde, Concha García Lorca subía con sus hijos y su madre en el coche de Paquito. Doña Vicenta Lorca lloraba. Concha, sin embargo, no había vertido ni una lágrima; un grito desgarrador al saber que habían asesinado a su marido seguido de un mutismo escalofriante y sombrío fue su única respuesta a tan terrible desgracia. Los niños miraban asustados a su madre sin decir palabra mientras el coche volvía a la calle San Antón.

—¿Cómo ha sido, mamá? —preguntó de repente Concha, con una voz tan lejana como su mirada. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que supo que se había quedado viuda.

—No lo sé, hija mía. No lo sé —contestó su madre.

Doña Vicenta no podía contestarle, y mejor así, porque cuando el camión llegó a las tapias del cementerio, los guardias bajaron a los presos a culatazos y les pusieron de cara a la pared sin desatarles las muñecas, les metieron en el bolsillo un papelito con su nombre y

los empujaron de nuevo para colocarlos en fila, y sin mediar aviso, una descarga irregular los tumbó en el suelo. El jefe del pelotón paseó entre ellos para rematar los tiros de gracia; Palanco y Fernández-Montesinos estaban entre los que lo recibieron.

95

Mañana del día 16 de agosto de 1936.
Plaza de Bib-Rambla, Granada.

—Deme un *chavico*, señor.

El policía sintió el tirón de la mano del chaval en la pernera de su pantalón.

—¡No molestes, niño! —protestó el de la secreta, que quería pasar desapercibido.

—¡Deme un *chavico*, señor, que tengo hambre! —insistía el pequeño sin soltarle el pantalón.

El hombre se quitó al niño de encima con un empujón.

—¡Deme algo! —suplicaba pertinaz el mocito mientras volvía a él con la mano extendida.

—Toma y vete de una puta vez —le escupió entre dientes mientras le tiraba dos monedas que llevaba en el bolsillo.

El niño las cogió al vuelo y antes de que el policía se diera cuenta había desaparecido por la esquina del Zacatín.

La plaza de Bib-Rambla estaba abarrotada pese a ser solo las diez de la mañana, pero desde las ocho ya era una ratonera. Una docena de policías de paisano esperaban las indicaciones de su jefe para solventar lo que habían ido a hacer. El operativo lo completaban varios coches apostados en las bocacalles de la plaza y una escuadra de falangistas «nuevos», que aguardaban en un bar. Todo había empezado la noche anterior cuando José Palao localizó a Trescastro en «El Jandilla».

—Mañana viene, Juan Luis —le anunció José Palao, ajeno por completo a lo que le habían hecho los hombres del abogado a su

mujer y a sus hijos. Llevaba días sin pisar su casa, escondido, y solo pensaba en terminar con el «servicio» y huir de allí cuanto antes.

—¿Estás seguro? —preguntó el cedista.

Valdés seguía apretándole las tuercas a Trescastro con sus listas… y había algunos «objetivos» que se le resistían todavía. Entre ellos los que venía a anunciar el minero traidor.

—Te lo juro por mis hijas —protestó Palao para hacerse creer.

—Si tú no tienes hijas —dijo con retintín—. Si son de tu mujer… Y bueno, tampoco tienes mujer —le desmontó Trescastro sin que el otro alcanzara a comprender exactamente qué es lo que había querido decir.

—Las quiero como si fueran mías —mintió Palao.

—Mira, Pepe, como me engañes esta vez te juro que te comes tus propios cojones —le amenazó el jefe criminal—… y te los voy a arrancar yo mismo.

—¡Que sí, joder! ¡Que esta vez es verdad! —protestaba Palao—. Mañana va a bajar a Granada para despedirse de su familia, y luego se marcha para Córdoba.

—¿Y el Cabezas? —preguntó Trescastro.

—Joaquín siempre va con Paco —reveló el confidente—. Bajarán juntos, me lo han dicho.

José Palao había cumplido lo que le pidió Galadí cuando se escapó del Albaicín. Había avisado a la mujer del banderillero anarquista que su marido había salido con bien y que se escondería en la sierra, pero que antes de irse a zona republicana la llamaría para despedirse de ella y de su hijo.

Cuando Galadí y sus amigos salieron de Huétor, escapándose otra vez de los militares, se escondieron en una cueva de la sierra y desde allí mandó a uno de los suyos para que buscase a Palao y le citase cerca de una venta que le señaló. El día del encuentro, que había sido el viernes 13, apareció Galadí, con Cabezas y tres más que les cubrían las espaldas. Mientras el mesonero, que era «de la idea», les ponía queso y una jarra de vino, Galadí, Cabezas y Palao

convinieron cómo sería la cita. Se ajustó que Palao iría a casa del banderillero el lunes a primera hora y que recogería a su mujer y su hijo, y luego los tres, como si fueran una familia más, acudirían a la plaza de Bib-Rambla, donde estarían los dos amigos esperándoles. A esas horas había muchos tenderetes en la plaza y sería fácil pasar desapercibidos entre tanta gente. Cuando estuviesen en la plaza se acercaría Galadí, y Palao ya podría irse. Cabezas le cubriría las espaldas a su amigo desde ese momento.

Así se lo contó Palao a Trescastro, y desde aquella misma noche los de comisaría prepararon la caza de los más buscados por Valdés.

—Procura que todo salga bien —amenazó Trescastro cuando supo cómo iban a correr las cosas.

—No es asunto mío cogerles, Juan Luis —se escabulló Palao—. Yo solo tengo que marcártelo y quitarme de en medio. Después intervenís vosotros, ¿vale?

A las diez en punto José Palao entró en la plaza. La mujer de Galadí iba cogida de su brazo izquierdo y el hijo del banderillero de su mano derecha. La «familia» paseó entre los puestos, según lo acordado con Galadí, mientras la gente de Romero Funes les seguía a una distancia prudencial.

—Hay que tener cuidado, Paco —le dijo Cabezas a su amigo—. Esto está lleno de gente.

—De eso se trata, Joaquín —dijo el jefe—. Aquí no nos localizan.

Los dos amigos, que iban armados, estaban apostados cerca de la esquina con la calle Libreros fumándose un pitillo, como si fueran dos parados más de los que a esas horas iban por allí de un lado para otro.

—¡Míralos, ahí están! —dijo Galadí cuando reconoció a su mujer y a su hijo.

—Va Pepe con ellos —reconoció Cabezas cuando los vio junto al minero.

—Voy para allá —apuntó el banderillero—. Tú cúbreme las espaldas.

—Date prisa, Paco —le recomendó su amigo mientras buscaba en el bolsillo la culata de su *pistola*—. Este sitio me huele mal.

—No te preocupes, Joaquín —dijo el otro—. Solo será un momento.

Los dos amigos se fueron hacia la esquina norte de la plaza. Cabezas marchaba diez pasos detrás de su camarada.

Romero se fijó en el movimiento de los suyos y dejó el periódico que leía encima del velador para seguir la maniobra. «Ya están localizados. Ahora solo queda esperar a que aparezcan esos dos», se dijo mientras encendía un cigarrillo y apuraba el café con leche.

Un toque en la espalda de Palao le avisó de que detrás de él tenía a su emboscado amigo. El minero se dio la vuelta.

—Aquí los tienes, Paco —dijo en cuanto le vio—. Os dejo.

—Gracias, José —respondió el banderillero.

—¡¡Papá!! —dijo el niño en cuanto vio a su padre detrás de ellos.

—¡Cállate, niño! —le reprendió la madre, consciente del peligro.

Galadí tomó a su mujer de una mano y a su hijo de la otra y les sacó del puesto para llevárselos hacia la otra esquina de la plaza. Palao salió de la plaza por la calle de la Pescadería y respiró aliviado; Galadí estaba en la ratonera, como le había prometido a Trescastro. En la esquina de la plaza con el Arco de las Cucharas había una anciana que tenía un puesto de frutos secos en la acera. El niño se escapó de la mano de su padre y salió corriendo hacia ella.

—¡Cómprame unas almecinas, padre!

—Ponle al niño dos reales de esas —dijo el banderillero.

La vieja cogió una hoja de un periódico del día anterior y preparó un cucurucho donde meter los frutos. Era la portada de «El Ideal» y en ella se anunciaba que Badajoz había caído en manos de los sublevados.

—Dejadles un rato —ordenó Romero desde la otra esquina de la plaza al inspector que dirigía la redada—. Esperad a que se despida de ellos para arrestarle.

—Hay otro con él, jefe —le informó el ayudante.

—Será el Cabezas —dijo el comisario—. Siempre van juntos.

—¿Qué hacemos con ese?

—Cogedle antes, pero sin escándalo —decidió el jefe—. Tapadle la boca al detenerle y hacedlo tan pronto como Galadí se separe de su mujer y del niño. Montadlo bien, que no quiero un solo tiro en la plaza, que hay mucha gente… y seguro que hay turistas.

Lo de los turistas era un problema para los sublevados. El aislamiento de la ciudad tras la sublevación había encerrado en ella también a los extranjeros, muchos de ellos con cámaras fotográficas, y los insurrectos no querían servirles en bandeja el reportaje de su barbarie. El niño cogió el cucurucho de almecinas y se las fue comiendo delante de sus padres, mientras Galadí hablaba con su mujer. El cerco sobre el anarquista se estrechaba por momentos, pero ni él ni Cabezas se habían percatado de la encerrona.

—Perdona, Paco —le dijo Cabezas acercándosele por detrás con disimulo—. Despídete de ellos y vámonos ya, que esto me da mal fario.

—Vale, Joaquín —le contestó Galadí sin darse la vuelta—. Ya nos vamos.

El banderillero se acercó a su hijo y se agachó para abrazarle.

—Te quiero mucho, hijo mío —le dijo estrechándole muy fuerte. Un extraño presentimiento se le metió en el alma al sentir la piel de su hijo sobre su mejilla, como si no le fuese a ver más—. Cuida de tu madre, que ahora eres tú el hombre de la casa.

—¿Cuándo vas a volver, padre? —preguntó el niño, que había sentido algo parecido.

—Muy pronto, hijo —mintió el anarquista, que no pudo controlar las lágrimas.

—¡Te quiero, padre! —le dijo su hijo, que no quería soltarse de su cuello.

—Yo a ti también, Antoñito —le respondió él, cada vez más emocionado—. ¡Te quiero más que a mi vida!

Galadí se levantó con su hijo entre los brazos y se lo dio a su madre.

—Sois lo único que tengo —le dijo ofreciéndoselo—. ¡Cuidaos hasta que vuelva!

—¡Tú también, Paco! —dijo ella con las lágrimas en los ojos.

Los dos esposos se dieron un beso y Galadí vio cómo su familia abandonaba la plaza.

El ayudante de Romero hizo un gesto con la mano y el operativo de la detención dio comienzo.

Dos automóviles, uno que salía de la calle del Príncipe y otro que lo hacía por el Arco de las Cucharas, entraron en la plaza y se dirigieron hacia la esquina donde estaban los anarquistas. Cuando Galadí y Cabezas quisieron enfilar hacia la calle del Zacatín era demasiado tarde. Estaban rodeados. Sin tiempo de reacción, los dos anarquistas se vieron en el suelo, amordazados y con una docena de pistolas apuntándoles a la nuca. En menos de un minuto, les habían metido en coches distintos y los llevaban a la calle Duquesa, donde les esperaba el capitán Rojas.

Romero Funes, contento por el servicio, se fue en el tercer coche al Gobierno Civil. Quería ser él quien le participase la noticia a Valdés.

Cuando Francisco Galadí y Joaquín Cabezas entraron en comisaría, esposados y por su propio pie, llevaban la cara chorreando sangre.

96

16 de agosto de 1936 (al mediodía)
Calle Angulo y Gobierno Civil (Granada).

—Pues no, caballero —dijo doña Esperanza Camacho—. Se ponga usted como se ponga y me enseñe usted lo que me enseñe, le digo que nuestro invitado no sale de esta casa.

—Pero, señora —insistía Ruiz Alonso colocando el oficio delante de la madre de los Rosales—. Aquí dice…

—Ni papeles, ni Santo Cristo —le cortó doña Esperanza—. Le he dicho que usted no se lleva de aquí a don Federico, lo diga quien lo diga.

—Señora… —porfiaba el «obrero amaestrado», que vestía la camisa azul con «el cangrejo» en el pecho—, es mejor hacer las cosas por las buenas…

—¡Esta es una casa falangista, y usted aquí no es nadie! —gritó doña Esperanza.

—Lo sé, señora… y muy respetable —reconoció Ruiz Alonso, que no esperaba esa oposición en una mujer mayor, y tampoco quería meterse en un lío con la madre de uno de los principales jefes falangistas de la ciudad.

—Mis hijos no están aquí —insistía la madre de Pepiniqui—. Y sin su consentimiento usted no se lleva a nadie, o se nos lleva a todas con él, si se atreve.

Y doña Esperanza Camacho señaló a su hija y a la tía Luisa, que estaban sentadas en los sillones de mimbre que había al lado de la fuente. Esperancita acababa de bajar al patio. Federico estaba arriba, en su habitación. Había subido a esconderse cuando oyó que llamaban a la puerta.

—No es eso, señora. Si solo vengo para trasladarle al Gobierno Civil y hacerle unas preguntas; no me le llevo detenido. Le doy mi palabra de honor de que no le va a pasar nada.

—¡No se lo va a llevar usted de ninguna manera, caballero! ¡No insista!

—¿Y se puede saber donde están sus hijos? —preguntó Ruiz Alonso, que quería volver como fuese al Gobierno con García Lorca.

—¡En el frente, luchando por España! —respondió orgullosa—. Como debía estar haciendo usted… y no perdiendo el tiempo emboscado en retaguardia y deteniendo a gente de ley en una casa honrada.

—¿Todos están en el frente?

—Sí, todos —contestó desafiante—. Estamos solas en casa.

Y así era, porque el padre estaba en la tienda de la plaza Bib-Rambla y los hijos estaban de servicio. Luis en Motril, Pepiniqui en el frente de Güéjar-Sierra y Miguel cumplía guardia en el convento de San Jerónimo.

—Vaya usted a ver a mi hermano a San Jerónimo y cuéntele lo que quiere —terció Esperancita Rosales sin levantarse del sillón.

—Eso haré, señorita —aceptó Ruiz Alonso, que veía una salida en ello—. No estoy haciendo nada malo y se lo explicaré a su hermano.

—Pues váyase para allá, caballero —mandó doña Esperanza indicándole la puerta.

—Muchas gracias, señoras —se despidió Ruiz Alonso desde el umbral—. Volveré cuando haya hablado con su hijo, doña Esperanza.

—Espero que no vuelva, señor —le dijo la madre—. Que pase buena tarde.

Era la una del mediodía y un sol bochornoso caía sobre Granada.

Ante la puerta de los Rosales esperaba Juan Luis Trescastro en su coche. La operación contra Federico había comenzado a las diez de la mañana del aquel día terrible.

Ruiz Alonso se había despertado muy temprano y había llamado a Trescastro para desayunar con él en la plaza de la Trinidad y

explicarle que tenía preparada la denuncia contra García Lorca. Le mintió al decir que el comandante Valdés le había pedido que la redactara, pero Trescastro confió en él y juntos fueron al Gobierno Civil para interponer el escrito acusatorio. Allí se encontraron con que el gobernador no estaba en su despacho, porque había salido a primera hora de la mañana de inspección a Órgiva, y era el fiel Velasco Simarro quien les recibía. Ruiz Alonso y Trescastro le ofrecieron la denuncia y le pidieron que firmara una orden de detención, pero Velasco, temeroso de meter la pata con Valdés, se negó a hacerlo. Ante la insistencia de los dos cedistas, y para quitárselos de encima, concluyó que volvieran más tarde, cuando el gobernador estuviera de vuelta. Dos horas después, pasado ya el mediodía, los dos hombres volvían al Gobierno Civil, pero Valdés todavía no había regresado de la inspección. Y entonces decidieron forzar la situación recordándole a Velasco el *Romance a la Guardia Civil* del poeta. Tal y como habían previsto, la mención al poema encendió al teniente coronel, que se vio retratado en él, y les otorgó una concesión: «Bueno, yo os registro la denuncia como que me la habéis entregado a mí, y os sello una copia y hacéis lo que queráis con ella. Pero no os firmo ninguna detención». Con aquella solución, los dos sicarios vieron el cielo abierto. Ahora, media hora después de llamar a la puerta de los Rosales, se dirigían al cuartel de Falange en busca de Miguel Rosales.

Mientras, en la casa de la calle Angulo, Federico García Lorca no cesaba de pedir ayuda a doña Esperanza, aterrado porque habían ido a buscarle.

—Por favor, doña Esperanza —suplicaba el poeta deshecho en temblores—, que venga Pepiniqui. ¡Por favor!

Federico sabía que Pepiniqui era el hombre fuerte de Falange y de la familia, y de quien más se fiaba para garantizarle la seguridad.

—No te preocupes, Federico —trataba de tranquilizarlo ella—, ya están todos avisados. Tú no sales de aquí.

Esperancita, vista la desazón del poeta, le preparó una tila y Federico se la tomó mientras consumía un cigarrillo tras otro.

Eran las 13:45 cuando el Oakland de Trescastro llegaba al cuartel de San Jerónimo. Allí encontraron a Miguel Rosales y le explicaron que tenían orden de llevar a García Lorca al Gobierno Civil. Ruiz Alonso le enseñó el documento que él mismo había preparado y que no tenía más que un sello de registro. Miguel, aparentemente convencido, aceptó acompañarlos y volvió con los tres a casa de sus padres, aunque no las tenía todas consigo. Cuando llegaron a la calle Angulo, Federico, que estaba más tranquilo, se alegró de que Miguel viniera con ellos. La madre puso a su hijo en antecedentes y le explicó que no podía localizar a los otros hermanos. Durante el rato en que doña Esperanza, Esperancita y Miguel hablaban a solas en el patio, Federico subió a la planta de arriba con la tía Luisa. Minutos después, doña Esperanza se dirigía a Ruiz Alonso:

—Mi hijo Miguel se irá con ustedes para acompañar a nuestro invitado. ¿Le parece bien?

—Desde luego que sí, señora —concedió Ruiz Alonso—. Le doy a usted mi garantía personal de que a don Federico García Lorca no le va a pasar nada. Solo va para atender unas preguntas.

Esperanza, al ver que el cedista aceptaba, fue a avisar a Federico de que se preparase y le dijo que no se preocupara, que Miguel estaría con él. El poeta no estaba muy convencido, pero vio que no le quedaba más remedio y muy asustado bajó la escalera.

—¿Don Federico García Lorca? —preguntó Ruiz Alonso y le extendió la mano.

—Sí, soy yo —contestó correspondiendo al saludo—. ¿Qué desea usted?

—Que me acompañe al Gobierno Civil para responder unas preguntas —apuntó Ruiz Alonso, mientras le mostraba el papel con el sello del gobernador.

—¿Estoy detenido?

—No, señor —dijo Ruiz Alonso—. No vengo a detenerle, sino a pedirle que me acompañe para hacer una declaración. Eso es todo.

—Entonces iré con usted —aceptó Lorca, más sereno—. Yo no tengo nada que ocultar.

—Miguel irá contigo —apostilló doña Esperanza.

—Yo estoy buscando a Pepiniqui —añadió Esperancita Rosales, que sabía que era lo que quería oír su huésped—. No te preocupes, Federico.

—Vámonos, señores —concluyó Ruiz Alonso, que tomó a Lorca de un brazo para llevarlo hasta la puerta. Pero Miguel Rosales se interpuso para ser él quien le acompañara.

—Gracias, Miguel —le dijo Federico antes de salir.

Apenas se hubieron marchado, doña Esperanza avisó por teléfono a su marido y a doña Vicenta. Les dijo que habían detenido a Federico. El pánico cundió en casa de los García. «Primero Manolo, que lo han matado hace unas horas, y ahora el niño», exclamó doña Vicenta cuando supo la noticia. El padre de los Rosales llamó de inmediato al padre de Federico y se fue a verle a la calle de San Antón sin pasar por su casa de la calle Angulo.

A las 14:20 llegaron al Gobierno Civil. Valdés no había vuelto todavía a su despacho.

Ruiz Alonso entregó a Lorca a Velasco Simarro; los acompaña Miguel Rosales, quien le pide al guardia civil que cuide de Federico: «es un amigo de la familia», aclara. Velasco les hace pasar a una sala contigua al despacho del gobernador y allí están un rato Miguel y Federico, hasta que el falangista se marcha del Gobierno Civil con el pretexto de ir a buscar a sus hermanos y volver para sacarle de allí. «Dile a Pepiniqui que venga enseguida, Miguel», se despidió Federico inundado de temor.

Mientras Miguel Rosales busca a su hermano Pepe por teléfono y no lo encuentra, a Luis tampoco, y lo mismo a Antonio, que también estaba en el frente, don Federico García Rodríguez llama a su abogado en Granada, Pérez-Serrabona, y se va a buscarlo junto con

el padre de los Rosales. Los dos hombres visitan al letrado en su casa. Son las cinco de la tarde. Serrabona intenta hablar con Valdés, pero no lo consigue porque no ha vuelto. El abogado insistió toda la tarde, pero sin ninguna suerte, y don Federico García Rodríguez empieza a desquiciarse. Cuando a las nueve de la noche, Luis Rosales llega a su casa y se entera de lo sucedido, se enfada con su hermano y llama a algunos amigos suyos para sacar a Lorca del Gobierno Civil. Al grupo se une Pepiniqui, que acaba de llegar del frente. En menos de media hora estaban todos en el Gobierno Civil.

Velasco, que todavía ejerce de suplente del gobernador porque este no ha regresado, les indica que Federico está en la habitación de al lado y que, si tienen algo que decir, hagan una manifestación. Y eso hacen, prestan declaración y exigen ver al comandante Valdés. Pepiniqui Rosales, muy alterado, se queja de que «un tal Ruiz Alonso ha entrado en mi casa, la casa de un falangista». Y Ruiz Alonso, que le oye, se encara con él.

—Ese tal Ruiz Alonso soy yo —dijo el «obrero amaestrado», plantándole cara.

—Bueno, ¿has oído? —le increpó José Rosales cuando lo tuvo delante—. ¿Por qué te has presentado en casa de un superior sin una orden y te has llevado a mi amigo?

—Bajo mi única responsabilidad —respondió el cedista, convencido de que ese era un buen argumento.

—No sabes lo que estás diciendo. ¡Repítelo! —exigió el falangista.

—¡Bajo mi única responsabilidad!

—¡Repítelo! —insistió Rosales, cada vez más encendido por el descaro de Ruiz Alonso.

—¡Bajo mi única responsabilidad!

—¡Cuádrate y vete! —le ordenó José Rosales echando mano a su pistolera.

Ruiz Alonso no se daba por aludido, ni estaba dispuesto a retirarse, y fue Cecilio Cirre, uno de los del grupo de los Rosales, quien intervino:

—¡Estás tratando con un superior! ¡Cuádrate y sal de aquí! —le ordenó el falangista echando mano a su cartuchera.

Ramón Ruiz Alonso se dio cuenta de que jugaba con fuego y obedeció la orden. Mientras sucedía el altercado en la sala grande del Gobierno Civil, Valdés llegaba en coche desde Órgiva y subía a su despacho usando una escalera particular sin que nadie le viera. Pepiniqui Rosales, cada vez más furioso, se fue hacia el despacho de Valdés, pistola en mano, seguido de los suyos. Estaba harto de que le dijeran que no había llegado y sin respetar al guardia de turno abrió la puerta de la oficina. La irrupción del falangista sorprendió a Valdés, que estaba acompañado de los hermanos Jiménez de Parga, del policía Romero Funes y del abogado Díaz Pla, jefe local de Falange.

—¿Te hace falta un arma para entrar en mi despacho? —le preguntó Valdés con absoluta frialdad.

—Perdona, camarada —se disculpó Pepiniqui enfundándola—, pero es que he estado a punto de meterle dos tiros ahí fuera a un soplapollas.

—Eso está mejor —le dijo Valdés como quien reprende a un niño pequeño—. Tú dirás qué quieres de mí a estas horas, Pepiniqui.

—Un hijo de puta que se llama Ruiz Alonso se ha presentado este mediodía en casa de mis padres, ¡en mi casa! —enfatizó Rosales—, y se ha llevado por orden tuya a un amigo nuestro.

—¿Y quién ese individuo?

—¿Ruiz Alonso?

—No, hombre. Ese sé quién es. Me refiero al que estaba en tu casa.

—Federico García Lorca. Un poeta, un buen hombre y un amigo nuestro.

Valdés, sin ni siquiera mirarle, rebuscó entre los papeles de su mesa hasta que encontró lo que buscaba.

—Mira esto —le dijo ofreciéndole la denuncia de Ruiz Alonso—. Yo no sé nada.

José Rosales tomó la acusación de la que le había hablado su hermano Miguel y la leyó.

—Estate tranquilo, porque ese señor se encuentra perfectamente en un despacho aquí al lado —le dijo Valdés.

—Esto no es más que una sarta de patrañas de un baboso como ese meapilas —vociferó Rosales devolviendo el escrito a la mesa del gobernador—. ¡Tenía que haberle pegado un tiro ya!

—Y tú,… ¿qué quieres?

—Quiero llevármelo ahora mismo —contestó el falangista.

—A mí no me importaría que te lo llevaras, Pepiniqui —le dijo Valdés con su frialdad característica—. Pero con esta denuncia aquí tengo que darle curso y tendrás que esperar a que este señor declare al respecto de lo que dice la acusación.

—¿Vas a creer al mentecato ese? —preguntó Rosales indignado—. ¿Pesa más la palabra de un tuercebotas que la de un jefe de Falange, camarada?

—Al falangista no tienes que convencerle —sentenció Valdés—, pero el gobernador civil tiene que ser respetuoso con el procedimiento. Y soy el gobernador civil, ¿comprendes?

Valdés disfrutaba con la escena, pero más aun los de la «camarilla», que no se perdían puntada.

—¿Entonces? —preguntó Rosales que ya veía que no se llevaba a Federico García Lorca.

—Pues nada, camarada —respondió Valdés—, que mañana se verá el asunto. Y ahora, si quieres, puedes visitar a tu amigo, no hay problema.

—Pero… —iba a protestar Rosales.

—Nada más, Pepiniqui —le interrumpió Valdés—. Puedes irte, que ya es tarde y he pasado muy mal día.

Cuando salieron del despacho, José Rosales fue a ver a Federico para tranquilizarle. «Te sacaré de aquí, Federico. Queda tranquilo» y el poeta quiso creerle, a pesar de sus miedos.

—Mañana vendremos a por él —le apostó Rosales a Velasco Simarro—. Iremos a ver al gobernador militar y verás como él dispone que lo soltéis.

Valdés, que seguía con fuertes dolores de estómago, se tomó una dosis grande de láudano para calmarlos y procurarse el sueño. Tras la ingesta de la droga, Valdés despidió a la «camarilla» y se retiró a dormir. Eran las once de la noche del domingo.

Velasco, inquieto por el último comentario de Pepiniqui Rosales, avisó a Ruiz Alonso de que tal vez «se les escapase el pájaro», y Ruiz Alonso hizo lo propio con Trescastro, que contacta con Romero Funes para que «prepare las mantas» para esa misma noche.

El operativo que sacó a Lorca del Gobierno Civil aquella madrugada estuvo ordenado por Velasco, porque Valdés, después de la bronca con los Rosales, estaba profundamente dormido por el efecto del láudano. Velasco Simarro había consentido a Ruiz Alonso y Trescastro que realizaran la detención al mediodía y volvió a ser él quien dio la orden a Julio Romero Funes, que a su vez transmite al teniente de la Guardia de Asalto Rafael Martínez Fajardo, el amigo de Nestares, para que recoja en la Comisaría de Vigilancia a Galadí y a Cabezas, pasen por el Gobierno y se lleve con ellos a Federico García Lorca para subirlos a todos a Víznar, recoja lo que haya en «La Colonia» para fusilar y «los pasee a todos». Trescastro se encargó de que el asunto se liquidara cuanto antes y, aunque no fue con ellos a Víznar, avisó a Antonio Benavides Benavides, el primo de Federico, de lo que iba a suceder esa noche.

—Antonio…

—Dime, Juan Luis…

—¿Tienes «servicio» esta noche?

—No, me quedo en casa. Hoy es domingo.

—Tienes que subir a Víznar sin falta.

—¿Para qué, si no me toca?

—Para un asunto de familia, Antonio.

—Tú dirás…

—¿Te acuerdas del maricón de la cabeza gorda, el juntaletras ese que es comunista?

—¿Cómo no? Si nos ha puesto a parir…

—Pues le llevan esta noche a Víznar… a darle un paseo, para que esté fresquito.

—Me alegro…

—Quiero que hagas una cosa…

—Lo que tú mandes…

—Quiero que estés allí esta noche y te encargues personalmente del «asunto», por el honor de la familia.

—Comprendo. Cuenta conmigo.

—¿Quieres que te acerque en mi coche?

—No hace falta, Juan Luis. Me iré con otros compañeros que me han dicho que suben esta noche.

—Mañana me cuentas…

—No te preocupes.

Esa conversación telefónica tuvo lugar a las 23:15, antes de que Federico García Lorca saliera del Gobierno Civil.

97

17 de agosto de 1936 (de madrugada)
Víznar. Granada.

—¡No, Rafael, yo no los fusilo! —exclamó indignado José María Nestares—. ¡Dile a tu jefe que no cuente conmigo para eso!

—Pero, José María.

—Ni pero ni hostias, Rafael —le cortó el jefe de Víznar—. Estoy hasta los cojones de las canalladas de esa gente.

—Yo soy un mandado, José María —se disculpaba el teniente de los de Asalto, Rafael Martínez Fajardo—. A mí me han dado esto.

El oficial de la guardia de Asalto adscrito a la Comisaría de Vigilancia de Granada le enseñaba un impreso de su departamento, con fecha del día 16, firmado por Julio Romero Funes como «Inspector Jefe» y sellado con el tampón del Gobierno Civil con el visto bueno de Velasco Simarro. Allí aparecían los nombres de Francisco Galadí, Joaquín Arcollas Cabezas y Federico García Lorca.

—¡Mira lo que hago yo con esto!

José María Nestares, furioso, rompió el papel en varios trozos y los tiró al suelo.

—Son las órdenes, José María —insistía el de Asalto.

—Mira, Rafael. Te conozco desde hace mucho y te quiero como a un hermano. Eres un buen hombre y has probado tu lealtad y tu valor a mi lado cuando otros que hoy se pavonean de cargos y camisas nuevas se escondían en sus casas o en los cuarteles cuando gente como tú y como yo, incluso como el cabronazo de Valdés, nos jugábamos el tipo por España.

—Hice lo que tenía que hacer —le interrumpió Fajardo.

—Por eso no te pego un tiro ahora, Rafael. Porque eres mi amigo y un buen camarada —se explicó Nestares—. Pero fusilar a García Lorca me parece una indecencia, además de una gilipollez.

—Son cosas de Valdés.

—No lo creo, Rafael —sentenció Nestares—. Valdés es un cabrón con pintas, pero no es un estúpido. Esto es cosa de la camarilla de meapilas que tiene en su oficina.

—¿Estás seguro? —preguntó Fajardo sorprendido—. ¿Por qué lo dices?

—Puedo entender lo de los anarquistas —continuó Nestares—, porque Valdés les tenía ganas, como si tuviese algo personal con ellos, pero no entiendo lo de García Lorca. Como maten a Lorca se van a meter todos en un lío.

—¿Y eso?

—Porque Lorca, además de inofensivo, estaba protegido por los Rosales. Vivía en su casa, como un hermano más. Yo mismo le he visto allí un par de veces, incluso cenamos con él una noche toda la familia, Cecilio Cirre y yo. Me sorprende que Valdés se haya atrevido a sacarle de allí.

—Pues se han atrevido…

—¿Y Pepiniqui qué dice?

—No sé nada. A mí me han traído a este señor esposado a las once y media de la noche y punto. «Llévatelo a Víznar y ya sabes», es cuanto me ha dicho Romero Funes, que es el que se ha encargado de todo.

—Habrá avisado a los que tiene en «La Colonia», porque a mí no me ha dicho nada. Esto me huele fatal y yo no quiero saber nada, Rafael.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que te han mandado, Rafael. Lo que te han mandado —sentenció Nestares, que estaba muy molesto con la historia—. ¿Qué vas a hacer?, no te queda otro remedio que obedecer, pero yo me quito del lío, porque esto va a traer cola.

Nestares eligió a Manuel Martínez Bueso, un falangista de su confianza, para que los acompañara. «Cuida de que los de Asalto que están allí no hagan ninguna barbaridad», le dijo antes de despedirse. Los coches con los presos y la escolta armada siguieron camino de Víznar en dirección a «La Colonia». Los banderilleros, esposados, iban en el coche de detrás; el primero llevaba a Martínez Fajardo y Lorca, en los asientos de atrás, y el conductor y Bueso delante. Fajardo había decidido no esposar al poeta porque entendía que no era «peligroso». En «La Colonia» se bajaron todos de los coches, menos los conductores. Allí estaban los hombres de Nestares que vigilaban la instalación. Recogieron a los presos y los llevaron dentro del edificio, a una sala grande en la que esperaba Dióscoro Galindo, el maestro republicano de Pulianas.

A Dióscoro Galindo se la tenía jurada Romero Funes, tanto que el policía había ordenado ya en dos ocasiones a uno de los falangistas del pueblo que se lo llevara «a dar un paseo a Víznar». Arenas, el escogido, había detenido dos veces a Galindo, las mismas que Nestares había ordenado que le soltaran. Esa tarde Arenas había llamado desde su pueblo a Romero:

—*A la tercera va la vencida, camarada* —le autorizó Romero, cuando Arenas le pidió permiso para intentarlo por tercera vez—, *pero que no se entere Nestares hasta que hayas «limpiado la manta», porque si no te la devuelve otra vez al almacén*.

—*Comprendido, don Julio* —agradeció el asesino—. *Verá usted como esta vez no se me escapa el masonazo ese*.

Dióscoro Galindo no era masón, pero para Arenas sucedía que rojos, masones, republicanos, maricones y comunistas eran la misma cosa, y los maestros de la escuela pública, o casi todos, también.

Aquella noche, a eso de las 11:00, Arenas y tres pistoleros más se presentaron en un coche en casa del maestro. Dos se quedaron dentro del automóvil, mientras Arenas y otro compañero aporrearon la puerta de su casa hasta que les abrieron. A golpes, arrestaron a Dióscoro y le metieron en el coche para llevárselo a Víznar de

inmediato y «pasearle». Su hijo Antonio, que vio el prendimiento, salió detrás del vehículo con una bicicleta para no dejar a su padre en manos de los canallas, pero al poco paró el automóvil, se bajó Arenas y encañonando al hijo del maestro, le dijo que se volviera a casa o le dejaba allí «seco de un tiro». El pobre muchacho se volvió llorando por donde había venido, y su padre, muy asustado, marchó con los criminales a lo que imaginaba que iba a ser una muerte segura. A medianoche, Dióscoro Galindo estaba solo en «La Colonia», esperando sin saberlo a que llegaran los que iban a morir a su lado. Martínez Fajardo dio por terminada la misión cuando encerraron a los cuatro presos. El de Asalto retiró su guardia y dejó el «asunto» en manos de los que formaban el pelotón de fusilamiento. Martínez Bueso estaba atento a cuanto sucedía, su trabajo allí consistía en evitar los malos tratos y procurar cierta «profesionalidad» en las ejecuciones. Minutos después llegaba Antonio Benavides con otros dos reunidos para la ocasión. A Benavides le conocían los del piquete porque a veces los de la «Escuadra Negra» fusilaban allí a sus presos y los tiraban a unos pozos secos que había cerca. Aquella noche subió con él «el Panaerillo», que le presentó a Mariano Ajenjo, el jefe del piquete. Benavides le saludó y le pidió permiso para incorporarse al grupo, «tengo un interés especial en uno de los rojos de esta noche, uno que es maricón», le dijo.

El piquete de ejecución lo mandaba Mariano Ajenjo Moreno, un cabo de los de Asalto al que le habían ofrecido un ascenso a sargento y 300 pesetas de prima por encargarse de los fusilamientos nocturnos. A sus órdenes, aquella noche, estaban los guardias Salvador Baro Leyva, conocido por «el Savaorillo», Juan Jiménez Cascales, Fernando Correa Carrasco, Silvio Rodríguez y Antonio Hernández Martín. En total un cabo, cinco guardias y, esa noche, además, un espontáneo.

Presos, vigilantes, guardias de Comisaría, enterradores y piquete de fusilamiento eran los cinco grupos de actores de aquella tragedia

tan sórdida que se iba a representar, como tantas otras noches, en ese páramo granadino que iba perdiendo su aridez poco a poco, gracias a la sangre de los muertos.

En esa «función» diaria cuyo guion venía escrito desde el fondo más miserable del alma de los hombres solo cambiaba el grupo de los presos, los grandes actores mudos de la tragedia. Los demás acudían a la escena en la rutina de quienes actúan sobre un guion que ya saben de memoria.

En aquel peculiar microcosmos cada grupo se instalaba en un sitio diferente, como si nadie quisiera saber del otro hasta el momento en que el diabólico Destino director de la representación levantara el telón del ritual. Los de Comisaría se habían retirado entre cajas y no querían ver la representación, los sepultureros esperaban en el camión a que les llamaran para limpiar la escena, los asesinos preparaban sus armas en un rincón del descampado mientras fumaban tabaco de liar y trasegaban coñac de una petaca, los guardias falangistas de «La Colonia» encerraban en un círculo de miedo y misterio a los presos, y estos, los protagonistas, temían que les llamaran a escena.

A la una de la madrugada Galadí, Cabezas, Lorca y Galindo compartían soledades en su particular antesala de la Muerte. Los banderilleros estaban desfigurados por los golpes, porque en comisaría ya les habían anticipado un resumen de la obra que iban a representar. Dióscoro, sin embargo, tenía el mismo aspecto que cuando lo sacaron de su casa. No obstante, lo que Lorca veía desde la esquina de enfrente no coincidía con lo que indicaban las apariencias. El silencio del principio de su encierro se había ido de la sala para albergar una conversación en la que los dos banderilleros, magullados y dolientes, reconfortaban al viejo maestro dándole ánimos, como si con ellos dos no fuera la desdicha. Galadí y Cabezas, tan bravos como siempre, valientes como cuando encaraban las tardes de domingo los cuernos de un morlaco, ofrecían sus palabras al maestro de escuela para enseñarle la

postura y el ánimo con que debía retar la suerte de enfrentarse al asesinato que les esperaba a todos.

—Usted, señor maestro —le decía Galadí—, no le tenga miedo a esto. Es solo un momento y después no hay *ná*. Peor lo van a pasar ellos.

—Eso es verdad, don Dióscoro —explicaba Galadí—, que yo me he llevado una vez un tiro y muchas más una cornada, y lo que duele es el pitón. Lo otro ni se siente cuando entra.

Lorca asistía silencioso, tragándose su miedo, a aquella especie de extremaunción atea donde los oficiantes, curtidos en el riesgo de la pelea cotidiana, llevaban de la mano a un neófito que se acercaba por primera y última vez a las orillas de la laguna Estigia en que se había convertido para él el páramo granadino que les esperaba fuera de esas cuatro paredes de cal manchada.

Poco después entró «el Panaerillo», quería ver a Lorca. El pistolero se acercó al poeta y le habló muy bajo al oído:

—Don Federico… —le susurró sin mirarle a la cara—, vengo a decirle una cosa muy importante.

—Dígame usted… —le respondió Lorca totalmente cohibido.

—Hable más bajo, por favor —le conminó.

—Sí, sí… perdone —dijo el poeta disminuyendo el volumen de su voz.

—Todos los que traen aquí por la noche, como ha venido usted, acaban fusilados en el campo de prácticas, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía —reconoció Lorca con un hilo de voz, aunque empezaba a imaginárselo después de escuchar a los banderilleros.

—Pues así es —sentenció el patibulario confidente.

—Pero yo no he hecho nada. A mí no me ha acusado nadie de nada…

—Eso son papeles —explicó el otro interrumpiéndole—. Aquí primero dan los tiros y luego rellenan los papeles… o, a veces, ni eso.

Al angustiado escritor se le hizo un nudo en la garganta y sintió que el estómago se le encogía, como le había pasado en Madrid, la mañana del día aquel que ahora se le hacía tan lejano en que iba a leer por primera vez su *Casa de Bernarda Alba*.

—¿Me van a matar aquí?

—Seguramente… —le contestó el otro, como si la cosa fuese lo más normal del mundo.

El olor a tabaco y vino peleón que se desprendía del aliento del sicario envolvía las entendederas de Federico como si fuera el mefítico respirar de un asmodeo mandado para la ocasión desde la otra orilla de la laguna. Federico rompió a llorar en silencio. Ahora comprendía perfectamente lo que le había querido señalar el dedo descarnado de Josep Arnall.

—Pero a veces no pasa… —concluyó misterioso Eduardo «el Panaerillo».

Lorca cesó en el gimoteo y se lo quedó mirando con los ojos como platos.

—¿A veces no pasa? —la esperanza le volvía a la voz.

—No —aseveró el criminal.

—¿Se puede evitar?

—Algunas veces… —insinuó «el Panaerillo».

—¿Y qué tendría que hacer yo? —preguntó Lorca—. ¿Podría hacer algo para impedirlo?

—Sí, claro que sí —ofreció el otro soltando sedal. El preso había mordido el anzuelo.

—¿El qué?

El canalla se lo quedó mirando en silencio, haciéndose de rogar.

—Dar un donativo a la causa del alzamiento —descubrió Pepe, al cabo de unos segundos—. Eso funciona. Dando un donativo puede que le saquen de aquí y le dejen como preso de confianza en «La Colonia», donde hay más señores como usted, gente bien y de posibles.

El siniestro personajillo se refería con ello a los protegidos de Nestares, como lo eran los profesores universitarios García Labella, Yoldi Bereau y Rubio Callejón. Ellos tres, y también a Miguel Salinas y José Valenzuela, concejales del Ayuntamiento de Granada por el Frente Popular, se habían refugiado, precisamente, en la casa del militar falangista los primeros días de agosto, cuando empezaron las detenciones en Granada. Valdés consiguió sacar de allí el 3 de agosto, aprovechando que no estaba Nestares, a García Labella y a Rubio Castejón. Cuando Nestares se enteró se presentó en Granada, les sacó de la prisión provincial y se les llevó a los cinco a Víznar bajo su protección, para que no les fusilase Valdés ni los cedistas de «la camarilla», que los querían muertos.

—Pero yo no tengo dinero aquí —se lamentó Lorca que veía cómo se le escapaba la oportunidad.

—Pero seguro que su familia sí lo tiene —sugirió el otro.

—Claro que sí, mi padre es propietario… y de los grandes.

—Entonces escríbale una nota pidiéndole algo y yo se la llevaré personalmente mañana —le instó «el Panaerillo» seguro de su presa, mientras le ofrecía un papel.

—¿Cuánto pongo? —preguntó el poeta que por primera vez ponía precio a su propia vida.

—Lo que usted considere oportuno —le respondió.

Él, un poeta sin ataduras ni intereses, el diletante canalla y divertido que no se había preocupado nunca del dinero, ni de ganarlo ni de guardarlo, tenía ahora que pesar en monedas lo que creía que podían valer sus sueños y su esperanza ardiente de seguir soñando.

«Te ruego, papá, que a este señor le entregues 1000 pesetas como donativo para las fuerzas armadas. Tu hijo, Federico», escribió muy nervioso. «El Panaerillo» cogió el papel, lo leyó, sonrió, lo doblo, se lo metió en el bolsillo de donde había salido y se despidió de Lorca inmediatamente.

—Espere usted aquí noticias mías y no diga nada de esto a nadie.

José Jover Tripaldi, uno de los hombres de Nestares, entró en la habitación para anunciarles que ya se estaba formando el pelotón de ejecución. Era la 1:45h. Federico, que se había quedado sin cigarrillos, le pidió tabaco al joven falangista. Jover le pasó de los que llevaba, casi un paquete completo, y el poeta encendió uno compulsivamente. Lorca agarraba el cigarrillo con fuerza y no se tragaba el humo, porque era tabaco negro. Quería tranquilizarse y todavía confiaba en que «el Panaerillo» lo sacase de allí.

—¿Alguien de ustedes quiere confesarse? —preguntó el joven.

—¡Que te den por el culo! —le espetó Galadí mientras Cabezas también lo rechazaba con un gesto bastante explícito—. Nos vais a fusilar y encima queréis que os demos conversación… ¿no te jode?

—¿Y usted, don Dióscoro —insistió Jover—, no quiere que le visite un sacerdote?

—Mira, hijo mío —respondió circunspecto el maestro—. Toda la moral humana está encerrada en estas palabras: *hacer a los demás tan felices como deseamos serlo nosotros y no hacerles nunca más mal del que querríamos recibir*. Yo no he hecho mal a nadie, jamás en mi vida, la que me vais a quitar en un rato, y he procurado con todo mi esfuerzo la felicidad de mi familia, de mis amigos y, principalmente, de mis alumnos. Y en eso creo haber cumplido como es mi obligación. Por lo tanto, señor mío, nada temo de un Dios que si es como dicen vuestros curas se alegrará de verme, si es que da conmigo y me encuentra.

—¡Viva la madre que le parió! —aplaudió Galadí tras escuchar el parlamento del maestro nacional.

Francisco Jover Tripaldi se emocionó al oír a Galindo, que después de lo dicho se lio un cigarrillo. No dándose por rendido se acercó al poeta:

—¿Quiere usted a un sacerdote, señor?

Lorca, que aún esperaba la llegada de «*El Panaerillo*», dijo que no con un gesto. Más por no llevar la contraria a sus compañeros de infortunio que por convicción.

Y el bueno de Jover se fue del cuarto dejándoles a solas.

El tiempo pasó en silencio, como cuando gasta la vida sin dar nada a cambio.

A las dos y cinco, como Lorca viese que nadie le sacaba de allí, se acercó a la puerta y llamó con los nudillos para que le abrieran. Menos de un minuto después sonaba el cerrojo y Jover Tripaldi entraba de nuevo en la habitación.

—¡¡Quiero confesarme!! —pidió el poeta, totalmente desencajado. No esperaba ya que le sacaran de allí y estaba desesperado.

—Ya no se puede, señor —le dijo el falangista—. Ya no hay ningún sacerdote y quedan pocos minutos para que nos acompañen. Ya está todo preparado. Lo siento.

El vigilante no habló de muertes ni de fusilamientos, pero todos comprendieron que comenzaba el último acto de aquella terrible representación.

Lorca se desplomó de rodillas y rompió a llorar como un niño. Ya no le quedaba nada a lo que agarrase.

—Quiero confesarme, quiero confesarme —sollozaba—. No quiero morir así… no quiero morir ahora.

Galadí, Cabezas y Galindo le miraban en silencio, respetuosos. Los tres comprendían que no pudiera sobreponerse al pánico.

Fue el falangista quien buscó una solución:

—Mire, caballero… si usted reza un Señor *Mío, Jesucristo*, que dicho con contrición sincera perdona los pecados, es como si se confesase.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra —le garantizó Jover—. Si usted reza con convicción se le quedan perdonadas sus culpas y usted muere en paz.

—¡Pero es que yo no sé rezar! —gimoteaba Lorca desesperado—. Hace mucho que no rezo y no me acuerdo ya de esa plegaria.

—No se preocupe —le quiso confortar Jover tomándole de los hombros—. Yo lo digo primero y usted lo repite conmigo.

No dejaba de resultar chocante que un hombre que era capaz de recitar de memoria toda su obra y buena parte de cuanto había leído de otros, no fuese capaz de recordar las oraciones que su madre le había enseñado siendo niño.

—Señor mío, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero —comenzó Jover a la vez que se ponía de rodillas.

—Señor mío, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero —repitió Lorca imitando la postura.

Galadí, Cabezas y Galindo asistían a la escena en absoluto silencio, como si quisieran evitar su presencia en un acto tan íntimo.

—Creador, Padre y Redentor mío —continuó el falangista.

—Creador, Padre y Redentor mío —corearon juntos el falangista y el poeta.

García Lorca paseó su miedo por aquellas frases, aliviando el alma de sus angustias. Cada versículo obró en él como un especialísimo anestésico de sus terrores. Cada vez se sentía más sereno.

—Ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos, en satisfacción de todos mis pecados, y, así como lo suplico, así confío en vuestra bondad y misericordia infinita, que los perdonareis, por los méritos de vuestra preciosísima sangre, pasión y muerte, y me daréis gracia para enmendarme, y perseverar en vuestro santo amor y servicio, hasta el fin de la vida —recitaron los dos para finalizar la oración.

—Amén —concluyó Jover.

—Amén —repitió Lorca, santiguándose.

—¡Amén! —repitieron con ellos los otros tres condenados a muerte. En esa palabra no había creencia, pero estaba llena de respeto y camaradería. Esa palabra generosa les hermanó aún más ante lo que se les venía encima.

Los presos salieron de «La Casilla» a las dos y cuarto de la madrugada. El pelotón de fusilamiento estaba formado fuera. Los metieron en un coche con dos guardias y un conductor y salieron hacia Alfacar.

En un camión, detrás del coche, iban otros tres del pelotón, Antonio Benavides y los enterradores, que esa noche eran Manuel Castilla, un crío conocido por Manolito «El Comunista», y los catedráticos Jesús Yoldi y García Labella, y otros presos más que ayudaban a dar sepultura.

Los coches salieron hacía Alfacar a las 2,20 de la madrugada.

98

17 de agosto de 1936 (madrugada)
Barranco de Víznar, Granada.

Galadí fue el primero en salir del coche. Lo sacaron a empellones y lo colocaron en la línea imaginaria de su muerte, frente a un suelo polvoriento y lleno de casquillos. La luz de la noche estaba renegrida, la oscuridad coagulada. Solo los faros de los automóviles y del camión donde iban los enterradores iluminaban la tragedia del último toro que se lanzaba en su ruedo.

Después bajó Cabezas, a culatazos, con las manos sujetas a la espalda y la cara ensangrentada. Tropezó, cayó y fue levantado a patadas por los criminales. Imaginaba La Alhambra adornada de flores rojas y blancas, la ciudad aparentemente dormida a sus pies, y sus vecinos con los ojos abiertos, sin sueños que conciliar ni ganas de amanecer.

El siguiente fue Dióscoro Galindo, que apenas era capaz de moverse con su muleta, por ir esposado. Era, sin duda, el más sereno de todos. El viejo maestro sabía que encaraba la última lección de su vida: morir con dignidad, pero esta vez no era él el profesor sino el alumno. Sabía que después del tiro que le iba a quitar la vida no había nada. No era un hombre de creencias, pero sí de principios, y por ello no esperaba otra vida; si acaso deseaba que se conservase el recuerdo que dejaba en los suyos, y eso le daba ánimos para afrontar con gallardía lo que ocurriría en unos instantes. Finalmente lo hizo Lorca, que iba ayudado por José Jover porque el joven falangista decidió acompañarle hasta el último momento. También estaba maniatado, despeinado, desencajado y sus *caballitos persas se dormían en la plaza con luna* de su frente.

«Quiero que la noche se quede sin ojos», balbuceaba. «Puedo ver el duelo de la noche herida», murmuraba en el secreto de su miedo.

Estaban todos en un campo de instrucción que usaban las tropas de Víznar en los Llanos de Corbera, frente al cortijo «Gazpacho», cerca de unos pozos secos que estaban abiertos hacía tiempo. Ese era el sitio donde los guardias de «La Colonia» hacían su siniestro trabajo porque solo hasta allí podían llegar los vehículos que salían de Víznar.

El jefe del pelotón ordenó alinear a los presos y separarlos al menos medio metro unos de otros. Tras él estaba la escuadra formada. Antonio Benavides entre ellos, él se iba a encargar de Federico.

—¡De espaldas! —gritó Ajenjo a los presos apuntándoles con el cañón de su pistola, una «Astra 902».

En Víznar y en otros sitios, a los fusilados no se les permitía mirar a sus asesinos, se les daba la vuelta o se les vendaba los ojos. Solo por expreso deseo de los condenados podían mirar al pelotón. Todos obedecieron la orden.

—¡Formen la escuadra!

Y a menos de cinco metros de distancia los criminales alinearon sus fusiles contra los cuerpos iluminados por los faros de los coches.

—¡Preparen armas!

Los cerrojos de los Máuser ladraron al encañonar las balas que irían de cada fusil al corazón de aquellos hombres.

García Lorca se volvió en ese momento hacia el pelotón.

—Un momento, por favor —pidió el poeta.

—¿Qué coño quieres ahora? —le preguntó Ajenjo.

—Quiero regalarle mi mechero a ese señor —dijo Lorca mirando a José Jover, que estaba al lado del camión donde esperaban los enterradores.

—¡Ahora no se puede, maricón! —gritó el cabo—. Ya se lo daremos dentro de un rato. No te preocupes, que no se nos va a olvidar, ni tú lo vas a perder.

Algunos guardias rompieron a reír.

El Zippo que le había regalado Eduardo Rodríguez Valdivieso el día de su onomástica se quedó en la faltriquera del bolsillo derecho de su pantalón.

—¡A la faena, que hay prisa! —recordó Mariano Ajenjo.

Si Federico hubiese sabido el nombre del jefe de sus asesinos habría recordado que el *Libro de los Proverbios*, en Proverbios 5, profetizaba su destino cuando dice que «su fin es amargo como el ajenjo, cortante como espada de dos filos».

La luna llena sobre Granada bañaba de una fría luz azul el escenario del crimen.

Los asesinos volvieron a encañonar a los presos. Seis bocas negras del calibre 7 mm escondían los proyectiles de plomo que acabarían con la vida de los cuatro prisioneros. Eran las dos y media de la madrugada.

—¡Apunten!

Las miras de los fusiles recorrieron poco a poco las espaldas de los hombres buscando el lugar donde alojar su regalo de muerte. Federico no creía lo que le estaba pasando, entendía que era un sueño más de los suyos, como tantas veces, y eso le daba una extraña serenidad.

Dicen que la vida entera pasa fugaz por la mente de los que están a punto de morir. Cuentan los que hablan de ello que aparecen entonces los nombres que nos han marcado, los amores tenidos, las secuencias diminutas que ni uno mismo sabe que el cerebro guarda. Fuera porque eso es cierto o porque el poeta lo estaba soñando, el caso es que por su cabeza paseaban en ese momento trágico y tácito *la muchacha dorada*, el *confín de carne y sueño*, las *peladas montañas bajo la brisa parda* y, sobre todo, la imagen desconocida, solo soñada, de su hija. Por su cabeza pasó en aquel instante la sombra de su niña, pequeña y todavía muda de palabras, sangre de su sangre, que le esperaba en Argentina y de la que supo por Margarita Xirgu, meses después de que su semilla inconsciente

preñara a una desconocida una noche confusa de amor ebrio en aquel hotel tan caro de Buenos Aires donde siempre alguien le estaba esperando en el vestíbulo.

Lorca había querido huir de España y había ido a Granada escapándose de un destino que le angustiaba, que le daba miedo. Buscaba cruzar el mar grande para irse al mundo nuevo donde había engendrado su estirpe y le esperaba la fama y la dulzura de sus camaradas de «allá», como decía Borges, su íntimo enemigo. Aquí dejaba su *Casa de Bernarda Alba* como despedida cruel a la España brutal que quería olvidar para siempre, por eso la había leído en la tierra que le vio nacer, para conjurar sus demonios familiares y salir limpio de rencores hacia lo Nuevo. No dejaba de ser irónico que una obra que no había escrito verdaderamente, lo que solo Pepín y él sabían, fuera la causa última de que su destino quedara atado a la luna de Granada, como le había pasado a «La Zapatera», que tampoco pudo escaparse. Recordó las dos versiones de la obra que habían quedado en la Huerta de San Vicente, entre sus papeles perdidos, y un verso de su *Casida de las Palomas Oscuras* le vino al recuerdo al respecto de ella: *la una era la otra y las dos eran ninguna*. No dejaba de ser trágicamente profética aquella versión, la primera, en que los «putrefactos» recorrían la noche oscura de la Vega granadina segando a bocados la vida de quienes encontraban por los caminos. Esa noche él estaba rodeado también de otros «putrefactos», los más peligrosos, esos hombres uniformados de cuerpos vivos, sucios, y sin alma, que le iban a arrancar el aliento con sus dentelladas de plomo.

En ese momento creyó sentir que unas manos sin piel, telúricas y secas, salían de la tierra que pisaba y le agarraban de los tobillos en aquel campo pelado para llevárselo dentro, para pudrirle y hacerle suyo, como abono nuevo para una tierra muy vieja y muy cruel que se iba a cobrar esa noche el precio de haber intentado huir de ella.

—¡¡¡Viva la Libert…!!! —gritó Francisco Galadí cuando se paró el aire para que corrieran las balas.

Sonaron seis disparos que segaron la palabra esencial del anarquista, y Lorca recibió dos mensajes de plomo. Uno, el que salió del fusil de su pariente, le quebró el espinazo; el otro se le incrustó en el pulmón izquierdo, al lado del corazón. Entonces, cuando el calor del plomo le heló la sangre, *un vuelo de gritos largos se levantó en las veletas*.

Los cuatro cuerpos se desplomaron a la vez, después de seis impactos de bala que reventaron como *rosas de pólvora negra* en la noche turbia del barranco.

—Creed en Dios, tened piedad —mascullaba el poeta desde el suelo, con la garganta quebrada.

José Benavides Benavides, el pariente del poeta, pidió a Mariano Ajenjo ser el encargado de descerrajar un disparo de su «Astra» sobre los cuerpos que quedaran con resuello. Y el de Lorca seguía vivo. Mejor dicho, solo su cabeza respiraba poemas: *He cerrado mi balcón / porque no quiero oír el llanto, / pero por detrás de los grises muros / no se oye otra cosa que el llanto*.

—¡Esta viene de Asquerosa! —gritó Benavides antes de reventar con plomo la nuca de Federico García Lorca.

Y la poesía quedó esparcida entre los cuerpos rotos.

EPILOGO

A primera hora de la mañana del lunes 17 de agosto los hermanos Rosales se presentaron en el despacho del comandante militar de Granada. Le explicaron el incidente de la detención de su amigo y obtuvieron de González Espinosa una orden de liberación de Federico García Lorca. Ayudó a ello que el nuevo comandante militar ya había tenido un par de «encontronazos» con Valdés y la intercesión favorable de Pérez-Serrabona la noche pasada.

A las nueve de la mañana de ese día, Pérez-Serrabona consigue hablar con Valdés, y se interesa, otra vez, por Federico García Lorca. El gobernador le dice que cree que «está abajo», aludiendo a los a los calabozos del Gobierno Civil, y que no se preocupe, que va a averiguar. Le promete hacer lo posible por soltarle, «porque es inofensivo». Valdés quería hostigar a los Rosales, y Lorca le había servido de excusa, pero ahora ya no tiene mayor interés en él. Decidido a soltar al preso, Valdés llama a su despacho a Velasco Simarro y a Manuel Jiménez de Parga para que le relaten lo sucedido y le traigan al detenido. Y es entonces cuando Velasco y Jiménez de Parga le confirman que la noche anterior fue trasladado a Víznar y que ya no está en el Gobierno Civil.

Valdés entra en cólera porque se lo habían llevado sin su permiso. Y presume que le han matado ya. Abronca a Velasco Simarro y llama por teléfono a Nestares para cerciorarse. Todavía cree que puede salvar los muebles. Nestares le explica que Martínez Fajardo se presentó con los guardias que llevaban a Lorca y a dos anarquistas, y que él se negó a fusilarlos. Y añade, «lo hicieron los tuyos». «Traían una orden firmada por Velasco con el sello de tu oficina. ¡Tú

sabrás!», le insistió Nestares, que quería lavarse las manos. Valdés se enfurece más aun y echa de su despacho a Velasco y a Jiménez de Parga. Intuye que se ha metido en un lío y se arrepiente de haberle dado alas a Ruiz Alonso que, por otra parte, está orgulloso del «importante servicio».

Cuando Luis y Pepiniqui Rosales llegan con la orden de libertad firmada por González Espinosa, Valdés se da perfecta cuenta de que «la camarilla» ha creado un problema del que le va a costar salir sin mancharse y se escabulle como puede diciéndoles que Lorca ya no está bajo su jurisdicción, que se lo han llevado a Víznar de madrugada. Además, amenaza a Luis Rosales y se encara con Pepiniqui diciéndole «se va a enterar tu hermanito, va a tener un lío por haber escondido a un rojo». Pepiniqui y Luis salen de allí muy preocupados; se huelen lo peor para Lorca y para ellos mismos. Valdés se queda con la orden firmada por el coronel González Espinosa con la certeza de que aquel documento, antes o después, le va a pasar factura.

A las 12 de la mañana llega «el Panaerillo» a la casa de la calle San Antón, donde están los padres del poeta, para cobrar las 1000 pesetas, y muestra la cuartilla escrita a mano por Federico García Lorca. Una sirvienta recibió al individuo y le llevó la nota a don Federico, quien consintió en dárselas al reconocer la letra de su hijo. Doña Vicenta es quien se las entrega y espera a cambio obtener noticias de su hijo. Le dio el dinero, habló con él y concluyó que Federico estaba preso en Víznar y que no le habían maltratado. Los padres respiran tranquilos: su hijo está vivo. Preso, pero vivo. Ven que la visita que hicieron la noche del domingo de la mano del abogado Serrabona al despacho del gobernador militar ha servido para algo; dan por bien gastado el dinero que les costó aquel importante donativo al «Alzamiento» que ofrecieron en aquel despacho para coadyuvar en la libertad de su hijo.

Luis Rosales, acompañado de su hermano José, acude mientras tanto a ver a Antonio Robles, el jefe provincial de Falange, para

contarle el incidente con el gobernador civil y pedirle ayuda ante la amenaza de Valdés. Robles, que ya está enterado porque Valdés le ha llamado en cuanto los Rosales han salido de su despacho, le dice que se dé de baja de Falange antes de encarar el procedimiento que se le viene encima. Valdés ya le ha participado al médico falangista que va a iniciar acciones contra Luis Rosales. Robles, que no se atreve a plantarle cara a Valdés, le insiste en que lo haga cuanto antes «para no involucrar al partido». Luis Rosales, indignado, protesta por la tropelía y empieza a temer por su vida. Recurre entonces al jefe de milicias, el capitán Rojas, porque sabe de su estrecha relación con Valdés, pero Rojas elude el asunto. Luis ve cómo se le van cerrando las puertas y su ansiedad va en aumento, y decide ir a ver a Díaz Pla, el jefe local de Falange. «Tu situación es muy grave, Luis —le dijo el jerarca, que estaba puesto en antecedentes—. De este despacho no salgas sin una declaración sobre las circunstancias de tu conducta». Aunque era la hora de comer, redactaron allí mismo el pliego de descargos del que hicieron cinco copias que remitieron al gobernador civil, al comandante militar, al alcalde, al jefe provincial de Falange y la quinta se quedó registrada en la oficina de Díaz Pla. Luis Rosales fue suspendido temporalmente de su afiliación a Falange a la espera de nuevas órdenes. Estaba realmente asustado.

El 18 de agosto, Nestares fue destituido de su mando en Víznar. En la Comandancia Militar no encajaba el falangismo militante de Nestares y la concentración de «azules» en su feudo en el acto paralelo del día de la Virgen había sido definitiva para darle la puntilla. Su puesto en el frente lo ocupó el teniente legionario Morillas, que venía con una escuadra de «sus» falangistas.

Los padres de Lorca creen que Federico siga con vida, confían en la palabra del gobernador militar, pero les van llegando referencias, rumores, que aseveran lo contrario. Emilia Llanos, la secreta enamorada del poeta, es la que les dará la terrible noticia, que sabe por unos amigos suyos que están afiliados en «Españoles Patriotas»

y que prestan servicio en la Diputación Provincial. El rumor de la muerte del poeta ha corrido ya por Granada. Trescastro y José Benavides ayudan a ello fanfarroneando por los bares que ellos mismos le dieron el tiro de gracia. El 18 de agosto las tropas del general Varela ocupan Loja y con ello queda roto el cerco republicano sobre Granada. Desde ese día, Granada queda unida con Sevilla por carretera y los rebeldes se hacen con el control de la línea ferroviaria. Poco más tarde se restablecían las comunicaciones telefónicas con la zona sublevada.

El 19 de agosto, dos días después de los fusilamientos, Narciso Perales fue nombrado por la Junta Nacional del partido como jefe provincial de Falange en Granada, como consecuencia de la debilidad política de la dirección provincial. Es un momento de máxima tensión entre los falangistas y los amigos de Valdés. Los militares empiezan a hartarse de las peleas entre los «azules» y la «camarilla» y ven en el nombramiento de Perales una apuesta de la Jefatura Nacional de Falange para fortalecer políticamente su organización granadina ante la pasividad de Antonio Robles, totalmente entregado a Valdés y a los militares. Lo consideran una provocación.

Los padres del poeta, desesperado por lo que ya tienen por cierto, se presentan en el despacho del coronel González Espinosa reclamando la libertad de su hijo. El militar reconoce que «la situación se les ha ido a todos de las manos», confirma que su hijo ha sido fusilado por «unos indeseables descontrolados» y les pide perdón por ello.

El jueves 20 de agosto Nestares vuelve al frente de Víznar con una orden del comandante militar que le confirma en el mando de la línea. Ratificar la destitución de Nestares le hubiera supuesto al comandante militar un nuevo enfrentamiento con los falangistas y darle fuerza a Valdés y a su «camarilla», cosa que tampoco interesaba a González Espinosa en ese momento. Nestares vuelve a Víznar, el teniente legionario queda a sus órdenes y los falangistas

de Morillas son expulsados del frente. Había pasado un mes exactamente desde que Nestares se echó a calle forzando el golpe de estado en Granada y sacando a los indecisos de los cuarteles, después de ocupar con sus falangistas la comisaría de la ciudad.

El 24 de agosto, Narciso Perales rehabilita en Falange a Luis Rosales, pero Valdés, resentido por ello, sanciona al día siguiente al escritor falangista con 20 000 pesetas que salieron de los ahorros de su familia.

El 1 de septiembre el diario «La Voz», de Madrid, menciona la noticia dada por el «Diario de Albacete», sobre al asesinato del poeta. La noticia está pendiente de confirmación. El 8 de septiembre de 1936 el diario «ABC», de Madrid, daba la noticia del asesinato de Federico García Lorca por los fascistas; la fuente la atribuyen al corresponsal de «El Liberal», de Murcia, en el frente de Guadix.

El 8 de septiembre «La Voz» confirmaba la noticia.

El 10 de septiembre «La Libertad», de Madrid, daba la noticia del asesinato.

El 16 de septiembre de 1936 lo hacía «Mundo Grafico», de Madrid.

El 17 de septiembre la daba en los mismos términos de culpabilidad para los sublevados «El Mono Azul», la revista de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, aportando artículos al respecto firmados por José Bergamín, Juan Herrera, Vicente Aleixandre, Lorenzo Varela y Emilio Prados.

El 26 de septiembre la daba «Estampa», de Madrid.

El martes 13 de octubre, H. G. Wells, presidente del *Pen Club* de Londres, envió un telegrama a las autoridades militares de Granada pidiendo información sobre Federico García Lorca e interesándose por él. La respuesta que le dio el coronel Rodríguez Espinosa, se limitaba a una sola línea: «Ignoro lugar hállase don Federico García Lorca».

Los falangistas se desmarcaron del crimen enseguida. En marzo de 1937, Luis Hurtado Pérez escribía en el periódico «Unidad», de San Sebastián: «Yo afirmo, solemnemente, por nuestra amistad de

entonces (…), que ni la Falange Española ni el Ejército de España tomaron parte en tu muerte. La Falange perdona siempre; y olvida. Tú hubieras sido su mejor poeta; porque tus sentimientos eran los de la Falange: querías Patria, Pan y Justicia, para todos (…). La Falange te espera; tu bienvenida es bíblica: Camarada, tu fe te ha salvado. Nadie como tú para sintonizar con la doctrina poética y religiosa de la Falange, para glosar sus puntos, sus aspiraciones. A la España Imperial le han asesinado su mejor poeta. Falange Española, con el brazo en alto, rinde homenaje a tu recuerdo».

El texto del poema que preparó Luis Rosales con la ayuda de Federico, y que tal vez se hubiese interpretado como himno falangista musicado por García Lorca, lo publicó en «Patria», el diario falangista de Granada, en el año 1937 con el título de *Himno a los muertos*. Era este:

Y así en la tierra dura que el trigo amarillece
vuestro silencio ha sido la primera verdad.
¡Silencio enajenado que la muerte hermosea!
¡Silencio que ha de ser tierra para el arado!
¡Gloria espaciosa y triste donde descansa España
su viril hermosura tan antigua y tan nueva!
¡Tierra entera de sangre que es la voz de tus muertos
y nos da nacimiento, costumbre y agonía!
¡Tierra que solo brinda paciencia y superficie!
¡Tierra para morir, deshabitada y loca
por cumplir tu hermosura,
Oh España, Madre, España!

Había nacido el «caso Lorca», y con él multitud de historias que todavía no están escritas.

GRANADA 1936
Los cuerpos rotos





De izquierda a derecha y de arriba abajo:

Dióscoro Galindo González, César Torres Martínez, Remedios Cortés "La Pocha", Juan José Santa Cruz y Garcés de Marcilla, Agustina González "La Zapatera", Federico García Lorca, Constantino Ruiz Carnero, José Castillo Sáenz de Tejada, Francisco Galadí Melgar "El Galadí", Joaquín Cabezas Arcollar "El Cabezas", Juan Palao Ylllana, Manuel Fernández-Montesinos y Lustau, Virgilio Castilla Carmona, Salvador Vila Hernández, José Palanco Romero, José Calvo Sotelo.



Ajenjo Moreno, Mariano

Era cabo de la Guardia y estaba al frente del pelotón de ejecución de Víznar porque le prometieron un ascenso, una prima de 599 pesetas por "el servicio" y porque, como decía de él un masón granadino que le conoció, "era de carácter frío y valía para fusilar". Después de asesinar a Federico García Lorca se incorporó a la escolta personal de Nestares hasta julio de 1939. En diciembre de ese año fue ascendido a sargento efectivo, aunque ya lo era con carácter provisional desde el día del fusilamiento del poeta. Con los galones en orden le destinaron a Linares y allí quedó hasta la jubilación en 1941. Volvió ese año a Granada, donde murió en 1951, a los sesenta y ocho años. Está enterrado en el cementerio de San José, a pocos metros de la tumba de Manuel Fernández-Montesinos y Lustau.



Aladren Perojo, Emilio.

Este escultor madrileño que tenía veintiún años cuando conoció al poeta en 1927 fue el amor más intenso de Federico García Lorca, por el que el escultor abandonó a la pintora Maruja Mallo. Después Aladren abandonó a Lorca para unirse a Eleanor Dove, una millonaria inglesa con la que se casó en 1931. Obtuvo la Tercera Medalla en el concurso Nacional de Bellas Artes de 1934. Se incorporó al nuevo régimen fascista y obtuvo sus mayores éxitos bajo la dictadura franquista esculpiendo bustos en bronce de jerarcas del régimen. Murió en 1944.



Alba Sierra, Francisca. "Bernarda Alba".

Nació en 1857 y murió en 1924. De su primer matrimonio, con Antonio Jiménez López, nacieron Prudencia, José y Magdalena Jiménez Alba. De su segundo matrimonio, con Alejandro Rodríguez Capilla, nacieron Marina, Amalia, Consuelo y Alejandro Rodríguez Alba. José Benavides Peña ("Pepe el Romano" en *La casa de Bernarda Alba*) casó con Amalia y cuando enviudó de ella lo hizo con Consuelo.



Alberti Merello, Rafael

Residió en Madrid durante la Guerra Civil colaborando con el Gobierno republicano militando en la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Cuando supo de la muerte de Lorca escribió *Elegía a un poeta que no tuvo su muerte*. En 1939 se exiló con su mujer a París y después a Buenos Aires, hasta recalar en Roma en 1963. Volvió a España en 1977 y fue elegido diputado del Parlamento Constituyente por el Partido Comunista. Murió a los noventa y siete años en Puerto de Santa María, en 1999.



Alcázar de Velasco, Ángel.

Falangista de primera hora se licenció en Derecho y formó parte de los comandos terroristas de Falange Española durante los gobiernos republicanos. Intentó asesinar al teniente de la Guardia de Asalto José Castillo. Fue Jefe de Prensa del Instituto de Estudios Políticos en 1940 y se instaló en Londres como espía a las órdenes de la *Abweher* nazi, donde le envió Serrano Suñer. Después colaboraría con la *RSHA*, la inteligencia de las SS. También trabajó para los japoneses montando la "Red To". Después de la guerra mundial se dedicó al periodismo como corresponsal de "La Tarde" en Paris y Buenos Aires. Murió en Galapagar en 2001.



Alcalá-Zamora y Torres, Niceto

El primer Presidente de la IIª República Española fue destituido en abril de 1936 y sustituido por Manuel Azaña. La sublevación militar de julio de 1936 le sorprende en Noruega y decidió no regresar a España e instalarse en Paris, de donde salió hacia Argentina en 1942 cuando los nazis ocuparon París. Murió en Buenos Aires en febrero de 1949.



Alfaro Polanco, José María

Premio Nacional de Literatura en 1933 y colaborador de La Gaceta Literaria. Durante la guerra civil se escondió en la embajada de Chile en Madrid. Después fue subsecretario de Prensa y Propaganda. Dirigió el diario Arriba y la revista Escorial, además de presidir la Asociación de Prensa de Madrid. Fue embajador español en Colombia (1950-1955) y Argentina (1955-1971).



Álvarez González-Posada, Melquíades

Político republicano que fundó el Partido Republicano Liberal Demócrata. Diputado constituyente en 1931 y diputado por Oviedo en 1933 fue detenido en Madrid en agosto de 1936, encarcelado en la Modelo, y fusilado por las milicias populares.



Ángeles Ortiz, Manuel

Nacido en Jaén en 1895. Pintor. Colaboró con "La Barraca". Miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y estuvo presente en el pabellón de la II República española de la Exposición Internacional de París de 1937. Se exiló en 1939 y fue internado en un campo de concentración francés del que salió gracias a Picasso que le llevó a París. De allí marchó a Argentina donde trabajó como ilustrador hasta 1949 en que vuelve a París. Pudo volver a España en 1958 para acudir a Granada. Murió en París en 1984.



Arrese y Magra, José Luis

Arquitecto bilbaíno (1905) fundador de Falange Española que casó con María Teresa Sáenz de Heredia, prima de José Antonio Primo de Rivera. Fue Jefe provincial de Falange en Granada para preparar el golpe de estado, pero el 18 de julio de 1936 está en Madrid y se refugia en la embajada de Noruega. Se escapa de la capital y se instala en Salamanca, en el cuartel general de Franco. Se opone al Decreto de Unificación y es detenido por los franquistas, juzgado y condenado a muerte, pero la intervención de Queipo de Llano le salva de la ejecución y le nombra Gobernador de Málaga donde permanece hasta 1941 en que Franco le nombra secretario general del partido único para "limpiar" a los seguidores de Serrano Suñer, su antiguo jefe y protector. Después fue ministro secretario general

del Movimiento (1956-1957) y ministro de la Vivienda (1957-1960). Murió en Navarra en 1986.



Azaña Diaz, Manuel

Periodista y escritor nacido el 1880 en Alcalá de Henares. Fundador de Acción Republicana y de Izquierda Republicana fue ministro de la Guerra en el primer Gobierno de la República y permaneció en el cargo hasta 1933. Fue Presidente de Gobierno entre 1931 y 1933. Volvió a la Presidencia de Gobierno en febrero de 1936 y en abril del mismo año fue nombrado como segundo presidente de la República. Sufrió la sublevación militar que dio lugar a la Guerra Civil y continuó al frente de la IIª República. En febrero de 1939 pasó a Francia con su familia dejando el Gobierno en manos del Dr. Negrín. Dimitió de su cargo el 27 de febrero de 1939, dos días después de que Francia e Inglaterra reconociesen al Gobierno del General Franco. Se estableció en Collonges, pero la invasión nazi le obligó a desplazarse con los suyos a Pyla-sur-Mer, cerca de Burdeos, en noviembre de 1939. Falleció de enfermedad en Montauban el 3 de noviembre de 1940. Entre sus obras literarias se cuentan *Vida de don Juan Valea* (1926), *El jardín de los frailes* (1927), *La velada de Benicarló* (1937), *Cuadernos de Pedralbes* (1939) y *Memorias políticas y de guerra*.



Baro Leyva, Salvador. "El Savaorillo".

Natural de Chiclana de la Frontera (Cádiz) el 27 de septiembre de 1899. Su padre era zapatero y su madre había nacido en Churriana (Granada). Era jornalero agrícola en el pueblo de su madre. Sirvió en el ejército y al licenciarse ingresó en febrero 1931 en el Cuerpo de Vigilancia y Seguridad con destino en Barcelona hasta agosto de 1932 en que volvió a Granada donde se le puso a las órdenes de Nestares. Estaba en Víznar la noche del asesinato de Federico García Lorca y participó en el pelotón de ejecución. Fue el único de los ejecutores que no ascendió nunca. Se retiró como guardia en octubre de 1957 yéndose a vivir a Churriana donde murió en 1971.



Bello Lasierra, José

Pepín Bello, «el amigo de todos», siguió en Madrid durante la Guerra Civil. No fue represaliado por nadie. Después de ello se fue a Aragón como consejero de la Hidroeléctrica de Huesca, en donde su familia tenía intereses, pero lo dejó enseguida por su incapacidad para estar atado a una oficina. Intentó en Burgos un negocio familiar de peletería, que fracasó, y después otro de autocine en Madrid, gracias al dinero de la familia Garrigues, que también salió mal. Después de eso se jubiló. Recibió en 2004 la medalla de oro de Bellas Artes. Se le tenía por el artista sin obra, por el escritor ágrafo. "No he escrito nunca con ánimo de publicar. Lo hice para los amigos, para reírnos, por pitorreo", decía de sí mismo. Murió soltero en Madrid en 2008, a los 103 años.



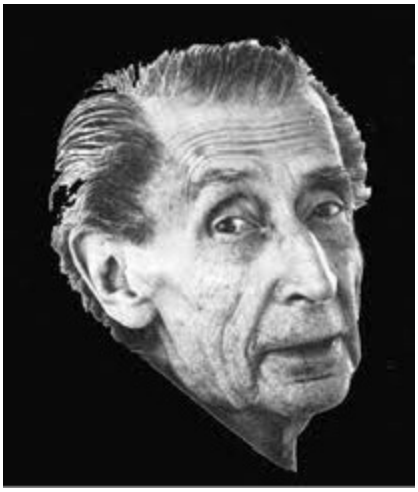
Benavides Benavides, Antonio

Nació en Romilla, pedanía de Chauchina (Granada), el 12 de junio de 1900. Era hijo de Emilio Benavides Garzón y de Adelaida Benavides Palacios y era nieto de Francisco Benavides Peña y de Matilde Palacios Ríos, primera mujer de Federico García Rodríguez, el padre del poeta. Era primo, por lo tanto, de "Pepe el Romano". Después de asesinar a Federico García Lorca fue habilitado por Valdés como guardia de Asalto con carácter provisional. Le pusieron un sueldo de 3250 pesetas al año, más una prima de 300 más por las ejecuciones. Tuvo un hijo en septiembre de 1936 al que llamó Juan Luis, por su amistad con Trescastro. En febrero de 1937 pidió el traslado a Málaga, donde residió hasta 1949. Durante esa época administró un burdel, "Los Mantones", con cuya dueña mantenía relaciones. Su mujer, con la que tuvo cinco hijos, fue detenida por vender joyas que él había robado en los asaltos a domicilios de perseguidos políticos, por lo que le destinaron a Algeciras y de allí a Alicante hasta 1952 en que se dio de baja de la policía. Murió en Málaga en 1962, con la edad del siglo, dedicado a «sus negocios».



Benavides Peña, José. "Pepe el Romano".

Nació en Romilla (Granada) el 22 de junio de 1894. Era hijo de Modesto Benavides Peña y de Modesta Peña Rozua; su padre era hermano de María Josefa Benavides Peña, abuela de Horacio Roldán. "Pepe el Romano" era sobrino político de Emilia Palacios Ríos, que estaba casada con Francisco Benavides Peña; Emilia era hermana de Matilde Palacios Ríos, primera mujer de Federico García Rodríguez, lo que lleva al parentesco político con Federico García Lorca. Acabó riñendo con los Roldan y salió de la vega comprándose una finca a las orillas del Guadalquivir que perdió por su mala administración. Volvió arruinado a Granada y vivió sus últimos años en la pobreza.



Bergamín Gutiérrez, José

Durante la Guerra Civil presidió la Alianza de Intelectuales Antifascistas y fue nombrado agregado cultural de la Embajada en París del Gobierno Republicano. En 1939 se exiló en México y editó allí Poeta *en Nueva York* de Federico García Lorca. Volvió a España en 1958, pero fue detenido y tuvo que exilarse otra vez. Regresó en 1970 y se instaló en Madrid, pero después se trasladó a Guipúzcoa, donde escribió en «Egin» y en «Punto y hora de Euskal Herría». Falleció en Fuenterrabía en 1983 y se enterró allí para «*para no dar mis huesos a tierra española*». Tenía ochenta y seis años.



Buñuel Portolés, Luis

En septiembre de 1936 se fue a Ginebra y de allí a París, como ayudante de Luis de Araquistaín, el embajador republicano, con quien colaboró en asuntos de propaganda e inteligencia. Supervisó en Hollywood dos películas sobre la Guerra Civil y en 1939 se exiló. Vivió en Nueva York y en Hollywood. Intentó llevar al cine *La casa de Bernarda Alba*, pero el proyecto fracasó debido a los conflictos con los productores. En 1949 tomó la nacionalidad mexicana. Una de sus películas de esa época, *Los olvidados*, es una de las dos únicas que la UNESCO tiene por Patrimonio de la Humanidad. Después se instaló en París. Sus obras *Viridiana, Simón del desierto, El ángel exterminador, Diario de una camarera, Tristana* o *Belle de jour* no se autorizaron por la censura franquista hasta poco antes de la muerte

del dictador. Buñuel murió en México el 29 de junio de 1983, con la edad del siglo, después de ser nombrado Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Zaragoza.



Casares Quiroga, Santiago

Después de dimitir ante Azaña como presidente del Gobierno de la República el 19 de julio de 1936 no volvió a ocupar cargos durante la Guerra Civil, durante la cual permaneció en Madrid. Se fue al exilio y pasó a Francia en 1939, tras la caída de Cataluña, acompañando a don Manuel Azaña y a Diego Martínez Barrio. Franco mantuvo cautivas como rehenes en Galicia a su hija Esther y a su única nieta. Su casa en A Coruña, donde tenía una biblioteca de 20 000 volúmenes, fue expropiada y expoliada por los franquistas. Enviudó y murió en Paris el 17 de febrero de 1950 a los sesenta y seis años. Organizó el entierro su otra hija, la actriz María Casares, que no permitió que asistiese una delegación del Gobierno de la República en el exilio.



Cerón Rubio, Miguel

Pintor amigo de Federico García Lorca que vivía en el Paseo de la Bomba de Granada. Soltero impenitente era un cliente habitual de "La Bizcocha" y promotor incansable de tertulias y eventos culturales. Continuó viviendo en Granada y conservando la amistad con Emilia Llanos. También él ilustró a Penón de la peripecia vital de su amigo García Lorca.



Correa Carrasco, Fernando

Fue otro de los ejecutores. Nacido en 1900 había servido en el ejército en la guerra de Marruecos. Al licenciarse en 1922 se casó con Carmen Magaña y tuvo tres hijos. Ingresó en el Cuerpo de Seguridad en 1927, sirvió en Madrid y fue destinado a Granada en 1930 bajo las órdenes de Nestares. Era un excelente tirador y ganó premios por ello. Tras la sublevación quedó a las órdenes del teniente Martínez Fajardo en Órgiva y Lanjarón. Se convirtió en instructor de las milicias falangistas en Víznar y su habilidad con las armas le hizo formar parte de los pelotones de fusilamiento. Después del asesinato de Lorca fue ascendido a sargento interino con efecto de 1 de enero de 1937. En febrero le enviaron a Málaga para labores de represión contra los republicanos que estaban detenidos. En 1945 se le destinó a la lucha contra el *maquis* en los Pirineos. Allí asciende a brigada, se casa por segunda vez y renuncia por enfermedad del estómago a seguir los cursos de oficial. Vuelve a Málaga y permanece en la Policía Armada hasta 1956. Falleció en Málaga en 1977.



Figueroa Alonso-Martínez,
Eduardo

El conde de Yebes ejerció poco su profesión de arquitecto y mucho su afición de cazador hasta dedicarse a ella a tiempo completo. Expuso sus dibujos cinegéticos en el Museo de Arte Contemporáneo en 1947. Fue miembro de la Academia de Bellas Artes desde 1965 por sus dibujos y acuarelas sobre caza y animales salvajes. Murió en 1986 con un año más que el siglo.



Figueroa Alonso-Martínez, Agustín

El marqués de Santo Floro fue detenido en Madrid en 1936, pero su relación de amistad con Leon Blum permitió que fuese liberado `por las presiones del político francés al Gobierno de la República. Terminada la guerra se dedicó a la literatura como dramaturgo, novelista y ensayista. Publicaría, entre otros trabajos, *Memorias del recluso Figueroa* (1939), *Dentro y fuera de mi vida* (1955), *Epistolario de la Restauración* (1985), *Ausencia* (1948). Hombre de fino humor diría de sí mismo que había sido conocido sucesivamente como "el hijo de Romanones", "el padre de Natalia" y "el suegro de Raphael".



Franco Bahamonde, Francisco

El 28 de septiembre de 1936 fue nombrado en Salamanca «Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Gobierno» por la Junta de Defensa Nacional. Solo se opuso el general Cabanellas que dijo al respecto: «Ustedes no saben lo que han hecho porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en África como jefe de una de las unidades de la columna a mi mando; y si, como quieren va a dársele en estos momentos, España va a creerse que es suya y no dejará que nadie le sustituya en la guerra, ni después de ella,

hasta la muerte». Tenía razón, porque Franco se proclamó inmediatamente Jefe del Estado, algo para lo que no le habían nombrado, ganó la Guerra Civil, a la que llamó Cruzada, y se convirtió en Dictador hasta que murió a los 83 años el 20 de noviembre de 1975. Bajo su mandato se fusilaron a 100 000 republicanos durante la guerra y 50 000 durante la inmediata posguerra. Terminada la contienda mandó a prisión a 270 000 ciudadanos y 200 000 más huyeron al exilio definitivo.



Franco Salgado-Araujo, Francisco. "Pacón".
Fue nombrado 2.º jefe de la Casa Militar de Francisco Franco, y en 1954 se convirtió en jefe de su Casa Militar hasta agosto de 1956. En 1945 fue ascendido a General de División y en abril de 1950 fue nombrado comandante en jefe de la 11.ª División, de guarnición en Madrid, hasta que fue ascendido al empleo de Teniente General en 1953 y nombrado Capitán General de la V Región Militar (Zaragoza) y a su vez del Cuerpo de Ejército Aragón V. Muerto su primo publicó Mis conversaciones privadas con Franco (1976) y Mi vida junto a Franco (1977), donde su primo el dictador no queda muy bien parado.



García-Alix y Fernández, Luis.
Durante la Guerra Civil se alistó como voluntario en el Batallón de voluntarios "Pérez del Pulgar", organizado por Ramón Ruiz Alonso como milicias armadas de la CEDA. Vivió en Granada, en la Acera del Darro y se desempeñó, por su profesión de ingeniero de Minas, como ingeniero jefe del distrito minero de Granada y Málaga. También fue concejal del Ayuntamiento de Granada, presidente de la Comunidad de Regantes de la Acequia Gorda del Genil y presidente del Sindicato Provincial de Agua, Gas y Electricidad. Impenitente fumador de puros falleció en Murcia en accidente de tráfico el domingo 7 de marzo de 1971. Está enterrado en el cementerio municipal de San José, en Granada.



García Lorca, Concepción
Viajó con sus padres y sus tres hijos a EEUU en 1940. Volvió a España en 1951 y falleció en 1956 en accidente de automóvil cuando se dirigía desde Madrid a la localidad granadina de Fuente Vaqueros.



García Lorca, Francisco
Al terminar la Guerra Civil fue expulsado de la carrera diplomática por el Gobierno franquista. Se instaló como exiliado en EEUU y trabajó como profesor en el *Quenns College*. Se casó en Vermont con Laura de los Ríos, en 1942. Desde 1955 fue profesor en la *Columbia University* de Nueva York. Publicó *Federico y su mundo,*

Ángel Ganivet, su idea del hombre, y un *Poemario*. Volvió a Madrid, y falleció en 1976, con dos años menos que el siglo.



García Lorca, Isabel

Permaneció en la «Residencia de Señoritas», en Madrid, hasta septiembre de 1936 en que se fue a Bruselas a vivir con su hermano Francisco, que había sido destinado allí como Secretario de Embajada. De Bruselas se trasladó a Nueva York a instancias de Fernando de los Ríos, que era embajador de la Segunda República en Washington. Allí estudió piano y Literatura Española. Volvió a España con su familia en 1951 y fundó en 1955 la Asociación Española de Mujeres Universitarias, dedicándose a la enseñanza. Presidió la Fundación Federico García Lorca, que se constituyó en 1984. Falleció en Madrid en enero de 2002, a los noventa años.



García Rodríguez, Federico

Se le incautaron los bienes después del asesinato de su hijo, el 16 de septiembre de 1936. Salvó 100 000 pesetas que tenía en Madrid poniéndolas a nombre de Antonio Rodríguez Espinosa. Las gestiones de su abogado, Pérez-Serrabona, hicieron que se le restituyeran sus propiedades mediante orden del gobernador militar de fecha 12 de diciembre del mismo año. Siguió en Granada hasta el fin de la Guerra Civil. Se fue con su familia a Madrid en junio de 1939, dejando sus asuntos económicos en manos del abogado Pérez-Serrabona al que le encargó liquidar buena parte del patrimonio que conservaba en Asquerosa. Hasta abril de 1940 no consiguió un certificado de defunción de Federico García Lorca expedido en Granada. Se mencionaba en él como causa de la muerte del poeta «heridas producidas por hecho de guerra». En agosto de 1940 salió con su mujer hacia Nueva York en compañía de su abogado. «No quiero volver a este jodido país en mi vida», dijo al embarcar en

Santander. Federico García Rodríguez falleció en EEUU el 30 de septiembre de 1945, a los ochenta y seis años. Dejó como única herencia a su mujer y a sus tres hijos vivos los derechos de autor de su hijo muerto.

García Rodríguez, Francisco

El «Tío Frasquito» murió viudo el 14 de diciembre de 1939. Está enterrado en el cementerio de Granada.



Gil-Robles y Quiñones de León, José María

El jefe de la CEDA entregó el dinero de su partido al general Mola durante la sublevación militar y mandó a los suyos que apoyaran a Franco. Él se exiló de España inmediatamente, ubicándose en Portugal, y procuró la vuelta de la monarquía apoyando al hijo de Alfonso XIII, el conde de Barcelona, integrándose en su Consejo Privado. En 1948 firmó con el socialista Indalecio Prieto el «Pacto de San Juan de Luz» en el que proponía, otra vez, la vuelta de la

monarquía. Regresó a España en 1953 y fue desterrado por Franco en 1962 por instigar «el contubernio de Múnich», una reunión antifranquista celebrada en esa ciudad. Volvió a España después de la muerte del Dictador y montó con su hijo y con Joaquín Ruiz-Jiménez un partido democratacristiano, la Federación Popular Democrática, para acudir a las elecciones constituyentes de 1977, pero no obtuvo escaño. Se retiró de la política y su hijo se integró en el Partido Popular. Murió en 1980 en Madrid, a los ochenta y dos años.



González de Canales López-Terrer, Patricio.

Fue Jefe de las JONS de Sevilla, fundador del SEU, posteriormente fue Jefe Local de Sevilla y, luego Inspector de Andalucía Oriental. Fundador y primer Director de los periódicos FE de Sevilla y Alerta de Santander. Expulsado de Granada por el comandante Valdés volvió a Sevilla donde le nombraron jefe provincial de Prensa y Propaganda hasta que el jefe falangista Sancho Dávila le desterró al frente de Madrid. Fue arrestado por los militares sublevados por oponerse al Decreto de Unificación. Terminada la guerra salió de las cárceles franquistas y fundó, en la clandestinidad la Falange

Española Autentica en compañía de Rodríguez Tarduchy, Luis de Caralt, Antonio Cazañas, Pérez de Cabo. José Luis de Arrese le recuperó y le nombró Secretario Nacional de Propaganda de FET y de las JONS. Durante 30 años desempeñó el cargo de Delegado de Primera Enseñanza de Madrid. También fue Vicepresidente Primero de Falange; Director durante 20 años de la Agencia Fiel y Profesor de la Escuela Oficial de Periodismo. Falleció en Madrid en febrero de 1976.

González Villegas, Antonio

Nacido en Granada el 25 de enero de 1913, hijo de jornaleros del campo de Mondújar. De profesión albañil y vecino del barrio del Albaicín se incorporó inmediatamente a las "Escuadras Negras". Acompañó a Martínez Fajardo en el "paseo" de García Lorca. En premio a sus servicios se le nombró Guardia de Asalto. Falleció en 1991.



Herrera Oria, Ángel

Abogado del Estado y periodista director de *El Debate*, órgano de expresión de la CEDA. Fundador de la Editorial Católica y de Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Ferviente propagandista monárquico fundó en 1931 "Acción Nacional" para

aglutinar la oposición a la IIª República y cedió la presidencia a Gil Robles que rebautizó el partido como "Acción Popular". Participó en 1933 en la constitución de la CEDA para, después, ocupar la presidencia de la Junta Central de Acción Católica. Meses antes de la sublevación militar marchó a Friburgo y allí se ordenó sacerdote en julio de 1940. Volvió a España en 1943, manteniendo cierta distancia con el régimen franquista por el peso en él de los falangistas, y en 1947 es nombrado obispo de Málaga, siendo promotor en España de la doctrina social del papa León XIII. En enero de 1965, en el apogeo de su influencia política sobre el Régimen a través de ACNP, fue nombrado Cardenal. Murió en Madrid en 1968.



Herrera Oria, Francisco.

Fundador del periódico *Ya* de Madrid, de la Editorial Católica, y luego editor del *Ideal* de Granada, del mismo grupo. Diputado en Cortes en 1936 por el Frente Nacional se incorporó al Consejo de la Editorial Católica comenzada la guerra, con su hermano Ángel fuera de España, por decisión del general Franco para controlar desde el

nacido Movimiento Nacional la línea editorial. Mucho más radical que su hermano colaboró desde el principio con los sublevados asumiendo posiciones fascistas pese a mantener su filiación monárquica alfonsina. Ocupó cargos importantes en la Editorial Católica y abandonó el periodismo para dedicarse a negocios de construcción. Falleció en Santander en mayo de 1971 dejando esposa y seis hijos.



Jiménez Cascales, Juan

Era guardia de Asalto en Granada a las órdenes de Nestares desde 1932. Era un excelente tirador y ganó en Granada el primer premio de tiro militar con fusil Mauser, incluso recibió un premio de 25 pesetas por su habilidad en el disparo a pistola. Esa destreza le llevaría a formar parte de los piquetes de ejecución en Víznar, cosa a la que le costaba sobreponerse dadas sus profundas convicciones religiosas. Pidió que le rebajaran de ese servicio, pero no consiguió salir de Víznar hasta 1937 para que le destinaran al frente, previamente le habían ascendido a cabo. Terminada la guerra fue destinado a la lucha contra el *maquis* en Ciudad Real y en 1945 a lo

mismo en los Pirineos. Pasó a situación de retirado en 1957 y se trasladó a Granada donde falleció en 1972.



León Goyri, María Teresa

Fue una de las comisionadas por el Gobierno republicano para poner a salvo la pinacoteca del Museo del Prado y del Palacio Real, y organizó su traslado desde Madrid a Valencia y desde ahí a Suiza, donde el tesoro artístico se entregó al Gobierno franquista en 1939. Acompañó a Alberti en el exilio y volvió con él a España en 1977. Escribió la autobiografía *Memoria de la Melancolía* en 1968. Falleció en 1988.



Lorca Romero, Vicenta

Siguió a su marido a Nueva York, pero volvió a España en 1951, siendo viuda. Nunca quiso volver a Granada y falleció en Madrid en 1959, a los ochenta y nueve años.



Llanos Medina, Emilia

Amiga y enamorada de Federico García Lorca, que se refería a ella como "el guapo". Miembro asiduo de sus tertulias mantuvo abundante comunicación epistolar con el poeta. Fue a Emilia a quien correspondió comunicar a la familia el asesinato de Federico. Joven burguesa, católica, culta y discreta fue ella quien abrió sus recuerdos y las puertas de Granada a Agustín Penón cuando visitó la ciudad en 1955 para esclarecer el asesinato.



Marichalar y Rodríguez, Antonio

El marqués de Montesa se exiló en Biarritz al comienzo de la Guerra Civil y tuvo ciertas dificultades con el régimen franquista, que nunca perdonó del todo al «aristócrata republicano». Fundó junto a Luis Rosales la revista «Escorial». Tradujo a James Joyce al español y desde que volvió a Madrid publicó *Tres figuras del siglo XVI, Las cadenas del duque de Alba* y la biografía de Julián Romero. Fue miembro de la Academia de Historia desde 1953. Murió soltero en 1973, a los noventa años, siendo miembro del patronato del Museo del Prado.



Marqués Palazuelo, Dolores

La costurera viuda se quedó con sus hijos en casa de una amiga granadina que la protegió hasta que pudo salir de la ciudad, después de la Guerra Civil. Su hija Pepita murió de tuberculosis antes de cumplir diez años, y Dolores procuró instalar a sus hijos como mejor pudo. A su hija Lourdes, la pequeña, la internó en un centro de Granada de la Sección Femenina de Falange y a su hijo Manuel le ingresó con quince años en la Escuela de Mecánicos de Aviación de la base militar de Tablada, en Sevilla. A su hija Balbina la mandó a Jaén a casa de Dolores, una hermana soltera de su marido muerto. Ella se fue a Córdoba donde siguió trabajando de costurera y en 1955 se instaló en Madrid, trabajando de lo mismo. Murió en 1973, a la edad del siglo.



Martínez Bueso, José Manuel.

Era un empleado del Cuerpo de Vigilantes de Caminos que en 1934 es destinado a Granada como jefe de grupo de esos vigilantes. Tras la sublevación militar se afilia a Falange Española y se le destina a Víznar como enlace motorista a las órdenes del capitán Nestares. Se convirtió en la persona de confianza de Nestares y estaba allí cuando llevaron a García Lorca para ejecutarle. No participó directamente en el crimen, pero fue el encargado por el mando de conducir al grupo criminal hasta el lugar de la ejecución. Ese mismo día por la mañana había enterrado a su primogénito muerto de pocos meses. Martínez Bueso tuvo once hijos nunca se recuperó de la barbarie de aquellos años. Fue nombrado alférez en 1937 y después teniente de milicias con destino en Jaén hasta el final de la guerra civil. En 1941 vuelve a Granada tras una estancia en Sevilla y es nombrado cabo de la Policía Armada, ascendiendo a sargento en 1942 adscrito a la unidad de Tráfico. Se jubiló en 1959, permaneció en Granada y murió en Madrid en 1986.



Martínez Fajardo, Rafael.

En 1934 se le destina al Cuerpo de Seguridad de Granada, a las órdenes del capitán Nestares. Se afilia clandestinamente a Falange Española, como su jefe en la Guardia de Asalto. El 20 de julio de 1936, bajo órdenes de Nestares, participa al mando de veinte hombres en la toma del Gobierno Civil de Granada y arresta al Gobernador Civil, Cesar Torres. Desde ese momento simultanea la presencia militar en el frente con labores policiales en la Guardia de Asalto en la comisaría de Granada. La noche del 16 de agosto conduce a Federico García Lorca desde los calabozos del Gobierno Civil a Víznar, donde será fusilado. Sirvió en Granada hasta que le destinaron a Málaga en febrero de 1937. Ascendido a capitán fue destinado a Huelva y de allí fue enviado a labores de represión a Vizcaya donde perdió el ojo izquierdo. Después fue nombrado Delegado de Orden Público en la cuenca del Nalón hasta junio de 1938 en que destinan a su unidad a Castellón para "servicios de seguridad". En agosto de ese año abandona las fuerzas de seguridad y es destinado a Aragón al frente de una bandera de Falange Española. Terminada la guerra vuelve a Granada como presidente de

la comisión del tribunal de penas de Granada y en agosto de 1940 se le nombra jefe de la Policía Armada y de Tráfico de Almería. En diciembre de 1943 es nombrado jefe provincial de Granada de las milicias de FET y de las JONS. Murió en octubre de 1955.



Martínez Nadal, Rafael

Salió de Madrid ante de la sublevación. Vivió en Inglaterra y se casó con Jacinta Castillejo, hija de un famoso médico republicano y miembro de la Institución Libre de Enseñanza. Venían con frecuencia a España. Escribió *El público. Amor, teatro y caballos en la obra de Federico García Lorca; Cuatro lecciones sobre FGL; Federico García Lorca. Mi penúltimo libro sobre el hombre y el poeta*. Murió en Madrid en marzo de 2001, a los 96 años.



Mingorance Jaraba, José

Uno de los responsables de la comisaría de Granada en agosto de 1936. En 1938 fue destinado a la policía de Bilbao. Ese mismo año fue destinado a Valladolid a la Escuela de Policía, y en 1940 volvió a la Comisaría de Granada. Ascendió a comisario en 1947 y fue enviado a Zaragoza con ese empleo. Volvió a Granada en 1948 y se jubiló en 1952.



Mola Vidal, Emilio

El general «Director» continuó como Jefe del Ejército del Norte y murió en un inesperado accidente de aviación, como Sanjurjo, el 3

de junio de 1937. Un ayudante le dio la noticia a Franco: «¡Mi general! Acaba de ocurrir una terrible desgracia: el general Mola ha muerto en un accidente de aviación». Franco se lo quedó mirando y le dijo: «Qué susto me ha dado usted, creí que nos habían hundido el *Canarias*». El día antes Mola había tenido un enfrentamiento telefónico con Franco. Al día siguiente al entierro Franco requisó los archivos del fallecido y su diario personal.



Morla Lynch, Carlos

Hijo de Carlos María Vicuña Zaldívar y de Luisa Lynch del Solar, a quien Augusto Rodin esculpió un busto en 1884. Cambió su nombre de Carlos María Vicuña Lynch a Carlos Morla Lynch y casó en 1912 con su prima María Manuela Vicuña Herboso. Permaneció como embajador de Chile en España hasta 1939. Después fue destinado a la embajada de París, donde se jubiló en 1964 como Embajador y se trasladó de nuevo a España. Publicó España sufre: Diarios de guerra de un Madrid republicano y En España con Federico García Lorca. Murió en Madrid a los ochenta y cuatro años, el 15 de enero de 1969.



Nestares Cuellar, José

Permaneció en Víznar hasta finales de 1937 y fue nombrado comandante honorario. En agosto de 1938 fue a Badajoz, mandado por Queipo de Llano, con el grado de teniente coronel. Allí resulto herido en el vientre y volvió a Granada donde sirvió hasta el final de la Guerra Civil. En noviembre de 1940 fue nombrado jefe del Centro de Reclutamiento, Movilización y Reserva de Granada. En 1954 fue destinado a Alcoy con el grado de coronel. Volvió a Granada con ese empleo en 1958 y se jubiló en 1963, sin alcanzar el generalato por el «asunto Lorca». Hizo fortuna en los negocios particulares. Murió en Granada, el 19 de mayo de 1977.



Ocampo Aguirre, Silvina

Nacida en 1903 en Buenos Aires. Hermana de Victoria Ocampo, la editora de la revista *Sur*. Enamorada de Federico García Lorca casó en 1940 con Adolfo Bioy Casares al que acompañó hasta su muerte pese a las múltiples infidelidades de Bioy. Dejó una amplísima obra literaria; *Viaje olvidado* (1937), *Los nombres* (1953), *La furia* (1959), *Informe del cielo y del infierno* (1970), Murió en 1993.



Orgaz Yoldi, Luis

Franco le nombró Capitán General de Cataluña desde 1939 a 1941 y desde ese año hasta 1945 le nombró Alto Comisario Español en

Marruecos. Partidario de la vuelta de los Borbones, conspiró contra Franco de acuerdo con otros 26 generales monárquicos que decían tener el apoyo de los norteamericanos. Franco le destituyó del puesto de Comisario en Marruecos y la intentona se quedó en nada. Le nombraron Procurador en Cortes apeándole de todo mando militar y falleció el 31 de enero de 1946.



Otero Fernández, Alejandro

Al médico que era secretario del PSOE de Granada le pilló la sublevación en Suiza. Inmediatamente se puso a disposición del legítimo Gobierno republicano, que le nombró Subsecretario de Armamento. Formó parte del Gobierno de la Segunda República en el exilio. Murió en México a los sesenta y cuatro años, en 1953.



Palao Yllana, José

Salió de Granada la madrugada del día 17 de agosto, pasándose a zona republicana y abandonando a su compañera, cuyo asesinato no conocía, y a los hijos de esta. El huido llegó a Madrid y de ahí pasó a Barcelona donde vivió hasta el final de la guerra rehabilitando su carnet de la CNT. No consiguió escapar a Francia y fue detenido por los nacionales en mayo de 1939. Estuvo preso cinco años en un campo de trabajo y cuando salió «depurado» se puso a trabajar como albañil. La última noticia que se tiene de él es de 1958, en que fue dado de baja por enfermedad en una obra en la que trabajaba, en Las Palmas de Gran Canaria. En su hoja de empadronamiento en Las Palmas cambiaba el orden de sus apellidos y usaba «José Antonio» como nombre de pila. No hay más noticias suyas.



Parrado García, Agustín
Arzobispo de Granada en julio de 1936. Fue uno de los denunciantes *sottovoce* de la crueldad de Valdés. Fue Consejero Nacional del Movimiento y Procurador en Cortes por designación directa de Franco desde 1943 a 1946. Murió en octubre de 1946, después de ser nombrado Cardenal por Pío XII.



Perales Herrero, Narciso
Se hizo cargo de la Jefatura de Falange en Granada a partir del asesinato de García Lorca, enfrentándose con Valdés por defender a los Rosales. Fue destituido del cargo a las pocas semanas por orden

de los militares, y con el beneplácito del Secretario General de Falange Raimundo Fernández-Cuesta, y enviado inmediatamente a Málaga. Rechazó el Decreto de Unificación que dictó Franco y en junio de 1938 se incorporó como voluntario al frente de Teruel. Terminada la guerra fue detenido por la policía franquista por organizar la «Falange Española Auténtica», en oposición al Movimiento Nacional franquista. Fue rehabilitado temporalmente y nombrado gobernador civil de León, cargo del que fue destituido en 1942 y confinado en el Campo de Gibraltar. Continuó de manera semiclandestina en oposición al franquismo desde posiciones falangistas «auténticas» y fue detenido en varias ocasiones por la Brigada Político-Social. Era médico forense y especialista en medicina laboral. Murió en Madrid el 18 de junio de 1993.



Pérez-Serrabona, José Manuel

El abogado de la familia intervino de manera principal en procurar la libertad del poeta. A él se debe la entrevista que don Federico García celebra con el gobernador militar la misma noche del prendimiento. Ocurridos los hechos continuó con la defensa de los intereses de la familia y consiguió la restitución parcial de los bienes que les fueron

expropiados. Igualmente organizó la salida de España de los familiares de García Lorca y les procuró pasaporte para hacerlo desde Santander, donde se embarcaron hacia Nueva-York. El abogado los acompañó en el viaje. Pérez-Serrabona era dirigente de la CEDA en Granada, pero su carácter tolerante le llevó al enfrentamiento con el sector duro de su partido, encabezado por García-Alix, Herrera Oria, Ruiz Alonso y Juan Luis Trescastro, y a su retiro. El abogado no intervino más en política, rechazó el ofrecimiento de ocupar el sillón de alcalde de Granada y cerró su despacho para trasladarse a Madrid en 1952, donde se instaló como abogado en la calle Marqués de Cubas en sociedad con Federico Puig Peña, un abogado almeriense que había estudiado en Granada y que fue depurado por el régimen franquista. Murió en Madrid en 1956.



Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio

Fue juzgado y fusilado por los republicanos el 20 de noviembre de 1936 en Alicante. Franco disolvió Falange Española mediante el Decreto de Unificación del 19 de abril de 1937 y los falangistas pasaron a integrarse obligatoriamente en un nuevo partido, que era único, y que se llamó Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (FET y de las JONS), cuyo

Jefe Nacional era, cómo no, Francisco Franco. José Antonio se convirtió en «El Ausente», según la propaganda franquista, porque el Gobierno de los sublevados escondió la noticia de su muerte hasta 1938. Franco se había quitado otro problema.



Queipo de Llano y Sierra, Gonzalo

Continuó como Jefe del Ejército del Sur. Franco le ascendió a teniente general después de la Guerra Civil, pero, inmediatamente, le destituyó del mando de la Segunda División y de la Inspección de Carabineros. Franco, que nunca le perdonó la muerte de Campins, le mandó a Italia como delegado militar de la Embajada y no le permitió volver a España hasta 1942, cuando le pasó a la reserva. Ya destituido de toda competencia Franco le concedió la Cruz Laureada de San Fernando y le nombró marqués, cosa que «el Virrey de Andalucía» no aceptó más que para sus descendientes. Retirado de la escena política se encerró en sus propiedades, que no eran pocas, y murió el 9 de marzo de 1951.



Ríos Urruti, Fernando de los

La «bestia negra» de la derecha granadina fue nombrado Embajador de la República en Washington hasta 1939. Después se instaló en Nueva York como profesor en la *New Schoolfor Social Research*. En febrero de 1939, mediante una Orden Ministerial del Gobierno franquista, fue expulsado del cuerpo de Catedráticos de Universidad junto con Luis Jiménez de Asúa, Felipe Sánchez Román, José Castillejo Duarte, José Giral Pereira, Gustavo Pittaluga Fattorini, Juan Negrín López, Blas Cabrera Felipe, Julián Besteiro Fernández, José Gaos González Pola, Domingo Barnés Salinas, Pablo Azcárate Flórez, Demófilo de Buen Lozano, Mariano Gómez González y Wenceslao Roces Suárez. En 1945 fue nombrado Ministro de Estado del Gobierno republicano en el exilio tras la reunión en México de las Cortes de la Segunda República. Murió en Nueva York el 31 de mayo de 1949. Su cuerpo volvió a España en junio de 1980 y fue enterrado en el cementerio civil de Madrid.



Rodríguez Orgaz, Alfredo.

Tras escapar de Granada hacia Málaga volvió a Madrid, y el Gobierno republicano le envió en misión diplomática a Yugoslavia. Tras la caída de la IIª República se exiló en Paris donde se reencontró con Secundino Zuazo, su maestro. El presidente de Colombia, Eduardo Santos, ofreció trabajo a los republicanos en el exilio y Rodríguez Orgaz aceptó el puesto que el embajador colombiano en Paris, Gregorio Obregón, ofreció a Zuazo, que lo rechazó. Se instaló en Bogotá y abrió despacho allí hasta 1972 cuando regresó a Madrid. Fue profesor en la ETSAM y falleció en Madrid el 2 de marzo de 1994.



Rodríguez Rapún, Rafael

Quedó destrozado al conocer en septiembre la noticia del asesinato de Federico García Lorca. Se enroló voluntario en el Ejército republicano siendo adiestrado como teniente, precisamente, en la ciudad de Lorca. Murió en el frente justo al cumplirse un año, en agosto de 1937, de la muerte de su amigo Federico. Dirigía un batallón en Bárcena de Pie de Concha (Cantabria), y saltó de la trinchera para encaminarse hacia su destino de forma suicida, sin esconder su cuerpo a las balas. Fue abatido por una ametralladora del Ejército sublevado.



Rodríguez Valdivieso,
Eduardo.

Lorca conoció a Valdivieso en el Hotel Alhambra Palace de Granada en 1932 en un baile de disfraces, cuando el joven tenía dieciocho años. Fue su amor granadino y el último de sus amantes, al que vio en La Huerta de San Vicente días antes de ser asesinado. Trabajaba en un banco y quería ser escritor. Después de la guerra fue director de banco en Barcelona y actor. Casó con Montserrat Gabriel. Hizo públicas sus cartas de amor con Federico García Lorca en 1995. Murió en Granada en 1997.



Rojas Feingenspan, Manuel

Fue destituido de la comisaría de Granada al poco de salir Valdés del Gobierno Civil y destinado como comandante de Artillería en Cataluña, donde fue expulsado otra vez del Ejército de forma deshonrosa en 1939 por el Capitán General debido al hurto de un vehículo militar en Sevilla para trasladarse en él a Zaragoza en compañía de una prostituta. Se marchó a México y murió allí.



Romero Funes, Julio

En 1938 fue destinado a la policía de Bilbao. Ese año su mujer fue ingresada por enfermedad mental en un hospital de Málaga. En noviembre de 1938 volvió destinado a Granada. Murió el 27 de marzo de 1944 tiroteado al asaltar un burdel que había en la placeta de Piedra Santa donde estaban escondidos los hermanos Quero, unos *maquis* granadinos.



Rosales Camacho, José

Fue Jefe de Sector en la Bandera Nestares. Después se ocupó como delegado judicial en Alhama durante 1937 participando activamente en la represión. Alcanzó el grado de sargento provisional de Milicias y fue desmovilizado en 1939. Continuó afiliado a Falange Española, pero sin ningún cargo de responsabilidad. Fue un hombre popular en Granada y siempre culpó a «la camarilla» por el asesinato de Lorca. Contó su versión de la historia a Eduardo Molina Fajardo, el más preciso cronista, junto con Agustín Penón y Miguel Caballero, de lo que realmente pasó esos días de agosto en Granada. Llevó una vida muy desordenada y murió arruinado.



Rosales Camacho, Luis

A los pocos días del fusilamiento de Federico García Lorca fue sancionado por Valdés con una multa gubernativa por esconder al poeta. En 1937 salió de Granada y fue destinado por Falange al Servicio Nacional de Prensa y Propaganda, a las órdenes de Dionisio Ridruejo. Colabora a partir de 1939 en la revista «Jerarquía» y después en la revista «Escorial». En 1962 ingresó en la *Hispanic Society of America* y en la Real Academia Española. A partir de 1987 dirigió la revista literaria *Nueva Estafeta*. Desde 1970 colaboró con el Instituto de Cultura Hispánica y con la revista «Reader's Digest». Fue premio Nacional de Poesía (1951), premio Mariano de Cavia (1962), premio Nacional de Ensayo (1973), premio Cervantes (1982). Falleció en Madrid el 24 de octubre de 1992, con ochenta y dos años.



Rosales Camacho, Miguel

Era el hermano mayor y no vivía ya en el domicilio familiar. Ingresó en Falange Española el mismo día de la sublevación en Granada, el 20 de julio, y le destinaron a servicios en la ciudad. El día de la detención de Federico García Lorca estaba al mando de una tropa falangista en el municipio granadino de Monachil y cuando supo del arresto volvió a su casa desde el cuartel de Falange en el monasterio de San Jerónimo. Acompañó al poeta al gobierno Civil y volvió allí con sus hermanos esa misma noche. Después de esos días fue destinado al frente en la toma de Málaga y en 1938 volvió a Granada para "servicios de orden y de detenciones". Fue premiado con una Cruz de Guerra y una Cruz Roja y llegó a ser subjefe de centuria.



Ruiz Alonso, Ramón

No consiguió mandar en el Batallón Pérez del Pulgar, que acabó constituyéndose al mando de un militar profesional y conociéndose en Granada por el de «los pulgarcitos». Ruiz Alonso, visto lo visto, salió de la plaza y fue a Salamanca para «colocarse» a las órdenes de Vicente Gay en la Comisión de Prensa y Propaganda del Gobierno franquista. Ya se sabía de su implicación en el «caso Lorca» que, a su vez, se había convertido en una china en el zapato en el Gobierno de Franco. La llegada de Dionisio Ridruejo y la salida de Gay de la Comisión le pusieron en la calle porque los amigos de Ridruejo, en especial Perales y Rosales, le querían hacer pagar por el crimen. Ruiz Alonso aprovecho esos días para publicar con prólogo de Gil Robles *Corporativismo*, un obtuso panfleto fascista y delirante como todo lo que salía de su pluma. El Decreto de Unificación le barrió de la escena y Ramón Ruiz Alonso, amortizado por el régimen franquista, desapareció de los cenáculos políticos y se dedicó a negocios de poca monta. Fue Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y Ministro de Gobernación, quien le señaló en 1948 como responsable de la muerte de Lorca mediante unas declaraciones que hizo al *Universal*

Grafico de México. El francés Couffon hizo lo mismo en 1951 desde «Le Figaro». «El obrero amaestrado», prácticamente olvidado por todo el mundo, se dedicó a trabajos de imprenta en Madrid, en la calle del Barco, y se fue de España, justo quince días después de la muerte de Franco, para instalarse en Las Vegas, en EEUU. De su matrimonio con Magdalena Penella nacieron las actrices Enma Penella, Terele Pávez y Elisa Montes. Su cuarta hija fue la que le acogió en Norteamérica. Murió allí en 1978, con setenta y siete años.



Ruiz del Peral, Purificación. "La Bizcocha"

Dueña de la principal casa de putas de Granada, sita en el barrio de la Manigua, junto a otras mancebías como la de "La canaria", "La Comegatos", "La Esquinazos", "La Caraesponja", "La de Maruja Leyva" o la de "La Muertos", conocida así porque su *madame*, Carmela, era hija del dueño de una funeraria y, desgraciadamente, murió asesinada por un cliente en su propia mancebía. El maestro Rafael de León le dedica a "La Bizcocha" el *Romance de la Lirio*. Sobre ella escribieron José María Pemán y Rafael Alberti.



Torres Martínez, César

Fue juzgado y condenado a reclusión militar perpetua. El 7 de octubre de 1936, estando encarcelado en Granada, el Gobierno de la República «aceptó su dimisión» y nombró para sustituirle en los territorios de la provincia que aún eran fieles al Gobierno legítimo a Eugenio de Gracia Pons. César Torres salió de presidio en 1944.

Trescastro Medina, Juan Luis

Después del asesinato de Federico García Lorca se paseó por Granada explicando en el Café del Pasaje, en el Zacatín, que «acabamos de matar a Federico García Lorca, y el tiro de gracia se lo he dado yo en el culo por maricón». Fue nombrado Jefe Superior honorario de la Administración Civil de Granada. Murió alcoholizado y sin descendencia en su casa de la calle Alhamar el 17 de febrero de 1954, a los setenta y siete años. Se le celebró misa funeral en la basílica de las Angustias, de Granada. Fue enterrado en el cementerio municipal de Santa Fe, en un panteón familiar que era, precisamente, propiedad de don Federico García Rodríguez.



Ugarte Pagés, Eduardo

Se exiló a México, donde siguió colaborando con Buñuel. Dirigió allí cuatro películas y escribió *Por las rutas del teatro* en 1954 y *La casa de los naipes*. Murió en México en 1955, con la edad del siglo.



Valdés Guzmán, José

En junio de 1937 fue cesado como gobernador civil, por su excesiva crueldad, y destinado a las tropas regulares de Tetuán hasta octubre de 1938, de donde pasó al Parque de Ganado del Ejército del Sur hasta diciembre del mismo año. Volvió destinado a Granada, a la

Intervención Militar, y murió allí de tuberculosis y de una úlcera de duodeno el 5 de marzo de 1939, a los cuarenta y ocho años. Pepiniqui Rosales fue uno de los portadores de su féretro. Está enterrado en el cementerio de Granada en una tumba sin nombre.



Velasco Simarro, Nicolás

Fue nombrado en agosto de 1936 primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Granada. En abril de 1937 fue destituido del Gobierno Civil y del Ayuntamiento y mandado al frente, pese a estar enfermo de una afección pulmonar. En octubre del mismo año fue nombrado juez castrense, cargo que ejerció con suma crueldad en la zona de Guadix-Baza-Huéscar hasta 1939, dedicándose a tareas de represión. Falleció el 26 de mayo de 1945, a los setenta y un años, y está enterrado en el cementerio de San José, en Granada.



Vicuña Herboso, María Manuela. "Bebé"
Hija de Ramón Vicuña Subercaseaux y de Manuela Herboso España. Casó con su primo Carlos Morla y tuvo un hijo y dos niñas, las que murieron en forma muy prematura cuando estuvieron destinados en la embajada de Chile en París. Siempre acompañó a su marido en los destinos diplomáticos y murió en París en 1961.



Xirgu Subirá, Margarita
Nunca volvió a España. Terminada la Guerra Civil se le confiscaron sus bienes en España y se la condenó a exilio a perpetuidad. En 1941 se casó con Miguel Ortín y en 1945 estrena, por fin, *La casa de Bernarda Alba* en el Teatro Avenida de Buenos Aires. Fue nombrada

por Josep Tarradellas delegada de la *Generalitat de Catalunya* para Latinoamérica. Se instaló en Chile, Argentina y Uruguay, donde vivió los últimos veinte años de su vida. Falleció en Montevideo, a los ochenta y un años, el 25 de abril de 1969.



Manuel Ayllón Campillo (Madrid, 1952) es arquitecto y escritor. Licenciado en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM) en 1975 ha sido consultor de la Federación Española de Municipios y Provincias entre 1980 y 1985. En el año 1975, constituyó el Estudio de Arquitectura Ayllón & Ferrer Arquitectos, al que ha estado vinculado hasta el año 2010. Titulado en el Programa de Alta Dirección de Empresas (PADE) del IESE en 1996, fue también Titular Becario del Programa de Formación de Personal Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) desde 1975 hasta 1978 con el tema la Gestión administrativa y urbanística del Ayuntamiento de Madrid durante la Segunda República Española.

Ha sido profesor de Gestión Urbanística y de Crítica Arquitectónica en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Pontificia de Salamanca, en el campus de Madrid, desde 2010 a 2013. Ha sido galardonado en cuatro ocasiones con el Ayuntamiento de Madrid por el Pasillo Verde Ferroviario, y ha recibido la Medalla de Plata de Urbanismo de la Comunidad de Madrid y del Colegio Oficial de Arquitectos de la capital.

Compagina su carrera profesional con la de autor de ensayos y novelas. Entre los primeros destaca *Aproximación Profana al Arte Sagrado* (Parteluz), la obra colectiva *Pensar en España* (Parteluz), *Planeamiento Urbanístico y Sociedad de Bienestar* (FAES), *La dictadura de los urbanistas* (Temas de Hoy), *Arquitecturas. Papeles críticos* (Noesis) y *La democracia secuestrada* (Akal) (2 ediciones).

Como novelista ha publicado *Conspiración contra el rey* (Akal), *La piedra del diablo* (Akal), *Historias de masones* (Belacqua) (2 ediciones), *Yo, Fernando de Aragón* (Belacqua) (4 ediciones), que permaneció en la lista de los más vendidos durante varias semanas, *El enigma Goya* (Styria) (3 ediciones), *La conjura de El Greco* (Styria) (2 ediciones), *Golpe a Venecia* (Styria), *Granada 1936* (Stella Maris) y *El caso Lorca* (Editorial Doña Tecla). Ha escrito artículos en diversos medios nacionales como *El País*, *ABC*, *El Mundo* y *Cambio 16*. Durante dos años mantuvo una columna semanal en *Diario 16* sobre urbanismo y políticas municipales.

Aficionado al *blues*, está casado y tiene dos hijos.

[1] En el original figura erróneamente: «Delia del Corral» (*nota del editor digital*).

[2] Texto extraído de https://misiglo.es/category/granada-y-manuel-de-falla/. Los nombres en negrita figuran así en esta fuente (*nota del editor digital*).

[3] En el original figura erróneamente: «Sí, Miguel» en lugar de «Sí, Federico».

[4] En el original figura erróneamente: «Sí, Miguel» en lugar de «Sí, Gonzalo».

[5] Se refiere a José Alonso Mallol, Director General de Seguridad durante la Segunda República tras la victoria del Frente Popular en 1936. En el original figura erróneamente como «Antonio Mallols».

Índice de contenido

I Días de pasión
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
II Noches de calvario
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
III Madrugadas de muerte
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62

98
EPILOGO
Dramatis personae
Sobre el autor